HUIR DE TODO Y EMPEZAR DE CERO
LEJOS DE AQUÍ
JAVIER MARTÍNEZ

HUIR DE TODO Y EMPEZAR DE CERO
LEJOS DE AQUÍ
JAVIER MARTÍNEZ

HUIR DE TODO Y EMPEZAR DE CERO
LEJOS DE AQUÍ
JAVIER MARTÍNEZ

LEJOS DE AQUÍ

JAVIER MARTÍNEZ

OBJ

Suscríbete a mi newsletter y te informaré
de mis próximos lanzamientos.

¿Has descargado gratis alguno de mis libros/relatos y te ha gustado? Si quieres, puedes invitarme a un café… o a un caramelo.

paypal.me/iermartinez

©2020 Javier Martínez

javiermartinez.me

facebook.com/javiermartinezbooks instagram.com/iermartinez twitter.com/iermartinez

Diseño de cubiertas: Javier Martínez Fotografías de portada: Daria Shevtsova, Lachlan Gowen, Unsplash.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, inspiracionales o para reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de citar al titular del copyright.

Este libro ha sido escrito, editado y publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial. Por este motivo, es posible que el contenido contenga algunos errores ortográficos y/o erratas.

HUIR DE TODO

1
LAY'S VS WALKERS

Hace tiempo leí en alguna parte que, a veces, perderse es la única forma de volver a encontrarse. No le di mucha importancia. Me pareció una frase más, otra de tantas que tan de moda se han puesto para decorar tazas, agendas o compartir en los grupos familiares de WhatsApp. Pero en este mismo momento me ha venido a la cabeza y ahora sí que entiendo por completo su significado, porque hay veces en las que la única forma de encontrarte de nuevo es huir del Yo que conoces y que, valga la ironía, ya no reconoces. En un entorno completamente diferente, nunca puedes desorientarte porque no tienes un punto de referencia conocido. Sin zona de confort, no hay zona de temor.

He bajado del avión después de siete interminables horas de vuelo, he pasado el control de seguridad de la aduana, he recogido mi equipaje y ahora mismo no tengo ni idea de cómo salir de Heathrow. Sin embargo, no me siento perdido; solo un poco asustado ante la incertidumbre de empezar un nuevo capítulo en mi vida, con la esperanza de que el tiempo que pasaré en esta ciudad me servirá para dejar de sentir, de una vez por todas, que solo soy capaz de cometer errores. No conozco Londres, y mucho menos este aeropuerto, pero no hay nada más allá de sus puertas (donde quiera que estén) que me resulte familiar, por lo que no dispongo de ningún lugar seguro al que correr a refugiarme si todo se tuerce de pronto.

Arrastro la maleta con una mano y con la otra enciendo mi viejo y obsoleto iPhone que tantas aventuras me ha ayudado a retratar

(y a veces, posteriormente, eliminar). Al mismo tiempo, busco desesperadamente algún letrero luminoso que indique la dirección que debo seguir para encontrar el metro. No soy consciente de que lo he estado viendo e ignorando sin darme cuenta hasta que recuerdo que, aunque hablemos el mismo idioma, aquí el metro se llama *Underground* y no *Subway*. La situación sería graciosa si no fuera porque he estado caminando en la dirección equivocada durante un buen rato. Pero esto no sería una historia de Ryan sin mis habituales despistes. Supongo que hay cosas que nunca cambian, ni siquiera en otro país.

No pasa nada. No tengo prisa. En esta vida nueva quiero reinventarme y dejar de ser un neurótico controlador que se bloquea ante cualquier inconveniente inesperado.

Respira, Ryan. Ya no eres norteamericano. Se acabó el ir corriendo a todas partes y hacer un mundo de todo. Ahora eres inglés. Es decir, práctico, metódico, refinado, y deberás actuar como tal. A tu ritmo.

Haciendo caso a mis propias palabras, tomo el primer asiento que me encuentro antes de seguir mi camino y busco alguna red Wi-Fi a la que conectarme. De momento no tengo ningún tipo de conexión de datos que no vaya a dejarme la cuenta bancaria seca por culpa de las tarifas internacionales. Enseguida doy con una y mi teléfono entra en una erupción digital de sonidos y notificaciones que consigue que incluso me tiemble entre los dedos. Cuando termina, me siento tan abrumado y sin saber por dónde empezar a leer que bloqueo la pantalla y lo guardo de nuevo. Me acerco hasta una tienda y cojo una botella de agua de una marca que no había visto en mi vida, un paquete de galletas Oreo, cuyo envoltorio es ligeramente diferente al que estoy acostumbrado, y una bolsa de patatas fritas Walkers. O son la versión inglesa de Lay's, o les han plagiado el logotipo sin ningún tipo de piedad.

—Dos con noventa —me dice el chico que está en caja.

Hago un amago de buscar entre mis bolsillos pero recuerdo que no estoy en Nueva York y, aunque tuviera dólares sueltos, no me servirían de nada.

—¿Puedo pagar con el teléfono? —le pregunto.

El chico me mira como si acabara de salir de una cueva y le hubiera hablado en un dialecto extraño. Mira hacia abajo, todavía con la confusión reflejada en su cara, y descubro que tengo un datáfono con el logotipo *contactless* iluminado delante de mis narices. Meneo la cabeza y evito poner los ojos en blanco. Mientras tanto, paso mi teléfono por encima y el sonido me confirma que la transacción ha sido realizada con éxito. Muy bien. No tengo línea telefónica, pero puedo empezar a fundirme los ahorros en esta ciudad. Esto último cobra un mayor sentido cuando, al salir de la tienda, me doy cuenta de que dos con noventa libras no son precisamente dos con noventa dólares, sino más de tres con cincuenta.

Regreso al asiento junto al que he dejado mi maleta en un alarde de confianza impropio de mí. Abro la bolsa de patatas fritas y mi teoría de que Walkers no es una adaptación, sino un plagio, cobra fuerza. Son diferentes, más gruesas, con una textura más contundente y… Madre mía. Cierro los ojos y casi dejo escapar un gemido. ¡Qué buenas están! Gracias, Inglaterra. No saben a patatas fritas, ni de lejos, pero da igual. Esto es mucho mejor.

Decido regresar a los asuntos pendientes y compruebo las notificaciones del teléfono. Tengo un par de mensajes de mi madre, otros tantos de Victor Coleman (mi jefe), algunas notificaciones de Instagram y algo que no me pilla por sorpresa: unos quince mensajes de mi amiga Sussan, más doce llamadas perdidas. He hecho mal, lo sé, pero la única forma de conseguir mi propósito era ignorándola.

Aprovecho la conexión que tengo en el aeropuerto y llamo a la distinguida señora Kate Pinkert (es decir, a mi madre), vía WhatsApp.

—¿Has llegado bien? —me pregunta nada más aceptar la llamada.

—No, mamá —ironizo—. El avión se ha caído y estamos en mitad del océano. —Silencio al otro lado—. ¿Hola?

—Yo la verdad es que no sé qué hacer ya contigo —me dice finalmente y después suspira—. Debí haberte vendido al circo cuando tuve la oportunidad.

—*Sip*. Has privado al mundo de un gran payaso.

—No, cariño, el mundo sabe perfectamente lo tonto que puedes llegar a ser.

Me río, pero mi madre no. Siempre ha tenido este extraño sentido del humor para soltar bromas en un tono tan completamente neutral que cualquiera podría pensar que lo dice en serio. Cualquiera que no sea su hijo. Ahora que lo pienso, mi madre podría pasar por inglesa perfectamente, si no fuera por el acento.

—Te prometo que maduraré a partir de los veinticinco.

—Pues te quedan dos semanas. Más te vale ir espabilando. —No había pensado en ese detalle. Cumpliré veinticinco años en otro país. Si es que de aquí al día 16 no acabo muerto en algún callejón de las afueras de Londres—. Ahora en serio, ¿cómo estás?

—Sentado —me río solo.

—¡Y sigue! ¡Todavía te cuelgo!

—Estoy bien, mamá. He llegado bien. El aeropuerto está en su

sitio. Los de la compañía no me han perdido las maletas. Todavía no tengo hotel. He comprado algo que tú no considerarías comida pero que a mí de momento me vale. Y todavía no he encontrado el metro para salir de aquí, pero prometo que lo haré antes de mi cumpleaños.

—¿No hemos tenido antes esta conversación? —Mi memoria viaja hasta la playa, hace casi siete años. Para haberme dado un porrazo en la cabeza tiempo atrás y haber tenido amnesia durante cinco meses, es increíble lo bien que funciona mi archivo de recuerdos con las cosas más absurdas. Por ejemplo: a día de hoy, sigo sin recordar la noche en la que nació David (el primer hijo de mi amiga Sussan), pero en cambio sí me acuerdo de cuando a Mike se le cayó un Skittle rojo por el hueco de una alcantarilla y fingimos que era una desgracia nacional. Alguno que pasaba por allí incluso nos ofreció su ayuda, pensando que se nos había caído el teléfono o algo importante.

—Creo que sí —le respondo a mi madre—. En otra vida.

—Sí, aquella vez que te fuiste solo a la playa y… ¡Espera! ¿Como que todavía no tienes hotel?

Mierda. Sabía que había hablado de más. No, no lo tengo, pero eso es algo que mi buena madre desconocía. Antes de irme, le dije que lo tenía todo atado y bien atado, pero era mentira. Lo único que tenía claro era en dónde iba a trabajar y dónde iba a vivir a partir del sábado (hoy es miércoles). Lo demás he decidido improvisarlo sobre la marcha. Supongo que eso es lo que pasa cuando decides mudarte a Londres un 30 de diciembre y coges el avión el 1 de enero por la tarde. Con el cambio horario ya es día 2. Acaba de empezar el año y ya me han robado un día.

—Me refería a que no he llegado al hotel —miento, más o menos—. Es decir, que estoy en Heathrow.

—Ya me habías asustado. A ver si vas a terminar durmiendo en

la calle.

—No, no te preocupes, está todo controlado —vuelvo a mentir —. ¿Qué tal estás tú?

El silencio al otro lado de la llamada lo siento como si tuviera a mi madre sentada a mi lado y, en lugar de hablarme, estuviera cogiendo mi mano para decirme a través del tacto y las caricias todo lo que la voz ha decidido callar. Como cuando murió mi padre y nuestras conversaciones empezaron a estar basadas en los silencios y en el deseo de poder tocarlo y abrazarlo desde la distancia.

—Yo sigo aquí, ¿vale? —le digo. Porque intuyo qué está pensando y sintiendo.

—Lo sé, cariño. —Su voz suena entrecortada—. Estoy bien, en serio. Es solo que ya empiezo a echarte de menos.

Quiero decirle que antes tampoco nos veíamos con tanta frecuencia. Una vez cada dos o tres meses, más o menos. Pero sé que no servirá de nada, porque no es lo mismo la distancia voluntaria que la obligatoria. Tener a su hijo en otra ciudad, a una hora y media de avión, no es lo mismo que tenerlo al otro lado del océano, en otro continente, a muchas más horas, dólares y burocracia de distancia.

—Yo también, pero bueno… Recuerda lo que te dije, es algo temporal.

—Lo sé, pero estos seis meses se me van a hacer eternos.

Ese es el plan escrito en papel. Una aventura de seis meses. Una experiencia personal para reinventarme como persona y descubrir qué quiero en mi vida, disfrazada de intercambio laboral en la agencia de publicidad para la que trabajo. Una tal Delilah debe de haber llegado ya a Nueva York para ocupar mi puesto. Yo me ocuparé del

suyo a partir del lunes.

—Antes de que te des cuenta —continúo—, llegará el verano y con él el nuevo Ryan, con un montón de tatuajes y un piercing entre las cejas.

—Como te hagas algún agujero en la cara, te envío con tu padre. —Me quedo mudo. Es la primera vez que mi madre hace una broma tétrica en referencia a él—. ¿Demasiado pronto? Dios, no sé por qué he dicho algo así. Lo siento, cariño.

—No te preocupes —le digo, quitándole hierro al asunto y tratando de que perciba mi tono desenfadado—. En realidad has estado sembrada. Los del circo estarían orgullosos.

Mi padre, el bueno de Ben Pinkert, me confesó que tenía problemas de corazón en verano de 2015. Al principio me resultó chocante. Yo todavía estaba convaleciente de mi accidente, en pleno proceso amnésico, y para mí él estaba completamente sano. Se habían borrado de mi memoria todos aquellos pequeños detalles que me hubieran hecho comprender su enfermedad, aunque nunca los hubiera hilado lo suficiente como para haberlo descubierto por mi cuenta. Entendí que no podía hacer nada para ayudarle. La operación era demasiado complicada y con una baja probabilidad de éxito. No merecía la pena arriesgarse. Así que supimos que le quedaba poco tiempo. ¿Cuánto? Él pensaba que serían unos meses, pero al final resultó ser un año completo, con varios sustos más por el camino.

Todo ocurría al mismo tiempo en el que mi padre terminaba de aceptar plenamente quién era yo. Es decir, mi sexualidad. Nunca tuvo problemas con ningún otro aspecto de mi personalidad. Realmente no sé si su forma de gestionar mi homosexualidad puede ser considerada

un problema. Fue un proceso que duró algunos años, durante los que hizo todo lo posible para facilitarme la vida y, sobre todo, para que yo no apreciara en ningún momento que le estaba costando un poco acostumbrarse, y ver como algo normal, el hecho de que su hijo saliera con los hijos de otros hombres, y no sus hijas. Sin embargo, de algún modo yo siempre pude ver a través de sus buenas palabras. En su mirada veía siempre un aura de desconcierto y cierta lucha interna. Lo cual me hizo sentirme afortunado. Creo que demuestra más amor y dedicación un padre que tiene que luchar contra su propio instinto en favor de su hijo que otro que, simplemente, acepta las cosas como son con facilidad. Es como eso de que tiene más mérito ser cobarde y enfrentarte a las cosas que te dan miedo que ser valiente y hacerlo por instinto.

Me hubiera gustado que nuestra relación hubiera prosperado de otra forma, en persona, pero no me quedé en Norwalk. Casi por órdenes expresas de mi padre, regresé a Nueva York en cuanto terminó el verano y empecé a trabajar en una agencia de publicidad bastante conocida en la ciudad. Era una oportunidad casi única (con el tiempo he comprobado que las oportunidades, por muy excepcionales que parezcan, tienden a repetirse si realmente lo vales) y mi padre no quería que la desperdiciara. Él no quería que unos meses a su lado estropearan todo el futuro que yo tenía por delante. Y no sé si fue por egoísmo, por inconsciencia o por cumplir sus deseos, pero le hice caso y regresé a la vida que había tenido antes del accidente. Bueno, no exactamente la misma.

Aquel verano terminé recuperando la mayor parte de mi memoria en una de las noches más extrañas que he vivido nunca. Pasé de sentirme un bicho raro que deambulaba por las calles de St Dean, intentando convencerme de que no era 2012 sino 2015, a revivir los tres años que había olvidado en cuestión de minutos, mientras observábamos el cielo estrellado desde la orilla de la playa. En los segundos que tarda una estrella fugaz en cruzar el cielo, recordé que

ese chico que tenía junto a mí, mi novio, Mike, había dejado de quererme. Mejor dicho: recordé que el año anterior le había engañado con otro chico y él había decidido perdonarme, pero nuestra relación nunca había vuelto a ser lo que era (pese a que yo no hubiera querido darme cuenta), y al final había estado casi siete meses aguantando porque no le parecía correcto romper la relación en mitad de todo lo que yo estaba pasando, aunque yo ni siquiera había recordado quién era él hasta ese momento. Así que, en cuanto se recompuso mi memoria, él rompió nuestra relación. En realidad la había roto yo y Mike simplemente no pudo volver a pegar los pedazos.

—No es para siempre —me dijo en aquella orilla, sentados en la arena—. Es solo que necesito tiempo.

Y, tal y como le dije en aquel momento, sabía que el tiempo era solo un eufemismo para liberar algo del peso que tenía la decisión que había tomado. Creo que realmente la tomé yo por él, pues las palabras «se acabó» salieron de mi boca, no de la suya. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Ahora que mi memoria había vuelto, sabía que, antes del accidente, él llevaba semanas queriendo separar nuestros caminos y tener su propia vida. Yo simplemente le estaba facilitando la salida que él tanto miedo tenía de tomar, por no hacerme daño.

—Ahora mi prioridad soy yo. —Fue lo último que me dijo.

Y tal vez yo debería haber hecho lo mismo y anteponerme ante todo lo demás. Tal vez, si hubiera actuado como hizo Mike y hubiera dedicado tiempo a averiguar quién era yo y qué clase de persona era, ahora mismo no estaría en el aeropuerto de Heathrow, huyendo de una larga consecuencia de malas decisiones que me llevan persiguiendo demasiado tiempo.

—Oye, mamá, debería irme ya —le digo, rompiendo de nuevo el silencio.

—¿Has hablado con Sussan? —me pregunta ella, ignorando mi comentario.

—Te envío un mensaje cuando llegue al hotel.

—Ryan… Llámala.

Miro la pantalla del teléfono para comprobar la hora, algo que no había hecho antes de llamar a mi madre.

—Pero allí son las cuatro de la mañana.

—Me llamó anoche y no entendía nada. Créeme cuando te digo que no le importará que la despiertes, igual que me has despertado a mí.

—Bueno, ya veré. Luego hablamos.

—Ten cuidado, cariño. Te quiero.

—Y yo.

Bloqueo la pantalla del teléfono, me lo guardo en el bolsillo, me cuelgo la mochila al hombro y tiro de la maleta, siguiendo los letreros que indican la dirección para llegar al metro.

Los aeropuertos son casi todos iguales. Son una especie de terreno neutral. De hecho, no se considera que has entrado a un país hasta que cruzas las puertas de salida. A efectos legales, sigo estando en Nueva York, o en ninguna parte realmente. Y aquí es donde debe quedarse todo aquello que no quiero llevar conmigo en este nuevo capítulo. Sé qué he venido a hacer a Londres, pero no quiero crearme

ningún tipo de expectativa, porque eso es lo que habría hecho el Ryan que llevo siendo todos estos años. Quiero dejar la mente en blanco, fluir día a día, aventurarme a no planificar absolutamente nada y dejarme llevar, emprender un nuevo camino solo, sin ayuda, sin comparaciones, sin amores superfluos ni relaciones engañosas que me hagan perder el tiempo a mí mismo en el proceso. Este viaje es por y para mí.

Este es el sitio. Es la última oportunidad que tengo para dejar aquí todo lo que no quiero traer conmigo a esta nueva vida. Si no fuera porque no soy una Kardashian y no me sobra el dinero, incluso dejaría aquí tirada mi maleta y empezaría de cero, literalmente. Claro que tampoco soy un robot. Una cosa es mi intención y otra cómo saldrán las cosas de ahora en adelante. Después de todo, no sería Ryan si no fuera completamente inepto a la hora de poner en práctica todo aquello que pienso. Pero prometo que al menos lo voy a intentar.

Venga, Ryan, sal de aquí. Vamos a ver qué ocurre.

2
LOS DONUTS, LAS LLAVES Y EL ABRIGO

Cuando por fin doy con los tornos de entrada al metro, caigo en la cuenta de que no he comprado ticket, ni *metrocard* o lo que sea que usen en esta ciudad. Estoy a punto de dar media vuelta y buscar alguna ventanilla de información, pero veo que alguien usa su teléfono para entrar y pruebo suerte yo también.

Beep.

Joder. El metro de Londres se puede pagar con el teléfono. Qué maravilla. Nueva York será la capital del mundo, pero todavía no tiene estos adelantos. Y del metro de Norwalk mejor ni hablamos, que todavía funciona con tickets de papel. Me sorprende que nos nos obliguen a bajarnos y empujar el tren nosotros mismos.

Deambulo por los pasillos de la línea Picadilly, la azul, siguiendo las indicaciones hasta que doy con el andén correcto y me dispongo a sentarme a esperar, pero el tren llega antes de que pueda siquiera elegir dónde apoyar el culo. Mucha gente se baja. Mucha gente se sube. Encuentro un asiento libre y lo ocupo, con la mochila en mi regazo y la maleta delante de mis piernas. Por un lado me siento como un completo extraño. Por otro, es emocionante saber que nadie me conoce y que puedo ser quien me dé la gana de ser, que no estoy obligado a seguir un patrón específico. Podría incluso usar otro nombre si quisiera.

Saco el teléfono de la mochila y veo las notificaciones de los

mensajes de Sussan. Se ha vuelto loca. Bueno, no. La he vuelto loca. Aparte de la docena de llamadas perdidas, los mensajes de WhatsApp vienen a decir lo mismo y a confirmar que lo que he hecho ha sido necesario pero no precisamente lo correcto.

S: ¿Qué es eso que dice Josh que has colgado en Instagram? ¿A dónde vas?

S: ¿Hola? Tierra llamando a Ryan. ¿Qué haces en JFK? Es una broma, ¿no?

S: ¿Por qué no recibes mis mensajes? ¿Estás vivo?

S: RYAN. ACABO DE HABLAR CON MAX. ¿Qué coño ha pasado?

S: Enciende el móvil o te quemo el armario con todo lo que hayas dejado dentro.

S: ¿No estás ya un poco mayor para colgar una historia y hacerle creer a Max que te has ido de la ciudad?

S: Vale, perdona, que igual te has ido en serio y es Max el que está asumiendo cosas y yo reaccionando peor de la cuenta. ¿Te has ido a Norwalk? Bueno, cuéntame cuando llegues y dale un beso a tu madre de mi parte.

S: Han pasado tres horas. ¿Por qué no te llegan mis mensajes? Joder, no me ignores.

S: Sí, vale, sé que no me estás ignorando porque no estás recibiendo ningún mensaje, pero joder.

S: Acabo de llamar a tu madre. HE HABLADO CON TU MADRE. Esto no se hace. Eres un… Joder.

S: No me puedo creer que te hayas ido a Londres sin decirme nada.

S: Los aviones tienen Wi-Fi. Enciende el puto teléfono. Me va a dar algo.

Y tres *animojis* con la caricatura de su cara y su melena rizada: uno llorando, otro insultándome y otro enfadada.

No creo que despertarla sea buena idea. Eliah no está durmiendo demasiado bien últimamente porque está en una fase de terrores nocturnos. Solo faltaba que, además de irme sin avisar, también les fastidie el sueño a madre e hijo. Sé que he cometido un error, pero es la equivocación que necesitaba para impedir que me convenciera de que mi huída era mala idea.

La chica que hay sentada frente a mí abre una bolsa de papel de Krispy Kreme y saca un dónut bañando en chocolate. Me entra tal antojo que instintivamente abro el paquete de Oreo y me como un par de galletas. Cuando levanto la vista de nuevo, en vez de a la chica, veo a Mike. Realmente nos veo a nosotros, sentados uno frente al otro, realizando el trayecto de Manhattan a Brooklyn, el que solíamos hacer siempre que salíamos por el centro y volvíamos a casa. Y recuerdo aquel día en el que mi cabeza decidió que llevaba demasiado tiempo tranquilo y quiso removerme las emociones para que no olvidara que mi vida estaba siendo un desastre. Irónicamente, eso fue justamente lo que hice.

Fue poco después de Navidad, a primeros de 2016. Había salido de la agencia de publicidad después de una jornada estresante y muy agobiante y paseaba por la 5ª Avenida para coger aire y despejarme. Escuchaba *Love Me Like You Do* de Ellie Goulding por los auriculares y

decidí entrar en el Dunkin' Donuts de la calle 42 y comprar bollos. Algunos para llevar y otro para comérmelo por el camino. Me había empezado a doler la cabeza y supuse que era un bajón de azúcar. Distraído y sin pensar en nada en particular, caminé hasta la estación de metro de Bryant Park y cogí la línea naranja hasta Bergen Street. Salí de la estación y había empezado a llover, pero yo no llevaba paraguas. Típico de mí.

Corrí hasta Warren Street, y seguí corriendo bajo la lluvia, intentando que no se empapara la bolsa de papel que contenía los donuts. No quería que terminaran esparcidos por la calle. Yo ya me había comido uno, pero él todavía no los había probado. Llegué hasta la puerta de nuestro edificio, la azul, e introduje la llave. O más bien lo intenté, porque no entró. Había algo raro en el llavero. No era el mío. Me pareció algo superextraño. Tenía el manojo de llaves de un desconocido y, en alguna parte de la ciudad, alguien tendría el mío. Después me di cuenta de que el abrigo que llevaba tampoco era mío. Seguramente me había llevado el abrigo equivocado, de ahí el asunto de las llaves. Así que llamé al portero electrónico y él respondió.

—Soy yo, abre —le pedí—. La ha vuelto a liar.

Se hizo el silencio durante más tiempo de lo esperado, pero finalmente la puerta se abrió y subí a casa. Cuando llegué a la puerta, no tuve que llamar, porque él ya me estaba esperando fuera, en el rellano. No le di mayor importancia hasta que me acerqué para saludarlo con un beso y Mike se apartó.

—¿Qué estás haciendo, Ryan? —me preguntó.

—Madre mía, qué goloso eres —le dije. Mike y su devoción por la comida—. Toma, anda.

Le tendí la bolsa con los donuts y volví a acercarme a su cara.

—¿Ahora sí me merezco el beso?

Le di un beso en los labios. Mike se quedó paralizado, con la bolsa en una mano y la otra sujetando la puerta del apartamento. Llevaba puesto un pantalón de chándal que no había visto en mi vida y supuse que se lo había comprado esa misma mañana, aunque no recordaba que hubiera faltado a clase. Miré hacia el suelo y vi que estaba haciendo ese movimiento extraño con los dedos de los pies. Ese que solía hacer cuando estaba nervioso, como si le molestara tenerlos ahí abajo e intentara desprenderse de ellos, uno a uno. Me miraba con los ojos entornados, con la boca entreabierta.

Avancé para entrar en el apartamento, pero él no se movió y su brazo estaba en mi camino.

—Ryan, ¿esto es una broma?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, empezando a sentirme confundido. El dolor de cabeza cada vez iba a más. Necesitaba entrar en casa y tumbarme en el sofá un rato.

—Me estás asustando. —Su tono de voz, casi quebrado, empezó a asustarme a mí.

—Mike, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—No, Ryan. No estoy bien. ¿Qué estás haciendo?

—Mike, en serio, me duele la cabeza. Quiero tumbarme, ¿podemos dejar el juego este para más tarde?

Intenté entrar y esta vez Mike sí bajó el brazo, así que entré en casa y todo comenzó a resultarme un poco extraño. Faltaban cosas, sobraban otras. Era mi apartamento. Nuestro apartamento. Pero al mismo tiempo sentía que algo era diferente. Me quité el abrigo, me dejé caer en el sofá y comencé a masajearme la sien.

—Ese abrigo no es mío —le dije—. Lo debo de haber cogido por error. Y las llaves tampoco, a saber quién tiene las mías. Es probable que tengamos que cambiar la cerradura.

Mike dejó la bolsa de los donuts encima de la mesa sin tocar ninguno, se acercó hasta mí y se sentó a mi lado.

—Juraría que ese abrigo es de Oscar.

—No recuerdo que Oscar me haya prestado nada últimamente —le dije, acomodándome un poco más en el sofá y quitándome el calzado a trompicones—. Además, las llaves no abrían.

—Es que esas llaves no son de este apartamento, Ryan.

—Ya sé que no son de aquí, por eso digo que a saber de quién son, igual que el abrigo.

Mike se levantó y comenzó a ponerse aún más nervioso. Ya no solo era el tic del pie, sino su actitud en general. Me estaba empezando a preocupar porque no entendía nada de lo que estaba pasando. Incluso se me pasó por la cabeza que hubiera alguien más en casa, que me hubiera engañado como yo lo había hecho con él. Una forma, quizás, de vengarse por lo ocurrido y equilibrar la balanza. Y lo cierto es que me lo habría merecido, pero no era eso. Mike no es así, no es rencoroso ni vengativo. No hace nada con maldad.

—Ryan, esas llaves no son de aquí porque no vives aquí.

Me incorporé en el sofá y me reí falsamente. La cabeza me dio un vuelco, pero no le hice caso.

—¿Nos has alquilado un ático en el centro?

—No, Ryan, no. El que vive en un ático del centro con Oscar

eres tú, no yo. Si esto es una broma, te pido por favor que pares porque no me hace ninguna gracia. Y después de todo lo que ha pasado, no me merezco algo así.

Estaba asustado oficialmente. Y supongo que Mike también.

—Es justo lo que te iba a decir. Me duele demasiado la cabeza para estas bromas, la verdad. Sabes que te quiero y que me encanta cuando haces tonterías, pero hoy no es el día.

—¿Te duele la cabeza? —me preguntó, como si eso fuera algo relevante. Lo era.

—Bastante.

Mike se quedó en silencio. Dio un par de vueltas por el salón, tal vez pensando en algo. Había aprendido a reconocer cuando algo le preocupaba y estaba claro que había algo rondando por su cabeza que le estaba atormentando.

—Vale. Tienes razón. Lo siento. —Se sentó a mi lado de nuevo —. Se acabaron las bromas. Venga, échate una siesta, que seguro que se te ha pasado cuando te despiertes. Voy a hacer una llamada.

Se fue sin darme un beso, pero yo ya había aprendido a no desconfiar de él. Que no me demostrara su amor constantemente no significaba que no lo sintiera. Me tumbé de nuevo en el sofá, cerré los ojos e intenté dormirme. De fondo podía escuchar su voz desde la cocina. No sabía con quién estaba hablando y solo escuchaba algunas palabras sueltas: «otra vez», «llamar a alguien», «aquí en casa», «no sé qué hacer».

Cuando abrí los ojos, Sussan estaba sentada a mi lado, acariciándome el brazo. Supuse que Oscar la había dejado entrar. Entonces descubrí que no estábamos donde suponía. Me incorporé de

golpe y vi que no estaba en el salón de mi apartamento; es decir, el de Oscar. Estaba en mi otro apartamento, el que compartía con Mike y hacía meses que había dejado de ser mi hogar.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunté a mi amiga.

—Ryan…

Entonces apareció Mike. Tenía la cara desencajada y el mismo aspecto que solía adoptar cuando algo le estresaba demasiado. Era él y al mismo tiempo era como ver a un extraño. Lo echaba tanto de menos que me moría por abrazarlo, pero sabía que algo raro estaba pasando. Llevaba sin verlo seis meses, desde que habíamos roto la relación el verano anterior. Y no entendía qué hacíamos Sussan y yo en el que ahora era su apartamento, no el mío.

—¿Qué está pasando? —pregunté, empezando a ponerme nervioso.

—Ryan, ¿qué día es hoy? —me preguntó Sussan.

—Yo qué sé… ¿Jueves? —Sussan asintió y me preguntó la fecha—. Erm… 11 o 12 de febrero. ¿A qué viene esto?

—¿En qué año estamos? —me preguntó Mike, arrodillándose a mi lado, junto al sofá. Había algo en sus ojos que no lograba descifrar.

—¿Me queréis explicar que hacemos aquí? —insistí—. 2016, estamos en 2016. Ahora me podéis decir cómo hemos llegado hasta aquí. ¿Me he emborrachado o algo?

—Ha vuelto a pasar —me dijo Sussan—. Lo de la memoria.

—¿Por qué? —pregunté ya bastante asustado—. Por Dios, ¡dime que estamos en febrero de 2016!

—Sí, sí, tranquilo —me consoló mi amiga—. Pero hace una hora tú estabas más atrás. No sé dónde exactamente, pero lejos de aquí.

Entonces Mike se sentó a mi lado en el sofá, quedando yo entre él y Sussan, y me sujetó la mano. Era la primera vez que sentía su tacto desde aquella noche en la playa, poco después de ver pasar la estrella fugaz que provocó que mi memoria regresara y todo lo demás se fuese.

—Ryan, has llegado a casa hace una hora. Pensabas que vivías aquí, que te habías confundido de llaves y que… Bueno, que seguíamos juntos. Incluso me has traído donuts.

Levanté la vista hacia la mesa y vi la bolsa. Recordé haber ido por la calle y haber entrado a comprar en el Dunkin' Donuts, pero después había un borrón oscuro hasta el momento en el que me había despertado. Mike me contó todo lo que había pasado.

—Deberíamos ir al médico para saber qué ha pasado —sugirió Sussan—. ¿Te sientes bien?

—Estoy confundido, pero físicamente me siento bien.

Nos levantamos, cogí mi abrigo, mis llaves y me fui del apartamento con Sussan. Al salir, miré hacia arriba y vi a Mike asomado en la ventana, sin moverse. Me agarré al brazo de Sussan con fuerza para evitar levantar la mano y despedirme.

En Urgencias me hicieron un par de pruebas pero no encontraron nada fuera de lo normal. Le explicamos la situación al doctor y nos explicó que no era habitual, pero sí se consideraba normal. Algunas personas que han pasado por episodios de amnesia a veces tienen recaídas o momentos en los que su memoria no registra determinadas situaciones, o tiene lapsus momentáneos. No debería

darle mayor importancia siempre que recupere la normalidad pasados unos minutos y no ocurra con demasiada frecuencia. De momento, no me ha vuelto a suceder algo así.

Nos fuimos y, ya con el susto disipado, Sussan empezó a reírse de lo que había ocurrido.

—Daría lo que fuera por ver la cara de Mike cuando has aparecido en su casa con una bolsa de donuts como si nada.

—Pues menos mal que no lo recuerdo —le respondí—, porque habría sido una putada.

—¿En qué sentido?

—Creo que me habría hecho muchísimo daño acordarme de haber besado a Mike otra vez y no haber sido correspondido. Entre nosotros han pasado muchas cosas, pero nunca le he dado un beso sin saber que él lo está disfrutando tanto como yo.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto. Pero sí, quizás es mejor así.

—Bastante tengo con estar superando que ya no forma parte de mi vida, como para que mi último recuerdo con él sea un frío encuentro con un beso sin sentimientos recíprocos.

Aquella noche, mientras intentaba dormirme, recordé todo lo que había pasado horas antes. Los donuts, el metro, la llave que no abría, la extraña actitud de Mike, el beso unidireccional, su indiferencia… Y lloré desconsoladamente una vez más, tratando de que Oscar no me escuchase. Lo único que me reconfortó fue ese brillo en su mirada. Aunque no supiera qué significaba, me aferré a él como si fuera un chaleco salvavidas, hasta que me di cuenta de que no me estaba salvando la vida, sino provocando que me hundiera cada vez

más.

Tardé bastante tiempo más en seguir adelante sin Mike, en olvidar que hubo una época en la que fuimos uno solo, y en aprender que podía tener una vida propia más allá de él. Y lo hice a base de encuentros furtivos que nunca prosperaban porque mi mente siempre andaba anclada en el pasado, hasta que un día apareció Max. No descubrí que él sería el siguiente eslabón en mi cadena de errores hasta bastante tiempo después.

Pero lo cierto es que todo eso ahora no importa, porque ese Ryan que vivía en Nueva York ha dejado de existir; y el que vivía en Norwalk y pasaba los veranos en St Dean también. Ahora soy otro Ryan, estoy en otra ciudad y puedo forjar la vida que a mí me dé la gana. Lejos de todo lo que un día creí conocer.

A partir del momento en el que este tren llegue a su destino.

3
EL ROLLO MÍSTICO Y ESAS MIERDAS ROMÁNTICAS

Alrededor de cincuenta minutos y veintidós estaciones de metro después, me bajo del tren, arrastro mi maleta por los interminables pasillos subterráneos y dos mil tramos de escaleras mecánicas de King's Cross y consigo salir a la calle. Me detengo en mitad de la pequeña explanada que hay frente a la entrada de la estación y miro a mi alrededor. Los edificios no son tan altos como en Nueva York pero tienen un encanto diferente; Europeo, supongo. A mi espalda, se eleva la torre del hotel *barra* estación de St Pancras y caigo enamorado al instante. No sé si son sus muros de ladrillo rojo, los perfiles dorados del reloj o la majestuosidad que impone una construcción de este tipo entre tantos edificios modernos, pero no puedo apartar la vista de ella. A mi alrededor, lo antiguo se fusiona con lo nuevo en una armonía que, a priori, parecería imposible. Es como estar en el futuro y en el pasado al mismo tiempo. Tal vez un poco como me siento yo ahora mismo a nivel personal.

Son casi las once de la mañana, lo que significa que en Nueva York son casi las seis. Debería llamar a Sussan, aunque también es cierto que si no me ha vuelto a escribir es porque todavía no ha comprobado que ya he recibido sus mensajes. Quizás sea mejor idea hacerlo desde el hotel. Sí. Buena idea. Pero para eso primero tengo que conseguir uno.

En realidad miré algunos durante el vuelo, por eso he venido

directamente hasta King's Cross. La agencia me facilitará un apartamento en el que vivir durante el intercambio de seis meses, pero no puedo acceder a él hasta el fin de semana, porque la persona que tiene que entregarme las llaves está ahora mismo en Singapur. Es lo que pasa cuando aceptas la propuesta de tu empresa, pero decides llegar a la ciudad con más antelación de la deseada. Como ya he dicho, necesitaba tomar la decisión y hacerlo, sin nadie ni nada que me hiciera cambiar de idea. Aunque, tal y como ocurrió todo, no las tengo todas conmigo al afirmar que la decisión la tomé por mi propia cuenta.

Saco mi teléfono móvil de la mochila, grabo un vídeo girando sobre mí mismo para mostrar todo lo que me rodea y preparo una historia en Instagram. Así mis amigos sabrán que no estoy en Nueva York y no tendré que andar dando explicaciones individuales. Cuando intento subir el vídeo, recuerdo que ahora soy un pobre desgraciado que no tiene internet en la calle. Guardo el teléfono en el bolsillo del abrigo y arrastro la maleta hasta el McDonald's de la esquina. Pese a ser un poco pronto, llevo sin comer nada que no sean *snacks* desde hace más de seis horas. No creo que un paquete de Walkers pueda considerarse desayuno, por muy buenas que estén. Además, necesito comprar algo para poder conectarme a la red Wi-Fi y reservar habitación en algún hotel cercano.

—Un menú de *nuggets* mediano con Coca-Cola —le digo a la chica del mostrador. No tengo paciencia ni ganas de estar manejándome con el kiosco de pedidos.

—Eres de Estados Unidos, ¿verdad? —me pregunta, mientras teclea mi pedido en la pantalla.

—¿Tú crees? —le pregunto en broma—. ¿Tanto se me nota?

—Sí, un poco. Pero es por la maleta, nada más —añade, devolviéndome la broma—. Yo estuve en Nueva York hace dos meses.

—De ahí mismo vengo yo.

A la chica se le iluminan los ojos al mismo tiempo que el icono de *contactless* lo hace frente a mí, y paso mi teléfono por encima.

—¿Eres de Nueva York? ¡Qué suerte!

—Técnicamente, soy de Norwalk, pero vivo en Nueva York. Vivía —me corrijo inútilmente—. Y vivir en Londres seguro que también tiene su encanto.

—Londres es un asco. —Su cara pasa de ser la alegría de la huerta a sumirse en un estado momentáneo de profunda depresión—. ¿Has visto la predicción del tiempo de hoy? No hace falta, ya te la digo yo: lluvia. Siempre lluvia.

La chica se da la vuelta con un gesto rápido, sin mirar hacia donde va, de forma casi automática. Su coleta rubia se levanta en el aire y se vuelve a posar en su espalda. Coge la caja de *nuggets* y la deja sobre la bandeja.

—Ahora no está lloviendo —le digo.

—Espera.

Vuelve a girarse, pero esta vez se va hacia el puesto de las patatas fritas y rellena dos cartones medianos. Seguidamente, llena el vaso de refresco y lo deja también sobre la bandeja.

—Me has puesto unas patatas de más.

Ella me guiña el ojo y coge algunas salsas de debajo del mostrador y las deja sobre la bandeja.

—Listo y… listo. —Señala hacia afuera. Giro la cabeza y veo

que ha empezado a llover—. Te lo dije.

No puedo evitar sonreír por su perspicacia y las patatas de más, y le doy las gracias, tras disculparme por no poderle dar propina porque todavía no tengo dinero en efectivo.

Poco después, estoy sentado en una mesa junto a la ventana, ojeando de nuevo hoteles cercanos con una mano y engullendo *nuggets* de pollo con la otra como si los fueran a prohibir mañana. He visto a Sussan en línea y no me ha escrito, lo que significa que sabe que he leído sus mensajes y está esperando a que me digne a responderlos. Sigo pensando que es mejor esperar a llegar al hotel. No puedo tener *esa* conversación con Sussan en medio de un McDonald's y en la calle no tengo internet. Aprovecho para colgar la historia que dejé antes a medias en Instagram. *Hashtag: Ahora soy inglés*.

Miro hacia el exterior y veo pasar un icónico bus rojo frente al Five Guys de la otra acera. Sé que hoy en día la gente viaja constantemente y el mundo está tan conectado que casi se ha perdido el sentido de descubrir nuevas culturas, porque todos estamos influenciándonos mutuamente todo el tiempo. Pero, si intento pensar con el lado de la cabeza menos racional, me parece mentira y de locos que esté aquí, que lo haya dejado absolutamente todo atrás y ahora esté sentado en un restaurante de comida rápida en una ciudad completamente desconocida para mí, sin absolutamente nadie cerca a quien acudir en caso de necesidad. Si supero esto con éxito, podré sobrevivir a cualquier aventura a la que se me ocurra lanzarme. Supongo que en esto consiste eso de arriesgarse; en cerrar los ojos, olvidar el miedo y salir disparado hacia aquello que te pide el cuerpo, sin importar el resultado o los inconvenientes que puedan surgir. Eso sí, no sabré si habrá valido la pena hasta que pasen seis meses y descubra en qué estado me encuentro anímica y, sobre todo, mentalmente.

—¿Trabajo o diversión? —La chica rubia del mostrador ha aparecido a mi lado y ni me he dado cuenta hasta que ha hablado. La luz del exterior se refleja en sus brillantes ojos verdes mientras limpia la mesa que hay junto a la mía.

—¿El trabajo no puede ser divertido? —le pregunto de vuelta.

—Depende. Este no. —Mira a su alrededor—. ¿Eres *influencer*? Porque entonces te diría que sí.

Desbloqueo la pantalla de mi teléfono móvil, abro Instagram y le enseño mi perfil con menos de tres mil seguidores.

—No puedo salir a la calle sin que me reconozcan —bromeo—, por eso me he mudado a Londres.

La chica sonríe sin levantar la vista del teléfono, probablemente echando un vistazo a las fotos que se muestran en la parte alta de mi perfil de la aplicación, o tal vez memorizando mi nombre de usuario para seguirme después.

—Trabajo, entonces —dice, y sus ojos vuelven a los míos.

—¿No crees que pueda ser divertido? Vaya, gracias…

Ella pone los ojos en blanco y menea la cabeza. Mira hacia atrás, supongo que para comprobar que no hay algún superior vigilándola.

—He supuesto que lo de mudarte no formaba parte de la broma.

Le explico que he venido seis meses por trabajo, aunque me ahorro la verborrea irrelevante acerca de cómo y por qué he aceptado un intercambio que hace una semana ni siquiera sabía que necesitaba. Y ella me cuenta que su novio es editor de una revista *indie* que

venden en el mercado de Camden, algo que me parecería mucho más interesante de cara al futuro si no fuera porque mi estancia en Londres tiene fecha de caducidad y un puesto de trabajo bien remunerado. Vivir en Londres le parece una mierda porque está harta de la gente. Yo saco a relucir el pequeño detalle de que Nueva York está igual de masificada y, aun así, hace un momento ha dicho que le parecería genial vivir allí. Supongo que a veces culpamos a los demás de cosas que solo nos afectan a nosotros. Es decir, es mucho más fácil pensar *Londres es una mierda porque hay mucha gente* que hacer introspección, mirar hacia el interior de tus propios pensamientos y darte cuenta de que, quizás, lo que te parece una mierda es el estilo de vida que tienes, porque trabajas en un sitio que no te gusta, o tienes una familia que no acepta quién eres, o a tu pareja hace tiempo que empezaste a echarla de más. Y lo acabas pagando con aquellas pequeñas frustraciones diarias a las que no darías importancia si el resto de tu vida estuviera en orden. En este caso: la gente, porque la chica trabaja de cara al público.

—Bueno, tengo que seguir atendiendo —me dice finalmente—. ¿Te alojas por aquí?

—No sé, creo que sí, estoy mirando todavía. Pero solo hasta el fin de semana, después me voy a un apartamento en Covent Garden.

—¡*Buah*, esa zona sí que renta! —exclama ella, intentando no levantar la voz—. Pues espero que disfrutes de la ciudad más que yo y que vuelvas otro día por aquí, cielo.

Le sonrío y pienso que, si me va a servir doble ración de patatas fritas cada vez que venga, mi dieta de esta semana va a basarse en McDonald's exclusivamente. Cuando ya se ha marchado, caigo en la cuenta de que ni siquiera me ha dicho cómo se llama, ni yo le he dicho mi nombre tampoco. Por un instante fugaz pensé que quería ligar conmigo, luego ha mencionado a su novio y he borrado

esa posibilidad de mi cabeza. Pero después me ha llamado «cielo» sin conocerme. Sin embargo, ahora se ha ido sin preguntarme cómo me llamo. Claro que ese detalle lo ha podido ver en mi perfil de Instagram. Pero si le interesara me habría pedido que la siguiera o algo así, ¿no?

No, Ryan. Sal del bucle.

Qué más da. Se supone que he venido a Londres a reinventarme, no a seguir dándole vueltas a tonterías intranscendentales. Y mucho menos si tiene que ver con una chica. A todos nos gusta gustar, ¿no?

Céntrate.

Vale. Respecto a los hoteles: los precios son desorbitados y me planteo coger una habitación en un hostal en su lugar, pero cometo una locura. Después de todo, durante seis meses me voy a ahorrar el alquiler simbólico que le he estado pagando a Oscar, así que me lo puedo permitir. Y serán solo 3 noches, de miércoles a sábado. Reservo habitación en un hotel de la cadena Travelodge que está a menos de diez minutos de aquí andando. Recojo mis cosas y abandono el restaurante.

En mi camino, paso por delante del Starbucks y estoy tentado a entrar, pero no tengo suficientes manos para manejar el mapa de Google que he guardado en el teléfono, tirar de la maleta y sostener un vaso de café, de modo que continúo mi camino por Pentonville Road y giro hacia King's Cross Road unos minutos más. En la misma calle, paso por delante de un estudio de tatuajes y siento la tentación de hacerme uno. Llevo años queriendo hacerlo pero nunca me he atrevido. Tal vez esta sea la oportunidad de hacerlo. El viejo Ryan tendría miedo, pero el nuevo debería arriesgarse.

Bueno, tú piénsatelo. Literalmente ahora mismo no es que sea buen

momento, ¿no?

Poco después llego al hotel, un extenso edificio de cinco plantas con la fachada llena de cristaleras que sobresalen del ladrillo marrón. Sufro ese extraño *déjà vu* que me ocurre cada vez que veo en persona algo que ya he visto anteriormente en foto, como si ya hubiera estado antes en este lugar.

Tan solo quince minutos después, me he registrado, he pagado las tres noches por adelantado, me han dado la llave y he subido yo solo hasta mi habitación. Supongo que aquí en Londres lo de tener un botones para guiarte hasta tu habitación y subirte la maleta no se estila. Dejo la maleta en el suelo de moqueta azul y me acerco a la ventana para descubrir que tiene vistas al lateral del hotel. Justo enfrente, una ventana antigua, con los marcos carcomidos por el tiempo y la humedad, está abierta de par en par y puedo ver la habitación de un desconocido. Soy consciente, tontamente, de que ahí vive gente, como yo lo hacía en Nueva York. La vida existe más allá de las fronteras de mis propias narices.

Me conecto a la red Wi-Fi del hotel y en mi teléfono suenan nuevas notificaciones de Instagram. Pero eso ahora no importa, porque ya lo he retrasado demasiado y hay cosas que es mejor arrancarlas de golpe. Le hago una videollamada a Sussan a través de WhatsApp. Descuelga al otro lado, pero solo escucho silencio. No ha activado el vídeo, solo el audio.

—¿Hola? —Sin respuesta. La pantalla del iPhone me muestra que hay conexión y los segundos de la llamada avanzan—. ¿Me estás devolviendo la jugada? —le pregunto.

Sigue sin hablarme. Me recuerda a cuando se enteró de que estaba saliendo con Max varias semanas después y no se lo había dicho. Según ella, aquello había sido una completa violación de nuestro acuerdo amistoso-matrimonial. Pero no creí conveniente

decirle nada porque no quería que me ocurriera lo que ya me había pasado con anterioridad con otros dos chicos: ilusionarme desde el principio y que me mandaran a tomar viento en menos de una semana. Hoy en día, lo de conseguir una relación estable es como un milagro de Navidad y yo debería haber estado agradecido por Max. Ahora, sabiendo como acabó todo y por qué, no sé si me apetece seguir creyendo en esa clase de fantasías infantiles. Santa Claus, el hada de los dientes, una pareja para toda la vida… Todo falso.

Me levanto con el teléfono en la mano y lo dejo apoyado en el espejo del escritorio que hay en una esquina. Subo la maleta a la cama y la abro. No pretendo deshacerla solo para tres días, pero necesito ducharme y cambiarme de ropa. Llevo sin asearme desde las ocho de la mañana de Nueva York de ayer, lo que significa casi veinticuatro horas despierto y con la misma ropa.

—Nunca me ha gustado esa camiseta —dice Sussan. Miro hacia el teléfono con la camiseta en la mano y veo su cara en la pantalla—. Te hace los brazos raros y parece que tienes tetillas de pera.

—¡Pero si me la regalaste tú! —le recrimino, bromeando.

—Ya, pero nunca encontré el ticket y no quería perder el dinero si no te la ponías.

—Entonces he ido por Nueva York marcando brazos raros y tetillas de pera… lo que quiera que signifique eso.

—Y no me arrepiento. Visto lo visto, te lo mereces.

Miro hacia la cámara con mi mejor cara de pena. Un poco forzada en el exterior, pero cien por cien real en mi interior. Sussan se apoya una mano en la frente y deja caer el peso sobre ella. Está sentada en la silla de su tocador y de fondo reconozco los espejos de las puertas de su armario.

—¿Qué has hecho, Ryan? —me pregunta, así sin más, entre suspiros.

Tiro la camiseta en un lado y busco otra, sin responderle ni mirar a la cámara. Después pienso que, con el frío que hace, voy a llevar puesta más ropa encima y la recojo del suelo. Busco unos vaqueros gruesos, ropa interior y una sudadera gris con capucha. Echo de menos mi favorita, la que tenía escrito «*Salvation*» en el frontal, pero se la presté a Mike cuando vivíamos juntos y no la recuperé cuando nuestras vidas dejaron de respirar el mismo aire.

—Necesitaba alejarme de todo una temporada, eso es todo —le respondo, sentándome en el borde de la cama, frente al teléfono—. Necesito crecer y cambiar. No sé…

—¿No es un poco pronto para la crisis de los treinta? —Me río, pero en el fondo no me hace gracia. Estoy saturado e incluso el humor sarcástico de la Sussan cabreada no me produce las mismas reacciones. O a lo mejor es el cansancio y el *jet lag*. No dormí más de media hora en el vuelo. Y eso que me tomé un par de ansiolíticos.

—Necesito comprobar que soy capaz de valérmelas por mí mismo sin ayuda de nadie. Enfrentarme a mi propia vida sin recursos. —A ratos, cuando soy realmente consciente de que estoy completamente solo, me dan amagos de pánico que intento reducir antes de que ganen fuerza—. Sé que no lo entiendes, pero no tienen nada que ver contigo ni con nadie, solo conmigo. Es como si los últimos años hubieran sido un error continuo que no he sabido enmendar. Quiero perderme para encontrarme.

—Eso te ha quedado muy poético. —Sussan acompaña el comentario con un par de sarcásticas palmadas.

—Es en serio. No sé qué estoy haciendo con mi vida, ni por qué

parece que estoy metido en el mismo bucle constantemente. Es como si estuviera viviendo la vida de otra persona, no la que yo quiero tener. Pero al mismo tiempo sé que todo lo que he vivido ha sido por culpa de mis propias decisiones. A lo mejor no consigo nada con esto, yo que sé. —Lo pienso mejor, mi pesimismo innato siempre gana—. No, sé que no conseguiré nada con esto, pero tengo que hacerlo. O tal vez no y es otro error más y seguiré sin salir del bucle. Es mi especialidad, ¿no? Cagarla una vez tras otra pensando que estoy haciendo las cosas bien.

—Ryan… —Levanto la vista hacia la pantalla del teléfono. Sussan hace un gesto con las dos manos, llevándolas hacia abajo—. Calma. Te entiendo. Yo a veces también me canso de todo y pienso en salir por esa puerta y desaparecer. Pero luego veo a los extraterrestres estos y se me pasa, aunque ellos sean parte del motivo por el que a veces necesito largarme de aquí. ¿Tiene sentido? Sí, aunque no lo parezca. —Pone la palma de su mano frente a la cámara—. Palabra de psicóloga.

—Bueno, pero tus errores al final han acabado saliendo bien. Te liaste con tu profesor una noche porque estabas vulnerable y siete años después estás casada con él, tienes dos hijos increíbles y vives en Nueva York.

—No es oro todo lo que reluce. Y lo sabes.

—Da igual, en el equilibrio de la balanza te compensa. Pero mis errores… —Reprimo unas inesperadas ganas de llorar hasta conseguir que desaparecen al fondo de la garganta—. Mis errores me han hecho perderlo todo. Mike me dejó porque le engañé, a mi padre lo vi tres o cuatro veces en su último año de vida, acabo de dejar a mi madre completamente sola, seguramente lo que pasó con Max de algún modo también fue culpa mía, ¿y te he contado alguna vez lo de Matt?

—Ryan, no vayas por ahí. Eres la aguja en el pajar. El extraño caso de una persona que tiene que sufrir el duelo de la misma persona dos veces porque se te olvidó toda la primera vez. ¿Y ahora vuelves con eso una tercera vez? Por ahí sí que no. Deja a los muertos tranquilos, por favor.

Sussan tiene razón, pero esto es justamente a lo que me refería antes. Por este motivo no quería hablar con ella. Porque Sussan es uno de los pilares en los que se sustenta toda mi vida. No puedo comenzar una nueva si ella sigue siendo el ancla que me mantiene en el pasado.

—Lo que está claro es que los chicos de nombre monosilábico con sonido *ma* solo te traen problemas. ¡Ni se te ocurra colgarte de ningún Mark! —Nunca me había parado a pensar en ese detalle. Madre mía, qué predecible soy. Normal que no me enamorara de Josh en aquel campamento. Su nombre no encajaba en la secuencia—. Y lo de Max tampoco ha sido culpa tuya. No sé, Ryan… Si te sirve de consuelo, a mí nunca me ha terminado de convencer ese chico. No eres perfecto, pero Max lo es menos. No perdiste gran cosa con él. No como con…

—Ya.

—Lo siento.

—Da igual. —Reconduzco el tema—. Estoy harto de que siempre ocurra lo mismo.

—Creo que tu problema es que te produce desconfianza que las cosas salgan bien. Cada vez que algo va como la seda, piensas que se va a fastidiar por algún lado. Y siento volver a nombrarlo, pero ya que estamos hablando de ello… Con Mike te tocó la lotería y te empeñaste en romper uno a uno los billetes para comprobar si eran falsos o no.

—Sí, lo sé—. Me dejo caer de espaldas en la cama—. Pero a

veces me gusta pensar que a él también le tocó conmigo. No creo que nadie lo quiera nunca como lo quiero… como lo quise yo.

—Actuando como lo hiciste, no le tocó nada. Así que, si crees que puedes ser un premio de la lotería, actúa como tal; no como un roñoso oso de peluche de los que ganas en la feria disparando a los patos.

Me incorporo de nuevo. No quiero hablar de esto. No quiero que Sussan mencione a Mike, ni a nadie que forme parte de la vida que tenía hasta ayer.

—Por eso estoy aquí. Para aprender a ser mejor persona y dejar de envenenar todo lo que toco.

La expresión de Sussan cambia, como si de pronto hubiese recordado que se supone que estaba enfadada conmigo.

—¿Y tanto te costaba decírmelo? Es que no entiendo por qué te has largado sin decir nada a nadie. ¿Qué pensabas? ¿Que te iba a encadenar para que no huyeras? —Arqueo las cejas—. Vale, sí, probablemente lo hubiera hecho. Pero, joder, Ryan, un mensaje al menos. O un e-mail de esos largos en los que sueltas tu rollo místico de la búsqueda de la felicidad y estas mierdas románticas tuyas.

—Lo siento, de verdad. Sé que hice mal, lo llevo sabiendo desde ayer. No fue algo inconsciente que hiciera sin darme cuenta, eso es lo peor. Pero necesitaba hacerlo así. No podía permitir que me convencieras para quedarme.

Estoy tentado a decirle que necesito espacio, tiempo, separarme de todo y de todos. Y eso la incluye a ella. Pero no quiero ofenderla, ni joder nuestra amistad, ni necesitarla dentro de dos días porque todo va mal y que ella no quiera responder a mis llamadas por haberme comportado como un idiota egoista.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Miro hacia la ventana y Sussan hace lo mismo, como si desde su habitación en Nueva York pudiera ver lo mismo que yo desde la mía en Londres.

—Pues no lo sé. De momento, ducharme. Después, turismo. Y, a partir del fin de semana, fingir que soy un buen creativo publicitario para que no me despidan cuando vuelva a casa.

—No ha nacido todavía un actor que pueda representar un papel tan ambicioso.

Me río de su tontería y siento como si algo ya estuviera cambiando, aunque solo por mi parte. No es una despedida, lo sé. Pero me siento como si nada fuera a ser lo mismo a partir de ahora. Seis meses pueden no ser mucho tiempo en el cómputo global de una vida entera, pero son un universo entre dos personas acostumbradas a estar siempre en contacto.

—Prométeme que vas a llamarme y que estarás de vuelta antes del cumpleaños de David.

—Te lo prometo.

Después de colgar me doy una ducha, me visto con la ropa que seleccioné hace un rato y me peino el pelo con los dedos consiguiendo un resultado que deambula entre surfero californiano y Mufasa de resaca. Me lo dejé crecer; primero involuntariamente cuando estuve en coma, y luego a conciencia, con paciencia y resignación, durante el siguiente año. Pero reconozco que a veces es un incordio y que un día de estos voy a coger la máquina de rapar y voy a arrasar con los últimos resquicios que quedan del antiguo Ryan.

Al salir del hotel saludo con la cabeza al recepcionista, pero no

me hace el más mínimo caso. Llego a la calle y me planteo qué hacer en esta mi primera tarde en la ciudad. Supongo que hoy lo mejor es no hacer planes y vagar allá donde me lleven mis pasos perdidos.

4
EL PUENTE

Cuando uno piensa en Londres, es inevitable imaginar nubes oscuras y lluvia. ¿No es eso de lo que siempre se quejan los londinenses como la chica del McDonald's? Nueva York es la ciudad que nunca duerme y Londres es la que nunca se seca. No obstante, según he salido de la estación de Oxford Street me ha sorprendido un increíble atardecer por encima de los tejados de los edificios que rodean el cruce de calles.

En el centro de Nueva York este tipo de paisaje es casi imposible. Demasiados rascacielos acaparando la atención de las alturas.

Apenas hay nubes en el cielo, cubierto por un majestuoso degradado de colores que van desde el azul más intenso hasta el amarillo anaranjado de la línea del horizonte, que contrasta con las luces de los escaparates y los rótulos de las tiendas. He visto doscientas veces las letras de H&M en doscientas fachadas diferentes, pero, por algún extraño y fascinante motivo, no puedo apartar la vista de éstas en Oxford. Sin dudarlo, y casi por instinto, levanto el teléfono en alto y hago algunas fotos del entorno.

Nota mental: regresar a este lugar a esta misma hora con mi Sony, la cámara de fotos, e inmortalizarlo más decentemente.

Recorro Regent Street en dirección sur y tengo la extraña sensación de estar en un lugar conocido, pese a que juro que es la

primera vez en mi vida que piso estas calles. Es como cuando conoces a alguien nuevo y tienes la sensación de que ya lo habías visto antes, tal y como me pasó con Mike hace muchos años. No es que ya nos conociéramos o que pensara que habíamos coincidido en otra vida, como se suele decir, sino que había pensando tantas veces en alguien así que, cuando la vida me lo puso delante, creía haber encontrado algo que ya había tenido la suerte de conocer. Claro que, cuando ocurrió todo eso, estaba tan cerrado a la vida que reprimí todas esas sensaciones a las capas más profundas de mi ser.

Giro a la izquierda en la primera calle que encuentro y callejeo hasta dar con un Costa Coffee, donde me pido un café con leche de almendras. El *jetlag* me está matando de sueño y necesito mantenerme despierto al menos hasta las ocho o nueve de la noche para recuperar algo de normalidad. El dependiente, nuevamente, me pregunta si soy de América y le digo que, técnicamente, América es un continente. Me dice que lo sabe porque él es de Chile, pero que *los gringos* siempre hablamos de América como nuestro país. No puedo llevarle la contraria. Me gustaría explicarle el hecho de que Estados Unidos por sí mismo no es un nombre propio. No como Inglaterra, Canadá o Chile. Entonces terminamos apropiándonos de América como si fuera nuestra identidad nacional. Pero no se lo digo, porque creo que tengo más posibilidades de caer bien a la gente si ven que no soy el típico norteamericano que se cree que su país es el centro del universo. Nada como ser atropellado, permanecer cinco meses en coma y recibir la factura médica (que, por suerte, pagó el seguro en su mayoría) para comprobar que mi país dista bastante de lo que a muchos les gusta fingir que es.

Sigo mi camino calle abajo hasta llegar a un centro comercial cuya fachada representa una casa típica alemana, como mi apellido, Pinkert. Me da por recordar cuando en el colegio solían llamarme «el alemán», pese a que no conozco absolutamente nada de Alemania y los orígenes de mi apellido son tan remotos que, en mi familia, no

sabemos ni dar las gracias en ese idioma. Rodeo el centro comercial y me pierdo en otra calle, no si antes comprobar que Regent Street sigue bajando en paralelo a mi derecha. Lo de perderme sigue siendo una metáfora de momento.

A lo alto, colgado de ambas fachadas a cada lado de la calle que entra a mi izquierda, veo un letrero de Carnaby y me adentro hacia un callejón cuyo cielo está cubierto por bombillas. Si fuera noche cerrada, intuyo que parecerían flotar en el aire. Son como estrellas. Gordas y muy cerca de la tierra, pero estrellas al fin y al cabo. Como la de aquella noche en la playa, la que *le bajé* a Mike para demostrarle que le quería, la que no sirvió para que se quedara a mi lado. Doy otro giro y, mientras conozco y reconozco Carnaby Street, suena mi teléfono. No estoy conectado a ninguna red Wi-Fi y no tengo ni idea de a qué red telefónica inglesa se ha unido mi teléfono automáticamente, pero es Oscar, así que acepto la llamada.

—Que sepas que esta llamada la vas a pagar tú.

—Chico, estamos en 2019, ¿quién sigue pagando las llamadas? —me pregunta él, medio adormilado—. Feliz año nuevo por cierto.

—Dime que no te has pasado todo el día 1 de fiesta y no te estás despertando ahora.

—No me he pasado todo el día 1 de fiesta y no me estoy despertando ahora.

—Vale.

—Avísame cuando pueda dejar de mentir. —Oscar se ríe y yo pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme.

—Entonces no has visto mi Instagram —adivino. Lo que significa que no sabe dónde estoy.

—Sabes que tu *insta* es mi perfil de referencia, siempre, pero no, no lo he visto.

—Ahora entiendo la llamada —digo en voz baja. Oscar me escucha y pregunta a qué me refiero—. Espera.

Camino un poco más rápido hasta regresar a Regent Street, cambio la pantalla del teléfono y abro la cámara. Hago una foto en la que consigo encuadrar parte de los edificios y un bus rojo. Mientras tanto, Oscar me cuenta que no sabe ni con cuántos se lió anoche, que dejaron la casa de Justin hecha unos zorros y que la supuesta fiesta del grupo reducido de amigos se convirtió en un *after* con docenas de personas. No le hago demasiado caso y le envío la foto por WhatsApp.

—Mira el WhatsApp y no te enfades.

Oscar permanece un rato en silencio y acto seguido me dice que no le ha llegado nada. Mierda. Claro. Si no tengo internet, qué demonios le va a llegar.

—Joder, no tengo datos. Entra en Instagram entonces y mira mis historias.

—¿Cómo no vas a tener datos? Si es día 2, pequeño roedor. ¿Te has pasado toda la noche viendo porno sin parar, pedazo de viciosillo?

—Algo parecido.

—Vamos a ver… No me salen tus… Ah, sí, aquí estás. ¿Por qué tus historias siempre me aparecen de las últimas si eres de los que más…? —Entonces se hace el silencio durante lo que parece un intermedio en *prime time*—. Ryan, ¿eso es el St Pancras? —Asiento con un sonido—. Ryan, ¿estás en el lugar donde comenzó la icónica e irrepetible historia de mi futura mejor amiga y socia, Victoria Beckham?

—Bueno, ahora mismo no, eso fue esta mañana.

—¡Ryan! —No puedo verlo, pero sé que Oscar se ha levantado de la cama de un salto y está dando vueltas por la habitación—. ¿Qué haces en Londres?

—Turismo —le respondo, intentando no reírme.

—A ver, deja que me siente. —Lo sabía—. Esto no está pasando. A ver. Max y tú os fuisteis pronto de la fiesta de Justin porque… No recuerdo por qué. Y ahora me estás diciendo que no estás en su casa sino en Londres. ¿Es así?

—Es un breve resumen de todo lo que ha ocurrido en la última semana, pero sí. Básicamente eso es lo que pasó.

—Pero…

—Me fui ayer por la tarde. Todavía no habías llegado a casa. La verdad es que pensé que estarías durmiendo en la de Justin, no que mientras yo hacía las maletas tú todavía estabas poniéndote hasta arriba de alcohol y tíos. Te dejé una nota.

Oscar no dice nada, pero intuyo que ha salido de su habitación y ha ido en busca de la nota que dejé pegada en la puerta del frigorífico. Intentar captar la esencia de la ciudad es complicado cuando estoy teniendo una conversación telefónica al mismo tiempo, así que giro por Glasshouse Street buscando algún sitio en el que sentarme, pero no encuentro nada remotamente parecido a un banco, de modo que continúo mi camino sin saber hacia dónde. Lo de estar perdido empieza a dejar de ser una metáfora.

—«Me voy de viaje, ya te contaré los detalles» —lee Oscar—. Ya estás tardando. «No te enfades. Te quiero. Y gracias». ¡Qué pedazo de nota explicativa, amiga!

—Bueno…

—Lo que no entiendo es por qué iba a enfadarme porque te hayas ido de viaje. Mientras me traigas algún *souvenir*… Si es de uno ochenta, con tatuajes y de apellido Beckham, mejor. Pero me guardas el ticket para devolverlo cuando me canse.

Le cuento a Oscar toda la situación. Mi repentina decisión, lo de irme sin avisar a nadie, mi intención de dejar todo atrás para aclararme las ideas (e incluso la personalidad) y poder retomar una vida normal en la que no esté constantemente culpándome de todas las malas decisiones que tomo.

—¿Y Max se ha ido contigo?

—Max también pertenece a ese pasado que pretendo dejar atrás.

—Ese «también» me ha dolido.

—No me refería a ti, simplón, sino a la vida que he tenido en Nueva York y en Norwalk.

—¿Y qué es la vida sino las personas de las que te rodeas?

De pronto se corta la llamada y me quedo mirando la pantalla como un inútil, esperando a que suene de nuevo porque me niego a llamar yo sin saber cuánto me van a cobrar por una llamada internacional. No suena, así que guardo el teléfono mientras mis pies continúan la marcha por sí mismos. Me adentro entre callejones oscuros llenos de gente, levanto la vista y unas grandes pantallas iluminan mi cara. He llegado a Picadilly Circus, la hermana pequeña, muy pequeña, de Times Square. No sé por qué, en mi cabeza siempre había imaginado este lugar como una gran plaza redonda, con una fuente en medio y pantallas en todas las fachadas. Pero no, solo está la

famosa pantalla curvada, un lío de cruces considerable y una pequeña plaza con escaleras y la esperada fuente, que no es tan grande como había dado por hecho que sería.

Aprovecho para hacer algunas fotos, pero me siento desconcertado porque no sé si la llamada se ha cortado realmente u Oscar ha colgado a propósito por haberme mudado a Londres sin decirle nada. Al igual que me ocurrió con Sussan, no podía decírselo. Él es mucho más abierto y esporádico que ella, desde luego, pero dudo mucho que me lo hubiese puesto fácil. A Oscar le encanta decir que es una persona independiente y que no quiere nada estable a su lado, salvo que se llame Timothée y se apellide Chalamet. Pero en los tres años y pico que hemos vivido juntos me ha demostrado lo contrario. Es una persona que necesita estar siempre rodeado de gente, porque eso le ayuda a dejar de pensar y comerse la cabeza con sus dramas. Justo lo contrario que a mí. Cuanta más gente tengo a mi alrededor, más me agobio y es en mi soledad el único lugar en el que encuentro paz para poner en claro mis pensamientos. Y, aun así, no siempre lo consigo.

Sigo calle abajo, vía Haymarket, y paso por delante del cine Empire. Me sigue fascinando la luz de esta ciudad. Que la mayoría de los edificios sean bajos es una considerable ventaja que en Nueva York no hemos sabido conservar. Un cartel que anuncia el estreno de El Rey León en julio me recuerda dos cosas: que para entonces ya no estaré aquí y mi pelo. Me acerco a un escaparate para comprobar su estado en el reflejo y, mientras intento que los mechones rebeldes que se empeñan en desafiar a la gravedad regresen a su sitio, siento una ligera tristeza por eso de no estar aquí en verano. Acabo de llegar, ni siquiera he podido comprobar cómo es la vida aquí, y ya me da pena saber que en julio no estaré disfrutando de estas calles. Lo que yo decía, siempre aferrándome al lado negativo de la vida.

El teléfono vuelve a sonar y acepto la llamada al tiempo que

prosigo mi camino.

—Te estaba enviando mensajes —me dice Oscar nada más descolgar— hasta que me he dado cuenta de que no los ibas a recibir hasta que tuvieras conexión. Estaban ahí los *checks* solitarios negándose a juntarse por parejas y convertirse en los maravillosos *checks* azules.

—Sabes que los tengo desactivados de todos modos.

—No fastidies mi poesía, perra del infierno. Ya es la segunda que me destruyes hoy.

—No hay pruebas de que la llamada se cortara por mi culpa, pero lo acepto y lo siento. —Antes de que Oscar responda, añado algo más:— Por mancillar tu arte y por no avisarte.

—Hasta te ha salido un pareado. Podrías dedicarte a escribir, como… ¿Cómo vas a hacer, entonces? ¿Vas a buscar trabajo o a vivir de la prostitución? —Caminando sin rumbo he llegado hasta la avenida que se extiende hacia el Palacio de Buckingham, pero el camino hasta allí se me antoja largo y decido seguir hacia un parque que tengo enfrente, cruzando el característico asfalto color teja de la avenida—. Eres joven, puedes hacerte una buena cartera de clientes.

—Mira que eres imbécil cuando te lo propones. —Intento no reírme, pero no lo puedo evitar. Ya echo de menos Londres, porque sé que me iré en seis meses, pero también echo de menos a Oscar, que no hace ni dos días que lo vi por última vez—. Sigo trabajando en lo mismo, hicimos un intercambio.

—¿Tú a Londres y yo a California?

—Casi. A ella la han enviado a Nueva York, a cubrir mi puesto. Y yo aquí, cubriendo el de ella.

—¡*Agh*! —exclama con un disgusto fingido—. *Ella*. Qué pereza.

—Tienes que tratarte esa *chochofobia* que tienes, Oscar.

Lo oigo reírse al otro lado de la línea y yo me adentro en el parque. Es el St James, según confirmo abriendo el mapa de Google que descargué esta mañana.

—No tengo fobia a las mujeres —se justifica mi amigo—. No las odio, ni las considero inferiores. De hecho creo que son superiores a nosotros en todos los aspectos habidos y por haber.

—No he dicho nada de las mujeres.

—Has dicho… —Oscar deja la frase en el aire, como si se hubiera dado cuenta sobre la marcha del significado de mi absurda expresión—. Vale, sí, tienes razón. Es posible que sea un poco *chochofóbico*, pero prometo trabajar en ello.

—No quiero saber cómo.

—Querido animalillo de laboratorio, de verdad te digo que me encanta hablar de gilipolleces contigo, pero no sé cuánto me está costando esta llamada…

—¿Y desde cuándo te preocupa el dinero? —Oscar no es que sea millonario, pero sus padres sí. De ahí que viva en un *loft* en Chelsea y me acogiera bajo sus alas sin cobrarme un solo dólar; aunque yo insistiera en pagarle doscientos al mes porque no me daba la gana de vivir gratis y que algún día pudiera echármelo en cara. Claro que eso fue al principio, cuando éramos amigos pero no íntimos. Ahora sé que nunca sería capaz de usar el dinero como arma, ni en el peor de los enfados. No es su estilo—. ¿Han dejado de darte la paga?

—Ja. Ja. Ja. —Esto lo acompaña con una palmada con cada «Ja»—. Era una forma de decir que quiero colgar ya porque tengo la

tripa más revuelta que la trenza de Beyoncé y necesito ir al baño urgentemente, pero quería ahorrarte los detalles.

—Vale, pues que lo disfrutes. Cuando regrese al hotel te escribo y te envío fotos y hacemos guarradas por WhatsApp y todo eso —le digo con un falso tono sensual.

—Más quisieras tú…

—Totalmente, por eso me he venido a Londres, para superar el dolor de no poder tenerte.

—Venga, mi rey. Ten cuidado y no aceptes invitaciones de extraños, salvo que sea droga.

Me guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y me adentro en el parque. Las peladas ramas de los grandes árboles me hacen suponer que en primavera esto es un festival de vegetación, sombra, humedad y frescor. Todo está mojado, para sorpresa de nadie, pero ahora mismo no está lloviendo. Me paro a pensar en el recorrido que he hecho y no sé cómo he llegado hasta aquí. Distraído con la llamada de Oscar, es como si algo me hubiera empujado por las calles del centro de la ciudad hasta dar con este punto exacto. Y no lo digo por ponerme en plan místico, sino porque ante mí se extiende un extenso lago y, tras la verja que me separa de él, una multitud de patos campan a sus anchas. Hay carteles que indican que no se les puede dar de comer, pero si llevara algo de comida encima seguro que lo haría, porque eso me acercaría un poco más a él, a aquel septiembre en el que su reloj dejó de avanzar.

En Norwalk no tenemos un Central Park, ni un St James Park, pero tenemos el Memory Park. Más modesto, menos conocido, pero mucho más especial para mí que los dos anteriores. También un lago con multitud de patos y un puente que lo cruza. Un puente en el que una vez Mike me estampó un helado de fresa en la cara porque le

manché la barbilla a propósito con el mío. Un puente en el que mi amigo Josh tuvo el valor de enfrentarse a sus peores miedos y confesarle a la que era su novia que le gustaban los chicos. Un puente en el que mi madre le contó a mi padre que estaba embarazada. Un puente en el que mi padre me abrazó por última vez.

Nunca sabré si fue casualidad o si él presentía que vivía en tiempo prestado, pero aquella mañana me pidió que fuéramos a dar un paseo los dos solos. El apartamento de mis padres está a unas cuatro manzanas del parque, y la verdad es que no me apetecía nada caminar porque había estado la noche anterior de fiesta con Josh y su mejor amigo, Jake, que había vuelto desde la universidad tras terminar la carrera. Aun así, mi estancia en Norwalk iba a ser corta, tan solo cinco días (y ya había usado dos), de modo que acepté la propuesta de mi padre, me vestí con lo primero que pillé, me puse un gorra y salimos a caminar.

Era el 5 de septiembre (exactamente el día del aniversario de la muerte de Matt) y la calle estaba abarrotada de gente. Lo normal en un lunes cerca de las diez de la mañana. Sin embargo, yo sentía como si fuéramos las dos únicas personas de la ciudad.

—¿Te gusta tu trabajo? —me preguntó. No sabía si realmente le interesaba saber cómo era mi situación laboral o si era una forma de comprobar si había valido la pena obligarme a volver a Nueva York.

Le dije que sí, y probablemente le habría respondido lo mismo si hubiera estado muerto del asco laboralmente. Lo último que quería era que él se arrepintiera de su decisión tanto como a veces lo hacía yo por haberla aceptado sin más. De todos modos, sentía que había algo que quería decirme y no terminaba de soltar.

Antes de llegar al parque, le dije que no se andara con rodeos, que no había llegado a ser mayor callándose las cosas o andando de puntillas por la vida, como si tuviera que pedir permiso. Él se rio a duras penas. No percibí que algo iba mal, pero estaba ocurriendo.

—Tienes razón, hijo —me reconoció—. El trabajo en realidad es lo de menos. Lo que quiero saber de verdad es si has conseguido pasar página y ser feliz. —Puede que no lo dijera específicamente, pero él también echaba de menos a Mike. Tal vez no a la persona que era Mike, literalmente, sino a su presencia en mi vida y la clase de persona que yo había sido el tiempo que él había estado a mi lado.

Nunca le respondí. Es decir, hablamos del tema, por supuesto, pero nunca le dije si había sido o no había sido feliz durante ese año que había estado acostumbrándome a vivir sin el amor de mi vida. En vez de eso, le conté que Nueva York era tan grande y vertiginosa que no te permitía anclarte en el pasado (mentira), que mi nuevo trabajo era tan genial que no tenía tiempo para pensar en mí mismo (lo primero verdad, lo segundo no), que tenía suficientes amigos como para no notar la ausencia de una sola persona (mentira cochina, estaba hundido en la mierda), y que, por suerte o por desgracia, haber vivido lo de Matt me ayudaba a poner las cosas en perspectiva. Esto último sí era verdad. Había aprendido a no hundirme del todo. O, por lo menos, que mi hundimiento mental no afectara a mi capacidad para seguir haciendo vida normal.

Matt. Mi amor de verano cuando tenía dieciocho años. Mi experiencia sentimental más inocente y traumática. El dolor que no me podía permitir el lujo de seguir alimentando. Justo cuando dije su nombre, recordé que aquel día era el aniversario de su muerte. Mientras mi padre y yo paseábamos por Memory Park, se cumplían cuatro años desde que su vida se había esfumado entre las olas de una playa de St Dean. Recuerdo que pensé que sería buena idea ir al

cementerio después del paseo. Ir a ponerle flores, hablar con él. Así, quizás, me encontraría con su madre y podría saber qué había sido de ella durante aquellos años.

Pero mi padre no conoció a Matt y nunca le había visto la cara. Nunca le vio la cara. Las fotos que nos sacamos aquel verano siguen en la tarjeta de una cámara de fotos digital en algún cajón de mi antigua habitación. Nunca las pasé al ordenador ni nada parecido. Fue una forma de que nuestra historia me perteneciera solo a mí, y también de archivar todo lo que vivimos. No quería toparme con esa carpeta de fotos de vez en cuando, sin estar preparado para que esos recuerdos volviesen a mi mente sin avisar. Tal vez suena egoísta, pero no necesitaba una veintena de fotos en mi ordenador para mantener su recuerdo vivo. Y, al mismo tiempo, necesitaba que su recuerdo se desvaneciera si pretendía tener una vida normal, lejos de las pesadillas y los ataques de ansiedad que me producían sus increíblemente reales apariciones en mis sueños.

Como mi padre nunca lo conoció, para él Mike había sido y seguía siendo el único chico en mi vida (y probablemente tenía razón), de modo que me preguntó por él. Yo llevaba ya muchos meses sin saber nada de Mike. Desde la vez que me presenté en su casa creyendo que todavía estábamos juntos. Le había pedido a nuestros amigos en común (básicamente todos los de Nueva York y Josh en Norwalk) que no me contaran nada de él. Incluso lo bloqueé en Instagram porque no podía soportar el hecho de ver que su vida continuaba lejos de mí, como si nada. Mi padre no se lo tomó del todo bien.

—¿Cómo vas a recuperarlo si lo expulsas de tu vida? —me preguntó.

No era consciente de que Mike se había expulsado él solo por propia voluntad. O quizás tuve yo parte de culpa cuando le dije que

no quería ser su amigo porque yo necesitaba serlo todo. Fuera como fuese, yo era partidario de eso de «ojos que no ven, corazón que no siente», aunque en realidad no saber nada de él estaba provocando otra clase de sentimientos que también tuve que enterrar para sobrevivir. Después de todo, yo llevaba años con mi rollo filosófico de vivir aquí y ahora, y aprovechar las oportunidades porque era ahora o nunca, e intentando creer que nunca es tarde para volver a empezar y conocer de nuevo la felicidad. Sin embargo, tal vez todo este tiempo he estado pecando de hipócrita, porque vuelvo una y otra vez al pasado, buscando el momento en el que la percepción que tengo del mundo dejó de ser la misma y me convertí en esta cosa atormentada que no es capaz de vivir tres días seguidos sin sentir que está repitiendo los mismos errores una y otra y otra vez.

Cuando decidimos que era hora de regresar a casa, estábamos en el mencionado puente y mi padre se acercó y me cogió de la mano. Era la primera vez que hacía algo así. Nos habíamos dado abrazos, pero nunca habíamos tenido esa clase de contacto todavía más cercano y personal. Me dijo algo que se me quedó grabado:

—Tu pasado no sirve para nada, porque no existe, y tu futuro está escrito en tus manos, porque con ellas eres el único que puedes darle forma. Y deja de buscar la felicidad, chico, porque ese sentimiento no es una cosa que se reconozca en el presente, sino algo que solo puede apreciarse mirando hacia atrás. Simplemente vive.

Me pidió, además, que reuniera todos mis esfuerzos en hacer lo que el corazón me pidiera, lo que realmente me diera vida y me hiciera sonreír y pensar que estar vivo es un regalo. Y me abrazó.

Cuando nos separamos, apenas podía ver con nitidez porque tenía los ojos anegados de lágrimas que intentaba controlar, pero supe que algo no iba bien. Su mano había empezado a temblar y, al mismo tiempo, se aferraba a la mía con una fuerza que había dejado de ser

cariñosa. Se desplomó en aquel lugar y me bloqueé sin saber qué hacer durante un segundo. Luego llamé a una ambulancia. Mientras esperaba, hice todo lo que debería haber hecho años atrás en la playa y el pánico me había impedido hacer. Intenté reanimarlo y estuve unos tres minutos bombeando su corazón hasta que un corredor nos vio, se acercó y se ofreció a ayudarme diciendo que era enfermero. Me quedé arrodillado a su lado, sintiendo la impotencia de no poder hacer gran cosa, pero pensando que saldría adelante, como siempre. En ningún momento pensé que *se está muriendo*, sino más bien que *le está dando otro infarto*. Pero no era otro, sino el definitivo.

Cuando llegó la ambulancia mi padre todavía estaba vivo. Habíamos conseguido reanimar su corazón. Cuando llegamos al hospital seguía con vida. Y mientras esperaba en la sala de espera, hecho un manojo de nervios, también estaba vivo. Entonces llegó mi madre, la dejaron pasar al interior y salió diez minutos después con la cara completamente rota, las manos temblando y casi perdiendo el equilibrio. En cuanto me miró, supe que mi padre se había ido para siempre.

No sé muy bien por qué, me miré las manos y contemplé un futuro incierto en el que tenía claro que no importaba cuánto supieras de la vida, al final ella siempre iba a sorprenderte y hacerte sentir algo que no esperabas, tanto bueno como malo. Me abracé a mi madre y le dije que no pasaba nada, que de algún modo él sabía que hoy sería el día, y que se fue feliz y sin sufrir. Creo que todo eso se lo dije medio gritándole al oído, entre llantos y temblores, pero sé que lo recuerda; porque mi madre siempre ha sabido que mi padre decidió cómo y de qué manera aceptaba que se le había acabado el tiempo: en el lugar (según supe más tarde) en el que había vivido el momento más feliz de su vida al saber que iba a ser padre.

Claro que una cosa es saber que tu padre se ha ido conforme y sin miedo, y otra muy distinta es que ese hueco que deja en tu día a

día no te abrase por dentro hasta que aprendes a controlar las llamas.

5
UN EXTRAÑO OBJETO ALIENÍGENA

Lo que pasa es que solo de arquitectura histórica no se puede vivir. Después de no ver el maravilloso, ostentoso y regio Big Ben porque está forrado de andamios (lo están restaurando), he cogido el metro en Westminster de vuelta a King's Cross, mi estómago ha tomado el control de mis piernas al pasar por delante de un Pizza Union y las ha movido en dirección al interior del local. Daba por hecho que a las nueve de la noche los ingleses ya estarían cenados, aseados y arremolinados en torno a la televisión para despedir la jornada, pero no. El local está lleno de gente. Sin embargo, el hambre que tengo es superior a la vergüenza de cenar solo.

Una vez dentro y tras hacer la cola frente al mostrador, pido una pizza Margarita con extra de pollo, pago el pedido con el teléfono y la chica de la barra me entrega un extraño artilugio cuadrado de plástico que no sé muy bien para qué es. Después de toda una tarde creyendo que iba a perderme entre las calles de Londres, resulta que donde más perdido me siento es en una simple pizzería.

Un vistazo alrededor me basta para darme cuenta de dos cosas: la primera es que el aparato que me ha entregado me lo tengo que llevar conmigo a la mesa y, cuando se ilumine, significará que mi pizza está lista y podré acercarme a recogerla; la segunda es que las mesas son compartidas. No hay mesas individuales, ni mucho menos para parejas. Todas son para seis personas o más, así que me siento en la única que veo libre, pegado a la pared y debajo de un rótulo de neón que dice «*Superveloce Italiana*» en letras rojas. Para amenizar la

espera, le hago una foto al trozo del local que me permite el encuadre, mostrando el letrero, y me dispongo a colgarla en Instagram hasta que, nuevamente, recuerdo que no tengo internet.

Ryan, estás al borde de cruzar la línea entre ser despistado y estar sufriendo pérdidas de memoria a medio plazo.

Entonces sucede lo inevitable: un grupo de tres chicas y un chico se sientan a mi mesa. Dos chicas al otro lado, y otra chica y el chico en el mío.

—¿Está ocupada? —me pregunta una de las chicas, señalando la silla que queda libre justo delante de mí.

Niego con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa vergonzosa pero educada. La chica deja en la silla su bolso y el de su amiga, además de un par de abrigos. Como no tengo internet y mi teléfono ahora mismo no sirve sino como mapa o linterna, no me queda más remedio que mirar hacia la madera de la mesa vacía y escuchar la conversación de mis nuevos vecinos de mesa.

—Mañana deberíamos seguir buscando. Necesito encontrar uno que sirva —dice una de las chicas que están sentadas en el lado opuesto de la mesa.

—El de antes era perfecto —comenta la que está a su lado.

—Estaba demasiado duro y no había forma de que me entrara —añade la chica que está en mi lado de la mesa—. Eso no hay quién se lo meta.

—Con un poco de crema seguro que entraba —le responde la chica anterior—. No a lo bestia, solo un poco para que deslice hasta dentro.

—No gracias, no quiero acabar como Ross.

—¿Y uno más grande? —pregunta la primera chica—. Mejor que sobre a que no puedas moverte, ¿no?

—¿Y con qué lo sujeto? ¿Con los dientes?

Cuanto más avanza la trama de la conversación, más firmemente miro hacia el trasto de luces apagadas que tengo delante, desando que se ilumine. No se tarda tanto en hacer una pizza, ¿no? Masa, tomate, mozzarella, trocitos de pollo y diez minutos al horno como mucho. Miro la hora en el teléfono. No llevo aquí sentado ni cinco minutos.

—Ese culo que tienes lo aguanta todo —añade una de las chicas, y yo quiero que me trague la tierra. Por un lado, me siento incómodo compartiendo mesa con desconocidos; por otro, no puedo aguantar las ganas de reírme. No quiero parecer un chalado que se ríe solo, pero tampoco un chalado que se ríe de una conversación ajena a la que no debería estar prestando atención. No es culpa mía que en este sitio fomenten la integración social entre desconocidos.

—Bueno, eso no puedo negarlo —reconoce la chica, la de mi lado de la mesa, la del supuesto culo todopoderoso—. Me enseñaron a comer de todo.

Me llevo una mano a la frente e intento disimular la vergüenza y las ganas de reírme. Estamos demasiado cerca. Prácticamente formo parte de su grupo. El chico, que llevaba todo este rato callado, se gira hacia mí y se ríe.

—Están hablando de un pantalón de cuero —me dice, dando por hecho que he escuchado todo. Es probable que mi cara en este momento sea un libro abierto.

La mesa se queda en silencio, hasta que supongo que las chicas

se dan cuenta de la conversación que estaban teniendo y se echan a reír. Sus caras se ponen del mismo color que el rótulo de neón de la pared. Justo en ese momento, las luces de mi extraño objeto alienígena comienzan a parpadear y acudo a la llamada de la nave nodriza. Recojo mi pizza del mostrador y regreso a la mesa, donde los ánimos se han calmado un poco. Me siento y pretendo empezar a comer. Me siento observado y, al levantar la vista, descubro que el grupo entero me está mirando. Pero no en plan psicópata, sino que probablemente ha dado la casualidad de que todos han mirado al mismo tiempo.

—¿Queréis un poco? —les pregunto, bromeando.

Una de las chicas del lado de enfrente abre la boca, sorprendida.

—¡Tú no eres de aquí!

Juro que si los norteamericanos fuésemos por la vida señalando a todos los que no son de allí, tendríamos mucha peor fama. Bueno, espera, creo que ya hacemos eso y por eso tenemos *esa* fama. En serio, no entiendo qué ocurre en esta ciudad. ¿Nunca han visto a un extranjero? ¿O yo he tenido la suerte de encontrarme con todos los aficionados a señalar nacionalidades externas?

—Claro que sí —le respondo, mientras cojo un trozo de pizza con las manos. Paso de cubiertos—. Nací allí detrás, en el almacén.

—Por tu acento, diría que eres de Alemania —me dice la misma chica.

—Si escalas hasta lo alto de mi árbol genealógico, sí —le respondo, intentando no abrir demasiado la boca. Modales.

—Cheryl, es de Estados Unidos, no de Alemania —dice el

chico.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le pregunta la tal Cheryl. Yo sigo comiéndome la pizza.

—Porque tiene un llavero con su bandera colgando de la mochila.

—Tu sudadera es la bandera de Francia y no eres francés, James.

El chico, James, lleva una sudadera con capucha dividida horizontalmente en tres franjas. Azul, blanco y rojo, desde arriba hasta abajo. No es la bandera de Francia, aunque sean los mismos colores. Ni siquiera es la misma disposición. La bandera tiene las franjas verticales. Cheryl no tiene razón, pero yo sigo a lo mío.

—No es lo mismo una sudadera que un llavero —responde James.

—A lo mejor solo estuvo de viaje por allí —añade la chica que está en mi lado de la mesa, la del supuesto superculo—. Yo tengo un llavero de la Torre Eiffel y no soy francesa.

—¿Es la noche temática de Francia? —pregunta la chica que llevaba un rato callada, desde la esquina de la mesa opuesta a la mía —. Yo subo la apuesta y digo que es de aquí pero sus padres no, de ahí el acento.

—¿Por qué habláis de mí como si no estuviera aquí? — intervengo finalmente. Y todos se quedan callados.

Me fijo en ellas, todas muy parecidas. Morenas, con cejas perfectamente delineadas, vestidas como si fueran a salir de fiesta pese a que es miércoles. Es posible que dos de ellas, las que están sentadas juntas, sean hermanas, porque el parecido va más allá del

estilo. Las tres tienen pinta de ser de mi edad, quizás un poco más. James es mayor que yo seguro, o la vida no le está ayudando demasiado a conservarse. Rondará los treinta, quizás. Como es el que tengo sentado al lado, no he podido observarlo demasiado sin parecer un acosador. Huele a Acqua di Dio y, aunque me encanta ese perfume, se está mezclando con el sabor de la pizza; que, por cierto, o está increíblemente buena o yo tengo más hambre de la que pensaba.

—Perdona —se disculpa James, girándose ligeramente hacia mí—, es verdad. Nos hemos dejado llevar.

—No pasa nada —le digo, llevándome otro otro de pizza a la boca. Se ilumina el aparato que tienen ellos en su lado de la mesa pero ninguno se da cuenta—. Os están llamando de la nave.

Mi chiste cae en saco roto, pero Cheryl y la que parece su hermana se levantan y regresan con tres pizzas. Una para James y otras dos que parece que van a compartir entre ellas. Durante un par de minutos se hace el silencio. Yo como hasta acabar con tres cuartos de pizza y el grupo de desconocidos, ya no tan desconocidos, apenas abre la boca para algo que no sea llevarse porciones entre los dientes, salvo algún que otro comentario sin relevancia. Sin darme cuenta, mi memoria hace un viaje de los suyos y me veo sentado en el pequeño comedor que tenemos en la agencia de publicidad en Nueva York.

Mi padre había fallecido casi tres meses antes y yo llevaba ya dos de vuelta en la ciudad, después de pasarme todo el mes de septiembre en Norwalk con mi madre, apurando días de vacaciones y algunos extra en los que me permitieron trabajar desde allí. Era un día cualquiera en la oficina, de esos en los que has estado tan saturado y estresado que la hora de la comida es un simple trámite. Un inciso en el ajetreado día, en el que te llevas la comida a la boca como si no estuvieras

realmente allí, con la mente puesta en las piezas de la campaña de GAP que hay que terminar y en los carteles de Verizon que se enviaron con el error tipográfico y que se deben enviar a imprenta de nuevo antes de las tres de la tarde.

No percibí su presencia hasta que habló. A juzgar por la cantidad de comida que quedaba en su *tupperware*, llevaba sentado a mi lado un buen rato.

—Me llamo Max. —Me tendió la mano que tenía libre, sosteniendo el tenedor con la otra—. No suelo saludar a desconocidos, pero soy nuevo y eres de los pocos de mi edad que he visto en todo el día.

Le tendí la mano de vuelta, por inercia más que por educación o interés.

—Ryan. Bienvenido, supongo.

Me fijé en él. El pelo sedoso y oscuro, los ojos rasgados de un color entre verde y avellana, y su mano firme, estrechando la mía con determinación. Sonreía con la boca cerrada, lo que ya me dio una indicación de que, fuera quien fuese ese tal Max, ya había ganado varios puntos en educación alimentaria. Odio a la gente que habla con la boca llena y a los que gesticulan con los cubiertos en las manos, aunque hay muchas cosas que odio en los demás que se convierten en dulces manías cuando las hace alguien que me gusta.

—No te he visto por aquí —le dije, por hablar de algo.

—Estoy en el departamento de digital, en la planta de abajo.

—Ah, claro.

Le llegó un mensaje a su teléfono y, al iluminarse la pantalla, vi una foto de alguna playa de la costa oeste.

—¿Recuerdo del verano? —le pregunté, señalando el teléfono con la cabeza.

—Recuerdo de mi hogar, más bien. ¿No ves lo moreno que estoy? Es broma, no respondas —me pidió antes de que pudiera procesar qué había dicho—. Soy de San Diego.

—Casi eres mexicano, entonces.

—Sí, algo así —me respondió, encogiéndose de hombros. Percibí algo extraño, como si pensara que lo había dicho de forma despectiva.

—No lo he dicho en plan…

—Ah, no —me interrumpió—. Tranquilo, no es eso. Es solo que… Nada, da igual.

Esa es otra cosa que odio, pero intenté disimularlo con una broma no tan broma.

—Max, no sé quién eres, pero te voy a decir algo de mí: cuando alguien deja una frase sin terminar, insisto hasta la saciedad para que la complete. Así que ahórrame el esfuerzo.

Max se echó a reír de forma vergonzosa pero con cierto descaro. Apenas llevaba tres minutos en mi vida y ya tenía claro que era un fanfarrón. Un chico bueno con cara de no romper un plato que en realidad escondía al campeón de los espabilados, en el buen sentido. No tuve que insistir.

—Mi padre es japonés, ¿vale? Bueno, realmente mis abuelos lo son. Él nació aquí. Pero vamos, que a efectos genéticos es japonés. Y mi madre también es de aquí, pero con ascendencia puertorriqueña. Entonces así salí yo: piel latinoamericana y rasgos asiáticos. Así que te

puedes imaginar cómo fue mi infancia en un colegio en el que la mayoría de los niños eran blancos.

—Pero en San Diego… —Intenté comprender cómo en una ciudad que casi hace frontera con México no había más diversidad, pero no me dejó terminar la frase.

—¡No, no, si en mi barrio los raros eran los blancos! Pero en mi colegio no. Mis padres me metieron en el mejor colegio que encontraron, a cuarenta minutos de nuestra casa. Y allí la diversidad era más bien escasa, ¿sabes? Entonces yo era el mexicano.

—El mexicano —repetí, añadiendo cierto sarcasmo al asunto.

—*El mexicano* —repitió Max de forma exagerada, duplicando la dosis de sarcasmo—. Yo, con esta cara y estos ojos… En fin. Esos niños no habían visto a un mexicano en su vida, pero claro… Supongo que estarían acostumbrados a que todos los diferentes a ellos eran de México.

—Malditos padres —dije casi sin pensar.

—Exacto. Gracias. Mi madre se pasaba la vida yendo al colegio para que amonestaran a los que me insultaban, pero luego era amiga de sus madres. No se daba cuenta de que esos niños no nacieron siendo racistas, sino que lo aprendían en casa. A saber la de cosas que dirían de ella esas madres a su espalda.

En ese momento, sonó de nuevo su teléfono y apareció en la pantalla una foto de Max abrazando a una chica.

—Es mi novia, tengo que cogerlo —me dijo, mientras recogía la mesa y se levantaba, haciendo malabarismos con el teléfono en una mano y sus cosas del almuerzo en la otra—. Encantado, Brian, nos vemos por aquí, ¿vale?

—Es Ry… —Ya se había ido—. Nada.

James me da un ligero codazo y regreso desde mis recuerdos al presente. Todos me están mirando y siento que es una de esas situaciones en las que alguien me ha preguntado algo pero yo estaba en la luna y no me he enterado.

—Perdona, ¿qué? —me atrevo a preguntar, sin saber realmente si alguien me ha dicho algo o si el codazo fue por accidente.

—Que de dónde eres —me dice Cheryl.

—¡Ah! —Me limpio la boca con una servilleta de papel y bebo un trago de la botella de agua—. Lo que ha dicho él. Vengo de Nueva York.

—¿Eres de Nueva York? —me pregunta la del superculo, inclinándose sobre la mesa para mirarme por delante de James—. ¡Venga ya!

Yo asiento con la cabeza y sonrío, aunque no sé muy bien por qué. No me parece mucho más guay ser de Nueva York que ser de Londres. ¿Esta gente ha visto dónde vive? Si yo ya estoy enamorado y no he pasado ni un día completo aquí.

—Técnicamente soy de Norwalk, pero llevaba cinco años viviendo en Nueva York.

—¿Y Norwalk en qué parte está? —me pregunta James.

—Mmm… No sabría explicártelo ahora mismo —le digo, reprimiendo una sonrisa—. Pero si buscas en Google seguro que encuentras historias de esa ciudad.

—Nosotros somos de aquí —añade Cheryl—. Bueno, Amanda es de Manchester, pero lleva viviendo aquí… ¿Cuánto?

—Este verano hará diez años —responde Amanda, que oficialmente deja de ser la del culo majestuoso—. Desde que empezamos la universidad.

—¿Estudiáis todos juntos? —les pregunto, cuando ya apenas me queda una porción de pizza.

—Estudiábamos —me corrige Cheryl—. Ahora ya cada uno tiene su trabajo, pero aquí seguimos…

Contra todo pronóstico, la gente de Londres parece ser más social de lo que parece. O al menos yo he sido bendecido. Me cuentan que todos estudiaron Bellas Artes en la Universidad de las Artes de Londres. Cheryl y, efectivamente, su hermana, Lindsay, se pasaron a Diseño de Moda, mientras que Amanda y James continuaron con Diseño de Interiores. Compartían piso hace años, pero ahora solo James y Lindsay siguen viviendo juntos. Amanda vive son su novio y Cheryl se casa este verano con el suyo. Yo me termino la pizza y atiendo encantado, porque así la conversación ya no gira en torno a mí, hasta que en cierto punto recuerdo cómo empezó todo esto y no puedo evitar interrumpirles.

—¿Y lo del pantalón de cuero?

Lindsay, que no ha hablado demasiado en toda la velada, toma el relevo de sus amigos.

—El mes que viene es mi cumpleaños y voy a organizar una fiesta de disfraces, porque en Halloween tenemos una extraña tradición familiar en casa, que me niego a explicar sin un terapeuta delante, y Cheryl y yo siempre nos perdemos las fiestas.

—Quiero saber más de esa tradición —le digo, dibujando una de mis sonrisas, de esas que me abren cualquier puerta.

—Si te lo dijera, tendría que matarte, y eres demasiado mono como para morir tan joven.

Entonces los otros tres parecen ponerse de acuerdo para susurrar «*uuuh…*» al unísono. Lindsay se pone roja como un tomate. Sus amigos dan palmadas en la mesa y sonríen pícaramente. Y yo, que a estas alturas de mi vida y, además, lejos de casa he perdido toda la vergüenza, prefiero zanjar el asunto por si acaso.

—No te preocupes, que soy gay. —James me mira con tal rapidez que podría escuchar el crujido de sus huesos por encima del bullicio del local—. No voy a acosarte por haberme llamado guapo.

—Menos lobos —me dice Cheryl—, que solo ha dicho que eres mono.

—Demasiado mono —aclara James—. Eso computa como guapo, claramente.

—Sigo sin entender lo del pantalón —digo de pronto, para redirigir la conversación de nuevo hacia otra cosa que no sea yo.

—Aquí, mi amiga —Cheryl señala a Amanda—, que se ha empeñado en que quiere ir de Olivia Newton John sí o sí.

Encadenando un tema con otro, hablamos de la película *Grease*, de cómo Amanda quiere que sea su disfraz, de si habrá o no algún John Travolta en la fiesta, de su novio, del novio de Cheryl, de su boda, de James y su búsqueda de acompañante, de la boda de mi amiga Sussan, de si yo quiero o no casarme, de mi situación sentimental, de mi motivo para mudarme a Londres (solo les he dicho que es por trabajo) y cerramos el ciclo nuevamente con Nueva York y

el mundo de las artes, contándoles que yo trabajo en una agencia de publicidad y pertenecemos todos al mismo gremio de pseudoartistas.

Mis nuevos conocidos han quedado para ir a tomar algo por Carnaby y me invitan a ir con ellos, pero rechazo su oferta porque estoy muerto de sueño y necesito pillar la cama. Son casi las diez y media y yo pensaba estar durmiendo a las nueve, como muy tarde, para recuperar horas de sueño. Salimos todos juntos del local y nos despedimos. Les doy las gracias por amenizarme mi primera noche solo en la ciudad y me encamino hacia el hotel. Me cargo la mochila al hombro, me pongo los auriculares y camino calle abajo.

En la esquina del Honest Burgers, y con relativamente poca luz ambiental, noto que alguien me toca el hombro y me giro asustado. Durante medio segundo me imagino atracado y cumpliendo mi propia profecía de ni siquiera haber sobrevivido al primer día. Pero es James.

—Oye, que nos has caído genial —me dice, casi titubeando—. Y bueno, eso. No sé si tienes amigos por aquí, pero por si quieres unos nuevos.

—Ah, claro, genial. Apunta mi número.

Le advierto que de momento no puedo usar demasiado el teléfono porque no he contratado una línea inglesa, o algún paquete de roaming, pero que en el hotel tengo Wi-Fi y podré quedar si me avisan con tiempo.

—Perfecto, ahora solo falta una cosa.

La boca del estómago me da un ligero vuelco por unos nervios repentinos que no sé de dónde han salido. Espero que no sean mariposas, porque tendré que empezar a matarlas una a una.

—Tú dirás —le respondo, intentando mostrar cierta

indiferencia.

—Una hora contándote nuestras vidas y no nos has dicho como te llamas.

Sí. Definitivamente, a veces (muchas veces) puedo llegar a ser muy estúpido (demasiado). Y yo pensando que iba a pedirme una cita o algo así. Ahora que lo tengo de frente he de decir que James me parece muy interesante. Dejando claro que «interesante» tiene el mismo equivalente que «demasiado mono». Al final sí que es algo mayor que yo (tiene casi treinta años), por lo que no es la misma situación ni de lejos, pero es el primer chico rubio de ojos azules en el que me fijo desde Matt. Y por primera vez en todo este tiempo no me siento culpable por que me guste alguien que podría recordarme a él.

—Ryan.

Nos despedimos de nuevo y continúo mi camino. Cruzo de nuevo frente al estudio de tatuajes y vuelvo a sentir la tentación. Ahora mismo está cerrado, así que no hay nada que hacer, pero me mantengo firme en mi convicción de que debo hacerlo. Algo que me recuerde a diario que soy fuerte y que debo seguir apostando por la vida. De regreso al hotel, caigo en la cama casi muerto del cansancio y pienso en todo lo ocurrido hoy. Me resulta surrealista que lo esté haciendo. Eso que tanto miedo me daba. Y está saliendo bien. De hecho, está saliendo muy bien, aunque todavía sea pronto para hacer cualquier tipo de análisis objetivo. Igual debería dejar de analizarlo y simplemente vivirlo, como me dijo mi padre.

Sí, papá, hoy he sido feliz.

6
EL PRIMERO EN CAER AL RÍO

Hoy me he propuesto empezar a cumplir mi objetivo y centrarme en mi presente. Y, como soy esclavo de la tecnología, la primera forma de mejorar el ahora que se me ha ocurrido es no retrasar más lo inevitable y hacerme con una línea de teléfono inglesa.

Esta mañana me he despertado a eso de las siete, cuando todavía no había amanecido, después de haber dormido menos horas de las que tal vez necesitaba, no obstante, suficientes para afrontar un nuevo día. Me he dado una ducha en el minúsculo baño de la habitación del hotel y por primera vez he tenido una sensación de extrañeza e incomodidad, de estar en un lugar que no me corresponde. Quizás sea porque me había tomado un par de pastillas mágicas para el vuelo desde Nueva York y ayer pasé todo mi primer día en Londres bajo sus efectos. Hoy he tenido el primer golpe de realidad con un sistema nervioso libre de químicos. Después me he vestido con ropa un poco menos tétrica, con una sudadera amarilla, vaqueros grises, abrigo beige y mis viejas deportivas blancas de entretiempo. De esto último ya me estoy arrepintiendo porque no protegen demasiado del frío y, como empiece a llover, voy a tener que regresar al hotel a cambiarme.

En vez de ir hacia la estación de King's Cross, he decidido adentrarme en Pentonville, el barrio que hay detrás de mi hotel, en la dirección opuesta, y dar un paseo de unos diez minutos sin rumbo fijo. Me he cruzado con un pub llamado The Castle, en la esquina de Baron Street, con una acogedora terraza al aire libre en el techo. Tenía toda

la pinta de ser uno de esos secretos por descubrir, escondido en un barrio poco transitado y alejado de las áreas turísticas. Le he hecho algunas fotos a la fachada color pistacho, decorada con farolillos y muchas flores, y he apuntado el nombre en la aplicación de notas para acordarme de volver algún día. Al llegar a Islington High Street, me he encontrado con una avenida mucho más concurrida y comercial, llena de locales y restaurantes. Ha sido como cambiar de zona radicalmente. De hecho, según el mapa, dejaba de estar en Pentonville y me adentraba en Angel, ambos barrios de Islington. Me he detenido en el primer banco que he encontrado y he sacado algo de dinero en efectivo, por si acaso, pagando una comisión que casi provoca que me hubiera sido más rentable vaciar mi cuenta bancaria.

En el primer Pret A Manger que me he cruzado (algo poco difícil porque esta cadena es a Londres lo que Starbucks es a Nueva York, uno en cada esquina), me he pedido un sandwich de pollo y bacon y un café descafeinado, porque hoy viajo libre de ansiolítico y no me apetece sufrir un subidón de energía. Me he sentado junto a la ventana y he desayunado mientras veía el sol aparecer tras el edificio de la acera opuesta. Al otro lado del cristal, los londinenses pasaban en ambas direcciones, dirigiéndose a sus rutinas diarias habituales, y me he dado cuenta de que me sigo sintiendo como un turista, pese a que técnicamente no lo soy. No me incorporo al trabajo hasta el lunes y todavía estamos a jueves, por lo que me quedan por delante algunos días de turismo, pero eso no me convierte en un turista. Este viaje tiene muchos motivos, pero el placer no está entre ellos, de momento, aunque parezca lo contrario.

Con el estómago lleno, el sol completamente despierto y mis ideas un poco más organizadas, he aprovechado la red Wi-Fi del local para buscar algún sitio en el que poder comprar una tarjeta nueva para el teléfono. A apenas cincuenta metros calle arriba había una tienda de Vodafone y no he querido darle demasiadas vueltas. Más rápido de lo que esperaba, era propietario de una línea de teléfono

prepago de nacionalidad inglesa. En la tienda me han dicho que en Europa las compañías funcionan de forma diferente y puedo moverme con esta línea por toda la Unión Europea sin necesidad de hacer ningún tipo de gestión. No es que tuviera planes de moverme de esta ciudad, pero es bueno saber que puedo salir del país sin quedarme de nuevo incomunicado.

Así que ahora estoy en mitad de la avenida, haciéndome un *selfie* y colgándolo en mis historias de Instagram. *Hashtag: Vuelvo a ser una persona del primer mundo*. Buscando la estación del metro, desando lo andado anteriormente y llego hasta el cruce en el que el tranquilo barrio de Pentonville se convertía en el frenético vaivén de transeúntes de Angel. En su lugar, doy con un mosaico en una pared formado por pequeñas piezas azules y amarillas, en el que se lee «*Do what you love. Love what you do*» y me lo tomo como una señal de que voy por el buen camino. No en lo que al metro se refiere, sino en general, en esta ciudad, tomando esta decisión. He hecho lo que amaba y, de momento, estoy amando lo que he hecho.

Un poco más abajo, encuentro por primera vez en estas veinticuatro horas londinenses un banco para sentarme y aprovecho la ocasión, porque nunca se sabe cuándo volveré a cruzarme con uno de estos. Abro Instagram de nuevo y leo los mensajes que llevan esperando desde ayer. La mayoría son solo reacciones con *emojis* a las historias que colgué ayer. Los demás son de los amigos que he dejado en Nueva York (Andrew, Justin, el otro Ryan, Nancy, Claire…) y de los que había dejado previamente en Norwalk (Josh y Jake, aunque este último juega más en la liga de los conocidos que en la de los amigos). Voy a quedar como un insolente, pero escribo un mensaje explicando brevemente mi situación y se lo envío a todos ellos, copiando y pegando.

Estoy convencido de que la he pasado de largo, de modo que vuelvo sobre mis pasos y por fin encuentro la entrada a la estación de

metro de Angel un poco más arriba. Desde ahí llego hasta la estación de Charing Cross, haciendo transbordo en Euston, y veinte minutos después estoy en otra punta diferente de la ciudad. En esta zona, el sol ha dejado de brillar y juraría que incluso hace más frío. Temo por mis pobres pies. Unos nubarrones negros amenazan con descargar su furia y la aplicación del tiempo en el iPhone me confirma que, efectivamente, va a estar lloviendo toda la mañana. Callejeo un poco guiándome por el instinto (o la ignorancia) y un poco más lejos distingo la National Gallery. ¿Ya estoy en Trafalgar Square? No es que me pille completamente por sorpresa, porque este era mi destino, pero aun así me ha pillado un poco desprevenido encontrarme en este lugar con tanta rapidez. Entrar en el museo no estaba en mis planes, pero le hago caso a la predicción meteorológica y opto por estar a cubierto. La entrada es gratuita, pero gasto mi primera libra en efectivo introduciéndola en la urna para donativos que hay en el hall de bienvenida.

Reconozco que el museo es bastante genial por dentro, y sus interminables y enrevesados pasillos hacen que perderse en este sitio pueda convertirse en una experiencia fascinante… para alguien que realmente disfrute con la pintura. Lo siento, pero no es mi caso. Mi situación es probable que sea un tanto extraña y contradictoria: creativo publicitario de artes gráficas que se aburre en un entorno altamente creativo. Mas no lo puedo evitar. Me va mucho más lo actual y el arte no tan sofisticado. Cambiaría todos estos retratos y cuadros históricos por un par de viñetas de *Strange Planet* de Nathan W Pyle sin dudarlo. Qué le voy a hacer, soy un negado para la historia, sea del país que sea. Bastante hago con saberme los colores y disposiciones de las banderas más conocidas.

A pesar de ello, cuando decido abandonar este sitio después de poco más de media hora, entro en una sala en la que un cuadro enorme llama poderosamente mi atención. *Whistlejacket*, de George Stubbs. La imagen muestra, simplemente, un caballo sobre un fondo

liso de color, pero hay algo en la obra que me resulta hipnótico. Le hago una foto con el teléfono móvil y lo guardo en el bolsillo de mis vaqueros. No sé si es el color, si es la imagen, si es la precisión en los detalles o es el contexto en el que está expuesto el cuadro, pero caigo enamorado al instante, tal y como lo hice ayer por fuera de St Pancras.

No miento al decir que tardo otros diez minutos en salir del museo. No solo por lo laberíntico de sus pasillos, sino por el remordimiento de conciencia que me da pasar por delante de cuadros históricos y no detenerme, aunque sea dos segundos, a observarlos. Cuando por fin llego a la salida, el cielo me recibe cubierto de esas nubes que vi acercándose amenazantes, pero todavía no ha empezado a llover. Doy un rodeo al edificio que alberga el museo y callejeo hasta llegar a Leicester Square. Un chico (al parecer exconcursante de algún *talent show*), está tocando una versión de *Dancing On My Own*, acompañado de su guitarra. Aporta al entorno de una banda sonora que convierte este rincón en un agradable apartado del ajetreo de la ciudad, pese a que ya hay bastante gente y eso que todavía no son ni las doce del mediodía. En esta zona hay dos variantes comunes que se repiten quizás con demasiada frecuencia: los cines y las tiendas de *souvenirs*. Es como si hubieran construido Londres desde las afueras hacia este punto y, al llegar aquí, alguien hubiera dicho «oye, que no hemos hecho cines» y los hubieran metido aquí todos a la vez. Lo de las tiendas de *souvenirs* es un poco como el Pret A Manger y los semáforos: una en cada esquina.

Me llama poderosamente la atención el uso que se la da a la bandera del Reino Unido. La emplean para todo: cojines, llaveros, tazas, cucharas, vajillas, camisetas, sudaderas, faldas, vestidos, sábanas y cualquier cosa que se te ocurra. Rojo, azul y blanco por doquier, mires hacia donde mires en cualquiera de esas tiendas. En casa somos patrióticos hasta aburrir, pero creo que no le damos tanto uso a la bandera norteamericana, salvo su uso regular como tal. En eso sí que no hay quién nos gane. Creo que el único día del año en el

que poblamos el país entero y cubrimos hasta los comederos de los perros con la bandera es el 4 de julio, el Día de la Independencia. Aunque para mí ese día ya no me trae muy buenos recuerdos, al menos hasta que los reescriba con otros nuevos, como si fuera una cinta de cassette antigua.

Fue hace dos años, en la celebración de 2017, cuando mi empresa decidió organizar una fiesta conmemorativa del 4 de julio a la que debíamos asistir los empleados. No era una obligación *per se*, pero estaba claro que aquellos que se la perdieran iban a ser vistos como los esquiroles de la agencia, en sentido figurado. La fiesta se celebraba en Chelsea Piers, en una sala diáfana rodeada de grandes ventanales con vistas al río Hudson. Un cóctel informal y modesto en apariencia, pero probablemente nada barato cuando llegase la factura. Me había puesto el traje que me había comprado para la boda de Sussan tres años antes, y ya había empezado a rellenarlo de más; porque ya no tenía el cuerpo del chico de veinte años que se lo había comprado. Me había recogido el endemoniado pelo en una minicoleta que probablemente daba más pena que otra cosa, pero yo me veía elegante a la par que informal. Y de eso se trataba.

Acababa de llegar cuando oí una voz a mi espalda y noté el peso de una mano sobre el hombro.

—¿Apostamos a ver quién se cae al río primero? —Era Max. Por aquel entonces ya llevaba ocho meses trabajando en la agencia y habíamos hecho buenas migas. No se podía decir que fuésemos amigos, porque no habíamos socializado fuera de las paredes de la oficina, pero hacía ya tiempo que habíamos dejado de ser desconocidos. Incluso se había aprendido mi nombre correcto (que tampoco era tan difícil)—. Yo digo que será Claire, tiene pinta de ser la aparentemente chica buena que en realidad podría ganarte una

partida de *beer pong* con los ojos cerrados.

Lo era. Claire sí era mi amiga y definitivamente era de las que las mataba callando. Aunque su don innato no eran los juegos de beber, sino desplumarte jugando a las cartas.

—Créeme —le dije, arqueando las cejas con cierta vergüenza —, si alguien se cae al río esta noche, ese voy a ser yo. Todo lo humillante siempre me pasa a mí.

—Así me gusta, sí señor, competitivo. —Max me adelantó y se mezcló con nuestros compañeros de oficina, pero enseguida volvió sobre sus pasos—. Venga, vamos, quiero emborracharte a ver si es verdad eso que cuentas.

—Eres un poco capullo.

Pero le hice caso, fui con él hasta la barra libre y pedimos un par de mojitos, los cuales no probaba desde mi accidente, porque me convencí de que el alcohol nunca provocaba nada bueno, al menos en mi caso. Sin embargo, no podía vivir eternamente con miedo a que cualquier decisión que tomara, aunque no fuera acertada, tuviera la capacidad de postrarme de nuevo en una cama de hospital. No tenía sentido alguno.

Sonaba *Feels* de Calvin Harris y bailamos tímidamente, mimetizándonos con el resto de la fiesta en la zona que parecía haber sido designada para bailar. Realmente no había ninguna diferencia arquitectónica ni decorativa entre donde estábamos y el resto de la sala. De vez en cuando, Max se acercaba y cantaba a dos palmos de mi cara. «D*on't be afraid to catch feels*…» decía cada vez que llegaba el estribillo, como si esa fuese la única parte de la canción que se sabía. Y yo me ponía nervioso porque realmente no éramos tan amigos ni teníamos tanta confianza como para bailar casi juntos y acercarnos tanto el uno al otro. No es que pensara nada raro (es decir, sexual),

porque sabía desde el primer día que nos conocimos que Max era heterosexual, pero no dejaba de resultarme curioso cómo habíamos pasado de ser compañeros de oficina que se saludan en los pasillos a dos personas con la suficiente confianza como para interactuar en una fiesta, música mediante, como si llevaran haciéndolo toda la vida. Realmente no sé por qué hablo en plural. Max es el que hacía todo eso. Yo me limitaba a seguirle el rollo, probablemente con cara de no entender qué estaba pasando. Otra cosa no, pero mi cara siempre ha sido un libro abierto, para bien y para mal.

—Bueno, veamos —me dijo Max después de un rato, cuando nos habíamos apartado a un lateral de la sala, junto a los ventanales —, tú llevas más tiempo que yo en la agencia, seguro que ya le has echado el ojo a alguien. ¿Alguna que te guste?

—Vas un poco mal encaminado —le dije—. No, no hay ninguna chica que me guste. —Hice cierto énfasis en «ninguna».

—Venga ya, mira todos los que somos. Alguna habrá.

—No me gusta ninguna chica —repetí. Quizás fue el mojito, o tal vez fui yo, que ya no estaba por la labor de fingir cosas que no hacían ningún bien, ni a mí en particular ni a a sociedad en general—. Literalmente.

—De la agencia o… —Max hizo un gesto con las manos y levantando los brazos, como englobando todo el planeta. Yo repetí su gesto, y sonreí ligeramente avergonzando. No por estar saliendo del armario ante él, sino por la situación en sí. El gesto—. Aaah vale. Míralo, qué callado se lo tenía.

Me reí por culpa de su forma de decirlo, pero en realidad no me hizo gracia el comentario. ¿Se supone que por ser gay debía habérselo dicho cuando nos conocimos? Si hay algo que he comprendido en los últimos años es que uno nunca termina de salir

del armario. Seas gay, lesbiana, bisexual o asexual, nunca termina. Uno piensa que cuando lo cuenta por primera vez ya está, ya eres libre y todo el mundo lo sabe. Pero no es así, ni de lejos. La vida sigue, tu círculo social cambia, tu entorno se convierte en algo diferente y de pronto te das cuenta de que sí, tu familia y tus amigos de siempre lo saben, pero, a afectos prácticos, en tu rutina diaria vuelves a estar dentro del armario; porque tu jefe, tus compañeros de oficina y tus nuevos amigos dan por hecho que eres heterosexual, ya que esa es la probabilidad más alta. Ser *hetero* es la opción por defecto. Tiene sentido, porque la mayoría de la población lo es, pero no es justo que alguien que no lo es tenga que estar pasando una y otra vez por ese incómodo trance cada cierto tiempo, reviviendo constantemente el miedo a no encajar o ser rechazado. Porque la homofobia no entiende de probabilidades. Da igual que todo tu entorno actual lo acepte, eso no significa que la siguiente persona a la que se lo cuentes no va a rechazarte por desviado.

Por suerte, no fue el caso de Max. Él hizo como si nada y simplemente cambio el género a la pregunta que tanto insistía en que respondiera.

—No me gusta ninguno —le dije, aunque no era del todo cierto —. Al menos ninguno con el que tenga posibilidades.

—¡Anda, anda! Con esa carita y ese pelito de surfero, seguro que ninguno se te resiste.

Me reí, esa vez de verdad. Era la primera vez que un chico heterosexual me echaba un cumplido.

—Pues para empezar el noventa por cierto de la población masculina. —Le di un último trago al mojito y dejé el vaso vacío en una mesa alta que tenía detrás—. Y del diez por ciento que sobra no les puedo gustar a todos, así que… sí, definitivamente, hay muchos que se me resisten.

—Bueno, pero algunos seguro que acabamos cayendo.

Me encogí de hombros y le hice una seña para que me acompañara de nuevo a la barra. Pedimos otra ronda y salimos al exterior, desde donde la música se escuchaba menos estridente y se podía tener una conversación sin desgarrarse la garganta. Debían de ser en torno a las seis de la tarde y el sol estaba bajo, al otro lado del río, frente a nosotros. Ya no hacía tanto calor y se podía estar fuera sin achicharrarse.

—Te vas acercando… —me dijo Max cuando me apoyé en la barandilla de la terraza. Puse cara de no entender lo que decía—. Al río, estás determinado a ganar la apuesta, ¿no?

—¿Y qué fue lo que apostamos exactamente?

—Todavía no lo he decidido. —Max se apoyó en la barandilla y su mirada se perdió hacia el horizonte, pero sonreía ligeramente y me miraba de vez en cuando de reojo.

—¿Qué miras? —le pregunté con curiosidad. Era como si quisiera decir algo pero se estuviera conteniendo.

—Nada, que eres menos espabilado de lo que esperaba.

Quise responderle a eso, pero entonces apareció Victor Coleman, el jefe de mi departamento, y se acercó a nosotros, dándole ligeras vueltas al whisky dentro del vaso bajo que llevaba en la mano.

—No sabía que fuerais amigos vosotros dos.

—Ya ve, usted —dijo Max.

—No lo somos —dije yo al mismo tiempo, e hice una mueca incómoda por haber metido la pata—. Es decir, no… En fin, bonita

fiesta, señor Coleman.

—Lo dices como si la hubiera organizado yo —se rio, y le dio un trago al whisky—. Un entorno de lujo pero bebidas de segunda categoría. Yo lo habría hecho al revés.

Nos quedamos en silencio un rato. Max apenas conocía a Victor Coleman y yo no sabía muy bien cómo interactuar con mi jefe en un entorno festivo; sobre todo con él, la única persona de toda la agencia con la que había llegado a discutir varias veces durante los casi dos años que llevaba trabajando allí. Era evidente que no nos caíamos bien, así que supuse que su acercamiento se debía más a una forma de controlarme e imponer su autoridad que a un simple gesto afectivo.

—Bueno, chicos, disfrutad de la fiesta.

Cuando se hubo ido, Max me miró con cara de circunstancia.

—Qué tío más raro, ¿no?

—Más que raro, yo diría capullo —le respondí, dando la espalda a la sala cubierta y descolgando los brazos por fuera de la barandilla—. No sé qué le he hecho, pero me tiene entre ceja y ceja. Siempre intento evitarlo, porque cuando hablamos más de tres minutos seguidos acaba provocándome ansiedad.

—No se lo tengas en cuenta. Tu departamento entero depende de su trabajo. Las cagadas que cometéis vosotros son sus cagadas, porque es el responsable directo de todo lo que sale mal. Es probable que no tenga nada en tu contra, sino que paga contigo el estrés que sufre a diario.

—Míralo cómo lo defiende —le dije, bromeando—. A ver si va a ser que te gusta.

—No es mi tipo —me respondió y se echó a reír él solo—. En

fin, entonces no somos amigos, ¿no?

Me ruboricé ligeramente cuando dijo eso, porque no pretendía ofenderle minutos antes. Pero lo cierto era que no lo éramos. Habíamos hablado más tiempo esa tarde que en todos los meses anteriores juntos. Lo único que sabía de él eran las cosas que me había contado en el comedor la primera vez que coincidimos: padre asiático, madre con familia puertorriqueña, venido desde San Diego, le hacían *bullying* de pequeño. Ah, y con novia. Todos los demás encuentros que habíamos tenido habían sido fugaces y siempre en relación al trabajo o a nuestros compañeros de oficina.

—Sería mentira si dijera que lo somos, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo —me dijo, pegándose un poco más y acercándose a mi oído—. Mejor, así no hay nada que fastidiar.

No entendí muy bien el comentario, pero no me dio tiempo a pedirle explicaciones. Me dijo que le vendría bien tener amigos. Llevaba ya unos cuantos meses en Nueva York y todavía no había creado vínculos amistosos con nadie que mereciera la pena. Ni siquiera con sus dos compañeros de apartamento en Williamsburg. Max, tan extrovertido y desenfadado como me parecía, no tenía muy buena destreza a la hora de conservar amistades. No había tenido demasiada suerte en ese aspecto, ni siquiera en San Diego. Me dio por pensar que fuese porque tal vez era de esa clase de persona que, cuando tiene pareja, se centra en ella y se olvida del resto del mundo. O quizás era que había algo turbio en él que yo todavía no había descubierto. Sinceramente, no sé por qué pensé esas cosas en aquel momento. No tener muchos amigos no tiene por qué ser síntoma de que haya algo malo en tu forma de ser. A veces, simplemente, la vida sucede de esa forma. Supongo que yo estaba tan acostumbrado a mi círculo social que había perdido un poco la perspectiva de lo que significa la amistad y lo complicado que es, realmente, conservarla.

Max tiró de mi brazo en cuanto escuchó que sonaba *Swish Swish* y me arrastró de vuelta al interior. Él se introdujo entre la gente y yo fui hasta la barra para pedirme otra copa. Cuando regresé hasta donde estaba él, lo vi rodeado por algunas personas, como si estuviéramos viviendo una de esas típicas escenas de las películas que nunca ocurren en la vida real. Pero resultaba que sí que ocurrían. Ahí estaba Max, en medio del corrillo, haciendo el baile viral de *Swish Swish*, moviendo los brazos de un lado para otro, en una combinación de movimientos que yo, a día de hoy (presente, Londres) todavía no he conseguido hacer. Creo que hay que tener los huesos dislocados para conseguirlo, o algo así.

La fiesta continuó durante la noche. Como decía, no podías mirar hacia ninguna parte sin que una bandera del país se cruzara en tu camino. La gente cada vez estaba más perjudicada y yo me había dedicado a relacionarme con el resto de compañeros y algunos amigos, dejando un poco de lado a Max. Después de todo, no era mi intención aislarme del mundo para hablar con él, fue todo producto de las circunstancias. En cuanto había dado con aquellos con los que sí tenía más afinidad, me había olvidado de que Max existía.

A las nueve y cuarto la música se detuvo y alguien cogió un micrófono para anunciar que los fuegos artificiales estaban apunto de comenzar. Nos pidió que saliéramos al exterior. En teoría era una sugerencia, pero, viendo el comportamiento de todo el mundo, cualquiera habría dicho que habrían despedido a aquellos que se hubiesen quedado dentro de la sala. Aproveché la ocasión para ir al baño y, al salir, me encaminé hacia el exterior, hasta que una mano me sujetó por la muñeca y tiró de mí hacia atrás. De nuevo, era Max.

—Ven, sígueme. —Tiraba de mí escalera arriba.

—Pero…

—Desde arriba se ven mejor, hazme caso.

No me resistí y dejé que me guiara hacia la planta superior, donde había un ala por encima de la barra con una balconada que daba hacia la zona principal. Al fondo ganaba amplitud y se convertía en un pequeño salón con sofás y mesas bajas, también con un gran ventanal, desde el que se veía el río y el *skyline* iluminado de New Jersey contrastando contra la oscuridad del cielo. Pese a que no estaba oponiendo resistencia, Max no soltó mi brazo hasta que llegamos a la cristalera. Le dio un último sorbo a la copa que llevaba en la otra mano y la dejó encima de una mesa.

—¿Ves? Zona VIP.

—Nos van a despedir por estar aquí arriba —le dije, casi dejándome llevar por lo que había pensado momentos antes, y que nada tenía que ver con la realidad. No estaba prohibido subir, simplemente la gente había elegido no hacerlo.

—Habrá merecido la pena —respondió él, acercándose más a mí. Más de lo normal. Más de lo que se esperaría de un compañero de trabajo. Más de lo que lo haría cualquier chico heterosexual que solamente pretendiera tener buenas vistas de los fuegos artificiales.

Apoyé las manos en el cristal y jugué a balancearme hacia delante y hacia atrás, dejando caer mi peso hacia la ventana y empujándome hacia atrás con la punta de los dedos, hasta que la mano de Max se puso encima de la mía. No le hice caso. Seguramente había bebido más que yo en el par de horas que estuve sin verlo y estaba medio borracho, buscando un punto de equilibrio. Fingí que su mano no estaba apoyada en la mía, como si no me hubiera dado cuenta de ello.

—Lo dicho, no hay manera de que pilles las indirectas, ¿no?

Entonces lo miré y, antes de escuchar el sonido, vi el reflejo de

los fuegos artificiales en sus oscuras pupilas. Tragué saliva y no me dio tiempo a responder. En cuestión de dos segundos, Max me estaba besando y yo había cerrado los ojos instintivamente. Los dedos de su mano se cerraron sobre los míos, todavía apoyados en el cristal, y con la otra mano me trajo por la cintura hacia él. Yo no entendía nada, pero me dejé llevar. Me había atraído desde la primera vez que habíamos coincidido en el trabajo, pero no me había molestado en dar rienda a suelta a ninguna clase de fantasía porque daba por hecho que jugábamos en ligas diferentes. Mientras me besaba, fui consciente de esas indirectas que me había dejado caer a lo largo de la tarde. «Algunos seguro que acabamos cayendo», «(Coleman) no es mi tipo», «mejor (no ser amigos), así no hay nada que fastidiar». Lo había tenido delante de mis narices todo el tiempo y no me había dado cuenta. Max tenía razón, no era nada espabilado.

Ya tenía todas las respuestas, pero, en vez de disfrutar plenamente del beso, mi cabeza vagaba en bucle entre tres preguntas: ¿Qué pasaba con la novia de Max?, ¿no se suponía que Max era *hetero*?, y ¿dónde estaría Mike viendo el festival de fuegos artificiales?

7
EL DIABLO CON UN ABRIGO DE LANA

Por encima de Leicester Square encuentro un pub en una esquina que grita a los cuatro vientos su condición. Dos banderas arcoíris sobre la puerta y la palabra «gay» bien visible encima del nombre, Ku. Me imagino a los padres homófobos evitando esta esquina a toda costa con tal de no explicarles a sus hijos qué es ese sitio tan bonito lleno de banderas de colores. Una búsqueda en Google me muestra cómo luce durante las semanas del Orgullo y pienso que, si existiese el cielo de los unicornios, no debería de ser muy diferente a esto.

Está claro que ando cerca de Chinatown, porque todos los carteles de los demás locales tienen los nombres escritos en caracteres chinos. O al menos eso espero. No sabría distinguir el chino del japonés, aunque mi vida dependiera de ello. Ni habiendo tenido un novio medio asiático he sido capaz de formarme en ese ámbito. Eso sí, parte de la culpa recae en Max, por ser el primero que no se interesaba por su herencia japonesa salvo en las cuestiones culinarias.

Callejeo por la zona, intentando perderme a conciencia, y descubro todo un submundo chino dentro de la ciudad en el que cualquiera podría llegar a creer que realmente se encuentra en el país asiático. No veo ni rastro de mi idioma por ninguna parte y me fascina que incluso la calle parece haberse llenado de personas chinas como si solo tuvieran permitido convivir en estas pocas manzanas. Bazares, ventas, peluquerías, joyerías y hasta casinos y salas de juegos. Todas engalanadas con farolillos y elementos de una cultura que parece tan lejana pero que se encuentra tan cerca que parece que se ha originado

aquí mismo.

Nada de esto debería provocar que me acuerde de él, porque no es la misma cultura. Es como acordarte de tu novio español cuando visitas París. Pero mi cabeza funciona de maneras que me he acostumbrado a aceptar. Si había algo que odiaba Max por encima de todas las cosas era que lo confundieran con alguien de China. Y lo curioso es que tampoco tenía los rasgos tan marcados. Su genética tiraba más hacia su madre que hacia su padre. Pero supongo que, cuanto más intentas alejarte de algo, más lo atraes. Como en aquella fiesta de verano de la que salió con un ojo morado.

Había pasado algo más de un mes desde el 4 de julio; es decir, desde nuestro beso. Era agosto, hacía un calor de mil infiernos y Andrew me había invitado a una fiesta en la piscina del hotel Royalton Park Avenue. Había recibido su mensaje cuando todavía estaba en el trabajo, Max lo había visto y me había preguntado si podía acompañarme. No pude ni quise negarme. Por un lado, me caía bien. Por otro lado, me apetecía saber qué más podía suceder entre nosotros. Y, por un tercer lado del extraño triángulo de mis decisiones, me interesaba que mis amigos supieran que tenía vida propia más allá de Mike. No es que pretendiera que él supiera que estaba quedando con otro chico, pero si mis amigos se lo contaban y eso le hacía darse cuenta de que me estaba perdiendo, mejor. Por aquel entonces, no tenía intención alguna de que Max se convirtiera en algo serio. Y supongo que tanto lo repetí que él se lo terminó creyendo incluso después de muchos meses saliendo juntos.

La locura se había instalado en la piscina, llena de flotadores, los altavoces escupían a borbotones los acordes de *Cake By The Ocean* y las copas iban y venían como si fueran gratis. La terraza tenía vistas al Empire State y era la primera vez que Max se encontraba en una

situación así. Yo ya estaba acostumbrado al *alto standing* de una parte de mis amigos, así que ese tipo de cosas habían dejado de impresionarme, por muy *snob* que suene. Las disfrutaba y las valoraba, por supuesto, pero ya no me causaban ese impacto inicial.

—Si llego a saber que te codeas con la élite de Nueva York, te habría besado hace meses —me dijo Max, mientras estábamos sentados en el borde de la piscina, torrándonos al sol, procurando evitar los golpes de los flotadores y remojando las piernas en el agua. Lo miré de reojo y me reí un poco falsamente—. Es broma, es broma— añadió, poniendo los brazos en alto en señal de rendición.

Honestamente, aquel comentario me hizo desconfiar de él durante medio minuto. En la anterior fiesta Max me había dicho que no tenía amigos, y ahora, de pronto, estaba encantado con la posición social de los míos. No duró demasiado tiempo, pero llegué a pensar que no le interesaba yo, sino que me veía como la llave para acceder a un mundo que solo podía contemplar desde fuera. Sin embargo, como siempre he dicho, mi posición social era bien diferente y solo había conseguido aquellas amistades por casualidad. Si Max quería juntarse a mí por interés, no le iba a funcionar demasiado el truco. Tal vez mis amigos tienen recursos y algo de dinero, pero no aceptarían nunca a nadie que solo los quisiera por el beneficio económico. No son idiotas, ni mucho menos tan falsos como para ignorar esa clase de detalles. Y, en realidad, yo no quería nada serio con nadie, así que tampoco me importaba demasiado si, realmente, esas eran sus intenciones. Él ganaba amigos nuevos (si aprendía a cuidarlos) y yo podría satisfacer mis *necesidades*.

—Si yo hubiera sabido que tenías todo esto debajo de la camiseta —le respondí, deslizando un dedo por su brazo—, a lo mejor habría dejado que me besaras antes.

A ver, no es que Max fuese un modelo de revista. De hecho, en

aquella fiesta no era ni siquiera de los más guapos (ni yo tampoco, puestos a reconocer verdades). Pero había algo en la definición de sus brazos y en su piel que me llamaba mucho la atención. No era algo muscular, sino otra cosa. Cada vez que levantaba el brazo e intentaba quitarme la gorra de un manotazo, me fijaba en las líneas que subían por el costado de sus costillas y me derretía incluso más. Max no era de los chicos más guapos con los que había estado, pero desprendía más *follabilidad* que la mayoría de ellos. Y eso era mucho más importante que una cara bonita y un cuerpo de gimnasio.

—Entonces, estamos de acuerdo en que hice bien, ¿no? —me preguntó, haciendo visera con la mano sobre su frente para poder observarme a contraluz—. ¿No me vas a decir que fue un error y mierdas de esas?

—No —me reí ligeramente—. No voy a decir una tontería como esa. Estuvo genial.

Max sonrió y volvió la vista hacia el agua de la piscina, moviendo las piernas alternadamente hacia delante y hacia atrás. Parecía un niño pequeño al que acababan de prometerle que le comprarían un helado para merendar.

—Pero…

—¡Siempre hay un pero! —exclamó él, ante de dejarme continuar—. Es broma, ¿pero qué?

Lo habría empujado a la piscina, por impertinente, pero en el fondo me hacía gracia esa costumbre suya de adelantarse siempre a lo que yo iba a decir.

—Pero no sé si yo sirvo para esto.

Max se acercó y me dio un inesperado beso. Era la primera vez

que hacía algo así desde la noche del 4 de julio. Nuevamente, yo me dejé llevar. Vi de reojo a Andrew haciéndonos una foto con el teléfono. O quizás solo estaba grabando una historia general de la fiesta para Instagram, nunca lo supe. Lo que sí supe es que mi cabeza fue durante un corto instante a ese sitio en el que me empeñaba en que Mike se pusiera celoso. Borré esa idea de mi cabeza y me limité a disfrutar de Max, pero cuando nos separamos seguía pensando lo mismo. Es decir, mi rechazo a querer una pareja estable. Lo curioso es que ni siquiera lo habíamos mencionado. Yo sabía en qué pensaba, pero nunca supe lo que pasaba por la cabeza de Max.

—Si todo esto está muy bien, pero no creo que vaya a funcionar.

—¿Por qué? Ilústrame.

Max se acercó un poco más a mí y puso una pierna por encima de mi muslo, como si fuéramos una pareja que llevaba semanas teniendo esa clase de confianzas. Mi bañador, amarillo, y el suyo, verde, improvisaron la bandera de nuestro propio territorio.

—Para empezar, tienes novia —le dije, levantando su pierna mojada y colocándola a un lado, declarando mi independencia del territorio verde.

—Tenía —me aclaró él, volviendo a colocar su pierna sobre la mía, en una maniobra propia de una dictadura. Esa vez la dejé estar. Tal vez no quería que formáramos nuestro propio país, pero no me venía mal una unión político-geográfica temporal—. Hace ya meses que lo dejamos. No tengo intención de volver a San Diego a corto plazo, y ella tampoco va a venir a Nueva York, así que… —Se encogió de hombros.

—No sé, Max. No sé si quiero meterme en algo así a estas alturas de mi vida.

Es que también estaba el hecho de que yo seguía pensando que Max era heterosexual. Y me parecía maravilloso que estuviera descubriendo cosas nuevas, pero no quería cargar con ese peso emocional.

—¿Algo así? —Comenzó a acariciarme la nuca y yo cada vez me derretía más. Volvió a golpear la gorra desde la visera, que la llevaba hacia atrás, y cayó al agua. Yo me limité a mirar hacia él lentamente, sin reaccionar, como diciéndole «¿en serio?». Max recuperó la gorra, le sacudió el agua y se la puso. Después llevó su mano hasta mi sien y me pasó unos mechones de pelo por detrás de la oreja—. Así estás más guapo.

—No cambies de tema, embaucador.

—Te toca responder a ti, yo solo he hecho un comentario. —Tenía razón. Max conseguía hundir mi elocuencia hasta el fondo de la piscina—. ¿En qué no quieres meterte, chico guapo? —Me dio unas palmaditas en el muslo.

—Dios, te juro que en la oficina no pensé nunca que fueras…. —Emití un sonido de exasperación—. ¡*Agh*! Eres insoportable.

Me besó otra vez y me volví a dejar llevar porque cada vez me gustaba más que hiciera eso. Y esa vez no pensé en nada ni nadie que no fuese ese momento. Cuando me separé, le quité mi gorra y me la puse de nuevo. Cerré los ojos y respiré profundamente, después volví a hablar.

—No sé si quiero soportar el peso de tus dudas. Entiendo que estás descubriendo algo nuevo, pero ya pasé una vez por eso y la verdad es que no me gustó.

—¿Eh? —Max no entendía a qué me refería.

—Que no me apetece colgarme de un chico *hetero* y que dentro de un mes me digas que ya se te ha pasado la curiosidad y me dejes tirado.

Max se llevó una mano a la frente, agachando ligeramente la cabeza, y me miró de soslayo. En un imprevisto, con la otra mano me empujó y terminé dentro de la piscina. El agua estaba helada, pero en realidad lo agradecí, porque con tanto roce me estaba poniendo más caliente que el diablo con un abrigo de lana.

—Lo dicho —le dije desde el agua—. No eres tonto, sino lo siguiente.

Apoyé los brazos en el muro con mi cabeza ladeada sobre ellos y me quedé dentro de la piscina. Miré hacia Max, que todavía se estaba riendo.

—Tonto seguro, *hetero* no.

Negué con la cabeza, restándole importancia a lo que acababa de decir. Max se metió en el agua, se pegó a mí y metió su cara en el hueco que quedaba entre la mía y mi brazo, apoyando la cabeza en mi codo. Tenía sus labios mojados a un par de centímetros y lo único que deseaba era que me volviera a besar.

—No voy a besarte otra vez —me dijo, como si me estuviera leyendo la mente. Así que lo besé yo, y no era tan emocionante como cuando me besaba él sin avisar. Aun así no quería parar de hacerlo, pero recordé que estábamos en una piscina de un hotel, en medio de una fiesta, y tampoco era cuestión de enrollarnos delante de todo el mundo como si fuese una sala de cine a oscuras. Me separé—. Y lo digo en serio, soy bisexual, así que déjate de gilipolleces que no te voy a dejar tirado a la primera de cambio.

—¿A la segunda sí? —pregunté bromeando.

—O a la tercera, según cómo te portes.

Le metí la cabeza en el agua y grité «¡tontísimo!» aunque seguramente no podía oírme.

Poco después, mientras tomaba el sol, Oscar me preguntó quién era Max y por qué no le había contado nada sobre él. Le dije que era el chico con el que me había liado el 4 de julio y me respondió que «ese chico tiene de *hetero* lo mismo que yo de brasileño». Le puse al día de las nuevas informaciones que tenía con respecto a Max y me dijo que tuviera cuidado, que no quería que me hicieran daño. No le hice caso porque Max, a pesar de su actitud, me parecía un chico decente y honesto. Hasta donde yo sabía, le había gustado desde el primer momento pero no se había lanzado a besarme hasta que hubo terminado la relación con su novia. Eso solo lo hace alguien leal que no quiere hacer daño ni que se lo hagan a él mismo.

Horas más tarde, la fiesta había terminado oficialmente pero Max y yo nos quedamos en la terraza. Había llevado ropa para cambiarme y me había puesto unos vaqueros cortos con una camiseta *vintage* con una foto de Britney, que solo me ponía en verano, y tenía el pelo recogido en la minicoleta que ahora era un poquito más grande y empezaba a no dar tanta vergüenza ajena. Oscar, Andrew y los demás se habían marchado hacía rato.

Estábamos sentados en los sofás amarillos de la terraza, junto a la piscina y delante de una pared que simulaba un césped en vertical. El sol había empezado a ponerse y comenzaban a llegar huéspedes del hotel que eran completamente ajenos a la fiesta que habíamos pasado. Podía notarse sobre todo en la ropa que llevaban, poco veraniega realmente. Max me instruía sobre lo complicado de ser bisexual dentro de nuestro propio mundo.

—La mitad de la gente piensa que estás en una fase intermedia

antes de terminar siendo gay —me decía—, y la otra mitad cree que ser bisexual equivale a que te gusta todo aquello que respire.

Max me comentaba que, para él, era mas fácil no decir nada y permitir que los que le conocían asumieran que era heterosexual, sin más. Después de todo, decía que no le gustaba eso de salir del armario.

—Porque nunca terminas de salir —dijimos a la vez. Me encantó que tuviéramos la misma experiencia en ese sentido, aunque yo de bisexual no tuviera ni los dedos de los pies, y no pude evitar inclinarme y darle un beso. Me sentí en armonía con él.

En ese momento pasó una pareja por delante del sofá, Max estiró la pierna sin darse cuenta y el hombre tropezó por su culpa, dio un traspiés y casi se cae en la piscina completamente vestido. Debo reconocer que me asusté. No es que fuera a morir por acabar empapado, pero en ese momento lo viví como algo más dramático de lo que había sido en realidad. Es muy aparatoso ver a alguien bien arreglado caerse en una piscina. Cosa que ocurre con relativa frecuencia en las bodas donde hay una.

La mujer sujetó al hombre por el brazo hasta que recuperó el equilibrio y Max le pidió disculpas, regresando de nuevo su atención a mí.

—Puto chino de mierda —dijo el hombre—. Me llego a caer y te rompo la pierna.

Max sacudió la cabeza y miró hacia el imbécil que lo había insultado.

—¿Puto qué?

La mujer tiró del hombre para llevárselo de ahí, y parecía que

él le hacía caso, pero entonces dijo algo en voz baja que aun así los demás escuchamos.

—Hasta las narices estoy ya de estos jodidos inmigrantes —y levantó un poco más la voz— que se piensan que todo es suyo.

Max se levantó del sofá. Intenté retenerlo, pero no llegué a tiempo y solo le rocé el brazo al estirar el mío en su dirección. Tuve un *déjà vu*. Verano, la playa, Matt, sus amigos, los insultos, mi labio partido. Sabía que aquello no iba a terminar bien. Ya no tenía dieciocho años y la clase de peleas que se tienen con niñatos de diecisiete no son como las que puedes tener con un tipo de más de cuarenta. Y más hoy en día, que la gente parece estar cada vez más chalada.

—¡Max, Max, déjalo! —le pedí, intentando quitarle importancia al asunto.

No me hizo caso. El hombre, al escucharme, se dio la vuelta y se encontró con Max delante de sus narices. No sé si Max quería recriminarle su actitud, si pretendía demostrarle que no era inmigrante, o si pensaba que tenía las de ganar en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, pero no tuvo opción siquiera a pensar demasiado. Aquel hombre o era violento por naturaleza o pensó que Max se había acercado para atacarle. En cuanto lo vio levantó un brazo al instante y, antes de que yo pudiera reaccionar, Max estaba tirado en el suelo y la pareja recorría sus pasos de vuelta para marcharse de la terraza. Corrí hacia Max, me arrodillé a su lado y lo giré hacia mí. Le había atizado en todo el ojo y le había reventado parte de la ceja, que empezaba a sangrar de forma bastante dramática.

No tardamos en reírnos de aquello, incluso Max tuvo un chiste recurrente, un poco racista, que consistía en decirle a la gente que ahora sí que tenía un ojo chino de verdad. Visto con la perspectiva del tiempo, es posible que yo no supiera darme cuenta de que mi historia

con Max había empezado con el mismo mal pie que la de Matt, y tal vez eso significaba que ambas estaban destinadas a no tener un final feliz. Supongo que muchas veces la señales están ahí, marcándonos el camino a seguir y los sitios de los que debemos alejarnos; pero nos empeñamos en no hacerles caso, porque el deseo y la esperanza de que las cosas sean diferentes nos nubla la razón y nos lanzamos de boca a callejones sin salida.

Cuando llego a Wardour Street, le hago algunas fotografías a la puerta de Chinatown, engalanada con motivos orientales, y llego hasta el final de la calle buscando algún sitio para comer, porque llevo desde el desayuno sin probar bocado. Y eso son ya más de cuatro horas. Decido probar suerte en Leon, un restaurante de comida rápida natural que no había visto nunca antes. Parece ser que la comida en este sitio la sirven en cajas, no en platos, así que pido una caja de pollo con chili, una ración de patatas horneadas que en la foto tienen una pinta deliciosa y un *smoothie* de frutos rojos.

Cuando me sirven la comida, me pongo los auriculares conectados al teléfono, me siento a comer junto a la ventana y no tardo en comparar mentalmente esta escena con la de esta mañana. Toda la tranquilidad, la normalidad y la cotidianidad que vi en el desayuno al otro lado del cristal se han esfumado. Aquí abajo, todo es turismo, ajetreo, prisas y bullicio. Si no fuera por la voz de Troye Sivan cantándome *The Good Side* al oído, habría empezado a agobiarme al no poder centrar mis pensamientos como deseo. Aunque es probable que la culpa de esta sensación no sea de la fascinante vibración de Londres, sino de que he venido al otro lado del océano para olvidarme del pasado y sigo empeñando en recordarlo. No sé, a lo mejor es justo lo que necesito para aclararme por dentro y por fuera; repasar todo, aceptar lo ocurrido, señalar mis errores y después

enviarlo todo al fondo del contenedor y prenderle fuego.

Termino de comer, tiro los restos en una papelera y salgo de Leon. Justo en la fachada de enfrente, un dragón chino de colores se aferra a los ladrillos del edificio. No, no me han echado droga en la comida. Es real. Es decir, una figura real. No respira. Creo. Le hago una foto con la cámara y otra con el teléfono para colgar una historia. *Hashtag: Londres, no me dejes colgado*. Doblo a la izquierda, hacia la Avenida Shaftesbury y sigo mi camino. Según el mapa que he consultado en el restaurante, si sigo recto llegaré hasta Picadilly Circus. De camino, me detengo en una tienda de souvenirs y compro un llavero de la bandera del Reino Unido, un bolígrafo, sellos y algunas postales. Guardo todo en la mochila, menos el llavero, que lo cuelgo de la cremallera, junto al de la bandera de Estados Unidos. Ahora a ver quién es el listo que adivina de dónde soy sin escuchar mi acento. Ryan uno, Londres cero.

No, Ryan, ayer lo adivinaron tres personas. Ryan uno, Londres tres.

En Picadilly Circus me siento en las escaleras de la fuente y me termino el *smoothie*. Aprovecho para hacer algunas fotos y, de pronto, tengo una sensación extraña de irrealidad. Siento que no puede ser posible que esté aquí, en esta ciudad, completamente solo, cediendo todo el control a la suerte o al destino. Por primera vez en mi vida, no puedo controlar la situación, mi entorno, lo que va a ocurrirme en el minuto siguiente. Todo lo que conozco está a miles de kilómetros de aquí. Por un lado, me siento orgulloso de mí mismo, aunque todavía no han pasado dos días y aún estoy a tiempo de sufrir algún tipo de crisis existencial que me obligue a regresar a casa. Por otro lado, es todo tan extraño que no entiendo realmente cómo he llegado hasta aquí. ¿He sido yo? ¿Han sido mis decisiones? Porque en este momento siento como si no lo hubiese elegido, sino que de pronto he aparecido aquí. Recuerdo el proceso y sé cómo sucedió todo, pero mi cabeza ha

decidido dejar de asimilar mis acciones como propias.

Cuando recupero cierta normalidad, bajo las escaleras del metro y entro en la estación. Apenas tengo que esperar a que llegue el tren porque la frecuencia en esta ciudad es alucinante. Cuando ves irse el último vagón de un tren, ya estás oyendo llegar al primero del siguiente. Me bajo en la estación de Embankment y salgo a la calle. Cruzo al otro lado de la calle y paseo junto al río hasta que tengo unas buenas vistas del London Eye. Hago algunas fotos. Está al otro lado del río y debería cruzar hasta allí para llegar a verlo de cerca, pero no es mi objetivo. Las norias y yo no nos llevamos demasiado bien desde hace tiempo. Me basta con verla desde aquí, a cierta distancia, sin hacer ruido y sin que ella pueda verme, no vaya a ser que despierte recuerdos que hace tiempo que he superado y aceptado.

Pasé muchos años soñando con Matt. En mis sueños, seguía vivo. En algunos volvía a morir, en otros se convertía en diferentes personas, en otros era yo el que moría. No fue hasta bastante tiempo después cuando descubrí que las pesadillas no eran por culpa de su muerte, sino porque yo no había aceptado que algún día me tocará a mí. Mi subconsciente no tenía miedo por haber perdido a Matt, sino por la idea de que algún día se perderá a sí mismo y dejaré de existir.

Hice terapia poco después de empezar a salir con Max. Mi mayor miedo no era que la relación no funcionara o me dejara el corazón destrozado, sino que volviera a ocurrir lo mismo que pasó con Mike: que la presencia de Matt me impidiera entregarme al cien por cien a una nueva relación. Porque a veces, sin darnos cuenta, jodemos algo perfecto porque seguimos pensando en algo imperfecto que nos dejó huella, aunque sepamos que nunca lo vamos a recuperar. Lo curioso es que, con la perspectiva del tiempo, descubrí que nunca llegué a estar tan enamorado de Matt como sí lo estuve de Mike. Una vez me lo dijo él mismo y no quise verlo. Mike creía que no podía competir con Matt porque lo que yo sentía por él nunca iba a

desaparecer. Matt había muerto y eso había conseguido que nunca viera su lado malo, sus manías, todas esas cosas que provocan que una persona deje de gustarte. Solo conocí la parte idealizada y perfecta de un chico de diecisiete años que, a efectos prácticos, podría haberse convertido en un adulto increíble o en un tipo insoportable que nadie querría tener cerca. La muerte arranca esas dudas de cuajo y solo te deja con lo bueno. Es normal que Mike terminase rindiéndose al luchar contra un fantasma. Y mi infidelidad sirvió para que la balanza terminase de decantarse hacia el lado que más se alejaba de mí.

Sin embargo, ahora es diferente. La terapia me ayudó a darme cuenta de cuáles eran mis miedos reales, de qué clase de control tenía sobre mi propia existencia. Aprendí a mirar la vida desde una perspectiva diferente, sabiendo que sí, que era cierto que podía morir en cualquier momento. Pero no sé cuándo llegará. Nadie lo sabe. Entonces, vivir con miedo significaba que podría pasarme dos días atemorizado hasta que me diera un infarto fulminante, o mi miedo podría extenderse durante los próximos sesenta años sin utilidad alguna. Y eso no es vida, me quede el tiempo que me quede. Es decir, el miedo no existe para jodernos la vida. Se supone que es un mecanismo del cuerpo para hacer una de dos cosas: huir del peligro o enfrentarte a él. Pero de la muerte no puedes huir y tampoco enfrentarte a ella. Llega y punto. ¿Qué sentido tiene tenerle miedo si lo único que consigues con ello es amargarte el tiempo que estás vivo?

Claro que no todo es perfecto. La terapia ayuda, pero no hace milagros. Superar un miedo o una experiencia traumática no significa que tu ansiedad desaparezca y nunca más vuelvas a preocuparte por nada. Porque hay tantos miedos como cosas existen en el mundo. A veces incluso más. Y es muy fácil saltar de uno a otro. Como yo, ahora mismo, con miedo a subirme a una noria descomunal porque no puedo controlar mi reacción una vez esté dentro. Y no quiero echarme a llorar delante de desconocidos. Sin embargo, no me preocupa. He aprendido a aceptar mis miedos y a dejarlos vagar por mi cabeza sin

darles poder ni importancia. A veces, no es necesario deshacerte de algo que te hace daño, basta con ignorarlo hasta que se aburre y se larga por voluntad propia.

Hoy no es el día, pero espero que llegue tarde o temprano. De momento, respiro hondo, le regalo una sonrisa a ese miedo con forma de noria y regreso a la estación del metro. Me apetece comprar muchas porquerías para comer, volver al hotel y pasarme la tarde viendo canales de televisión ingleses. Y no es porque haya empezado a llover justo ahora. Bueno, sí.

8
ICE BUCKET CHALLENGE

Viernes. Un nuevo día, una nueva aventura. O eso espero. Hoy he echado a andar hacia el norte de King's Cross y no he parado hasta llegar a Camden Town, probablemente la zona más variopinta de Londres. Me he enamorado al instante de la calle principal, a lo largo de la cual se extiende una serie de extravagantes fachadas con auténticas esculturas adheridas en lo alto de cada local. Como el dragón que vi ayer en Chinatown, pero a lo grande. Multitud de colores en el exterior y un buen puñado de obras creativas decorando las fachadas o colgando de los balcones. Zapatillas, elefantes, piercings, dragones, monos, escorpiones… Todas ellas con un denominador común: son tiendas de *souvenirs*. Todas. O al menos la gran mayoría. Me dediqué a fotografiar todas las fachadas intentando que la puerta de los locales quedara fuera del encuadre, porque se iba al traste la creatividad.

Ahora, tras cruzar el puente y llegar a Camden Lock, entro en el mercado y puedo comprobar que aquí todo es diferente y lo tradicional todavía sobrevive. Paseo durante más de una hora entre los pasillos del mercado, deteniéndome en cada puesto y valorando cada detalle, porque este lugar tiene un encanto único que no creo que pueda encontrar en ningún sitio de Nueva York, y mucho menos de Norwalk. Entro en una tienda en la que venden unas postales que muestran diferentes personajes del cine y la cultura pop formados con *collages* de revistas. Me enamoro al instante y no puedo resistirme a comprar algunas.

—Si te llevas tres, una es gratis —me dice una mujer rubia, de intensos ojos verdes, con pinta de pasar ya de los cincuenta, pero con un estilo vistiendo bastante desenfadado y bohemio.

—Que sean tres entonces.

Escojo una de Star Wars, otra de Amy Winehouse y, rebuscando un poco, encuentro una de Victoria Beckham y me la llevo para regalársela a Oscar. O quizás se la envíe con los sellos que compré ayer.

—Estas tres —le digo a la mujer, porque he supuesto que es la que atiende en este sitio, y busco a mi alrededor hasta darme cuenta de que no hay ningún tipo de caja. Parece que el mercado de Camden es la única porción de tierra en esta ciudad en la que no se puede pagar con tarjeta o el teléfono—. ¿Hay que pagar en efectivo? —Ella asiente y hurgo en mis bolsillos hasta dar con el importe.

—Muchas gracias, ¿quieres una bolsa?

Accedo y, cuando introduce las postales en una pequeña bolsa de papel bien doblada para que no se arruguen, la mujer parece darse cuenta de las que he elegido comprar.

—¿Ya has ido a ver la estatua?

—¿Qué estatua? —Intento hacer memoria pero no recuerdo ninguna estatua memorable que haya que ver en Londres.

—La de Amy —me responde, señalando la bolsa de las postales que acaba de entregarme—. Hay una aquí detrás, saliendo hacia allí y girando a la izquierda. Era un icono del barrio y le hicieron ese homenaje. Lleva ahí unos cuantos años ya.

—Ah, pues no lo sabía, gracias. Hablando del barrio… ¿Por qué hay tanta tienda de *souvenirs* ahí fuera, en la calle?

La mujer pone los ojos en blanco y su cara muestra una mueca de desagrado. Después simplemente niega con la cabeza.

—Es un auténtico horror, ¿verdad? Lo han destrozado.

—Un poco.

—Antes no era así. Eran tiendas normales. Cada una tenía su rollo y la vida era diferente. Camden era un barrio alternativo y aquí nos refugiábamos todos los que no éramos aceptados en el centro. Ya sabes… Pero llegó el capitalismo.

—Lo siento —le digo, reconociendo mi parte de culpa como turista en el lugar.

—Ah, no. No me refiero al turismo. Camden siempre ha sido un lugar de… de culto, básicamente, y gracias al turismo también comíamos. Pero llegaron los todopoderosos y empezaron a comprar locales y a montar esas tiendas de mierda. En todas venden lo mismo.

—Por lo menos no han arrasado con el mercado.

—Dales tiempo. Ya está cambiando. Pásate luego por el área de restauración y verás. Los puestos de comida cada vez son más elegantes, todo se está modernizando. Es un asco. Aun así, espero que disfrutes de tu visita.

—¡Gracias, lo haré! —me despido y me dispongo a salir de la tienda.

—¡Y no te olvides de Amy!

Le envío una sonrisa de aprobación y abandono el puesto. Recorro los pasillos en la dirección que me ha indicado. Me da por pensar en que la mujer se ha estado quejando del capitalismo, pero me

ha vendido tres postales que son evidentes réplicas impresas en un papel bonito, no obras originales hechas a mano. Ahí queda eso.

Me sorprende la estatua de Amy Winehouse porque me la imaginaba más grande. Por un lado, como obra de arte he dado por hecho que era algo grande, un homenaje, algo majestuoso para admirar desde lejos. Por otro lado, una vez he aceptado que es una representación a tamaño real de la cantante, me sorprende lo pequeña que era. No sé por qué, siempre había pensado que era una mujer alta, regia y con una porte mucho más intimidatoria. Me hago un *selfie* con Amy y lo cuelgo en Instagram como una publicación fija. *Hashtag: Back To Black*. No, muy obvio. Borrar. *Hashtag: Love Is A Losing Game*. Obvio, pero no mucho.

Sigo recorriendo puestos en el mercado y me adentro en uno de camisetas que llevan impresas diferentes estrellas del pop, en su mayoría artistas británicos. Es curioso cómo en esta ciudad se valora y se cuida con tanto mimo el legado musical del país. Los ingleses son muy conscientes de que la música pop es una base fundamental de su cultura, desde los Beatles hasta Adele, pasando por Ed Sheeran o Spice Girls. En Estados Unidos somos más aficionados a elevar estrellas hasta lo más alto, para después criticar lo alto que han llegado y volverlas a tirar abajo. Nuestra especialidad es crear desde la nada estrellas infantiles, apropiarnos de su éxito y su vida y después destruirlas hasta que nos avergonzamos de su comportamiento. Me llama la atención una sudadera rosa que tiene escritas en negro las palabras «thank you, next», como si fueran recortes de un periódico. No me la pondría, pero esa prenda ha hecho que mi cabeza de vueltas y haya recordado otro de los motivos que, prácticamente, me echaron a patadas de Nueva York.

—Ni se te ocurra quitar esa canción.

Vi a Sussan girando el dedo alrededor del *trackpad* del MacBook y enseguida supe lo que pretendía. Era su ordenador, era su apartamento y era su fiesta. Pero me había pedido que la música corriera de mi cuenta, así que tenía que aceptar los daños colaterales de su decisión y no tocar la lista de reproducción.

—Me niego a que Ariana Grande suene entre estas paredes sagradas —me respondió, todavía dando vueltas con el dedo sobre el teclado del ordenador.

Le eché una mirada amenazante y Sussan levantó los brazos en señal de rendición. Continuó sonando *Thank You, Next* y ella se alejó del ordenador y cogió en brazos a Eliah cuando se acercó corriendo hasta sus piernas. En realidad, la fiesta no era de Sussan, sino de su hijo, pero habría sido un hito significativo que un niño de dos años hubiera montado su propia celebración de cumpleaños. Técnicamente, la fiesta sí era de su madre. No éramos muchos, solo los que importaban: Sussan y su marido, Alex, sus dos hijos, David y Eliah, un par de amiguitos de David y otros tantos de Eliah con sus respectivos padres y madres, y Max. Los padres de mi mejor amiga no habían podido ir a Nueva York, pero habían prometido hacerlo el mes siguiente, en Navidad. Mi madre debería haber estado allí también, pero la compañía aérea adelantó su vuelo y se tuvo que ir de vuelta a Norwalk a media tarde, antes de que comenzara la fiesta, después de haber pasado una semana en la ciudad. La señora Pinkert, como la nombraba Max, solía alojarse en un hotel cercano al apartamento de Sussan siempre que venía de visita. Ella y mi amiga siempre han tenido una relación casi de madre e hija. La gran mayoría de sus visitas a la ciudad eran para ejercer de abuela postiza y, de paso, verme un par de horas antes de regresar a Norwalk. Habría sido la ocasión perfecta para que conociera a Max, pero no pudo ser.

Sussan le limpió los restos de tarta de la boca a Eliah y volvió a

dejarlo en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, el niño había corrido hasta la otra esquina del salón y ahora estaba subido sobre las rodillas de su padre en el sofá. Observé alrededor y sentí una fugaz oleada de envidia. En esa pequeña fracción de tiempo, pensé en mi vida, en que me faltaba poco para cumplir veinticuatro años, en que me habría gustado tener una familia propia (es decir, hijos), en lo reconfortante que habría sido vivir en un hogar real, no un simple apartamento, en sentar la cabeza… En la fracción de tiempo siguiente, recordé lo sacrificado que es tener y criar un hijo (porque ambas cosas no son lo mismo), cambiar pañales, dormir a deshoras, renunciar a todo durante unos cuantos años, la inversión económica y la locura transitoria que a veces consumía a Sussan. Y se me pasó la envidia de golpe.

No es que siempre haya sido un despegado de todas esas cosas y pretenda ser un alma libre toda la vida. Pero no me veía, ni me veo, capacitado mentalmente para meterme en una aventura de esa magnitud. No sé si algún día querré tener hijos (de momento, no), y lo de casarme solo me haría ilusión si fuese con alguien que me dejara sin aliento y no hiciéramos de ello un acontecimiento social. Algo simple, bonito, sentimental. Las bodas son muy vistosas, pero la promesa de pasar tu vida junto a alguien es algo que me produce tanto miedo como añoranza. Tendría que estar muy seguro y, aun así, me lo pensaría bastante antes de decir simplemente que sí.

—De verdad que no sé qué te ha dado ahora por esa canción —me dijo Sussan, expulsándome de mis pensamientos—. Si a ti lo que te gusta es el pop británico.

—¿En serio? —le pregunté, casi poniendo los ojos en blanco. Y ella hizo un gesto de desconcierto—. Pero, ¿tú me haces caso cuando hablo?

Sussan cogió un puñado de galletitas saladas de un cuenco que había sobre la mesa, junto al ordenador, y se metió una en la boca.

—No siempre —respondió con una sonrisa malvada—. Pero en lo importante sí.

—Y supongo que los gustos musicales de Max no son importantes.

Arqueé las cejas y tomé un puñado de galletitas. Me metí tres en la boca y le tiré la última a la cara a Sussan. Ella vio venir mi jugada y se apartó, pero la galleta se le quedó enganchada entre los rizos.

—Los gustos musicales de tu novio me importan tanto como el ciclo menstrual de mi vecina, querido. —Se quitó la galleta del pelo y me la tiró de vuelta. Yo no fui igual de rápido que ella y casi me saca un ojo.

En realidad no era para nada importante, pero Sussan y yo siempre habíamos tenido cierta tendencia a discutir en broma por esa clase de detalles irrelevantes, como si nos fuera la vida en ello. Para lo asuntos que de verdad merecían nuestra atención, solíamos estar casi siempre de acuerdo. Uno de los aspectos positivos de que Sussan hubiera estudiado, parcialmente y a distancia, la carrera de psicología era que había aprendido a ser más pragmática en cuanto a la importancia que tenían las cosas en general. Eso, sumado a su maternidad, había provocado que hubiera dejado atrás hacía tiempo los bucles mentales infinitos en los que solía meterse cuando algo le preocupaba. Ahora era capaz de encontrar la solución a cada problema en cuestión de minutos. Y, si no lo hacía, daba por hecho que la solución llegaría, si es que existía. Justo lo contrario a mí, que cada vez entraba en el bucle con más y más facilidad.

La fiesta estaba acabando. Es lo que tienen las celebraciones infantiles, que no duran demasiado. Además, por cuestiones de horarios con el trabajo en la universidad de Alex, había empezado relativamente tarde y los críos no tardaron en andar como *zombies*

soñolientos por el apartamento. Incluso Apple, el gato de Sussan, llevaba ya un buen rato dormido en la esquina del sofá.

—¿Nos vamos? —me preguntó Max, echando un vistazo alrededor, como si su mirada pareciera decir «esta gente se quiere ir a la cama».

Asentí y sentía la necesidad de darle un beso con urgencia. Me encantaba ponerme de puntillas hasta estar a su nivel y, mientras nos besábamos, recuperar mi altura normal hasta conseguir que fuese él el que tenía que inclinarse hacia abajo para no romper el beso. No era mucho más alto que yo, pero sí lo suficiente como para poder poner en práctica mi absurdo juego. Alex se había ido al dormitorio sin dejar rastro y los niños estaban al borde del coma, resistiéndose a irse a la cama cuanto fuese posible, así que nos despedimos de Sussan.

—Se me ocurre que podríamos hacer una locura —me dijo Max, yendo en dirección al metro. Sus brillantes ojos oscuros me miraban como si estuviéramos a las puertas de un parque de atracciones.

—¿En qué estas pensando?

Max sonrió, me cogió de la mano y empezó a caminar calle abajo, doblando la esquina en la Sexta Avenida en vez de continuar de frente hacia Washington Square. El frío comenzaba a hacer efecto y agradecí el gesto en un principio, pero no tardé en darme cuenta de que, aunque estuvieran entrelazadas, nuestras manos se enfriaban rápidamente en el exterior. Por muy romántico que me pareciera el momento, en realidad deseaba meter la mano de vuelta al bolsillo del abrigo. Me bastaba con ir colgados del brazo, pero decidí callar y no estropear el momento.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté.

—A casa —me respondió él, levantando los hombros como si fuera una obviedad.

—¿A la tuya o a la mía?

No le dejé responder porque daba igual. Yo vivía en Chelsea, en el apartamento de cierta categoría de mi amigo Oscar. Max vivía al otro lado del río, en Williamsburg. Y para llegar a cualquiera de los dos sitios había que coger el metro en Washington Square.

—Por aquí no es —le dije, riéndome más *de él* que *con él*—. Llevas un año viviendo en Nueva York y todavía te pierdes.

Max se detuvo en seco al llegar a la calle 3, se puso delante de mí y una señora que cruzaba justo por delante casi se tropieza con él. Nos gritó algo que no entendimos y siguió su camino hasta el kiosco de la esquina. Él no decía nada, solamente me miraba. Yo no podía dejar de sentirme un poco ridículo por estar quietos en medio de la acera, mirándonos sin más. Al principio escuchaba el tráfico, las voces, las pelotas de baloncesto rebotando contra las canastas de la cancha que había al lado… Pero lentamente todo desapareció y fue como si solo pudiera escuchar mis propios pensamientos, mientras observaba a Max y me preguntaba de dónde había salido; como si fuera un desconocido, como si no lleváramos saliendo tres meses, como si acabara de cruzarme con él en plena vorágine callejera y de pronto hubiera descubierto que podíamos tener algo juntos. Ahora lo pienso y aquello que me resultaba tan enigmático es probable que se originase porque, a efectos prácticos, todavía no conocía a Max todo lo bien que cabría esperar.

—¿A dónde te has ido? —me preguntó.

Yo sonreí y me guardé la respuesta para mí, como solía hacer casi siempre, en vez de decir todo lo que pensaba. Había aprendido a dosificar mis emociones externas para que nadie pudiera usarlas en mi

contra, a conciencia o sin darse cuenta. Después de todo, se suponía que yo no quería nada serio con nadie. Y allí estaba, dejándome llevar una vez más. Matando mis principios uno a uno en favor de lo que pensaba que me pedía el corazón, cuando en realidad mi relación con Max estuvo siempre dominada por mi cerebro.

—La pregunta aquí es a dónde vamos —le respondí.

Max me besó, sin más aviso. Y fue como la primera vez en la fiesta del 4 de julio. Fue como si nunca nos hubiéramos besado antes, como si me hubiera llegado a creer por completo que éramos dos extraños cuyas trayectorias se acababan de cruzar inesperadamente. Era la primera vez que un chico me besaba en plena calle y no me detenía ni medio segundo a preguntarme si alguien nos estaría mirando. Ahora lo veo como algo inocente y cotidiano, pero en aquel momento me di cuenta de que había dado un paso más en el camino de mi propia aceptación.

—¿Esta es la locura? —le pregunté al separarme.

—Qué va. —Max volvió a ponerse a mi lado y tiró de mí suavemente para seguir caminando—. La locura es volver a casa caminando.

Hice un cálculo mental aproximado y sería como una hora de camino. Quizás un poco más. En situaciones normales, no me habría parecido una locura tan grande. Después de todo, era como dar un paseo largo. Pero sí que me pareció algo arriesgado con el frío que hacía. No mortalmente arriesgado, obviamente, sino algo con poca probabilidad de ser culminado con éxito. Era probable que terminásemos cogiendo el metro para terminar el recorrido. El controlador que habita en mí, quiso cerciorarse de que había estaciones de metro por el camino, así que palpé mi bolsillo en busca de mi teléfono y no di con él. Probé con todos los bolsillos del pantalón sin suerte, tampoco en los del abrigo.

—He perdido el teléfono —le dije a Max, tirando de su brazo para detenerlo—. No lo tienes tú, ¿no?

Max se palpó todos sus bolsillos y negó con la cabeza. Después hizo lo mismo con mis bolsillos, pese a que yo ya los había revisado varias veces.

—¿No se lo prestaste a David para que viera el *Baby Shark*? —me pregunta Max.

—Mierda. —Me había olvidado por completo de aquello. Y eso había sido casi al principio de la fiesta. A aquellas alturas, el teléfono habría podido estar ya entre dos osos de peluche, dentro de la caja de algún juego, al fondo de otra caja de juguetes, debajo de cualquier cama del apartamento. Si algo sabía hacer bien David era esconder cosas que nunca más volvían a aparecer.

Por un lado me molestó habérmelo dejado en casa de Sussan, por otro lado sentí el alivio de no haberlo perdido. Era un iPhone 6 que mis padres me habían comprado en 2015, una vez superado el *shock* inicial de haber estado en coma y no recordar los últimos tres años de mi vida. El teléfono anterior había quedado hecho añicos tras el atropello. Me gustaba ese teléfono porque me recordaba que estaba viviendo una segunda oportunidad y que me habían concedido el derecho a seguir en el mundo, intentando hacer las cosas bien. A día de hoy todavía no lo he cambiado, aunque el sistema operativo esté bastante cascado y las fotos no sean una maravilla.

—Vamos a buscarlo —le dije.

—¿Vas a seguir queriendo cometer la locura? —me preguntó de vuelta.

No respondí por no hacerle un feo a Max, pero lo cierto era

que, si tenía que volver tres calles atrás hasta el apartamento de Sussan, no me apetecía volver a caminar aún más de vuelta a casa de mi novio. El romanticismo del momento se había esfumado con la desaparición del teléfono.

—Hacemos una cosa —me dijo entonces, comprendiendo mi silencio—. Yo sigo caminando y tú vas a buscar tú teléfono. Luego vuelves en metro y, entre una cosa y otra, seguro que acabamos llegando a la vez.

—Sobreestimas los tiempos de espera del metro de Nueva York, Max.

—Y tú subestimas lo rápido que camino cuando voy solo. —Me dio un fugaz beso y empezó a caminar sin esperar una respuesta—. ¡Te espero en casa! —gritó sin darse la vuelta, levantando ambos brazos y señalando el reloj de su muñeca izquierda con la mano derecha. La competición estaba en marcha.

Una parte de mí quería darse prisa para demostrarle que estaba equivocado y que yo tardaría mucho menos. Otra parte pensaba en dejarle ganar y hacerlo todo más despacio de lo normal. Pero ganó la tercera parte. Esa que se estaba helando de frío y decidió hacer todo lo que debía hacer a ritmo normal y que pasara lo que tuviera que pasar.

Desandé el camino andado y regresé a casa de Sussan. Fui a tocar en el portero electrónico, pero un señor mayor salió en ese momento, dejándome pasar. No era la primera vez que nos cruzábamos en los cuatro años y medio que Sussan llevaba viviendo allí, así que a esas alturas era probable que el hombre pensara que yo vivía allí. Subí la escalera y me palpé el bolsillo del pantalón en busca del teléfono para enviarle un mensaje a Max y decirle que ya había llegado, hasta que me di cuenta de que, precisamente, estaba allí para recuperarlo. Me avergüenzo de mí mismo al reconocer que tardé varios segundos en caer en la cuenta, e incluso llegué a pensar, de

nuevo, *he perdido el teléfono*. Al final mi madre va a tener razón cuando dice que soy medio tonto.

Me planté delante de la puerta de Sussan y escuché voces dentro. No estaban durmiendo todavía, así que llamé al timbre. La puerta se abrió casi al instante. Supuse que Sussan se había dado cuenta de que mi teléfono estaba allí y andaba a la espera de que regresara a por él.

—Mi telef…

No pude terminar la frase, porque al otro lado de la puerta no estaba Sussan, ni nadie que viviera en ese apartamento. Fue algo fugaz y, al mismo tiempo, como si el tiempo se hubiese detenido durante horas. Toda una vida condensada en una fracción de segundo. Llegué a pensar que estaba pasando de nuevo, que había vuelto a tener un episodio de amnesia. No tardé en ser consciente de que no podía estar ocurriendo algo así porque recordaba que ya no estábamos juntos. No podía reaccionar y él tampoco. Nos quedamos quietos, mirándonos, con las bocas entreabiertas, sintiendo cómo se aceleraban los latidos de mi corazón y el frío que traía de la calle se convertía en una intensa ola de calor que me recorría el cuerpo, desde la parte baja de la espalda hasta la nuca y extendiéndose hacia los brazos.

—Mike.

Mi voz sonó completamente apagada, sin fuerza. Era como si no la hubiera pronunciado yo, sino el aire que corría entre ambos. Ante mí estaba el chico al que le había roto el corazón.

—Mike, no abras —escuché decir a Sussan al fondo—, que Ryan se dejó…

No terminó la frase cuando llegó al salón y vio que ya la puerta estaba abierta. Se quedó quieta junto al sofá, con mi teléfono en la

mano. Era como si aquella estancia tuviera la capacidad mágica de congelar a todos los que estaban en ella, excepto a los más pequeños.

—¡Ryan! —gritó David, que todavía no estaba metido en la cama. No había rastro de Eliah.

—David, vamos a la cama —le dijo Sussan. Se acercó hasta nosotros y me tendió el móvil, aprovechando el espacio que había entre Mike y yo, todavía paralizados. No fui consciente del movimiento, pero segundos después tenía el teléfono entre mis manos. Luego Sussan cogió al niño en brazos y despareció por el pasillo.

Mike respiró hondo y se mordía el labio inferior, con cara de circunstancia. Si todavía se comportaba como hacía años atrás, estaría reprimiendo algún tipo de pensamiento. No alcancé a adivinar cuál.

—Hola —me dijo finalmente. Su voz sonaba igual que siempre, pero a mí me parecía completamente distinta.

Mike llevaba el pelo muy corto, mas que nunca. Parecía un militar recién llegado de alguna misión, salvo por no llevar puesto ningún uniforme, sino unos vaqueros oscuros y un jersey verde, elegante pero informal. No lo había vuelto a ver desde el incidente de la amnesia temporal, y de eso habían pasado ya casi dos años.

Habíamos logrado lo imposible: no cruzarnos nunca en Nueva York, teniendo amigos en común y trabajando, supuestamente, en el mismo gremio. Ambos habíamos estudiado diseño publicitario en el Miami Ad School, por lo que daba por hecho que él habría terminado encontrando trabajo en otra agencia de publicidad o en alguna empresa. Él siempre había sido mucho más creativo que yo. A pesar de encontrarme allí, después de tanto tiempo, y de que su esencia pareciera seguir siendo la misma, no fui capaz de hablar. Y él tampoco lo facilitó.

—No esperaba esto, la verdad —me dijo—. Vine cuando me dijeron que te habías ido.

Aquello me sentó como un *Ice Bucket Challenge* en medio del frío invierno. Nuestras vidas llevaban bastante tiempo tomando rumbos paralelos y sin cruzarse. Yo estaba rehaciendo mi vida y suponía que él estaría haciendo lo mismo, probablemente incluso hubiera empezado antes que yo. Pero no esperaba que lo primero que me dijera en nuestro primer encuentro después de tanto tiempo fuese aquello, que su intención había sido que no encontráramos.

—Vale, me queda claro.

Me di media vuelta y me fui. Bajé las escaleras a toda prisa mientras lo escuchaba llamarme a lo lejos, pero no miré atrás. El frío de la calle volvió a golpearme en la cara y lo agradecí, porque necesitaba enfriar mis pensamientos. Si Mike no quería verme, no iba a ser yo el que lo obligara a ello. Yo tenía un novio en casa, esperándome, y no necesitaba estar de nuevo pasando por algo así, preguntándome por qué la reacción de Mike había sido tan fría y distante y cuando iba a superar de una vez por todas lo que había hecho.

Sí, sabía que había cometido un error al dejarme llevar con aquel chico, Leo, el día en el que Mike me preparaba una fiesta sorpresa de cumpleaños. Pero creía que ya había pagado mi error con creces. Si no me hubiera acostado con otro, nuestra relación no se habría jodido, no habríamos discutido meses después, no habría salido corriendo del apartamento de Oscar, no me habría atropellado aquel coche y no me habría olvidado de Mike, obligándole a forzar una relación que en mi cabeza no existía y en la suya ya había terminado. Todo había sido por mi culpa y por eso había aceptado pagar las consecuencias de lo que había hecho. Pero no creía que, después de tanto tiempo, tuviera merecido que Mike me hubiese ninguneado de

aquella forma, que no hubiese querido hablar conmigo, ni tan siquiera haber tenido una conversación educada de dos minutos en una fiesta de cumpleaños. No se habría muerto por haber estado conmigo y el resto de invitados en la misma habitación durante una noche.

Si ahora soy honesto conmigo mismo, quizás la culpa de aquella noche fue nuevamente mía, por haberlo bloqueado en todas mis redes sociales. En aquel momento, la actitud de Mike me pareció desproporcionada y poco empática, pero sería un hipócrita del tamaño del Empire State si no reconociera en este mismo instante que es probable que yo provocara ese conflicto de intereses tan desfavorable. Recogí lo que había sembrado, aunque aquellos no fueran los frutos que pensaba que había plantado.

Otro recuerdo desbloqueado. Es como si Londres fuese un proyector de fotogramas que va recordándome todo aquello que me ha hecho daño en los últimos años. Intento no luchar contra ello y permito que las heridas se abran para que vuelvan a cicatrizar en mejores condiciones. Quizás de esa forma algún día consiga que desaparezcan del todo de mi piel.

Me acerco hasta el área de restauración del mercado de Camden y descubro que la mujer de la tienda de las postales tenía razón.. Hay *food trucks*, casetas, puestos ambulantes, merenderos y mesas compartidas como en Pizza Union. No sé cómo sería hace años, pero está claro que le han debido de dar un buen lavado de imagen a todo esto. Este sitio es una locura y me encanta. Hago algunas fotos de la zona recreativa, con el canal de Regent al fondo y el ambiente festivo sin motivo alguno. A mí me gusta, pero puedo llegar a entender que a otras personas, sobre todo a las que han vivido por aquí toda su vida, les moleste que estén cambiando demasiado lo que ellos consideran su hogar. Sienten que están borrando su esencia y tal

vez parte de su personalidad original. Pero no sé, los tiempos cambian, los lugares evolucionan con las personas. En la balanza de opciones, ¿es mejor modernizar este sitio y que siga siendo un punto de referencia para habitantes y turistas, o mantener sus principios inalterados para terminar abandonado y agonizando lentamente?

9
LOS DÍAS IMPARES

Lo irónico de tener tantos lugares y puestos para comer en el mercado de Camden es que lo haya terminado haciendo en una pizzería. Qué le voy a hacer. Soy un animal de costumbres y mi subconsciente se ha propuesto probar todas las variedades de pizza de Londres. El local en cuestión se llama Camden Pizza y es una maravilla, pero no llega al nivel de Pizza Union. He llegado a la conclusión de que mejores y más buenas son las pizzas cuanto más cerca esté de Italia. Así que no quiero ni imaginarme cómo sabrán las de Roma, por nombrar alguna ciudad. No me la he comido entera porque no podía más, pero el camarero me ha ofrecido una caja pequeña para llevar y me he guardado las últimas dos porciones en la mochila.

Me dirijo hacia la salida del mercado (una de ellas, porque no es la misma por la que llegué) y dos robots plateados gigantes aparecen a mi izquierda, acaparando toda mi atención. Franquean la puerta de una tienda llamada Cyberdog y automáticamente sé que tengo que entrar. No puedo quedarme con la duda de no saber qué hay dentro.

En el interior, todo es fluorescente y la música electrónica retumba en las paredes como si fuera una discoteca. Son las dos de la tarde pero me están entrando ganas de tomarme una copa. Bajo la escalera mecánica hasta la planta baja y quedo fascinado con este lugar. Es como estar dentro de una película de ciencia ficción futurista, como si estuviera visitando la tienda de *souvenirs* de alguna ciudad de Marte. No puedo evitar sacar una foto. No, mejor un vídeo,

para que se escuche la música. Le doy la vuelta a la cámara y muestro mi cara de perplejidad ante tanta extravagancia. La ropa que venden es de colores chillones: fucsia, amarillo, naranja, azul eléctrico. Todo parece estar bañado por luz de neón y estoy seguro de que, si apagaran todas las pocas luces, la tienda seguiría brillando en la oscuridad.

En un mostrador hay un montón de utensilios extraños, gafas con luces led, pulseras con luces que parpadean con el movimiento, pegatinas metálicas e incluso todo un expositor de unicornios. Es como si la escena *underground* de los años noventa hubiera salido del armario y estuviera celebrando su propio desfile del Orgullo cibernético. Ojalá Sussan estuviera aquí, porque arrasaría con todo. Decido enviarle un mensaje para enseñarle todo esto y, por primera vez desde que cambié de línea, caigo en la cuenta de que no tiene mi número nuevo. Ni ella, ni Oscar, ni mi madre… Nadie. Ahora entiendo por qué llevo desde ayer tan tranquilo, sin recibir llamadas ni mensajes, salvo los de Instagram. El problema es que Sussan no tiene redes sociales que no sean de mensajería. Cree que son una pérdida de tiempo porque la vida hay que vivirla, no enseñarle a los demás que la estás viviendo. Seguramente tenga razón, pero ¿no es eso mismo lo que hacemos cuando volvemos de viaje y les enseñamos las fotos a nuestros familiares o les contamos anécdotas a nuestros amigos? La única diferencia que veo es que Instagram es instantáneo, valga la redundancia.

Salgo de la tienda habiéndome portado bastante bien. Solo me he comprado una sudadera fosforescente amarilla y una pulsera de las que se activan y parpadean con el movimiento. Fuera del mercado, avanzo calle abajo, paso por debajo de Camden Lock y mi teléfono empieza a sonar. Es una petición de videollamada desde Instagram… de Josh. Qué raro.

Acepto la llamada y sigo caminando en dirección a la calle

principal de Camden.

—Entonces sigues vivo.

Sus palabras me llegan a través de los auriculares antes de que en la pantalla aparezca su cara. Cuando lo hace, veo a Josh andando por la calle. Sé que está en Norwalk porque reconozco las fachadas que se ven a lo lejos. Me toco la cara, fingiendo que compruebo que sigo existiendo.

—Eso parece —le respondo—. ¿Y esto? Es la primera vez en la vida que me haces una videollamada.

—Bueno… Es la primera vez en la vida que desapareces sin dejar rastro.

—Algo de rastro he ido dejando.

Josh entra en un local, un Starbucks, y se detiene, supongo que haciendo cola.

—Me ha llamado tu madre, Ryan. Estaba de los nervios.

—¿Mi madre? ¿Qué ha pas…? —Interrumpo mi propia pregunta al darme cuenta de lo ocurrido—. Ah, espera. Me ha estado llamando y no había forma, ¿no?

—Míralo, qué listo es cuando quiere.

—Joder. Me va a matar. —Me detengo en mitad de la calle. Todavía falta un tramo hasta llegar a la estación del metro, pero no sé si volver al centro en tren o hacerlo caminando—. Cambié de número el otro día. Ahora tengo una línea de aquí y te juro que acabo de darme cuenta hace nada de que nadie podía localizarme.

—Pues ya estás tardando en llamarla —me advierte,

poniéndose serio; si es que con esos ojos azules que se gasta puede llegar a dar esa impresión alguna vez—. Ha sido raro hablar con ella por primera vez después de tanto tiempo.

—No creo que fuese la primera vez.

—¿Cuándo he hablado yo con tu madre, Ryan? Si casi ni le pongo cara. Espera. —Josh hace su pedido en la barra, paga y se hace a un lado—. La habré visto una o dos veces en foto.

—¿En serio? —No sé por qué había asumido que mi madre conocía a Josh. Es cierto. Él y yo volvimos a ser amigos apenas un año antes de que me mudara a Nueva York con Mike, y tampoco es que nos viéramos muy a menudo porque la situación era incómoda, por definirla de alguna manera. Josh seguía enamorado de mí y también había estado liado con Mike. La situación se define sola, realmente. No volvimos a ser amigos en serio hasta que engañé a Mike y regresé a Norwalk para recuperarlo. A Mike, no a Josh—. Pues ya te la presentaré algún día.

—Sí… Puedes decirle que soy el yerno perfecto que nunca permitiste que tuviera.

—No empieces —le advierto amistosamente, arqueando las cejas. Josh sonríe y saca la lengua—. Capullo.

—En realidad elegiste bien —me reconoce, en un giro inesperado de los acontecimientos—. Mike es mejor persona que yo. O por lo menos lo era por aquel entonces. Esperemos que no se le suba mucho a la cabeza todo esto.

—¿Qué es *todo esto*? —No debería, pero me puede la curiosidad. No sé absolutamente nada de Mike y no se me ocurre qué es lo que se le podría subir a la cabeza.

—Lo del libro este que le han…

—¡No, da igual! —le interrumpo—. Prefiero no saber nada. Bastante tengo con darle vueltas al pasado que tengo revolcándose por mi cabeza como para añadirle información nueva.

—Como quieras —me responde Josh, sin insistir—, pero bueno. Háblame del presente entonces, ¿qué tal te van las cosas con Max?

—Técnicamente, eso sería seguir hablando del pasado.

Josh recoge su café, se da media vuelta y avanza para salir del local. Yo he llegado a la entrada del metro pero la he pasado de largo. Para una vez que hablamos, no quiero tener que cortar la llamada si me quedo sin cobertura.

—¿No te has ido a Londres con él? —Veo en la pantalla que le da un sorbo al café y se queja porque está ardiendo. Este chico, siempre tan impaciente—. Creo que me he quemado la lengua.

—Mejor, así no haces preguntas inoportunas —le digo riéndome.

—Eres un gilipollas.

—Solo los días impares.

—Pues hoy es día 4 —me aclara él. Yo la verdad es que he dejado de contar los días—, así que vas con retraso… Más del que tienes normalmente.

—O sea, que básicamente me has llamado para insultarme.

—Es una forma de resumirlo, sí. Pero no me cambies de tema, ¿dónde está Max?

Miro la hora en la pantalla del teléfono y pienso en que hoy es viernes. En Nueva York son casi las diez de la mañana, así que supongo que Max estará trabajando en la agencia.

—En el trabajo, supongo. La verdad es que me da igual —le respondo finalmente—. Ya no estamos juntos.

—Joder, no tenía ni idea. Lo siento.

Meneo la cabeza, indicándole que no pasa nada. Levanto la vista y veo una bocacalle que entra a la izquierda, así que la sigo para no volver por la misma avenida que ya recorrí esta mañana. Sigo mi camino hacia el sur por Bayham Street, en paralelo con Camden High Street. Es una calle completamente normal y anodina, pero es un respiro de gente porque apenas está transitada.

—¿Por eso te has ido a Londres? —me pregunta Josh ante mi silencio. Nunca he sabido muy bien qué decir cuando alguien te dice «lo siento» ante una ruptura. No se ha muerto nadie. No esta vez—. En plan viaje de soltero.

—Supongo que es algo más que un viaje. Estaré aquí seis meses.

Josh se retira el vaso de café de la boca y abre intensamente los ojos. Es un chico muy expresivo, siempre lo ha sido. Todavía recuerdo cuando nos conocimos en el campamento, hace ya unos siete años. Me ponía nervioso su capacidad para decir y hacer siempre lo oportuno para encenderme por dentro. Y siempre pretendía que me creyera que lo hacía sin darse cuenta, pero tiene una cara muy poco dada a saber disimular las cosas. Me sorprende que pudiera andar liándose con chicos a escondidas de su novia durante tantos meses sin que ella se diera cuenta.

—¿En serio has dejado todo? ¿Así a lo loco?

Josh se detiene en su camino, pero no sé si es por la sorpresa o por un semáforo en rojo. Yo veo una peluquería en una esquina y durante un lapsus mental se me ocurre entrar y pedir que me rapen la cabeza. Típico de las crisis. Sin embargo, veo mi reflejo en la cristalera que tengo al lado y se me pasa el impulso. Con lo que me ha costado que crezca, como para volver a empezar de nuevo. Quiero deshacerme de todo el peso del pasado, pero el pelo puede venirse conmigo al futuro, de momento.

—No todo. Es el mismo trabajo, pero en Londres. Hemos hecho un intercambio y me he venido a la sucursal que tiene la agencia aquí.

Josh hace un gesto de complacencia.

—Bueno, al menos tu locura no tendrá consecuencias económicas.

—No, eso de momento me lo ahorro, valga la redundancia.

Josh entorna los ojos e intuyo que va a decirme algo comprometido.

—No quiero meter el dedo en la llaga, pero Max no me daba buenas vibraciones.

—No, ¿en serio? —le pregunto, sarcásticamente.

El verano pasado fui una semana a Norwalk con Max. Llevábamos más o menos un año saliendo y mi madre quería conocerlo de una vez. Pese a que solía ir a Nueva York con frecuencia, todavía no habían coincidido juntos. Max solía poner la excusa de que no se le daban bien los padres. Esa vez no tuvo más elección que aceptar que íbamos

a mi ciudad y conocería a mi madre de una vez por todas. También me apetecía volver a casa con él, que conociera mi ciudad y el entorno en el que me había criado.

Al llegar acordamos que Max dormiría en mi antigua habitación y yo lo haría con mi madre. Ella nos ofreció su habitación para los dos, pero a Max le daba vergüenza dormir en la cama de mi madre (es decir, donde dormían mis padres juntos años atrás) y a mí tampoco es que me convenciera demasiado esa idea. Tan solo sería una semana, y la verdad es que acurrucarme junto a mi madre durante algunas noches me hizo sentir a salvo de todo de nuevo, como si todavía fuera un niño y no un adulto de veinticuatro años.

Mi madre nos invitó a comer en Silver Code, un restaurante bastante elegante que hay cerca de la Universidad de Eastmond, donde estudié el primer año de la carrera de Publicidad que no terminé. Recordaba haber pasado por fuera de ese sitio multitud de veces porque pillaba de camino a la estación del metro y, con sus ventanas oscuras y un letrero más bien modesto, nunca imaginé que se trataba de un restaurante abierto al público. Desde fuera, siempre me había parecido una oficina sin más. Un despacho de abogados, quizás.

Max se sintió incómodo al instante, porque no íbamos vestidos para la ocasión. Nada más entrar, comprobamos que los clientes iban todos vestidos casi de etiqueta, mientras que nosotros llevábamos vaqueros y camisetas. Yo con mis deportivas blancas y Max con unas botas de cuero poco oportunas, incluso en el exterior, teniendo en cuenta que era verano. Le encantaba su apariencia desgarbada y descuidada, pero bien planificada, y no prescindía de ella ni para ir a la piscina. Mi madre siempre ha tenido estilo vistiendo, incluso para ir a hacer la compra al supermercado, de modo que nunca supuse que su precioso vestido azul marino tenía un propósito en concreto.

—Podrías habernos avisado para vestirnos un poco más… —le

dije a mi madre, cuando tomamos asiento.

—¿Y eso qué más da? Ni que fuerais en bañador. Al que no le guste, que no mire —sentenció ella. Nunca la había oído decir algo así, la verdad. Quise pensar que mi salida del armario, la inesperada doble maternidad de Sussan, la muerte de mi padre y las constantes visitas que realizaba Nueva York le habían hecho ver la vida desde otra perspectiva mucho más holgada y desenfadada. Parecía que las circunstancias de la vida la habían vuelto mucho más pragmática, igual que a Sussan.

—Tú al menos vas todo de negro —le dije a Max—. Disimulas mejor que yo con esto. —Levanté ligeramente el cuello de mi camiseta.

—Sí, porque esto no llama nada la atención —me respondió, señalando las letras de su camiseta que decían «*Fvck or D!e*» (Folla o Muere).

—No tanto como mi camiseta amarilla.

—No es una competición —sentenció mi madre, en un tono de voz que, más que un comentario, parecía una advertencia. Max y yo seríamos dos adultos, pero en ese momento me sentí como un adolescente de nuevo. Opté por callar, más por vergüenza que por convicción.

Después de un rato y cuando nos habían servido las bebidas y algo de picar, nos habíamos acostumbrado a estar fuera de lugar y dejamos de darle importancia a la ropa. O al menos eso creía. Antes de que nos sirvieran la comida, Max se levantó para ir al baño y, al regresar, le había dado la vuelta a su camiseta para que las letras quedaran por dentro. Por suerte, tenía la manía de recortar las etiquetas de las camisetas porque le molestaban en la espalda, y no se notaba el apaño.

—No tenías que hacer eso —le dijo mi madre, amablemente, casi hasta con cariño—. No pasaba nada.

—Ahora me siento más cómodo —le respondió él—, pero gracias por el consejo.

Mi madre apenas pareció darle importancia, pero yo conocía a Max lo suficiente como para saber que ese comentario no lo había dicho con buena intención. En ese «pero gracias» había mucho sarcasmo, y en «el consejo» estaba escondido todo un reproche por habernos llevado a un lugar sofisticado sin previo aviso.

Nos trajeron los platos de comida y le contamos a mi madre cuáles eran nuestros planes para esa semana. Max quería conocer la ciudad, hacer turismo y dar un paseo por el río. También le hacía especial ilusión ir al mercadillo de segunda mano que instalaban los domingos en una plaza camino de Winington Hills. Yo había ido por allí el verano anterior, con Josh y Jake, y supuse que Max estaría interesado, porque les fascinaba todo lo que no fuera producido en masa por marcas internacionales. Era ferviente defensor de lo *vintage* y las gangas con estilo. Le aportaban un toque original a su apariencia. Si había algo que odiaba era eso de encajar en un sitio; su pasión era siempre destacar e ir a contracorriente. Claro que todos esos ideales se esfumaban cuando mis amigos nos invitaban a algún plan que nuestro nivel económico no se pudiera permitir. Si pagaban ellos, Max encajaba en cualquier entorno como una pieza del Tetris. O al menos esa era la sensación que me daba de vez en cuando.

—Aunque no recuerdo cómo se llega al mercadillo —reconocí —. Le puedo pedir a Josh que venga con nosotros.

—¿Ese es el del campamento? —me preguntó Max.

—¿Cómo sabes tú lo del campamento? —le pregunté, porque

nunca habíamos hablado de ese tema.

—Sussan me habló de eso en tu cumpleaños —respondió él, llevándose un trozo de ternera a la boca—. Le pregunté si habías tenido muchos novios y me hizo un resumen.

No me sentó mal, pero no me pareció genial tampoco que mi amiga se dedicara a hablar de mi vida sentimental con mi novio. El caso es que no me dio tiempo a analizar demasiado si me molestaba o no que Sussan le hubiera hablado a Max de Josh, y seguramente también de Mike y de Matt y a saber de cuántos rollos esporádicos más, porque acto seguido añadió algo que me hizo incluso menos gracia.

—Mejor vamos sin él. A la aventura.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo. Conocía su forma de expresarse y sabía que no le interesaba en absoluto perdernos a las afueras de Norwalk, sino que trataba de evitar que Josh viniera con nosotros, como si a aquellas alturas del cuento un chico con el que había tenido una *aventura* seis años antes le supusiera algún tipo de competencia.

—Prefiero que venga, así no perdemos tiempo —sugerí, tampoco íbamos a estar toda la vida en Norwalk y teníamos muchos planes por delante—. Además, ya le he dicho que estamos aquí y quiere conocerte.

—Creo que conocerme es la excusa para verte —dijo, llevándose otro trozo de carne a la boca y señalándome con el cuchillo por encima de su plato—. Pero vale, como quieras.

Mi madre observaba la situación en silencio, pero la conozco desde que me parió y sé que no le estaba gustando demasiado la situación. Lo confirmé cuando habló para cambiar de tema, pero fue

como salir de la sartén para caer en las brasas.

—¿Y cómo es eso de trabajar juntos? —nos preguntó, inocentemente—. ¿No es agotador estar siempre viéndoos las caras todo el día?

—Un poco —respondió él. Tragó la comida y, al notar el silencio, añadió:— ¡Es broma! No podría cansarme nunca de eso —dijo finalmente, señalando mi cara.

—De todos modos, estamos en plantas diferentes —dije yo, retomando la conversación—. Solo coincidimos a la hora de comer, o si alguno va a ver al otro a conciencia. Y a veces en alguna reunión.

—Y a la salida —añadió Max—. Por la mañana cada uno llega a su aire porque… Bueno, digamos que la puntualidad no es el don de tu hijo.

Yo me reí, porque tenía razón. Aunque realmente no era impuntual, pero sí era cierto que llegaba siempre con el tiempo justo a la agencia, mientras que Max todos los días iba al trabajo con margen de sobra.

El resto de la comida transcurrió sin incidentes, pero podía respirar en el aire la desaprobación de mi madre. Yo pensaba que a mi madre le había caído bien, pero había ciertos detalles que le echaban para detrás. Y creo que lo que realmente me molestaba no era que mi madre no pareciera estar del todo encantada con él, sino que todos esos detalles que a ella probablemente no le habían gustado eran cosas que a mí tampoco, pero nunca había sido consciente de ellos; como si en Nueva York la vida fuese tan rápido que no me diera tiempo a observar los detalles de las cosas, solo su apariencia general.

Al día siguiente quedamos con Josh para ir al mercadillo y la historia transcurrió de forma similar. Max estaba visiblemente

incómodo y cada vez que hablaba era para tirarle pullas a Josh. No tardaron en adquirir una dinámica en la que se metían el uno con el otro constantemente. Desde fuera se veía como algo gracioso entre colegas, pero yo sabía que detrás de cada broma había algo de verdad, porque esa clase de humor Josh solo la usaba con su mejor amigo, Jake (ni siquiera conmigo), y Max nunca la había empleado antes en mi presencia. Max conmigo había sido muchas cosas, pero nunca sarcástico ni irónico. Igual que a mí Nueva York me hacía ajeno a darme cuenta de ciertas actitudes, era como si Norwalk hubiese transformado a Max en alguien diferente. Nunca antes me había dado la sensación de que pudiese ser celoso. Sin embargo, en aquellos días no le di demasiada importancia a ese asunto. Di por hecho que era un mecanismo de defensa al encontrarse en un entorno desconocido, siendo introducido a la fuerza en dinámicas sociales a las que no estaba acostumbrado y que formaban parte de una vida que no compartíamos.

El día antes de irnos, decidí ir al cementerio. Quería ponerle flores a mi padre y tal vez también a Matt, aunque no estaba seguro de si sus restos seguirían allí, porque mi madre había hablado con Deborah, la madre de Matt, tiempo atrás y le había dicho que había estado considerando la idea de exhumar el cuerpo e incinerarlo para esparcir las cenizas en alguna parte, la playa quizás. Pensar en ello me revolvía el estómago, porque no era capaz de imaginar a Matt… *así*. Es decir, siendo un cuerpo que se podía exhumar. Me gustaba pensar que lo de ir a ponerle flores era algo simbólico, sin llegar a la cruda literalidad de saber que debajo de la lápida había un ataúd con un cuerpo dentro deshaciéndose.

En fin, le pedí a Max que me acompañara y se negó.

—Ese momento te pertenece, Ryan —me dijo, mientras veía un capítulo de *La casa de papel* en Netflix—. Yo no lo conocía, no pinto nada ahí.

—Bueno, pero me gustaría que vinieses conmigo —insistí, aunque sin demasiado ímpetu. Tampoco quería que se sintiera obligado. Solo intentaba que se diera cuenta de que daba igual que no lo hubiera conocido. Lo que quería era apoyo moral, no que se plantara allí y leyera un panegírico.

—Los cementerios no son lo mío, rey —me respondió, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador—. Cuando me muera, espero que me incineren. Así nadie tiene que pasar por el mal trago de tener que ir a visitarme.

En ese momento me hizo gracia ese comentario. A día de hoy no tanto. Respeto que no le gustaran los cementerios (a mí tampoco, ni lo que significan), pero no era el momento ni el lugar para decir algo así. Es como si ahora que ya no estamos juntos se hubiera caído el telón y fuera capaz de ver todo lo que había detrás de nuestra función, todos los engranajes que hacían que todo siguiera rodando aunque en realidad no funcionara y el público hacía ya tiempo que se había marchado, si es que realmente en algún momento lo hubo.

Mi madre nunca me dijo qué opinaba de Max. Cuando nos fuimos, nos deseó buen viaje y todo eso, pero nunca llegó a compartir conmigo su opinión respecto a mi novio. Realmente no la necesitaba, porque la conocía y sabía que no le había gustado. Su silencio había hablado por ella. Sobre todo teniendo en cuenta que mi madre se pasaba el día alabando las virtudes de Mike, durante nuestra relación y varios meses después. Aunque en aquella última etapa no lo hubiera hecho delante de mí para no herir sensibilidades. Sussan tal vez le había contado cosas a Max que no debía, pero su lengua suelta también jugaba a mi favor cuando me contaba las conversaciones que tenía con mi madre acerca de mi vida y mis relaciones.

Recordando aquel verano con Josh, atravieso un barrio residencial, llego hasta la trasera de la estación de St Pancras y la cruzo por debajo a través de un túnel. Al otro lado, una zona completamente diferente se extiende ante mí, como si hubiera cruzado a otra dimensión. Los edificios han pasado a ser criaturas arquitectónicas modernas y el barrio parece ser mucho más cosmopolita y evolucionado que el que he dejado atrás. Edificios de acero y grandes ventanales cubren la zona y, al otro lado del puente, junto a la orilla del canal de Regent, se extienden unas escaleras cubiertas de césped artificial que me llaman la atención.

—Bueno, y hablando de corazones… ¿Cuántos has roto ya en Londres? —me pregunta Josh, que desde hace un rato está esperando por fuera del centro comercial donde trabaja, pero no parece querer despedirse todavía.

—Ninguno, creo —le respondo con una sonrisa—. No me ha dado tiempo.

—No tardarás en conocer a alguno, seguro. Ryan Pinkert no sabe estar soltero.

—¡Oye! ¡Eso no es verdad! —me quejo, pero sin indignarme demasiado—. Estuve dos años sin novio antes de Max. Aunque…

—¡Lo sabía! —exclama él, acercándose a la pantalla—. Venga, escúpelo.

—No es nada —le digo, mientras me siento en el césped artificial y apoyo la espalda contra el escalón que tengo detrás—. Conocí a un chico el otro día, pero le di mi número normal, así que todavía no sé si me ha escrito.

—¡Pues compruébalo!

—Para hacer eso, tengo que quitar la tarjeta nueva, listillo. Así que no podríamos seguir hablando.

—De todos modos, tengo que colgar —me reconoce Josh—. Entro a trabajar y además… En fin, que yo sé que te encanta hablar conmigo, pero no quiero que te enamores de mí. Supéralo ya.

Me echo a reír sarcásticamente.

—Si fueras más capullo tendrías pellejo.

Cuelgo la videollamada, pero le envío un *emoji* con un beso para que no piense que me ha molestado. Apago el teléfono y rebusco en el bolsillo delantero de la mochila hasta encontrar la tarjeta que metí ahí en la tienda de Vodafone, cuando cambié de línea. Lo enciendo de nuevo y, mientras se activa, echo la cabeza hacia atrás y dejo que el ligero sol que ha salido me atraviese la fría piel. Pese al pronóstico del tiempo de estos días, he tenido la suerte de que solo ha llovido de noche o cuando he estado a cubierto. Excepto ayer, cuando regresaba desde Embankment tras ver desde la distancia el London Eye y empezó a caer una buena. Tuve que correr bajo la lluvia desde King's Cross hasta el hotel (y, como un tonto, me detuve frente al estudio de tatuajes una vez más, pensando que ese era buen momento para atreverme a hacerlo, cosa que no hice). He sobrevivido tres días en Londres sin paraguas, en pleno invierno, y creo que eso es digno de mención.

Como el teléfono tarda demasiado, miro la pantalla y compruebo que ya se ha reiniciado. Como sigo siendo Dory, recuerdo por enésima vez en estos días que en esta tarjeta no tengo internet si no hay una red Wi-Fi cerca. Me levanto y vuelvo caminando hasta el hotel, aprovechando el paseo para comerme la porción de pizza, ya fría, que había guardado en Camden. La grasa del queso ha traspasado la caja y doy gracias a que me dieran una bolsa de plástico. Llega a ser de papel y ahora mismo las postales que compré esta mañana serían

un auténtico churro.

Ya en la habitación de hotel, me quito el abrigo, el calzado y la sudadera y me tiro en la cama. Conecto el teléfono a la red Wi-Fi y empiezo a recibir mensajes normales, notificaciones de llamadas perdidas y alguna de Instagram. Me da tanta pereza tener que volver a activar el WhatsApp en esta línea que prescindo de hacerlo. Las llamadas perdidas son de mi madre, de Sussan y unas cuantas de un número de Inglaterra que no conozco. Todos los mensajes son de ellas dos. Tal y como esperaba, atacadas de los nervios por no poder contactar conmigo. Apunto el número desconocido en una hoja de papel y vuelvo a cambiar las tarjetas en el teléfono. Cuando se ha vuelto a activar, les envío mensajes de WhatsApp a mi madre y a algunos amigos, incluida Sussan, para decirles que he cambiado de número y que este es el nuevo, añadiendo el *selfie* que me hice con la estatua de Amy Winehouse.

R: Adjunto una foto mía para demostrar que soy yo y no me han secuestrado.

Después le escribo un mensaje al número desconocido que me había llamado:

R: Hola, soy Ryan. ¿Eres James? He cambiado de número.

Mi madre me llama a los pocos segundos y hablamos durante unos minutos para ponerla al día de todo lo ocurrido y mi drama con la línea telefónica. Cuando cuelgo, James ha respondido, pero parece que he adelantado acontecimientos y no es él.

C: No, soy Celine. Se supone que tengo que darte unas llaves, pero no he podido contactar contigo. Llego a Londres mañana a primera hora.

Le escribo de vuelta, en parte emocionado por estar a una sola

noche de recibir por fin mi apartamento londinense, en parte decepcionado porque no es un mensaje de James. Le pido disculpas y le solicito que me facilite la dirección del sitio, porque no tengo ni idea de qué calle es, solo el barrio, y una hora para reunirnos. Me responde a los pocos minutos:

C: No te preocupes. El piso está en el 19 de New Row, en Covent Garden. Te paso ubicación. Nos vemos a las 10 de la mañana.

Le doy las gracias y dejo el teléfono a un lado. Acordándome de las postales, cojo la de Victoria Beckham que he comprado en Camden y le escribo un pequeño mensaje a Oscar:

A falta de una foto con ella, te envío lo más parecido para que te dé suerte y consigas cepillarte a su marido. Nos vemos pronto o tarde, pero nos vemos. Gracias por haber entrado en mi vida y ser parte de mi familia.

Añado nuestra dirección y le pego uno de los sellos que compré ayer. Después cojo una de las primeras postales que compré, en la que se ve una imagen del Big Ben, le pongo otro sello, escribo la dirección de Sussan y le escribo:

Permíteme durante unos meses que deje de ser yo para convertirme en alguien mejor. Por muchas millas que nos separen, siempre estás conmigo. Ah, que no te engañe la imagen de la postal, el Big Ben no es eso. Es una simple torre de andamios.

Después tomo una tercera postal del sobre. Una minimalista en

la que pone «LONDON», escrito en letras rojas sobre un fondo azul claro, y con la silueta del logotipo del metro en blanco detrás. En ella escribo:

Todavía estoy aprendiendo a vivir sin ti, pero mientras tanto me cuesta dejar de recordar. Te prometo que intentaré con todas mis fuerzas conseguirlo. Espero que seas todo lo feliz que tú me llegaste a hacer a mí. Desde Londres, Ryan.

Escribo al lado la dirección de la casa de la puerta azul, en Brooklyn y le pego un sello.

10
RURSUS

Salgo de Costa Coffee, café y maleta en mano, y me acerco hasta un buzón rojo de correo que hay en la esquina. Saco las postales de la mochila y dejo caer la de Sussan y la de Oscar juntas al interior del buzón. La tercera la observo por la cara del dibujo, sin darle la vuelta pero recordando lo que he escrito. No sé si siento realmente esas palabras, pero estoy obligado a sentirlas. Tal vez si él las lee no me quedará más remedio que hacerles caso a esas tres frases y ponerlas en práctica sin excusas. Es la única forma de cerrar ese libro definitivamente. La introduzco a medias en el buzón y un desgarro en mi interior hace que me sienta como si me estuviera desprendiendo de algo mucho más importante que un trozo de papel. Abro los dedos y la dejo caer. Ya no hay vuelta atrás. Respiro hondo, sujeto de nuevo la maleta y le doy un sorbo al café. Miro hacia el frente y camino en dirección a King's Cross.

Algunos metros más adelante, paso por delante del estudio de tatuajes que me he estado cruzando estos días y me detengo. Siento el mismo impulso que se ha estado repitiendo y por fin me dejo llevar por él. Entro al local arrastrando la maleta y la dejo a un lado, lejos de la puerta. Un tipo alto, grueso y tatuado hasta las cejas me pregunta si estoy interesado en una bienvenida a lo grande y le respondo que más bien es una despedida. Ahora mismo no tienen ningún cliente y estarán libres media hora más, así que me ofrece la posibilidad de hacerme algo pequeño. Acepto con nervios y me enseña algunas muestras. Entonces descubro que «algo pequeño» para un tío que lleva el brazo entero tatuado no es precisamente un corazoncito en el

tobillo.

—¿Tienes algo en mente? —me pregunta el hombre.

Me siento a la mesa donde tiene un muestrario de tatuajes y decido no mirar, porque algo que es para toda la vida no debería salir de un catálogo. Le pido un bolígrafo y una hoja de papel. Nunca me había parado a pensar en qué quería tatuarme, pero ahora es como si la idea siempre hubiera estado ahí. Poco después, estoy tumbado en una camilla con el brazo derecho estirado hacia el tatuador. Es la primera vez en mi vida que hago esto y estoy aterrado, pero en cuanto la aguja toca mi piel siento que podré soportarlo. Más que dolor, es como un ardor intenso; como si me quemaran con una vela pero no permitieran que la llama llegase a perforar la piel. Aunque en realidad la aguja sí que lo está haciendo.

Unos quince minutos después, hemos terminado. En mi antebrazo derecho ahora llevaré siempre conmigo una línea continua que representa la forma de una ola del mar y la palabra «*rursus*» escrita de mi puño y letra a su lado. En latín viene a significar algo así como «otra vez» o «de nuevo».

Levantarme y volver a empezar.

El tatuador me echa crema cicatrizante, me envuelve parte del antebrazo con plástico transparente y me dice que no me lo quite hasta dentro de un par de días.

—Pero sería bueno que te echaras la crema un par de veces al día, durante una semana, para que te quede bien cicatrizado. Pero tampoco es obligatorio, no se te va a caer. —Se echa a reír él solo con su gracia y le pago treinta libras en efectivo y otras diez por el minúsculo frasco de crema.

Me cuelgo la mochila al hombro y, de nuevo en la calle, tiro de

la maleta con el brazo izquierdo hasta llegar a la estación de King's Cross. Sé que volveré a esta zona, pero no puedo evitar echar un vistazo alrededor, como si realmente aquí se terminara mi viaje. Después bajo a la estación de metro y cojo la línea azul hasta Leicester Square, donde me bajo después de menos de diez minutos de trayecto. Ayudado por Google Maps, llego hasta la calle New Row y voy arrastrando la maleta por un callejón estrecho en el que hay una heladería, restaurantes, tabernas, una librería, varias peluquerías e incluso una tienda de sombreros y una galería arte. Un poco más allá, distingo el rótulo de Costa Coffee y un supermercado Tesco. A esta calle solo le falta un cine y una tienda de *souvenirs*. Llego hasta el número 19 y, una vez más, la vida parece querer jugar conmigo, pero esta vez no voy a dejarme llevar por la nostalgia. La puerta es azul.

No tengo que esperar demasiado. A las diez en punto, una chica con un abrigo beige de una piel que espero que sea sintética y con enormes gafas de sol se acerca hasta mí.

—¿Ryan?— me pregunta, con un evidente acento francés. Asiento con la cabeza. Ella se acerca aún más y me saluda con dos besos, algo a lo que no estoy acostumbrado—. Vamos, te va a encantar —me dice, sacando del bolsillo un manojo de llaves con un llavero de un bus rojo. Abre la puerta de la calle y subimos a la segunda planta del edificio, tirando de mi maleta en cada escalón y esperando no fastidiarme la espalda en el proceso, que en esta ciudad no sé qué tipo de cobertura sanitaria tengo.

El apartamento es pequeño pero precioso. Está completamente reformado, aunque se nota que ya está estrenado. A diferencia del hotel, los suelos no tienen moqueta, sino que son de madera oscura. Las paredes de un blanco impoluto, menos algunas con acabado en piedra. El mobiliario es bastante básico, pero efectivo. Aparentemente, todo de Ikea y bastante bien cuidado, en tonos blancos y madera. El salón y la cocina están en la misma estancia y la ventana de la

habitación da a un patio trasero.

—Las ventanas parecen viejas pero también están reformadas —me dice—. Doble cristal. Nada de ruidos.

—Escuchar un poco de vida a veces se agradece.

—Bueno, la abres un poquito y ya —me responde de forma graciosa—. Entra toda la vida que quieras.

Terminamos de ver el apartamento, me muestra cómo funciona la calefacción y la lavadora-secadora y me da toda la información que necesito, más otra que creo que no me hará falta para nada. Me deja las llaves y me pide que lo disfrute ahora que es mío. Durante la visita me ha comentado que ella solía vivir en este piso cuando llegó de Francia para un tipo de intercambio similar al mío, pero se terminó quedando en Londres porque se enamoró. No sé si de la ciudad o de alguien. No le quise preguntar. Ella también trabaja en la agencia, así que nos veremos por allí el lunes.

Una vez se ha marchado, me asomo a la ventana y la veo caminar calle abajo. Después levanto la vista y soy consiente de que ahora este es mi barrio. Al menos hasta junio. No sé si es la emoción de esta nueva experiencia o los nervios por lo del tatuaje, pero siento como si no hubiera desayunado nada, así que ni siquiera disfruto de la soledad del piso durante más de cinco minutos. Sin deshacer la maleta, me pongo de nuevo el abrigo, cojo las llaves y salgo por el barrio en busca de algún sitio donde comprar algo de comer.

En la esquina de la calle, paso por delante de una tienda y veo una publicidad de Calvin Klein. Más allá de la ropa interior (nunca me ha gustado esa marca) y del cuerpazo del modelo, lo que realmente me hace detenerme es que ya he visto a ese chico antes. Es Mark Löff, el sueco de ojazos azules con el que trabajamos para la campaña de DiggyShade hace una semana, literalmente. Bueno, casi; hoy es sábado

y eso fue el viernes.

Aquella era la última sesión que realizábamos hasta el año nuevo. En teoría, deberíamos haberla pospuesto porque, ¿quién trabaja en la semana entre Navidad y Fin de Año? Pues nosotros. Contratamos a Mark Löff para hacer una sesión de fotos de una nueva marca de gafas de sol, prevista para ser lanzada en los próximos meses de verano. La verdad es que no sé muy bien cómo continuará el proyecto, porque ahora ya no me toca a mí gestionarlo, sino a mi sustituta inglesa. Espero que esté a la altura. Las fotografías las hizo Oliver, un fotógrafo de Nueva York que es hermano de Deena Whitelion, una *influencer* de Instagram superconocida en Estados Unidos que se suicidó durante un directo de Instagram en noviembre. Fue un acontecimiento nacional para cualquiera que tuviera menos de treinta años. Incluso Sussan estuvo en *shock* un par de días, y eso que ni siquiera ha usado nunca esa aplicación. Victor Coleman, mi jefe, pensó que nos vendría bien su talento, pero también fue una petición explícita del cliente porque pensaba que eso atraería cierta atención hacia la marca. Veremos si lo consigue y a qué precio.

Terminada la sesión, regresamos a la agencia y, cuando quise comprobar que toda la parte gráfica de la precampaña estaba lista, los archivos habían desaparecido. No miento cuando digo que casi me desmayo por el bajón de tensión que me dio. Pensar que había perdido absolutamente todo lo relacionado con DiggyShade casi me vuelve loco en cuestión de segundos. Llamé a la extensión de Max, que estaba trabajando en la planta de abajo.

—No voy a poder ir a tu casa hoy —le dije directamente, casi temblando.

—¿Y eso? —No sonaba muy decepcionado, pero tampoco

estaba yo para ponerme a analizar los porqués de sus reacciones.

—No sé qué ha pasado en el ordenador del trabajo, pero he perdido todo lo de DiggyShade. ¡Todo!

—¡No jodas! —exclamó Max—. Sabes que te van a matar, ¿no?

—Eso intento evitar, gracias —le respondí con ironía, por su poca ayuda a la causa—. Voy a quedarme toda la noche rehaciendo todo para ganar tiempo antes de hablar con Victor mañana.

—Vale, no te preocupes —me dijo en un tono un poco más comprensivo—. Tú puedes con eso y con mucho más.

—Gracias, tonto. Pásate por aquí antes de irte, anda.

—Claro.

Colgué el teléfono y me puse a ello. Tenía que diseñar el logotipo de DiggyShade desde cero a partir de las imágenes estáticas que tenía en baja resolución. Pero eso no era lo más complicado porque, bendito minimalismo, era una imagen bastante simple con una tipografía de pago y un efecto gráfico que fusionaba la letra «Y» con la «S». En menos de una hora lo tuve solucionado, pero la peor parte todavía estaba por delante. Max apareció fugazmente para despedirse y desearme suerte. Teníamos el acuerdo de no besarnos en el trabajo para que no supieran que estábamos juntos, por si acaso. Llegué a tener la esperanza de que se quedara conmigo para darme apoyo moral, pero no fue así.

Después de otras tres horas trabajando, y cuando ya se habían marchado todos los de mi departamento, de pronto los archivos volvieron a aparecer en sus respectivas carpetas. No sabía si llorar de la emoción o reírme por haber estado perdiendo tiempo de vida rehaciendo todo las cuatro horas anteriores. Rápidamente dupliqué

todas las carpetas y las pasé a un disco duro. Más valía ser precavido. Después llamé al departamento informático (cosa que debería haber hecho primero, antes de entrar en pánico), por si todavía quedaba alguien. Me respondió un tal Dave y le comenté lo sucedido. Me dijo que a veces pasaba.

—El ordenador se desconecta del servidor y, cuando se vuelve a conectar, no carga bien el contenido, así que parece que no hay nada.

—He aprendido esa información cuatro horas tarde —le dije, sintiendo vergüenza de mí mismo.

—Bueno, ya lo sabes para la próxima. ¿Te puedo ayudar en algo más?

Le di las gracias, colgué el teléfono, recogí mis cosas y me fui de la agencia. Sentía como si pesara menos, como si pudiera volar. Había acumulado tanta tensión y estrés que incluso me sentía algo mareado después de haberme liberado de semejante carga. Así que, en vez de volver a mi apartamento en Chelsea, cogí el metro y me fui a Williamsburg.

Cuando llegué al edificio de Max, una mujer salía y aproveché para entrar. Subí por las escaleras y, cuando alcancé a ver el rellano de su planta, lo vi hablando con una chica en su puerta. Ya la había visto otras veces, así que supuse que era una vecina que había bajado por algún asunto… hasta que se besaron en la boca.

Me quedé de piedra, detenido en mitad de la escalera, sin saber qué hacer. ¿Debía terminar de subir y preguntarles qué coño estaban haciendo? ¿O debía darme la vuelta e irme? Mi cuerpo tomó la decisión por mí. Cuando quise darme cuenta estaba de nuevo en la calle. Me acordé de Mike y recuerdo haber pensado *así que esto es lo que se siente*. Me vi reflejado en lo que acababa de ver y comprendí de

la peor manera el daño que yo le había causado. Y ese daño del pasado se entremezclaba y giraba en torno al daño que estaba sintiendo por lo que Max me había hecho. De camino a casa, entré en un bucle de dolor entre el presente y el pasado, dejé de tener claro si lo que me dolía realmente era haber sido engañado o saber lo herido que se habría sentido Mike años atrás.

Al día siguiente, 29 de diciembre, yo estaba completamente saturado. Todo el día anterior había sido un golpe de estrés considerable y lo único que me apetecía era meterme debajo de las sábanas y no salir de allí hasta que llegara el 2019 y pudiera hacer borrón y cuenta nueva. Pero tenía que trabajar, así que allí estaba, en el estudio de la agencia, con el piloto automático puesto mientras esperaba y deseaba que Max se quedara en su planta y no subiera a la mía. Incluso me había dejado la comida en casa a propósito, para tener que salir a comer fuera y no coincidir con él en el comedor. No quería pensar, ni sentir, ni verle la cara.

Entonces Victor Coleman me llamó por teléfono y me pidió que fuese a su despacho. Juro que pensaba que había llegado el día. Que, después de tres años soportándome, había encontrado la forma de deshacerse de mí. Y, en cierto modo, tal vez es lo que hizo, pero no como yo esperaba.

Entré en su despacho, cerré la puerta y me senté frente a él. Comenzó a alabar mi trabajo y supe que iba a despedirme. Es lo típico que hacen siempre: engalanarte con halagos y piropos para, finalmente, añadir el «pero» que lo cambia todo. Una vez leí que cuando dices «pero» en mitad de una frase, automáticamente invalidas todo lo anterior. «Te quiero mucho, pero no quiero estar contigo»; es decir, que no te quiero. «Me encanta que vivamos juntos, pero a veces me gustaría vivir solo»; es decir, que no quiero vivir contigo. «Yo siempre he sido fiel, pero una vez me dejé llevar»; entonces no siempre he sido fiel. No obstante, en mi reunión con Coleman el

«pero» nunca llegó.

Lo que realmente quería era ofrecerme un intercambio. *Este* intercambio. Las diferentes sucursales de la agencia en Estados Unidos y Europa habían llegado a acuerdos para fomentar la diversidad cultural y, de paso, renovar las ideas creativas de los estudios. Y había pensando en mí, porque tenía pinta de «ser alguien a quien le gusta viajar y conocer otros entornos». Yo, que en toda mi vida solo había vivido en Norwalk y Nueva York. Estaba claro que el señor Coleman no sabía nada de mí y solo quería quitarme de en medio. Le dije que me lo tenía que pensar, pero me dijo que debía tomar una decisión cuanto antes porque él había tardado en elegir a un candidato y se le había echado el tiempo encima. Si aceptaba, debía estar trabajando en Londres en menos de diez días.

No pretendía aceptar su propuesta, sinceramente. Después de todo, estaba en esa nube en la que suponía que todo se podía arreglar, que en algún momento Max me escribiría o subiría a mi planta (aunque yo no quisiera) y me contaría lo que había pasado. Ni siquiera le di vueltas al asunto del intercambio, en mi cabeza tenía escrito el «no» a fuego.

Dos días después, estaba en mi apartamento preparándome para una fiesta de Fin de Año a la que no me apetecía nada asistir, pero Max lo estaba deseando y todavía no habíamos hablando de lo que yo había descubierto. Creo que tenía la esperanza de que, como yo, se arrepintiera y me lo contara. Le dije que nos veríamos directamente por fuera del edificio de Justin, para no tener que ir hasta Williamsburg y luego regresar a Manhattan. A él también le pillaba más cerca quedarse en Union Square en vez de venir hasta Chelsea. Es decir, que tenía la excusa perfecta para alargar un poco más el momento de volver a vernos, después de más de dos días evitándolo y poniendo excusas. Entonces sonó el teléfono.

—Ryan, necesito una respuesta ya.

Era Victor Coleman. Me había olvidado por completo de ese asunto. Creo que una parte de mí no terminaba de creerse que la oferta fuese en serio y suponía que ya se la habrían ofrecido a otro. No sé muy bien qué pasaba por mi cabeza ni por qué salieron de mis labios esas dos letras, pero no me eché atrás.

—Sí.

—¡Muy bien! ¡Genial! —me respondió, eufórico. Me lo imaginé rodeado de alcohol, en alguna fiesta temprana—. Verás que será una experiencia fabulosa. Voy a pedir que compren los billetes para el viernes, y llegarías allí el sábado por la mañana, así tienes un par de días para recuperarte del viaje.

—¿Podría irme mañana mismo?

Era como si yo no estuviese participando en aquella conversación. No controlaba mis palabras. Coleman me dijo lo del piso, las llaves y demás, pero le dije que daba igual, que podía pagarme un hotel y me vendría bien disponer de algunos días para hacerme con la ciudad. No le di más explicaciones y él tampoco insistió demasiado. Estaba de acuerdo con mi decisión. La decisión, a secas; porque en aquel momento no la consideraba mía. Me deseó suerte, me felicitó el año nuevo y me dijo que ya nos volveríamos a ver en verano, a mi vuelta.

Dejé de prepararme y, en su lugar, fui directo al armario y seleccioné lo que me iba a llevar. No es que me sobrara el dinero, pero cogí lo que cabía en una maleta y dejé lo demás donde estaba. Ya me compraría ropa en Londres si me hacía falta. O eso es lo que supongo que habría pensando si realmente hubiera actuado de forma consciente. Era un autómata, actuando sin juicio ni emociones. Cuando terminé, dejé todo listo sobre la cama y terminé de

prepararme sin que Oscar se diera cuenta de mi plan. No, el plan.

Media hora después, estaba por fuera de la entrada del edificio de Justin y Max ya estaba allí, esperándome. Le di un beso apagado y subimos al ático. No recuerdo mucho de la fiesta, porque la pasé mayormente sentado en una esquina del sofá, tomando agua y poniendo como excusa que me dolía mucho la cabeza a todo aquel que venía a preguntarme qué me pasaba. Sorprendentemente (o tal vez no), Max solo se preocupó una vez por mí. De resto, pasó la noche bailando, bebiendo e integrándose con los que hacía un año eran mis amigos y ahora parecían ser también los suyos. De hecho, aquella noche parecían más suyos que míos.

No podía quitarme de la cabeza la idea de que Nueva York no dejaba de joderme una y otra vez. Tal vez el ritmo de vida de la ciudad era demasiado para mí, o quizás no estaba preparado para ese estilo de vida, por mucho que llevara cinco años fingiendo que sí. Hacía seis años que había celebrado el Fin de Año en esa ciudad, con Mike a mi lado, empezando nuestra aventura, y allí, en la fiesta de Justin, comencé a sentir que aquel ya no era mi lugar. Era evidente que la culpa no era de Nueva York. Una ciudad no tiene la capacidad de amargarte la vida. Eso solo lo puedes hacer tú solito. Y lo peor era saber que todo lo que estaba sintiendo yo se lo había provocado a otra persona también.

La bola de Times Square apareció en la televisión, que alguien había encendido en ese momento, y todos los invitados se arremolinaron delante de la pantalla, esperando para brindar y compartir un beso con alguien. Max se sentó a mi lado en el sofá, me puso la mano en el muslo y, sonriendo, me dijo que la fiesta estaba siendo mucho mejor que la del año pasado. Normal, había tenido todo un año completo para ganar confianza y afinidad con los que, doce meses antes, solo eran los amigos ricos de su novio. Es posible que lo estuviera juzgando erróneamente en base a lo que él había hecho y lo

dolido que yo estaba, pero cada vez creía con más fuerza en mi teoría de que Max solo estaba conmigo por el *status* que adquiría su vida social.

Llegó la cuenta atrás. Mientras todos gritaban los números en reverso, yo no pude evitarlo. No quería arrastrar todos mis errores hacia otro año más. Sí, en la práctica pasar al 1 de enero de 2019 era otro día más y no tenía efectos mágicos ni nada por el estilo. Pero cada año de mi vida había estado marcado por algún acontecimiento y no quería que romper con Max fuese lo primero que hiciera en el nuevo año. Así que no me contuve.

—Sé lo tuyo con la vecina —le dije, inclinándome hacia su oído, mientras su vista se perdía hacia la televisión.

Diez. Nueve.

—¿Qué vecina? —me preguntó extrañado, sonriendo, casi convincente.

Siete. Seis.

—La rubia que te cepillaste el viernes. —Realmente no tenía pruebas de que hubieran follado, pero tampoco tenía muchas dudas. Afirmándolo categóricamente, como si lo supiera a ciencia cierta, era una forma de confirmarlo en base a su reacción.

Tres. Dos.

—No es mi vecina —respondió, perdiendo la sonrisa—. Puedo explicártelo.

Uno.

Todo el mundo comenzó a gritar, a abrazarse, a besarse… Allí estábamos Max y yo, sentados en el sofá, con copas de champagne en

la mano, mirándonos fijamente, creando una burbuja de silencio a nuestro alrededor que provocaba que todo lo que había más allá de su cara se tornara borroso.

—Me voy a casa —le dije finalmente—. No sé ni qué hago aquí.

—Ryan. —Max me sujetó del brazo al levantarme, tenía los ojos vidriosos pero no había llegado a llorar—. No hagas esto.

Me zafé de su brazo y me fui del apartamento sin despedirme de nadie. Todo el mundo estaba demasiado eufórico y ebrio para darse cuenta de nuestra escena. Me subí en el ascensor y Max consiguió entrar antes de que se cerrasen las puertas.

—Vale, sí, lo hice —me reconoció, acercándose hasta mí y acorralándome contra una esquina. No me sentía intimidado, pero me agobiaba tenerlo tan cerca—. Cometí un error. Lo siento.

No me apetecía decirle nada. Había vivido esa escena a la inversa y estaba entendiendo que las disculpas no sirven de nada. Me parecía irónico que estuviera recibiendo mi propia medicina la misma noche del año en la que, tiempo atrás, había sentido que mi relación con Mike iba a ser para siempre. No es que no le creyera, es que no tenía fuerzas para intentar comprenderlo.

—Ryan, háblame —me pidió, separándose un poco de mí—. Por favor. Tú, más que nadie, debería entenderme.

Arqueé las cejas y lo miré incrédulo.

—¿Qué es lo que se supone que debería entender?

—A ver, tampoco has sido un santo. —Se puso a la defensiva, algo que yo jamás habría hecho en su lugar. De hecho, no lo hice. O no recuerdo haberlo hecho. En su día, jamás justifiqué lo que hice, ni

pretendí en ningún momento compartir las culpas con Mike.

—Yo no he hecho nada con nadie —le respondí, indignado.

—Le fuiste infiel a tu ex y esperaste que te perdonara —me dijo, con algo de razón—. Yo solo pido lo mismo.

Las puertas del ascensor se abrieron y salí disparado con Max pisándome los talones. Le había contado lo de Mike una vez, cuando empezamos a salir y hablamos del asunto de la fidelidad. No esperaba que llegara a usarlo en mi contra o para justificar lo que había hecho. Mi historia con Mike era solo mía y no iba a permitir que nadie hablara de él o me recordara lo que había hecho o dejado de hacer.

—Ni lo nombres —le advertí, dándome la vuelta antes de llegar a la puerta de la calle. El intentó hablar de nuevo—. ¡No! ¡No es lo mismo!

—La única diferencia es que lo hiciste tú y ahora lo he hecho yo.

—Yo le conté lo que había hecho al día siguiente, y llevaba horas sin dormir porque me comía la ansiedad por dentro al saber que lo perdía. No lo compares contigo, que llevas tres días tan tranquilo, haciendo como si no pasara nada. —Entonces recordé lo que había dicho Max minutos antes: «no es mi vecina». Había dado por hecho que lo era porque no había sido la primera vez que la había visto entrando o saliendo del edificio—. No era la primera vez que lo hacías… —Me quedo perplejo, riéndome sarcásticamente—. Vete a la mierda, Max.

Intenté irme, conteniendo unas lágrimas que él no se merecía, pero me agarró del brazo. Me zafé y caminé más rápido para que no me alcanzara.

—¿Tú mereces el perdón y yo no? ¿Es eso? —me preguntó, siguiéndome por la acera de Park Avenue. Me detuve y me giré de nuevo.

—No. A lo mejor yo tampoco lo merecía si esto es lo que se siente cuando te rompen por dentro.

—Ryan, por favor—. Max parecía estar pasándolo mal en serio, pero yo no tenía ganas ni fuerzas para continuar con aquello. Era como si esa relación nunca debiera haber existido. No era solo por el engaño, era otra cosa. Supuse que nunca había estado realmente enamorado de él, porque no me estaba sintiendo roto porque Max me hubiera engañado, sino por estar comprobando el daño que yo le había causado a Mike en su momento. No me dolía mi corazón roto, me dolía el suyo.

—Me voy, Max. Vuelve a la fiesta. Ya no me necesitas.

Volví a darme la vuelta y seguí caminando por la calle. Cuando llegué al cruce me detuve de golpe, como si una mano me hubiera empujado hacia atrás. En mi cabeza vi el destello de los faros del coche que me había atropellado años antes en una situación similar. Miré a ambos lados y crucé cuando hube comprobado que no había tráfico alguno. En medio de la avenida, casi por inercia, miré hacia atrás. No quería que ocurriera, pero una parte de mí esperaba que Max estuviera ahí, siguiéndome, o de pie en la acera, viéndome marchar, con la esperanza de que volviera sobre mis pasos. Pero no estaba. Lo que vi fue su espalda, caminando hacia el interior del edificio de Justin.

Tal y como sucedieron las cosas, es posible que yo hubiese estado equivocado todo el tiempo. Max no me habría engañado con otra si realmente me hubiera necesitado para tener amigos y contactos. O quizás sí que había estado en lo cierto, pero a Max le importaba más su libertad sexual que el *status* social.

Regresé a casa caminando solo, despreciando cada peldaño, cada banco, cada farola y cada transeúnte de Nueva York. Sabía que la ciudad solo era la representación de todo lo que yo había hecho y que en realidad me odiaba a mí mismo. Quince horas, dos ansiolíticos y una maleta llena después, estaba en la puerta de embarque del aeropuerto JFK con destino una nueva vida.

Dicen que las cosas ocurren por algo y sigo pensando que no es cierto, que todo lo provocamos o lo evitamos nosotros mismos. Porque no creo que sea posible que la vida se haya sincronizado de esta manera tan rebuscada para que yo terminara viviendo en esta ciudad. No le veo lógica ni sentido. Pero realmente es como si todos los acontecimientos de los últimos años me hubieran empujado hasta aquí, y en este lugar no dejara de ver señales luminosas que me indican el camino a seguir.

Estos días han sido como un periodo de prueba. Unos días gratis para comprobar si me interesa el servicio ofrecido y ahora es cuando empieza la parte seria. Vivir y trabajar en Londres, ser completamente independiente, crecer como persona e intentar corregir y encauzar todo aquello que he hecho mal. No sé qué me depara el futuro, pero espero dejar de sentirme como me he sentido todo este tiempo. Necesito saber que mi vida es real, que tiene un propósito y que soy capaz de disfrutar de las cosas sin estropearlas o sin sentir que las voy a fastidiar en algún momento. Por ahora, tan solo puedo intentarlo.

Vamos, Ryan. Levántate y vuelve a empezar.

EMPEZAR DE CERO

11
LA SUDADERA DEL REVÉS

—¿En serio acabas de decir que un día de estos me enseñas tu apartamento?

Aadhya ha soltado su taza de café con tal gesto de indignación que, si no fuera porque lo he visto ya decenas de veces, me haría pensar que se ha molestado en serio.

—Claro, pero no en *ese* plan —le respondo—, malpensada.

Se lleva la mano a la frente y suspira, dejando escapar una sonrisa. O sonríe dejando escapar un suspiro. No estoy seguro de qué provoca qué. Después apoya el codo en la barra, deja caer la barbilla en la palma de su mano abierta y mira fijamente hacia las luces del otro lado del río Támesis, a través de la cristalera.

—Ya, Ryan, lo sé… —me dice, forzando una exagerada mueca que dice «evidentemente» a gritos— No iba por ahí. ¿Eres consciente de que, literalmente, la mitad de la agencia ha pasado por ese sitio?

—¿Tú crees? —le pregunto a propósito, buscando chincharla—. ¿Tantos?

—¿Vas a empezar con eso otra vez? —Aadhya tiene la costumbre de usar la palabra «literalmente» para cosas que no son nada literales, y yo he cogido la costumbre de bromear con eso. En este caso, no creo que media plantilla del trabajo haya llegado a la empresa mediante intercambio internacional y, por consiguiente,

residiendo temporalmente en mi actual apartamento—. Eres, literalmente, la persona más odiosa que conozco.

—Lo sé —le respondo orgulloso, enderezando la espalda y dándole un sorbo a la taza de té, que todavía está en algún punto entre el infierno y un anorak a las doce del mediodía en el desierto—. Pero aun así tienes que venir a ver mi apartamento.

—Si ya lo he visto —me responde ella, levantando una mano y mostrándome su perfecta manicura de esta semana, después la apoya en mi brazo y sonríe—. Que sí, que voy a ir y que lo pasaremos genial.

Aadhya no fue la primera persona que conocí en mi primer día de trabajo. De hecho, fue la última, aunque la había visto corretear por los pasillos con sus interminables tacones; siempre con prisa, siempre elegante. Coincidimos al final de la jornada, en la salida del edificio. Yo le sujeté la puerta y ella, tras agradecérmelo, me dijo que era de los pocos repartidores educados que había visto. Aquello sirvió para dos cosas: replantearme qué clase de ropa estaba utilizando para ir a trabajar y terminar tomando café y *brownies* en Coco di Mama, un local de desayuno, comida italiana y *snacks* que hay en los bajos del edificio que alberga las oficinas de la agencia, en Southwark.

Fue como amor platónico a primera vista. Supongo que a ambos se nos encendió el radar *queer* en cuanto coincidimos. No es que Aadhya no sea social (de hecho lo es, bastante), pero lleva tres años trabajando en la agencia y, según sus palabras, no había tenido tanta afinidad con nadie en tan poco tiempo. «Menos mal que por fin hay alguien que entiende mi sentido del humor» es la frase que más ha repetido en estas semanas. En la oficina, Aadhya tiene cierta fama de distante y antipática, porque tiene un humor ácido que la mayoría de la gente no entiende. Quizás porque no se molestan en querer entenderlo, o al menos yo tengo esa percepción. Si hay algo que aprende un chico gay enseguida es a ver la homofobia venir de lejos,

aunque sea tan sutil como la cabeza de un alfiler. Y cuando se trata de transfobia, las señales son prácticamente las mismas.

—Pero antes de eso, lo de hoy —añade Aadhya, dándole un último sorbo a su café—. Pierre me espera.

Pierre no es un amigo, ni un conocido, sino Pierre Bonnard; un pintor con el que mi nueva amiga lleva años fascinada. Se ha enterado hace, literalmente (de verdad), quince minutos de que había una nueva exposición aquí, en el museo Tate Modern. Tan fanática de él y no se había fijado nunca en los carteles de la exposición, y eso que lo tenemos detrás de la oficina. El edificio del museo, no al pintor.

—Ni siquiera he empezado a tomarme esto —le digo, comprobando la temperatura de la taza de té con las manos.

—¿Está seguro de que tu tatuaje no significa «retraso»? Tengo que hacerte siempre todo el trabajo. —Aadhya coge la taza por el asa, me sonríe como si fuera una criada hastiada de su señor y se la lleva a la barra de la cafetería. Juro que durante medio segundo he creído que iba a tirarla a la papelera y esa era su manera de solucionar mi contratiempo. La escucho pedir un vaso para llevar, hace un trasvaso de humeante líquido, le pone la tapa de plástico y regresa junto a mí, tendiéndome el vaso—. Aadhya Varma, buscando soluciones a tus absurdos problemas desde dos mil diecinueve.

—Ryan Pinkert, buscando problemas absurdos para que puedas sentirte realizada desde dos mil diecinueve, encantado —le tiendo la mano que tengo libre, pero ella le echa un vago vistazo sin tocarme y se da la vuelta, caminando delante de mí en dirección a la salida de la cafetería—. No tengo la lepra, ¿eh?

Aadhya se gira sin dejar de caminar, lo que provoca que avance de espaldas, subida en sus taconazos, y yo me fascine por su capacidad de no terminar en el suelo con un tobillo dislocado.

—No sabía que te apellidabas Pinkert.

—¿En serio no sabías mi apellido? —le pregunto, fingiendo indignación—. ¿Después de más de un mes? —Ella se encoge de hombros, vuelve a girarse y sigue caminando—. ¿Y cómo me diferencias de los otros dos Ryan que hay en la oficina cuando me mencionas?

—Ryan, *el de digital* —comienza a responderme ella, caminando frente a mí, levantando una mano en el aire y mostrando un dedo por cada nombre—, Ryan, *el del estudio* y tú, Ry.

—Pero si yo trabajo en el estudio —me quejo. Yo debería ser *el del estudio*. La persona a la que se refiere Aadhya es odiosa y debería tener un mote acorde a su carácter de mierda.

—Ya. —Aadhya se detiene en seco por fuera de la cafetería, gira sobre sus tacones y su melena oscura recogida en una cola de caballo ondea en el aire como un péndulo que ha perdido el centro de gravedad—. Pero en el trabajo tú eres Ryan, *el americano*.

—Sabes que América es un continente y no un país, ¿verdad? —He tardado un mes en volver a encontrarme con este asunto, pero sabía que regresaría tarde o temprano.

—Sí, claro —responde ella, retomando el camino y dejándome algo atrás—. Es exactamente el continente del que vienes. Igual que los otros dos Ryan son de Europa y yo de la India.

—India no es…

—¡Asia! —exclama ella, antes de que pueda terminar de hablar —. En serio. Odioso.

Llegamos a los ascensores y pulsamos el botón. Lo único que no

me gusta de este museo son los tediosos ascensores que tardan vida y media en llegar vacíos, porque casi siempre van llenos de turistas. Yo soy más partidario de usar las escaleras mecánicas, pero Aadhya les tiene pánico desde una vez que se tropezó en una y casi se abre la cabeza contra los escalones metálicos. No las usa si no es extremadamente necesario. Y de las escaleras normales, con esos zapatos, ni hablar.

—Juraría que me dijiste que naciste aquí —continúo la conversación mientras esperamos.

—Y así es —responde ella con una mueca de obviedad—. Pero díselo a mi madre, no creo que opine lo mismo.

—¿Y tú padre qué opina? ¿También ha renunciado a su nacionalidad inglesa?

—No, mi padre siempre será de Birmingham y que nadie se atreva a cuestionarlo.

En esos primeros días, en los que nos gustaba fingir que ya éramos amigos cuando todavía éramos desconocidos, Aadhya me contó que sus padres se conocieron aquí, en Inglaterra, durante un viaje de su madre. Pese a su arraigada pasión por la India, siempre fue una mujer independiente y moderna, así que renunció al matrimonio concertado que tenía en su país y apostó por su nuevo y europeo amor. Eran otros tiempos y la situación era más complicada, pero la comunidad India en Inglaterra siempre ha estado bastante bien aceptada y su familia no puso demasiados impedimentos una vez conocieron al chico que le había robado el corazón.

Aadhya nació en Birmingham hace veintiséis años y sus padres siempre la criaron con ambas culturas igual de presentes. No obstante, su madre trató de hacer todo lo posible para que no dejara atrás los valores de la cultura de su país. Su padre era mucho más dejado, hasta

el punto en el que permitió que su esposa colapsara con sus ideales y valores religiosos toda la educación de Aadhya. Pese a que mi amiga es cien por cien inglesa, en muchos aspectos su madre siempre la ha tratado como si realmente fuese nacida y criada en la India.

—Mi padre tenía sus costumbres y mi madre las respetaba —continúa diciendo Aadhya, presionando de nuevo los botones del ascensor, como si con eso fuese a conseguir que llegue antes—. Y yo espero que algún día ellos respeten las mías.

—Hablando de rutinas —le digo, cambiando de tema—. Mañana no me esperes en la estación. Voy a probar a venir en bici. En teoría, son solo diez minutos.

—¿A qué inocente niño le has robado la bicicleta? —me pregunta Aadhya, cruzándose de brazos y mirándome con simulada desaprobación.

—Los niños de Londres son de todo menos inocentes —le respondo, porque cruzarnos con las visitas escolares en el museo me ha ilustrado muy claramente en base a lo fuerte que vienen pisando las nuevas generaciones—. Me refiero a la bicis rojas esas, las públicas.

Aadhya deja escapar una aireada risa y pone los ojos en blanco.

—¿Las *Boris Bikes* del Santander? Tiene delito que las llames «las bicis rojas esas» cuando la campaña publicitaria la hicieron en nuestra agencia hace cuatro años.

—Yo qué sé. Yo cuando pasó eso no estaba ni trabajando en Nueva York.

El ascensor llega por fin. Aadhya y yo nos apretujamos entre la gente que ya lo ocupa y se cierran las puertas en nuestra cara.

—Yo tampoco había llegado —me dice, casi susurrando, como si fuese una conversación de alto secreto—, pero hice un exhaustivo estudio de los clientes, campañas y estilos de la agencia en mi primera semana.

—¿Y para que voy a hacerlo yo si ya te tengo a ti? —le sonrío con mucha desfachatez y ella se rasca la oreja, girando la cara hacia el lado opuesto a mí.

—Suerte con tu cerebro acostumbrado a conducir por el lado derecho.

Las puertas del ascensor se abren en la planta 3 y todos nos bajamos. Yo me quedo algo rezagado, porque no había caído en ese detalle. Espero que mi instinto no me juegue malas pasadas. Realmente ahorrarme veinte minutos de trayecto por las mañanas me ayudaría bastante. Todavía no me acostumbro a tener que madrugar tanto para ir a trabajar. En Nueva York tenía un horario mucho más flexible. Nuestro trabajo se valoraba según nuestro rendimiento y la calidad del mismo, no con un reloj que marcaba la hora de entrada y la de salida de forma estricta.

Despertarme a las siete en mi apartamento prestado de Covent Garden, ducharme, vestirme, comer algo rápido para no sentirme un despojo humano, salir a la calle, pasar por el Costa Coffee que tengo casi en la puerta (o, si me siento goloso, por Flying Pie) y comprar el café para llevar, bajar caminando hasta la estación de Charing Cross, trayecto de metro hasta Waterloo y desde ahí otra parada más hasta Southwark, esperar a Aadhya (que viene en otra línea) y finalmente caminar juntos diez minutos hasta el 90 de Southwark Street para trabajar de ocho a cinco con una hora para comer. Tres días a la semana (o dos, cuando no me apetece), voy Gymbox, un gimnasio que hay en St Martin's, a dos pasos de casa. Esa es mi rutina diaria. Lo ha sido durante seis semanas, que se me han pasado tan rápido que, a

veces, me pregunto si no será cierto eso de que el tiempo es relativo. No sé. Es como si hubiera durado menos este mes y medio que los cuatro primeros días que estuve en la ciudad.

Por supuesto, mi día no termina ahí, solo mi rutina. A partir de las cinco de la tarde (o un poco más si hay jaleo en la agencia), cada día es una nueva aventura. Bueno, tampoco me las voy a dar ahora de vividor experimentado que se pasa las tardes haciendo locuras. Es una forma de decir que, a partir de esa hora, dejo de tener planes y todo se reduce a lo que surja. Cuestión de adaptación, ¿no?

Adaptarse es una función básica de la psicología humana. Da igual lo grande que sea el impacto inicial o lo mucho que sientas que una determinada situación es demasiado grande para ti. Cuando no te queda más remedio que afrontarla, asumirla e integrarte, tu cabeza hará lo posible por hacerte sentir que todo es normal y que cualquier sensación pasada que creías tener nunca ha ocurrido.

Como esto de mudarme a Londres. A simple vista parecía un drama. Fue un drama. Era como si mi vida estuviera en peligro, simplemente por el hecho de trasladar mi cuerpo de un continente a otro, de una vida a otra. Pero en realidad siempre es la misma vida, solo cambia mi percepción de las cosas. Soy la misma persona en Londres y en Nueva York y en Norwalk. No me refiero a que no esté cambiando, sino a que yo sigo siendo yo y eso no hay país ni cambio drástico que lo altere. Mis procesos mentales, mi esencia innata y mi conciencia siguen siendo las mismas. A veces, cuando tienes que dar un salto de fe con los ojos cerrados, piensas que el fracaso es lo peor que podría pasarte. Sin embargo, en realidad, lo peor que podría pasar es dejarte comer por la duda, que va devorando sin piedad todo lo que encuentra a su paso, hasta conseguir convertirte en una persona mucho peor de la que habrías sido si hubieras sufrido ese fracaso que tanto temías.

Ryan, necesitas aprender a sintetizar.

Tal vez, lo que intento decir es que tengo una vida normal que había asumido que me iba a costar mucho más construir. Es posible que el miedo a lo nuevo me hubiera consumido de tal manera que había olvidado que, en verdad, soy una persona social y resolutiva que sabe desenvolverse en situaciones nuevas con cierta facilidad. Siempre y cuando no haya algún drama (real, empírico y demostrado) de por medio. Por suerte, de momento no ha habido ninguno. Incluso mi madre ha dejado de llamarme a diario y ha entendido que estoy en Inglaterra, no perdido en la jungla intentando encontrar los restos de una tribu. Y Aadhya tiene bastante que ver en todo esto, porque haber encontrado tan rápido alguien de confianza y con la que congenio tan bien ha ayudado a allanar bastante ese camino que tan escarpado me parecía al llegar a la ciudad.

—¿Puedo decirte algo sin ofender? —le pregunto, cuando estamos viendo la exposición de Pierre Bonnard.

Aadhya desvía la atención de uno de los cuadros, lentamente, hasta que su mirada consigue apartarse de él y se encuentra con la mía. Noto que se muerde el labio inferior por dentro, como si algo le preocupara.

—Cuando alguien hace esa pregunta, normalmente siempre me ofende —me responde de vuelta, dudosa—. Pero contigo voy a tener un voto de confianza.

Me doy cuenta sobre la marcha de que es posible que piense que voy a preguntarle algo personal, sobre ella, sobre su pasado. Nada más lejos de la realidad. Niego con la cabeza, como si ella hubiera verbalizado mis propias conjeturas.

—¿Qué ves en estas pinturas? Llevo un rato intentándolo y no les veo el encanto por ninguna parte.

Aadhya suspira, como si se hubiera quitado un peso de encima, y enseguida recupera una postura más erguida, de vuelta a su yo todopoderoso.

—Pierre hace de lo cotidiano un arte —me responde y después guarda silencio, como si para ella esa fuese una respuesta suficiente. Para mí es como si no me hubiera dicho nada—. Mira este cuadro, Ry, ¿qué ves?

—Mmm no estoy seguro. ¿Una mujer en el comedor de su casa?

Aadhya chasquea los dedos y sus uñas azules resplandecen bajo la luz de los focos halógenos.

—Exacto. Es algo que, si fueras fotógrafo, no se te ocurriría inmortalizar. O, si fueras músico, no compondrías una canción acerca del jarrón de flores que tienes en la repisa de la entrada. Pero este tío coge las cosas más mundanas y les da otro significado. Tú ves una mujer en un comedor, yo veo una viuda que todavía no ha aceptado que su marido ha muerto y sigue poniéndole el plato en la mesa. Lo cotidiano siempre está abierto a interpretación porque cada persona vive una cotidianidad diferente.

—Vale, creo que te entiendo, pero también creo que yo no tengo esa capacidad —se me escapa una risita absurda—. Mi lado creativo es más artístico, el tuyo supongo que es más psicológico.

—Sí… —Aadhya sigue observando la pintura y extiende la mano como si pudiera a atravesarla, pero deja sus dedos a pocos centímetros del lienzo, sin llegar rozarlo—. Es posible.

Me gusta eso que ha dicho de la cotidianidad. Yo tengo mis propias experiencias, ella tiene las suyas, el vecino tiene las suyas y así

todo el mundo. Lo que yo he vivido me hace tener un concepto de lo cotidiano que no tiene por qué ser compartido con otros. Mis costumbres no son ciencia, solo están basadas en mi propia y única experiencia. Lo que para mí es habitual o normal no tiene por qué serlo para otra persona. Lo que abriría el debate de, realmente, qué es normal y qué no lo es.

—De todos modos, no hace falta que te quedes si te estás aburriendo —me dice de forma desinteresada. Cuando Aadhya se centra en una exposición que le gusta, el mundo alrededor deja de existir y las personas empiezan a sobrarle; cosa que ya sabía, pero estaba esperando a que me pidiera que me fuera para no quedar mal con ella—. Da una vuelta si quieres, juega con algunos niños y nos vemos abajo, en la explanada, dentro de una hora o así.

—Vale —le digo, riéndome de su comentario—, estaré atento. —Levanto el teléfono para que entienda que espero un mensaje suyo cuando haya terminado. No me mira, pero sé que lo ha entendido. Es nuestro ritual. Nuestra cotidianidad.

Me pongo los auriculares, elijo una lista de reproducción personalizada en Apple Music (de las que crea la propia aplicación en base a tus gustos) y recorro los pasillos del museo, de vuelta a la zona principal. Subo a la planta 4 por la escalera mecánica y cruzo el puente hasta el edificio Blavatnik. Allí espero nuevamente a que alguno de los ascensores se digne a abrirse en esta planta y subo hasta el mirador de la 10. Una vez arriba, compro en la cafetería una bolsa de Walkers y un refresco y me siento en los sofás a no hacer nada. Un gran letrero hecho con luces de neón blancas, en lo alto de la pared, me dice que «todo va a salir bien» y me sorprendo respondiéndole mentalmente que *ya lo sé*.

Me aburre no hacer nada y estar inactivo, así que, cuando termino con las patatas, me pongo el abrigo sobre la sudadera

fosforescente de Cyberdog y salgo al mirador de la terraza. El viento casi me levanta los pies del suelo, pero merece la pena por las vistas. En mis oídos suena *Crush*, de Avril Lavigne. El sol hace ya bastante que se ha puesto, pero el cielo todavía tiene ese tono morado que hace que las siluetas oscuras de los edificios destaquen sobre el lienzo del horizonte. Millones de luces iluminan la escena y el Millenium Bridge se extiende luminoso hacia el otro lado del río, como si en vez de conectar dos orillas de la misma ciudad fuese el camino hacia un universo paralelo.

Después de unos veinte minutos admirando el paisaje nocturno de Londres y tomando algunas fotos, regreso al interior y voy directo hasta los ascensores. Esta vez llega rápido y además está vacío. Me subo, pulso el botón de la planta baja y se cierran las puertas solo conmigo en el interior. Se detiene tres plantas más abajo, en la 7, y al abrirse las puertas juraría que conozco a la persona que está mirándome de frente al otro lado. Es James. Y él parece acordarse de mí.

—¿No serás tú el chico americano que me hizo *ghosting*?

Se sube en el ascensor y pulsa el botón de la planta 5. No es el momento de empezar de nuevo con las explicaciones acerca del término *americano*.

—Creo que para ignorarte antes tienes que haberme escrito —le digo—, ¿no funciona así en Londres?

—¿Debería haberte escrito? —me pregunta, manteniendo la compostura. Ahora que me fijo en su ropa, trabaja aquí en el Tate Modern—. ¿Ya no se estilan las llamadas? Pensaba que bastaba con eso.

—Habría bastado, sí —le respondo con cierta ironía—. Si lo hubieras hecho.

Las puertas se abren y James se baja del ascensor. Cuando está fuera, se da la vuelta y me mira con cara de pocos amigos.

—Sabes que lo hice.

Las puertas comienzan a cerrarse y me apresuro a poner el pie en medio. Se vuelven a abrir.

—No, no lo hiciste.

James no dice nada, se limita a sacar su teléfono del bolsillo y comienza a deslizar el dedo durante un rato. Después levanta el brazo y me muestra la pantalla. Es el historial de llamadas de hace semanas y hay dos a mi número de Estados Unidos. Las puertas del ascensor intentan cerrarse de nuevo, pero yo sigo impidiéndolo.

—Lo entiendo —continúa James—, me diste un número inventado. No pasa nada, en serio. Puedes dejar que se cierre la puerta.

—Es mi número de verdad, es… una larga historia.

Las puertas vuelven a golpearme el pie. James me sujeta del brazo y tira de mí hasta que estoy fuera. El ascensor se cierra a mi espalda.

—Hay cámaras de seguridad y te van a llamar la atención —me dice, señalando hacia el techo—. ¿Puedes resumir esa larga historia?

Sonrío tímidamente, me rasco la frente y me paso la mano por el pelo, hacia atrás. Le cuento lo ocurrido con el número de teléfono, el cambio de línea y tarjeta, las llamadas perdidas de Celine, que probablemente no eran tantas como pensaba y simplemente no diferencié los números. Al final James se queja en broma, porque la historia no es nada larga, y le explico que me parecía larga de contar

entre las puertas de un ascensor que quieren cerrarse contra mi cuerpo.

Paseamos por esa zona del museo, que está desierta porque no es un área de exposiciones, y me cuenta que trabaja allí desde hace ya unos cuantos años, organizando exposiciones y, básicamente, siendo el chico de los recados cuando no hay nada más que hacer. Ahora estaba recorriendo el museo aleatoriamente en busca de algún compañero que necesitara su ayuda. Le pregunto por qué no me llamó más veces y me dice que sí lo hizo, varios días después, pero que tampoco iba a partirse el orgullo a base de llamar a un tío que siempre tenía el teléfono apagado. Lo cierto es que no he vuelto a poner la otra tarjeta en el teléfono desde aquella tarde en la habitación del hotel, así que no tengo justificación.

—¿Qué tal fue la fiesta de tu amiga? —le pregunto, acordándome de lo que habíamos hablado en Pizza Union con Amanda y… no recuerdo los nombres de las otras dos chicas—. ¿Consiguió el pantalón de cuero?

—¡Sí que los encontró! —exclama bastante efusivo, un poco de más—. Y no aguantó con ellos puestos más de media hora. Al final se puso una bata y un pañuelo encima de la peluca rubia y se pasó el resto de la fiesta diciendo que era una pitonisa. Estuvo guay.

—Oye, pues me alegro de que lo pasarais bien —le respondo vagamente—. ¿Ves como no hacía falta que yo fuera?

Los labios de James dibujan una sonrisa y se acerca un poco a mí.

—En realidad, me quedé con ganas de hacer algo aquella noche.

—¿El qué?

James mira a su derecha y a su izquierda. Estamos solos. Todas las voces provienen de otras plantas, colándose a través de los espacios diáfanos y el hueco de la escalera. Se acerca y me da un beso en los labios. Me pilla por sorpresa y no sé muy bien cómo reaccionar. Sus ojos azules se clavan en los míos cuando se separa y, no sé muy bien por qué, pienso que no es diferente besar a un chico inglés con respecto a los norteamericanos. Como si la anatomía humana funcionara de forma diferente en este lado del Atlántico.

—Pero supongo que no te intereso, así que… —James se aleja un poco de mí—. Una pena.

Le sujeto del jersey negro y tiro hacia mí para volverlo a besar. Esta vez, obviamente, no me pilla por sorpresa y compruebo que me gusta lo que está pasando entre ambos. Me hace sentir… cosas. Instintivamente, me acuerdo de las cámaras, así que lo empujo hasta que su espalda da contra la puerta del baño. Después sigo empujando, hasta que se abre y en un momento estamos dentro, apoyados en la pared y besándonos. Durante un segundo, veo mi reflejo en el espejo. Nuestro reflejo. Y me siento raro porque yo normalmente no haría algo así. Pero tampoco siento ningún impulso que me obligue a detenerme, así que tiro de él y nos encierro en un cubículo; no vaya a ser que entre alguien y le cueste el puesto de trabajo a James por mi culpa. Aunque, técnicamente, ha empezado él.

James me levanta la sudadera e intenta meter la mano dentro de mis vaqueros, pero me quedan algo ajustados y, además, tiene las manos grandes. Prometedor. Me desabrocho un par de botones del pantalón y no dejo de pensar en que me sorprende que yo esté haciendo algo así, sin que haya una parte de mi cabeza pidiéndome a gritos que me detenga. Siento su boca rozarme el lóbulo de la oreja, el lateral del cuello, la clavícula…

—Maldita sudadera… —se queja, porque no puede seguir

bajando por mi pecho, aunque su mano ya está dentro, reconociendo el terreno.

Dejo caer el abrigo y la mochila al suelo, me quito la sudadera y la tiro encima de la mochila. James aprovecha para meter la otra mano por debajo de mi camiseta y acariciarme el pecho. Yo me dejo caer sobre su cuerpo y le quito el jersey. Para mi sorpresa, no lleva camiseta debajo y dejo al descubierto su cuerpo, sin pretenderlo. En el pectoral izquierdo tiene un tatuaje tribal absolutamente horroroso.

—No me juzgues —me dice al darse cuenta de mi expresión al verlo—. Era joven e imbécil.

—Me gusta que seas joven e imbécil —le digo—. O no estarías perdiendo el tiempo conmigo.

—Cállate —me dice de vuelta, poniéndome la mano en la boca —. No abras la boca si no es para usar la lengua.

—Técnicamente, al hablar también… —Vuelve a ponerme la mano en la boca y me deja la frase sin terminar.

Vale, tienes razón. Me callo. O cállame tú, ya que estás tan cerca.

Las luces automáticas del baño se apagan y nos quedamos a oscuras. Si antes me sentía raro porque esto no es propio de mí, ahora, que ni siquiera puedo ver lo que está sucediendo, es incluso más fácil dejarse llevar y que ocurra lo inevitable. Es curioso cómo la cotidianidad se ha convertido tan rápidamente en algo insólito. Esta mañana, cuando comenzaba mi rutina diaria, lo último que pensé fue que terminaría el día teniendo sexo clandestino en el baño de un museo.

Media hora después, James tiene mi nuevo número de teléfono y yo tengo una nueva experiencia que sumar a mi vida en Londres, y

en general. Me reúno con Aadhya en la salida del Tate que da al río y, en cuanto me ve, abre los ojos como platos y ladea una sonrisa.

—Pero bueno… ¿dónde has estado? —me pregunta de forma pícara— De exposición privada, por lo que veo.

Me echo a reír y sigo caminando en silencio hacia el frío londinense.

—Mira cómo llevas el pelo… —Aadhya se ríe a carcajadas, aunque presiento que no es conmigo, sino de mí—. Y lo que no es el pelo. ¿Esa sudadera no tenía unas letras negras? —Me miro el pecho y, efectivamente, me la he puesto del revés sin darme cuenta—. ¡Qué escándalo!

—No digas tonterías —intento disimular, arreglándome el pelo con los dedos—. Ha sido el viento del mirador.

—Ya… Claro… Pues tenía que ser bien fuerte para dejarte la boca llena de marcas y rozaduras. Este viento de Londres, qué pervertido es. —Aadhya aligera el paso hasta caminar a mi lado y me da una nalgada en el culo—. ¡Uy, perdona! Que a lo mejor ahora lo tienes sensible.

Se me escapa una incómoda risa y me muero de la vergüenza. Me quiero morir. Por esta clase de cosas mi cabeza normalmente me habría prohibido hacer lo que he hecho esta noche.

—Yo no hago esas cosas en la primera cita. —Tarde o temprano, Aadhya averiguará que, en el sentido más amplio de la palabra, esta era mi segunda cita con James—. ¿Tienes un caramelo?

Aadhya vuelve a reírse y camina por delante de mí.

—Ay, Ry… ¡Qué envidia me das!

12
EXISTIR DOS VECES

Llevo varios cócteles de más y estoy a punto de olvidar incluso mi nombre.

He estado tomando algo llamado *Watermelon Crush*. No tengo ni idea de qué lleva, pero entregaría mi reino a cambio de poder subsistir de por vida a base de esa bebida celestial. ¡A la mierda los mojitos! Ni siquiera recuerdo si esta mañana he trabajado o no. ¿Es viernes o sábado? Creo que mañana no toca ir a la oficina. ¿O sí? No, no, mañana no hay que trabajar o no se me habría ocurrido salir por la noche y empezar con la primera copa. ¿O sí?

Que no, Ryan. Confía en tu responsabilidad.

En fin. La vida crea vínculos cuando menos te lo esperas. Un día, tres personas son completos desconocidos. Dos meses después, están juntos en un pub, emborrachándose y compartiendo confidencias como si fueran amigos de toda la vida. Es el caso de Aadhya, James y Ryan, *el americano*. Yo. También está con nosotros Lindsay, la compañera de piso de James, pero ellos ya se conocían de antes; así que la he dejado fuera del ejemplo. Uno a veces piensa que va a ser complicado desenvolverse en un sitio nuevo y se olvida de que conocer gente no depende de lo que uno se esfuerce, sino de las circunstancias y sus coincidencias.

Hemos venido a Flight Club, un pub en New Oxford Street y hemos arrasado con las reservas del bar. O estamos en ello. La idea ha

sido de James (lo de venir a este sitio, no lo de ponernos hasta las cejas a base de cócteles) y Aadhya se ha apuntado en cuanto se lo he propuesto. Sabía de antemano que Lindsay vendría y no quería jugar en desventaja. He quedado un par de veces más con James desde nuestro furtivo encuentro en el Tate Modern, pero hemos estado solos y han sido citas un poco *de aquella manera*. Una por ser durante mi hora del almuerzo y solo disponer de una hora, y otra por ser durante la media hora antes de que él entrase a trabajar al museo un sábado. Es curioso cómo trabajamos prácticamente en la misma manzana pero no han cuadrado nuestras agendas. Aunque parezca que solo he venido a Londres a hacer turismo y tener crisis existenciales, lo cierto es que el trabajo en la agencia me consume más de lo que esperaba en un principio, e incluso he tenido que ir a trabajar algunos fines de semana. Gustosamente, aunque no es algo que haría en Nueva York porque se terminarían acostumbrado. Aquí eso no me preocupa porque dentro de cinco meses ya estaré en un avión de vuelta a casa.

Aadhya quiere jugar otra partida a los dardos, así que esperamos a que se quede libre una de las dianas y vamos a por ello. Su puntería es realmente buena, para ser el primer día que juega. Quedó segunda en la primera partida que jugamos y nos ha ganado las dos siguientes. De modo que aquí vamos, en busca de una nueva humillación o a conseguir la esperada revancha.

—Todavía no entiendo cómo puedes tener tan buena puntería —le dice James—. Sin ofender, pero pocas mujeres…

—Ya estás ofendiendo, lumbreras —le dice Aadhya, volviéndose hacia él antes de lanzar uno de los dardos. Lindsay y yo nos agachamos al ver que estamos en medio de la trayectoria del dardo, casi por instinto, y después ella asiente para darle la razón a mi amiga.

—Bueno, rectifico —aclara james—: las mujeres con las que he

venido otras veces han sido un poco lamentables.

—Gracias —se queja Lindsay, irónicamente.

—Todo es cuestión de equilibrio. —Aadhya lanza un dardo y lo clava en el centro de la diana—. Y no llevo una década subida en unos tacones de aguja para comenzar a perderlo ahora. —Con el segundo dardo no tiene tanta suerte, pero de igual modo no creo que los demás logremos superar su jugada, salvo que el tercero sea un desastre… Y no lo es. Justo en medio.

Es el turno de Lindsay. En los altavoces del local comienza a sonar *Say You'll Be There* de Spice Girls y Aadhya grita de emoción, ahogando el final del sonido tapándose la boca con las manos.

—¡Me encanta! —exclama, colgándose de mi brazo. Lindsay tira su primer dardo y cae fuera de la diana, clavándose en la madera de la pared—. *Last time that we had this conversation…*

—No te hacía yo tan fan de éstas —le digo, apurando las últimas gotas de mi cóctel de sandía—. ¿Girls Aloud no son más de nuestra época?

Lindsay falla su segundo tiro. El dardo ha rebotado justo en el borde metálico de la diana y ha caído de vuelta en sus pies. No es por nada, pero casi se necesita más puntería para dar ahí que en el centro.

—¿Y tú cómo conoces a las Girls Aloud, *mister americano*?

—¿Porque tengo internet y no vivo en una cueva? —le respondo, aunque en realidad la explicación no es tan básica—. Siempre me ha gustado más la música de aquí que la de Estados Unidos. Odio el hip hop, el country, a Taylor Swift y a las Kardashian.

—Esas no cantan, Ry —me dice Aadhya, con cara de no saber si reírse de mí o apiadarse de mi incultura.

—Da igual, también las odio.

—Cállate o te nombrarán *persona non grata* en tu país—. Aadhya me pone un dedo en la boca y los arrastra hasta la barbilla. Yo llevo demasiados cócteles, pero ella lleva demasiados más uno—. Mmm, quise verlas en dos mil… *buah*, no sé, cuando tenía catorce años. Pero me quedé con las ganas.

—¿A quién dices que querías a ver? —pregunta Lindsay, sin prestar atención a la diana.

Entonces tira el último dardo de mala gana y se clava bastante cerca de la diana. Bueno, vale, en realidad está más cerca del borde que del centro, pero al menos ha conseguido algún punto. Ya es un logro.

—Ya lo he dicho —se justifica ella, pasándole el testigo a James—. Yo soy de arte, soy una chica creativa, no deportista.

—¡A las Spice Girls! —exclama Aadhya, como si su cerebro estuviera procesando la conversación con cierto retraso—. Estaba tan emocionada… Pero no pudo ser y mi sueño hizo ¡puf! —Hace un gesto con las manos, como si le estallara la cabeza—. Y este año tampoco será —Le da un sorbo a su bebida—. Porque, cuando salieron a la venta las entradas, estábamos en una semana horrible en la agencia y ni me acordé. Voy a llorar cuando llegue el día.

—¿Cuándo dices que es el concierto? —le pregunto a Aadhya y ella responde que será en junio—. Bueno, todavía podrás llorar en mi hombro.

Aadhya se agarra a mi cintura y me aprieta contra ella, chocando su cabeza contra la mía. Supongo que pretendía ser cariñosa, pero nos hemos dado un buen coscorrón.

—Voy al baño —dice Lindsay—, o será mi vejiga la que haga ¡puf! —Repite el gesto de Aadhya, pero con las manos a la altura de su entrepierna.

James comienza su turno como si tuviera prisa o tuviera algo que demostrar y clava los tres dardos bastante cerca unos de otros, en el centro de la diana. Parece que a Aadhya se le acabó la buena racha.

—Eres un chico grande y competitivo —le dice Aadhya, cuando James regresa a nuestro lado y me entrega los dardos—. ¿Te da vergüenza que te gane una mujer?

Me río y los dejo a mi espalda. James le responde algo que no escucho y Aadhya se queja con un sonoro «¡oye!». Intento afinar la puntería, pero estoy a medio *Watermelon Crush* de ver dos dianas diferentes. Lo realmente fascinante es que todavía no le hayamos sacado un ojo a alguien. Hago lo que puedo y es evidente que voy a quedar tercero, porque dos de mis dardos han acabado en el círculo exterior de la diana y el otro en el suelo. Si no fuera porque Lindsay ha fallado dos, yo sería el auténtico perdedor de esta ronda.

Regresamos a nuestra mesa y Aadhya celebra su victoria, acostumbrada al resto de jugadas, sin ser consciente de que esta ronda la ha ganado James, pero él no le dice nada. Poco después, Lindsay aparece con cara de circunstancia, recogiéndose la melena en una coleta. Un tío la sigue y le dice cosas mientras ella le responde casi sin girar la cara hacia atrás. Llega hasta nosotros y se queda de pie, poniendo sus brillantes ojos verdes en blanco. Ahora que está cerca, puedo oír con más facilidad al chico.

—Solo quiero hablar —le dice—, vamos fuera un momento, Lind.

Es bastante alto, más o menos como James, aunque claramente mejor formado. En esos brazos caben los dos míos, casi. Moreno, ojos

claros. Podría colar como norteamericano si no fuera por el acento tan marcado que tiene. No soy un experto, pero juraría que ese chico no es de Londres.

—Charlie, estoy con mis amigos. ¿Puedes dejarme tranquila? —le pide Lindsay, dándose la vuelta y empujándolo suavemente hacia atrás para que se marche.

«¿Quién es?», le pregunto a James, sentado al otro lado de la mesa, moviendo los labios. «Exnovio» creo que me dice él.

—Será solo un minuto —insiste Charlie—, hay cosas que…

—Charlie, ¿por qué no haces caso a la chica y te piras? —le pregunta Aadhya, quizás en un exceso de confianza—. Ven, Lindsay, siéntate conmigo.

Charlie se nos queda mirando. Primero observa a Aadhya, después a mí y después le echa un rápido vistazo a James. Levanta las cejas a modo de saludo y James le devuelve el gesto a desgana. Entonces Charlie vuelve a mirar a Aadhya un poco más y después retoma los intentos con Lindsay.

—Para ser una mujer *empoderada* y todas esas mierdas, bien que necesitas que tres tíos te defiendan.

Pillo al vuelo lo que ha dicho, así que instintivamente miro a Aadhya, esperando que ella no lo haya escuchado. Pero la expresión de su cara me dice que no está tan borracha como para no darse cuenta de que Charlie la ha contabilizado como «tío».

—Perdona, ¿qué has dicho? —le pregunta Aadhya, sin poder acompañar su furia con un gesto porque Lindsay se ha sentado a su lado y le corta el paso. Yo le pongo una mano en el muslo, me mira y le hago un gesto con la mirada para que lo deje estar. Charlie la

ignora con una mueca y sigue insistiendo a Lindsay para que salga con él. Aadhya se dirige hacia mí, como si fuera una conversación privada, pero todos la están escuchando:— No pienso quedarme callada. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora.

—No quiero que te hagan daño —le digo, bajando el tono de voz. Pero Lindsay parece haberse puesto de su parte y se levanta para permitir que salga del asiento.

Aadhya se levanta, se enfrenta a Charlie y le pregunta qué clase de problema mental tiene para decir una gilipollez como esa. Otro tío de amplios brazos pero menos altura aparece en escena detrás de Charlie y saluda a Lindsay, pero se da cuenta de la discusión y pregunta qué esta pasando. Ahora Aadhya está en medio de los dos, increpando a Charlie y apuntándole con su impecable manicura (la de hoy es amarilla) a dos palmos de la cara. James se levanta para poner algo de orden, pero el otro chico se pone en medio y le pregunta que a dónde va. James alucina, a juzgar por su expresión, e intenta apartarlo, pero el chico no se mueve. Aadhya sigue increpando a Charlie y éste cada vez aprieta más los puños a su espalda, pidiéndole que se quite de en medio y le deje hablar con su novia. Lindsay le recuerda que ya no es su novia. De forma rápida, James empuja al amigo de Charlie al mismo tiempo que Aadhya hace un aspaviento con las manos, de modo que el otro chico empuja involuntariamente a Charlie por la espalda, éste se mueve hacia delante y la mano de Aadhya acaba golpeando su cara.

Charlie lleva el brazo hacia atrás, así que corro hacia Aadhya y tiro de ella justo a tiempo para que el puño de Charlie pase rozándole la melena e impactando contra mi hombro. No he venido a Londres a esto, así que no me lo pienso dos veces cuando cojo a Aadhya por la cintura y tiro de ella entre las mesas del local hasta llegar a la puerta. Ella no está dispuesta a facilitármelo.

—¡Vámonos, joder! —le grito, para que deje de resistirse. A mi espalda oigo jaleo y gritos. El ambiente en el bar se ha caldeado en cuestión de segundos.

Algo me ahoga y salgo despedido hacia atrás. Me arrastran por el cuello de la camiseta y, antes de que pueda darme la vuelta, siento un golpe en la espalda y caigo al suelo. Veo a Lindsay salir corriendo y reunirse con Aadhya en la puerta. Dejo de sentir la presión de la camiseta en el cuello y, al girarme, veo a un tío vestido de negro sujetando al amigo de Charlie, que patalea intentando darme en la cara sin conseguirlo. Lo arrastran hacia el interior del local. James aparece corriendo desde el fondo, tira de mi brazo para levantarme y salimos del local. Me cuesta caminar y el dolor de espalda me baja hacia el muslo, pero enseguida estamos en la calle.

—¿Estamos todos? —pregunta James.

—¡Mi bolso! —grita Aadhya, haciendo un amago de volver a entrar, pero Lindsay tira de ella.

—Lo tengo yo, vamos.

Lindsay se acerca al borde de la acera y levanta el brazo para parar un taxi, mientras gira la cabeza sin parar para comprobar si alguien más sale del local o nos persiguen. James sacude la mano y se queja del dolor. Aadhya comprueba que estén sus cosas en el bolso y después se lo cuelga del hombro. Un taxi se detiene junto a nosotros. Cojeo hasta el interior y me subo después de las chicas. James me sigue.

—Creo que le he roto la nariz a ese gilipollas —dice al cerrar la puerta. El taxi se incorpora al tráfico—. Y también creo que me he roto un dedo al hacerlo.

James se echa a reír, pero yo no le encuentro el lado divertido

a todo esto. Antes de avanzar mucho más, miro por la ventanilla y veo a tres tipos de seguridad dejando a Charlie y a su amigo en la puerta del local. Efectivamente, Charlie está sangrando por la nariz.

—Bueno —digo, volviéndome hacia delante—. ¿Alguien me explica qué ha pasado?

Al principio solo hay silencio, después llegan las explicaciones. Charlie es el exnovio de Lindsay, como ya sabía. Estuvieron juntos un par de años y lo dejaron en Navidad. Según ella, nunca fue mal chico ni se comportó de forma violenta con ella; simplemente, se desenamoró de él. Charlie no lo ha aceptado, según la versión de James, porque iba a pedirle matrimonio a Lindsay este Fin de Año pasado. Y claro, lo que para Lindsay fue un alivio para Charlie fue el peor mazazo de su vida, porque no lo vio venir ni de lejos. Y desde entonces ha estado llamándola e intentando recuperarla, al principio como un enamorado cualquiera y más recientemente rozando el acoso.

En medio de todo eso nos han pillado a Aadhya y a mí. O mejor dicho: a mí; porque Aadhya ha sido la primera que se ha metido, con razón, supongo, a defender su integridad. No puedo juzgarla ni criticarla por lo que ha hecho. Supongo que es de ser valiente, pero yo también lo veo como algo temerario. Estoy acostumbrado a luchar las causas que sé que puedo ganar o en las que al menos tengo posibilidades. Enfrentarme a un tío más grande y fuerte que yo no lo veo como una victoria posible, así que mi opción es no darle poder e ignorarlo. ¿Eso me convierte en un cobarde? Posiblemente. Pero, ¿de qué sirve ser valiente si el imbécil de Charlie no va a dejar de ser tránsfobo y lo único que se consigue con el enfrentamiento es terminar con la cara partida? ¿Hasta qué punto merece la pena algo así cuando lo único que está en juego es la dignidad? La verdad es que no lo sé. Mentiría si dijera que, aquella vez en la playa, no me dieron ganas de reventarles la boca a los

amigos de Matt que nos insultaron; pero, ¿me habría servido de algo? A mí no me sirve de nada desahogarme a puñetazos si con eso no cambio la forma de pensar del que me está ofendiendo.

Aadhya y yo nos bajamos del taxi cerca de mi apartamento y, al hacerlo, soy aún más consciente de lo mucho que me duele la espalda. Nos despedimos de Lindsay y de James y volvemos caminando a casa.

—No me malinterpretes —le digo a mi amiga—, pero no entiendo qué ganas con eso. Tenías las de perder.

—Prefiero perder haciendo algo que perder quedándome de brazos cruzados.

No hay un sólo ápice de tristeza en su voz. Suena convencida y firme, orgullosa de lo que ha hecho. Si tiene miedo o si lo ha pasado, lo disimula muy bien. Supongo que si ha llegado hasta aquí, con veintiséis años, habrá tenido que enfrentarse a cientos de situaciones que yo no podría ni imaginar. Y eso que ser gay no es un camino de rosas, pero ser transgénero y mitad india definitivamente es un camino mucho más peliagudo que yo no debería atreverme a cuestionar.

—¿Ves esto? —me pregunta, señalándose a sí misma—. Todo esto y, sobre todo, esto. —Se señala el corazón— No lo he conseguido escondiéndome. Y si alguien intenta pisar algo de lo que he conseguido, créeme que me enfrentaré. Las veces que sea necesario. No puedo permitirme dar ni un solo paso atrás, Ryan.

Nos detenemos frente a la puerta azul y busco las llaves en el bolsillo de mi pantalón. Menos mal que las guardé ahí y no en el abrigo, porque Lindsay tuvo el impulso de coger el bolso de Aadhya, pero nuestros abrigos se quedaron en el pub. Joder. Oscar me va a matar cuando sepa que he perdido su abrigo.

—No sé… Te entiendo, de verdad que sí, pero me cuesta imaginarme haciendo lo mismo. Yo siempre he huido de los enfrentamientos. No sé pelear, nunca lo he hecho. Le tengo mucho aprecio a mi integridad física.

—Yo también, Ryan —me dice ella, apoyándose en la pared y buscando algo en su bolso—. Pero después del tercer ojo morado empiezas a acostumbrarte a los golpes. Cuando te da igual recibirlos, pierdes el miedo a devolverlos. Aquí está. Pensaba que la había perdido.

Se refiere a la tarjeta del metro.

—Ah, no —le digo, quitándole la tarjeta de las manos—. Tú esta noche te quedas aquí conmigo.

—Ry… —Aadhya se acerca y me pone ojos compasivos—. Te lo agradezco, pero… no eres mi tipo.

Me río, meneo la cabeza y abro la puerta con la llave. Tiro de ella hacia el interior y subimos a casa. Se me ha enfriado el cuerpo y las dos plantas escalera arriba se convierten en una tortura para mi espalda. Nada más entrar, me quito la chaqueta y la camiseta. Aadhya silba de forma sexy. Le pido que me mire por detrás, a ver si tengo algo, y resulta que me han dado un golpe considerable en las lumbares, pero no parece nada importante.

—Mañana vas a tener un moratón del tamaño de Irlanda —me dice Aadhya.

—¿Y de qué tamaño es Irlanda? —bromeo.

—Literalmente más grande que tú.

Yo aplaudo y Aadhya en seguida entiende que es porque, por

una vez, ha usado la palabra correctamente.

Por la noche, estamos tirados en mi cama, viendo *Would I Like To You?* en la televisión pero sin hacerle mucho caso. A duras penas, me incorporo y me siento con las piernas cruzadas y Aadhya sigue tumbada boca arriba, observando las vigas de madera del techo. Ya se me ha pasado el susto en el cuerpo, después de una ducha, un té caliente y disfrutando del aroma de las velas de vainilla y frutos rojos que Aadhya ha encendido en puntos estratégicos del apartamento. Lo curioso es que estaban al fondo de un mueble de la cocina que yo ni siquiera he abierto más de dos veces en estos meses. Aadhya no mentía cuando decía que conocía esta casa mejor que yo.

No hemos vuelto a hablar del asunto de la pelea, pero el tema ha estado latente durante un par de horas. Hablamos de Nueva York y de cómo era mi vida allí, de cómo he conseguido ser gay en Estados Unidos sin tener que enfrentarme al acoso o a la homofobia en todos estos años. Le digo que quizás es cuestión de ser un cobarde y evitar todos los posibles enfrentamientos, pero lo cierto es que sí he tenido que vivir algunas situaciones incómodas. Nunca han llegado a extremos graves en los que mi integridad física corriera peligro, pero las ha habido. Doy por hecho que he tenido suerte y Aadhya lo llama «privilegio».

—Pregúntales a tus amigos negros o hispanos cómo les ha ido a ellos —me sugiere, para que reflexione—, y seguro que descubres una perspectiva diferente de tu misma ciudad.

—No creo que…

Pero no termino la frase. En su lugar, cierro el pico y pienso. Mi amigo Josh es medio hispano, pero su lucha a la hora de afrontar

su sexualidad estaba más relacionada con su entorno y la reacción de otras personas que con su color de piel o sus rasgos, aunque con esos ojos azules siempre ha colado como norteamericano, un poco más moreno de lo habitual. Andrew nunca nos ha contado ninguna historia dramática del estilo. Y con el otro Ryan, pese a estar en el mismo grupo de amigos desde hace años, tampoco tengo tanta afinidad como para saber qué clase de contratiempos ha tenido que vivir por ser negro y homosexual. El resto de mis amigos son blancos o heterosexuales, así que supongo que Aadhya tiene su parte de razón. Por un motivo o por otro, me he movido por un nivel social en el que las cosas tal vez son más fáciles. Es fácil ser cobarde cuando conservar tu vida no depende de tu valentía.

—¿No crees qué? —me pregunta, después de un rato, girando sobre sí misma y colocándose boca abajo, de cara a la televisión.

—Nada —le respondo—. He cambiado de opinión y tienes toda la razón.

—Me gusta eso. —La miro, incrédulo—. Lo de cambiar de opinión, poca gente lo hace. Es como si su opinión estuviera ligada a su dignidad o algo así. Se aferran a ella como si fuera un chaleco salvavidas durante el hundimiento del Titanic.

Me río, porque tiene bastante razón, pese a que yo nunca he formado parte de ese grupo. De hecho, tengo tanta facilidad para cambiar de opinión con las cosas que a veces rozo la hipocresía y la condescendencia. Como se suele decir: estos son mis principios; si no le gustan, tengo otros.

—¿Y tu familia? —le pregunto, no sé muy bien por qué. Supongo que, desde que conozco a Aadhya, he sentido que tiene cierta tendencia a evitar hablar de ese tema.

—¿Qué pasa con mi familia? —me pregunta Aadhya, casi a la

defensiva.

—Pues… no sé. ¿Qué opinan de lo que somos? —Aadhya me mira—. De quien eres.

—No creo que nadie deba opinar en base a cómo o quién es otra persona —me responde, volviendo la vista de nuevo hacia la televisión—. Salvo que esa persona sea un imbécil como Charlie.

—Vale. —Capto la indirecta—. No quería… No sé, perdona.

Seguimos viendo la televisión. Cojo el teléfono de la mesa de noche, descruzo las piernas y me apoyo en la pared de la cabecera de la cama, echándole un ojo a las últimas publicaciones de Instagram. La espalda vuelve a dolerme al cambiar de postura y solo espero que, realmente, no sea nada. Me acuerdo de Sussan y me pregunto qué estará haciendo ahora. En Nueva York son las cuatro y media de la tarde. Es probable que haya aprovechado mi huida para volver a acercarse a Mike. Al menos ahora pueden ser amigos sin estar pendientes de cuándo voy a aparecer por alguna parte. Mi huída les ha dado libertad, otro punto a favor de esta situación. No hablo con ella desde la segunda semana que pasé aquí, y de eso hace ya más de un mes. Deslizo publicaciones, entro en el perfil de Oscar y veo algunas historias destacadas de la anti-fiesta de San Valentín que organizó el otro día. En 2015 comenzó la tradición y ya es una cita ineludible cada año, incluso para nuestros amigos emparejados. Personalmente, solo viví la primera; fue la noche del accidente. No fui capaz de estar en la segunda porque me traía demasiado recuerdos dolorosos, mayormente de Mike. La tercera tuve una cita bastante incómoda con un tal Roger que había conocido en Tinder. Y la cuarta fue el año pasado, cuando yo estaba saliendo con Max, así que tuvimos nuestra propia celebración privada.

—¿Sabes qué pasa? —me pregunta Aadhya de pronto. Levanto la vista del teléfono. Ella se incorpora y se tumba a mi lado—. Que la

mayoría de las familias no tienen ni puta idea de lo que pasa en nuestras vidas.

—Ese vocabulario. —Aadhya pone los ojos en blanco y se muerde el labio. A veces le resulto exasperante y me encanta.

—Aunque te lleves bien con tus padres y todo eso, ¿qué persona gay, lesbiana, bisexual, transgénero, lo que sea… realmente habla con ellos de este tipo de cosas con total libertad y sin sentirse juzgada? Apuesto a que tú, con todos tus privilegios de hombre guapo y blanco, no lo haces. —Niego con la cabeza—. Pues imagina cómo lo llevamos los demás.

—Entiendo.

—Es que es una mierda, porque de nada sirve aceptarse, quererse y todo eso del orgullo propio, si después tu familia es capaz de destruir todo lo que has construido con solo una palabra o una mirada de desaprobación. Por mucho que nos dejemos la piel intentando ser autosuficientes, al final la opinión de la familia tiene muchísimo peso.

Aadhya deja a un lado su escudo, repliega su ejército, tira abajo el muro que la rodea y me deja entrar. Me cuenta que sus padres y su hermana no saben nada de lo que ha tenido que pasar. Se fue de casa con dieciocho años a estudiar a la universidad y no ha vuelto nunca. No comenzó con la transición hasta un año después y no la han visto desde entonces. Ni siquiera por videollamada o foto. Se las ha arreglado para vivir ocho años aislada de su familia, fingiendo una larga disputa familiar que en realidad nunca ha existido y adornándola con supuestos viajes de empresa y una agenda abarrotada. Ha hablado con su hermana unas tres veces y en todas ha tenido que impostar la voz para que no se diera cuenta.

—¿Y no es mejor ser honesto y arriesgarte que vivir una

mentira? —le pregunto. Porque no entiendo de qué le sirve mantener el secreto si, de todos modos, no tiene relación con su familia. Ya puestos, sería más práctico que supieran la verdad y, si no lo aceptan, seguir como está ahora.

—¿Recuerdas cuando hablamos de la cotidianidad en el Tate? —me pregunta ella, apoyando la espalda contra la pared. Yo asiento con la cabeza, en completo silencio—. Para ti lo cotidiano es que tu madre sepa quién eres, quién es tu novio y se interese por esa parte de tu vida. Esa es tu normalidad. Para mí, lo cotidiano es que mis padres no hayan sabido nada de mí desde que tenía dieciocho años y sigan pensando que soy un chico llamado Ansh. —Aadhya se detiene y suspira, con la mirada perdida en algún punto entre la colcha de la cama y hace ocho años—. En su normalidad, yo sigo siendo su hijo. En la mía, soy su hija. Pero ambas normalidades deberían ser la misma porque soy la misma persona, ¿no? En cambio no es así. Es como si yo existiera dos veces. Y, ¿sabes qué es lo peor? Que esa idea me repugna y me fascina de la misma manera, Ry. —Sigo en silencio, anonadado, eclipsado por sus palabras. Pensaba que yo tenía un mundo interior complejo, pero esta chica hace que me replantee todo lo que creía conocer de mí mismo—. Porque odio que mis padres no sepan quién soy, y me da tanto miedo mostrárselo que estoy siempre huyendo de ellos… pero, no sé… —Aadhya sonríe, pero tiene los ojos vidriosos, a punto de romper a llorar—. Al mismo tiempo me parece increíble que, para ellos, en alguna parte de Londres hay un chico convirtiéndose en un hombre que está tan ocupado teniendo éxito que no puede ir a visitarlos. Ser dos personas a la vez sin tener que dejar de ser quién soy es una experiencia complicada. Por eso no doy ese paso, porque tener una relación familiar congelada es mejor que perderla y quedarme sin nada.

—Aadhya —me acerco un poco más a ella y le paso el brazo por encima del hombro—, te diría ahora mismo algo típico, como que ellos se lo pierden, porque eres fantástica, pero es que en realidad es

una mierda y, aunque no puedo ponerme en tu lugar, te entiendo. Porque yo también me he sentido fascinado por el brillo de determinadas ideas que no deberían tener nada de positivo. Pero supongo que es nuestro mecanismo para que lo malo no nos haga daño; buscarle el lado bueno, darle la vuelta a la situación y apropiarnos del dolor para que no puedan usarlo contra nosotros.

—Ay, Ry… Ojalá no fueras gay y yo sintiera atracción por los chicos bajitos con melena surfera. Seríamos la pareja perfecta.

—¿Cómo que bajito? —Me pilla por sorpresa el comentario. Jamás me habían dicho algo así—. Mido casi uno ochenta.

—Y, ¿a cuánto equivale el «casi» en centímetros? Porque, si son más de tres, puede que te dé la razón.

Me echo a reír y le doy un beso en la mejilla.

—Que no se te suba a la cabeza —le digo—. O no te doy más.

Ella se deja caer en mi hombro y nuestras miradas se pierden hacia la pantalla de televisión, donde ahora están emitiendo las noticias de las diez.

—De todos modos, gracias… por lo de hoy —me dice—. Gracias por evitar que saliera de allí con la nariz como la de Charlie.

—No hay de qué. Seré un cobarde cada vez que lo necesites.

—Tal vez deberíamos aprender un poco los dos, ¿no? —sugiere ella—. Tú deberías ser menos gallina y yo debería aceptar que a veces, y solo a veces, una retirada a tiempo es una victoria.

Suena mi teléfono, que todavía tengo entre las manos. En la pantalla no aparece ningún nombre porque lo eliminé de los contactos hace semanas, pero reconozco el número. Es de Nueva York. Es Max.

Y me doy cuenta de dos cosas. La primera es que antes me he olvidado de él cuando Aadhya me ha dicho lo de mis amigos no privilegiados. La segunda es que no he sentido nada al ver su número. Ni deseo, ni esperanza, ni odio, ni rencor. Solo indiferencia.

—¿No lo vas a coger? —me pregunta ella, medio adormilada.

—No. —Pongo el teléfono en silencio y lo dejo encima de la mesa de noche—. Ese pasado no tiene hueco en este presente.

Aadhya se queda dormida enseguida. Apago la televisión y la luz y apoyo la cabeza en la almohada, de espaldas a mi amiga. La pantalla del teléfono vuelve a iluminarse y la miro fijamente mientras escucho la vibración que produce sobre la madera. Cuando se corta la llamada y se apaga de nuevo, me pregunto si estoy haciendo lo correcto. Quiero saber para qué me ha llamado, pero no quiero querer saberlo. No quiero confundir la curiosidad con el deseo. Porque no, definitivamente, no quiero saber nada de él. No puedo estar toda la vida encadenando errores. Y, si voy a seguir cometiéndolos, al menos deberían ser nuevos; como liarme con un chico en el baño público de un museo o que un gilipollas esté a punto de romperme la espalda por defender a una amiga. El caso es que no sé si estoy preparado física y mentalmente para tener esa clase de valentía.

13
UNA LEY DE LA NATURALEZA

Estoy enamorado de Southwark. Llevo dos meses y medio en Londres y esta es la zona que más he vivido. No solo porque la agencia esté por aquí, sino porque realmente me fascina. La luz en esta parte de la ciudad es diferente y el atardecer es brillante, valga la redundancia. Nueva York tiene muchas cosas, pero no tiene estas puestas de sol. Y si las tiene están escondidas a la vista de los simples viandantes, detrás de tantos muros de hormigón y cristal.

Paseamos por la ribera del Támesis, junto al HSM Belfast, un buque acorazado de la II Guerra Mundial que ahora sirve como museo, y se nota que la primavera está a la vuelta de la esquina. Ya no hacen faltas gruesos abrigos y altas botas de cuero para sobrevivir al frío londinense. No hace calor, de hecho seguramente estemos a unos diez grados, pero cualquier cosa que no sea hielo o nieve es de agradecer. No obstante, he tenido suerte y este invierno no ha nevado en la ciudad. No sé si es porque el paseo está abierto al río o por los puentes, pero esta zona me recuerda a Battery Park, de Nueva York, y me hace sentir como en casa. Todavía no le he encontrado ningún defecto a Londres.

James está acostumbrado a todo esto. Son muchos años viendo el mismo paisaje, las mismas calles, los mismos edificios… Quizás yo debería estar acostumbrado también a estas alturas, pero no me canso. Solo aparto la mirada del cielo anaranjado para fijarme en los dulces del expositor de la cafetería exterior del museo, que une la cubierta con el paseo. Tiro de James para ir a por ellos y en menos de cinco

minutos tengo medio dulce camino del estómago y un café descafeinado en la otra mano. Tengo algo de beber, el estómago lleno y un chico guapo a mi lado. El momento sería perfecto si no fuera porque esto está hasta arriba de gente; turistas y habitantes. No puedo quejarme, obviamente; en primer lugar, yo soy medio turista medio habitante y, en segundo lugar, porque nosotros también estamos aquí, haciendo bulto. No soporto cuando la gente se queja de que un sitio está demasiado aglomerado o lleno de gente, como si el que se queja fuese un ente invisible que no ocupa espacio.

La semana pasada estuve en casa de James y he de reconocer que no tengo ninguna prisa por volver. James es más bien desordenado (por ser amable con él) y Lindsay no parece ser muy diferente. No les come la mierda porque tienen un servicio de limpieza que les deja todo como nuevo dos veces por semana. No digo que me diera asco, pero estoy acostumbrado a unos niveles de higiene un poco más exigentes. Incluso los baños de Gymbox, donde he visto cosas que me perseguirán de por vida en mis sueños, están más ordenados que esa casa. Menos mal que la higiene corporal no la tiene igual de abandonada, o nuestra aventura no habría pasado de la puerta de aquel ascensor en el Tate Modern.

Ese día, después de pasar por su cama, su cara, su pecho y otras partes de su cuerpo, hablamos de lo nuestro, de hacia dónde va esto que tenemos. Fue así como lo describió cuando me hizo la pregunta. *Esto*. Le dije claramente que no va a ninguna parte, porque mi estancia en Londres tiene fecha de caducidad y no puedo encariñarme con nada ni con nadie. Pero lo cierto es que, como Meryl Streep en *Doubt*, empiezo a tener dudas, muchas dudas. Ojalá pudiera insertar aquí un *gif*.

Dudas. No respecto a James, sino hacia la caducidad de mi aventura inglesa. Me gusta estar aquí. Me gusta esta ciudad y el ritmo que lleva. Me gusta sentir que formo parte de algo nuevo. Me gusta

sentirme valorado en mi trabajo cada vez que sacamos adelante alguna campaña a contrarreloj (cosa que no pasa en Nueva York, o por lo menos no a mí). Me gusta la vida que tengo aquí, aunque a priori pudiera ser un espejismo que podría terminar desapareciendo. Y sí, claro que me gusta James, pero no quiero nada estable ahora mismo. No puedo permitirme una relación a estas alturas, ni aunque me quedara a vivir indefinidamente. No he venido a eso.

Noto cierta madurez cuando pienso en James y no siento ese impulso irremediable a entregarme a él (sentimentalmente) como solía ocurrirme en el pasado. No me he colgado de él todavía, y mi lado racional siempre está alerta, recordándome que, aunque hayan pasado más de dos meses desde que compartimos mesa en Pizza Union, realmente no lo conozco como se debería conocer a alguien antes de empezar una relación estable. A ves lo miro y le pregunto en voz alta «¿quién eres?», porque es lo que suelo sentir. No en plan despectivo, sino en el sentido de que es una persona que el año pasado no sabía ni que existía, y ahora es el chico con el que más intimidad he compartido en las últimas semanas. El único, realmente. Y no hace falta conocerme demasiado para saber que no soy de los que van por ahí mostrando su vulnerabilidad y su intimidad desnuda al primero que se plante delante. Incluso aquella vez que cometí el peor error de todos, cuando engañé a Mike, lo hice con alguien que ya conocía de antes, no con un desconocido en una discoteca. No lo justifico, que conste. Solo digo que no me bajé los calzoncillos con un cualquiera que no hubiera visto en mi vida. Aunque mentiría si no dijera que eso fue justamente lo que hice, dos o tres veces, durante el primer año en el que tuve que aprender a vivir de nuevo conmigo mismo y mi corazón roto. Andaba buscando pegamento en una tienda de caramelos. Supongo que, cuando tienes el corazón roto en mil pedazos, el resto de tu cuerpo deja de tener importancia.

Para evitar la corriente de personas que van y vienen, nos sentamos bajo los árboles, que comienzan a recuperar sus hojas, en

unos bancos que hay en una pequeña plaza entre bloques de edificios. La vista se me pierde hacia el otro lado del río. Me fijo en un rascacielos enorme que destaca sobre los demás. Una gruesa construcción con una forma un tanto peculiar, como si la parte superior del edificio se hubiera calentado en exceso y empezara a expandirse y deformarse hacia el exterior.

—¿Qué es eso? —le pregunto a James—. ¿Oficinas? Como todo lo que brilla en esta ciudad.

—¿El qué? ¿El Sky Garden? —me pregunta James después de darle un sorbo a su café.

—No sé. Si te pregunto es porque no sé cómo se llama. —Arqueo una ceja y James sonríe, pero su mirada dice otra cosa. A veces pienso que, para ser inglés, no pilla demasiado bien el humor sarcástico—. El rascacielos ese grande de ahí. —Lo señalo.

—Sky Garden —repite él. Otro sorbo—. Hay un mirador en la última planta. Está rodeado de cristaleras y me parece que hay un restaurante. Y muchos jardines, creo.

—¿Crees? —Le pregunto, sacando mi teléfono del bolsillo para buscar imágenes de ese sitio.

—No sé. Nunca he subido.

—Iba a sorprenderme, pero yo no he ido nunca a la Estatua de la Libertad. Y al Empire State subí por primera vez el año pasado con mi… con un amigo.

—Con tu ex —supone James, aunque yo no he sido muy discreto—. Conmigo no hace falta que finjas que no has tenido vida amorosa antes de conocerme. —Sus ojos azules me lanzan un guiño y me dan ganas de darle un beso, pero por algún motivo me corto. Mi

silencio le da la razón en cuanto a lo del ex y le doy un último mordisco al dulce que todavía rondaba entre mis manos—. Y tranquilo, que no voy a volver a preguntarte por nosotros —añade—, al menos de momento. Primero voy a ver si consigo que te quedes por aquí.

—Mmm no sé qué decirte. Aunque me quedara a vivir, ahora mismo soy un poco alérgico a las relaciones sentimentales.

—Vale, pero para eso yo tengo un EpiPen por aquí. —James se agarra la entrepierna con la mano y se echa a reír. Yo le sigo la corriente, pero no puedo evitar poner los ojos en blanco y desvío la mirada hacia otra parte—. Una inyección y… como nuevo.

—¿Se supone que debería saber qué es un EpiPen? —le pregunto—. ¿Es alguna droga como el Popper o algo así?

—Ryan, es epinefrina. —Arqueo las cejas y me hago el inocente. Sigo sin entender de qué está hablando—. Adrenalina —me aclara—. Lo que se inyecta cuando alguien tiene una reacción alérgica de esas chungas.

—Ah vale, cuando tienes un *shock* anafiláctico.

James hace un gesto de exasperación, meneando la cabeza hasta que vuelve a dirigirme su atención.

—Erm… Exacto. He dicho «una reacción chunga» porque pensaba que tenía que rebajarme a tu nivel cultural en cuanto a medicina.

—Mi nivel… Perdone, doctor. No sabía que estaba tratando con una eminencia de la medicina.

—Cállate, anda. —Se ríe con desgana.

A veces siento que mi humor con James cae en saco roto. Entiendo cómo ha debido de sentirse Aadhya todos estos años en los que no había encontrado alguien con el que conectara de esa forma. No es que sea algo incómodo, no es para tanto. Es solo una sensación de sentirme incomprendido cuando estoy con James. No es una cuestión cultural, sino de personalidad.

De pronto, James se inclina hacia mí y me besa. Me olvido de lo que estaba pensando y del reparo que me daba hace un momento hacer algo así y le devuelvo el beso. Sorprendentemente, no sabe a café, sino a un caramelo de menta que noto dando vueltas entre su lengua y la mía. No tengo ni idea de en qué momento se lo ha llevado a la boca. Me separo de él y en el azul cristalino de sus ojos se refleja la puesta de sol que tengo a mi espalda.

No te enamores.

No sé por qué he pensando eso. En serio. No siento que esté camino de hacerlo, ni siquiera viéndolo venir a lo lejos. Es como si mis viejas señales de peligro se siguieran activando aunque ya no hagan falta. Ya no tengo dieciocho años. Necesito algo más que un par de ojos azules y el atardecer para sentir algo importante por alguien.

—De todos modos —dice James, poniéndose en pie y empezando a caminar. Me levanto, tiro el vaso de café vacío en una papelera y le sigo—, yo tampoco estoy por la labor de una relación estable. Negaré haber dicho esto, porque odio hablar de mi vida, pero ahora mismo no confío en nadie que no sea yo mismo. Mi último novio mató toda mi capacidad de confianza.

Continuamos nuestro paseo por los alrededores del Ayuntamiento y James aprovecha para buscar un baño por la zona. Me quedo solo y no puedo estar más enamorado del lugar. No me canso de decirlo. El Puente de la Torre es quizás el lugar icónico que más me ha llamado la atención, junto con St Pancras. El azul de los

cables que sujetan los vanos colgantes a cada lado es mucho más intenso en persona. Y, para alguien que trabaja en artes gráficas, que algo sea más intenso en la vida real que en la pantalla de un ordenador es un hecho inaudito. Si no fuera por esas torres, me parecería mentira que fue construido hace más de cien años. Saco el teléfono, grabo un vídeo *selfie* con el puente detrás y lo cuelgo en Instagram. *Hashtag: Me voy a casar con Londres*.

James regresa y seguimos caminando. Dice que ha terminado metiéndose en el gimnasio que había un poco más atrás y que ha tenido que camelarse al de la puerta para que le dejara entrar sin ser socio. Le ha dado un número falso, o eso dice él. Y la verdad es que me da igual. Me interesa más saber por qué su novio ha provocado que ahora no confíe en nadie, así que se lo pregunto. Cada relación es diferente, y uno no solo aprende con las experiencias propias, sino también observando cómo actúan los demás y, sobre todo, cómo se equivocan.

No estuvieron juntos mucho tiempo. Solo algunos meses, pero Darren, el exnovio de James, le daba muchos motivos para estar celoso. No es que le engañara con otros, sino que le gustaba tontear y dejarse rondar por otros chicos. Le gustaba sentirse querido y deseado. Como a todos, supongo; aunque eso a mí no me llevó por ningún buen camino. No vivían juntos, pero James pasaba mucho tiempo en casa de Darren. Al final convivían más de lo que lo haría cualquier otra pareja nada más empezar. A pesar de esa actitud un poco ególatra de Darren, James sentía una atracción por él fuera de lo normal, así que pasaba por alto esas pequeñas tonterías. Si ligaba con algún camarero, no pasaba nada. Si andaban por Soho y decía «madre mía, qué polvazo tiene ese tío» cuando pasaba algún chico guapo, no pasaba nada. Si salían a alguna discoteca y otros chicos lo invitaban a copas, no pasaba nada. James hacía oídos sordos a todo lo que oía y cerraba los ojos, porque consideraba que Darren no era de su propiedad y, además, le gustaba saber que ese chico que otros tantos deseaban era

su novio. Ellos podían disfrutar de las vistas, pero James era él único que se iba a la cama con ellas.

Hasta que los celos dejaron de ser un elemento interno y salieron a flote. A veces con alguna queja inocente, otras en forma de comentario y finalmente como reproches expresados abiertamente; muchas de las veces, mientras sucedía aquello que le estaba poniendo celoso. Cuanto más se quejaba James, peor iba reaccionando Darren. Una de las veces, llegaron a las manos. Mejor dicho, la mano de Darren llegó hasta la cara de James. Y, en ese momento, él lo aceptó porque se había pasado de la raya. Había dejado que sus celos lo consumieran y había acusado a Darren de cosas que solo sucedían en su imaginación.

Mientras me cuenta esto, cruzamos el Puente de Londres e intento hacer alguna foto con el teléfono sin que parezca que estoy ignorando su historia o que no me importa. Sin embargo, lo cierto es que me siento un poco incómodo con este asunto. No me gustan los celos. Yo nunca ha sido celoso, salvo cuando apareció Evan, nuestro antiguo compañero de piso en Brooklyn, y sospeché que quería algo con Mike. Pero mis celos estaban provocados por mi miedo a caer en mis propias fantasías y engañar a Mike. Y al final resultó que Evan sí que estaba intentando levantarme el novio, así que tampoco puedo decir que yo no tuviera parte de razón al sentirme amenazado por su presencia. El problema fue que Mike no hizo nada con él cuando lo intentó, mientras que yo sí que terminé sucumbiendo a esas fantasías, que pasaron de mi imaginación a la realidad empírica de la cama de Leo.

Los celos tienen ese extraño componente temporal en el que solo sabes si están justificados a tiempo pasado. Es decir, cuando ya ha ocurrido (o no) aquello que temías. Nunca podrás sentir celos y saber que tienes razón. Desde que descubres que tu pareja te ha engañado, ya no son celos, sino enfado y decepción. Si descubres que no lo hace,

lo que sientes es vergüenza. Los celos solo existen en el limbo que hay en tus pensamientos. Solía decir que el que no cela es porque no ama, pero esa es otra de las cuestiones en las que me ha costado nada y menos cambiar de opinión. El que cela es porque no confía, indistintamente de si amas o no amas. Cuando alguien tiene motivos reales para tener celos, lo que debería hacer es tener una conversación con su pareja para aclarar la situación, no darse un baño en ellos y disfrutar del sufrimiento que producen.

—En realidad yo estaba tan enamorado que no podía darme cuenta de que yo no tenía la culpa —continúa James—. Cuando acababa dándome algún bofetón, sentía que me lo merecía, por estar desconfiando y fastidiando una relación tan genial con un tío que me daba todo lo que necesitaba.

—No creo que nadie necesite que le crucen la cara para reaccionar —le digo, haciéndome a un lado para que pase un chico en bicicleta que debería estar yendo por la calzada—, salvo que te llames Charlie y seas el exnovio gilipollas de Lindsay.

James deja escapar una sonrisa por mi comentario y enseguida vuelve a ponerse serio.

—A ver, está mal pegar a tu novio —me responde—, pero lo entiendo y no pasa nada.

Me detengo en seco.

—¿Perdona? Explícame eso.

James vuelve a reírse, esta vez incómodamente.

—No lo justifico. Solo digo que los tíos acumulamos tensión y a veces la descargamos de la forma que no deberíamos. Entonces es normal que en una relación de dos hombres pasen esas cosas.

—Me parece que sí lo estás justificando —sentencio, reanudando la marcha.

—No sé. Bueno, pues a lo mejor sí. Si yo me comporto como un gilipollas integral, es normal que mi pareja acabe hasta las narices, ¿no?

—Por supuesto, pero cuando alguien está hasta las narices, abre la puerta y se va, no te la estampa en la cara.

—Yo no lo veo de esa forma, Ryan. Los tíos no funcionamos así. Necesitamos descargar nuestra fuerza bruta con algo. Es una ley de la naturaleza.

No sé muy bien qué está pasando aquí, pero no me está gustando nada. Quiero pensar que James estaba muy colado por ese chico y lo que está hablando es su corazón roto, no sus principios morales. Una cosa es defender que el ser humano tiene cierta tendencia a la violencia, porque la tenemos en los genes y hemos aprendido a contenerla y gestionarla, y otra cosa distinta es ese discurso retrógrado de que el hombre es machote y fuerte por naturaleza y por eso se defiende a puños, porque no sabemos tener una conversación y somos como gorilas en un zoológico; que es una forma de traducir lo que acaba de decir.

No quiero hacerle demasiado caso, porque cuando yo perdí a Mike seguramente también dije muchas gilipolleces que nadie me tomó en cuenta o me habría quedado sin amigos. Pasamos junto a la Torre de Londres y hago una foto a uno de los tejados, tras el que asoma la punta más alta de The Shard. Lo antiguo *versus* lo nuevo.

—Míranos —le digo, intentando suavizar la conversación—, dos corazones rotos que han sido presos del amor, hablando de ello frente a la prisión más famosa de la ciudad.

—¿Qué prisión?

Arqueo las cejas y señalo con la mirada al edificio que tenemos justo delante, al otro lado de la barandilla azul.

—¿La Torre de Londres es una prisión? —me pregunta James.

—Pensaba que el que estaba haciendo turismo por la ciudad era yo —le digo, intentando evitar no reírme. Seguro que hay cosas de Nueva York o de Norwalk que son evidentes para todos y yo desconozco. James se encoge de hombros—. A ver, que yo tampoco es que sea historiador, pero se construyó para otra cosa y terminó siendo una prisión.

—Pues ya has conseguido algo que nunca pensé que un chico americano podría hacer: enseñarme algo nuevo de mi propia ciudad.

—Sabes que el Big Ben es un reloj, ¿verdad? —bromeo.

—Big Ben es la campana, por listo. —Me quedo mudo. Eso me pasa por ir de sabelotodo—. Pero al final se usa también para referirse al reloj y a la torre completa, aunque también tiene otro nombre.

—¿Ah sí? Ilústrame, profesor.

—No me pidas tanto. —James se ríe, me sujeta por la cintura y me empuja para que siga caminando. No se suelta—. Pero sé que la torre pertenece a Westminster, que es la sede del Parlamento.

Seguimos caminando por la zona y la rodeamos hasta llegar a la estación de metro de Tower Hill. Tengo hambre, así que sugiero subir a King's Cross y cenar en Pizza Union, para no perder viejas costumbres, pese a que con James solo he estado allí una vez. Al salir de la estación, recibo una notificación de una videollamada perdida de WhatsApp. Es de Josh, así que le devuelvo la llamada mientras caminamos hacia la pizzería. No hemos tenido una conversación

decente desde el día que hablamos volviendo desde Camden, así que es posible que haya pasado algo. No puedo evitar ponerme nervioso, pensando que le ha ocurrido algo a mi madre, y empieza a darme ansiedad, hasta que la llamada conecta y veo que Josh me saluda como siempre y riéndose de mi pelo revuelto. Hay varias peluquerías justo en mi calle y he ido un par de veces a que me lo arreglen, porque una cosa es tener una medio melena surfera y otra es ir por ahí con un casco puesto. Pero el tiempo de Londres no ayuda a que se quede en su sitio. Tal vez no ha llovido tanto como esperaba en estas semanas, pero sí que ha hecho viento, mucho viento.

Según Josh, su amigo Jake está viajando por Europa y dentro de dos semanas estará por aquí.

Cuando ocurrió lo de la pelea en Flight Club y Max me llamó por la noche, escribí a los pocos contactos que tienen mi nuevo número de Londres para saber quién demonios se lo había dado a mi exnovio. No fue Josh, ni mi madre, ni Oscar, ni ninguno de los chicos del grupo, supuestamente, así que di por hecho que había sido Sussan y ni siquiera le pregunté. Tal vez es por eso que no he vuelto a llamarla, no sé. Hay una parte de mí que no quiere saber por qué mi mejor amiga le ha dado mi número de teléfono a una persona que no quiero tener en mi vida actual. El caso es que, debido a eso, Josh me pregunta ahora si le puede dar mi número a Jake.

—No quiero despertar a los demonios —me dice, apoyando el teléfono en alguna superficie y levantando las manos en alto—. Mira, Jake tiene Instagram. Si quieres le digo que te escriba por ahí.

—No pasa nada, tonto. Dale mi número y dile que me avise —le respondo, de forma desinteresada—. Va a ser un poco raro porque solo nos hemos visto un par de veces, y siempre contigo, pero me cae bien.

—Vale, genial, pues se lo doy y ya arregláis entre vosotros.

¿Todo bien por ahí? —me pregunta—. ¿Has sabido algo del tipo ese que conociste? Seguro que ya le rompiste el corazón.

Tengo los auriculares puestos y James no puede escucharlo, pero sí que puede verme. Hago una mueca con los ojos y giro el teléfono hacia él para que Josh le vea la cara. Me doy cuenta de que James está mirando hacia otra parte y ni siquiera está pendiente de la videollamada. A este gato no va a matarlo la curiosidad.

—Me lo imaginaba menos alto —me dice Josh—. Y más… No sé. Menos grande.

—Es alto, pero no es tan grande —le digo bajando la voz.

—¿Que es alto y la tiene grande? —me pregunta Josh—. Me alegro por ti, pequeño saltamontes.

Se está riendo, así que supongo que está de broma, de modo que no le digo nada. Tampoco podría corregir eso que ha dicho sin que James entendiera de qué estamos hablando. Y tampoco podría negarlo tampoco.

—Llegamos a la pizzería —le digo—. Te tengo que dejar, imbécil.

—¡Ey! —se queja Josh—. Solo Jake me puede llamar así.

—Vale, cuando lo vea le pediré permiso a tu marido para poder insultarte libremente.

—No es mi marido y ya sabes que es *hetero*.

—Da igual lo que sea, es tu marido en la práctica.

Josh hace un gesto de negación y me despido. Cuelgo la llamada, me guardo el teléfono en el bolsillo y James me pregunta

quién es Josh. No estoy por la labor de darle explicaciones, ni de desenterrar el pasado, así que le digo que es uno de mis mejores amigos, aunque nos veamos bastante poco porque siempre ha vivido en Norwalk. Y lo cierto es que lo es. Josh y yo nos liamos durante un par de días en aquel campamento cuando teníamos dieciocho años, pero hemos sido amigos durante los siete siguientes. En el cómputo general, hemos sido amigos en un porcentaje de tiempo ampliamente superior. No es como con Mike, que fuimos amigos durante tres meses y novios durante más de dos años y medio. Aunque buena parte de ese medio año yo lo pasara en coma, creo que cuenta.

Entramos en la pizzería, hacemos nuestro pedido, nos dan los objetos alienígenas (que se iluminarán cuando estén listas las pizzas) junto con la bebidas, y buscamos una mesa para sentarnos. El local está hasta los topes, pero encontramos dos sitios en una mesa cerca de la cristalera. Al sentarnos, me da calor, así que me quito la sudadera. James me sujeta el brazo derecho y lo gira para echarle un ojo al tatuaje del antebrazo.

—*Ruru… Ru… Rursus* —consigue leer en mi brazo—. ¿Qué significa? ¿Y esa aleta de tiburón?

—Es una ola —le respondo un poco indignado. En la oficina también pensaban que era una aleta—. Una ola de mar. —James arquea las cejas e inclina la cabeza, como intentando buscarle la forma, y eso que solo es una línea—. *Rursus* es una palabra en latín que significa algo así como «de nuevo» u «otra vez», pero me lo he puesto como símbolo de volver a empezar.

—Me gusta. —Levanta la vista para observar a su alrededor, de forma distendida, perdiendo la mirada entre la gente. Pensaba que iba a decirme algo en plan «pero tú me gustas más» o algo así, pero no sucede.

—Lo que no entiendo es cómo te has dado cuenta ahora del

tatuaje. Ni que fuera la primera vez que me ves en camiseta.

Doy un trago de Coca-Cola y James me mira de forma extraña.

—Ryan, te he visto más veces la polla que los brazos.

Me atraganto y casi escupo la bebida. No me lo esperaba. Una parte de mí quiere reírse, la otra se ha puesto cachonda con solo una palabra. A veces siento que James no es del todo espabilado, intelectualmente hablando, pero tiene una rapidez mental y una forma de expresarse que me rompe los esquemas. Y la verdad es que es cierto. Lo hemos hecho unas cuantas veces. No obstante, entre los calentones en el museo, los *aquí te pillo, aquí te mato*, y las pocas veces que hemos usado la cama como gente normal, es cierto que buena parte de nuestros encuentros sexuales han sido con la ropa puesta, al menos de cintura para arriba. Aun así, me ha visto los brazos las suficientes veces como para haberse dado cuenta antes del tatuaje. O a lo mejor sí se había dado cuenta, nunca le había apetecido preguntar y yo me estoy montando una película de cuidado.

—Y a ver si esta noche te la vuelvo a ver —añade, antes de que yo pueda articular palabra.

—Vale, vale —le respondo—. Indirecta pillada. Ya veremos, según cómo te portes.

Supongo que se porta bastante bien, porque hora y media más tarde estamos de vuelta en Covent Garden, en mi apartamento, con los calzoncillos por los tobillos, las sábanas por los suelos y la libido por las nubes. Sin embargo, ahora que estoy aquí y debería estar disfrutando de esta situación, no dejo de imaginarme otra bien distinta: James y yo discutiendo en un mal día y terminando con un ojo morado porque, para él, así es como solucionan las cosas los hombres.

14
LA CAMPANA DE SCHRÖDINGER

Son las dos de la tarde, todavía no he almorzado y estoy plantado en medio de la estación de Victoria, esperando a Jake. La última vez que tuve noticias suyas fue hace media hora, cuando salía de entrenar en Gymbox y me llamó para confirmarme que estaba dentro del Gatwick Express y ya se había puesto en marcha. No quiero parecer desesperado, así que no le he vuelto a escribir, pero odio esperar sin hacer nada. No sé si es algo que ya traía de serie o la impoluta puntualidad inglesa me ha poseído. Llevo no más de cinco minutos esperando y ya siento que en el exterior ha terminado la primavera, que tan radiantemente comenzaba el jueves pasado, y ya ha llegado el verano.

La luz se cuela a través de los paneles traslúcidos del techo de la estación y juraría que incluso provocan que la temperatura aquí dentro suba un par de grados, lo que ayuda a corroborar mi equivocada teoría de que llevo tres meses esperando a Jake. A mi alrededor, la gente va y viene sin cesar y yo voy fijándome en cada persona que veo, esperando reconocer a alguien que no he visto desde hace casi dos años (y esa era la segunda vez que lo había visto en mi vida). Hay de todo: gente que vuelve del trabajo pese a ser sábado y otra que va camino del mismo, gente que vuelve de viaje y otra que se va, empleados de la estación, turistas y aquellos a los que nos ha tocado recoger a alguien.

Aprovecho para enviarle un mensaje a James y decirle que hoy es el día que llega Jake y estaré algo ocupado. Curiosamente, hoy es

una excusa real, las que le di el fin de semana pasado bailaban un poco más en la cuerda de la imaginación, rozando la evitación. No sé qué me ha pasado estos últimos días con James, pero siento que no tengo el mismo interés. Por mucho que Londres me esté cambiando, hay partes de mí que no puedo (y a lo mejor no debería) cambiar. Y una de ellas es la de perder el interés en alguien cuando una parte de su personalidad no encaja con la mía, por muy guapo que sea y por mucho que me divierta con él en la cama y en otros ámbitos no festivos. No quiero decir que esté escondiéndome de la realidad, dándole largas y huyendo de él, pero reconozco que durante la última semana no me ha apetecido demasiado verlo. Creo que ha sido solo eso, una racha. Yo creo que ya vuelvo a tener ganas de estar con él, pero de momento tendrá que esperar.

—¡Ey! —oigo a mi espalda. Me doy la vuelta y veo al que creo que es Jake—. ¡Ryan!

Debería haber llegado de frente, porque tengo el acceso al andén del Gatwick Express delante, y estoy seguro de que, con esa chaqueta amarilla que lleva puesta, lo habría visto salir, aunque no lo hubiera reconocido. Según se acerca, voy reconociendo sus facciones y confirmo que es él. Por si cabía alguna duda de que un extraño en Londres que me llama por mi nombre pudiera ser otra persona. Jake, metro ochenta de piel pálida, pelo rubio, sonrisa imborrable y ojos oscuros como la noche.

—Llevo un buen rato dando vueltas por la estación sin saber cómo llegar hasta aquí —me dice cuando llega hasta mí—. Perdona, perdona, perdona.

Solo han pasado seis o siete minutos, pero se disculpa como si él también hubiera tenido la sensación de que ha pasado más tiempo. Jake me tiene la mano y, cuando se la estrecho, tira de mí y resulta que el saludo también viene con medio abrazo incluido.

—Vale —continúa, gesticulando con las dos manos. Yo todavía no he abierto la boca—. Vamos a aclarar las cosas antes de nada: esto va a ser muy raro. —Me río y asiento con la cabeza—. Casi no nos conocemos y se supone que vamos a pasar un fin de semana juntos… —Hace un gesto con la mano, señalándonos alternadamente, como si intentara apagar una vela—. Así que, si te sientes incómodo o algo, eres libre de darme una patada y yo me busco la vida.

—No te preocupes, hombre —le respondo, aguantando una risa nerviosa—. Tampoco es que seamos desconocidos. Si la cosa se pone rara, siempre podemos hacer videollamada con Josh y fingir que está aquí.

Jake sugiere que es una buena idea y, aunque yo lo había dicho de broma, saca su teléfono para llamar a Josh. Supongo que se hizo con una línea de teléfono europea cuando empezó su viaje multidestino, o ha sido más listo que yo y contrató itinerancia de datos antes de salir de Estados Unidos. Josh tarda un poco en contestar, pero al final se conecta la llamada. Tiene una pinta fea y caigo en la cuenta de que en Norwalk son las ocho y cuarto de la mañana.

—¿Qué pasa, imbécil? —le pregunta Jake. Insultarse mutuamente es su broma recurrente. Tengo entendido que Josh es el imbécil y Jake el idiota, aunque su currículum de insultos es algo más extenso—. ¿Y esa cara que me traes?

—Estaba durmiendo —responde Josh, intentando espabilarse —. ¿Qué haces, qué pasa? Erm… Yo que sé. ¿Qué quieres, tío?

—Mira con quien estoy.

Jake gira el teléfono hacia mí y aparezco en la pantalla. Josh parece espabilarse y se incorpora en la cama.

—¿Era hoy? —pregunta— ¿Eso es en Londres? ¿Ya… ya estáis juntos?

—¡Madre mía! —exclama Jake—, Yoshi… Tómate un café o algo.

—¿Yoshi? —le pregunto a Jake, aunque miro hacia Josh, en la pantalla.

—Ni se te ocurra —le dice Josh, mostrándole el dedo índice de forma amenazante—. ¿Y a qué viene eso ahora? Hacía años que no me llamabas así.

Jake fuerza una risa solo para fastidiar a Josh. Me mira durante medio segundo y después de nuevo a la pantalla. Cualquiera pensaría que se ha tomado tres cafés, pero todo esto ya lo había visto antes. Jake es un poco hiperactivo, sin diagnosticar. No tiene capacidad alguna para estarse quieto demasiado tiempo. Además, es muy expresivo y gesticula mucho; pero no llega a ser molesto, solo peculiar.

—Venía en el tren jugando al *Mario Kart* en el teléfono y me he acordado.

—Me estoy perdiendo —les digo a ambos.

—Nada —responden a la vez—. No le hagas caso —añade Josh —. Cosas nuestras. ¿Qué tal el viaje, idiota?

—Muy bien. Durmiendo como un bebé, ni me enteré. —Le hago una seña a Jake para que me siga e ir saliendo de la estación—. Madrid me ha encantado. A ver si Londres está a la altura.

—¿Hasta cuándo estás aquí? —le pregunto.

—Solo hasta mañana. No sé muy bien quién gestiona esto de la

aviación, pero me salía más barato hacer escala aquí para regresar a casa que volar directamente desde Madrid. ¡De locos!

—Ah vale, entonces tampoco te dará tiempo a ver mucho de la ciudad —supongo.

—No, realmente no. —Atravesamos la estación en dirección a la salida—. Un paseíllo y poco más, pero menos da una piedra. Lo que tú me quieras enseñar, rubito.

—Jake, ¿la vista bien? —le pregunto, sin saber cómo gestionar tanta energía de golpe—. No soy rubio.

—*Seeeh* —responde él, frunciendo el ceño—. Bueno, a ver… —Me mira la cabeza por detrás justo cuando salimos a la calle, con luz natural, y sigo sin entender qué está pasando aquí—. Vale, castañito. Pero tiene menos gancho, ¿no?

—Sabes que me puedes seguir llamando Ryan, ¿no?

Jake hace una mueca de disconformidad, entornando los ojos.

—¿Hola? —pregunta Josh—. Sigo aquí. ¿Puedes dejar de ligar con mi amigo y hacerme caso?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntamos Jake y yo a la vez, después nos reímos y siento una complicidad que no había sentido en Norwalk durante el verano. Tal vez Jake sí la había percibido desde el principio y por eso me está tratando como si fuéramos amigos.

—Ambos —confirma Josh, con tono de voz autoritario—. Idiota, las manos quietas; que Ryan se mira pero no se toca.

Jake se echa a reír y yo vuelvo a no entender la dinámica entre estos dos. Pasan los años y se siguen comportando siempre de la misma forma. En el fondo me dan envidia, porque yo no tengo un

amigo con esa clase de afinidad. Sí, evidentemente Sussan es mi mejor amiga y es como mi hermana, pero no tenemos el mismo tipo de humor (aunque nos amoldamos perfectamente), ni tenemos una forma de comunicarnos especial como la de Josh y Jake. No tenemos bromas recurrentes, ni un *bromance* o *sismance*. Y lo cierto es que no quiero pensar en Aadhya de esa forma, porque sé que tendré que irme y nuestra amistad, por muy guay que sea ahora, está condenada a interrumpirse, al menos la variante presencial.

Nos despedimos de Josh y nos quedamos plantados en mitad de la amplia acera, en la puerta de la estación. Hacia la derecha, el teatro Apollo Victoria. Hacia la izquierda, un montón de buses rojos. De frente, todas las posibilidades del mundo. Quiero ir a comer y, objetivamente, estoy pensando con qué me apetece llenarme el estómago. Sin embargo, en vez de proponerle ir a algún sitio, lo que me sale es otra cosa:

—¿A qué venía eso de las manos quietas? ¿Tú no eras *hetero*?

—Ah, sí —me responde Jake, desviando la mirada y poniendo una mueca graciosa, casi tímida—. Lo soy, lo soy.

—Ah, vale. —Ahora, la comida. No deberíamos haber salido de la estación. En el interior hay mucha más oferta gastronómica que en los alrededores.

—La mayor parte del tiempo —añade Jake.

¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha dicho? ¿La mayor parte del tiempo? Ryan, sabes lo que eso significa, ¿no?

—Explícame eso, por favor —le pido, aunque puedo suponer a qué se refiere.

—Pues… —Jake vuelve a desviar la mirada y me doy cuenta

de que, por muy espabilado y extrovertido que sea, hablar de este tema le da cierto reparo—. Nada, eso; que a mí, a efectos prácticos, me gustan las tías, de siempre. —Cierra los ojos y se encoge de hombros—. Pero a veces me dejo caer por el lado oscuro. Muy rara vez. —Asiento con la cabeza en silencio—. Pero que no, vamos, que no soy bisexual. Bueno, no lo sé. En verdad como que me da igual, ¿sabes? No me analizo.

—Qué suerte —le digo, casi sin pensar—. Yo estoy las veinticuatro horas del día analizándome. Aunque estoy intentando dejarlo.

—Ponte unos parches de nicotina.

Este Jake es de lo que no hay. En realidad me gusta esa forma de pensar, lo de no analizarse. Que, básicamente, es otra forma de decir que no se pone etiquetas. Y eso es bueno. He vivido más de cinco años en Nueva York y tres meses en Londres, dos de las ciudades más modernas del mundo, y pocas personas como él me he encontrado en el camino. Queremos vivir en un mundo libre y sin etiquetas, pero incluso dentro de nuestra comunidad tenemos doscientas para cada tipo de persona, género, sexualidad, relación, práctica sexual… Avanzamos como sociedad, pero seguimos siendo botes de especias en la estantería de la cocina, bien etiquetados para no confundirnos; no vaya a ser que mezclemos y descubramos sabores y experiencias que nunca antes creímos ser capaces de disfrutar.

—Bueno, ¿dónde está tu hotel? —le pregunto, cambiando de tema, aunque lo que realmente sigo queriendo es comer—. Si solo ibas a pasar un día aquí, lo habrás pillado cerca, ¿no?

—Erm… bueno. —Jake titubea y luego sonríe de forma inocente, mostrando muchos dientes—. La verdad es que no tengo. Pensaba improvisar.

—Eso me suena de algo —le respondo instintivamente, y también:— Puedes quedarte conmigo, si solo va a ser una noche. Los hoteles de Londres no son especialmente baratos.

—Si te sobran habitaciones, por mí genial.

—En realidad solo hay una, pero la cama es grande —le aclaro.

—Ryan, si empezamos así, no voy a poder cumplir lo que me ha pedido Josh.

—También tengo sofá. —Me surge la intención de llamarlo «idiota» y empiezo a entender por qué Josh y él tienen esa dinámica. Jake es adorable, pero adorablemente idiota.

—Genial, seguro que estarás cómodo.

Vuelvo a reírme, me muerdo el labio y le doy una colleja (suave, que no hay tanta confianza). En otra vida, en otra situación, tal vez hubiera ocurrido algo entre ambos. Aquí, ahora, en estas circunstancias, no lo creo. Lo empujo por la espalda para seguir caminando y caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de hacia dónde vamos. Y, evidentemente, él tampoco.

—Bueno, ¿aquí dónde se come? —me pregunta, leyéndome el pensamiento.

—Anda, vamos —le doy un empujón con mi hombro en el suyo —. Hay un Pret A Manger un poco más allá.

—¿Un *preta qué*?

—Comida, Jake.

—Haber empezado por ahí.

Cruzamos un par de caóticas calles, entramos en el local y me pido un refresco de pomelo y una ensalada de pollo y aguacate, que también viene dentro de una cajita de cartón. En Londres, lo de usar platos no se estila. Jake pide un bocadillo de pollo y mozzarella, una bolsa de patatas fritas, un yogur de arándanos y un refresco de frutos rojos. Solo le ha faltado que le pusieran un juguete para tener un menú de almuerzo completo. Subimos a la planta superior con las bandejas y nos sentamos junto a la ventana, con vistas al bullicio del exterior de la estación de tren.

Jake tiene la habilidad de contarme historias y comer al mismo tiempo, pero lo hace cuando tiene la boca vacía, no mientras mastica, así que va ganando puntos. No sé muy bien para qué, puesto que es una visita fugaz, pero eso que se lleva, supongo. Viene de Madrid y antes estuvo en Roma y en Viena. Sabe hablar tres idiomas, así que ya habla dos más que yo, que soy completamente inepto para aprender algo más que palabras sueltas; y aun así se me olvidan.

Le pregunto el motivo de su viaje y si no le da reparo recorrerse tantos países desconocidos sin compañía.

—Miedo no, lo siguiente —me dice, poniéndose serio por primera vez.

Pasa a explicarme que hace años tuvo serios problemas de ansiedad y agorafobia, a raíz de un accidente de coche. Salió ileso, al igual que su familia, pero desarrolló todo un complejo enramado de fobias subconscientes que le terminaron pasando factura. Me veo un poco relajado en sus palabras. Aunque yo no llegué a desarrollar agorafobia, sí que sufrí ansiedad muchos años y, de hecho, la sigo padeciendo a otro nivel diferente. Cuando lo conocí hace dos veranos no me dio en ningún momento la sensación de que fuese una persona que estuviera pasando nada por el estilo. Parecía perfectamente normal. Si por «normal» entendemos a una persona sin dificultades

para desarrollar su vida de forma próspera, sin frustraciones.

Este viaje de aventura lo ha realizado para demostrarse a sí mismo que ha superado sus días oscuros. Han sido varias semanas de retos y de llevarse a sí mismo al límite mental y físico. Su intención ha sido tener experiencias extremas (relacionadas con su salud mental) que le sirvan como punto de anclaje y comparación en el futuro. Cuando le dé ansiedad o sienta miedo en situaciones mundanas del día a día, quiere poder mirar hacia atrás y pensar «si pude hacer aquello, puedo hacer esto» o «si me sentí de aquella forma y sobreviví, esto otro tampoco va a matarme». Me parece una idea genial, la verdad. No sé si yo podría hacer lo que ha hecho él. Yo vine a Londres con trabajo y un propósito, no cogí un avión y fui improvisando sobre la marcha. Sin embargo, me doy cuenta de que la experiencia de Jake duraba dos semanas y, cuando regrese, todo seguirá en su sitio. La mía durará seis meses en total, en teoría, y cuando regrese a Nueva York no sé exactamente qué cosas seguirán donde las dejé y cuáles habrán cambiado para siempre.

—Venga, enséñame algo de por aquí —me dice Jake, levantándose del asiento, pese a que todavía no se ha comido el yogur.

Considero que no merece la pena ir a casa para que Jake deje su mochila, porque su tiempo aquí es limitado, así que opto por mostrarle alguna zona cercana. Paseamos por Victoria Street y a Jake le sorprende que todos los edificios parezcan estar forrados en cristal.

—Esto en las otras ciudades que visité no pasaba —me dice, entre cucharada y cucharada del yogur—. Allí la arquitectura era menos… frágil.

—Depende de la zona —le aclaro—. En otras partes de Londres solo hay cristal en las ventanas. Lo habitual.

Entre tanto edificio moderno y fachadas reflectantes, a Jake le

llama la atención la Catedral de Westminster cuando pasamos por delante. Con sus muros de piedra roja y blanca, y su estructura asimétrica, no es complicado que se convierta en la estrella del lugar. Es el único elemento arquitectónico de la zona que no parece creado por ordenador. Y el único que tiene personalidad. Nos adentramos en la plaza hasta estar más cerca de la catedral. Allí Jake me pide que le sujete el yogur y le hace un par de fotos a la catedral con más gusto creativo del que esperaba.

—Nunca he sabido a qué te dedicas —le digo, mientras edita una de las fotos en su teléfono para subirla a Instagram. Otro enganchado, como yo—. ¿O simplemente heredaste un imperio y te dedicas a viajar?

—Ojalá —responde él—. Ven aquí.

Levanta el teléfono en alto y pretende que nos hagamos un *selfie* con la catedral detrás.

—Estoy horrible —le digo—. Si quieres te hago una foto yo a ti.

—Déjate de tonterías, guaperas, que estás perfectamente bien. —Jake tira de mi brazo y cedo a su insistencia. Nos hacemos un par de fotos y me las enseña—. ¿Ves? Sales bien. Eres un agonías.

En realidad no me gusta demasiado cómo salgo, pero esta mañana he buscado su perfil en Instagram y no tiene demasiados seguidores, así que poca gente verá mi mala cara de sábado.

—¿Entonces? —le pregunto.

—Sí, sí, ahora te etiqueto —me responde él, distraído editando la nueva foto—. Tengo que buscarte. No nos seguimos, ¿no?

—Empiezo a entender por qué Josh te llama idiota —le digo en

broma. Jake levanta la vista del teléfono y me mira con una cara entre confusión y curiosidad, con la boca medio abierta—. Que a qué te dedicas.

—Esa es una historia un poco larga, castañito.

Me río, pero le pido que no me llame así. Suena raro. Parece nombre de caballo. O, peor aún, de poni. Tenemos tiempo de sobra y podemos hablar mientras caminamos, así que retomamos el paseo y Jake me cuenta que el inicio en la universidad le pilló en mitad de su problema de ansiedad y agorafobia. Había mejorado lo suficiente como para tener la capacidad de seguir adelante con el plan, pero eligió la universidad de Arthur porque era en la que estudiaba su hermano, Liam. De esa forma, al menos tenía a alguien cerca por si necesitaba ayuda, apoyo moral o, simplemente, compañía.

Según me cuenta eso, caigo en la cuenta de dos cosas. La primera es que Arthur era la universidad a la que iba a asistir yo cuando todavía pensaba estudiar Derecho. Por lo que, si no hubiera cambiado de idea, es probable que Jake y yo hubiéramos terminado conociéndonos de todos modos. La segunda es que Liam es *ese hermano de Jake* del que Josh me habló hace años. El chico con el que perdió su virginidad. Esa historia incluye un empacho a donuts, videojuegos y sexo a escondidas. Pero seguramente Josh ya la habrá contando en alguna parte.

—El problema es que la oferta de Arthur era muy limitada —continúa Jake, mientras llegamos al cruce con Buckingham Gate. Esta avenida es como un bucle sin fin en el que todas las fachadas son iguales, así que se agradece ver, por fin, un tipo de arquitectura diferente, más en la línea de la Catedral de Westminster. Y, cómo no, otro Pret a Manger en la esquina—. Entonces elegí estudiar Periodismo, pero no era lo mío. No estaba a gusto.

—¿Eres periodista? —le pregunto, tirando de su brazo para

cruzar el semáforo. No está en verde, pero no vienen coches en ningún sentido. Jake se detiene en la esquina y le hace una foto al pub típicamente inglés, con sus ventanas engalanadas con flores, de la acera de enfrente.

—Qué va —me responde—. La historia todavía va por la mitad.

Seguimos caminando y regresa la arquitectura moderna, pero al menos en este tramo de la calle los edificios no son todos iguales. A mitad del segundo año, Jake decidió dejar la carrera. Su salud mental estaba mucho más encaminada y decidió estudiar Producción Audiovisual en Eastmond. Me resulta curioso cómo nuestros caminos continúan casi cruzándose. Si yo no hubiera abandonado la carrera de Publicidad después del primer año para mudarme a Nueva York con Mike, Jake y yo habríamos coincidido en Eastmond, aunque en cursos y estudios distintos. Para cuando él empezó a estudiar Producción Audiovisual, yo ya estaba afianzado en Nueva York y comenzando el segundo año en el Miami Ad School.

Llegamos hasta el cruce de calles donde se alza la Abadía de Westminster y nos sentamos en el muro que rodea un pequeño jardín a descansar. La mochila de Jake pesa más de lo que parece y tiene la espalda resentida.

—Y ahora estás aquí —le digo—. Creo que me acabo de convertir en fan tuyo. —Jake me mira con una sonrisa burlona en la cara—. Es cierto. No sé si yo sería capaz de hacer lo que has hecho tú.

—Tienes pinta de haber sido capaz de estudiar algo —me responde, con su peculiar humor.

—Idiota —le respondo. Sí, definitivamente lo de insultarle sale solo. Pero con cariño—. Me refiero a todo el asunto de la ansiedad.

—¡Ah! Bueno… —Jake rebusca en su mochila y saca una

botella de agua para darle un trago—. ¡*Egh*! Está caliente. —Aun así, vuelve a beber—. Realmente yo tampoco sé cómo he llegado hasta aquí.

—¿En avión? —le respondo, usando una broma de su estilo. Él me mira de reojo y sonríe, como aprobando mis dotes de discípulo que aprende rápido.

—Hubo un tiempo en el que pensé que nunca más iba a salir de mi casa —me reconoce. Las palabras son serias, pero en su cara sigue habiendo algo de buen humor—. Estaba tan hundido que suponía que mi futuro sería siempre ese. Estaba en un pozo, con el agua hasta el cuello y sin cuerda o escalera para salir.

—Te entiendo —le digo, porque realmente lo hago. Yo no tuve agorafobia, pero sí me daba muchísima ansiedad cuando salía de casa, porque lo que realmente quería era esconderme del mundo y dejar de pasarlo mal. De modo que sé lo fácil que habría sido caer en algo como eso, llegar a ese punto en el que el mundo exterior da miedo. A mí me resultaba incómodo y desagradable, pero soportable.

—Lo peor de todo era que no me daba igual. Es decir, si todo me hubiera importado tres pitos, creo que no lo habría pasado tan mal. Pero a mí la vida fuera sí me importaba. Todo esto —Jake señala al rededor— me importa. Entonces la frustración de no poder salir a disfrutarlo como una persona normal hacía que me sintiera incluso peor.

—Eres una personal normal —le digo—. Bueno… A veces.

Jake me da un golpe amistoso en el hombro y después se ríe. Le da otro sorbo a la botella de agua y esta vez la escupe en el césped.

—No, definitivamente esto no puede ser bueno. —Vuelve a guardar la botella y se pone en pie—. Ahora lo que me da miedo es

volver a caer en eso.

—A mí también. —Jake me mira extrañado. Caigo en la cuenta de que él no sabe todo por lo que tuve que pasar yo en su momento. Tampoco quería que esto fuese una competición de almas rotas, de modo que no le he contado mi historia. Me he limitado a escuchar y opinar acerca de la suya—. La ansiedad, el pánico y yo también hemos sido buenos amigos. O malos, según se mire.

—Ese es el peor momento —me dice, volviéndose a sentar—, cuando se convierten en tan buenos amigos que piensas que nunca más se van a marchar. Te acostumbras a vivir en ese estado y dejas de creer en la posibilidad de una vida diferente.

—¿No te pasa, a veces, que de pronto te sientes genial y todo es maravilloso —le digo, cruzando las piernas sobre el muro y girándome hacia él—, y tienes tanto miedo a dejarte llevar y disfrutarlo, por si vuelve la ansiedad, que terminas desaprovechando la oportunidad?

Jake me mira fijamente, tanto que llega a intimidarme.

—Constantemente —me responde. Después aparta la vista—. O lo contrario. Cuando estás tan hecho mierda y asqueado del mundo que te da igual todo lo malo que pueda pasarte, así que consigues estar tranquilo contigo mismo durante un rato. ¿Es contradictorio?

—Mucho —le reconozco—, pero me ha pasado, así que te entiendo. A veces me da miedo no haber tocado fondo. —Jake vuelve a mirarme fijamente, atento—. Es decir, temo que llegue un día en el que ocurra algo que me haga sentir incluso peor de lo que ya me he sentido.

—Yo es que no puedo permitirme pensar algo así. Porque siento que la agorafobia y todo lo que sentía no se han ido, sino que

siguen escondidos en alguna parte de mi cabeza —Jake se señala la sien—, esperando a activarse de nuevo. Y al final es una mierda, porque siento que me paso la mayor parte del tiempo conteniéndome para que toda esa basura no vuelva a salir a flote.

—Es como si nunca dejaras de luchar —le digo y él asiente con la cabeza, mirando hacia el frente con la vista perdida entre el tráfico —. Te pasas el día aguantando y aguantando y aguantando, porque el más mínimo descuido podría provocar que todo regresara de nuevo.

—Exacto. Por eso estoy haciendo esto. Necesito un punto al que retornar cuando todo se tuerza de nuevo.

Le digo que no tiene por qué torcerse de nuevo, pero Jake está convencido de que lo hará. Tal vez no con la misma intensidad que hace años, pero lo hará. Así es como lo siente él y yo no soy quién para discutirlo. Yo tengo la esperanza de que mis días oscuros hayan pasado, pero hablar con él me hace darme cuenta de que no he caído tan abajo como podría haberlo hecho. Por un lado, me da esperanzas, porque siento que mi remontada hacia la superficie no ha sido tan costosa. Por otro lado, me deprime pensar que podría suceder algo que me enviara directo a ese punto en el que estuvo él. Quiero pensar que ahora, siendo consciente de qué es la ansiedad y cómo funcionan los miedos, sería complicado que me hundiera de esa forma, porque lo vería venir y le pondría remedio a tiempo. Pero nunca se sabe.

Nos ponemos en pie, me cargo la mochila de Jake a los hombros para hacer la acción solidaria del día y seguimos avanzando. Menos mal que corre algo de brisa y es fresca, porque justamente hoy hace sol y el peso de la mochila podría haber terminado matándome, en sentido figurado.

—Creo que lo peor es la sensación de soledad que me produce —continúa Jake—. En todo este tiempo no he tenido ni una sola relación estable. Porque, a ver, ¿quién iba a entender esto?

—No puedo decir que te entienda, porque yo sí he tenido relaciones —le respondo—. Pero sí es cierto que es una situación complicada, porque normalmente la gente que no ha pasado por esto no lo comprende.

—Somos bichos raros y punto. Yo ya lo he aceptado.

—No deberías —le animo—. En alguna parte de Norwalk hay una chica para ti. Y tú serás para ella. —Jake se encoge de hombros. Está claro que no cree en mis palabras—. Y muchos chicos para que te dejes caer por el lado oscuro —añado en broma. Jake se echa a reír, avergonzado. Está claro que sus inmersiones con el mismo género no las lleva como algo natural al cien por cien. Por mucho que diga que no se pone etiquetas, el hecho de que le produzca reparo hablar de ello es un indicador probable de que tiene miedo a esa etiqueta de la que tanto huye. Y huir de las etiquetas como normal social está bien, pero huir de ellas por sentir miedo o vergüenza no es del todo sano.

—Las relaciones estables no son lo mío —me reconoce—. Llevo años diciéndome que he superado mis miedos y que ahora soy otra persona, más funcional. Pero una parte de mí sigue pensando que no funcionaría. Soy una bomba de relojería a punto de estallar, y nadie quiere meterse en algo así.

Pienso en Mike, en cómo él se tiró de cabeza hacia la bomba de relojería que era yo cuando nos conocimos. Y me doy cuenta de que Jake está equivocado y hay gente que sí lo haría. Supongo que a veces el amor está por encima de cualquier posible explosión que lo destroce todo.

—Creo que deberías darte la libertad de probar y ver qué pasa —le sugiero—. Seguramente estás boicoteando tu propia felicidad por miedo. Eso de lo que hablábamos antes. Tienes miedo a enamorarte y que de pronto todo sea genial y estés todo el día pensando en cuándo

y cómo se va a estropear.

Llegamos a la Plaza del Parlamento y Jake se detiene en la acera. Mira hacia arriba y señala.

—Hablando de bichos raros —me dice—, ¿qué es eso y por qué es así?

Se me escapa una sonrisa. Me encanta este chico.

—Es el Big Ben.

—No —me responde—. El Big Ben es una bonita torre con un reloj. Y ahí no hay reloj alguno.

—El otro día aprendí que el Big Ben es la campana.

—¿Qué campana?

—La que está dentro de esa torre de andamios.

—O sea, que es la campana de Schrödinger —me responde Jake. No entiendo nada y se lo hago saber—. Es como lo del gato de Schrödinger. Ese que está dentro de una caja con gas o cianuro o no sé qué. La teoría dice que, al cerrar la caja, no sabes si el gato está vivo o está muerto. Entonces, se produce la paradoja de que el bicho está vivo y muerto a la vez.

—Creo que te lo estás inventando —le digo entre risas.

—Jake no miente —me responde—. Y esa es la campana de Schrödinger, porque existe y no existe al mismo tiempo.

—Pues mira, como tu heterosexualidad.

Sigo caminando y Jake se queda boquiabierto, vencido por su propio juego. Enseguida me alcanza, me llama «capullo» y me pide la

mochila para volver a cargarla. Ni me molesto en insistir. Una cosa es ser buen samaritano y otra acabar el día con tortícolis. Él estará más acostumbrado después de dos semanas viajando con ella. Cruzamos el puente de Westminster y andamos por el Paseo de la Reina hasta llegar al London Eye. Jake hace un gesto hacia la noria, como sugiriéndome que nos montemos en ella.

—No creo que te dejen subir con tu armario a cuestas —le digo, refiriéndome a la mochila—. Pero yo no soy muy fan de estos trastos, así que si quieres sube y me quedo aquí abajo esperando.

—¿Te dan miedo las alturas, castañito? —me pregunta.

—No es eso —le respondo, intentando no pensar en tiempo pasado—. Cada uno tiene sus traumas. Y deja de llamarme así o voy a tener que buscarte un mote… y no te va a gustar.

Jake mira hacia arriba, saca su teléfono y hace un par de fotografías a la noria. Después lo vuelve a guardar y se me queda mirando.

—¿Sabes? No intimidas tanto en las distancias cortas —me dice finalmente.

—¿Cómo? —le pregunto. No sé si sorprendido o indignado. Nunca nadie, jamás en la vida, me ha dicho antes que soy intimidatorio.

—En Norwalk —me aclara él—, las otras veces que nos hemos visto. Me parecías mucho más serio e incluso un poco antipático. Me daba vergüenza hablarte porque pensaba que estabas a otro nivel.

—¿A otro nivel?

—Sí. Pensaba que eras el típico estirado que vive en Nueva York y que vuelve al pueblo a enseñarles a todos lo guay que es.

No me puedo creer que haya podido dar esa imagen, precisamente yo, que siempre me he sentido algo desplazado y como un bicho raro en Nueva York, por mucho que me gustase vivir allí. Supongo que me ha pasado como a Aadhya. He estado mostrando al mundo una cara de mi personalidad que no era real sin darme cuenta.

—¿Y ahora qué es lo que piensas de mí? —me atrevo a preguntarle.

Jake hace el gesto de cerrarse la boca con cremallera y tirar la llave. Yo me alejo un poco y recojo la imaginaria llave del suelo, me acerco hasta él, me sujeto a su brazo con una mano y con la otra finjo abrirle la cremallera de nuevo. Jake me mira fijamente, de esa forma tan intensa y desenfadada en la que lo ha estado haciendo toda la tarde.

—Es mejor que no responda a esa pregunta —me dice después de unos segundos de silencio. Entonces se aparta de mí y empieza a caminar hacia Jubilee Gardens. Como no le sigo, se da la vuelta y me hace una seña para que avance. Supongo que no quiere montarse solo en la noria. Llego hasta él y vuelve a mirarme de forma extraña—. Solo te diré que ojalá nos hubiéramos conocido hace ocho años. Creo que, si nos hubiéramos ayudado mutuamente, nuestras vidas habrían sido un poquito menos oscuras.

15
CUATRO VECES LA TRASLACIÓN DE JÚPITER

Aadhya, Jake y yo acabamos de cenar en Masala Zone, un restaurante de comida india que Aadhya frecuenta bastante y al que llevaba tiempo queriendo traerme. Lo cierto es que no he comido demasiado porque ese tipo de comida no es lo mío. Básicamente me he limitado a vaciar el plato de las samosas de pollo y a beber agua. En cambio, Jake se ha puesto hasta arriba de todo lo que ha pillado, incluso más que Aadhya. Antes de la cena, le he dicho a James que saldría a tomar algo con unos amigos. Me apetecía verlo, así que damos con él a un par de calles del restaurante, en Carnaby Street y nos lleva a un sitio llamado Kingly Court.

Según entramos, me doy cuenta de que no es un local, sino un pasadizo de tiendas que lleva hasta un patio de luces en el que hay una veintena de lugares diferentes para comer, cada uno con su respectiva terraza por fuera. He pasado muchísimas veces por Carnaby Street en estos meses y nunca había descubierto este secreto escondido. Como es de noche, no llega luz alguna desde el cielo, de modo que da la sensación de ser un recoveco clandestino al que solo es posible acceder mediante contraseña, o algo así. Tiene farolas y guirnaldas de luces en todos los balcones; incluso un árbol en mitad del patio. Me encanta nada más conocerlo. De esto tampoco hay en Nueva York, salvo que esté igual de camuflado.

James nos guía para atravesar el patio hasta acceder a otro

pasillo trasero. Entramos Cahoots, un pub de estilo años 40 cuya decoración está inspirada en las estaciones de metro de esa época. La entrada es incluso más secreta y escondida que todo ese lugar. Casi podría confundirse con una simple puerta de servicio de algún otro local. Es como adentrarse en otra dimensión. Tomamos asiento en una mesa para cuatro, cuyos sofás tienen un curioso estampado y la luz proviene de una lámpara antigua. Tras comprobar que la carta es una locura de nombres, pedimos una ronda de *Judy Garlands* para los cuatro y que la suerte juegue sus cartas. Cuando los traen y los probamos, resulta que *Judy Garland* es una mezcla un poco extraña. Nada que ver con el *Watermelon Crush* de Flight Club.

—Creo que es por el champagne —sugiere Aadhya, probando de nuevo el cóctel y buscando el motivo por el que no funciona, al menos en nuestros paladares.

—A mí me gusta —dice James—. Con ese nombre, me esperaba algo más…

Deja la frase en el aire y todos nos quedamos mirándolo, porque no entendemos a dónde quiere ir a parar. James hace un gesto afeminado con la mano. Nos reímos un poco por compromiso, pero la incomodidad se palpa en el ambiente; incluso en la cara de Jake, que quizás debería estar más acostumbrado a esa clase de bromas.

—Judy era maravillosa —comenta Aadhya—, así que ponerle a *esto* su nombre debería estar penalizado.

—El siguiente debería ser un Winston Churchill —sugiere James, obviando el comentario de Aadhya—. Tiene vodka, plátano, coco, caramelo… No puede estar malo. Es científicamente imposible que esté malo.

—Si es tan bueno como el viejo Winston, me temo que estaremos vomitándolo antes de tragar el primer sorbo —añade

Aadhya.

—No conozco a ese señor —le responde Jake—, pero sus ingredientes me producen cosquillas por ahí abajo.

—No es comida de verdad —le digo a Jake, como si le diera el pésame, y él pone morritos tristes.

—Winston Churchill era un poquito racista —nos informa Aadhya—, aunque tampoco puedo afirmarlo con seguridad, que últimamente una ya no sabe si lo que lee en internet es verdadero o falso.

—Es que los nombres de todos los cócteles son un poco… ¿cómo decirlo? ¿Antiguos? —James sigue ojeando la carta, cada vez más convencido de su opinión—. No hay ni un solo combinado que no parezca hecho para hombres.

Pongo los ojos en blanco mentalmente y le doy otro sobro a *Judy*. Al final me he acostumbrado al sabor y no está tan mal. Si realmente tiene ginebra, no creo que pasarse al vodka después sea una buena idea. Nunca ocurre nada bueno después de mezclar varios tipos de alcohol.

—Culpa tuya —le responde Aadhya a James—, que nos has traído a cuatro descarrilados a un bar de machotes heterosexuales.

—Protesto, señoría —dice Jake, levantando la mano. James y Aadhya lo miran, sin saber muy bien si reírse o esperar a ver si dice algo más.

—Jake es *hetero* —les digo, sin hacer mención a su flexibilidad esporádica.

—¿Cómo que eres *hetero*? —le pregunta Aadhya, rodándose un poco hacia el lado opuesto del asiento. Después le dice a Jake que es

broma y le consuela frotándole el hombro—. Te aceptamos igualmente.

—Estás bromeando, ¿no? —le pregunta James—. No tienes pinta de heterosexual.

—¿Y qué pinta se supone que es esa? —pregunto yo, mientras Jake frunce el ceño, confundido o tal vez ofendido—. ¿En serio vamos a volver ahora a la narrativa de que los gays son femeninos y los heterosexuales masculinos? ¿En pleno 2019?

—No, a ver… —intenta disculparse James—. No lo decía en ese sentido, aunque un poco sí.

Jake me mira arqueando una ceja, como diciendo «¿en serio estás liado con este?». Después baja la cabeza, niega con ella, resopla y vuelve a levantarla, mientras James todavía está intentando justificarse.

—Bueno, bueno, tampoco quiero que la parejita discuta por mi culpa. —Jake se refiere a mí y a James—. En verdad, supongo que es justo que reconozca que me he dado mis pequeños paseos por la tierra del arcoíris, y me han tratado muy bien, pero nunca he sentido ganas de mudarme allí.

—Eso está mejor —le apremia Aadhya—. Hay que probar de todo.

—Digamos que soy heterosexual —continúa Jake—, pero tengo contratado un periodo de prueba en el bando opuesto que todavía no he gastado del todo.

Miro de reojo a Jake y le hago un gesto para que entienda que no tenía por qué haber dicho nada si no estaba cómodo, pero el frunce el ceño y me guiña un ojo. «Da igual» me dice, simplemente moviendo

los labios.

—Yo lo siento, Jake —interviene Aadhya—, pero ya has abierto la puerta y ahora la cotilla que llevo en mi interior quiere entrar y saberlo todo.

—¿Qué quieres saber? —le pregunta él. A estas alturas, las cuatro *Judys* están medio vacías, o medio llenas, depende de si eres optimista o pesimista—. Soy un Grindr abierto.

—¡¿Cómo?! —le pregunto, casi inclinándome sobre la mesa. Una cosa es que haya tenido sus aventuras y otra que incluso use Grindr.

—Deténte, vaquero —me dice Jake, poniéndome una mano sobre el antebrazo—. Solo era un juego de palabras. —Se lleva la mano al pecho—. Juro solemnemente por la bandera de los Estados Unidos que nunca he instalado esa aplicación en mi teléfono.

—Ese juramento aquí no vale —le recrimina Aadhya, apoyándose en su hombro—. Tienes que jurarlo por la Reina de Inglaterra… o por Victoria Beckham, que viene a ser, literalmente, lo mismo.

Jake pone la mano derecha en alto y mantiene la izquierda en el corazón. Después las intercambia.

—Juro por Victoria Beckham, la Reina de Inglaterra y mi colección de discos de Coldplay que mis escarceos con el sexo opuesto no han sido a través de una aplicación sexual.

—De tu mismo sexo —le corrige James. Jake mira hacia arriba, pensando.

—¡Eso! Los de mi mismo sexo. Los otros sí. Alabemos al Dios Tinder.

Y entonces Jake coge su vaso y se bebe lo que queda del cóctel de un solo trago. Como si en vez de un juramento, hubiese sido un pacto, los demás hacemos lo mismo y dejamos cuatro vasos vacíos encima de la mesa. Nos reímos y pedimos otra ronda, esta vez de *Winstons*, haciendo un temerario caso a James.

—Todavía no me has contado nada —le recuerda Aadhya—. Necesito detalles, Jake. Detalles.

Jake se cruje los dedos de las manos, como el que va a empezar a realizar una larga y costosa tarea y nos cuenta que nunca había sentido curiosidad y que una vez, hace muchos años, incluso le dio un beso a Josh, pero no sintió nada. Yo explico brevemente quién es Josh, ya que Jake lo ha mencionado como si todos lo conociéramos. Después se fue a la universidad y, durante un juego, tuvo que besar a otro chico y ahí sí sintió… cosas. Supuso que había sido cosa del alcohol, pero al día siguiente tenía el deseo de repetirlo. Dio por hecho que con Josh no había sentido nada porque era básicamente como besar a su hermano, y de todos modos lo había hecho bromeando, sin plantearse nada de verdad.

Repitió y le gustó, pero no le hizo replantearse su sexualidad. Para Jake, tener aventuras con chicos es solo algo muy esporádico, generalmente cuando está en alguna fiesta. Pero no siente ningún tipo de atracción emocional hacia el género masculino, ni se ha enamorado nunca de nadie de su mismo sexo, ni nada de eso. Lo que siente es algo simplemente sexual y puntual, normalmente fomentado por el alcohol.

Yo la verdad es que no sé qué pensar al respecto. Lo catalogaría como bisexual, pero volvería de nuevo a caer en el error de etiquetar algo sin necesidad. Sin embargo, en el sentido más amplio de la palabra, lo de Jake bien podría ser bisexualidad, sin más. Hay muchos tipos de bisexualidad y no siempre se siente el miso nivel de atracción

por un género que por otro. No es un reparto al cincuenta por ciento para cada lado. Pero no seré yo el que le obligue a colgarse un cartelito del cuello que defina su sexualidad. Bastante tengo con haber aprendido a aceptar y gestionar el mío.

—¿Y tú, querida, Aadhya? —pregunta Jake—. ¿Cuándo supiste que eras lesbiana? ¿Qué te hizo cruzar al otro lado?

—¿Lesbiana? —pregunta ella, haciendo una mueca de extrañeza.

—Bisexual —se corrige Jake. Aadhya repite la jugada—. ¿Asexual? ¿Pansexual? ¿*Heladosexual*?

—Jake… —le advierto con voz aguda, arqueando las cejas. Pero no parece darse cuenta de la situación.

—Antes has dicho que éramos cuatro desviados —continúa él —. ¿Cuál es tu desvío, entonces?

Aadhya y yo nos miramos y nos echamos a reír, llevándonos los cócteles a la boca para evitar hablar. Cuando veo que Jake va a insistir en la pregunta, intervengo:

—Pues yo me di cuenta con Josh. El mismo Josh que ha mencionado Jake antes.

—¿Ah sí? —me pegunta James—. Voy a tener que ver una foto de ese tío.

Sonrío, me rasco una ceja y miro a Jake con cara de circunstancia.

—Bueno, en realidad ya sabía que era gay antes de liarme con él, pero ya sabes… Cuando pasó, lo supe de verdad. Fue la confirmación.

—Josh estaba *supermegaloco* por Ryan por aquel entonces —añade Jake—. Se quedó hecho polvo cuando se separaron; pero, claro, él tenía una novia que estaba un poco… —Jake gira un dedo junto a su sien y da un silbido—. Pero, sí, mi pobre imbécil estaba enamorado hasta la médula de este rompecorazones. Y eso que no estaba tan guapete como ahora.

Le doy una patada a Jake por debajo de la mesa para que deje de hablar de mí, pero se lo toma como la señal equivocada.

—Pero no te pongas celoso, James —le dice—. Josh está lejos y Ryan nunca quiso rememorar viejos tiempos con él.

—No te preocupes —James me mira ladeando la cabeza, después mira a Jake y entorna los ojos—. A veces me gusta compartir.

Aadhya abre la boca, ligeramente asombrada y se lleva la bebida hasta ella, pero no queda demasiada cantidad y vuelve a dejarla sobre la mesa. Jake me echa una mirada extraña y después agacha la cabeza para beber de su cóctel. Yo no sé muy bien qué pensar de eso que ha dicho James, así que opto por ignorarlo. ¿Compartir el qué? No somos novios. No necesito su permiso para tontear con otros chicos, aunque no es el caso ahora mismo.

—Hablando de compartir —continúa James—, quiero enseñaros un sitio genial. ¿Cambiamos de ambiente?

—¡Venga! —se anima Jake—. Llevadme a un bar de esos vuestros, con banderas de colores y *drag queens*.

—No van por ahí los tiros —le aclara James.

Poco después, y de vuelta al frío primaveral londinense, atravesamos Soho y Chinatown. A la altura de Leicester Square, Aadhya se despide de nosotros porque está cansada y, además, no

quiere trasnochar demasiado para no perder todo el domingo de resaca sin hacer nada. La dejamos en la puerta de la estación de metro y seguimos caminando hacia Covent Garden, guiados por James. Llegamos hasta el local, un sitio llamado The Lost Alpaca, pero está cerrado. James se decepciona y, a través de los cristales de la entrada, compruebo que es un pub normal y corriente sin nada en especial, aparentemente. Bajamos por Garrick Street y James nos aclara que lo especial de ese sitio son los cócteles que preparan, mucho mejores que los de Cahoots. Cuando llegamos al Tesco de la esquina, en el que hago siempre la compra, me doy cuenta de que estamos, literalmente, en mi calle.

—¿Y si subimos a casa? —les sugiero a los chicos—. Podemos escuchar música o poner vídeos de karaoke en YouTube o lo que sea que haga la gente en esta ciudad cuando nieva y no pueden salir a la calle.

Jake mira al cielo nocturno y extiende un brazo hacia delante, con la palma de la mano hacia arriba.

—No está nevando, castañito… pero me parece buen plan.

—Que no me llames así, idiota —le digo, bromeando.

—O si no, ¿qué? —me pregunta, mostrándome una sonrisa y acercándose mucho a mi cara—. ¿Me voy a meter en problemas?

—Es posible —le respondo, y él se queda a medio palmo de mi cara, mirándome fijamente.

—¿Tienes para beber? —pregunta James. Jake se aparta de mí.

—Creo que no —le respondo—, pero calle abajo hay una tienda que abre hasta tarde, podemos comprar algo.

Aprovisionados y de vuelta en New Row Street, subimos a mi

apartamento y nos tiramos en el sofá del salón. Conecto el ordenador portátil a la televisión y James toma el control de los vídeos. Nos deleita con una larga lista de éxitos británicos bastante alejados del pop que a mí me gusta. La mayoría son de artistas que ni conozco y me doy cuenta de que me he quedado un poco desfasado en lo que a cultura musical se refiere. Jake cuenta anécdotas de Madrid. Es la ciudad que más le ha gustado de su aventura europea. Aún está sorprendido por lo fácil que le fue ligar con chicas en las discotecas; le bastaba con sonreír y fingir que no entendía demasiado el idioma. Dice que no hay nada que atraiga más a una mujer española que un americano perdido y con apariencia de tontito.

James dice que ligar con chicos es mucho más fácil que con chicas, porque somos más básicos y, en general, tenemos mayor facilidad para terminar en la cama. Y por una vez tengo que darle la razón. Posiblemente sea sexista, pero las estadísticas demuestran que es una realidad. Siempre he pensado que, cuando dicen que los homosexuales somos muy promiscuos, no se tiene en cuenta que los hombres heterosexuales lo serían igual si las mujeres aceptaran tener sexo con esa misma facilidad. Evidentemente, en ambos lados de la balanza hay de todo, pero está claro que el hombre tiene cierta tendencia a ser más sexualmente desinhibido, indistintamente de su orientación sexual.

Una hora, seis cervezas, demasiados vídeos y ya no sé cuántas anécdotas más después, Jake decide que es hora de ponerle fin a la velada.

—Creo que debería irme a la cama —me dice—, porque mi cuerpo ya no tolera más alcohol y hasta te estoy empezando a ver guapo. —Se gira hacia James—. A ti también, grandullón, no te pongas celoso.

Se me escapa una aireada risa con la boca cerrada que termina

sonando por la nariz y me hace parecer estúpido. Jake me pasa el brazo por encima del hombro y choca su cabeza contra la mía.

—Porque me habías dicho que la cama era para mí, ¿no? —Asiento con la cabeza en una postura un tanto incómoda, mientras Jake tira de mí hacia él— Eres el mejor.

Me da un beso en la mejilla y me suelta. Después se deja caer hacia el otro lado del sofá, donde está James, y le da un beso en la mejilla a él también. Se levanta y desaparece por el corto pasillo, hacia la habitación.

—Tu amigo es un peligro —me dice James—, pero parece buen chico. ¿Cuándo dices que se va?

—Mañana —le respondo, dejándome escurrir por el sofá.

—Qué pena, entonces —me responde él, arqueando una ceja—. Habría sido divertido… —Encoge un hombro, como si yo tuviera que entender lo que está sugiriendo. Y, de hecho, lo hago.

—¿Los tres? —le pregunto, para confirmar si he pensando bien o mal. James hace un gesto que me confirma que ando en lo cierto—. Creo que hemos bebido mucho esta noche. Anda, será mejor que te vayas antes de que empieces a decir más locuras.

James se echa a reír y le quita hierro al asunto mientras se levanta. Yo hago lo mismo y me despido de él, pero me muevo de forma automática. En realidad estoy pensando en su propuesta y, por algún motivo, me ha hecho sentir incómodo. Pero no es porque haya dado a entender que le apetecía que hiciéramos un trío con Jake, sino por otra cosa. Creo que lo que me molesta es la idea de compartir algo así precisamente con ellos dos. Pero no sé si es por el aprecio que le tengo a Jake o por las cosas que no me gustan de James. Y aquí estoy yo, nuevamente metido en un dilema con dos chicos de nombre

parecido. Menos mal que esto no irá a más porque uno no es mi novio y el otro se va mañana.

Cierro la puerta detrás de James, desconecto el ordenador de la televisión, apago ambos junto con las luces y me cepillo los dientes en el baño. Me quito los vaqueros y busco una manta para taparme. Juraría que he visto una en alguno de los cajones que nunca uso del mueble del salón. De pronto oigo algo, como si alguien me llamara en voz baja. Me quedo quieto, de rodillas frente al mueble.

—Castañito… —Sí, Jake me está llamando.

—¿Tú no estabas durmiendo? —le digo desde el salón, levantando la voz pero sin gritar.

No responde, así que me pongo en pie y voy hasta la habitación. Está a oscuras, pero por la ventana entra la suficiente luz como para ver a Jake, en calzoncillos, tirado en la cama y con los ojos abiertos. Por algún motivo, la escena me resulta surrealista. Supongo que esta mañana, cuando le ofrecí mi apartamento para dormir, tenía en mente otra cosa. Su alocada cabeza desconectada y él acurrucado en el sofá, con una manta por encima y la timidez de alguien que busca cobijo en un lugar extraño. Pero el panorama es completamente diferente. Aquí está él, despatarrado en mi cama, semidesnudo y mirándome fijamente como si nos acabáramos de encontrar aquí por casualidad.

—Me parece injusto que duermas allí —me dice finalmente, rompiendo el silencio.

—No hace falta que te cambies de sitio —le digo—. No pasa nada, es solo una noche.

Aprovecho para coger una de las mantas que hay al pie de la cama, así no tengo que seguir buscando en el salón.

—Me refiero a que puedes dormir en tu cama, tonto —añade Jake antes de irme de la habitación—. Hemos compartido tren, almuerzo, paseo, cena, muchas copas y secretos. Creo que ya hay confianza para compartir cama.

—Eso ha sonado un poco raro, que lo sepas.

—Tú sí que eres raro —me responde forzando la voz, en tono cansado—. Venga, suelta eso.

Jake se rueda hacia un lado de la cama y le da unos golpecitos al colchón en la parte que queda libre. Es que en realidad tiene razón. Esta mañana me resultaba incómoda la posibilidad de dormir con él. Ahora ya no me lo parece tanto. No ha pasado todavía un día, pero, entre el paseo por Westminster de esta tarde y el resto del plan nocturno, es cierto que hemos ganado una confianza que, hasta ahora, no teníamos. Complicidad, incluso. Así que acepto su propuesta, dejo caer la manta en el suelo y me meto en la cama, de espaldas a él. Yo por debajo de las sábanas, Jake por encima. Aunque esto no dura mucho tiempo.

—Ya decía yo que hacía fresquete —me dice, mientras, de forma brusca, levanta medio cuerpo para retirar su parte de las sábanas y meterse debajo—. Así, mucho mejor.

—No hablarás en sueños, ¿no? —Pensar en toda esa energía que tiene cuando está despierto dándome el coñazo toda la noche me hace querer regresar al sofá. Jake no responde, así que doy por hecho que ahora sí se ha quedado dormido.

—Ryan…

Falsa alarma.

—Dime.

—Ryan…

Me giro hacia el otro lado y me quedo mirando hacia Jake. Él está de lado, con la sábana por la cintura y mirándome. Me resulta fascinante cómo la poca luz que hay en la habitación consigue que brillen unos ojos que, de por sí, son tan oscuros que no deberían reflejar luz alguna. La silueta de su brazo a trasluz me hace pensar cosas que no debería estar pensando.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —me dice—. Gracias por acogerme.

—Cuando quieras.

Cierro los ojos pero no consigo dejarlos así demasiado tiempo. Cuando los vuelvo a abrir, Jake todavía me está mirando. Y nos quedamos así un periodo indefinido de tiempo, que podría deambular entre tres segundos y cuatro veces la traslación de Jupiter.

—Creo que debería decirte que escuché lo que dijo James antes —me dice cuando Júpiter comienza la quinta vuelta—. Hiciste bien en decirle que se fuera.

—Siento que oyeras eso —me disculpo—. Sería una locura.

—Ya lo creo —susurra Jake, acercándose más a mí, como si no quisiera que nadie nos oyera, aunque estamos solos—. Es decir, ¿te imaginas? Tú, James, yo… ¿Quién iba a querer una tontería así?

—No le hagas caso —le pido—. Se ha venido arriba.

—Es que habría sido muy estúpido por mi parte compartirte con él.

Antes de que pueda reaccionar, Jake me besa. No dura mucho.

Es algo fugaz. Un impulso. Y yo me sorprendo deseando que lo repita; pero no se mueve, así que imito su iniciativa y le beso. Esta vez él me sujeta por detrás de la cabeza y empiezo a sentir cosas en zonas de mi cuerpo que pensaba que ya estarían durmiendo.

—Deberías saber que los sábados es cuando soy más flexible —me dice, a pocos centímetros de mi cara.

—Jake, ya es domingo —le respondo. Son casi las dos.

—Entonces vamos con retraso.

Jake se abalanza sobre mí, esta vez de forma mucho más intensa Me besa con fuerza y con las manos me rebuja el pelo. Yo me aferro a su cintura y me pierdo entre su boca y su cuello. Él introduce su mano en mis calzoncillos. Para ser *heteroflexible*, sabe perfectamente lo que debe hacer. Normalmente, en esta situación yo sería algo más vergonzoso, pero la oscuridad, el alcohol y su iniciativa juegan a mi favor. Nos desnudamos, nos besamos, nos mordemos y nos comemos. Como si el sexo estuviera prohibido y lleváramos años sin probarlo. No sé qué está pasando y me encanta. Reconozco que es probable que tuviera ganas de hacer esto desde que lo recogí en la estación, pero supongo que así es cómo funciona el deseo. No es instantáneo, como una explosión, sino que va creciendo como el río llena una prensa. Cuando se desborda, ya no hay marcha atrás.

Le miro a los ojos y ya no veo a Jake el gracioso, el del sentido del humor interminable, sino a un chico sensual y poderoso que me lleva hasta el borde de todos mis vértigos. Veo más allá y me vuelve loco el hecho de que ahora lo perciba casi como si fuera una extensión de mi propio cuerpo. Me hace sentir que quiera desgarrar cada poro de su piel con mi boca y rasgarle el alma con la punta de mis dedos. No es solo algo físico, es un vínculo humano. Él me devuelve la mirada y a veces sonríe, lo que me excita incluso más. Hacemos la mezcla perfecta entre complicidad y desenfreno. No sé de dónde ha

salido esta necesidad de él. Hacía tiempo que no sentía una conexión así con alguien. Tan instantánea. Tan real.

No debería estar liándome con el mejor amigo de Josh. De hecho, nos pidió explícitamente que no hiciéramos nada. Si Jake es el idiota, yo soy el gilipollas. Pero él es adorablemente idiota y no puedo controlarme. Ahora ya es tarde para echarme atrás. De hecho, no quiero echarme atrás. Sin embargo, siento que este no soy yo. Es Londres, que me controla y descontrola a su antojo. Sí, es eso, es esta ciudad. Nueva York no permitiría algo así, porque sabe que no es mi estilo. Pero Londres no me conoce y juega conmigo como quiere. Y, a estas alturas del cuento, ¿quién soy yo para llevarle la contraria a alguien tan poderoso?

16
QUERER / AMAR

Había sido como una comedia romántica de Kate Hudson. Cuando desperté a la mañana siguiente, Jake se había ido. No estaba su mochila y recordé que su vuelo salía a las doce de la mañana, pero aun así era obvio que se había marchado con demasiada antelación para evitar cualquier posible situación incómoda. Al principio pensaba que el que debería haberse sentido raro era yo, porque soy el que tiene *algo* con James y el que, hasta cierto punto que no es del todo cierto, habría tenido que darle explicaciones a alguien. Pero no era así en mi caso, y mucho menos en el de Jake, que es un alma libre.

Lo que me resultó extraño fue que, al final, Jake y yo dormimos en la cama y estuvimos hablando un rato después del sexo, así que no entendía a cuenta de qué había surgido esa vergüenza al día siguiente. Lo llamé por teléfono, porque todavía eran las diez y media y contestó relativamente rápido. No quise saber a qué hora se había ido exactamente ni cuánto tiempo llevaba aburrido dando tumbos por el aeropuerto, si es que había ido allí directamente.

—No tenías que huir de esa forma —le dije—. No iba a pedirte matrimonio.

—Lo sé —me dijo. Su tono de voz sonaba diferente. Ni un ápice del humor que había derrochado todo el día anterior—. Pero preferí no ser consciente de lo que había pasado.

—No pasó nada —le dije, luego me corregí—: Es decir, sí paso,

pero no hemos matado a nadie, ¿no?

—Todavía es pronto para saberlo.

No entendía ese nuevo humor, pero tampoco sabía muy bien qué decirle para convencerle de que no era para tanto. Era surrealista porque, en realidad, no le estaba dando importancia a lo ocurrido, hasta que Jake volvió a hablar.

—No le cuentes nada a Josh, por favor. No me lo perdonaría.

Comprendí que Jake no había tenido vergüenza de volver a verme, ni de hablar de lo que había pasado. Lo que le estaba comiendo por dentro era haber incumplido lo único que Josh nos había pedido. Y tenía toda la razón, porque no tardamos ni veinticuatro horas en olvidarnos de que existía. Vale, de acuerdo, habíamos incumplido lo que Josh nos había pedido. Dicho eso, no sé hasta qué punto debíamos haberle hecho caso. Han pasado siete años desde el campamento. Josh no puede pretender (y espero que no lo haga, porque de momento son todo conjeturas) que ningún chico que él conozca se acerque a mí. Entiendo que existe un código no escrito en el que los mejores amigos deben respetar sus respectivas exparejas y todo eso, pero no sé realmente cuánto de justo tiene hacer algo así. Al fin y al cabo, somos personas con sentimientos, no objetos con propietarios, o mesas de un restaurante que se reservan para que nadie más las ocupe hasta que llegues. O tal vez era mi forma de no aceptar que, tal vez, había cometido otro error que podría romperle de nuevo el corazón a uno de mis mejores amigos.

—No hay necesidad de ocultarle lo que hemos hecho —le dije —, pero lo dejo en tus manos, Jake. Tú lo conoces mejor que yo.

—Créeme, es mejor que no lo sepa —me dijo finalmente—. No es que él siga enamorado de ti, ni nada de eso. Han pasado siglos ya, pero prefiero no arriesgarme. No quiero que una noche contigo

estropee para siempre lo que ambos tenemos con él.

—Vale, me queda claro mi papel en lo de anoche —le respondí, ligeramente indignado.

—Ryan. Eso no es así —me dijo, pero yo ya no sabía qué pensar ni qué creer—. Ya sabes lo que hay conmigo. Eres genial y reconozco he sentido cosas contigo que no había sentido nunca por un chico, pero no soy para ti.

—Ya te dije que esa no era mi intención —le recordé, aunque comenzaba a tener dudas.

—Entonces no sé por qué te molesta lo que he dicho.

Jake tenía razón. Aquella conversación no tenía sentido. No íbamos a tener nada más allá de lo que ya habíamos tenido. Él volvía a Norwalk, yo seguía en Londres. Él se supone que era *hetero*, yo era gay. Él era el mejor amigo de Josh, yo era el chico del que Josh estuvo enamorado. Y entre comparación y comparación me di cuenta de que en ningún momento se me pasó por la cabeza aquello de *no quiero nada serio con nadie* que tanto le había repetido a James. Tal vez Jake había llegado a sentir cosas nuevas conmigo, pero yo también había sentido algo distinto con él. Descubrí que todavía era capaz de ilusionarme por alguien nuevo, que mi corazón estaba lo suficientemente curado como para fijarse en otras caras, acariciar otras pieles y percibir otros aromas. Sin embargo, como siempre, había decidido hacerlo en el momento menos oportuno.

Después nos despedimos, le deseé buen vuelo de vuelta a casa y supuse que no volvería a saber nada más de él en mucho tiempo. Reconozco que me sentí mal después. La química y la conexión que sentí con él no la había sentido con nadie en mucho tiempo. No tengo nada que superar porque no siento nada serio por Jake, pero me fastidia que haya terminado así por culpa de algo que no podemos

controlar ni él ni yo, porque depende de otra persona completamente ajena a lo que ha ocurrido.

Aunque ya han pasado tres semanas de aquello, me sigue produciendo la misma mezcla de sensaciones por dentro. Por un lado, el temor a que Josh se entere y le moleste más la mentira que el hecho en sí de haberme acostado con su mejor amigo. Por otro lado, el recuerdo de lo que pasó y lo mucho que me hubiera gustado repetirlo (y no me refiero solamente a lo que ocurrió en mi cama, sino todo aquel día completo). Y por otro lado, la incertidumbre que me produce no haber vuelto a ver a James desde entonces y en qué punto estará lo nuestro cuando vuelva a encontrármelo, sabiendo que no he sentido con él en dos meses ni una cuarta parte de lo que sentí aquella noche con Jake. No he hablado con él del tema y no pienso hacerlo. Si no vamos a darle explicaciones a Josh, mucho menos se las voy a dar a James. Lo raro es que lleva demasiados días dándome largas y poniéndome excusas para no vernos. Creo que lo que más me molesta no es que no quiera quedar conmigo, sino que no soy yo el que tiene el control de cuándo y cómo volvemos a vernos.

Voy con Aadhya, camino del trabajo, y no le ha sorprendido lo más mínimo lo ocurrido. Como siempre, ella tiene mucho más estilo que yo. Parecemos una mujer adinerada de Wall Street y el chico de los recados. Y eso que hoy me he esforzado un poco más y me he puesto una *blazer* azul nueva de H&M para intentar estar a su altura. Está nublado y amenaza lluvia, pero ella no se quita las gafas de sol ni aunque truene. Tiene una colección extensa, de todos los colores imaginables, que siempre combina con los zapatos. Las de hoy son marrones, pero su manicura tiene un tono verde lima casi fosforescente que provoca que podría ir desnuda y solo te fijarías en las uñas.

No le he querido contar antes lo que había pasado porque he vivido en un conflicto de emociones y pensaba que, si lo ignoraba,

conseguiría olvidar que había ocurrido. Pero no ha sido así y al final he necesitado desahogarme, por algo tan absurdo y mundano como haber tenido sexo una noche.

—¿Por qué te crees que te dije «disfruta» cuando me fui al metro? —me pregunta, con chispas en los ojos—. Ya veía venir lo que iba a pasar desde que James dijo que le gustaba compartir y Jake te echó una mirada extraña. Aunque supuse que acabarías haciendo un trío, no montándotelo a solas con tu amigo.

—Sí, yo también me fijé en esa mirada —le reconozco—. Y, de hecho, las intenciones de James iban por ahí. Aquella noche me acosté con Jake, pero antes de eso James me había propuesto que lo hiciéramos los tres.

—Bienvenido al siglo veintiuno, querido —me dice ella—. Deberías probarlo, pero no con James. Los celos son lo peor que hay en esa clase de… juegos. Cuando le cojas el gusto, te preguntarás por qué no lo llevas haciendo toda la vida.

Aadhya ya ha dejado de sorprenderme. Hace semanas que se ha convertido en una de mis personas favoritas del mundo. Todo lo que no sea hacer daño a otros lo ve con buenos ojos. Es muy abierta de mente y siempre tiene la respuesta adecuada para cada situación. Cualquier mínimo drama que yo haya intentado mostrarle, ella ha conseguido borrarlo de un plumazo con una conversación, a veces solo le ha bastado una frase. Coco di Mama se ha convertido en nuestro centro antidramas. Entramos con remordimientos y dudas, pasamos por el filtro del azúcar y el café, y salimos siempre de allí libres de penas.

Lo de venir al trabajo en bicicleta me duró poco; porque hacía el trayecto en la mitad de tiempo, pero exigía cuatro veces más esfuerzo. Después de varias semanas llegando al trabajo con las piernas como gelatina, decidí abandonar el nuevo hábito.

Probablemente era cuestión de acostumbrarme, pero no me compensa. Así que Aadhya y yo hemos vuelto a nuestra dinámica de encontrarnos en la estación de Southwark todas las mañanas.

—¿Y qué pasa con James? —me pregunta—. Ahora que se ha abierto esa puerta de posibilidades…

—No, no, esa puerta déjala cerrada —me río—. No sabe nada de lo de Jake y tampoco nos hemos vuelto a ver desde aquella noche, así que no sé qué pasa entre nosotros. Me ha estado poniendo excusas.

—¿Como las que tú le ponías a él hace semanas? —A veces esta chica es la voz de mi conciencia.

—Exactamente, por eso mismo no sé qué está pasando.

—Tampoco te veo demasiado preocupado con el tema. No ha surgido ese drama en particular en nuestras sesiones de Coco di Mama. Pensaba que todo iba como la seda.

—Y por eso no sé qué pasa. Porque sus largas no me afectan. O al menos no como deberían. El caso es que yo sé lo que pasó con Jake y por eso estoy distante, pero no entiendo a cuenta de qué él se ha distanciado. Es como si no me molestara que James pase de mí, sino no haber pasado yo de él primero.

—¿Hola? —Aadhya se detiene en mitad de la calle y yo ando solo unos pasos más hasta que me doy cuenta—. ¿Ahora tenemos catorce años otra vez? —Reanuda el paso—. ¿Qué más da quién deje a quién?

—Tampoco es que haya nada que dejar —me sincero—. Pero no es eso, no sé cómo explicarlo.

—Tú lo que necesitas es lo mismo que te dio Jake.

—No sé si quiero seguir mancillando mi amistad con Josh.

—No me refiero a eso, sino a salir con más gente, ver otras personas, probar otros cuerpos, disfrutar de otras po…

—¡Vale, vale! —la interrumpo—. Mensaje captado.

—¡Llas! —exclama Aadhya, terminando la frase—. No vuelvas a cortar nunca, jamás, el nombre de la palabra sagrada, Ry.

Cierro el pico y agacho la cabeza, en señal de arrepentimiento. Aadhya se detiene en el semáforo y tira de mi brazo, porque yo iba mirando al suelo y seguía de largo. Está claro que moriré atropellado. La vida me ha avisado, pero yo no aprendo.

—¿Sabes qué pasa? —le pregunto, cuando el semáforo cambia y seguimos caminando—. Que a veces, cuando me estoy duchando y pienso en…

Aadhya se tapa los oídos con las manos.

—No quiero saber en qué piensas cuando te tocas, gracias.

—Cállate o le pediré a Andy que no te deje entrar nunca más.

—¿Se supone que tengo que saber quién es Andy? —me pregunta ella, con desconcierto, mientras mira en su teléfono la agenda del día.

—El camarero del Coco, el bajito. —Hago el gesto de la altura con la mano—. El del acento raro. Italiano, supongo.

Aadhya se detiene y guarda su teléfono en el bolso.

—¿Ves? A eso me refiero —me dice, devolviéndome su atención—. Tienes un don para conocer tíos. Aprovéchalo y no te

centres solo en uno.

—Eso es lo que intentaba decirte, malpensada. —Tiro de su brazo para que siga caminando. Es como un perro holgazán que no quiere mover el trasero de la acera—. A veces pienso que me da miedo conocer otros chicos por si aparece un nuevo Mike. No puedo permitírmelo, no aquí.

—¿Un nuevo quién?

—Nada, déjalo —le respondo. Ni me había dado cuenta de que lo había nombrado hasta que ella ha preguntado—. No quiero que aparezca alguien del que pudiera enamorarme. No, sabiendo que me voy dentro de menos de dos meses.

—¿Dos? ¿Ya? —se pregunta Aadhya para sí misma, en voz alta —. Madre mía, cómo pasa el tiempo. De todos modos, Ry, eso de que te vas… ¿Tú estás seguro? —Me encojo de hombros—. A ver, no me hagas mucho caso, porque puedo estar equivocada, pero llevo oyendo dese el mes pasado cosas.

—¿Qué cosas? —Ahora soy yo el que la sujeta del brazo para que se detenga.

—Cosas en referencia a tu puesto en la agencia —me dice ella, quitándose las gafas de sol—. Igual que pasó con Celine, con Valery, con Ignacio… Quieren que te quedes y creo que están viendo si es viable, tanto para la agencia como para ti, claro, porque necesitarías un visado permanente y esas mierdas burocráticas.

No quiero ilusionarme, pero Aadhya se da menos crédito del que merece en lo que se refiere a chismes y cotilleos. Si ella dice algo es porque ha ocurrido. Si ella escucha algo es porque alguien lo ha dicho. Tiene un sexto sentido para detectar rumores falsos. Pero esto no depende solo de mí. Supongo que depende también de que Delilah,

la chica de intercambio, quiera quedarse en Nueva York. Y, aunque todo eso ocurra y los planetas se alineen a mi favor, no sé si aceptaría quedarme aquí de forma indefinida.

—No sé si quiero quedarme, la verdad —le digo—. Echaría de menos a mucha gente. Sobre todo a mi madre. Una cosa es verla poco y otra no verla nunca.

—La familia está sobrevalorada —dice Aadhya, quizás de forma un tanto egoísta porque su relación con sus padres es diferente a la mía—. Tu futuro no debería depender de cómo se sientan ellos con tus decisiones. Es mi consejo.

—Podrías aplicarte el consejo, entonces, ¿no? —Me ha salido más brusco de lo que esperaba. Aadhya se me queda mirando y se muerde el carrillo por dentro—. Es decir, podrías hablar con ellos y contarles todo; que tus decisiones no dependan de cómo crees que van a sentirse.

—No puedo hacer algo así, aunque quisiera. No es lo mismo.

Su tono completamente neutral me demuestra que se ha sentido ofendida. Aadhya casi nunca se enfada, no de forma visible. Cuando algo le molesta, viaja hasta la neutralidad. Para alguien que usa el sarcasmo como estilo de vida y que tiene fama de ser borde, enfadarse no puede limitarse a responder mal, porque pasaría desapercibido. En su caso, responder en un tono casi muerto es muestra de su incomodidad.

—No quiero que parezca que te estoy echando nada en cara, de verdad. —Intento ayudar, pero no sé si me estoy metiendo donde no debo—. Pero… ¿qué sentido tiene tener miedo a la reacción de tus padres si ya de por sí vives aislada y alejada de ellos? Si hablas con ellos, lo peor que podría ocurrirte sería quedarte tal y como estás ahora.

—Lo sé, pero no puedo evitar tener miedo. Es la única situación de mi vida en la que me permito tenerlo.

El miedo es una emoción que tiene una función: provocar que nos enfrentemos a una situación o salir corriendo de ella. No es posible quedarse en medio, paralizado, porque no sobrevivirás; no es práctico. El miedo existe para darle una utilidad. Entonces, ¿qué sentido tiene tener miedo si no haces algo útil con él?

—Aadhya, lo de salir del armario es algo personal —continúo —. Cada uno tiene su ritmo y decide cuándo, cómo, dónde y si lo hace o no; pero, si eres valiente para enfrentarte a tíos de dos metros en los pubs también deberías serlo para plantarle cara a tus padres.

Llegamos a la entrada del edificio de la agencia, Aadhya abre la puerta con la mirada un poco perdida, reflexiva y accedemos al hall principal.

—Sí, seguramente tengas toda la razón —dice finalmente—. Tengo que hacer algo con este miedo. Creo que es hora de matar a Ansh, ¿no? —me pregunta, sin esperar respuesta—. Sí, definitivamente ese tío ha vivido durante demasiado tiempo en la cabeza de mis padres.

De algún modo, caigo en la cuenta de que esa fascinación que siente Aadhya por ser dos personas a la vez (ella, su verdadero yo, y el chico que vive en la cabeza de sus padres), no es más que miedo. Una forma de autoengañarse a sí misma para no tomar la decisión que más terror le produce en la vida. Pero eso es lo que hacemos todos la mayor parte del tiempo cuando algo nos duele, ¿no? Engañarnos para hacernos creer que el dolor no existe. Ya sea con pastillas, con entretenimiento o con otros dolores diferentes.

Cuando llegamos a la oficina, nuestra jefa, Zoey, pasa por los

diferentes departamentos, preguntando quiénes van a asistir a la fiesta de empresa de verano. Aadhya me contó hace días que, cada año, la agencia organiza (y paga) una excursión de fin de semana a algún punto del país. Suele ser a finales de julio, pero necesitan cierta antelación para optimizar los recursos y la inversión económica. Cuando llega hasta mi departamento, le pregunta a Aadhya, que sigue por aquí de charla en vez de irse al suyo a trabajar, y marca su nombre en un listado. Pienso que va a pasarme de largo, pero no. Zoey me mira.

—¿Y tú? ¿Listo para tu primera excursión de verano?

—¿Yo? Se supone que no estaré por aquí.

Zoey baja la vista al listado, después sus ojos regresan a los míos y sonríe.

—Es verdad… Bueno, por si acaso, ¿vendrías? —Apunta algo en la lista. Le digo que *por supuesto* y marca un rápido *check* antes de irse.

—Bueno, pues ya es oficial —me dice Aadhya cuando Zoey ya no puede oírla—. Parece que te quedas.

—Ha sido solo por si acaso —le respondo yo, intentando no hacerle caso—, ya sabes que odia los contratiempos.

—Ryan… Podía ver los papeles desde aquí. No ha escrito nada nuevo. Ya estaba tu nombre en el listado.

○○○

Por la tarde tarde, Aadhya se va directa a una exposición en el Tate Modern que quiere ver sola, así que yo sigo un impulso y cojo una de las bicicletas públicas que hay justo por fuera del edificio, de *esas*

rojas, y cruzo Southwark, London Bridge y algunas calles más hasta llegar a Eastcheap, frente a un local llamado Manon Cafe. Dejo mi bicicleta en el soporte y me viene a la cabeza la película *The Craft*. Una horterada muy entretenida de los años noventa, en la que cuatro brujas descubren sus poderes y una de ellas termina trastornada por su obsesión de invocar a un tal Manon, que vendría a ser algo así como el espíritu todopoderoso al que toda la magia rinde su poder. Creo que mi fobia a las serpientes, arañas, cucarachas y cualquier bicho de color oscuro me viene de esa misma película.

Me acerco hasta la recepción del edificio que hay en la calle de atrás y pruebo suerte. He leído en internet que es necesario tener ticket para poder subir al Sky Garden, y que normalmente hay una antelación de tres semanas, pero mi cara de chico bueno da el pego y me dejan subir. Cuando compruebo que ni me cobran, ni me dan un ticket de pega ni nada, me doy cuenta de que no ha sido mi cara de rompecorazones la que ha convencido a la recepcionista, sino el más que probable hecho de que no haya demasiada gente arriba. La hora punta debe de ser al atardecer y para eso aún faltan casi tres horas.

Cuatro personas accedemos al ascensor y subimos hasta la planta 36. Atravieso el hall de la cafetería y, cuando salgo al exterior, la inmensidad de Londres se extiende bajo mis pies. Frente a mí, The Shard se eleva sobre la ciudad de forma impetuosa. El río cruza de un lado al otro y es un poco extraño ver desde aquí arriba todos los sitios por los que ya he paseado. Desde abajo, y gracias al metro, las distancias no parecen tan grandes, pero esta ciudad es enorme. Pienso en una tontería. En que todas esas calles y edificios están llenos de gente y más gente y todavía más gente. Desde lo alto es fácil darse cuenta de la inmensidad de la vida humana. Y esto solo es una ciudad. Multiplicar esto por la cantidad de personas que somos en el mundo me da más vértigo que mirar hacia abajo desde este lugar. Ojalá pudiera ser consciente más interiormente de eso y entender que mi vida, fuera de mi propia percepción de mí mismo, es insignificante. La

existencia entera cabe en mi cabeza, pero para la existencia yo soy más irrelevante que una mota de polvo. Sin embargo, ¿qué sería de la existencia sin todas estas motas de polvo para darle sentido?

Grabo un vídeo y lo cuelgo en las historias de Instagram con *High* de James Blunt sonando de fondo. *Hashtag: Irrelevante*.

Me pongo los auriculares y aprovecho la ocasión para hacerle una videollamada a Oscar. Responde enseguida, desde su estudio. En Nueva York es casi la una de la tarde. Le cuento de pasada cómo me va, qué he estado haciendo, los lugares peculiares en los que he estado y la última hora de James. No le cuento lo de Jake por si acaso. Soy la única persona que Oscar y Josh tienen en común y ellos no se conocen, pero no quiero tentar a la suerte. Oscar podría terminar contándoselo a Sussan y, visto lo visto, después ella a Josh.

Según Oscar, por Nueva York todo sigue igual. El grupo sigue sin madurar, las fiestas siguen sin control y el trabajo continúa su no tan agradecida estabilidad. Le cuento que hace un par de semanas pasé por Dover Street y entré en la tienda de Victoria Beckham. Está a punto de colgarme por no haberle hecho una videollamada desde allí. Lo cierto es que me daba vergüenza porque no quería parecer un fan y, de todos modos, no había ni rastro de *Posh Spice* en la tienda. Ni siquiera hice fotos. Aun así, Oscar se emociona solo de imaginarlo. Es su diseñadora de moda de cabecera, y eso que no hace ropa para hombres. Ella es a lo que él aspira a convertirse algún día. Muchas veces suele decir que él es la prueba viviente de que tener dinero no garantiza el éxito y que ella lo consiguió por méritos propios.

—Siempre puedo volver y enviarte fotos, si quieres —le digo finalmente.

—Da igual —me responde—. Si no está ella es como si las hubieras cogido de internet. Yo quería verte a ti, ahí dentro, cumpliendo mi sueño.

—Tendrás que venir y cumplirlo tú, entonces.

Oscar me da la razón y me pide que espere mientras firma unos albaranes. Hoy le llegaban unos tejidos de Marruecos que lleva esperando desde hace semanas. Yo aprovecho para pasear por la terraza y dejar que el sol me aporte algo de energía. Me encanta Londres, pero he notado que la falta de luz en mi piel me está afectando. Sigue sin llover demasiado, pero el sol no sale con demasiada frecuencia tampoco. Es como si alguien lo hubiera robado. Desde aquí, a lo lejos, distingo el London Eye y siento que todavía no soy capaz de subirme. De hecho, he evitado esa zona en la medida de lo posible.

Nunca sabrás si eres capaz de volver a subirte a una noria si siempre las evitas.

—Hablando de volver —me dice Oscar al reincorporarse a la llamada—, Max me ha escrito. Creo que deberías…

—¿Se ha muerto? —le interrumpo. Oscar exclama que no—. ¿Está enfermo? —Tampoco—. Entonces no me interesa lo que vas a contarme. No me arruines el día.

Cambio de cámara en el teléfono para enseñarle las vistas desde la terraza del Sky Garden. Oscar no parece demasiado impresionado y ladea la cabeza, haciendo un gesto con los dedos para que gire de nuevo la vista y ponga la cámara frontal. Le hago caso.

—Ryan, te lo digo con amor: no puedes ir haciendo eso. Te vas a quedar solo. Tienes que aprender a gestionar las rupturas sin expulsar a la gente de tu vida. No seas tan radical. Aunque muchos digan lo contrario, puedes ser amigo de tus ex. Mira Andrew y Justin, que se van juntos a vivir a Chicago

—¿Cómo? Eso no me lo habías contado —le pregunto, sorprendido. Sabía que lo habían dejado hace semanas, pero no que aun así habían mantenido su plan de irse a vivir a Chicago.

—Justin tenía que irse sí o sí, por lo del nuevo bufete de abogados de su padre —me comenta Oscar—. Y Andrew ha preferido no rechazar el trabajo que había conseguido y probar suerte. Dice que está cansado de la gran manzana y que necesita un cambio de aires.

—¿Pero van a vivir juntos?

—Sí, y no me cambies de tema. Habla con Max.

Regreso al interior del recinto y comienzo a subir las escaleras para ver las vistas de la ciudad desde otros lados. Todas las paredes, incluso el techo, son cristaleras, de modo que hay una visual de Londres de trescientos sesenta grados desde aquí arriba. Supongo que es cierto eso de que expulso de mi vida todo aquello con lo que no puedo o no sé lidiar, pero no conozco otro mecanismo para superar las cosas. No sé, quizás la muerte de Matt y haberla superado me ha dejado como costumbre que, para superar a otros, tengo que fingir que también han desaparecido por completo, aunque no hayan fallecido. Es como si mi cabeza no supiera procesar eso de pasar página si no es arrancándola de cuajo y quemándola en una hoguera.

—No voy a hablar con Max —le digo a mi amigo—. Déjame que gestione esto a mi manera, por favor.

—Esa forma de gestionar las cosas es la que provocó que explotaras y huyeras al otro lado del Atlántico, ¿no crees? —me sugiere Oscar, y es posible que tenga razón, pero no quiero que la tenga, porque eso significaría que llevo cuatro meses haciendo mal las cosas, otra vez—. Una vez me dijiste que, cuando ignoras algo y no le das un cierre en condiciones, en realidad estás acumulando basura en tu interior. Piénsalo, porque acumulaste lo de Mike y ahora vas a

acumular también lo de Max.

—Con Max no hay nada que acumular. Ya no siento nada por él. Y te recuerdo que fue Mike el que me apartó de su vida —le respondo, algo molesto—. Yo solo me limité a bloquear todo aquello que me recordaba a él. Fue Mike el que no quiso ni coincidir conmigo en la fiesta de cumpleaños de Eliah.

—A lo mejor te vendría bien leer su punto de vista, es posible que te lleves una sorpresa.

—¿A qué te refieres con eso de «leer»? Mike nunca me ha escrito nada.

Oscar permanece en silencio, pero sé que se está moviendo porque el fondo de la pantalla no deja de balancearse. Trastea con algo que tiene delante y después gira la cámara para enseñarme un libro. *Buscando estrellas fugaces* de Michael D. Parker.

¿Mike ha escrito un libro?

No tenía ni idea de que ahora se dedicara a eso. Suponía que a estas alturas estaría trabajando en alguna otra agencia de publicidad de Nueva York. Y, de todos modos, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Levanto la vista y observo la ciudad, Londres. Bajo la vista y lo único que puedo ver es el dolor del pasado, disfrazado de cubierta de libro.

—No. Da igual, no quiero saber nada —le digo finalmente a Oscar—. Estoy consiguiendo construir una vida nueva, no puedo permitirme volver a caer en eso.

Oscar cambia de nuevo la cámara y se encoge de hombros, apretando los labios en señal de resignación. Sé que lo hace con buena voluntad, pero no puedo volver atrás y despertar los fantasmas que parece que, por fin, van dispersándose lentamente entre la bruma que

queda lejos del camino.

Cuando cuelgo la llamada, me obligo a hacerle caso al menos por una vez. No es justo que siempre piense que sé controlar mi vida mejor que nadie. A la vista está que no y todo el paisaje me lo recuerda. No tengo nada que perder, y así al menos ambas partes podemos pasar página completamente. Así que llamo a Max. Nada de videollamadas, no quiero que piense que le doy más atención e importancia de la que merece. En esta historia, ambos somos dos motas de polvo.

No tarda demasiado en responderme. Soy cordial y amable. Hablamos de cómo está él, de cómo van las cosas en la agencia de Nueva York y de los típicos asuntos irrelevantes que rellenan una conversación para demostrar que somos seres humanos y no animales. No estoy dispuesto a darle más relevancia de la que tiene. Juro que no es rencor, ni despecho por lo que hizo. Simplemente, Max ha volado al pasado con mucha más facilidad de la que esperaba en un primer momento. De modo que le pregunto por qué me llamó el mes pasado.

—Quería pedirte perdón por lo que hice —me dice—. Estos meses he hablado mucho con Trish y me ha hecho entender que lo que hice no está bien.

—¿Quién es Trish? —le pregunto. No recuerdo que tuviera ninguna amiga con ese nombre.

—Es ella. Es decir… La chica de…

—Ah, la vecina —le respondo, aunque sé que no era vecina suya realmente. Max se ríe un poco, como con miedo a que le recrimine que se tome algo así con humor.

—Sí, esa misma. Ahora estamos juntos.

—Ya estabais juntos antes —me limito a decir, aunque procuro que no suene a reproche, sino a dato objetivo—. ¿Y qué te dijo? ¿Que, por favor, no le hicieras lo mismo que me hiciste a mí?

Vale, ahora sí que ha sonado a reproche, Ryan. Contrólate.

Max me cuenta que él tenía la percepción equivocada de que, siendo bisexual, tenía derecho a satisfacer sus necesidades por ambas partes. Y por eso no había sido consciente del daño que había podido hacerme, porque realmente no consideraba que me hubiera estado poniendo los cuernos porque no se estaba acostando con otro chico. No puedo evitar reírme. No sé si porque me siento ofendido o porque me hace gracia de verdad. Es decir, yo salí mal parado, pero supongo que es curioso cómo era el mecanismo mental mediante el que Max justificaba lo que hacía. Podría haberse tirado a todas las mujeres de Manhattan, que no habría pasado nada. Es jodidamente maravilloso.

Con Trish se ha dado cuenta de que eso no es así. Que ser bisexual no le legitima para engañar a su pareja, indistintamente de cuál sea el género de la persona con la que se acueste. Y ha aprendido que la fidelidad debe ser completa, salvo que haya acuerdos. Entonces pasa a explicarme que Trish no cree en las relaciones abiertas, así que ha decidido ser fiel a tiempo completo y no hacer nada con nadie.

—Bueno, vale, tampoco me cuentes tu vida sexual —le pido, intentando no sonar antipático—. Te diría que acepto tus disculpas, pero es que en realidad no las necesitaba.

—Joder, Ryan… No seas así —me pide.

—¡No, no! —exclamo—. No lo digo de malas maneras. Lo digo en serio. A ver, sé que estuvimos juntos más de un año y que todo parecía ir bien, pero lo he superado y te juro que no te guardo ningún rencor. Me he dado cuenta de que no estaba enamorado de ti. Y seguramente tú tampoco lo estabas de mí, o no me habrías dejado

marchar tan fácilmente.

—No sabía que te marchabas —me dice.

—No hablo de Londres, sino en general —le aclaro. Llego hasta la parte superior del Sky Garden y me siento en una especie de cubierta de madera que hay junto a la cristalera de la parte trasera. Por este lado, las vistas son mucho más modernas. Edificios nuevos de oficinas que no tendrán más de diez o quince años—. No viniste detrás de mí aquella noche, no fuiste a buscarme, no me llamaste hasta dos o tres meses después… Max, reconócelo. Estábamos juntos por inercia, no por amor.

—Puede ser que tengas razón —me responde—, pero yo te quería.

—Querer y amar son dos cosas diferentes, Max.

Cuando salgo del Sky Garden, pese a que pensaba que no lo necesitaba, siento que me he quitado un peso de encima. Es como si Max y nuestra corta historia se hubieran quedado ahí arriba. Aquí abajo, esos recuerdos ya no pueden hacerme daño nunca más, si es que alguna vez me lo hicieron. Recojo otra de las bicicletas y en treinta minutos he llegado a casa (en vez de en quince), porque de camino paro en Gourmet Burger Kitchen, junto a la catedral de San Pablo, y compro la cena para llevar. Hoy me he ganado un buen atracón.

17
TERRORISTAS EMOCIONALES

No sé muy bien qué ha pasado, pero no ha sonado la alarma del teléfono. No sé qué hora es, pero sé que llego tarde. Me levanto de la cama, salgo de la ducha y me seco la cabeza rapada con la toalla. Me visto con lo primero que pillo y llego hasta la cocina a toda prisa. Detengo la batidora y echo el zumo en un vaso para llevar de Starbucks. Cojo las llaves de la encimera y me acuerdo de que la ventana del salón está abierta porque anoche estuvo lloviendo. La cierro, me termino de poner el abrigo y corro hasta la puerta azul. Cuando la abro, al otro lado está Mike.

—¿Viste las estrellas anoche? —me pregunta.

Me quedo paralizado, aprieto el vaso de zumo con fuerza, pero no opone ninguna resistencia. Lo estrujo como si fuera mantequilla y abro los ojos. Estoy tumbado en la cama, apretando la almohada con la mano derecha.

Vale. Esto es nuevo.

Cojo el teléfono de la mesa de noche y busco «Michael D Parker» en Google. Lo primero que aparece es la portada de su libro, la misma que me enseñó Oscar el otro día. Dos chicos, de espaldas, sentados en una cubierta de madera frente a la orilla de una playa, un cielo estrellado al fondo. *Buscando estrellas fugaces*. Creo en las casualidades, pero no hay manera alguna de que esto no sea hecho a conciencia. Somos nosotros. Mi vista se desvía desde el teléfono hasta

el tatuaje de mi antebrazo. *Rursus.* Volver a empezar. No puedo caer otra vez en esto.

Lanzo el teléfono a los pies de la cama y me giro hasta quedarme bocabajo, me abrazo a la almohada de nuevo e intento dormir, pero no hay manera. Todavía no son las seis y ya es de día, porque en esta ciudad cada vez amanece más temprano. No sé si he conseguido dormir algo más, pero la alarma del teléfono comienza a sonar a mis pies. Me levanto y la apago. Me doy una ducha, pasándome las manos repetidas veces por la cabeza, recorriendo el pelo desde la raíz hasta la nuca, comprobado absurdamente que no lo tengo corto y solo era un sueño. Me seco, me visto, cojo mis cosas y echo una ojeada a la cocina. Mi cabeza hoy no tiene la paciencia de hacerse el desayuno y, además, no he bajado al Tesco y tengo la nevera pelada. Justo cuando voy a salir, abro la puerta y deseo que Mike esté al otro lado. Al mismo tiempo, espero que no aparezca. No hay nadie.

Olvídate de eso, fue solo un sueño. Más ficción que la propia ficción, porque esto no lo emiten en streaming.

Meneo la cabeza, cierro la puerta y bajo a la calle. Necesito dejar de pensar en él. Solo fue un sueño, nada más. Provocado por culpa de Oscar y su incapacidad para entender que no quiero saber nada del pasado. No es justo que diga eso. Es que mi vida en Nueva York parece empeñada en no permitirme evolucionar y salir adelante. Joder, tengo que hablar con Sussan. Hace un par de meses que no sé nada de ella. Me compro un café de tamaño mediano en Costa Coffee y un croissant. Estoy tan acelerado que, para cuando llego a la estación de Charing Cross, ya me he ventilado el desayuno y ahora lo que siento son ganas de vomitarlo.

Respira, Ryan. Solo fue un sueño y lo que sientes es ansiedad, no ganas de vomitar.

En el tren, pienso en James para no pensar en otras personas. Puestos a darle vueltas a los errores (o posibles errores), al menos que sean los actuales. No sé en qué punto estamos. No hemos vuelto a tener ninguna cita desde la noche con Aadhya y Jake. Hace ya un mes de eso. Solo nos hemos visto una vez y fue por casualidad. Yo salía de la estación de King's Cross con Celine, porque no conocía Pizza Union y la había invitado a comer allí, y él entraba con Lindsay. James estuvo algo distante, intentando terminar el encuentro lo antes posible, con prisa y ansias por dejar de verme (esa fue la impresión que me dio). Sin embargo, y aunque suena contradictorio, me miraba con ojos tiernos y amables, como si estuviera viendo algo genial, relajante y apacible. Fue algo muy raro. Me prometió que nos veríamos un día de estos, que realmente estaba muy, muy ocupado con el trabajo y otros asuntos personales.

No sé muy bien qué pensar. Tengo tendencia y cierto impulso a teorizar al respecto y montarme mis películas habituales, pero consigo reprimir la inercia de mi cerebro diciéndome que en realidad no conozco a James, pese a todas las citas que hemos tenido, solos y con compañía. Lo único personal que conozco de él es la historia con su exnovio y la verdad es que no decía nada a su favor. Y él ni siquiera sabe las cosas importantes que me definen: mis inquietudes, mis aspiraciones, mis miedos, mis logros… Supongo que cada pareja se crea sus propias reglas y cada persona sigue unas diferentes, pero lo nuestro no sabría ni cómo empezar a definirlo, si es que en algún momento viera la necesidad de hacerlo. En realidad, son ganas de complicarme la vida por gusto, cuando lo más sencillo sería fluir, sin más. Después de todo, soy yo el que llevo todo este tiempo huyendo de cualquier posibilidad de una relación seria con él. Quizás lo que me inquieta es no tener respuestas y seguir en este limbo entre ser desconocidos y ser algo más que amigos.

Hoy no me apetece socializar con nadie. En la hora de descanso, bajo al supermercado M&S que hay en la calle y me compro

un sandwich de pavo y un batido de vainilla. Almuerzo sentado en el muro que rodea la parcela de césped que hay junto a la acera. Hoy hace sol y la temperatura es lo suficientemente agradable como para solo necesitar una chaqueta ligera y en mis auriculares suena de forma aleatoria *Lost Without You* de Freya Ridings.

Qué oportuna, Freya. Quien quiera que seas.

Me dejo caer sobre mi espalda y apoyo los codos en el muro, inclinando la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos y durante unos minutos me olvido del bucle mental en el que he estado sumido toda la mañana por culpa del sueño. Respiro hondo, relajo el cuerpo, vacío la mente. Solos Freya, el piano y yo. No existe nada más. Puedo incluso sentir cómo la tensión acumulada en la boca del estómago va perdiendo intensidad. Una llamada de teléfono me trae de vuelta a la realidad y la acepto. La música se detiene y da paso a la voz de Victor Coleman.

—Ryan, buenos días. Aquí Victor, ¿te acuerdas de mí?

Por supuesto, Victor. Eres el impresentable que por fin ha conseguido deshacerse de mí. ¿Estás a gusto en Nueva York sin tener que verme la cara cada día?

—Claro —le respondo, con una fingida risa—. Todavía no me han abducido el cerebro.

—Genial, genial —me responde, con su habitual prisa—. Oye, mira, me han dicho que por allí las cosas van mejor que bien, ¿no?

—¿Ah, sí? —le pregunto, sorprendido—. ¿Eso le han dicho? Supongo que será verdad, entonces.

—Sabía que había elegido bien enviándote allí. No me has defraudado.

Ahora va a resultar que incluso te estoy haciendo un favor y todo.

—Eso he intentado —le miento, porque en ningún momento de estos cuatro meses he pesando ni una sola vez en tener que estar a la altura de lo que él esperaría de mí. Me he guiado por mis propias exigencias, y cada buen trabajo, cada detalle pulido y cada idea creativa han sido por y para mí.

—Por aquí todo bien, la verdad —continúa, pese a que no le he preguntado realmente—. La chica nueva, Delilah, no tiene intención alguna de quedarse. Dice que Nueva York no es para ella y echa de menos su hogar.

—Puedo entenderla —le reconozco.

—Pero en la oficina es un hacha, la tía. No te hemos echado mucho de menos.

¿No me digas? Qué sorpresa, Victor. Qué inesperado giro de los acontecimientos.

—No sé si darle las gracias o…

Coleman se echa a reír. A veces pienso que no se da cuenta de que sé que le caigo mal, y cree que mis respuestas son porque él me cae bien y su ego se ve recompensando.

—Bueno, cuéntame, ¿te han ofrecido quedarte?

—Oficialmente no.

—Vale, bien. —Se hace el silencio durante unos segundos—. Ryan, disculpa. En realidad te llamaba porque quería ofrecerte algo. Digamos que un cliente nos ha pedido alguien de confianza, alguien que enviarles para que trabaje directamente con ellos en su nuevo estudio gráfico. No sería algo temporal, como esta aventura tuya, sino

algo estable y… Bueno, esto está feo que lo diga precisamente yo, pero está mejor pagado también.

Este hombre no sabe cómo deshacerse de mí. Es frustrante. Primero lo del intercambio y ahora pretende que me vaya a trabajar directamente con un cliente de forma indefinida. No sé qué le he hecho, pero provoca que quiera regresar a Nueva York ahora mismo y que tenga que tragarse mi cara durante muchos años. Y también provoca que no quiera moverme de aquí para yo no tener que verle la suya, desde luego.

—Ya tengo un buen sueldo, pero le agradezco…

—El cliente es Netflix —me interrumpe—. ¿Estarías interesado?

Me bloqueo y no puedo responder. ¿Netflix? Coleman no está intentando deshacerse de mí, enviándome a trabajar con un cualquiera, sino que, de todo el departamento gráfico de la agencia, me ha elegido a mí para un puesto increíble. ¿Qué está pasando aquí? ¿Llevo años equivocado con él? No puede ser. Siempre he notado su reticencia a mi presencia. No le caigo bien, discutimos con frecuencia y me trata siempre con condescendencia. Pero ahora me ofrece trabajar en Netflix. Si resulta que no tengo ni idea de cómo leer a la gente y he ido por la vida asumiendo cosas que no son, ¿en qué más he estado equivocado?

—¿Ryan? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —tartamudeo—. Erm… Sí.

—¿Sí? ¡Genial! Les diré que eres todo suyo entonces.

—No, no. Es decir, que sí sigo aquí —le corrijo—. ¿Me está hablando en serio?

—¿Cuándo he bromeado yo?

Asiento arqueando una ceja, aunque no puede verme, porque Victor Coleman es muchas cosas, pero gracioso y bromista no es una de ellas. Y mucho menos conmigo.

—No quiero sonar desagradecido —le digo—, pero me lo tengo que pensar.

—Por supuesto, Ryan. Es normal.

—¿Le puedo llamar mañana o pasado? —Necesito digerir esto. No esperaba este cambio de rumbo.

—No te preocupes, no hay prisa —me indica—. Pero no me hagas como con lo de Londres. Les podemos avisar un mes antes de la incorporación, que sería a finales de junio, así que tienes todo el mes de mayo para pensártelo con calma. Sé que es una decisión que modificaría tu vida por completo y que no se puede tomar a la ligera.

Tuve que modificar toda mi vida para venirme a Londres y tomé la decisión de forma espontánea. No creo que necesite tanto tiempo para decidir si quiero trabajar en otra zona de Manhattan con un sueldo mejor. Lo que necesito es tiempo para saber si quiero trabajar de nuevo en Nueva York, en general, y no para Netflix en particular. La oportunidad es fantástica, pero hay una parte de mí que quiere quedarse en Londres.

—De acuerdo —le digo finalmente—. Lo meditaré bien.

—Te llamo en un mes —se despide Coleman—. Sigue trabajando así de bien, chico.

La llamada se termina y la canción de Freya Ridings se reanuda automáticamente. Miro el reloj y veo que casi se me pasa la hora. Pese a no ser nada puntual en Nueva York, aquí me tomo lo de la

puntualidad bastante en serio, es parte de su cultura.

○○○

Aadhya también tiene novedades. Hemos aprovechado que ya va haciendo buen tiempo y hemos pasado la tarde sentados en un muro por fuera del Tate Modern. No hace calor, al menos no el calor al que yo estoy acostumbrado a estas alturas del año en Nueva York, pero se está a gusto en camiseta. Aadhya es una completa enamorada del verano, así que lleva ya varias semanas con sus vestidos de flores y sus blusas de gasa. «Para lucir hay que sufrir», me dijo varias veces hasta que el tiempo de Londres se adaptó a su vestuario, en vez de lo contrario.

No he querido contarle lo de Netflix en la oficina, por si había oídos cotillas alrededor. Como todavía no he tomado una decisión, no quería que la noticia llegara a oídos de Zoey y ésta decidiera no ofrecerme cualquier cosa que considerara que podría interesarme. Pero no habíamos terminado de salir del edificio cuando se lo he soltado, sin más preámbulo. Aadhya ha gritado emocionada y dando palmadas, rápidas y nerviosas como si fuera el mono de Toy Story. La alegría se nos ha venido un poco abajo cuando hemos visto que, por algún motivo desconocido, Coco di Mama estaba cerrado y hemos tenido que prescindir de nuestra dosis de azúcar de las cinco y media. Lo que significa que hoy tampoco me sentiré culpable por no ir a Gymbox.

Según Aadhya, debería aceptar el trabajo, aunque eso suponga marcharme. Una oferta así no va a estar siempre sobre la mesa, pero Londres sí. «Si no lo destruyen antes los terroristas», ha añadido. Y le he recriminado que esa clase de humor es demasiado oscuro, incluso para ella. He aprovechado para recordarle que, últimamente, la oleada de puñaladas en Londres no está siendo provocada por terroristas precisamente, sino por los propios ingleses. A veces pienso que tal vez

haya algo en el aire que está trastornando a la gente por aquí. Luego recuerdo que en Estados Unidos somos especialistas en tiroteos escolares y me doy cuenta de que no es un problema geográfico, ni siquiera cultural, sino humano. O quizás de una carencia de eso mismo. Humanidad.

Aun así, es algo que tengo que pensar bien. Londres siempre va a estar aquí, pero Netflix tampoco es que sea la presidencia de los Estados Unidos. Si me ha surgido esa oportunidad, casi sin buscarla, es probable que en el futuro surjan otra diferentes igual de buenas si las busco a conciencia. Creo que a veces nos obsesionamos tanto con algún sueño en particular que no nos damos cuenta de que alrededor hay muchos otros propósitos que nos harían igual de felices o más. El problema de soñar con algo irremediablemente es que, si no se cumple, la frustración se multiplica. Yo no soñaba, ni sueño, con trabajar en Netflix, por eso tal vez no me importa demasiado dejar escapar esa oferta. No obstante, tampoco soñaba con Londres y ahora no me imagino mi vida sin haber pasado por aquí, sin haber vivido estas experiencias, sin haber conocido a Aadhya y, por qué no decirlo, sin haber conocido más *intensamente* a Jake. No es que lo vea como un posible *algo* en el futuro, ni mucho menos. Pero, cada vez que me acuerdo de aquella noche, es como si por fin creyera que existe un mundo de oportunidades ahí fuera con el que puedo llegar a ser tan feliz como en el pasado o incluso más. Jake solo representa un concepto nuevo.

Como todavía tengo un mes por delante para tomar una decisión, nos centramos en las novedades de Aadhya; que, además, son mucho más importantes que las mías y su vida podría cambiar en base a lo que ocurra. Parece que nuestra conversación del otro día hizo mella en ella y ha estado días dándole vueltas a la posibilidad de *salir del armario* ante su familia, hasta que hoy ha tomado la decisión de hacerlo de una vez por todas. Tal y como le dije, actualmente no tiene relación con ellos, de modo que no tiene nada que perder. Sin

embargo, la decisión era suya y no he vuelto a sacar el tema hasta que ella lo ha mencionado, porque no quería forzarla a hacer nada, o que su decisión estuviera influenciada por mis palabras.

Aadhya necesita estar en un lugar más cómodo, así que entramos al museo y subimos a la cafetería de la planta 3. Instintivamente, me fijo en cada empleado, quizás con la esperanza o el miedo de encontrarme con James. Dado que trabaja aquí y que Aadhya y yo venimos al menos dos veces por semana, es como si se hubiera estado escondiendo a conciencia para no encontrarnos de nuevo.

Nos acomodamos en una mesa lejos de la barra. Todavía faltan un par de horas para cenar, así que esta zona está vacía y tenemos cierta intimidad. Ahora que estamos aquí, pienso que habría sido más adecuado hacer esto en el apartamento de Aadhya, o en el mío. Pero la he visto tan dispuesta a hacerlo que no he querido retrasarlo, sugiriendo un cambio de algo irrelevante como es la localización. Aadhya pide un té de camomila y una barrita de cereales con nueces y yo un café descafeinado con leche de almendras. Cuando nos han servido y damos por hecho que tendremos intimidad, Aadhya saca el iPad del bolso, dobla la funda a modo de soporte y lo coloca sobre la mesa.

—Ni siquiera sé si saben hacer una videollamada —me dice—. La última vez que hablé con mi madre por teléfono fue hace bastantes años. —Aadhya busca entre los contactos y deja el dedo a cierta distancia de la pantalla, temblando. Respira hondo por la nariz, cierra los ojos y expulsa el aire por la boca—. Mejor que te vean a ti primero —me dice, girando la pantalla hacia mí, pulsando el botón de llamada y haciéndose a un lado, ubicándose en un ángulo en el que no aparece en la imagen pero puede ver lo mismo que yo. No me da tiempo a réplica y me pongo nervioso, pese a que no es la relación con mi familia la que está en juego. Se me ha acelerado el pulso—. Diles

quién eres y que Ansh está bien, no se vayan a asustar.

—¿Tengo pinta de secuestrador?

No me da tiempo a escuchar su respuesta porque la llamada conecta y en la pantalla aparece una chica algo más joven que Aadhya. Miro rápidamente a mi amiga y ella murmura «mi hermana».

—¿Hola? ¿Quién eres? —pregunta su hermana.

—Erm… ¡Hola! —saludo, arqueando las cejas, y mostrando una forzada sonrisa nerviosa—. Soy un amigo de Aad… de Ansh. —Miro hacia la derecha y hago una mueca de disculpa—. ¿Eres su hermana?

—Sí… Sí, se supone —responde con cierta indiferencia—. ¿Le ha pasado algo?

—No, no, no, no —repito a toda velocidad—. Es decir, sí, pero no. Nada malo. Está bien, está aquí conmigo. Es que…

—¿Ansh? ¿Y por qué no…? —Su hermana hace un gesto de duda con la mano e inclina la cabeza, como si pudiera asomarse por la pantalla y ver lo que hay a mi lado. Me alegra saber que no soy el único que hace eso inútilmente—. ¿Qué significa esto?

—¿Están tus padres por ahí? —le pregunto—. Aad… —Cierro los ojos y respiro—. Ansh quiere hablar con ellos.

Aadhya me pone la mano en el muslo por debajo de la mesa y lo aprieta nerviosamente. Yo muevo mi mano junto a la suya y se la estrecho. No consigo que deje de temblar, pero dudo que lo consiga hasta que la llamada haya finalizado, así que mi prioridad ahora es no meter la pata. Aadhya tiene los ojos vidriosos. Hace tiempo me contó que el único vinculo que tiene con su hermana es al espiar su perfil de Instagram, que por suerte tiene público, y así es como le ha seguido la

pista todos estos años. Entiendo que no es lo mismo verla en fotos e historias que hacerlo ahora, en movimiento, al natural, sin poses artificiales de cara a la galería.

Los padres de Aadhya aparecen en pantalla y su hermana no regresa. O, si lo hace, es fuera del encuadre. Su madre se parece bastante a ella, tiene los mismos ojos expresivos. Por algún motivo que no entiendo, a su padre siempre me lo había imaginado moreno y con rasgos indios, pese a que siempre he sabido que es inglés. Además, tiene el pelo rubio y canoso, y también cierto sobrepeso.

—¿Quién eres tú y dónde está Ansh? ¿Qué ocurre? —pregunta el padre de Aadhya. Y yo ya no sé cómo seguir esto. Improviso.

—Ansh tiene algo que contarles, pero está muy… nervioso. —Miro a Aadhya y le pido disculpas con un susurro, por haber hablado de ella como él—. Tan solo quería decirles que Ansh es genial y que espero que sepan ver todo lo que yo he visto siendo su amigo.

La madre de Aadhya dice algo, pero no estoy atento porque miro hacia mi amiga y le hago un gesto para comprobar que está lista. Ella vuelve a respirar hondo y a expulsarlo por los labios fruncidos. Se atusa el cabello, se pasa las yemas de los dedos bajo los ojos y vuelve a hacer otra respiración lenta. Debajo de la mesa, sacude las manos para liberar la tensión y, al mismo tiempo, asiente. Con la mano derecha, sujeta el costado del iPad y lo gira lentamente hasta que la imagen deja de mostrar mi cara y aparece la suya.

Su padre hace un gesto incómodo, como si no supiera qué está pasando o no reconociera a la persona que está viendo. Su madre, en cambio, abre la boca sorprendida y se lleva las manos a ella para cubrírsela. Niega ligeramente con la cabeza y yo empiezo a temer el resultado de todo esto. Espero estar equivocado.

—¿Qué clase de broma es esta? —pregunta su padre—. ¿Dónde

esta Ansh?

—Ese es Ansh —le dice su esposa, haciendo una seña con la mano a la pantalla—. Es él.

Se me rompe el corazón al oírlos hablar así y busco la mano de Aadhya por debajo de la mesa otra vez, hasta que la encuentro y se la sujeto firmemente.

—¿De qué vas disfrazado? —pregunta su padre—. ¿Tantos años sin saber nada de ti y ahora haces esto? ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Aadhya cierra los ojos, reprime las lágrimas y habla con un hilo de voz, haciendo énfasis en cada palabra.

—No es un disfraz.

Su padre niega con la cabeza, se levanta de donde está sentado y sale fuera del encuadre. Su madre se acerca a la pantalla y observa a Aadhya en silencio. Mi amiga apenas puede decir una palabra. No es justo.

—¿Qué has hecho Ansh? —le pregunta.

—Aadhya, mamá —le responde ella, temblando—. Mi nombre es Aadhya.

—¿Aadhya? —pregunta su madre, sorprendida—. No te atrevas a mancillar el nombre de Durga. ¿Cómo te atreves a hacer algo así? Eres Ansh y siempre serás Ansh.

—Aadhya —repite mi amiga, apretándome la mano con desesperación. Las lágrimas empiezan a brotar de sus ojos—. Me llamo Aadhya. Ansh ya no existe. Nunca ha existido, mamá.

Su madre se detiene a observarla y su rostro cada vez adquiere más y más rechazo. Atrás queda la incertidumbre y la duda, ahora solo veo desprecio en sus ojos.

—Sí, tienes razón —le dice su madre. Guarda silencio lo que parece una eternidad y después continúa hablando—. Ansh ya no existe. Ansh es una deshonra para la familia. Mamá tenía razón. Alejarme de nuestra cultura no podía traer nada bueno. Ay, pobre mujer, cuánta razón tenía.

—Mamá, no digas eso —le pide Aadhya entre sollozos—. No he hecho nada malo. Esta soy yo.

—Este mundo te ha confundido —continúa su madre, sin hacerle caso—. Una cosa es ser personas modernas y otra… *esto*. —Señala de nuevo la pantalla—. Esto es ir contra la naturaleza y contra nuestra religión.

—Por favor, mamá —intenta decir Aadhya, pero su madre la interrumpe, continuando su discurso de desprecio con palabras que Aadhya ya no está dispuesta a seguir escuchando. Mi amiga se levanta de golpe y se marcha, creo que en dirección al baño. Definitivamente, esto no ha sido buena idea, y no puedo evitar pensar que es culpa mía.

Entonces el padre de Aadhya regresa al encuadre y grita «¡nuestro hijo ha muerto!», pero en la pantalla solo se ve la cristalera de la cafetería y el cielo de Londres. No quiero empeorar las cosas, pero en este punto creo que no hay nada que pueda decir que vaya a convertir esta situación en algo incluso más insoportable, así que giro el iPad y entro en el encuadre. Trago saliva y después hablo con rabia:

—¿Saben qué? Tienen toda la razón. Ansh ha muerto. Pero no hoy, ni hace tres años, ni hace veintiséis. Ansh ha estado muerto desde que nació, porque siempre ha sido Aadhya. No saben ustedes la hija que tienen —les digo con una mueca de desprecio que no recuerdo

haber usando nunca antes con nadie—. No, mentira, nunca la han tenido. ¡Ya les gustaría! Si esta es su reacción ante algo tan maravilloso como ser ella misma, entonces no se merecen conocerla ni tenerla en sus vidas —me río con asco y desgana. La madre de Aadhya intenta hablar, pero yo la interrumpo—. No soy nadie para meterme entre ustedes, pero he sido más familia de Aadhya este tiempo que nadie en este planeta, y no pienso permitir que un par de sinvergüenzas le hagan daño. Aadhya es increíble y se van a arrepentir toda la mierda de vida que les queda por haber dejado escapar esta oportunidad.

Cojo el iPad, lo bloqueo cortando la llamada y doblo la funda hasta dejarla de nuevo cerrada. Después cierro el puño y lo estampo sobre la mesa, con la tablet entre medias. Aprieto la mandíbula para contener la rabia y las ganas de llorar. No es mi vida, ni mi familia, pero me molesta que pasen estas cosas a gente que no se lo merece. No entiendo cómo alguien que ha parido y criado a una persona es capaz de expulsarla de su vida con tanta facilidad, como si fuera un empleado al que despides porque no rinde lo esperado. Se supone que la familia debería estar por encima de todo.

Aadhya regresa del baño, todavía temblando, pero con la cabeza alta. Se queda de pie a mi lado en vez de sentarse.

—Creo que te he roto el iPad, yo…

—¡Te lo dije, Ry! —me grita, volviendo a llorar otra vez—. ¡Te dije que esto es lo que iba a pasar! ¿Ahora qué? ¿Eh? ¿Ahora qué?

Aadhya coge su bolso y se marcha. Tiene toda la razón del mundo y yo debería ir tras ella, pero sé que ahora mismo no va a escuchar nada de lo que pueda decirle. No serviría de nada disculparme porque el daño ya está hecho. Si no me hubiera empeñado en hablar de su familia, esto no habría pasado. Aadhya seguiría fascinada con su doble existencia y, al menos, seguiría con la

duda de saber qué podría pasar. Me equivocaba cuando pensaba que un resultado negativo sería igual que su situación actual. Porque Aadhya todavía conservaba la esperanza y ahora ya ni siquiera le queda eso.

Recojo el iPad de la mesa y descubro que realmente no lo he roto. Ni siquiera eso sé hacer bien. También recojo el abrigo que Aadhya se ha dejado olvidado. Salgo al exterior del museo y me cierro la chaqueta. Pienso en mi amiga, que se ha ido sin abrigo y espero que, al menos, haya cogido un taxi para no pasar frío.

Paseo por la ribera del Támesis y pierdo la vista en el *skyline* iluminado que contrasta con el atardecer. Donde debería ver belleza y ganas de hacer fotografías solo hay remordimiento y culpa. Paso bajo el puente Blackfriars y sigo avanzando por el paseo. Me cruzo con algunos corredores que van casi en bañador y me pregunto si la gente ha dejado de tener sangre corriendo por las venas. Ahora mismo todo me produce rechazo. No Londres, sino la gente. Estoy cansado de vivir en un mundo en el que las personas no pueden ser ellas mismas sin tener doscientas opiniones al respecto juzgándolas. Un mundo en el que el odio cada día tiene más fuerza y cada vez está más y más legitimado. Un mundo que hace daño a propósito y se enorgullece de ello. No sé qué está pasando, pero esto no es lo que yo esperaba de la vida cuando era pequeño. Ya no queda sentido común y el amor cada día es un bien más escaso. La gente huye de él como si fuera dinamita (me incluyo, es cierto). ¿Por qué? ¿Por no sufrir? Mejor sufrir por amor que por el resto de mierda que cruza el planeta de un lado a otro y en todas las direcciones.

Cuando llego al Teatro Nacional, subo por las escaleras y cruzo al otro lado del río por el puente Waterloo. Al llegar a la otra orilla, miro hacia atrás y contemplo una vez más el London Eye y todo lo que representa para mí. No puedo vivir eternamente con miedo al pasado y a todo lo malo que sucedió hace años. Como me dijo mi padre, el

pasado ya no existe. Y yo llevo demasiado tiempo permitiendo que algo que no existe controle mi vida. Creo que, si tanto dolor me ha causado el pasado, lo mejor que podría hacer en el presente para no volver a pasar por lo mismo es vivirlo y dejarme de tonterías. Convencer a mi subconsciente de que ya está bien.

Ya está bien, Ryan. Ya. Está Bien.

Basta de tanto darle vueltas a todo. Basta de pensar las cosas hasta gastarlas. Basta de tener miedo de cualquier cosa que signifique sentir algo que no sea paz y armonía. Basta de ser mi propio enemigo y verdugo. Ya va siendo hora, de una vez por todas, de dejar lo pasado atrás y seguir adelante. Y eso hago ahora, seguir adelante cruzando The Strand hasta llegar al Pret A Manger de la esquina con Bedford Street. Allí me compro la cena para llevar en sus habituales cajas de cartón y continúo calle arriba hasta llegar a New Row.

Según me acerco hasta la puerta azul, distingo que Aadhya está ahí, esperando por mi.

—Lo siento —me dice nada más llegar hasta ella—. No debí…

—No lo sientas —le pido—. Tenías razón. La culpa ha sido mía.

Aadhya me mira desconsolada. Ya ha dejado de llorar, pero sigue teniendo la tristeza dibujada en su cara. Niega con la cabeza.

—No, no ha sido culpa tuya. —Me da un abrazo y siento como si la tensión se me fuera directa a las piernas—. Tenía que hacerlo.

—¿Cuánto llevas esperando? —le pregunto, nada más separarnos.

—Veinte minutos o más. Vine directa hasta aquí.

—Lo siento, vine caminando —me disculpo—. Pero he

comprado cena. —Levanto la bolsa. En realidad solo hay comida para uno, pero hoy ella lo necesita más que yo. Me las puedo arreglar con algunas sobras de la nevera—. Venga, subamos. Hoy te quedas conmigo.

Mi apartamento, ese que Aadhya conoce tan bien, se convierte en un refugio en el que la tensión se disipa, más fortalezas se vienen abajo y los sentimientos afloran. Se echa a llorar una vez más casi en cuanto entramos por la puerta. Se sienta en el sofá, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas. Le doy su espacio y me quedo en la cocina, preparando dos infusiones y metiendo las tazas en el microondas. Sé que en el fondo no le da tan igual como ha intentado aparentar todo este tiempo, por mucho que hiciera ocho años que no veía a sus padres y casi la mitad desde que hablaran por última vez por teléfono. Tanto tiempo, escondida de sus ojos en esta ciudad, no borra de un plumazo todo lo vivido junto a ellos en Birmingham, ni los veranos en Mallorca, ni los viajes a la India para conocer al resto de su familia. Puede que Ansh siempre haya estado muerto, pero Aadhya tenía un pasado que acaba de convertirse en su peor tortura. Es fácil deshacerte de un novio o de un amigo, pero no es tan sencillo dejar atrás todos tus vínculos familiares y fingir que nunca te han importado.

—¿Sabes qué? —me dice de pronto, levantando la cabeza y secándose las lágrimas—. No puedo decir que no me duela, porque claro que me duele. Pero no pienso permitir que dos personas que no me quieren controlen quién soy o cómo me siento. No es culpa tuya, ni es culpa mía, solo de ellos. Tenías razón, ya está. —Se sacude las manos—. Ya he matado a Ansh y también las dudas de qué habría pasado. Ahora al menos puedo seguir con mi vida sin remordimientos. Ahora les toca a ellos pensar qué habría pasado si me hubieran dado una oportunidad.

El microondas emite tres pitidos y Aadhya se pone en pie.

—Ya está —se dice a sí misma, después me mira—. He superado cosas peores y esto no podrá conmigo.

Se quita los zapatos de tacón, los deja a un lado y se sienta de nuevo en el sofá con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Por un momento pienso que va a empezar a meditar, pero vuelve a abrir los ojos. Le acerco su infusión y la dejo encima de la mesa. Sigo el camino hacia mi habitación, pero Aadhya me llama y me pide que me quede con ella, que no quiere estar sola. Deshago el camino y me siento a su lado.

—Después de esto, me enseñas qué has comprado y empezamos con las cervezas esas que tienes en la nevera —me dice, forzando una sonrisa.

Cervezas. Inevitablemente me acuerdo de Jake, James y lo que pasó entre estas paredes hace ya un mes. Borro ese recuerdo de mi cabeza y me apoyo sobre el hombro de Aadhya. Debería ser ella la que buscara consuelo en mí, pero de pronto me he sentido derrotado y sin fuerzas. A veces, luchar por el bienestar de tus amigos es más agotador que hacerlo por el tuyo propio.

—Ha sido como volver a tener catorce años —me dice de pronto—. He regresado a esos días en los que me encerraba en el baño y me enrollaba la toalla en la cabeza para fingir que tenía pelo largo. O cuando me ponía la música de las Spice Girls a todo volumen cuando me quedaba sola en casa y cantaba por el pasillo como si fuera mi escenario, siempre con el miedo constante a que apareciera alguien por sorpresa. Pensaba que no iba a volver a sentir eso nunca más.

—¿Sentir que eres una niña? —le pregunto—. Es decir, una adolescente.

—No, Ry. —Me mira fijamente—. Vergüenza.

Aadhya se queda en silencio, soplando de vez en cuando la humeante taza. Yo me incorporo, apoyo la espalda en el respaldo del sofá y la miro sin decir nada. No sé qué decir, nunca he tenido que lidiar con algo así. Aunque pertenezcamos al mismo mundo, mi situación no es como la de ella, ni yo podría jamás llegar a imaginar lo que ha tenido que vivir. Aunque lleve años quejándome de mi mala suerte, mi vida nunca fue traumática en ese sentido, ni me sentí demasiado perdido, solo confuso.

—Creo que por eso no quería hablar con mis padres —continúa —. No era miedo a ser quién soy, era miedo a volver a sentir esa vergüenza que me comía por dentro cuando era niña. Ahora vivo una vida en la que puedo ser quien soy y estar orgullosa, y haber vuelto a sentir que estaba haciendo algo malo o impuro me ha destrozado por dentro, más incluso que su propio rechazo.

—Nunca has hecho nada malo —la reconforto—. No podrías. Eres brillante, y no lo digo para que te sientas mejor.

—Cuando estás al límite y sientes que el fallo eres tú, que has nacido defectuosa, llegas a pensar cosas, a hacer cosas… —Aadhya desvía la mirada hacia la madera del suelo—. Sí que he hecho cosas malas, y me arrepiento de ellas, pero de algún modo también me dieron la fuerza que necesitaba para seguir adelante.

—Tampoco has matado a nadie, ¿no? —bromeo.

—Casi, pero no me habrían metido en la cárcel por ello —me responde, encogiéndose de hombros—. Solo en un bonito ataúd.

Entiendo lo que quiere decir y le paso la mano por encima del hombro. Yo le tengo tanto miedo a morirme que nunca me plantearía algo así. Pero tal vez no es el miedo lo que me evita esos pensamientos, sino el hecho de no haber tenido que sufrir hasta tal

punto que la muerte podría parecer un alivio. Ni siquiera cuando murió Matt, aunque deseaba poder cambiarme por él. Es fácil desear algo así cuando sabes que no es posible y el miedo está oculto bajo capas y capas de dolor.

—Llegué a un punto en el que me vi muerta —continúa mi amiga—. Es decir, tuve esa sensación de no existir, de que el mundo seguía sin mí y a nadie le importaba, porque no podrían echar de menos a alguien que no conocían… y me eché atrás. Tuve como, no sé, una revelación. Me di cuenta de que yo no tenía que pagar el precio de ser como era, estuviera bien o mal. Y pensé que alejarme de todos y vivir sola era mejor que desaparecer, literalmente. Y, joder, tenía razón.

—¿Sabes qué? Me alegro de que ahora formes parte de mi vida.

Aadhya sonríe, me mira de reojo y después se acomoda en el sofá para ponerse ligeramente de lado, hacia mí.

—Es increíble que hace ¿cuanto? ¿cuatro meses? no te conociera. Es que no sabía ni que existía un Ryan por ahí que terminaría dejándose caer por aquí. Tantas veces estuve en este piso y nunca supuse que el mejor inquilino de todos todavía estaba por llegar. Y, chico, que no se te suba a la cabeza, y no te ofendas, pero a veces me alegro de que las cosas fueran tan caóticas en Nueva York y te empujaran a huir… porque gracias a eso ahora eres mío.

—Prestado —bromeo.

—Bueno, ya veremos.

Yo también me alegro de que la vida me haya echado a patadas de Nueva York, básicamente. Echo de menos a mi madre, a mis amigos, a Sussan y a los niños… pero siento que necesitaba esto, sin darme cuenta. No sé qué ocurrirá en el futuro próximo, pero todo lo

que he vivido en Londres en este tiempo me ha ayudado a poner mi vida en perspectiva, a darme cuenta de lo que realmente importa y, sobre todo, a no hacer un mundo entero de situaciones que no serían ni un pequeño país en comparación con otras.

No soy perfecto, no me he convertido en una persona diferente, porque creo que solo las experiencias traumáticas nos pueden llegar a cambiar de forma radical. Pero sí estoy convencido de que soy un poquito mejor persona que cuando llegué. Y mentalmente creo que estoy un poco más centrado, pese a que siga teniendo pataletas dramáticas como la de esta noche.

18
SANDÍA Y FOCACCIA

Sábado, mediados de mayo. Temperatura agradable y cielo casi despejado. Escucho una lista de reproducción de Apple Music con lo mejor de The 1975 y hay momentos en los que siento que nunca he vivido en otro lugar que no sea Londres. He encajado en esta vida como un anillo hecho a medida. Oficialmente, hace ocho semanas que no veo a James. Casi dos meses. Si seguíamos esta racha, tenía serías posibilidades de volver a cruzarme con Jake antes que con el escurridizo inglés que vive en esta misma ciudad. Pero dicen que las cosas aparecen cuando dejas de buscarlas, y resulta que los James también regresan cuando das por hecho que ya están fuera de tu vida. Me ha pedido disculpas por WhatsApp, me ha llamado para vernos y me ha prometido que me lo explicaría todo en persona. He aceptado, pero a mí manera. Él quería que subiera a Highsbury, al norte de la ciudad. Yo le he dicho que mi plan para hoy era visitar el Borough Market y que no pensaba alterarlo. Así que aquí estoy, al pie de las escaleras de la estación de metro de London Bridge, en la esquina con Borough High, mirando el reloj del teléfono cada dos minutos, pese a que todavía faltan tres para las once de la mañana, la hora que hemos acordado.

Hoy he desayunado bastante temprano, así que ya tengo el estómago rugiendo. Estoy tentado a entrar en el Starbucks de la acera de enfrente y comprarme algo, pero la gracia del Borough Market es que hay puestos de comida para que uno se llene la barriga y se alegre el corazón. De modo que resisto el impulso y observo a las personas que van de un lado para otro, el tráfico, los pájaros sobrevolando la

zona y, ¡anda!, James subiendo por la escalera.

Inesperadamente, me saluda con un beso en los labios y me coge por la cintura para animarme a caminar. Me pilla por sorpresa el gesto, pero más todavía el hecho de que no he sentido nada. ¿Falta de costumbre o de deseo? Ha pasado *tanto tiempo* que incluso había olvidado que es mucho más alto que yo. Normalmente me gustan los de mi altura o menos. James no dice gran cosa. Nos dirigimos hacia el mercado, como si fuéramos una pareja normal que se ve a diario y, simplemente, han quedado en la esquina de una calle cualquiera. Nada más lejos de la realidad.

Borough Market no es lo que esperaba. No digo que no me guste, sino que me imaginaba algo como los *food trucks* y los puestos de comida de Camden Market, pero no tiene mucho que ver. Esto es, literalmente, un mercado, con puestos de fruta, verdura, carne, pescado… Incluso hay neveras con productos refrigerados. Esta zona es como un supermercado al aire libre. Si por «al aire libre» entendemos que no tiene puertas, porque techo sí hay, aunque bastante elevado. Las columnas y la estructura de acero verde le da un aspecto entre tradicional e industrial que me enamora al instante; porque, a veces, lo inesperado atrae más que lo deseado.

—Esto está lleno de gente —se queja James—. Qué agobio.

Quería ir de digno, mantener mi orgullo intacto y que mi plan de visitar el mercado no se estropeara, pero no puedo evitar abrir la boca para sacar el tema.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto bromeando, para aligerar un poco la tensión que hay entre ambos, aunque James no parezca notarla. O a lo mejor soy yo el único tirando del hilo invisible que nos une. Un arma de doble filo, porque yo no he echado de menos a James, sino que más bien he echado en falta tener las respuestas a mis preguntas.

—Claro, ese era el problema. —Lo responde como si nada, mientras observa un frasco de especias de uno de los puestos y después lo devuelve a su sitio—. Mi madre le echaba de esto a todo, acabé aborreciendo el perejil cuando era pequeño.

—Me interesa más el asunto ese del problema. ¿Qué problema?

—Tú —responde de forma desinteresada, después se gira hacia mí y sonríe—. Nosotros. Bueno, yo. No, nosotros.

—Al menos tienes las cosas claras —ironizo, pero él no lo capta.

—Ahora sí. Mira —me roza una mano con la suya, como si fuera a cogérmela pero se hubiera contenido—, sé que he actuado mal…. fatal, horriblemente. Lo siento. Pero tenía que pensar.

Habla de una forma en la que siento como si aquella noche no se hubiese marchado del todo. Me lo imagino colándose en el patio trasero detrás de mi apartamento y subiéndose a una escalera para escuchar todo lo que hablamos e hicimos Jake y yo. Lo incómodo del asunto, de mi propia fantasía, es que no tengo por qué darle explicaciones a James. Le he dejado claro en todo momento que no somos novios ni lo vamos a ser.

—Vale, sí, lo entiendo —le digo—. Pero, ¿sobre qué tenías que pensar exactamente?

No digas que lo nuestro. No digas que lo nuestro. No. Digas. Que. Lo. Nuestro.

—Sobre lo nuestro. —*Joder, James*—. Sobre ti, sobre mí, sobre lo que sea que tenemos. O teníamos. Seguro que ya has encontrado a otro. Los chicos buenos no duran mucho por aquí.

James me roza la barbilla con su dedos y por medio segundo me olvido de que no siento nada por él, que lleva un mes dándome largas y que, antes de eso, de vez en cuando ha hecho comentarios extraños que no me han gustado demasiado. Sin embargo, tengo que permitir que se explique si realmente esta persona mejorada que se supone que soy ahora quiere estar a la altura del cambio. Respecto a los comentarios que ha hecho James, no puedo tachar a alguien de mi lista personal cada vez que alguien opine algo diferente a mí. Y tampoco me sobran los amigos en Londres.

—He estado centrado en el trabajo, intentando ganarme un puesto fijo —le informo—. No he tenido tiempo para otros, ni siquiera tengo Tinder ni nada de eso.

Técnicamente no he mentido. No he hecho nada con nadie desde Jake. Aunque tampoco he tenido la oportunidad. No sé qué hubiera pasado si hubiese surgido.

—¿Al final te quedas? —me pregunta, ligeramente emocionado. James nunca se excede en nada, siempre contenido, como si nunca terminara de despegar por miedo a que le guste volar. Así que esta repentina emoción me asusta.

—No lo sé todavía. Me quedan unos diez días para decidirme.

Me detengo en otro puesto del mercado en el que venden zumos de diferentes frutas. Acordándome del verdadero enamoramiento que he tenido en esta ciudad con el *Watermelon Crush* de Flight Club, pido un zumo de sandía. Le entrego tres libras al tendero y le pido que se quede con el cambio.

—Me gustaría que te quedaras —me dice James, acercándose a mí oído—, así podría tenerme para mí. Si tú quisieras, claro.

—James… —No sé cómo decirle que no he cambiado de idea

respecto a ese *nosotros* que él ha estado analizando y que yo ni siquiera contemplaba—. Ya me tenías para ti, en cierto modo, y desapareciste.

Deberías haberle dicho que no quieres tener nada serio con él aunque te quedes. Le estás dando alas.

—Me puse celoso por tu amigo —me reconoce—. ¿Cómo se llamaba?

—Jake. Y no entiendo a qué vienen los celos. Primero, él es *hetero*. Y segundo, fuiste tú el que sugirió que nos lo montáramos con él. —Doy un sorbo al zumo y me encanta. Creo que tengo un problema serio con la sandía y todo lo que tenga su sabor. Ojalá tener un novio hecho de sandía.

—Lo sé, pero en realidad no quería. —Arqueo las cejas, porque yo juraría que lo estaba deseando. No había más que verle la cara—. Bueno, un poco sí. —Se ríe—. Pero cuando me fui me puse a darle vueltas a lo que te había dicho y no me gustó nada. Fui un imbécil y me arrepentí al instante. No sé, Ryan, me gustas y no quiero compartirte.

—No dijiste eso en el pub aquel de Carnaby —le recuerdo.

—Por eso digo ahora que no quiero hacerlo —me repite—. Estaba borracho y me dejé llevar. La cuestión es que no quiero compartirte y por eso me alejé, porque era mejor no saber nada de ti que verte y saber que no podía tenerte en exclusiva. Noté cómo mirabas a tu amigo aquella noche, por muy heterosexual que sea. Te gusta. O te gustaba.

—Jake y yo solo somos amigos, nada más. —Me niego en rotundo a reconocerle a James que sí, que tiene razón, que Jake me gusta. De hecho, me encanta. Eso solo alimentaría unos celos que, de

por sí, no deberían existir porque no soy su novio.

—Y lo acepto —me responde—. Me da igual eso. Quiero que me des una oportunidad y aprender a tener una relación sana contigo.

Me detengo delante de un puesto que vende multitud de tipos de pan. No quiero encender un fuego que no sabré apagar, ni reprocharle nada sobre su personalidad y su dinámica en cuanto a las relaciones entre hombres; así que juego a lo que siempre funciona, aunque a nadie le guste: no eres tú, soy yo.

—Sabes que ahora mismo no puedo pensar en una relación —le recuerdo—. Ni contigo ni con nadie. Todavía no sé qué va a ser de mi vida a partir del mes que viene. Lo único que puedo ofrecerte es que seamos amigos.

—Honestamente, no comprendo que a mí me cierres la puerta de esta manera, pero luego te relaciones con Aadhya como si fuerais a ser amigos para siempre. ¿Qué me diferencia de ella?

Que Aadhya es maravillosa y tú a veces haces comentarios de Neanderthal, básicamente.

Necesito darle un par de minutos para que él mismo razone la respuesta a esa pregunta. Sé que no está hablando él, sino sus celos. No puede ser que no sé dé cuenta de que no es la misma situación. Una cosa es la amistad y otra una relación sentimental. Me acerco al puesto del pan y compro una hogaza de tamaño considerable de *focaccia*. De vuelta con James, le ofrezco un pedazo. No quiere, me lo como yo y él sigue esperando paciente a que le responda, así que tengo que explicarle lo evidente.

—Puedo tener una amistad interoceánica, pero no una relación seria. Y aunque supiera con seguridad que la amistad se va a romper en cuanto me vaya, ahora mismo no podría, ni quiero abandonarla.

No ahora que me necesita más que nunca.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta él, interesándose en serio por lo ocurrido—. ¿Está enferma o algo? ¿Se ha contagiado de…?

—¡No! —exclamo, casi con desagrado—. No, joder. ¡Qué mal pensado! Está bien, pero su familia le dio de lado hace unas semanas y ha estado hundida.

Le hago un resumen a James de lo ocurrido con los padres de Aadhya, la videollamada y demás. Al terminar, me dice que es normal que reaccionen de esa forma si no sabían nada, que les comprende. Cuando parece que James no puede darme más sorpresas, se las arregla para conseguirlo. Quiero pensar que no ha sabido expresarse, así que le pido que se explique.

James piensa que los padres de Aadhya criaron a un chico y es entendible que ahora sientan rechazo hacia una persona que no tiene nada que ver con su hijo. Dice que es como si te cambiaran a un familiar por cualquier persona de la calle y esperaran que le quisieras igual.

—Es la misma persona —le digo—. No les han cambiado un niño por otro en una operación de contrabando. Me gusta pensar que las personas somos algo más de lo que se ve por fuera.

—Pero no es un niño —insiste.

—¡¿Y qué más da?! —le replico, levantando la voz involuntariamente. Después me relajo—. ¿Qué más da que sea un niño o una niña o lo que le dé la gana de ser? Es la misma persona, el mismo ser humano, en un envoltorio diferente. ¿Te voy a dejar de gustar si me rapo la cabeza o pierdo un ojo?

—Claro que no, pero no es lo mismo.

—¡Es que sí lo es! —vuelvo a exclamar, un poco más alterado —. Aadhya no es un cuerpo de mujer o un cuerpo de hombre. Aadhya es su sentido del humor, su creatividad, su valentía, sus ganas de comerse el mundo, su fuerza, su capacidad para alegrarte un día de mierda y es ese corazón que tiene en el pecho. Lo demás no debería importar.

—Entonces tú te deberías poder enamorar de una chica y no lo haces.

—¡Pues a lo mejor lo hago! —Le doy un último sorbo al zumo y lo tiro en una papelera con un gesto de exasperación—. Pero una cosa es el amor y otra, la atracción sexual. Nadie le ha pedido a los padres de Aadhya que quieran follársela, solo que la quieran tal y como es.

—Vale, pero tu amiga les ha ocultado quién es durante muchos años —insiste James—. No puede obligarles a sentir amor por alguien que no conocen.

—¿No te das cuenta de que ese es el problema? —le pregunto —. Precisamente ese, que se sientan obligados a sentir amor cuando debería salirles de forma natural. La esencia de una persona va más allá de las palabras que dice o cómo se comporta. —Avanzo por el pasillo, entre puestos de queso y verdura, en dirección a la calle—. Yo sería capaz de reconocer a mi madre con los ojos cerrados entre cien mujeres. Es una cuestión de corazón, no de tiempo o apariencia física. Es algo que llevas dentro.

—No sé, Ryan. Creo que no vamos a estar de acuerdo. —Opino lo mismo, y es una pena, porque de verdad que creo en que es posible cambiar de opinión con según qué temas, y no comprendo cómo se puede ser tan cerrado para ni siquiera pensar que a lo mejor no tiene razón. Sin embargo, en este caso no es una cuestión de tener razón o no, sino de amor y respeto hacia los demás—. Es como si obligas a

unos padres a aceptar que su hijo sea drogadicto o un asesino en serie. Da igual que tengan la misma sangre, hay cosas que lo cambian todo.

Me detengo en mi camino de golpe.

No puede haber dicho eso. Has oído mal.

—¿Estás comparando ser transgénero con haber cometido un crimen?

—Oh, joder. No. Simplemente, entiendo que alguien sienta rechazo cuando la realidad le muestra algo diferente a lo que se había construido en su cabeza con el paso de los años. Nada más.

No puedo con esto. Está claro que todas esas señales luminosas que me empujaron hasta Londres me han estado diciendo que James no era el camino a seguir y esto ha ocurrido por forzar la situación. Iba a decir que no entiendo cómo alguien puede cambiar tanto de buenas a primeras, pero realmente ya lo estaba viendo venir y he cerrado los ojos voluntariamente. No obstante, no puedo morderme la lengua.

—¿Entonces entenderías también que mis padres me hubieran rechazado por ser gay? Porque no soy lo que se habían construido en su cabeza.

—La verdad es que sí. —Abro los ojos con estupefacción y me llevo las manos a la cabeza—. Mira, nadie nos obliga a que nos gusten los tíos, es nuestra elección. Y no podemos forzar a nuestra familia a aceptar nuestras decisiones si no están de acuerdo con ellas.

Madre mía. Este chico no tiene límite.

—Pero es que Aadhya no decidió ser una mujer —le replico— y yo, desde luego, no decidí ser gay. Somos así por naturaleza. Esto sí que es una ley de la naturaleza que no se puede modificar. No es una

puta decisión.

—Lo dices como si hubieras tenido una vida superdura por haber sido gay… Y no creo que sea el caso. No hay más que verte.

—No gracias a gente como tú, eso desde luego. —No quería entrar en esto. Debí haberme callado hace ya un buen rato. He cruzado la línea de los reproches y los ataques personales—. Por suerte, yo soy un privilegiado y no he tenido que enfrentarme a esa clase de problemas, pero hay otras personas que sí, y no creo que sea positivo que andes por ahí con esa narrativa de que ser homófobo es lícito.

—¡Ey, ey, ey! —James me pone la mano en el hombro, como para detener mis palabras—. Yo no he dicho eso, no defiendo la homofobia.

—¡Pero si llevas diez minutos haciéndolo! —exclamo, apartando su brazo de un manotazo—. Y la transfobia. Y seguramente también defenderías el racismo si nos pusiéramos a hablar de ello, pero no me apetece seguir descubriendo capas de tu mierda.

Decido irme de aquí. Me doy la vuelta y avanzo por la calle hasta llegar al pub de la esquina, otro típicamente inglés. James me sigue y me detengo de nuevo.

—Vamos, Ryan —me dice en cuanto llega hasta mí—. No puedes ser tan autoritario. No puedes hablar de derechos y libertad y luego impedirme que dé mi opinión.

Lo observo y es como si fuera un completo desconocido; alguien nuevo que acabo de cruzarme en este mercado y con el que no he estado compartiendo vida, copas y cama durante varios meses. Apenas lo reconozco e incluso físicamente he dejado de verle el encanto. No hay nada como una personalidad de mierda para dejar de

sentir atracción sexual por alguien.

—Claro que sí, James —le digo finalmente—. Pero la misma libertad que tienes para dar tu opinión la tengo yo para no querer escucharla.

Retomo el camino, miro a ambos lados de la calzada y cruzo la calle. Yo y mi costumbre de discutir en las aceras cerca de toneladas de acero en movimiento. Ahora mismo me da igual no estar a la altura del nuevo Ryan que tanto ha aprendido en Londres. Sé que he insultado a James, pero me ha hecho explotar. Creo que es la primera vez en mi vida que discuto de esta forma. Ni siquiera con Mike, la noche del atropello, me puse así; aunque nos gritáramos. Estaba enfadado, pero no me dio asco ni sentí rechazo hacia él.

No puedo aceptar según qué opiniones, sobre todo si van en contra de las personas que quiero e incluso de mí mismo. Y tampoco puedo seguir forzando este yo-qué-sé que tengo con James si lo único positivo que obtengo a cambio son un par de polvos y algunas risas de vez en cuando. No me compensa. Incluso de cara a una posible amistad, hay muchos más factores en juego y James falla en casi todo. O tal vez fallo yo, pero está claro que las piezas de nuestro puzzle no están fabricadas para encajar. Pertenecemos a dibujos completamente diferentes.

Avanzo por Southwark Street y veo unas planchas de metal pintadas de rosa fucsia. En blanco, con letras enormes, está escrito «*LONDON'S OTHER SIDE*» en ellas. La ironía me supera. Sí, Londres, gracias, acabo de descubrir tu otro lado. Y cuando digo «Londres» me refiero a «James». Me pongo los auriculares y reanudo la reproducción de la música para despejarme la cabeza. The 1975 retoman su concierto en mis oídos con *It's Not Living (If It's Not With You)*. La discusión con James me ha alterado tanto que necesito quitarme la chaqueta por culpa del calor. Hasta el dichoso pelo me molesta y me

dan ganas de arrancármelo de cuajo. En su lugar, opto por recogérmelo a duras penas. Me lo volví a cortar no hace mucho y vuelve a ser insuficiente para hacerme una coleta decente.

Recorro la calle, pensando en lo que acaba de ocurrir, y cada paso que doy es una reafirmación de mis principios, una defensa de mis ideales y una demostración de amor hacia aquellos que hacen mi vida mejor con su presencia. No. No pienso sentir remordimientos ni mirar atrás. De hecho, no he vuelto la vista hacia atrás desde que le dije mis últimas palabras a James. No quiero pensar si estoy haciendo bien o si he exagerado la situación, solo quiero ser fiel a mis sentimientos.

En pocos minutos llego hasta el exterior del edificio donde están las oficinas de la agencia y me siento en el muro del jardín que hay por fuera del supermercado. En un impulso que no quiero ni pretendo evitar, pauso la música y llamo a mi madre. En Norwalk todavía no son ni las siete de la mañana, pero cuando me doy cuenta ella ya ha respondido al otro lado de la línea.

—Hola, cariño. ¿Ha pasado algo?

Me disculpo por las horas intempestivas y la tranquilizo para que no se preocupe innecesariamente. Solo me apetecía hablar con ella, escuchar su voz, ser consciente de que existe. Si algo aprendí de mi padre fue que nunca debo dar nada ni a nadie por sentado. Sin pensar, me sale decirle que la quiero muchísimo, más que a todo lo que conozco y conoceré nunca, y le doy las gracias por ser mi madre. Ella me devuelve el cumplido, pero insiste en preguntar si estoy bien. Incluso se le pasa por la cabeza que puedo estar en peligro o atrapado en medio de un atentado terrorista. Vuelvo a tranquilizarla y le cuento que simplemente estoy sentado por fuera del trabajo y sentí la necesidad de saber cómo estaba ella y de decirle nuevamente que la quiero.

—¿Seguro que todo está bien? —insiste por tecera vez.

—Fenomenal —le respondo—. He descubierto que he desarrollado la capacidad de ver venir los errores y ahora puedo esquivarlos antes de que me arrollen.

—Pues tiene mérito que lo hayas conseguido en una ciudad en la que el tráfico funciona al revés.

Me echo a reír y se me escapa una lágrima despistada que no sabía que andaba por ahí, a punto de dejarse caer.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sabía que pasaba algo —me responde ella, como si adivinara por el tono de mi voz que lo que quiero saber no es algo habitual, ni irrelevante—. Siempre, cariño. ¿Qué pasa?

—¿Alguna vez sentiste vergüenza? Es decir, por mí, por…

—Ryan…

—Nada, déjalo —la interrumpo—. Creo que prefiero no saberlo. No me hagas caso. Lo importante es lo que sientas ahora.

—Ryan, cariño —insiste ella, usando el mismo tono que usa cuando le hago comentarios absurdos—. La única vez que he sentido vergüenza de ti fue cuando tenías cinco años y escuchaste «me han secuestrado» en una película que veía con tu padre, y te dio por gritarlo cada vez que íbamos al supermercado.

—No me acuerdo de eso —le digo, en un estado entre risas y llantos que ni yo mismo entiendo—. ¿En serio?

—Y tan en serio. La última vez te dejé solo junto a la nevera de los yogures y te grité «¡pues quédate ahí esperando a tu madre!».

—¡No! —exclamo—. ¡Qué cruel! No conocía esa faceta tuya.

—Te cogiste tal berrinche del susto que no volviste a hacerlo nunca más —añade mi madre finalmente, riéndose al recordarlo—. Lo que quiero decirte es que no, cariño; nunca he sentido vergüenza de nada de lo que has hecho, y tampoco de nada de lo que eres. Ojalá fuese lo que piensan todas las madres, pero es lo que pienso yo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, mi única intención es que seas feliz y no hay nada en el mundo que pueda cambiar eso.

—¿Y si hubiera matado a alguien? —le pregunto, acordándome de la estúpida comparación que hizo James.

—En ese caso, quererte me molestaría bastante, pero lo seguiría haciendo con la misma fuerza, tragándome el dolor. —Me enjugo las lágrimas con la parte baja de mi camiseta—. Ahora dime —añade—, ¿a quién has matado y qué has hecho con su cuerpo?

Le regalo una sonora risa y le doy de nuevo las gracias; por quererme, por aguantarme, por escucharme y por no rendirse conmigo. Ella odia los cumplidos tanto o más que yo, así que los pasa por alto y me dice que disfrute de lo poco que me queda en Londres. Está deseando volver a verme el mes que viene. No le digo que todavía no sé si voy a regresar, porque no quiero darle disgustos innecesarios. Le deseo que tenga un buen día y que salga a disfrutar del buen tiempo, a lo que ella responde informándome de que en Norwalk ha estado toda la noche lloviendo y no parece que vaya a parar pronto. A veces se me olvida que no la tengo al otro lado de esta misma ciudad, aunque me guste fingir que es así para mantener la ansiedad a raya.

Después de colgar, me encuentro con Zoey saliendo de las oficinas y se acerca hasta mí. Le extraña que esté por aquí un sábado y me encojo de hombros, añadiendo que es una bonita casualidad.

Inesperadamente, aprovecha la ocasión para decirme que no será oficial hasta el lunes, pero va a ofrecerme un puesto fijo en la agencia. Sonrío de emoción, aunque es como si todo este tiempo hubiera dado por hecho que la oferta llegaría tarde o temprano, quizás por intuición o más probablemente por hacer caso a las dotes de pitonisa de Aadhya. Zoey añade que Delilah no va a quedarse en Nueva York, pero hay presupuesto y espacio en la oficina para que nos quedemos los dos. Vuelvo a llorar, porque es como si todo girara en un mismo sentido otra vez y todas las decisiones (propias y ajenas) se hubieran alineado para volver a formar una bonita flecha con luces de neón, indicándome el camino a seguir.

Zoey se sorprende por mi reacción y asume que me hacía muchísima ilusión quedarme en Londres. No le doy explicaciones sobre el torbellino de emociones que he estado sintiendo la última hora y le sigo la corriente. Ella ha estado adelantando algunos detalles de una nueva campaña que sacaremos adelante la semana que viene y todavía le faltan algunos flecos, así que me pide que vaya a comer con ella y así podemos hablar del tema. Le digo que me quedo para hablar del trabajo, pero que no tengo hambre (todavía tengo el estómago cerrado por lo de James y ligeramente lleno de *focaccia*).

—Pues te invito a que me hagas compañía mientras como —me sugiere—, ¿conoces Coco di Mama?

—¿Que si lo conozco? —le pregunto irónicamente—. Aadhya y yo mantenemos este local en pie.

19
BUSCANDO ESTRELLAS FUGACES

Hoy se cumple el plazo para decidir qué trabajo acepto.

Ayer Victor Coleman me envió un e-mail para recordarme lo de la oferta de trabajo de Netflix e indicarme que hoy se pondría en contacto conmigo. Desde entonces, estoy nervioso porque es muy probable que le vaya a decir que no, y no quiero parecer desagradecido. Atrás quedan los días en los que pensaba que mi jefe me odia, y ahora me resulta incómodo rechazar la gran oportunidad que me ha propuesto. Pero Londres está aquí, a mis pies, integrado en mi rutina y yo en la suya. No sé si quiero echar por tierra todo lo que he conseguido aquí, sobre todo laboralmente, en favor de algo que no sé si es tan maravilloso como aparenta por fuera. Al mismo tiempo, como decía Aadhya, Londres estará siempre aquí, pero una oferta como la del señor Coleman no va a aparecer con frecuencia.

Mi intención era desahogarme en el gimnasio y despejarme la cabeza para aclarar mis ideas. Después de media hora y unos pocos ejercicios, he aceptado que yo, Ryan, *el americano*, no funciono correctamente bajo presión. No coordino. El estrés me bloquea y la ansiedad provoca que cada esfuerzo me suponga tres veces más duro, así que me he ido antes de terminar lesionado por imbécil; como siempre, cruzando Hop Gardens (un callejón estrecho, pero con encanto, que gira justo en la esquina del Gymbox). Cuando llego a mi calle, algo me llama la atención en Watersones (la librería que hay justo en el bloque de al lado). Algo que ya había visto antes en otra parte pero que me he limitado a ignorar por mi propia estabilidad

mental. Algo que no han puesto en el escaparate hasta hace relativamente poco, porque paso por aquí casi a diario y no lo había visto antes.

Colocado sobre un pedestal en una caja de madera y rodeado por otros *bestsellers*, encuentro *Buscando estrellas fugaces*, el libro de Mike. No tenía ni idea de que hubiera tenido éxito. Es decir, si lo han puesto de forma destacada en una librería de Londres será porque en Estados Unidos ha vendido bastante. O eso espero. Se lo merece, pese a que no lo he leído. Mike se lo merece todo.

Me cuelgo la mochila del gimnasio en el hombro, entro en la tienda y le pregunto a la mujer que me atiende si tienen más copias, porque no me gustaría llevarme el del escaparate y robarle exposición al libro.

—Por supuesto. Nos han llegado esta semana y están volando —me dice la mujer, que me pide que la siga entre las estanterías—. Pero todavía nos quedan algunos. No conozco al autor, pero tiene mucho tirón entre la gente joven. ¿Has leído otras obras suyas?

Llegamos hasta las sección juvenil y hay unos cinco o seis ejemplares del libro. Siento la extraña tentación de llevármelos todos, pero enseguida me doy cuenta de que no tiene sentido alguno hacer eso. Ni siquiera sé si tiene sentido llevarme uno.

—Erm… —*No he leído otras obras del autor, señora. He vivido con él, he reído con él, he soñado con él, he llorado con él, he hecho el amor con él*—. No, la verdad es que no. Me ha llamado la atención la portada.

—Tú vives aquí cerca, ¿no? —Hago una mueca de extrañeza, entornando los ojos—. Ay, perdona, es que soy buena para las caras y te he visto pasar muchas veces por ahí fuera.

—Sí, sí —le digo con una sonrisa, quitándole hierro al asunto —. Aquí al lado.

—Pues cuando lo hayas terminado me cuentas qué tal, ¿vale? Así sabré si lo recomiendo o me quito estos de encima y no pido más.

—Trato hecho.

Regresamos a la caja, me cobra el libro, me ofrece una bolsa que rechazo y nos despedimos. Cuando subo a casa, dejo caer la mochila al suelo y miro la portada del libro. Ahora que lo tengo en mis manos es como si, de pronto, todo fuese real. Aunque lo haya expulsado de mi vida, Mike sigue existiendo y ha publicado un libro, un libro de éxito. Le doy la vuelta y leo la corta descripción que hay en la trasera:

«Perder al amor de tu vida duele. No saber si lo podrás recuperar duele todavía más».

Me da un vuelco el corazón y siento una descarga de adrenalina. Dejo caer el libro en el mueble que hay junto a la entrada.

Sabía que no era buena idea. Esto es algo que no me puedo permitir.

Me voy directo a la ducha y me meto debajo del agua helada. No quiero pensar, no quiero sentir.

El pasado es pasado. Déjalo donde está. No significa nada. Solo es ficción.

No somos nosotros. No habla de mí. Me vienen a la cabeza las palabras de Oscar. «Te vendría bien leer su punto de vista». ¿Qué punto de vista? La historia siempre ha estado más que clara. La cagué, no consiguió olvidarlo, nos separamos.

Perder al amor de tu vida. El amor de su vida. Perderme.

Niego con la cabeza y abro más el grifo para que aumente la presión del agua.

No me puede recuperar. ¿Me quiere recuperar? No, joder. Solo es ficción. Una forma de romantizar lo ocurrido y darle un punto de vista poético. No es real.

Salgo de la ducha, me visto con un pantalón corto de chándal y una camiseta holgada y me dejo caer sobre la cama. Dejo la vista clavada en las vigas de madera del techo, dejando la mente en blanco. Si algo he aprendido estos cinco meses en Londres es que ahora tengo la capacidad de no dejarme llevar por mis bucles mentales. Ahora sé controlar la situación.

Suena mi teléfono desde el baño y abro los ojos. ¿Me he dormido? Me levanto y corro a buscarlo entre la ropa del suelo. Está en el bolsillo del pantalón del gimnasio. Es Victor Coleman. Perfecto. Es hora de zanjar este asunto y dejar de hacer el tonto.

—Buenos días, Ryan. Aquí Victor, tu asistente de viajes favorito. —En serio, que deje de intentar ser gracioso—. ¿A dónde volamos hoy?

—Buenos días, señor Coleman.

—Yo creo que a partir de ahora ya puedes llamarme Victor, ¿no? —me sugiere—. Decidas lo que decidas, dejaré de ser tu jefe. De hecho, lo dejé de ser el 1 de enero, visto lo visto.

—Sí, claro, es probable. —No quiero volver a pensar mal de él, pero me parece sospechoso que asuma que voy a elegir Londres o Netflix, como si regresar a Nueva York y seguir en la agencia no fuera una tercera opción perfectamente válida, por mucho que la haya

ignorado todo este tiempo—. Supongo que me llama para saber qué he decidido, ¿no?

—Exacto. —Se hace un silencio que dura más segundos de la cuenta—. ¿Y bien?

—Acepto la oferta, Victor —me sorprendo diciéndole, incluso sin haber pensando en esas palabras.

—¡Genial! Joder, tío, cómo te lo vas a pasar. —Cualquiera diría que he aceptado actuar en un episodio de *Modern Family*—. Entonces, oficialmente, tu estancia en Londres termina el día… Espera que miro el calend… El 14 del mes que viene, un viernes. En cuanto el departamento haya comprado tus billetes de avión, te los haré llegar por e-mail.

—Me parece perfecto. —Ahora mismo sí que tengo la mente en blanco. Soy un autómata, otra vez.

—La empresa se encarga del alojamiento, así que eso ya te lo comunicarán ellos. Supongo que se pondrán en contacto contigo estos días para oficializar el asunto y hablar del contrato, pero tranquilo que está todo muy bien atado. Me he encargado de que así sea. Lo mejor para mi chico.

—Erm…. Victor, ¿me puedes hacer un favor? —Él asiente—. Me gustaría pasar por casa primero, para ver a mi madre. ¿Sería posible que el vuelo de regreso fuese hasta Norwalk? Puedo pagar el importe de la escala si es necesario.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Ya contaba con eso, chico.

—Y lo del alojamiento no va a hacer falta —añado, antes de despedirme.

—Ellos te propondrán un sitio —insiste Victor—. Suele venir incluido en este tipo de ofertas. Ya tú decides cuando estés allí dónde quieres vivir. —¿Allí? Suponía que me llamaba desde Nueva York—. Cualquier cosa que necesites, llámame. Y, por si no volvemos a hablar, ¡mucha suerte!

—Seguro que nuestros caminos se vuelven a cruzar, no estaremos lejos.

—Bueno, un poco sí. Tengo que dejarte, Ryan. Entro a una reunión.

No soy realmente consciente de lo que acaba de pasar hasta que tengo el teléfono con la pantalla apagada en la palma de la mano y miro a mi alrededor, sabiendo que definitivamente es el final de mi aventura londinense. Seguramente sea lo mejor. No siento que haya tomado yo la decisión, pero supongo que bien tomada está. El mismo impulso que me trajo a Londres ahora me devuelve a Nueva York. Si esto salió bien, debería confiar en que regresar a casa también.

○ ○ ○

Al día siguiente, me reúno con Zoey a primera hora, treinta minutos antes de comenzar la jornada laboral, y le expongo mi situación y la decisión que he tomado. Mi jefa, hasta dentro de dos semanas, sugiere que, si el problema es económico, a lo mejor puede tirar un poco más de los hilos de las altas esferas y convencerles de que la inversión valdrá la pena. Le respondo que no creo que sea una cuestión de dinero, sino de dejarme guiar por lo que sea que está moviendo mi vida últimamente. Zoey lo comprende, porque ella toda la vida se ha movido por sensaciones y nunca ha dejado que el dinero o la ambición la forzaran a seguir caminos que ella no ha sentido como apropiados. Le da mucha pena que me marche, pero está convencida de que en Netflix tendré un futuro brillante por delante. Además, me ha dejado

la puerta abierta para intentar volver si en el futuro cambio de idea. Entreabierta, más bien, pues no depende por completo de ella.

Cuando Aadhya llega a la oficina, le doy la nueva noticia y se le desencaja la cara.

—Joder, Ry. Daba por hecho que ibas a quedarte.

—Me pediste que eligiera Netflix —le recuerdo.

—Porque es lo correcto —me responde ella—, pero no lo que yo quería o pensaba que iba a suceder.

—¿He hecho lo correcto entonces?

Aadhya asiente, me abraza y acto seguido se recompone y me desea la mejor de las suertes. Todavía nos quedan dos semanas por delante y quiere que las aprovechemos al máximo.

—Te voy a llevar a todos los sitios a los que todavía no hemos ido —me dice con ímpetu—. Vamos a bebernos todo el alcohol que no nos hemos bebido. ¡Y vamos a follarnos a todos los tíos que no nos hemos follado!

Me sorprende su entusiasmo y levanto los puños para acompañar su expresivo plan con un gesto eufórico. Los dos sabemos que de todo eso lo único probable que ocurra es lo primero, pero a veces no está de más soñar con cosas que sabes que nunca vas a hacer. Entonces Aadhya, como si se repitiera la historia, me dice que también tiene noticias. Su hermana (que, por cierto, se llama Kiara) la llamó a escondidas ayer por la noche. Le pidió perdón por haber tardado tanto en hacerlo. No quería que sus padres la descubrieran. Escuchó todo lo que ocurrió durante la videollamada y quería decirle que ella no piensa lo mismo que ellos.

—Ry, es que no me lo podía creer. ¡Kiara quiere verme! —me

cuenta muy emocionada—. Me ha dicho que a ella le da igual que sea su hermano o su hermana, porque soy yo. ¡Yo! —Se señala a sí misma con las dos manos—. Y dice que me echa de menos.

—¿Vas a ir a verla? —le pregunto, compartiendo su alegría.

—Por supuesto. Les ha dicho a mis padres que viene a Londres a ver universidades. Algo que, en teoría, no es mentira. Nos veremos en un mes. Estoy, mira… —Me enseña la mano temblorosa, pero no demasiado, con su característica manicura perfecta. La de esta semana simula la piel de un leopardo—. Cada vez que lo pienso me pongo de los nervios. Pero de los buenos.

—No sabes cómo me alegro —le digo mientras le doy un abrazo. En realidad siento algo más que alegría: alivio. Pese a lo que dijera Aadhya, seguía sintiéndome responsable por el desplante que le hicieron sus padres. Que vaya a recuperar a su hermana gracias a esa llamada lo cambia todo—. Y sé que no es lo mismo, pero mira… Me voy yo y llega tu hermana. El universo no quiere que te quedes sola.

—Que místico te has puesto de repente —me dices—, no conocía esta faceta tuya *tan Zoey*.

Me encojo de hombros y sonrío. Al final las cosas parece que están saliendo como debían.

—Tengo una novedad más —le anuncio—. No es una noticia buena del todo, pero es algo que debes saber.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta, preocupada—. Iba a decirte que te notaba un poco raro, pero pensaba que era por lo de irte de Londres.

—Es sobre James. —Aadhya enseguida pone los ojos en blanco, pero trata de disimularlo mirando hacia los halógenos del techo—. Es

gilipollas, ya es oficial.

—Cuéntame algo que no sepa —me responde ella—. Lo que no sé es cómo has tardado tanto tiempo en darte cuenta.

—No sé, ¿tan evidente era? —le pregunto con curiosidad. Sé que yo he visto cosas en él, pero lo grueso del pastel de idioteces ha sucedido sin que Aadhya pudiera verlo. Aadhya hace una mueca, como diciendo «¿por dónde empiezo?».

—Primero cuéntame qué ha pasado —me pide ella—. No quiero ponerlo verde y que luego me digas que es gilipollas porque no quiere casarse contigo.

Me río forzadamente, mostrando una mueca de terror.

—¡Nooo! Puedes hablar libremente.

—Ry, es un misógino —comienza Aadhya, mostrándome un dedo por cada defecto—. También un poquito machista. Por lo que me has contado y he visto, es muy celoso. Es probable que también algo posesivo. Hace comentarios homófobos y estoy convencida de que, si tiramos del hilo, descubriremos que también es tránsfobo, racista y probablemente algo xenófobo. —Aadhya se mira la mano izquierda—. Me sobran dos dedos pero seguro que también los podría llenar si lo hubiera conocido más a fondo.

—Creo que ha sido una descripción bastante acertada.

—El problema con él es que no es evidente —continúa ella—. No es el típico *hooligan* que va por ahí arrasando con todo, consciente de su actitud. Lo de James es más sutil. Un comentario aquí, otro allá… Es probable que ni él mismo se dé cuenta.

—Sí —afirmo, punto por punto—. Es tal cual lo que dices. Ayer discutimos a lo bestia en el Borough y fue soltando una tras otra.

Llegas a estar ahí y esa vez sí que no te habría arrastrado fuera para evitar la pelea. Te habría afilado las uñas yo mismo.

—Lo bueno es que al menos ya has abierto los ojos. Y, si encima te vas, no vas a cruzártelo nunca más. —Sí. Tampoco es que sienta odio por él o no pueda ni mirarlo a la cara, pero está claro que irme de Londres facilita la situación y me evita futuros encuentros incómodos. De todos modos, voy a echar de menos todo esto. James habría sido un mal menor si a cambio podía disfrutar de todo Londres. Solo espero haber tomado la decisión correcta. También me apetece mucho regresar a casa y volver a ver a mis amigos, a mi madre, a Josh, a Sussan…—. ¿Y qué pasa con Jake? —me pregunta Aadhya, y llego a creer durante medio segundo que estaba pensando en voz alta.

—¿Qué pasa con él? —le devuelvo la pregunta.

—Ahora que vuelves a casa… ¿Vas a intentar algo con él?

—¿Estás loca? —le pregunto, más en broma que en serio, pero sorprendido—. ¡No! Es decir… No. No podría. Jake es… Jake. Ahí no hay nada que rascar.

—Yo creo que volverás a Nueva York y caerá en tus brazos.

—Aadhya, Jake vive en Norwalk —la corrijo—. Y de todos modos, no. Jake me encanta y es genial, pero no es para mí. Él mismo lo dijo y yo también lo siento así. Ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza como para permitirme el lujo de incluir otra más.

Aadhya se encoge de hombros y me hace un gesto para que la abrace. Después me da un breve empujón.

—Venga, a trabajar. Que todavía nos quedan dos semanas.

○○○

Faltan cuatro días para irme de Londres y esta semana ha estado lloviendo a mares. En las noticias han dicho que estamos viviendo el peor diluvio en décadas. Hay zonas de la ciudad bloqueadas y otras inundadas. De hecho, es 12 de junio, el verano está a la vuelta de la esquina y hace tal frío que he vuelto a usar el abrigo. El día es horrible. Hace viento. El río Támesis está revuelto y oscuro. Todo me inspira tristeza. Siento como si la ciudad hubiera decidido ponerse fea para que no la eche de menos. El mundo conspira para despedirme de la forma más dramática posible para que no sufra, y yo se lo agradezco.

Esta mañana he comprado la entrada del London Eye por internet, así que he hecho la cola y acaban de leerme el ticket. Entro en la cabina y me doy cuenta de que esto no es una noria cualquiera. Aquí no hay nada a lo que sujetarse, no hay luces de neón, no hay música, ni playa. Es como estar en el ascensor externo de un rascacielos. Lentamente, la cabina asciende y, al cabo de unos minutos, empiezo a tener mejores vistas de Londres. A mis pies, el río fluye de un lado a otro, los endemoniados andamios del Big Ben me devuelven la mirada y yo les digo que algún día, tarde o temprano, espero encontrarme cara a cara con lo que hay tras ellos.

La aventura se acaba. La estancia llega a su fin. No sé hasta qué punto Londres me ha cambiado, pero estoy seguro de que lo ha hecho. Sigo sintiéndome yo, con mi misma conciencia y mi misma forma de pensar, pero también siento que no me voy tal cual he llegado. Mi actitud es diferente. Mi forma de asumir los inconvenientes y de celebrar las victorias ha cambiado. He aprendido muchas cosas y he conocido gente que me ha dado una nueva perspectiva de mi propia vida y de cómo funciona el mundo en general. He conocido el amor de formas diferentes a las que estaba acostumbrado y me gusta, porque aquí he comprobado que mi forma de querer, tal vez, no siempre ha sido la correcta en el pasado. También he descubierto que los sentimientos no son de hormigón, que puedo darles forma y elegir de

qué manera me afectan. Y he aprendido que puedo llegar a querer y amar a otras personas cuando todo parece desmoronarse.

No sé si soy mejor o peor persona que antes, pero mirando hacia atrás, como me decía mi padre, siento que he conocido la felicidad con más frecuencia que hace un tiempo, y en lugares en los que no sabía que podía esconderse. Me he pasado la vida buscando la felicidad y aquí me he dado cuenta de que he perdido mucho tiempo buscando algo que no tenía que encontrar, sino disfrutar. A pesar de estar tan lejos de casa, me he sentido más cerca de mi padre que nunca.

La cabina comienza su descenso por el lado opuesto y observo desde aquí la torre del Tate Modern, en el que tantas conversaciones, cafés y confidencias he compartido con Aadhya. El majestuoso The Shard, que nunca llegué a visitar. El edificio del Sky Garden, donde pude cerrar y dejar olvidado el libro que cuenta mi historia con Max. Por ahí abajo anda también el Borough Market, donde me di cuenta de que daría lo que fuera y renunciaría a cualquiera cosa por la gente a la que quiero. Southwark, definitivamente mi barrio favorito de la ciudad. Mi hogar durante casi seis meses. Voy a echarlo de menos, pero me voy de aquí pensando que lo he aprovechado todo lo que he podido. Obviamente, sé que me quedan muchas cosas por hacer y vivir en esta ciudad, pero, como dijo Aadhya, Londres siempre estará aquí.

○ ○ ○

Jueves. Mañana se supone que sale mi vuelo de vuelta a casa. Eso me ha dicho Victor Coleman recientemente, pero todavía no he recibido los billetes de avión. Hace una hora he llamado a Aadhya y le he pedido que venga a ayudarme a hacer las maletas, porque he acumulado algo de ropa nueva y muchos trastos durante este tiempo.

Justo acaba de llegar. En vez de dejarla subir, le digo que bajo yo a buscarla.

—¿Me puedes acompañar a un sitio? —le pregunto—. Quiero visitar una zona de las afueras ante de irme, porque era la favorita de mi padre y él nunca pudo verla en persona. —Es mentira, pero sé que el viejo Ben, esté donde esté, sabe que lo he hecho por una buena causa.

Aadhya acepta encantada y vamos caminando hasta la estación de Charing Cross. Cogemos el metro hasta Baker Street y, cuando estamos en la estación, le pido que me cuente cosas de Kiara, porque sé que llevan dos semanas hablando a escondidas cada vez que pueden. Necesito que esté distraída para que no vea qué transbordo hacemos.

Nos subimos en el siguiente tren y ella sigue contándome que, en realidad, su hermana está superemocionada por conocerla, porque creció odiando eso de tener un hermano seis años mayor que ella y lo que quiso siempre fue una hermana. Y ahora es como si su deseo se hubiera cumplido, aunque le ha dejado claro que comprende todo lo que ha tenido que pasar y no quiere convertir la dura experiencia de Aadhya en un parque de atracciones. Mi amiga está demasiado emocionada como para juzgar a su hermana. Solo le importa que va a verla dentro de nada.

Llegamos al final del recorrido en Wembley Park y los trenes se vacían. Somos tantas las personas que avanzamos por los pasillos que estoy seguro de que Aadhya ya sabe a dónde vamos y se está haciendo la despistada adrede. Cuando salimos de la estación, levanta la vista y ve el estadio de Wembley al final de la avenida. Abre la boca y después me mira. Sus ojos brillan.

—¡No! —Asiento con la mirada y ella baja las escaleras corriendo, dejándome atrás. La alcanzo y vuelve a detenerse—. Dime

que solo estamos aquí de visita, para disfrutar del ambiente.

—Solo estamos de visita —le respondo, con mi voz más creíble —. Para disfrutar del ambiente.

—Vale. De acuerdo —acepta ella—. Puedo volver a respirar.

—Mi padre era muy futbolero —le miento—. Y siempre quiso visitar este estadio. Así que he dejado la visita pendiente hasta hoy.

Avanzamos por la avenida de Olympic Way y me siento como si fuéramos Katniss y Peeta desfilando en la presentación de los Juegos del Hambre. Con la diferencia de que no vamos montados en carruajes, nuestra ropa no está en llamas y, definitivamente, la gente que hay a nuestro alrededor no ha venido aquí a vernos a nosotros. Cuando llegamos al final del paseo, Aadhya me pide que le haga una foto con el estadio al fondo, en cuya pantalla gigante exterior puede leerse «Gracias a todos nuestros fans por formar parte de Spice World 2019» junto a una foto del grupo. En un lateral, hay una exposición del bus que usaron para la grabación de su película y Aadhya corretea de un lado para otro haciéndose *selfies*, como si estuviera en Disneyland. Nos hacemos uno. Quizás nuestra última foto juntos. Yo aprovecho para grabar el ambiente de la zona y subir una historia en Instagram. *Hashtag: Friendship never ends*.

Nos sentamos a comernos un par de hamburguesas, mientras gente de todas las edades se pasea por los alrededores. Unos van con ropa de diario y otros caracterizados como las Spice Girls. Incluso muchos van como Victoria Beckham, que por lo visto no participa en la gira. Si Oscar se entera de que la veo sin avisarle, me entierra vivo, así que agradezco que la señora decidiera retirarse de la música. Mientras comemos, escuchamos música que proviene del interior del estadio. La telonera ha empezado a cantar. Al terminar de cenar, Aadhya sugiere que es hora de irse.

—No quiero que empiece el concierto y oírlo, sabiendo que no puedo verlo —me dice, con bastante tranquilidad y cierta lógica. Acepto su propuesta y salimos del local para regresar a la avenida principal.

No nos hemos alejado demasiado de las rampas que conducen hasta el estadio cuando me detengo, me palpo el bolsillo de la chaqueta y extraigo dos hojas de papel.

—Oye, y con esto, ¿qué hacemos?

—¿Qué es? —Aadhya se acerca, desdoblo los papeles y comprueba que son dos entradas para el concierto—. ¡No! No, no, no, no, no. ¡Mientes! —Se le escapa alguna lágrima y yo no puedo evitar reírme de ella, pero con ella—. ¡Ryan!

Hace dos días, vi un anuncio de Walkers en televisión. En él, salían las Spice Girls visitando a un fan en su propia casa, porque había ganado un sorteo. Cuando le daban la enhorabuena, pretendían coger patatas fritas de la bolsa, pero el chico se negaba. Por encima de su devoción hacia el grupo estaba su pasión por las Walkers. Sentí que no podía ser casualidad que descubriera esas patatas fritas nada más llegar a Londres y ahora las hubiera visto de nuevo en mi despedida. Así que di un par de vueltas por internet y encontré lo que andaba buscando. Las entradas para los tres conciertos en Wembley llevaban agotadas desde noviembre, pero sabía que siempre se guardaban algunas pocas para los rezagados de última hora y estaba en lo cierto. Compré dos, nada baratas, pero seguro que valdrá la pena.

—¿Es en serio? —me pregunta ella, emocionada—. ¿Son de verdad?

—¡Sí! —exclamo—. ¡Corre!

Creo que todavía falta un rato para que empiece, porque la

telonera sigue cantando, pero echamos a correr como si llegáramos tarde. Buscamos la puerta de acceso que nos corresponde, pasamos los códigos por el lector, nos entregan unas pulseras blancas (muy parecidas a las que compré hace meses en Cyberdog, pero que no hacen nada) y nos compramos un par de vasos de cerveza en uno de los puestos que hay en los pasillos. Hace nada estaba en mi casa, haciendo la maleta para despedirme de esta aventura, y ahora estoy sentado en las gradas del estadio Wembley, lleno hasta la bandera, mientras Jess Glynne canta *Rather Be*. Entre sorbo y sorbo, Aadhya sigue la letra de la canción como si fuera su fan número uno.

—*No, no, no… No place I rather be*.

Irónicamente, el tema dice «*We're a thousand miles from comfort. We have traveled land and sea. But as long as you are with me, there's no place I'd rather be*» (Estamos a mil millas del confort. Hemos viajado por tierra y mar. Pero, mientras estés conmigo, no hay otro lugar en el que prefiera estar). ¿No es poético? Como hecho adrede. Así que me recorre un escalofrío de los buenos y, sin poder evitarlo, lloro. No a moco tendido como en las películas. La intensidad de la vida real se vive de otra forma. Pero lo hago. Me doy cuenta de que este es el final de otro capítulo más de mi vida. Y realmente no tengo ni idea de qué me ha hecho tomar las decisiones que he tomado, pero aquí y ahora, en este momento, con Aadhya a mi lado, sin lugar a dudas, no hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

Poco después de las ocho y media, comienzan a girar las luces LED del anillo que rodea la bola del mundo que hay en el centro del escenario y surgen fuegos artificiales desde las pantallas laterales.

«Bienvenidos».

La gente enloquece y las pantallas nos dan la bienvenida al show. Son bienvenidas todas las edades, razas, géneros, países, orientaciones sexuales, religiones y creencias, talentos… Todo el

mundo puede formar parte del espectáculo. Los gráficos visuales son una pasada y me hacen sentir envidia. Tienen una influencia clara de los años noventa. Los colores son vibrantes y combinados a la perfección. Por todas partes hay iconos, anuncios, textos, banderas y un sinfín de elementos que cubren todo el frontal del escenario. Ojalá algún día pueda llegar a hacer algo así en mi trabajo.

Aadhya está completamente maravillada, en trance. En alguna parte de su cabeza, la chica de veintiséis años ha desaparecido y la de catorce ha ocupado su lugar. El anillo central sigue girando (gracias al efecto de las luces) y presenta a las cuatro protagonistas del concierto: *Sporty, Baby, Scary, Ginger*. Solo falta el pistoletazo de salida.

Finalmente, las Spice Girls emergen desde el suelo del escenario, empiezan a cantar *Spice up your life* y, aunque no me sé la letra, me pongo en pie igual que todo el estadio y bailo; porque aquí estamos todos para pasar un buen rato y olvidarnos de que el mundo de ahí fuera es una mierda, al menos durante una noche.

El tiempo vuela y ya es casi de noche. Mientras suena un instrumental de música disco, se encienden a la vez todas las pulseras LED que nos dieron al entrar al estadio. Setenta mil personas levantando las manos y mostrando una ola de luces que recorre el estadio de forma alocada. *Rursus*. Es una tontería, pero me hago una foto del brazo levantado en el aire, con la pulsera parpadeando y el tatuaje visible. En un momento del concierto, la música se detiene en medio de una balada, el escenario se queda completamente a oscuras y las pulseras iluminan el estadio de blanco, como si fueran miles de luciérnagas. Nunca en mi vida había vivido alto tan mágico y no sabría ni cómo empezar a describir lo que me recorre el cuerpo. En el Sky Garden me sentí como una mota de polvo que no le importa al universo, pero aquí me siento como una gota de agua que forma parte de la marea de brillantes olas que rodea el estadio. Tal vez soy irrelevante para el mundo, pero aquí dentro soy parte de algo. Londres

me ha dado mucho más de lo que necesitaba y no sé cómo se lo voy a agradecer. Menos mal que no es una persona y te entrega todo lo que tiene sin esperar nada a cambio. Aadhya llora y me cuenta que ésta es su canción favorita.

Poco después llega el final. *Wannabe*, la única canción que me sé, inunda el aire, los fuegos artificiales estallan en la oscuridad del cielo y el público se vuelve loco una última vez. Aunque nunca he sido fan, mi yo de doce años canta hasta quedarse sin voz, cumpliendo un sueño que ni siquiera sabía que tenía. Miro a mi alrededor. Las luces de las pulseras parpadean sin control, la gente baila y canta unida por la música, los focos del escenario giran como locos y las pantallas muestran la letra de la canción sobre los colores de la bandera del Reino Unido. Siento un escalofrío y vuelvo a sentir ganas de llorar. Pero no es por el concierto, ni por la canción, ni por lo que ven mis ojos, sino por estar en este lugar y lo que esto significa para mí en este momento. Me siento pleno, realizado, orgulloso, feliz y fuerte, porque he conseguido algo que hace unos meses me daba auténtico pánico y hace unos años ni siquiera pensé que pudiera ser posible. Este momento no se me olvidará jamás en la vida y la cara de felicidad de Aadhya tampoco.

Terminado el concierto, seguimos a la marea de gente en dirección a la estación del metro. Suena mi teléfono y veo que es una notificación de la aplicación de correo electrónico. La abro y compruebo que por fin me han enviado los billetes de avión. Qué oportunos, justo a tiempo. Ahora sí que es real. Se acabó. Pero me voy con ganas de afrontar todo lo nuevo que esté por llegar. Abro el archivo con los pasajes y me da un vuelco el estómago.

—Espera, esto tiene que estar mal —pienso en voz alta—. Aquí hay un error o algo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Aadhya, asomando la cara a la

pantalla del teléfono, al lado de la mía.

—Hay dos vuelos, no uno.

—¿Para dos personas? —pregunta ella, todavía con la emoción del concierto metida en el cuerpo—. ¡Me voy contigo!

Aadhya se ríe, pero a mí se me han tensado todos los músculos de la cara.

¿Qué es lo que has hecho, Ryan? Este no era el plan.

—No —alcanzo a decir—. Ambos son para mí… Uno para ir a Norwalk, a casa, haciendo escala en Filadelfia. Pero… Pero el otro no es de vuelta a Nueva York.

—Y entonces… ¿a dónde has aceptado trasladarte?

—Parece ser que a Los Ángeles.

AGRADECIMIENTOS

Mario Gil, por ayudarme como siempre a corregir erratas y solucionar problemas de continuidad.

Jano Iglesias, por la promoción desinteresada.

David Viteri, por ser ese par de ojos extra que me ha ayudado a encontrar errores.

A todas las personas que leyeron la trilogía original y llevaban años pidiéndome esta continuación. Espero que haya estado a la altura.

Hola, soy un autor que autopublica todas sus novelas, y llegar al público es muy complicado, al no tener un presupuesto elevado para promocionar mis obras.

Si te ha gustado este libro o alguno de mi colección, me harías un gran favor si lo compartieras y recomendaras en tus redes sociales para ayudarme a ganar visibilidad y lectores. Cuantos más seamos, más sentido tendrá lo que hago y más y mejores historias podré publicar.

Por supuesto, también me interesa conocer tu opinión para seguir mejorando. No dudes en enviarme algún mensaje o dejar una valoración o reseña en la plataforma donde descargaste/compraste este ejemplar o en GoodReads.

¡Muchas gracias!

DESCUBRE OTRAS DE MIS PUBLICACIONES

SAGA ‘AQUÍ Y AHORA’

AQUÍ Y AHORA

AHORA O NUNCA

NUNCA ES TARDE
LEJOS DE AQUÍ
CERCA DE AQUÍ

Spin-off 1

EL CAMPAMENTO

Spin-off 2

YO SOY MIKE

Spin-off 3

FUERA DE JUEGO

EL AMARGO FINAL DEL VERANO

EL JUEGO DE LAS APUESTAS

TRUCO O TRATO

SERIE 'SELENOFILIA'

LA CIUDAD DEL INVIERNO SIN FINAL

LA CIUDAD DE LOS CORAZONES ROTOS

HASTA QUE DEJE DE LLOVER

ANIMALES DISECADOS

DESDE EL OTRO LADO

Relato corto

ESTOY DE TU PARTE

Más información en **libros.javiermartinez.me**

LAS PIEZAS CAMBIAN Y EL JUEGO SE TERMINA

CERCA DE AQUÍ

JAVIER MARTÍNEZ

LAS PIEZAS CAMBIAN Y EL JUEGO SE TERMINA
CERCA DE AQUÍ
JAVIER MARTÍNEZ

CERCA DE AQUÍ

JAVIER MARTÍNEZ

OBJ

Suscríbete a mi newsletter y te informaré
de mis próximos lanzamientos.

¿Has descargado gratis alguno de mis libros/relatos y te ha gustado? Si quieres, puedes invitarme a un café… o a un caramelo.

paypal.me/iermartinez

©2020 Javier Martínez

javiermartinez.me

facebook.com/javiermartinezbooks instagram.com/iermartinez twitter.com/iermartinez

Diseño de cubiertas: Javier Martínez Fotografías de portada: Asaf R, Unsplash.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, inspiracionales o para reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de citar al titular del copyright.

Este libro ha sido escrito, editado y publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial. Por este motivo, es posible que el contenido contenga algunos errores ortográficos y/o erratas.

LAS PIEZAS CAMBIAN

1
TIBURÓN

Mi vista se pierde entre la espuma de las olas que rugen con fuerza al llegar a la orilla. Me siento un poco avergonzado por haberle tenido tanto miedo en el pasado a algo que posee tanta belleza en cada minúscula gota de agua que le da forma. Otra ola comienza a formarse a lo lejos, donde el mar no ha perdido lo intenso de su profundo y misterioso azul. Lentamente, la ola nace y se eleva sobre la superficie, como levitando por arte de magia, inflando su furia y amenazando con transformarse, altiva pero cautelosa, pretendiendo arrasar con todo. Pero el poder tiene fecha de caducidad y pronto descubro, como ocurre siempre, que, frente al magistral ego de una ola, la gravedad siempre tiene las de ganar. Se rompe en mil pedazos de agua que llegan ilesos a la arena, desesperados por rozar su superficie y, al mismo tiempo, ávidos de regresar por donde han venido y repetir el ciclo para siempre.

Es como el tatuaje que llevo en el brazo. El mar, como la vida, avanza, se alza, triunfa… y después cae, se destroza y regresa a la profundidad. Empieza un nuevo ciclo. Levantarse y volver a empezar.

Cuando tenía dieciocho años, tenía cierta fijación con el atardecer. Cada verano, al llegar a la casa de la playa que mis padres tienen en St Dean, un pueblo a las afueras de Norwalk, enterraba los pies en la arena y contemplaba el espectáculo de colores que se emitía en el cielo, en alta definición y sin filtros de Instagram. Pensaba, por aquel entonces, que esa experiencia me ayudaba a despejar la mente, a recargar energías y a comenzar cada nueva etapa con fuerza y determinación. Nunca me di cuenta de que un poco más abajo estaba él, el océano, la inmensidad que envuelve nuestro planeta y que

justifica que tú y yo estemos aquí, vivos, existiendo, formando parte de algo que ni los mejores científicos y escritores de la historia han sabido nunca explicar con hechos o palabras.

Ahora, pasados los veinticinco años, soy capaz de ver más allá de lo que nunca alcancé y sentir la respiración del mar acompasada con la mía. Hoy sé que puedo formar parte de él, aunque solo sea durante unos segundos, a veces incluso durante un minuto completo. Hace un tiempo le pedí perdón por haberle acusado de robarme lo que más quería. Me disculpé, arrodillándome ante su orilla, por haber estado tanto tiempo creyendo que Matt había muerto por su culpa. Y él me lo recompensó. Siempre supe, en el fondo de mi ser, que debíamos estar cerca uno del otro. Aunque reconozco que no sospeché que el camino me traería a vivir tan cerca de él. De una forma u otra, el mar siempre ha sido testigo de los momentos más cruciales de mi vida.

Hace cuatro años, estaba sentado en la orilla de la playa de St Dean, bajo el cobijo de un millar de estrellas y con la compañía del que, sin yo recordarlo en ese momento, era el amor de mi vida. Habían transcurrido algunos meses desde el accidente que me había provocado la amnesia temporal que me nublaba los últimos tres años junto a él. Entonces sucedió, una estrella fugaz arañó el panorama nocturno de un lado a otro y todo lo que permanecía dormido en algún recoveco de mi memoria comenzó a mostrarse con tanta nitidez como si nunca hubiera estado oculto. *Buscando estrellas fugaces*. Es posible que ese libro, el que ha publicado Mike, me haya controlado y manejado a su antojo. Fue como cuando nos conocimos por primera vez. Yo ya había caído en su red pero no me había dado cuenta. Mis sentimientos por él avanzaban y retrocedían, exactamente de la misma forma en la que él lo describe en su libro.

«La libertad que sentía Brian era como un

faro girando en la oscuridad. De pronto aparecía como un potente haz de luz que le permitía hacer lo que le pidiera su corazón, de pronto desaparecía por completo y tardaba toda una eternidad en regresar. Pero siempre lo hacía».

Mike se ha tomado algunas licencias creativas y ha cambiado los nombres sutilmente. Pero somos nosotros. Lo sé. No he terminado de leerlo, porque cada vez que lo hago entro en un estado casi depresivo del que me cuesta salir. Sin embargo, estoy cien por cien seguro de que Mike ha contado nuestra historia. Y tengo miedo a llegar al momento en el que empiezo a hacerle más mal que bien, a hacerle daño. No quiero descubrir si todo el amor que sintió por mí se ha transformado en odio.

Aquella noche, tras recuperar la memoria, me sentí tan lejos de mi hogar como se sentiría un astronauta flotando a la deriva en el espacio. Desde entonces hasta ahora, mi vida ha dado un vuelco considerable. Prácticamente, me deshice del libro anterior y empecé uno nuevo, de cero. O eso pensaba yo. Porque a veces uno escribe el relato de su vida pensando que es original y no es consciente de que, realmente, está escribiendo la misma historia con otras palabras distintas y cambiando los nombres de los personajes. Como la marea, siempre condenado a repetir los mismos errores una y otra vez.

Quiero pensar que he aprendido algo. Que los seis meses que pasé en Londres han servido de algo. Que el Ryan que estaba sentado en el sofá de Justin, sintiéndose completamente vacío al ver bajar la bola en Times Square segundos antes de la media noche, ha dado paso a uno un poco más maduro, más sensato, quizás. Quiero creer que ese tiempo en Londres ha sido un golpe de realidad que me ha hecho espabilar y darme cuenta de que mi vida no está tan mal. Quiero muchas cosas, pero no puedo evitar sentir que sigue faltando algo. Y no sé si realmente necesito ese *algo* o si, simplemente, me he obsesionado tanto con tenerlo que ahora mi cerebro actúa como si le

faltara un brazo. Y lo peor es no saber qué es.

Previamente a mi llegada a California, pasé una semana en Norwalk con mi madre. Extrañamente, y pese a decir que me había echado de menos, percibí cierta tendencia a querer deshacerse de mí. Di por hecho que se había acostumbrado a vivir sola. Tener un hijo adulto metido todo el día en casa probablemente empezaba a resultarle agobiante. Así que pasé buena parte de mi estancia en casa fuera de casa, valga la ironía. Hice planes con Josh y me dediqué a odiar cada esquina de Norwalk, porque allí todo funcionaba bastante peor que en Londres y Nueva York.

También vi a Jake y, al principio, casi hubiera preferido no haberlo hecho. Todo lo que había sentido en las veinticuatro horas que pasamos juntos en Londres floreció de nuevo, como si hubiera vuelto a surgir la primavera entre nosotros. No pudimos hablar demasiado de lo que había pasado meses antes, porque casi siempre andaba Josh de por medio y seguía sin saber absolutamente nada del tema. En realidad es una extraña locura. Jake sigue convencido de que es heterosexual. Y yo le creo si él lo siente así. Pero también sé que, aunque lo niegue, siente algo por mí que va más allá de haber tenido una noche de sexo en común. Eso mismo que yo siento por él y que ninguno sabe describir, porque no hay palabras para explicar cómo un chico *hetero* y otro con el corazón roto pueden haber llegado a desarrollar una atracción mutua que trasciende más allá de lo físico.

No es que me haya enamorado de Jake, pero cada vez que lo tengo cerca es como si girara la llave que abre una puerta de mi corazón que no sabía que existía. Jake representa mi nueva convicción interna de poder sentirme seguro y querido en otras miradas, en otros brazos y en otros besos. No sé si lo dejaría todo por él, pero creo que, si me diera la oportunidad, me atrevería al menos a intentarlo. Quizás sea porque lo que siento por él es diferente y no se parece a nada que haya sentido antes. No es mejor, ni peor, ni más intenso, solo distinto. Tal vez, mi principal problema estos últimos años ha sido que he pretendido sentir las mismas emociones que viví con Mike junto a

otras personas que no eran Mike. Ahora he descubierto que cada persona emite y recibe emociones diferentes, y son esas a las que debo entregarme. El secreto está en buscar sentimientos originales y nuevos, no réplicas de los que me han hecho feliz en el pasado. Dos personas diferentes nunca podrán hacerte sentir lo mismo.

Hace algo más de un mes, aterricé en LAX, hecho un manojo de nervios, preguntándome si había tomado la decisión acertada. Aunque seguía sin ser del todo consciente de haberla tomado y tampoco hice nada por cambiarla. Nada más llegar a mi nuevo destino en la costa oeste, pensé que no sobreviviría demasiado tiempo en esta ciudad interminable si no conseguía un coche. Aprendí desde el primer día que buena parte de la vida en Los Ángeles se basa en eso: trayectos. La vida es lo que ocurre cada día entre el punto de partida y el de destino. Por suerte, la casa en la que vivo con Ellie (una compañera de trabajo, fotógrafa) y Louis (un operador de cámara de la CBS) está a solo media hora en bus del trabajo, aunque para llegar tengo que tomar dos líneas diferentes. ¿Echo de menos poder ir a trabajar en metro o en una de *esas bicis rojas* de Londres? Desde luego. Pero me he acostumbrado rápido.

Mentiría si dijera que el roce hace el cariño y que ahora Ellie, Louis y yo somos grandes amigos. Lo cierto es que, después de más de un mes viviendo con ellos, apenas hemos tenido conversaciones de más de tres frases seguidas. Nuestros estilos de vida son tan diferentes que, a día de hoy, sigo sintiendo que comparto piso con dos extraños. Bueno, igual exagero un poco. Los trayectos por carretera con Ellie son bastante anodinos, pero tiene un gusto musical *indie-folk* que me ha enamorado. La mayoría de las veces voy con ella al trabajo, en su coche. Quizás sea por eso que lo de tener que coger dos buses no me ha resultado tan pesado; ha sido la excepción y no la norma.

El instante más surrealista del inicio de esta etapa fue cuando me bajé del Uber el primer día de trabajo, levanté la vista y descubrí un edificio de piezas rectangulares superpuestas, que alternaba fachadas de cristal y ventanas como de tablero de ajedrez, y en lo alto

de cuya pared se leían las siete letras rojas que tantas veces había visto aparecer en la pantalla de mi ordenador: Netflix. Una hora después, había firmado la versión definitiva de mi nuevo contrato de trabajo como Director Creativo, junto con un acuerdo de confidencialidad, y ya era oficial: comenzaba mi aventura californiana.

Buen clima. Casa unifamiliar con una pequeña piscina. Trayectos interminables. Celebridades en cada esquina. La sociedad más superficial del planeta. Trabajo en Sunset Boulevard. Posibilidades infinitas de ligar y también de ser rechazado. Y la playa siempre relativamente cerca. Ahora mi vida es esta y, de vez en cuando, tengo que pellizcarme para creer que es real, que no he tocado techo y que, por mucho que digan, hay muchos sueños por cumplir más allá de las fronteras que uno conoce. No obstante, por muy fascinante que sea todo, mi día a día no está libre de estrés, ni de enfrentamientos, ni de discusiones, ni de esas irremediables ganas de llorar que surgen cuando la impotencia me acorrala. Pero ahora tengo otra vía de escape, una conexión con el mar que en otro tiempo habría creído imposible, una nueva manera de liberar adrenalina y tensión hasta quedarme como nuevo.

Tiro de la cremallera de mi espalda para cerrar por completo el neopreno, sujeto con firmeza mi tabla de surf prestada y me encamino hacia el agua sin apenas percibir su temperatura.

Venga, Ryan. Deja de montarte la película.

Lo cierto es que todavía estoy aprendiendo. A la semana de llegar a la ciudad, sentí el impulso de hacerlo y lo hice: me apunté a clases de surf. No soy ni de lejos un buen surfista, pero al menos ya puedo disfrutar por mi cuenta durante un par de horas sin miedo a ahogarme en el intento. Como decía, el océano y yo nos hemos reconciliado. Según me adentro en el mar y el agua adquiere cierta

profundidad, me tumbo sobre la tabla y braceo hacia el horizonte, hacia ese punto en el que la ola todavía no ha nacido y las olas duermen, ansiosas de ser despertadas. Y espero. Porque esto del surf requiere tener muy buen equilibrio, mucha destreza con las piernas y la cadera, demasiadas horas de práctica y, sobre todo, grandes dosis de paciencia.

—Hacía días que no te veía. —Es Equis, como la letra. Una chica que vive por esta zona de Santa Mónica y con la que he coincidido unas cuantas veces este verano. No tengo ni idea de cómo se llama, así que le he puesto ese mote: Equis, la ecuación que debe ser resuelta. Aunque lo cierto es que en este caso no tengo interés alguno en despejarla. Empezamos a tener conversaciones de una frase la segunda o la tercera vez que nos encontramos, y ahora a veces incluso llegamos a las cinco o seis, si está de buen humor.

—He estado muy liado en el trabajo —le grito, sentado sobre mi tabla y ojeando el horizonte por si se acercara alguna ola decente —. No tengo la suerte de vivir junto a la orilla.

Equis sonríe. Sabe que es una indirecta. En realidad, para mí no sería nada práctico residir en Santa Mónica. Sin coche, tardaría media vida en llegar al trabajo y otra tanta en regresar a casa. Creo que es la primera vez que uso esa palabra para referirme a la habitación en la que vivo.

—Parece que hoy no está el día para grandes acrobacias —le digo a mi casi desconocida compañera de surf.

—No creas —me responde, recogiéndose algunos mechones de pelo que se le han soltado de la coleta—. Hace un rato he pillado una buenísima. Hay pocas, pero cuando aparecen son increíbles. —Arqueo una ceja y sonrío. Hace un día increíble para tomar el sol en la playa y disfrutar de la estación eterna en Los Ángeles, pero el mar no parece estar demasiado dispuesto a ofrecer olas de calidad esta tarde—. Bueno, vale, no son para tanto. Pero ya me…

Equis deja la frase a medias y comienza a bracear. Miro hacia detrás y la veo: pequeña, tímida, como si no tuviese intención alguna de hacer nada… Pero Equis tiene más experiencia que yo y sabe que es todo una ilusión. Ladeo la tabla para situarme frente a la playa y comienzo a avanzar sobre la superficie del mar lentamente, mientras este comienza a inflarse y a elevarse bajo mi cuerpo. Justo cuando la ola empieza a deshacerse, me pongo en pie, mantengo el equilibrio de la mejor forma que conozco y cabalgo sobre la ola moviéndome de lado a lado para no perder el control.

Te has vuelto a venir arriba, fantasma.

Más que cabalgar, lo que yo hago es trotar. Me arrastro sobre las olas y, si no me resbalo de la tabla, lo considero una victoria. Pero creo que me defiendo bastante bien y aprendo rápido, al menos más de lo que creía que lo haría el mes pasado.

—Todo es una cuestión de equilibrio —me dijo el monitor antes de echarnos al agua, durante mi primera clase en la arena—. Si controlas eso, lo demás se aprende a base de repeticiones. Aunque te advierto de que cada ola es diferente. Esto no son matemáticas, no puedes automatizar tus movimientos.

—Entendido —le dije—. No es como montar en bicicleta.

Lo cierto era que no me estaba enterando de nada, aunque yo creyera que sí. Intenté ponerme en pie sobre la tabla cuando llegó la primera ola y no conseguí más que quedarme de rodillas antes de caer el agua. Lo intenté una y otra vez. Al principio con miedo, después con respeto y al final no paraba de reír y tragar agua salada en cada caída. Me sentía completamente inútil y a la vez sabía que estaba dando lo mejor de mí, convirtiéndome en una persona nueva, experimentando algo que nunca antes había probado. Sabía que estaba creando nuevos recuerdos en el mar, lejos de Matt. A veces me sentía culpable por estar disfrutando de aquello que lo mató. Otras, no obstante, le daba más voz al sentido común. Después de todo, como se suele decir, él querría que yo fuera feliz, ¿no? Y ahora esto me hace

feliz. Quiero pensar que su esencia está entre las gotas de agua que mantienen mi tabla a flote y en las burbujas de la espuma que surge cuando las olas rompen en la orilla.

Como decía, el mar y yo ahora somos grandes amigos. Él me permite experimentar y mejorar mis aptitudes surferas y yo, a cambio, le doy la mejor parte de mí: esa que es feliz y se siente realizada como persona. Ya no utilizo el mar como vertedero de mis problemas, sino como remanso de paz y meditación. Es mi vía de escape para volver a conectar con esa parte de mí que se desdibuja con cada discusión, con cada trabajo entregado fuera de plazo, con cada recuerdo del pasado o con la incertidumbre que me abrasa por dentro cuando leo determinados fragmentos de *Buscando estrellas fugaces*.

—Nos vemos, tiburón —me dice Equis, mientras recoge su tabla del agua y avanza hacia la orilla. Es la primera vez que se dirige a mí con algún tipo de nombre—. Esta ha sido la última para mí.

—¿Tiburón? —le pregunto. Ella señala mi brazo con la mirada y un gesto con la cabeza.

—He visto el tatuaje que llevas ahí debajo.

Me palpo el antebrazo con la mano y acaricio el neopreno. Otra persona más que cree que es una aleta de tiburón y no una ola de mar, pero no me molesto en corregirla. A fin de cuentas, solo es una desconocida.

—Me llamo Ryan —le digo cuando se da la vuelta. Ella solo levanta un brazo a modo de despedida—. ¿No me vas a decir el tuyo? —le pregunto, levantando la voz. Ella niega con la cabeza—. ¿No? ¿En serio?

—No quiero confundirte, guaperas.

Me echo a reír y nado de nuevo mar adentro sobre la tabla de surf. En otro momento de mi vida, me apresuraría a ir tras ella y

preguntarle a qué se refiere o darle explicaciones. Le diría que no voy a confundirme porque no quiero ligar con ella, porque no me atraen las chicas, porque ni siquiera me planteo que seamos amigos y solo me gustaría referirme a ella como algo más que una simple letra del abecedario. Pero ya no soy ese chico ingenuo y temeroso que necesitaba justificarse ante todos y que temía no quedar bien o hacer el ridículo. Ahora me da igual. Si Equis quiere pensar que quiero ligar con ella, es libre de hacerlo; y, si quiere pensar que tengo tatuado un tiburón, me parece divertido que así sea. No me quita el sueño y, desde luego, mi vida seguirá siendo la misma a pesar de lo equivocada que está.

Este Ryan no ha venido a Los Ángeles para seguir comiéndose la cabeza, y mucho menos para cuestionarse las cosas que pasan por la de los demás. Este Ryan está hecho con una nueva receta orgánica, más saludable, sin azúcares añadidos, sin lactosa y sin dramas. O eso quiero pensar.

2
EL MALO DE LA PELÍCULA

Hoy es una noche importante. Me arreglo un poco más de lo normal, con vaqueros oscuros, camisa de botones y una *blazer* que solo pienso ponerme al entrar al teatro. Hace demasiado calor. Incluso me peino la indomable media melena con cera y spray fijador. Todo esto porque estoy invitado a un evento de Netflix. Es el primer estreno al que asisto desde que trabajo aquí y la verdad es que estoy bastante nervioso, pero también ilusionado, porque parte del trabajo de estas primeras semanas se verá reflejado en muchos elementos gráficos del teatro. Pasan los años, pero me sigue haciendo ilusión ver mi trabajo expuesto de tal manera, en forma de carteles, señales, anuncios y otros tantos elementos publicitarios.

Durante el trayecto en coche desde Oakwood (donde está la casa donde vivimos) hasta Santa Mónica, las luces de los rótulos, las farolas y los coches destacan sobre el anaranjado cielo del atardecer y todo vuelve a parecerme un sueño. Las puestas de sol y yo. En la lista de reproducción de Ellie suena una canción llamada *Chateau* de alguien que no conozco y siento la extraña satisfacción de estar sintiéndome realizado solo por estar aquí. Saco mi teléfono del bolsillo y grabo una historia para colgarla en Instagram. *Hashtag: LA es por Los Atardeceres*. También hago una fotografía del panorama, y después otras cuantas más hasta quedar satisfecho con el resultado.

—Siendo fotógrafa —le digo a Ellie—, no sé cómo no te dan ganas de pisar el freno y volverte loca sacando fotos de esto.

—Príncipe… Llevo cinco años viviendo aquí. —Permanezco en silencio, porque no acepto que esa sea su respuesta—. Estoy

acostumbrada y ya no me llama la atención.

Me llama «príncipe» porque llegué de Londres hablando con un ligero acento británico en determinadas palabras. Enseguida, sin apenas conocernos, me rebautizó como el Príncipe de Inglaterra. Con el paso de los días fue menguando hasta quedarse simplemente en una palabra.

—Pues no lo entiendo —le respondo con total sinceridad—. ¿Tú has visto eso? —Señalo hacia el horizonte multicolor que tenemos enfrente. Ella se encoge de hombros y sin querer me acuerdo de él, supongo que por haber estado leyendo su libro. Mike sí hubiera apreciado algo así. Nunca daba nada por sentado. Igual que le ocurre a Malik, su homólogo en la novela, cuando algo le fascinaba nunca se cansaba de ello.

> *«Todas esas estrellas están a cientos de años luz de distancia. Ese resplandor que vemos nosotros no es el que está emitiendo cada estrella actualmente, sino la luz que emitió hace años. Es increíble. Es como si pudieras gritar algo al espacio y las estrellas lo escucharan cuando ya estuvieras muerto».*

—Cuando ves algo cien veces —contínua Ellie—, pierdes el interés. Te lo aseguro.

—Yo me he despertado más de cien veces junto a la misma persona y me seguía pareciendo una pasada.

Ahora es Ellie la que ha decidido callarse y seguir conduciendo, sin más. Ella es así. Da igual qué tipo de (corta) conversación estemos teniendo y su relevancia en nuestras vidas, de pronto es como si recordase que es un ser inerte que solo vive para trabajar y cierra la boca. No es que me moleste, porque no somos amigos, pero los trayectos en estas interminables carreteras se harían mucho más

amenos si no tuviera esa extraña costumbre de dejar las charlas a medias cuando le aburre el tema.

Ellie es rara. *Californianamente* rara, podría decirse. Es como esas chicas alternativas que salen en las series de Netflix (deformación profesional), que siempre van a su aire y parecen estar programadas para no mostrar sentimientos reales, sino para parecer interesantes y actuar vagamente ante cualquier acontecimiento, porque mostrar emociones es *mainstream*. No va a ninguna parte sin recoger su melena rubia con un pañuelo anudado en la cabeza. Los tiene de todos los colores posibles y con todos los estampados imaginables. Y siempre los combina con su otra gran pasión: las gafas de sol de estilo retro. Son sus dos señas de identidad. Cuando es de noche o está trabajando, lleva gafas de pasta sin graduar. Creo que, desde que la conozco, nunca he visto su cara al natural. Esta noche, como la ocasión lo requiere, se ha recogido el pelo en un turbante de tela metálica de color verde, a juego con su vestido.

—Yo creo que cada uno tiene su punto de vista y vive las cosas de forma diferente —responde después de un rato—. Tú llevas un mes trabajando con nosotros y ya te he oído quejarte de lo tedioso que es preparar las adaptaciones de una campaña gráfica. —Esto es verdad—. Al principio era lo único que hacías, y te encantaba porque eras nuevo. Pero, como ya no tienes que hacerlas, te provocan rechazo cuando no te queda otra.

—Bueno, pero…

Ellie pone su mano sobre mi muslo, con un gesto ligeramente autoritario, como exigiendo silencio e imponiendo un orden jerárquico. No me da tiempo a completar mi réplica. No aparta los ojos de la carretera, cosa que me gusta, porque no soporto cuando la gente hace eso en las películas y me ponen nervioso los que lo imitan en la vida real.

—La pasión no se puede forzar —añade—. Aparece sin que la llames y se va sin que se lo pidas. Disfruta de ella mientras te lo

permita.

Guardo silencio porque no quiero que parezca que no respeto su opinión, o que intento convencerla de que debe amar ese atardecer que tenemos delante, pero sigo sin comprenderlo. O tal vez sí que lo entiendo, pero eso es lo que me indigna; que demos por hecho que las cosas van a estar ahí siempre. Seguramente Ellie haya comido cientos de hamburguesas en su vida, pero, si le dijeran que solo podrá hacerlo una vez más antes de que desaparezcan, disfrutaría de cada bocado intensamente. Nadie nos garantiza que ese cielo va a estar ahí mañana. C

Y cuando digo «cielo» me refiero a cualquier cosa genial que pueda suceder.

Sí, tiene razón. Yo tampoco debería quejarme de algo que hace dos años me encantaba hacer en Nueva York, o incluso aquí durante el primer par de semanas. Pero las cosas cambian, o nosotros cambiamos nuestra percepción de ellas cuando pasa el tiempo. Aunque algo permanezca inamovible, nuestro contexto vital provoca que una misma situación cambie radicalmente su esencia al ser percibida de una forma diferente. Dicen que el mundo ha cambiando y la gente cada vez está más loca, pero yo creo que el mundo siempre ha sido el mismo y somos nosotros los que ahora lo vemos con otros ojos.

Aparcamos en la trasera del Nuart Theatre y echo un último vistazo hacia el horizonte, donde se sitúa la línea del mar que no alcanzo a ver desde aquí. *Hasta mañana*, pienso. Rodeamos el edificio, me pongo la chaqueta y llegamos a la alfombra roja tras enseñar nuestras acreditaciones. Los periodistas que han asistido a cubrir el evento nos fotografían. Esto no lo esperaba. No lo hacen como si fuéramos superestrellas del panorama cinematográfico de Hollywood, pero daba por hecho que la gente normal y corriente entraría al recinto de una forma completamente irrelevante. Pero no. Los fotógrafos nos hacen fotos como si fuéramos alguien. Alguien conocido. Alguien relevante. Como si uno tuviera que ser famoso para que su vida fuese importante. Mi pequeño minuto de fama ha llegado

seis semanas después de llegar a Los Ángeles. No está mal.

—¿Ahora nos invitarán a fiestas con celebridades e *influencers*? —bromeo con Ellie.

—Ya has tocado techo como estrella —me responde ella, aferrándose a mi cintura y posando ante las cámaras como si realmente se hubiera creído su papel de famosa—. De ahora en adelante, tu vida solo irá a peor.

La miro sorprendido, dibujándose en mi cara algo más parecido a una deformidad que a una expresión humana, y percibo el fogonazo de un *flash* por el rabillo del ojo.

Genial. Ahora parecerás el tonto del pueblo.

—Ya deberías ir captando mi sentido del humor, príncipe —me dice cuando se da cuenta de mi expresión. No sé si se puede captar algo que no existe, pero prometo intentarlo. Un poco.

Me limito a fingir una ridícula sonrisa sin dientes y a negar con la cabeza con los ojos entrecerrados. Otra cosa no, pero poner caras de payaso se me da de lujo. Si cobrara por ellas, podría ganarme la vida haciendo muecas. Mike se partía de la risa. Ahora en serio, lo de la alfombra roja es pura burocracia. De hecho, la película no es un peso pesado de la plataforma. Es solo un proyecto con algunos actores venidos a menos y otros prácticamente desconocidos, por lo que no espero que esas fotos que me han hecho lleguen más allá del catalogo *online* de Getty. Servirán para enviárselas a mi madre y gastarle alguna broma. Poco más.

Antes de la proyección de la película, reconozco a uno de los actores sentado un par de filas más adelante. No me he pasado semanas aislando y editando sus fotos para hacer piezas gráficas como para ahora no saber quién es al instante. Tyrone Cox, un treintañero que tuvo su época de fama cuando era adolescente y que se ha pasado el resto de su vida viviendo de las rentas, sin que lo llamaran para

ningún rodaje relevante. Yo no sabía ni quién era cuando comenzamos a trabajar en el diseño de la publicidad de la película. Tuve que ser detalladamente informado por algunos compañeros de trabajo; porque, otra cosa no, pero chismes en Netflix los hay a todas horas. Supongo que es la consecuencia de los acuerdos de confidencialidad que firmamos, que solo podemos desahogarnos entre nosotros.

Tyrone Cox desapareció de la faz de la Tierra (es decir, de los medios) cuando tenia diecinueve años. Las malas lenguas dicen que fue debido a una depresión, porque nadie lo llamaba para trabajar. Las peores lenguas dicen que tuvo adicciones a varias sustancias. Yo, que siempre tiro hacia la neutralidad, prefiero quedarme en medio del camino y pensar que, como no contaban con él, no supo que hacer con su carrera y decidió regresar a una vida anónima en la que pudiera aclarar sus ideas, o algo por el estilo. El caso es que esta película es su reaparición. Rescatar viejas glorias a veces es la marca de la casa. Fuese cual fuese el motivo de su retiro, está claro que ahora está en un lugar mejor, mental y físicamente.

Curiosamente, la película trata un poco de eso. El personaje principal anda algo perdido, espiritual y existencialmente, y decide abandonarlo todo en su ciudad para irse a otra parte del planeta a empezar de cero, a redescubrirse y a comprobar hasta dónde es capaz de llegar por su cuenta. *Eso me suena.* Lamentablemente, su nuevo destino no le depara demasiadas alegrías. Termina endeudado y siendo engañado por mafiosos, obligado a unirse a su banda y trabajar para ellos hasta saldar su deuda. Pero Tyrone no interpreta a esa persona, sino al jefe de otra banda de mafiosos tailandeses: un americano con buena planta, dinero y contactos que ha conseguido que un grupo de delincuentes trabajen para él y le roben buena parte del mercado de la droga a otra banda, esa para la que el personaje principal tiene que trabajar. El guión cinematográfico menos original de la historia, próximamente en *streaming* en Netflix.

Durante la proyección, Tyrone se gira unas cuantas veces hacia atrás. Primero pienso que no sé qué pretende ver si estamos a oscuras.

Luego me doy cuenta de que, en un cine, todas las caras están iluminadas por la pantalla.

—¿Qué quiere ese? —me pregunta Ellie en voz baja, cerca del oído.

—¿Averiguar si nos gusta la película? —le devuelvo el susurro.

—No deja de mirarte, el capullo.

Me sorprendo por su comentario. De todas las cosas que Ellie me ha parecido este tiempo, sobreprotectora no era una de ellas.

—¿A mí? —le pregunto de vuelta—. Daba por hecho que nos miraba a todos. Es decir, que está comprobando las reacciones de la gente.

—Te está mirando —me aclara ella, convencida—. A ti y solamente a ti. Te lo aseguro.

—Si tú lo dices… —Ellie carraspea. Tyrone vuelve a mirar hacia atrás, pero no a ella, sino a mí. Ellie me da un codazo—. Vale, sí, tienes razón.

—Menudo imbécil.

Se me escapa una risa, pero la corto voluntariamente cuando me doy cuenta de que no entiendo por qué le cae mal. No quiero ser así, no quiero convertirme en una víctima de esta ciudad que disfruta criticando a los demás sin, al menos, tener un motivo para hacerlo. Si voy a caer en eso, al menos que sea con conocimiento de causa.

Le pregunto a Ellie el por qué de su reacción y ella se limita a mandarme a callar. Una vez más, la conversación parece terminarse cuando a ella le apetece dejar de hablar. Yo me indigno y ella resopla. Se acerca a mi oído y me cuenta que, en realidad, no tiene nada en contra de Tyrone, sino de Gregor Hastings, el personaje que interpreta en la película. Es verdad que es un prepotente de cuidado, y espero

que no llegue vivo a los créditos finales. Me comenta que tiene cierta tendencia a coger manía a los actores y actrices cuando son insoportables en la pantalla, aunque sea ficción. No lo puede evitar.

—Meryl Streep está vetada en mi televisión.

—Ni te atrevas —la amenazo en broma—. Meryl es Dios.

A mí, el hecho de que en la película Gregor Hastings sea un completo hijo de puta me hace pensar que Tyrone Cox seguramente sea un buenazo; porque me resulta complicado que un cabronazo de verdad pueda realizar un papel así. Es decir, si eres una mala persona, lo más probable es que no lo sepas y tú pienses que eres buena gente. Así que, para interpretar a un cerdo misógino y altivo, tendrías que exagerar aún más todos los aspectos negativos de tu personalidad, consiguiendo que el resultado sea demasiado extremo e inverosímil. Un buen chico sabrá distinguir el bien del mal y, por tanto, podrá interpretar ese papel de forma acorde a las exigencias. Tal vez por eso, en el mundo real, las buenas personas somos conscientes enseguida de cuando estamos haciendo daño a alguien, porque nuestra propia naturaleza siente rechazo hacia ello. Aunque reconozco que a veces no basta con saber que estás actuando mal para poder ponerle freno a tiempo.

La película termina con Tyrone (es decir, Gregor) desangrado en una bañera, con tres balazos en el pecho, así que Ellie se siente satisfecha y aplaude a rabiar junto al resto de asistentes. Yo nunca he entendido eso de aplaudir en el cine. Sin embargo, esta vez está todo el reparto y el equipo que ha creado la película en la sala. Por primera vez en mi vida, sí veo relativamente coherente hacerlo.

Tras abandonar el teatro y realizar otro trayecto escuchando las canciones *folk* de Ellie, llegamos al club donde se celebra la fiesta tras el estreno. Aparcamos cerca de la puerta, volvemos a mostrar nuestras acreditaciones y accedemos al interior bajando una escalera más inclinada de lo normal. Estoy convencido de que estos peldaños han provocado más de un diente roto.

Aquí el ambiente es completamente distinto con respecto al teatro y la única señal que indica que esto es una fiesta tirando a corporativa es el logotipo de Netflix siendo proyectado en una pantalla gigante que hay al fondo del local. De resto, es una noche de fiesta cualquiera, como otras tantas he vivido ya en otras ciudades. No obstante, creo que debería controlarme un poco porque no deja de ser una fiesta de trabajo. No quiero que el lunes por la mañana corran los chismes sobre Ryan, el borracho del departamento creativo, por todo el edificio.

La gente baila al ritmo de *Anywhere* de Rita Ora y me teletransporto mentalmente al Soho de Londres. Esta canción no es que haya pegado demasiado por aquí, así que el DJ debe de ser fan de Rita en particular o de la música británica en general. Antes de que pueda opinar al respecto, Ellie ha decidido ir por libre e integrarse en un grupo de personas que no conozco. Posiblemente, otros fotógrafos de la compañía. Acepto mi destino en soledad y me acerco a la barra para pedirme una copa. Le digo a la camarera que me sorprenda y me sirva cualquier cosa no demasiado fuerte, excepto un mojito. Esa bebida pertenece a otro tiempo en el que yo era otra persona, en otro lugar diferente. Y aquí no creo que sepan lo que es un *Watermelon Crush*.

—En media hora me voy a casa —me dice Ellie, apareciendo a mi espalda.

—¿Cómo? —le pregunto, incrédulo—. Si acabamos de llegar.

—Lo sé, lo sé, pero… —Ellie echa un vistazo alrededor—. No estoy en mi hábitat natural.

—No te vas a morir por disfrutar una noche fuera de casa.

—Sabes que soy un animal diurno, príncipe. He venido porque Julius tenía que darme una tarjeta con unas fotos —me explica, aunque realmente me da igual. Se me está contagiando su indiferencia

—, y el sinvergüenza no se dignó a aparecer por el teatro.

La miro sin saber muy bien qué decir. Ya debería haberme acostumbrado a su carácter, a su extraño estilo de vida casi ermitaño, totalmente opuesto a la imagen que da con su personal e indiscutible estilo a la hora de vestir.

—¿Te quedas o te vienes? —me pregunta, quitándose las gafas de pasta para limpiarle los falsos cristales con una servilleta que ha cogido de la barra.

—Me voy contigo —le respondo.

—¿En serio? —Su cara no expresa aceptación, precisamente, sino más bien incomodidad.

—No. —Me río, aunque ella no me sigue—. Claro que me quedo. Aún me faltan dos o tres como esta antes de plantearme irme.

Cojo la copa que me han preparado, sin saber todavía qué es, y la levanto.

—Además, es tu primera fiesta de empresa —añade ella. Yo arqueo las cejas y vuelvo a levantar la copa, pero esta vez a modo de brindis en el aire—. ¿Sabrás volver a casa?

—No te preocupes. Soy resolutivo.

Entonces, ahora sí, Ellie sonríe y me da las gracias; algo que no termino de comprender. Gracias, ¿por qué? ¿Por permitir que se vaya? Ni que fuera yo su dueño. Estamos en 2019 y soy gay. Decirle a una chica lo que tiene o no tiene que hacer no está entre mis planes. Y a un chico tampoco, ya que estamos.

Varias horas y copas después, paseo entre pocos conocidos y muchos

desconocidos, regalando sonrisas a los primeros y tímidas miradas a los segundos. Me cruzo con algunos actores de la película y otros famosos que han sido invitados. Durante unos segundos, tengo esta inusual revelación en la que soy plenamente consciente del lugar en el que estoy y de lo mucho que ha cambiado mi vida desde aquellos veranos en los que veraneaba en St Dean y mi única preocupación era tener la nevera llena y el ordenador portátil lleno de películas, por si volvía a estropearse la antena de la televisión. Si hace siete años alguien le hubiera dicho a aquel Ryan que un día estaría deambulando por una discoteca llena de personas que trabajan por y para Hollywood, formando parte de ese equipo de profesionales que, con cada grano de arena y cada aportación individual, han sacado adelante una película para la plataforma de *streaming* más famosa del mundo, se habría echado a reír.

Saco el teléfono, me hago un vídeo *selfie* rodeado de toda esta gente y se lo envío a Aadhya.

R: Primera fiesta de empresa, pero las nuestras eran mejores.

Pienso en enviárselo también a Sussan, pero, cada vez que me acuerdo de escribirle, estoy en un situación poco apropiada para reaparecer después de varios meses sin saber nada el uno del otro. Si no recuerdo mal, la última vez que hablé con ella fue en abril, cuando le pregunté si sabía lo del libro de Mike. Me respondió que sí y, antes de que me enviara el audio de WhatsApp que vi que estaba grabando, le dije que no quería saber nada y que me disculpara por haberle preguntado.

Aprovecho y subo el vídeo como historia en Instagram. *Hashtag: ¿Qué hago yo aquí?*

Miro a mi alrededor y siento esas estúpidas ganas de llorar que, contradictoriamente, no vienen acompañadas de lágrimas. Me doy cuenta de que no puedo distinguir si me siento plenamente feliz o completamente vacío, porque el hecho de ser consciente de todo esto

que me rodea me produce tal bloqueo emocional que no siento nada. Fascinación, sí, por supuesto. Orgullo también. Pero ninguna de esas sensaciones que atraviesan la mente y recorren todo el cuerpo. Justo cuando me acuerdo de él y pienso en qué estará haciendo ahora y dónde, vuelvo al mundo real porque alguien me empuja sin querer.

—Lo siento —me dice, tras derramarme parte de su copa en un brazo y seguir su camino como si yo no existiera.

Me acerco al servicio y meto el brazo debajo del grifo del lavabo para limpiarme los restos de bebida antes de que se seque y me deje el brazo pringoso. Dejo la mía sobre el mármol y, mientras me seco con una toalla de papel, me miro en el espejo. Tengo los ojos ligeramente rojos y algo llorosos. Entro en un cubículo y hago lo que cualquier ser humano haría después de llevar toda la noche bebiendo sin parar. Creo que una de las mejores sensaciones del mundo es la de orinar cuando has estado mucho tiempo aguantando las ganas. Ese cosquilleo que te recorre el cuerpo no se consigue de ninguna otra forma.

¿Te estás oyendo? Estás borracho, amigo.

Cuando termino, abro la puerta del cubículo y me encuentro a Tyrone Cox de espaldas, lavándose las manos. Su mirada rebota en el espejo y atraviesa la mía durante un segundo. Desvío los ojos hacia cualquier parte que no sea su cara, ni sus perfectos brazos con la camisa remangada hasta los codos, y sigo camino de la puerta. Me resulta extraño encontrarme frente a frente con el mismo tipo que he visto medio desnudo en la pantalla, rodeado de varias prostitutas tailandesas. Ya he avisado de que la película era una joyita. Debería sentirme atraído. Tyrone es guapo, de ojos claros, con una piel que tiene toda la pinta de ser supersuave al tacto, bien formado y con una sonrisa que le habrá costado su dinero. Pero no siento nada, al menos no relacionado con él.

—Hay que lavarse las manos después de… —oigo a mi espalda.

—¿Qué? —le pregunto al girarme.

—Las manos… —Mira hacia las suyas, mientras las seca con un trozo de papel.

—Ya había… —No. No he hecho nada. Lo que me limpié fue el brazo. Y fue antes de mear.

Me acerco al lavabo, me mojo ligeramente las manos y sigo mi camino, arrastrándolas por el pantalón para secarlas. Entonces siento que me toca el hombro con intención de detenerme, pero sin ser demasiado brusco.

—¿Es tuya? —Tiene en la mano la bebida que he dejado antes junto al lavabo.

—No —le miento y me tambaleo ligeramente.

—¿Estás bien? —me pregunta, posicionándose entre mi cuerpo y la puerta.

—Sí, claro. Genial.

Tyrone arquea las cejas y aprieta los labios de forma incrédula.

—Tú mismo —me dice finalmente.

Deambulo por la sala buscando a Ellie. De pronto, la música me incomoda, el evento no me parece tan increíble y estar rodeando de famosos no es tan genial. Desde que estoy en Los Ángeles, cada vez que bebo me pasa esto mismo. De buenas a primeras, me produce rechazo este estilo de vida, las fiestas, el alcohol, la gente… Después de un par de minutos intentando dar con Ellie, recuerdo que ya se ha marchado hace horas y que tengo que regresar a casa por mi cuenta.

Salgo del club y me detengo en mitad de la acera, mirando fijamente las señales de tráfico que hay cerca, una a una. No tengo ni la más remota idea de qué bus tengo que tomar para llegar a casa, ni

tampoco los horarios, ni nada, así que abro la aplicación de Uber.

Esto te va a salir caro, príncipe del corazón roto.

Odiosa ciudad interminable. Comienzo el proceso de solicitud de un coche cuando vuelvo a sentir el mismo toque en el hombro de antes.

—¿Ya te vas? —Es Tyrone.

Yo guardo silencio porque es bastante obvio, sobre todo cuando se ha colocado a mi lado y está mirando indiscretamente la pantalla de mi teléfono. He bebido, pero no he perdido facultades. No demasiadas.

—A mí tampoco me van mucho estas fiestas —continúa hablando, sin que yo diga nada—. Soy más de pequeñas reuniones con amigos, una cena tranquila, unas copas en casa…

Sonrío falsamente para darle a entender que su vida de famoso adinerado seguro que es maravillosa, pero a mí me importa más bien poco. Entonces me quita el teléfono de las manos y yo no entiendo qué está pasando, ni qué clase de confianzas son esas.

—¡Ey! —me limito a decir, sin moverme. Igual sí que estoy más borracho de lo que pensaba. Iban a ser un par de copas y está claro que han sido más. Maldita barra libre.

—No sé si eres tímido —sugiere Tyrone—, si pasas de mí o si mis indirectas no están causando el efecto que quiero, pero…

—¿Qué indirectas? —le pregunto.

—Tú… Yo… Unas copas…

—¿Estás ligando conmigo? —Miro hacia atrás, simulando que busco a alguna otra persona que juegue más y mejor en su liga que yo.

—Eso intentaba, pero veo que no te intereso —me responde.

Tyrone me devuelve el teléfono y se da la vuelta, caminando hacia la puerta del local. No sé si quiero hacer lo que voy a hacer, pero si hay algo que no ha cambiado en mí en todo este tiempo es que sigo sintiendo esa imparable necesidad de distraerme con lo primero que pillo cada vez que tengo algo dando vueltas en la cabeza, incluso cuando no sé qué es lo que me ronda la mente. Necesito dejar de pensar.

—Lo de la copa suena bien —le grito antes de que acceda al interior. Tyrone frena en seco y tarda unos segundos en darse la vuelta —. Si aún sigue en pie, claro.

Sin decir nada, se acerca hasta mí y hace un gesto para que lo siga. Unos metros más allá del local, las luces de un coche se iluminan y me doy cuenta de que Tyrone tiene el mando en la mano. Ha aparcado en el mismo sitio en el que estaba el coche de Ellie, así que doy por hecho que llegó a la fiesta después de que se fuera ella.

Muy bien, Sherlock. Ahora a ver si adivinas por dónde se entra a un coche.

No sé qué quiere Tyrone de mí. ¿Le gusto o sólo quiere tomar algo en plan amigos? Me cuesta leer las intenciones de la gente cuando he bebido. Dejo de ser Ryan el espabilado y me convierto en este extraño ser que no sabe nada de la vida y sigue lloriqueando por barcos perdidos que zarparon hacia otra parte. Ah, sí. Va a ser eso por lo que tenía los ojos rojos. Los barcos perdidos. Las estrellas fugaces. Esas mierdas.

—¿Vas a subir? —me pregunta Tyrone desde dentro del vehículo.

Que alguien me pegue un tiro. O que me dé un café. Cualquiera de las dos opciones me vale.

Abro la puerta, tomo asiento y bajo la ventanilla después de cerrar la puerta. Tyrone arranca y comienza la vida. Se dice de Nueva York que es la ciudad que nunca duerme, pero Los Ángeles también sufre un insomnio considerable. Surcando las avenidas apenas hay letreros apagados. Todos los locales de restauración que nos cruzamos están abiertos. Luces, colores, neones, letras, mascotas y destellos de todo tipo cruzan mi vista con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. La brisa rodea mi cara y alborota ligeramente mi endemoniado pelo, que ya ha perdido cualquier intento de fijación artificial.

—¿Eres siempre tan callado? —me pregunta Tyrone, apoyando su mano sobre mi muslo. Yo la miro y me pregunto cómo ha llegado hasta ahí. Es decir, en qué momento pasé de estar viendo a este tipo muerto en una bañera en alta definición a tener su mano sobre mi pierna, confirmando que lo que Tyrone busca de mí no es una gran y próspera amistad.

—No —Le sonrío—. Estoy un poco… —Respiro profundamente —. No sé. No estoy.

—Si quieres te llevo a casa. ¿Dónde vives?

Señalo hacia la parte de atrás del coche, queriendo indicar que vivo en la dirección opuesta. En realidad no tengo ni idea de hacia dónde vamos, pero la gente con dinero suele vivir más hacia el norte, así que la probabilidad de que Oakwood esté hacia atrás es alta.

—Da igual, no quiero volver —le digo.

La mano de Tyrone vuela desde mi muslo hasta mi cara, la acaricia, baja hasta el cuello y luego salta hasta la pantalla digital del equipo de música del coche. Pulsa algunos botones y comienza a sonar la música. Alguien canta acerca de encontrar a otro alguien en su soledad, en su tristeza, llegando para darle calor. Después reconoce que estaba en un lugar oscuro y ese otro alguien le curó sus heridas, justo cuando estaba hundiéndose sin remedio. Siempre te salvo.

Siempre me salvas.

—¿Quién canta? —le pregunto a Tyrone, mientras acaricio el altavoz que tengo delante, intentando rozar algo que está a muchos kilómetros de aquí.

—James Bay.

Fijo la vista en la pantalla del reproductor y veo que la canción se llama *Rescue*. Busco mi teléfono en el bolsillo y añado la canción a mi biblioteca de Apple Music. No, me he equivocado de botón y he añadido el disco entero. Bueno, da igual.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta él, dibujando una sonrisa pícara en su cara. Yo me echo a reír, porque no había caído en la cuenta de que no le había dicho mi nombre, pese a que yo evidentemente supiera el suyo.

—Ryan —le respondo y me río tontamente—, el Príncipe de Inglaterra.

Vale, eso sobraba.

Unas cuantas canciones después, se termina la vida. Fin del trayecto. Tyrone vive en una modesta casa de solo una planta, ubicada en una zona que tendré que comprobar en Google Maps, pero que no puede andar demasiado lejos de donde intuyo que debemos de estar (Beverly Hills), por el tiempo que hemos tardado en llegar hasta aquí. El interior es menos modesto, pero tampoco es un derroche de lujos. Está claro que Tyrone ha sabido invertir bien el dinero que ganó en sus días de gloria televisiva para poder vivir acomodadamente el resto de su vida. O tal vez tiene otros negocios de los que el club del chisme de mi oficina no tiene constancia.

Me invita a sentarme en el sofá con vistas al jardín trasero. Poco después aparece con un par de copas, de algo que, por el color, debe de ser vodka o ginebra. Le acepto la bebida educadamente, pero

la dejo sobre la mesa. Estoy caminando por esa delgada línea que separa estar borracho de echar la cena sobre la alfombra. Y no tiene pinta de ser de Ikea.

Hablamos sobre mí, sobre qué pintaba un chico como yo en una fiesta como aquella, sobre mi pasado en Nueva York y mi nueva vida en la ciudad, sobre mis aspiraciones y sobre todo aquello que cabe en una apresurada conversación improvisada entre dos desconocidos que fingen ser amigos. Realmente preferiría hablar de él, pero como no sé hasta qué punto lo que me han contado es cierto o no, tengo miedo de mencionar algo que me haga quedar como un imbécil.

Sé que no debería estar aquí, pero aquí estoy. Debería agradecerle la copa que no he probado y pedir un Uber que me cueste un ojo de la cara. Pertenecemos a mundos diferentes y, aunque no fuese así, yo estoy borracho y él me ha invitado a su casa sin ni siquiera saber mi nombre. No hay que ser muy espabilado para darse cuenta de que Tyrone está más interesado en que mi lengua haga todo lo que sabe hacer, excepto hablar. Y, para qué engañarnos, yo tampoco he venido porque haya tenido un flechazo con él. No sé realmente por qué he venido. Supongo que necesito amigos, algo que en Londres conseguí con bastante facilidad y aquí no hay manera de que surja. Vale, sí. Me gustan sus brazos y siento curiosidad por saber si su piel es tan suave como aparenta, pero no necesito irme a la cama con él para comprobarlo.

Tyrone me pilla distraído y me besa. Me bloqueo, así que se lo devuelvo pero sin entregarme demasiado. Sus labios son suaves, la piel de su brazo también. He combinado las dos cosas que me atraían de él y no he sentido nada. Entre mis piernas todo está casi muerto y creo que, si siguiera dándole pie a esto, estaría cometiendo uno de esos errores que, supuestamente, ya he aprendido a evitar.

—Míralo —me dice Tyrone, separando su boca de la mía—. Y parecía tímido.

Definitivamente, se ha hecho la idea equivocada. Culpa mía.

—Debería irme —le digo—. No pensaba… Bueno, sí. Suponía que pasaría esto —le reconozco—, pero no quiero jugar contigo. Solo quería compañía.

Tyrone me acaricia la cara y me mira con ojos tiernos. Sería fácil caer en su red. De hecho, casi lo hago al acercarme a él y darle otro corto e inocente beso en los labios, que sabe más a despedida que a otra cosa.

—No hagas eso —me pide con una sonrisa.

—Perdona. Estoy borracho. En serio, me voy.

Me levanto y tanteo el bolsillo de mi pantalón para buscar el teléfono. Me tambaleo ligeramente y pierdo el equilibrio. Vuelvo a sentarme. Busco la aplicación de Uber, pero ahora mismo todas me parecen iguales.

—Será mejor que te quedes —me pide él. Acto seguido levanta las dos manos—. Prometo no intentar nada.

No estaba entre mis planes que el malo de la película me pidiera quedarme a dormir en su casa, pero, ahora que me lo ha ofrecido, estoy encantado con la idea. El cuerpo me pide cama, y no precisamente del tipo que incluye quitarse la ropa previamente. Justo cuando me dirijo a la habitación que Tyrone me ha indicado, me llega un mensaje de Aadhya. Creo que en Londres son casi las diez de la mañana. La pantalla del teléfono es un borrón, pero consigo enfocar la vista.

A: Qué ganas de estar ahí contigo :(

A: ¡Pórtate bien!

Eso intento, Aadhya. Eso intento.

3
UÑAS FOSFORESCENTES Y POLLO FRITO

La noche que pasé con Tyrone hace dos semanas no deja de retumbar en mis oídos en forma de notificaciones. Una tras otra. No suelo poner el teléfono en silencio, pero llevo una semana con la pestañita naranja del iPhone siempre visible. Desde que me mudé a Londres, he dejado de juzgarme y sentirme cohibido con respecto a mis impulsos. Cuando me apetece hacer algo, lo hago, sin pensar en las consecuencias, sin pensar en qué sentiré al día siguiente o qué opinarán de mí los demás. La libertad elevada a la máxima potencia, con el único límite de no hacer daño a nadie de forma intencionada. Sin embargo, con Tyrone no sentí ese impulso de libertad por ninguna parte. No es que me parezca extraño, porque ser gay no significa que me tengan que atraer todos los hombres del planeta, pero no comprendo cómo un encuentro entre dos personas puede ser tan diferente en base a desde qué punto de vista se observe. Yo era un mueble de Ikea, inerte y sin emociones. Mientras que él, desde esa noche, se ha colgado de mí. O al menos eso es lo que demuestra con su insistencia.

Han pasado dos semanas y me ha estado escribiendo a diario. A priori, algo maravilloso porque es justo lo que quería. Alguien con quién hablar y compartir experiencias y vida en Los Ángeles. El problema es que todas sus intenciones parecen reducirse a lo mismo. Le gusto, le gusto y le gusto. Quiere una oportunidad, conocernos más, ver hasta dónde podría llegar lo nuestro si nos arriesgáramos. ¿Lo nuestro? ¿Y arriesgarnos a qué? ¿A embarcarme en una relación con alguien que no me atrae? Lo que más me fastidia es que me había caído bien. No me pareció el típico famoso estirado y clasista. Claro que tampoco es que tuviéramos una conversación superprofunda,

teniendo en cuenta mi estado.

Que me envíe mensajes de forma tan frecuente no ayuda. Y que reaccione a todas mis historias de Instagram y le diera *likes* a medio centenar de fotos en cinco minutos tampoco. Yo quiero un amigo, no un fan. Nada me gustaría más en el mundo que poder devolverle lo que me pide. Porque eso significaría que por fin se han alineado mis planetas y el universo me concede una tregua sentimental, pero no puedo. No hay emoción, no hay chispa, no hay nada. Es como esta frase del libro de Mike:

> *«Ese momento en el que ves a alguien por primera vez y lo sabes. Porque es imposible ignorar esa sensación de que, por fin, has encontrado lo que llevas toda tu vida buscando. Eso fue lo que sintió Malik, pese a que intentaba convencerse de que era imposible saber algo así simplemente a través de una mirada».*

Yo he vivido eso. De hecho, sé que Mike también lo vivió así conmigo porque me lo dijo en su momento, aunque yo por aquel entonces estaba demasiado cerrado al amor. Y son unos sentimientos que yo no he tenido al conocer a Tyrone. Y no me refiero a *lo que sentí al ver a Mike*, sino a sentir algo en general. Una conexión, una intuición, algo. Dejé que me besara porque no me desagradaba. Y, si hubiera estado un poco más borracho, es probable que me hubiese acostado con él. Pero habría sido el sexo más vacío de la historia. Y, además, eso habría dicho más sobre él que sobre mí.

El problema esta vez es que me estoy aficionado a esto de tomarme dos copas de más. Y ya sabemos cómo me pongo cuando pasa eso. Si no acabo con alguna lengua ajena en mi boca, será con un rodillazo en la espalda o discutiendo con alguien. Mentiría si dijera cuántas me he tomado esta noche, así que establezcamos un rango de más de cuatro y menos de ocho.

Tigerheat no entrará dentro de mi lista de clubs favoritos, pero es un buen sitio para pasar desapercibido y sentir que mis problemas no le importan a nadie. En este lugar, la fauna es tan variopinta que todo el mundo va a su bola. Nadie se fija en mí. Nadie me pregunta quién soy ni qué hago en este lugar. Evidentemente, en cualquier otro sitio me sentiría igual, porque vaya a donde vaya nadie me conoce en Los Ángeles.

Mientras los altavoces me atraviesan los tímpanos con *Bad Guy* de Billie Eilish, avanzo por la pista de baile con la bebida en una mano y la otra dando vueltas por encima de mi cabeza al ritmo de la música. De vez en cuando, cierro los ojos y finjo que estoy bailando solo en medio de mi habitación. De ese modo desaparece el último resquicio de vergüenza que recorre mi cabeza.

—No deberías ocultarle esos ojazos al mundo —me grita alguien al oído. Abro los ojos y miro a mi izquierda. Una *drag queen* me guiña un ojo y sigue avanzando entre la gente. La sujeto del brazo.

—Perdona, ¿qué…?

—No te preocupes —dice antes de que pueda terminar mi pregunta—. Es normal que no me reconozcas… *así*. —Levanta las dos manos y se atusa la peluca multicolor, que brilla en la penumbra del local—. Luego te escribo un mensaje.

—Pero…

—¡Qué casualidad habernos encontrado aquí! —exclama, sin hacer mucho caso a mi desconcierto—. ¡Aunque eres más guapo en foto! —continúa, mientras me intenta hacer cosquillas en la barriga con sus largas uñas fosforescentes. Es como una criatura recién salida de Cyberdog.

—No tengo ni idea de… —Ahora sus uñas están sobre mis labios.

—*Shhh*. Luego hablamos, Ryan.

Sin más, desaparece entre la multitud. Me gustaría ir tras ella para saber quién es y, sobre todo, de qué me conoce. Pero recuerdo que el nuevo Ryan no hace esas cosas y me entra una pereza enorme al pensar que podría estar volviendo a viejos hábitos, a preocuparme demasiado por las cosas, a crearme problemas donde no los hay.

No debería estar pensando en ello, pero lo hago. Me ha llamado por mi nombre y juraría que no la he visto en mi vida. Se me pasa por la cabeza que podría ser Tyrone. La verdad es que no recuerdo su altura como para comparar. *Miss Fluorescencia* no tenía la piel del brazo demasiado suave que digamos. No, no tiene sentido que fuese él. ¿O sí? ¿Qué mejor manera de salir de fiesta e integrarse sin ser reconocido?

Sal del bucle, príncipe.

Consigo que mis pensamientos se dispersen cuando, dos o tres cabezas hacia el frente, hay un chico observándome de forma bastante interesante. Es de mi altura, sin llegar al uno ochenta, y tiene el pelo como Leonardo DiCaprio en Titanic, lo que le hace ganar muchos puntos de entrada. Me acerco a él y le pregunto qué está bebiendo. Es una forma sutil de entrar a la gente que se me acaba de ocurrir. Si me presento o le pregunto su nombre, haré evidente que me gusta. Si no es mutuo, me sentiré ridículo. De esta forma, siempre puedo fingir que solo quiero saber qué clase de bebida es esa, sin más. A ver si funciona.

—Un triste vodka con algo que sabe a coco —me responde.

—Soy nuevo por aquí —le digo, prácticamente gritándole al oído—. ¿Estás con alguien?

—Ahora contigo —me responde, y después recorre mi brazo derecho con la punta de sus dedos.

Ryan, se supone que querías un amigo. Llevas dos semanas quejándote de eso. Este chico no quiere un amigo. Date la vuelta y a otra cosa.

—Me llamo Ryan. ¿Y tú?

Él sonríe y menea la cabeza.

—Si me dejas ver lo que hay debajo de esa camiseta, puedes llamarme cómo quieras.

Directo al foso. Bravo.

El viejo Ryan habría huido corriendo de la escena. El nuevo Ryan le habría dicho que no está buscando encuentros sexuales de una noche, sino algo más productivo. El Ryan borracho ha tardado cinco segundos en tener la lengua dentro de la boca del chico en cuestión. Y ha tardado en torno a treinta minutos en abandonar Tigerheat, coger un taxi, subir la escalera, cruzar la puerta del apartamento del chico y abalanzarse sobre su boca de nuevo nada más cerrar tras de sí.

Brindemos por los principios morales y la coherencia. Salud.

Palpo mi bolsillo trasero para comprobar que no he perdido el teléfono en el taxi, después el izquierdo delantero para cerciorarme de que llevo encima protección. Lo peor de mi hipocresía es que salgo de fiesta buscando amigos con un preservativo en el bolsillo.

—¿Nos vamos a quedar aquí, Patrick? —le pregunto al chico, porque no hemos pasado de la puerta de entrada y ya nos queda poca ropa por quitarnos.

—¿Patrick? —Se separa de mí.

—Me has dicho que, si me quitaba la camiseta, podría llamarte como quisiera.

Él sonríe, haciendo un gesto de aprobación, me acaricia el

pecho con las manos y vuelve a buscar mi boca. Pienso que no sé dónde estoy. Es decir, en qué parte de la ciudad, porque estoy demasiado disperso como para recordar el trayecto del taxi.

Qué raro.

De todos modos, tampoco habría reconocido calles por las que nunca he estado, salvo que diera la casualidad de que mi nuevo *no-amigo* también viva en Oakwood. Después me pregunto por qué estoy pensando en eso mientras la lengua de *Patrick* baja por mi pecho desnudo. Al final me doy cuenta de que cuestionar mis pensamientos es otra forma más de entrar en bucle y lo que hago es, una vez más, dejar de pensar, sin más.

Me empuja hacia la habitación, me tira sobre la cama y me doy un golpe en la cabeza contra la pared. Ha sido más intenso el sonido que el golpe, pero me llevo las manos a la nuca y me quejo del dolor. Un gesto instintivo, realmente.

—¡Ay va, tío! —exclama él—. ¡Lo siento! He calculado mal la distancia…

—No pasa nada —le respondo, frotándome la parte de atrás de la cabeza—. Estoy bien.

—En ese caso…

Patrick se me echa encima y vuelve a recorrer mi cuerpo con su boca hasta llegar a mis calzoncillos, pero ahora me siento como si no debiera estar aquí. No sé si el golpe me ha espabilado o me lo he tomado como una señal. Esto no es lo que quiero. No. No necesito un polvo para mitigar mi soledad. Necesito compañía. No quiero convertirme en un cliché andante. Me aparto del chico y me disculpo por haberle hecho perder el tiempo.

—No soy un *calientapollas* —le digo, intentando justificarme, pensando más en que es la segunda vez que huyo de una situación

similar y no tanto en esta ocasión en particular—. De verdad, que no.

—No pasa nada, campeón. Pero no puedo dejar que te vayas así.

—En serio —insisto—, por favor, no lo fuerces.

El chico se sienta sobre la cama, en la oscuridad de la habitación, y me pone la mano en el muslo desnudo.

—No me refería a *eso* —me aclara entre risas—, sino a que es tarde y ya te has dejado la pasta en un taxi. Puedes quedarte a dormir y mañana te vas en metro.

Me quedo de pie junto a la cama, observando a *Patrick* gracias a la poca luz que entra por la ventana.

—Solo si prometes no agobiarme a mensajes a partir de mañana —le respondo, pensando en lo que ocurrió la última vez que acepté dormir en casa de un extraño. El chico creo que se lleva una mano al pecho.

—No me has dado tu número, así que…

Despierto en calzoncillos y muerto de calor. Se nota que ha llegado agosto. La habitación está medio a oscuras porque eché las cortinas anoche antes de meterme de nuevo en la cama, pero puedo distinguir claramente que está llena de figuras de coleccionista de Marvel. Me asusto pensando que *Patrick* es menor de edad.

¿Te has liado con un crío, Ryan? Estarás contento. Al menos no has tenido sexo con él.

—Madre mía —verbalizo mi pensamiento en voz alta. Él no se despierta.

Me acerco a su cara y doy por hecho que no es menor de edad. No puede serlo. Yo no estaba tan borracho como para haberme besado con alguien tan joven sin darme cuenta. ¿O si? No, no. Por mucha edad que aparente, es genéticamente imposible que este chico tenga menos de dieciocho años. Será un *freak* de los cómics. Me conozco y no quiero darle más importancia a este asunto de la que debería, así que me levanto en silencio y avanzo de puntillas por su habitación, buscando los pantalones. Los suyos. Cuando los encuentro, busco su cartera en los bolsillos, la abro, compruebo su carnet y veo que estaba en lo cierto. Es decir, que solo es un fanático de Marvel, no un postadolescente muy desarrollado. Tiene mi edad y se llama Christopher.

Ahora que sé que no me va a causar problemas legales, puedo largarme sin miedo a represalias o amenazas. Definitivamente, he visto demasiadas series de televisión. Trabajar en Netflix me está dotando de mucha más creatividad de la que ya poseía para inventarme dramas. Voy recogiendo mi ropa y poniéndomela en sentido inverso a cómo me la quité anoche cuando llegamos, terminando con la camiseta que hay junto a la puerta de entrada. Justo cuando voy a abrirla, intentando hacer el menor ruido posible, su voz me asusta a mi espalda.

—Puedes hacer ruido, ¿eh? Estoy despierto.

Abandono mis intenciones y me doy la vuelta.

—Perdona, no quería…

—No pasa nada, es normal —me interrumpe—. Mejor así, supongo.

—Sí, mejor así.

La situación se vuelve cada vez más incómoda y creo que es la primera vez que me toca vivir algo así. Normalmente, las pocas veces

que he hecho esto he podido irme sin tener que dar explicaciones. Abro la puerta y entonces me habla de nuevo.

—¿Te puedo preguntar algo? —Me detengo otra vez y me giro hacia él—. ¿Lo de anoche… iba a ser un polvo de descarte? ¿Por eso te echaste atrás?

—¿A qué te refieres?

Me explica que un polvo de descarte es cuando te acuestas con alguien que no te termina de gustar del todo, pero es la única opción que te queda en la discoteca. Y follar con un *casi-me-gusta* es mejor que hacerlo con un *no-me-gusta* o irte a casa con las ganas. Me sorprende que me pregunte algo así, porque no recuerdo a qué hora nos fuimos anoche de Tigerheat, pero estoy seguro de que quedaba todavía noche por delante y podría haber tenido otras opciones, si realmente ese hubiese sido mi plan.

—Estoy aquí porque me gustas. Me gustaste —me corrijo sobre la marcha.

—Vale —responde tímidamente—. Entonces… No sé, si no soy un polvo por descarte y te gusté anoche, ¿por qué no me hiciste caso en Grindr?

Vale. Esto es nuevo. Tengo flashes de la *drag queen* de anoche, la de las uñas fluorescentes, diciéndome algo de enviarme un mensaje. Le digo que no uso Grindr y que no tengo ni idea de qué es lo que me está contando. Él desaparece hacia su habitación y después regresa con su teléfono en la mano. Trastea un poco en la pantalla y me enseña un perfil de Grindr. La foto principal no muestra la cara pero es mía. Estoy seguro. Soy yo, con el neopreno de surfear atado a la cintura, posando junto a una tabla azul. Me la hice el primer día de clases y la colgué en Instagram.

—Eso no es mío —le digo.

—Puedes decirme la verdad, pero no finjas —me recrimina él —. Tienes este mismo tatuaje en el brazo —añade, señalando hacia mi antebrazo—. Además… —continúa, bajando la cabeza hacia el teléfono.

—Me refiero a que ese perfil no es mío. La foto sí.

Él levanta el teléfono y me enseña las fotografías que, supuestamente, le envié al iniciar la conversación. En algunas se me ve la cara perfectamente y es evidente que soy yo. Más fotos robadas de mi perfil de Instagram. Cojo el teléfono y deslizo el dedo para ver la conversación, pero no hay. Quien quiera que roba mis fotos saludó a este pobre chico, enviándole mis fotos, y dejó de responderle cuando Christopher le envió algunas suyas.

—¿Cómo se borra esto? —pregunto, devolviéndole el teléfono.

—¿Seguro que no eres tú? —me pregunta. Yo no tendría por qué darle explicaciones a un desconocido, pero saco mi teléfono del bolsillo y le enseño ambas pantallas para que vea que no tengo instalada la aplicación—. Vale, te creo.

—Entonces…

—No se puede borrar —me informa—. No funciona así. Tienes que denunciar la cuenta, pero normalmente no hacen nada.

Christopher se acerca de nuevo hasta mí y me enseña el proceso mediante el que denuncia que están usando mis fotos sin mi permiso. Me cuenta que no suele servir de nada, porque ha reportado muchas cuentas y rara vez desaparecen. Le pregunto si es normal que ocurra algo así y me contesta que sí, más de lo que pienso. Hay toda una red de perfiles falsos que se hacen pasar por otras personas. Y la verdad es que no lo entiendo. ¿Qué sentido tiene hacer eso? ¿Qué pasa si encuentras alguien genial con el que no puedes quedar en persona porque no eres el chico de las fotos que envías?

Le doy las gracias por habérmelo dicho y él se encoge de hombros, restándole importancia. Miro la hora en mi teléfono y me despido. Estoy tan revuelto como muerto de hambre y tengo que ponerle solución.

Cuando estoy en la calle, siento la vibración de mi teléfono en el bolsillo. Lo extraigo y veo en la pantalla una videollamada entrante de Sussan. Siento la tentación de ignorarla o silenciarla, pero ya está bien. Es hora de que deje de buscar el momento ideal para hablar con ella, porque podría no llegar nunca. Acepto la llamada.

—Joder, qué cara llevas —dice nada más verme. Ella tiene la melena recogida en un aparatoso moño y parece estar dándole de comer a los niños. En Nueva York son casi las dos de la tarde. Aquí tres horas menos.

—Gracias, yo también te quiero y te echo de menos —le respondo, aunque no debería usar ese tono ni esas palabras cuando lleva meses sin saber de mí.

—Nos hemos levantado sarcásticos… —Sacudo la cabeza, restándole importancia al asunto—. ¿Estás en la calle? ¿Por qué estas…? Bueno, da igual —se interrumpe a sí misma—. Te llamaba para saber si sigues vivo y, sobre todo, porque parece que, si no lo hago, no me entero de que ahora vives en Los Ángeles. ¿Cuándo pensabas contármelo? O… contarme algo, en general.

Estoy a punto de preguntarle si Alex no puede dar de comer a los niños, para que ambos podamos hablar sin distracciones. Pero ahora mismo sería muy prepotente de mi parte ponerme con exigencias.

—Lo sé —reconozco, sin saber muy bien cómo justificar lo que seguramente no tiene justificación—. La he fastidiado.

De pronto es como si se hubiera retirado el velo de egoísmo y pasotismo que he llevado sobre los ojos todo este tiempo. No solo

llevo meses sin hablar con Sussan, sino que, cuando llegué a Londres, le prometí que estaría de vuelta para el cumpleaños de David, y no fue así. Ese día estaba en el estadio de Wembley viendo a las Spice Girls en concierto y ni siquiera me acordé de ella y de su hijo. Ni un mensaje.

—Mierda —añado—. Me olvidé de…

—Sí. Mierda —repite Sussan, con una cuchara de papilla a medio camino de la boca de Eliah. Luego me culpará a mí si el niño aprende palabras malsonantes. No sé si sería justo, pero me lo merecería—. Lo habías prometido. Pero ahora ya, ¿qué más da? Han pasado casi dos meses, Ryan.

—¿Es tarde para fingir que estoy en un avión rumbo a Nueva York?

Sussan permanece en silencio y parecería que la imagen se ha congelado si no fuera porque la veo parpadear y dar vueltas a la cuchara sobre el plato.

—¿Sabes qué es lo peor? —me pregunta, con cierta desgana en su tono—. Que sabía que pasaría y aun así llevo todo este tiempo pensando que llamarías o, loca de mí, que aparecerías en cualquier momento por sorpresa. Porque, claro, incluso si no llegabas a tiempo para la fiesta de David, se suponía que volvías a casa en junio… y ya estamos en agosto. Pero no, tú diste por hecho que una postal graciosa del Big Ben bastaría para perdonarte cualquier cosa que hicieras. Soy una ilusa y hoy se me ha agotado la paciencia.

Me siento en el bordillo de la acera mientras miro la cara de decepción de mi mejor amiga al otro lado del país, observándome con angustia desde el futuro. Y no puedo quejarme. Es culpa mía, por completo. Cualquier *aunque…* que se me ocurriera estaría rodeado de mucha mierda. Mierda de Ryan. Sin embargo, no veo justo que piense que le envié la postal como excusa para no hablar más durante meses. Mi intención fue justamente la contraria: avisarla de que iba a estar

disperso y ausente un tiempo. Pero da igual, no fue una buena idea de todos modos y al final sí que he rodeado de mucha mierda mi intento de justificación.

—No sé qué decir.

—Podrías decir que sientes haberme dejado sola con dos niños.

—Ya lo he dicho —le respondo, quizás no en el tono de voz adecuado. Cualquiera pensaría que su marido soy yo y no Alex.

—No, Ryan —niega ella, bastante exasperada—. No lo has hecho.

—Pues lo siento.

Sussan pone los ojos en blanco y suelta la cuchara en el plato, dejando a Eliah con la boca abierta. Después los cierra y niega con la cabeza.

—Da igual —me responde.

—Entonces no sé qué quieres que haga.

Sussan se recorre el contorno de los ojos con los dedos y se suelta el pelo para después volvérselo a recoger. El teléfono se resbala sobre la mesa y observo el techo de su cocina durante algunos segundos. De fondo, escucho que Alex le dice algo que no alcanzo a distinguir y después se cierra una puerta.

—Lo que quiero es que estés aquí cuando dices que estarás aquí, que no te olvides de que tienes familia en Nueva York.

Familia. Sé que no lo justifica, pero el remordimiento de lo mal que me he portado con ella estos meses se reblandece al escuchar esa palabra.

—Eso no va a pasar —intento consolarla—. Lo sabes.

—Ya está pasando, Ryan —se queja ella—. La vida real no es como las películas. La falta de contacto separa a las personas. Los lugares cambian a las personas. Otras personas cambian a las personas. —Señala la pantalla, pero sé que en realidad me está señalando a mí—. Un par de minutos y ya puedo ver que has cambiado. Te lo noto. Y la verdad es que me da igual quién seas ahora que vives lejos, siempre que seas feliz, pero no esperes que esto resista a base de conformismo y suposiciones.

Quiero llevarle la contraria y decirle que no tiene razón, que nuestra amistad está por encima de cualquier distancia. Sin embargo, la verdad es que no puedo asegurarle algo así sin tener pruebas. Por mucho que quiera convencerla de que nos necesitamos demasiado como para que nos convirtamos en dos extraños, llevo más de medio año sin ella y no la he echado tan en falta como pensaba, por lo que está en lo cierto. Sí que podríamos convertirnos en extraños. Y sería culpa mía.

—¿Puedo contarte algo sin que te enfades? —le pregunto.

—Ya he pasado el punto del enfado, Ryan. Ese es el problema. —Sussan se apoya en un brazo y coge el teléfono con la otra mano. Parece que ha dado por terminado el almuerzo.

—Estoy leyendo el libro.

—¿Qué libro? —me pregunta, volviendo a cambiar de postura. Esta vez, se levanta del sitio.

—El de Mike.

Sussan se detiene en mitad de la cocina y mira fijamente la pantalla. No sé si a mí o a las camisetas que hay en el puesto del mercadillo que tengo detrás.

—Yo lo estoy leyendo otra vez —responde finalmente—. Es bastante terapéutico. ¿Quién te ha convencido?

—No sé, ¿mi subconsciente? —Recuerdo haberlo comprado en la librería de Londres y haber empezado a leerlo cuando llegué a Norwalk, pero no tengo constancia de haber tomado esas decisiones. Simplemente sucedieron.

—¿Y qué te parece? ¿Por dónde vas?

Hago un poco de memoria y recuerdo que me quedé en un capítulo en el que Brian recibe a su nuevo compañero de piso, un tal Trevor al que sus amigos llaman Tiger. Brian y Malik todavía son amigos. Malik está perdidamente colgado de Brian, pero éste no puede corresponder sus sentimientos porque sigue destrozado por la pérdida de su novio anterior.

—Lo de Tiger es adrede, ¿no? —le pregunto a Sussan, buscando una opinión menos subjetiva.

—Iba a decirte que no quiero hacerte *spoiler*, pero a estas alturas supongo que te habrás dado cuenta de que el libro es casi biográfico. Deja que llegues a lo de Halloween… Mike no se molestó ni en cambiar los disfraces. —Sussan recoge el plato de Eliah de la mesa de la cocina y lo deja sobre la encimera—. Pero me encanta cómo lo ha escrito todo. Y si te refieres a si Tiger equivale a Leo, la respuesta es sí.

Leo era el nombre del chico con el que engañé a Mike, así que supongo que, en su libro, Brian terminará haciéndole lo mismo a Malik, con Tiger.

—No sé qué pensar del libro, Sussan —continúo, respondiendo a su pregunta anterior—. Al principio no podía leer más de tres o cuatro páginas seguidas sin sentirme como una mierda.

—Creo que esa era la idea —me interrumpe ella.

—Sí. Gracias. —Sarcasmo—. Pero ahora lo llevo de otra forma. Intento pensar que solo es ficción, aunque la realidad más obvia sea

que Mike ha decidido retratar nuestra relación para desahogarse y cerrar una etapa.

Sussan se encoge de hombros y vuelve a quedarse en silencio. Ella antes no era así. Mi actitud ha provocado que nuestra conexión vital se haya mermado. Ya no hay chistes, ni risas, ni comentarios salidos de tono… Tenía razón. Nuestra relación no va a sobrevivir a base de conformismo.

—Ryan, tengo que dejarte, que David hoy tiene el día tonto y no ha comido nada. —Sussan va hasta el salón de su apartamento y le pide a David que regrese a la cocina—. Prométeme que, por lo menos, vendrás al cumpleaños de Eliah en noviembre —añade finalmente.

—Sussan, yo…

—No. —Levanta una mano hacia la pantalla—. Mejor no me prometas nada. Hazlo y punto.

La llamada se termina sin que pueda responderle y vuelvo a estar solo en Los Ángeles. Porque no, una videollamada no da abrazos, ni tiene olor, ni tacto de piel. Aunque puede llegar a ser tan real y cercana que consigue que tu soledad se enturbie y parezca que la otra persona está cerca de ti. Ahora Sussan ha vuelto a volar lejos de este lugar y yo regreso a mi solitaria pero fructífera vida en este lado del tablero de juego.

No tengo mucha idea de dónde estoy, así que abro Google Maps, mi nuevo mejor amigo en esta ciudad. Estoy cerca de McArthur Park. Para llegar a casa, que no está demasiado lejos, tengo que tomar dos buses y empiezo a barajar la posibilidad de solicitar un Uber, aunque haya pagado el taxi de anoche. Sin embargo, veo que en la calle donde tengo que realizar el segundo transbordo hay un KFC y, en este duelo de titanes, el hambre vence a la comodidad.

Camino un par de manzanas por la avenida Vermont, desde donde me deja el bus hasta el KFC, mientras el sol de la mañana

empieza a calentar más de lo habitual y comienzo a cuestionarme la idoneidad de mi improvisado plan, cuando lo que me pide el cuerpo, aparte de comer, es dormir. Ir con la ropa que llevaba anoche, lo que incluye unos vaqueros largos y botas militares, no ayuda.

Me acerco al mostrador y, mientras hago el pedido, uno de los empleados no me quita ojo de encima. Estoy en racha en Los Ángeles. Espero a que me sirvan mi ración de pollo frito y patatas leyendo algunos *tweets* acerca de las elecciones del año que viene. Todo parece indicar que el señor ese del pelo extraño y la piel naranja volverá a ser presidente y yo me pregunto cómo de horrible puede llegar a ser la situación del país, si en solo cuatro años estamos como estamos. Otros cuatro años más pueden suponer el final de la sociedad tal y como la conocemos. Uno piensa que está al margen de todo por vivir en zonas un poco más evolucionadas, pero lo cierto es que, poco a poco, se va notando el efecto en todas partes. Cada vez hay más gente que no esconde sus horrores internos, su racismo, su homofobia, su clasismo y todo aquello que convierte a las personas en poco deseables en un mundo que lucha por prosperar.

Recojo la bandeja con la comida *barra* desayuno y me siento en una mesa pequeña junto a la ventana. Bocado a bocado, descubro que estoy pensando en Sussan. No sé si ha sido por la llamada de antes, pero es la primera vez en todo este tiempo que realmente noto que no está conmigo. Necesito hablar con ella, pero no sé exactamente de qué. Tal vez de lo vacío que me sentí con Tyrone o de lo incómodo que terminó siendo liarme con *Patrick*… ¡Christopher! anoche, a pesar de que tenía todos los ingredientes para atraerme irrefrenablemente.

Quizás necesito que ella haga de psicóloga conmigo como ha venido haciendo estos últimos años y me saque a cucharadas todo lo que se bloquea en mi interior y no consigo exteriorizar. Seguramente me diría que todo va bien, que no soy más que Ryan sufriendo un caso agudo de *Ryanitis*, que consiste en buscar problemas donde no los hay, porque soy incapaz de vivir la vida sin estar siempre alerta para estar preparado ante lo malo que pudiera ocurrir; ni siquiera después de

haber pasado por la terapia londinense y haber crecido, supuestamente, como persona. Luego me diría el término oficial: ansiedad anticipatoria. Y yo respiraría tranquilo, porque muchas veces lo que me nubla el juicio no es la situación en sí, sino mi total incapacidad para definir lo que siento y ponerle nombre a lo que me pasa.

El empleado de antes pasa junto a mí y limpia la mesa que tengo al lado. Juraría que ya estaba limpia cuando llegué. Al cambiar de lado de la mesa, me da un ligero golpe en el hombro con su cadera y no se inmuta. Yo tampoco le doy importancia hasta que vuelve a pasar junto a mí y repite la acción.

—Disculpa, ¿puedes tener más cuidado? —le pido, intentando sonar educado.

—Que te jodan —me responde. Y yo alucino.

Si hay algo que no soporto es la gente que paga con los demás sus problemas personales. El viejo Ryan lo ignoraría para no meterse en problemas. El nuevo Ryan le presentaría una queja a su superior. El resacado Ryan no tiene un buen día y le responde.

—¿Qué has dicho?

El chico se acerca de nuevo hasta que su cara queda a un palmo de la mía. Puedo percibir cierta furia en su mirada, pero no en plan psicótico agresivo, sino esa rabia que surge desde la impotencia.

—Que, si te aburres, entretente con algún videojuego, niñato.

—No entiendo…

—No te hagas el inocente, surferito de pacotilla —me dice antes de alejarse nuevo.

Tal vez debería ir detrás de él y preguntarle a qué viene eso, pero es que realmente no tengo fuerzas para más. Echo una ojeada a

los trozos de pollo que me restan por comer y las patatas que prácticamente no he tocado. De pronto, se me ha cerrado el estómago de tal forma que solo el olor me produce arcadas. Diría que hoy es uno de esos días en los que habría sido mejor no salir de la cama, pero si hubiera hecho eso aún estaría durmiendo con un desconocido, vigilando por todo el reparto de *Avengers: Endgame*.

¡Joder, claro! Ha dicho lo del surf. ¡Grindr! ¿Será que el chico este también ha hablado con el falso Ryan?

Empiezo a perder la cuenta de cuántos Ryan existen. Siento el impulso de ir a darle explicaciones, pero lo reprimo. A estas alturas, me importa más bien poco lo que un desconocido opine de mí. No voy a volvérmelo a cruzar. Pero tampoco soy una hermanita de la caridad, así que la bandeja con los restos de comida se la dejo aquí, por fastidiarme la mañana. Me voy del KFC y espero en la parada del bus a que vuelva a pasar el que me corresponde. Por suerte, no tarda demasiado.

Me bajo del bus casi arrastrándome y camino hasta llegar a casa. Me palpo los bolsillos buscando las llaves y no doy con ellas. Recuerdo entonces que anoche no las encontraba en mi habitación y me fui sin ellas, porque Ellie y Louis no pensaban salir. Justo cuando pretendo llamar a la puerta, ésta se abre y aparece Louis al otro lado.

—Buenos días —me dice con una sonrisa un tanto impostada —. ¿Entras?

—No, pensaba sentarme aquí fuera a ver la vida pasar. —Eso ha sonado más antipático de lo que esperaba. Louis esboza otra sonrisa y sale de casa, dejando la puerta abierta a su paso.

—Te la dejo abierta para cuando descubras lo aburrida que es la vida que pasa por aquí.

Sonrío con una mueca y le doy las gracias. Entro y cierro la puerta tras de mí. Ellie está tirada en el sofá, mirando la pantalla de su

cámara de fotos digital, y apenas repara en mi presencia. Camino hasta mi habitación y caigo rendido en la cama. Apenas llego a dormirme porque mi teléfono empieza a sonar. Es una videollamada de Aadhya. En Londres son las ocho de la tarde. Me incorporo en la cama y acepto la llamada.

—¡Ay! ¿Te pillo en el cine? —me pregunta, nada más aparecer su cara en mi pantalla—. ¡Ah, no! Es algo de Netflix. —A mi espalda, colgado en la pared, tengo un póster de *Strangers Things* de considerable tamaño—. Espera —continúa antes de que yo pueda siquiera articular una palabra—. Pensaba que estabas en un cine o algo, ¡pero es tu pared! Dios, hoy estoy más espesa de lo normal.

—Y lo normal suele ser cero —le respondo, con una forzada sonrisa. En serio, quiero dormir—. ¿Cómo estás?

—Pues hoy estoy, literalmente, que me muero de sueño, porque anoche salí con Kiara por Soho, para que conociera la vida nocturna de Londres, y no he dormido nada.

—Ya somos dos —le respondo en medio de un bostezo.

—Te echa de menos, por cierto —me dice, y enseguida me extraño.

—¿Tu hermana? Si no me conoce.

—¡Londres! —exclama ella. Se aleja el teléfono de la cara y puedo comprobar que está por fuera del Ayuntamiento. Al fondo veo el Puente de la Torre—. Chico, no sé qué me has hecho, pero es que ya no me lo paso tan bien cuando salgo por la noche… y eso que tampoco eras el alma de la fiesta.

—Seguramente sea por eso. —Me río y me dejo caer en la cama de nuevo—. Soy tan aburrido que tú brillabas más. Sin mí, no tienes con qué compararte. —Aadhya se ríe y menea la cabeza, como solía hacer cuando le decía tonterías de las mías—. Dime, ¿qué haces en esa

zona y a esta hora? —le pregunto con curiosidad—. ¿Estás dando un paseo romántico con algún pretendiente?

—Ojalá, Ry. Estoy más sola que la una. He venido a ver una representación teatral de Yera, ¿te acuerdas de ella?

—Tu compañera de piso, que tampoco hace tanto tiempo que me fui. —Lo cierto es que siento como si hubieran pasado años. El tiempo en Los Ángeles se pasa considerablemente lento—. ¿Es el festival ese que me perdí? —le pregunto. En esa zona de Londres se celebra el *Summer by The River*, y hay todo tipo de eventos durante los meses de verano. Me fui de allí prácticamente cuando comenzaba.

—El mismo. Pero, entre tú y yo, me estoy aburriendo considerablemente. Estoy aquí por ella, donde quiero estar es en mi piso durmiendo, como Kiara.

Noto que se me cierran los ojos solos, pero intento estar atento a lo que me cuenta Aadhya.

—Es decir, que te has acordado de mí porque te aburrías —bromeo.

—Efectivamente —me responde ella entre risas—. Espera. ¿Qué? —le pregunta a alguien que se le ha acercado y que no puedo ver—. Ah, no. Claro, claro.

En la imagen, Aadhya hace una mueca divertida, apretando los labios y abriendo mucho los ojos, y gira un poco el teléfono para mostrarme a un chico que se ha sentado a su lado. Rápidamente, vuelve a girar el teléfono para enfocarse la cara.

—Entonces, ¿qué tal la vida por Los Angeles?

Sé perfectamente que eso lo ha preguntado para que el chico la escuche. Quiere que parezca que está hablando con alguien interesante y ella parecerlo por asociación. Así que planeo mi venganza en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No tan bien como la tuya por Londres! —le respondo levantando la voz—. ¡Invita a ese chico guapo a un helado!

Cuelgo la llamada antes de que pueda responder y me imagino a Aadhya muerta de la vergüenza ahora mismo. Eso le pasa por llamarme aburrido. Me río solo viendo la escena en mi cabeza, dejo el teléfono sobre la mesa de noche y me tumbo boca arriba. En el exterior, escucho a Ellie chapotear en el agua de la piscina y estoy tentado en salir y hacer lo mismo, pero el sueño me puede.

No sé cómo arreglar la situación con Sussan a corto plazo. Imaginariamente, podría aprovechar algún fin de semana, ir al aeropuerto y tomar el primer vuelo a Nueva York para ir a verla e intentar solventar mi cagada. Logísticamente, no es tan viable. Es el inconveniente de estar en este lado del país. Norwalk está a menos de dos horas de avión de Nueva York, así que las decisiones espontáneas, como ir a recuperar al amor de mi vida, eran mucho más prácticas. Viviendo aquí, y gracias a las casi seis horas de vuelo entre ambas costas, más la diferencia horaria, hay poco margen de improvisación.

Sé que me estoy justificando, porque lo lógico habría sido comprar los billetes hace meses y haber incluido una visita a mi mejor amiga en mis planes, pero el daño ya está hecho y tampoco creo que merezca que se me trate como si fuera un ogro destruye-hogares que va por ahí tocando las narices a conciencia. ¿O igual sí?

Sussan dice que no soy el mismo. Pues claro que he cambiado. Pobre de mí si siguiera siendo la misma persona que era con veintiún años. Pero no he sido el único. Todos lo hemos hecho y yo no voy por ahí señalando los errores de los demás. Todos tenemos derecho a ser quién queramos ser y, sobre todo, a equivocarnos y seguir adelante. Tal vez soy un egoísta, pero estoy saturado. Todo iba genial en Londres y de pronto es como si el mundo se hubiera puesto en mi contra otra vez. O a lo mejor solo es la resaca que llevo encima y la falta de sueño, que me está haciendo exagerar las cosas y dar rienda suelta al Ryan dramático que creía haber dominado.

Otro Ryan más entra en escena. Maravilloso.

4
CAOS

No estaba entre mis planes volver a ver a Tyrone Cox, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a la única *blazer* que tengo para ocasiones elegantes, la cual dejé olvidada en su casa la noche del estreno de la película. Lo sorprendente es que no la hubiera dejado atrás mucho antes, en el club o incluso en el teatro. De modo que aquí estoy, sentado en un 7 Eleven a un par de manzanas de casa, tomándome un zumo orgánico de mora y teniendo algo que no es una cita con Tyrone; porque lo de la chaqueta dejó de ser la excusa para encontrarnos después de que pasara de su mano a la mía hace diez minutos. Tampoco soy un animal y sé comportarme con educación. Después de todo, Tyrone no me ha hecho nada malo como para negarle un desayuno. Que no me interese una relación con él ni convertirnos en los nuevos Beckham no significa que no pueda tener una conversación normal y corriente, como dos adultos que no buscan terminar en la cama. Al menos por mi parte.

Tyrone me ha contado que la nueva película le ha devuelto las ganas de ser actor a tiempo completo. Inicialmente, aceptó el papel porque quería probar si aún tenía talento para ello, y porque le quiso hacer un favor a un amigo suyo productor que quería contar con él, sí o sí, en el largometraje. Sin embargo, la experiencia le ha recordado cuánto le gusta hacerlo y ahora espera y desea que otras productoras lo llamen para nuevos papeles. Si no, probará a hacer teatro o musicales.

—No descarto irme a Nueva York y probar suerte en Broadway —me dice Tyrone, con cierto orgullo y confianza en sí mismo.

—No sabía que también cantaras.

Ese detalle no corría por los pasillos de la oficina. Sé que fue una estrella mediática en su adolescencia pero, hasta donde alcanza la información que tengo, ninguno de sus personajes formaba parte de un musical. Y tampoco fue un ídolo de masas del pop infantil de los noventa.

—No tendrías por qué saberlo —me responde—, nunca lo he hecho públicamente. Pero sí deberías saber que los actores solemos tener algo de formación en ese ámbito, al menos los buenos.

—Y los que tengan oído —añado tras darle un último sorbo al zumo.

—Además, he estado tomando clases los últimos años —continúa, mientras yo jugueteo con la botella vacía sobre la mesa, más pendiente de las personas que pasan al otro lado del cristal que de la conversación—. Solo por diversión, sin expectativas.

—¿Y por qué desapareciste? —le pregunto, casi sin pensar, de forma inconsciente.

—Eres tú el que no ha respondido a mis mensajes, pequeñín…

No puedo evitar que se me escape una risa vaga y poner los ojos en blanco. Me saca cinco o seis años y, pese a sus perfectos brazos, tampoco es mucho más alto que yo. No solo me ha puesto un mote cariñoso sin conocernos, también ha malinterpretado mi pregunta.

—Me refiero a por qué desapareciste del panorama —le aclaro —, ¿por qué dejaste de actuar?

Tyrone se cubre la cara con las manos. Grandes, delgadas, con las cutículas de las uñas perfectamente cuidadas. Tras ellas, puedo ver una tonta sonrisa provocada por la vergüenza del malentendido.

—Es una larga historia —responde desde detrás de sus manos.

Miro el reloj del teléfono, aunque casi no me fijo en la hora.

—No tengo prisa.

En verdad sí que la tengo. No tengo que estar en otro sitio en concreto, pero quiero zanjar este trámite y regresar a casa. No quiero que Tyrone piense que quiero algo más con él. Después de ignorar sus mensajes, daba por hecho que él tendría ya claro que nuestro encuentro se basó en la más pura casualidad, y que yo no tengo interés en ningún tipo de relación. Quería que fuéramos amigos, pero tampoco quiero pasar de sentirme solo a sentirme agobiado con su frecuencia de mensajes. Además, nos movemos en ambientes diferentes.

—Seguro que has leído cosas por ahí —murmura con cierta indiferencia.

—¿Debería creerlas? —le pregunto, aunque no he leído nada. Solo sé lo que me comentaron mis compañeros de trabajo hace semanas.

—No todas —me responde—. Alguna puede ser cierta, aunque nunca cuentan toda la verdad. Entre toda la fantasía siempre hay algo de realidad.

—¿Qué se supone que significa eso? —le pregunto extrañado. Tyrone sonríe.

—Que por cada tantas mentiras que haya escritas por ahí, siempre hay alguna verdad. No lo digo solo por mí, sino por todo lo que aparece en la prensa.

—Entiendo… Pero siempre hay más mentiras que verdades.

—Exacto.

Saco el teléfono de mi bolsillo y abro el navegador para buscar a Tyrone Cox. Aparecen noticias sobre el estreno de la película y algunas fotos suyas de la alfombra roja.

Nota mental: buscar fotos del evento, a ver si en alguna web está la mía con Ellie.

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Buscarte en Google.

Tyrone extiende su mano para quitarme el teléfono, pero yo soy más rápido echándome hacia detrás.

—Pensaba que ya habías leído cosas de mí —me dice, mientras vuelve a intentar, en vano, arrebatarme el teléfono. Yo niego con la cabeza, mientras deslizo el dedo por la pantalla buscando noticias más… jugosas—. Para, por favor. No quiero que…

—¡Anda! —exclamo al leer un titular—. ¡Has estado liado con Luke Evans!

—Fantasía. —Miro a Tyrone sin entender qué quiere decir—. Es mentira —me aclara.

—Aquí pone que entraste en una clínica de rehabilitación por adicción a las drogas.

—Fantasía.

—Y este otro artículo dice que fue porque eras alcohólico.

—Mmm… —murmura Tyrone. Levanto la vista y me cruzo con su mirada—. Realidad.

—Vaya, lo siento.

Tyrone menea la cabeza y me dice que fue hace tiempo,

cuando era más joven que yo, y que ahora lo tiene perfectamente controlado. Y le creo, porque la otra noche yo no probé la bebida que me sirvió porque no podía más, pero él solo le dio dos sorbos a la suya. Sigo leyendo titulares con rumores y noticias absurdas. Otras un poco más serias. Y vamos descubriendo que la red es un auténtico huerto de fantasías. Aunque con eso no descubrimos la pólvora. Sin embargo, Tyrone cada vez está más incómodo. No sé por qué. Quiero dejar de jugar a esto para no hacerle pasar un mal momento, pero entonces leo la mentira más gorda de todas.

—«Tyrone Cox sufre una fuerte depresión al contraer el VIH» —leo en voz alta—. Mira que son capullos, ¿no?

—Realidad —dice Tyrone rápidamente, como si le hubiera salido sin pensar.

—Hay cosas que no deberían permitirse en periodismo, si es que se le puede llamar así. Es decir, inventarse una enfermedad que… Espera, ¿qué?

—Realidad —repite, encogiéndose de hombros.

Se me escapa una sonrisa incómoda y niego con la cabeza.

—No juegues con eso —le pido. Y sigo buscando más titulares.

—No es broma.

Bloqueo la pantalla del teléfono y lo dejo sobre la mesa. Intento mirar a Tyrone a los ojos, pero su mirada está perdida hacia abajo, más allá de la madera, las sillas y el suelo que pisamos, hacia su interior. Me muerdo el labio con cierta incredulidad, pero está claro que no está jugando conmigo. No creo que nadie con dos dedos de frente pudiera ser capaz de intentar hacer un chiste con algo así. Tyrone tiene VIH y no me dijo nada. Ligó conmigo y no me dijo nada. Nos besamos y no me dijo nada. Seguramente quiso acostarse conmigo y no me dijo nada. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Tranquilo, soy indetectable.

—Eso no me tranquiliza —le reconozco, comenzado a ponerme nervioso. No debería, solo fue un beso, pero me ha pillado por sorpresa.

—¿Por qué no? —Tyrone intenta sujetar mis manos, pero yo las aparto—. No lo puedo transmitir y tampoco hicimos gran cosa.

—¿Y entonces ya tienes libertad para no decir nada? —le pregunto, indignado—. ¿Y si no me hubiera echado atrás? Si me hubiera ido contigo a la cama… ¿Me lo habrías dicho?

—Pues… la verdad es que no —responde, como si nada—. Es algo privado.

¿En serio acaba de decir que tiene libertad para no avisar de algo así antes de tener una relación sexual? Esto no puede estar pasando. Por más que huyo de los conflictos, ellos siempre me encuentran. ¿Cómo puedo tener tan mal ojo eligiendo a los chicos? Max me engañó, James era un homófobo encubierto y ahora Tyrone parece que juega con la salud de los demás a su antojo.

—Esto es increíble —me limito a decir. Siento ganas de levantarme, pero es como si se hubieran bloqueado todos mis músculos.

Comienzo a enfadarme. Puedo aceptar, en cierto modo, que le haya costado sincerarse con algo así y por eso no me dijera nada la otra noche, o que estuviera más bebido de lo que aparentaba y se le hubiera pasado decirlo, o incluso que tuviera una mala noche y decidiera guardarse esa información hasta otro momento. Pero me enciende por dentro que decidiera deliberadamente ocultarme algo así porque piensa que tiene derecho a hacerlo.

—Vamos a ver, Ryan —vuelve a hablar él.

—Ni «vamos a ver» ni nada, joder —le interrumpo, perdiendo

un poco los papeles—. No puedes hacer eso. ¡No puedes!

—No estoy de acuerdo. Y, si estuvieras en mi lugar, lo entenderías.

—¡Pues a lo mejor lo estaré dentro de unas semanas! —le grito, absurdamente, sin poder controlarme. Tyrone me pide que baje la voz. Miro a mi alrededor y nadie nos está haciendo mucho caso, pero reconozco que ahí sí tiene razón—. Vale —murmuro—. Pero eres un…

—No estás infectado, Ryan —me dice, bajando la voz. Y sé que tiene razón. Me he dejado llevar por la rabia—. Te acabo de decir que soy indetectable y, aunque no lo fuera, no se transmite por un simple beso.

—Me da igual —le respondo—. Tenía derecho a saberlo y a decidir si quería o no quería liarme contigo.

Tyrone niega con la cabeza y se lleva una mano a la frente, apoyando el codo sobre la mesa. Después la otra y respira profundamente. Yo siento tal impotencia que estoy a punto de llorar, o de golpearle, o las dos cosas. De verdad que no soy estúpido. Sé cómo funciona este asunto, en líneas generales. No me molesta por lo que hicimos o estuvimos a punto de hacer, sino por habérmelo ocultado.

—Ryan, entiende que no tengo por qué permitir que me juzgues en base a algo que, a efectos prácticos, no existe. —Intenta de nuevo sujetarme las manos, pero las aparto de la mesa y me cruzo de brazos—. No tengo por qué revelarle algo tan personal a un tío que acabo de conocer en una fiesta, sabiendo al cien por cien que no estoy poniéndolo en riesgo.

—Precisamente por eso —le respondo, más calmado—, porque no me conoces de nada. No sabes cómo soy ni cómo me afectan estas cosas. No sabes nada de mi pasado, ni de mi personalidad, ni de cómo gestiona mi cabeza algo así. Soy demasiado aprensivo.

Me mira ladeando la cabeza y esbozando una pequeña sonrisa comprensiva.

—Te prometo que no te he contagiado —me susurra—. Y te prometo que nunca lo haré si sabes mirar más allá de esto y darme una oportunidad. Me gustas mucho, aunque ahora te estés comportando como un adolescente.

Promesas y más promesas. Entiendo que su intención es buena, pero las promesas no son ciencia. Ya lo dice Mike en su libro:

> *«El problema yacía, precisamente, en esa costumbre de prometer algo que sabemos que no podremos cumplir. Te prometo que todo va a salir bien. Te prometo que no me va a pasar nada. Te prometo que nunca te voy a olvidar. Te prometo que siempre serás el único chico al que voy a amar. Da igual los motivos que lleven a alguien a querer cumplir esa clase de promesas. Lo cierto es que tienen fecha de caducidad; porque las promesas, como el mundo, la vida y los corazones, cambian con el tiempo y dejan de tener sentido».*

No sé si Tyrone tiene razón o no, pero de lo que sí estoy seguro es de que no quiero seguir teniendo esta conversación. Más allá del asunto de su enfermedad, indetectable o no, ha sido eso que ha dicho de darle una oportunidad porque le gusto. No quería tener nada con él antes de saber que tenía VIH. No entiendo por qué ha dado por hecho ahora que mi negativa se debe a esa información nueva. He estado ignorando la mayoría de sus mensajes durante más de dos semanas. Debería haber captado la indirecta y no lo ha hecho.

No puedo aceptar y tampoco rebatirle sus argumentos. En

cambio, sé que tengo un disgusto enorme y un mal cuerpo que no soy capaz de controlar. Necesito salir de este lugar. No le respondo, me levanto de la silla, cojo el teléfono de la mesa y me voy. Tyrone intenta seguirme pero le hago un gesto para que se detenga. Siento como si me ardieran las venas. Sé que no es real, que así no funcionan las cosas, que solo es mi estúpido sistema nervioso reaccionando con ansiedad, pero no sé cómo quitarme de encima esta absurda e incoherente sensación de haber caído enfermo de golpe.

Cuando llego a casa, Ellie está encerrada en su habitación con un tío haciendo *eso* en lo que yo ahora no puedo ni pensar. Creo que es la primera vez en dos meses que tiene algo de vida sexual.

Bien por ti, cachorrita.

Me quito la ropa, me pongo el bañador, salgo al jardín trasero y prácticamente me dejo caer en la piscina boca abajo. Debajo del agua, todos los sonidos se detienen, el mundo deja de existir y tan solo estoy yo y las burbujas que me rodean. Abro los ojos y me pierdo en el azul intenso del fondo, intentando que desaparezca la terrible sensación de que mi cuerpo está siendo atacado y mi vida corre peligro.

No sé por qué estoy reaccionando de esta forma. Posiblemente sea porque no conozco a Tyrone, y no sé si realmente me está diciendo la verdad o se ha inventado una historia para que no me preocupe por mi salud. También se me pasa por la cabeza aquella vez que Max nos contó que hay chicos que quedan y practican sexo sin protección a conciencia para contagiarse. Tiene una explicación psicológica, según Sussan, pero ahora no la recuerdo. No quiero pensar ni creer que Tyrone es uno de ellos, que está tan hundido desde que descubrió que está enfermo que ahora quiere que todo el mundo sufra como él. Ni siquiera nos acostamos.

Por favor, Ryan. Ya basta. No lo conoces, pero no es un trastornado cualquiera que te has encontrado tirado en el baño de una estación de servicio. Es Tyrone Cox, actor, famoso, con recursos, en plenas facultades… Deja de buscar el drama, no lo persigas. No con esto. Déjalo que fluya y pase de largo.

Saco la cabeza al exterior e inhalo una gran bocanada de aire. Me doy la vuelta y Louis está en el borde de la piscina, con cara de susto.

—¡Joder, Ryan! —exclama, con la mano en el corazón—. Pensaba que te había pasado algo y estaba a punto de tirarme.

—Perdona —le digo, mientras me paso la mano por la cara para retirar parte del agua que me impide ver con nitidez—. No era mi intención.

Louis hace un gesto con la mano para restarle importancia y accede al interior de la casa. Yo nado hasta el borde de la piscina y apoyo los brazos en él, pedaleando en el agua y dejando que, por una vez, la razón sea la que tome las riendas y permita que, como decía, el problema se desvanezca, porque realmente no existe. Y, cuando parece que lo he conseguido, vuelvo a sentirme mal. Sigo pensando que debería habérmelo dicho. No puede quitarme esa parte de razón. O sí. No sé.

Por la tarde, en vista de que no consigo olvidarme del tema, decido llamar a mi madre. Llevo semanas sin hablar con ella. Ahora que volvemos a vivir en el mismo país, es como si nuestros respectivos chips mentales hubieran regresado a su posición inicial y ella ya no necesitara saber a todas horas cómo me encuentro. Como si vivir en Londres fuese superpeligroso y Los Angeles estuviera a la vuelta de la esquina. Tal vez estamos a menos usos horarios de distancia, pero ahora solo estoy a una hora menos de avión de ella.

—Dichosos los oídos, señor Pinkert —responde al descolgar la llamada.

—Qué exagerada eres —le digo con una ligera sonrisa—. ¿Cómo estás, mamá?

—Bien, a pesar de que ya apenas sepa nada de mi hijo.

Niego con la cabeza como si pudiera verme. A ver, reconozco que hablamos poco por teléfono, pero nos escribimos todas las semanas por WhatsApp. Después de todo, tengo veinticinco años. No puedo estar toda la vida bajo la protección de sus faldas, ni telefoneándola a diario para contarle que he ido a trabajar, después a hacer surf, he vuelto a casa, he visto una película y me he ido a dormir, porque esta ciudad me agota las energías. A lo mejor solo es mi chip mental el que ha cambiado. Es posible que fuese yo el que la llamaba más a menudo cuando estaba en Londres y ahora haya dejado de hacerlo.

—¿Has visto a Sussan últimamente? —le pregunto sin pensar.

—Míralo qué rápido cambia de tema —me responde ella, en ese tono especial que tienen las madres para quejarse de algo y que suene agradable—. La verdad es que no. No he podido ir a verla desde Navidad, cariño. A efectos prácticos, llevo más tiempo sin verla que tú.

—Pero habrás hablado con tu hija…

Aclaración: Sussan no es mi hermana, pero como si lo fuera. O al menos así lo he sentido desde que nos hicimos amigos en el instituto, hasta que (figuradamente) la abandoné a su suerte en Nueva York. Si es que dejarla en la capital del mundo con un guapo marido, dos hijos encantadores, amigos, amigas y un puesto de trabajo en un gabinete de psicología se puede considerar abandono.

—Es posible —me responde mi madre, haciéndose la

interesante—. Y también es posible que Sussan haya estado de mal humor las últimas veces.

—Joder…

—Ryan, esa boca—me recrimina.

—Kate, esos ojos.

No puedo verla, pero sé que está poniendo los ojos en blanco y preguntándose en qué momento su pequeño niñito se convirtió en un adulto malhablado. Si supiera que, de todos mis amigos, soy el que más cuida su lenguaje…

—En fin… —continúa mi madre—. No te fustigues. Creo que solo está saturada. Está llegando a ese punto de la vida en el que te das cuenta de que ser adulto significa que todo es caos y hay que saber aprovechar los pequeños momentos en los que todo parece tranquilizarse.

—Entonces he sido adulto desde los diecisiete años, más o menos —le respondo, pensando en que mi vida ha sido caótica incluso desde antes de que empezara a tener relaciones sentimentales y aspiraciones de futuro.

Mi madre cambia de tema y me habla del trabajo. Hace tres años, abrió una tienda de productos de hogar personalizables, usando el dinero del seguro de vida de mi padre y el que le dieron al traspasar el anterior negocio que llevaban juntos. Parecía que iba a terminar cerrando, porque no conseguía clientela, pero durante los últimos meses ha empezado a remontar, gracias a una amiga suya que le ha creado una cuenta en Instagram para promocionar sus productos y darle un empujón a las ventas. Parece que ha funcionado. Mi madre ahora es *millennial*.

—Entonces, este verano la casa de la playa ni la pisas, ¿no? —le pregunto—. Con tanto lío en la tienda.

—Ryan, cariño. —Su tono de voz cambia por completo. Más tranquilo, calmado, suave—. Sé que le tenías mucho aprecio, pero…

—¿Qué pasa, mamá?

—Vendí la casa de la playa hace meses.

Expiro de forma exagerada y me da un vuelco el estómago. No puede ser.

—¿Es una broma? —le pregunto, conteniéndome.

—No, mi amor —responde ella, en ese mismo tono pausado y comprensivo—. Me resultaba más útil el dinero y…

—¡Pero, mamá! —exclamo. De pronto siento ganas de llorar—. ¿Cómo…? ¿Por qué?

Solo es una casa, pero era *la casa*. Allí viví demasiadas cosas, demasiados veranos, demasiada vida. Reconozco que no he vuelto a St Dean desde el verano de la amnesia, Mike y la estrella fugaz, pero tenía la esperanza de regresar algún día.

—Ryan, no has ido por allí en cuatro años —me recrimina, aunque sigue sin cambiar de tono—, y yo solo fui el año pasado y todo me recordaba a tu padre. Aguanté tres días. No tenía sentido mantenerla sin darle uso.

—No es justo que tomaras esa decisión sin consultarme —me quejo.

—Cariño, ¿te olvidas de que ya no vives aquí? —me pregunta. Ahora sí que ha cambiado su voz, más aguda—. Yo quiero que seas feliz, en Nueva York, en Londres, en Los Ángeles o dónde sea… pero no puedes echarme en cara que tome decisiones sin contar contigo cuando tú las tomas todo el tiempo sin pensar en mí.

—Vale, da igual. —No da igual, pero no quiero seguir hablando

de este tema. Lo hecho, hecho está. No por quejarme y poner el grito en el cielo vamos a recuperar una casa. Y lo cierto es que tiene razón. Ya no la usábamos. Pero debería haberme preguntado. Sabe lo que significaba para mí. Lo que significa.

Le pido que hablemos de otra cosa y me pregunta sobre mi trabajo en Netflix. Le cuento que todo va bien, que ya he pasado ese incómodo periodo en el que eres el nuevo y no sabes quién es quién, ni dónde están las cosas, ni cuál es la dinámica de trabajo, los chistes internos y demás. Le doy los nombres de algunas series en las que he colaborado con distintas piezas creativas y le comento que estoy muy a gusto con Ellie y Louis en esta casa, aunque no sea del todo cierto. Esto lo digo elevando un poco la voz para que ellos me oigan y sepan que me siento muy acogido. Están en la cocina y yo en el salón, así que probablemente han oído toda la conversación sin necesidad de que yo hable más alto, pero nunca está de más una ayuda extra. Cuando le estoy contando la clase de trabajo que hace Ellie en la compañía, escucho la voz de un hombre al otro lado de la línea y un sonoro «¡*shhh*!» emitido por mi madre.

—¿Quién es ese? —le pregunto.

—Un cliente —me responde ella, pero algo no me cuadra. No solo por el hecho de que mi madre jamás mandaría a callar a un cliente.

—Pero si hace un momento me has dicho que estabas sentada en la cama de mi antigua habitación. —Mi madre guarda silencio—. Mamá… ¿Quién es ese hombre?

—Cariño, en otro momento hablamos. Con más calma.

—Ni se te ocurra colgarme. —Y entonces comprendo lo que está pasando—. ¿Estás saliendo con otro, mamá?

—No es otro, es el único que ha habido desde…

Me pongo en pie de la impresión y doy vueltas por el salón sin rumbo fijo.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Ryan, cariño, han pasado ya tres años desde que tu padre… —Mi madre deja la frase sin terminar, porque ambos sabemos a qué se refiere—. Tengo derecho a…

—¿Tienes derecho a qué? —la interrumpo—. ¿A vender la casa? ¿A echarte novio? ¿A no contarme nada?

—Es lo que tu padre habría querido —me responde de forma tajante.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees? —Hoy no gano para dramas—. ¿Se lo preguntaste antes de morir?

—No hizo falta, Ryan. Él mismo me lo pidió.

Resoplo y me llevo la mano a la cabeza mientras salgo a la terraza, porque ya no me hace tanta gracia que Ellie y Louis escuchen la conversación. Menos aún cuando mi madre provoca que me comporte como un adolescente desquiciado.

—Y aunque no me lo hubiera pedido —continúa ella, al otro lado de la línea—. Soy una mujer independiente y tengo derecho a rehacer mi vida.

—Suenas como una de esas camisetas que vendes en la tienda.

Vamos a ver, que sí, que no pretendo que mi madre sea una desgraciada el resto de su vida y que solo tenga ojos para el recuerdo de mi padre. No quiero que pase media vida en soledad, mientras el resto de su familia ha muerto o se ha ido a vivir a otras ciudades. Lo que me molesta es que me lo haya estado ocultando; el pasatiempo favorito de hoy, por lo visto.

—Ryan, tengo cuarenta y siete años y me niego a pasarme el resto de mi vida siendo la viuda de tu padre.

—¡Ni yo quiero que lo hagas! —le grito. Estoy fuera de control —. ¡Pero no me dejes al margen!

—¿Qué margen, cariño? ¡Eres tú el que te has ido al quinto demonio y me has dejado sola en casa! —No le puedo rebatir eso. Pero soy joven. Tengo derecho a tener la vida que quiera tener.

Vale. Sí. Ella también. Cierto.

—Vale. Tienes razón —le reconozco, de forma tajante.

—¡No voy a permitir…! ¿Qué? —Oigo una leve risa—. ¿Me acabas de dar la razón?

—No te acostumbres.

Llámalo inspiración, llámalo un momento de claridad celestial, pero he sido consiente de que, si yo soy libre para vivir como quiera, mi madre también; incluso más que yo, porque tiene más años y lleva más tiempo experimentando esto tan raro que es existir. Da igual lo que yo piense o espere de ella, sus decisiones son suyas y yo no debería reaccionar de esta forma.

—Lo que me fastidia —le digo— es que me lo hayas ocultado y me hayas mentido cuando lo he descubierto.

—Tú no me hablaste de Mike hasta meses después de conocerlo. Y no supe nada de Max hasta que llevabais como un año saliendo. Por no hablar de Matt y…

—No entres ahí —la interrumpo—. Ya te he entendido. Pero yo no te mentí en ningún momento.

Supongo que cada persona tiene su ritmo interno regulado a su manera. No hay una ciencia que marque de forma precisa qué

decisiones debemos tomar y cuándo deben tener lugar. Cada uno funciona a su forma, con sus peculiaridades personales que le permiten acertar o equivocarse a su propia velocidad. Ni yo puedo obligar a nadie a sentir o dejar de sentir cosas a un tiempo en concreto, ni nadie puede forzarme a mostrar al mundo mis inquietudes, mis miedos o mis alegrías si yo no estoy preparado para ello.

—¿Cómo se llama el afortunado?

—Nicholas —me responde mi madre, bajando la voz—, pero todavía no sé si el afortunado es él o yo.

—¿Y qué edad tiene? No, déjalo —rectifico antes de que pueda responder—. Prefiero no saber si ahora te dedicas a seducir jovencitos. —Mi madre se ríe—. Mientras seas feliz…

—Por primera vez en mucho tiempo, creo que lo soy.

—Solo te pido que no me ocultes más cosas.

—¿Harás tú lo mismo? —me devuelve la jugada. Mi silencio le sirve como respuesta—. Eso pensaba. Entonces, ya veremos. Una también tiene derecho a tener su intimidad.

Me despido de mi madre, sintiendo que es la primera vez que tenemos una conversación realmente honesta, sin adornos, en mucho tiempo. Ni siquiera cuando hablaba con ella en Londres era completamente sincero, porque nunca le conté el motivo por el que, a veces, necesitaba escuchar su voz y sentir que no estaba solo.

Durante el atardecer, decido ir al centro comercial Beverly Plaza que hay cerca de casa para comprarme la cena en el Subway. Después del día que llevo, lo único que me apetece es cenar algo y meterme en la cama. Sigo sin encontrarme demasiado bien hoy. Como soy un poco

masoquista y me encanta zambullirme en la posibilidad de que aumente mi estrés mental, decido llamar a Josh por teléfono. En Norwalk son las once y media de la noche y seguro que le entretengo una aburrida velada de viernes.

Cuando descuelga la videollamada y lo veo tirado en la cama, confirmo mi teoría.

—¿Qué pasa, Pinkert? ¿Cómo te trata La La Land? —me saluda. Una voz de fondo pregunta: «¿La La Land? Mira que sois mariquitas».

—¿Con quién estás? —le pregunto—. ¿Y qué confianzas son esas?

Entonces, ese alguien se tira en la cama al lado de Josh y asoma su cara al encuadre de la pantalla. Es el guapo de Jake.

—¿Por qué será que no me sorprende verte siempre en alguna cama? —le pregunto. Y enseguida me doy cuenta de que mi broma podría malinterpretarse (o *bieninterpretarse*, realmente) y Josh podría descubrir lo que pasó en Londres entre nosotros. Sin que sirva de precedente, Jake se queda mudo, hace una mueca de incomodidad (pero divertida) y al instante la borra de su cara, antes de que Josh pueda atar cabos.

—Vosotros dos os traéis algo raro desde Londres —dice Josh, mirando a su amigo y después a mí.

—No te preocupes, Yoshi —le dice Jake, acercándose a su cara —. Que yo solo tengo ojitos para ti. —Culmina su halago con un beso en la mejilla, al que Josh responde resoplando y con la vista fija en la pantalla, como si me pidiera ayuda para soportar algo así.

—En fin —continúa Josh—. ¿Cómo estás? ¿A qué se debe esta intempestiva llamada a deshoras?

—Si no son ni las doce —le dice Jake, incorporándose y

saliendo del encuadre—. Desde que vives solo, te has convertido en un abuelo.

—Estos días estoy teniendo algunas revelaciones personales —le digo a Josh—, y creo que, antes de hablar de mí, debería preguntarte cómo estás tú.

—Uy… Ese tono de voz… Yo estoy bien. Cuéntale al tío Josh qué te pasa, anda.

Se me escapa una sonrisa porque Josh es capaz de decir las cosas más mundanas del universo con un tono de voz que automáticamente te provoca ganas de ser feliz. Entro en Subway, hago mi pedido sobre la marcha mientras hablo por teléfono y espero un par de minutos a que calienten el sandwich que he pedido.

Le cuento a mi amigo todo lo de Tyrone, obviando lo del beso porque no quiero que Jake lo escuche. Cuando llego a la parte en la que tenemos la conversación sobre el VIH, a Jake se le escapa un sonoro «¡no!» de fondo y yo me apresuro a aclarar que Tyrone es indetectable y que no pasa nada porque no hemos hecho absolutamente nada. Entonces me doy cuenta de que es verdad, que no me ha costado tanto convencerme de ello como pensaba y que esta mañana he montado un desagradable drama innecesariamente.

—¿Estás seguro de que dice la verdad? —me pregunta Josh, desconfiando de una persona que ni siquiera ha visto, porque no tiene ni idea de quién es Tyrone Cox, pese a su fama prematura.

—No, pero tampoco tengo motivos para desconfiar de él.

—Deberías hacerte la prueba —me sugiere Josh.

—Pero si no hicimos nada. —Pensaba que Josh me daría la razón, pero me está despertando más miedos injustificados.

—Dormiste borracho en su casa, a saber qué pudo haber hecho por la noche —me responde extrañamente. Nunca pensé que a Josh le

fueran estas conspiraciones.

—Josh, vete a dormir —le digo—. Estás delirando.

—No le hagas caso —escucho a Jake decir de fondo—, el pequeño Yoshi ha tenido una mala cita hoy. Por eso está rabioso.

Salgo del establecimiento y regreso por el mismo camino a casa, admirando el atardecer que desaparece a lo lejos. Más allá de Beverly Boulevard, de Santa Mónica y del Pacífico.

—Además —continúa Josh—, ¿cuándo fue la última vez que te hiciste la prueba?

Me da muchísima vergüenza decirle a Josh (y a Jake por asociación) que nunca me la he hecho. No me ha hecho falta. Hasta hace poco, mis parejas sexuales las podía contar con una mano, aunque me hubiera enrollado con otros tantos en alguna discoteca. Y sé que todos ellos estaban sanos. Lo puedo asegurar al cien por cien, o casi. En esta vida uno solo puede asegurar algo si es sobre sí mismo, y a veces ni con esas. De modo que nunca he visto la necesidad de hacerme una prueba cuyo resultado ya conozco, por mucho que esté a la orden del día entre la población homosexual occidental. Me parece adecuado que se hagan análisis los que tengan una vida sexual activa, pero en mi caso lo veo un poco como pasarlo mal por gusto; porque, incluso sabiendo que no lo tengo, la revelación de los resultados no deja de ser un trámite incómodo.

A pesar de ello, y sabiendo que con Jake usé protección, decido contar una mentira que, a fin de cuentas, es totalmente irrelevante. No quiero preocupar a Jake innecesariamente.

—Antes de irme de Londres.

Josh entra en un monólogo de lo bien que me vendría hacerme la prueba al menos una vez al año, sobre todo ahora que mi vida sexual probablemente se multiplique, porque Los Ángeles es, según él,

la ciudad del sexo. Soy consciente sobre la marcha de que debería hacerme la prueba. No por Tyrone en particular (eso sería absurdo), sino por el resto de encuentros que he tenido los últimos años. Por tranquilidad, por seguridad y, sobre todo, por responsabilidad. Es hipócrita por mi parte quejarme de Tyrone por no avisarme, siendo diagnosticado e indetectable, mientras yo ni siquiera me he hecho la prueba una sola vez en toda mi vida.

—Bueno, ¿y qué planes tenéis para el fin de semana? —le pregunto a Josh, por cambiar de tema y despejarme la cabeza, que era la intención inicial de la llamada.

Jake vuelve a aparecer en el encuadre y se tumba junto a Josh con los brazos detrás de la cabeza. Me vienen a la mente recuerdos de *aquella noche* en esa misma postura, pero sin ropa y con una cara mucho menos cómica. Si hubo algo que me sedujo de él (sexualmente hablando) fue el contraste tan grande que había entre su personalidad divertida y lo seductor y pasional que fue en la cama. Es irónico que mi mejor experiencia sexual de los últimos años acabara siendo con el mejor amigo del chico que me dio mi primer beso. Está claro que da igual cuántas vueltas des y lo lejos que pretendas huír, el destino siempre encuentra la forma de dar contigo.

—Mañana iremos temprano al parque acuático de St Lucas —responde Jake, y yo no puedo evitar sentir una oleada de sentimientos al escucharlo hablar—. Por eso hoy me quedo a dormir con Yoshi.

—¡Que te he dicho que dejes de llamarme Yoshi! —se queja Josh, después mira a la pantalla—. Siete años sin llamarme así. ¡Siete! Y, desde que volvió de Londres, no para.

—¿Qué habrá sido de Veronica? —Dejo caer la pregunta sin ánimo de obtener respuesta. Veronica era la novia de Josh cuando nos conocimos, antes de que él hubiera salido del armario e iba por ahí aparentando ser heterosexual. Aunque a su favor he de decir que Veronica le amenazaba con cometer una locura si la dejaba. La cuestión es que ella lo llamaba a él Yoshi, por el dinosaurio de Super

Mario Bros, y él la llamaba a ella Peach.

—Está casada —dice Josh—. Encontró un guapo, apuesto y devoto cristiano igual que ella, y ahora viven felices en una casa a las afueras.

—Me alegro por ella —le respondo.

—Casada con veintitrés años —añade Jake—. Que me la corten si decido hacer algo así antes de los treinta.

—Te la acabará cortando tu madre mucho antes si no dejas de meterla donde no debes —le dice Josh, girando la cara hacia él.

Jake se queda mirándolo, confuso, coartado, sospechando… Y yo hago lo mismo, intentando disimularlo. Es imposible que sepa lo que hicimos. No, tiene que ser porque sabe que Jake es un mujeriego con tendencia a la flexibilidad… los sábados.

Me despido de Josh y Jake justo cuando llego a la puerta de casa y les doy las gracias por amenizarme el trayecto en busca de mi cena. Ellos me las da a mí por llamar y me piden que lo haga con más frecuencia, que no desaparezca ahora que me codeo con famosos.

Después de cenar, enciendo algunas velas de aroma a frutos rojos, pongo música acústica y me echo en la cama a dejar la mente en blanco. Suena *Dreams* de Stealth y al final parece que se ha arreglado el día.

Oigo una notificación en el teléfono. Me levanto para alcanzarlo y veo el nombre de Jake en la pantalla.

J: Qué guapo estás, castañito. El clima de Los Ángeles te sienta bien.

Me tumbo en la cama y releo el mensaje varias veces. Sonrío como un tonto. No quiero hacerme ilusiones, pero me pregunto si él me enviaría un mensaje así, sabiendo que lo puedo malinterpretar… o

si justamente esa ha sido su intención. Le respondo de vuelta.

R: No me digas esas cosas, que me hago ilusiones… y hoy es sábado.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la música. Me imagino paseando por Southwark con Jake, aunque realmente nunca estuvimos juntos en esa zona. Quizás por haber unido mis dos cosas favoritas de todo lo que ocurrió en Londres. Bueno, Aadhya sería otra, pero ella aquí ahora no pinta nada. Literalmente. Llegan dos mensajes más.

J: En Norwalk ya es domingo, el día de castañito.

J: Aunque a veces siento que contigo no me importaría ser flexible cualquier día de la semana

Me incorporo con el corazón latiendo con fuerza. Incluso me he puesto nervioso de golpe. Nervios buenos. ¿Significa esto lo que yo creo que significa? No puede ser. Solo está bromeando, como siempre. Justo cuando voy a responderle, me llega otro mensaje.

J: Yoshi ya ha salido del baño. Hablamos en otro momento.

5
LA LA LAND

Anoche soñé que paseaba por un frondoso parque buscando algo que no lograba encontrar. No sé qué era, pero sé que lo necesitaba con fuerza; era cuestión de vida o muerte. El parque estaba rodeado de edificios iguales al Empire State de Nueva York y por todas partes había puertas de todos los colores que no conseguía abrir, aunque curiosamente solo lo intentaba con las azules. De pronto, estaba flotando en una de ellas, una puerta azul, en mita de un enorme lago que cubría todo lo que era el parque. La puerta intentaba abrirse, pero, si se lo permitía, se inclinaría la madera y yo caería al agua.

Me desperté sudando y con tanto calor que tuve que tumbarme fuera, en una hamaca del jardín. Me juré que no volvería a cenar dos veces la misma noche. Cada vez que mi organismo sigue trabajando mientras duermo, tengo sueños extraños. Sin embargo, el insomnio posterior a la pesadilla me sirvió para caer en la cuenta de que no he visitado algunas zonas de la ciudad que tenía marcadas en Google Maps para conocerlas durante mi estancia aquí. Me he acostumbrado tanto a la zona noroeste de Los Ángeles y a la costa de Santa Mónica, que no he tenido la iniciativa de dar una vuelta por el centro de la ciudad y otras zonas del este y el sur.

Esta mañana he cogido la línea roja del metro y he venido hasta Pershing Square, que es el punto que tenía marcado como interesante. A partir de aquí improvisaré. Doy un paseo por la colorida plaza que da nombre a la estación de metro, con sus paredes rojas y altas palmeras, y hago algunas fotos. Me siento en un pequeño muro para editar ligeramente una de ellas en Lightroom y la cuelgo en Instagram. *Hashtag: Echando de menos el domingo*. Después me

posiciono en el centro de la plaza y grabo un vídeo mientras giro sobre mí mismo, mostrando lo que hay a mi alrededor. Ese lo cuelgo como historia. No miento cuando digo que algunos de mis seguidores llevan meses perdidos, sin saber si vivo en Nueva York, Londres, Los Ángeles…

Esta zona me recuerda ligeramente a la zona oeste de Manhattan. Las construcciones son similares, de mediana altura para lo que viene siendo la media neoyorquina y espacios un poco más abiertos que en las calles principales. Avanzo por una calle al azar, la 5ª. En cuanto veo el rótulo de Walgreens en la esquina con Broadway, dirijo mis pasos hacia allí. Llevo toda la mañana con la garganta seca y con cierta incomodidad, y quiero ver si encuentro algunas pastillas que me alivien. Consecuencias de haber pasado media noche mal durmiendo en el jardín. Supongo que da igual que sea mediados de agosto y haga un calor de mil infiernos, pasar la noche descubierto en el exterior no ha sido buena idea.

Al salir de la farmacia continúo mi rumbo por la 5ª calle hasta que un escaparate lleno de libros llama mi atención en la esquina con Spring Street. Una parte de mí quiere comprar algunos, porque en esta ciudad (sin amigos) tengo más tiempo libre que en Londres. Otra parte de mí, la que intento contener y a veces negarme a mí mismo, quiere comprobar si realmente el libro de Mike se vende tan bien a este lado del Atlántico.

Me adentro en The Last Bookstore y el olor a todos los tipos de papel del mundo me recorre la nariz y explota en mis pulmones. La decoración es bastante ecléctica. Varias columnas griegas ascienden hacia el alto techo, las estanterías de libros siguen un extraño orden desordenado y hay una zona con sofás antiguos de cuero para sentarse a leer. La tienda está prácticamente vacía y los libros se amontonan en cada esquina. Avanzo entre los pasillos con la tranquilidad que aporta saber que no tengo que estar en ninguna otra parte y que todo el tiempo del mundo está a mi disposición. De diez de la mañana a once de la noche, realmente.

Instintivamente, voy directo a la sección juvenil. *Young adult*, que dicen ahora. Y no tardo demasiado en vernos. Verlo. Dos chicos de espaldas, la arena de la playa, el cielo nocturno lleno de estrellas y una fugaz, *Buscando estrellas fugaces* escrito a mano con algo que simula purpurina dorada, y su nombre, Michael D. Parker, en la parte baja. *New York Times Bestselling*. Es real. No era un espejismo que Londres provocó para desbaratar mi estabilidad emocional. No es una única copia que alguien colocó en aquella librería para que yo la comprara. Existe y es un éxito de ventas.

—Ese me gusta mucho —me dice un señor de unos cincuenta o sesenta años que ha aparecido a mi lado—. Ese chico promete.

Ni siquiera me había dado cuenta de que tengo el libro entre las manos.

—Sí —le respondo con esfuerzo—, eso… eso parece.

—¿Te lo llevas? —me pregunta el hombre, tendiendo su mano hacia mí. Yo niego con la cabeza.

—No, gracias. Ya lo tengo en casa. Solo estaba mirando.

—Muy bien —me sonríe—. Si te interesa ese tipo de literatura, en aquella estantería de allí están todos los de temática LGTB.

Desvío la vista hacia donde señala su dedo y luego la devuelvo al hombre. Asiento con la mirada y le doy las gracias de nuevo con una sonrisa. Acto seguido, él vuelve a desaparecer entre las estanterías. Vuelvo a observar la portada del libro y avanzo entre algunas de sus páginas. Me gusta mucho lo que escribió cuando Malik y Brian por fin se dan su primer beso.

> *«Como si nunca hubiera bebido agua y alguien le ofreciera un vaso lleno. De pronto, Malik tenía sus labios entre los de Brian y no entendía cómo había podido vivir siempre sin*

ellos».

A veces, siento como si Mike hubiera accedido mágicamente a todos mis pensamientos. Otras, me doy cuenta de que el libro refleja los suyos y que éramos la pareja perfecta. Cierro el libro y lo devuelvo a la estantería. Nunca he sido muy dado a leer historias muy densas, históricas o de mucho contenido serio porque termino por aburrirme. Yo siempre he necesitado adentrarme en lo que estoy leyendo hasta el punto de sentir que soy un personaje más. No quiero que me cuenten la historia, quiero vivirla junto al protagonista. Lo que no esperaba era *ser* el protagonista de una historia, aunque reconozco que muchas veces siento que toda mi vida es parte de un enramado de tramas que algún autor maneja a su antojo.

Curioseo por la sección de autoayuda y escojo un libro sobre fobias y ansiedad. Ahora mismo no lo necesito, pero el conocimiento nunca sobra. Nunca he sido muy fan de ningún autor en concreto. De hecho, podría decir tres de mis libros favoritos y probablemente no recordaría quién los ha escrito. Me acerco hasta la sección LGTB que me ha indicado el hombre y elijo dos libros, basándome en sus portadas. Sé que no se debe juzgar un libro por su cubierta, pero, dedicándome al mundo de las artes gráficas, es normal que la profesión me incite a hacerlo. Uno de ellos es *Al final mueren los dos* de Adam Silvera. En la portada aparecen dos siluetas paseando frente a lo que parece el *skyline* de Nueva York y es evidente que mi antiguo hogar me llama a gritos. El otro se llama *Siempre no es para siempre*, de un tal Pablo Speer, cuya portada solo muestra una foto del espacio, con el título escrito relativamente pequeño en el centro. Entre tanta cubierta llamativa, lo simple muchas veces es lo que más atrae la atención.

Después de pagar los libros y rechazar la bolsa que el librero me ofrece, salgo de la tienda mientras abro la mochila para guardar los ejemplares en su interior. De pronto, sin tiempo de reacción, oigo un extraño ruido seco y alguien se abalanza sobre mí. Caigo al suelo sujetándome a lo primero que tengo a mano, que es el chico que ha

tropezado conmigo, y ambos terminamos rodando por la acera frente a la librería. Sobre todo yo, que termino boca abajo y con las manos bajo la cara para no raspármela contra el suelo.

—¡Madre mía! ¡Lo siento! —me dice el chico, con parte de su torso sobre mi espalda, mientras veo su monopatín avanzar unos metros más hasta que la pared del edificio lo frena.

Se levanta del suelo (de mi espalda, más bien) y yo hago lo mismo, con la poca dignidad que puedo tener en este avergonzante momento, ante la mirada de algunos transeúntes. Recojo los libros del suelo y los introduzco en la mochila mientras el chico en cuestión va a buscar su monopatín. Mierda, me duele la pierna. Primero la espalda en Londres y ahora esto. ¿Es una forma de las ciudades de darme su bienvenida? Si es así, les pido que no sean *tan amables* como Nueva York. No necesito que me atropelle un coche otra vez. Gracias.

—Joder, estás sangrando —me dice el chico, señalándome la rodilla.

Miro hacia abajo y tengo toda la pierna derecha raspada, pero en especial la zona de la rodilla, dónde tengo una buena herida, aunque no parece profunda. Para un día que me pongo un pantalón corto…

—Perdona —se disculpa—. Has aparecido de pronto y… Oye, ¿no te conozco?

Entonces levanto la vista y me fijo en él.

—¿Patrick?

Se echa a reír y levanta las manos mostrando conformismo.

—Ese mismo —me responde—. Bueno… En verdad me llamo Chris.

Ya sabía cómo se llamaba, pero me alegro de que mi cabeza

inconsciente decidiera usar el nombre falso que le puse aquella noche. Si lo hubiera llamado Christopher, habría tenido que explicarle que hurgué en su pantalón en busca de su identificación. Me apoyo en el muro de la tienda y doblo la rodilla, con la planta de la zapatilla contra la pared, para analizar la herida más de cerca.

—Si no recuerdo mal, dijiste que podría llamarte como quisiera. —Él frunce el ceño y me mira extrañado, como si fuera un pirado que lo asalta por sorpresa por fuera de las librerías y siguiera empeñado en llamarlo por el nombre incorrecto—. Es broma. Yo soy Ryan.

Le dije mi nombre el otro día, pero prefiero ahorrarle el compromiso de demostrar si se acordaba o no. Le tiendo la mano, pero él hace a un lado el monopatín y me da un abrazo. No de esos cariñosos e intensos que le das a seres queridos, sino de los escuetos que se dan los famosos cuando van a programas de televisión. Uno de esos abrazos que parecen decir «te conozco lo suficiente como para saludarte con un gesto más personal, pero no tanto como para ser efusivo».

—No sabía que vivieras por esta zona —me dice. Niego con la cabeza enérgicamente.

—Que va. Vivo en Oakwood.

—No tengo ni idea de qué zona es esa —reconoce Chris.

—Al sur de Hollywood —le explico—. Creo. En esta ciudad es imposible orientarse.

En ese momento sale el señor que me ha atendido en la tienda y nos pregunta si estamos bien, que ha visto nuestro tropiezo y se ha preocupado, pero estaba ateniendo el teléfono. Le damos las gracias y le pedimos que no se preocupe. Incluso se ofrece a cambiarme los libros que acabo de comprar, en el caso de que se hayan roto o estropeado. Le digo que no será necesario y vuelve al interior del

local.

—Si llego a saber que eras una estrella de cine, no te habría dejado escapar —me dice Chris cuando volvemos a quedarnos solos.

Pongo los ojos en blanco y sonrío, pero enseguida saco a Chris de su error y le cuento que nada más lejos de la realidad. Hollywood será Hollywood, pero como barrio es solo eso, un barrio. El concepto que tenemos de Hollywood los simples mortales va más allá de un código postal. Es otra cosa y engloba otras muy distintas. La mayoría de la gente rica vive en Hollywood Hills, que está más al norte.

—Tío, deberíamos curarte eso —me dice, señalando mi rodilla. Yo levanto la vista, buscando realmente no sé el qué.

—No te preocupes, en la calle de atrás hay un Walgreens —le digo, dando por hecho que el encuentro casual ha llegado a su fin—. Iré a comprar algo que ponerme ahí.

—No seas tonto —insiste él—, vivo aquí cerca y soy enfermero. Vamos.

No estoy muy convencido de esto, pero acepto su ofrecimiento. Volvemos hasta la estación de Pershing Square y tomamos el Metro hasta McArthur Park. Cuando salimos de la estación reconozco la zona, pues es el lugar por el que estaba deambulando la mañana que tuve la discusión con Sussan. Una vez que Chris me indica la dirección a seguir, recuerdo el camino hasta llegar a su apartamento en la siguiente manzana.

—¿No es incómodo vivir aquí, con todos los bazares en la puerta? —le pregunto, mientras accedemos al edificio, cuya entrada se sitúa entre una tienda de teléfonos móviles de gama baja y una librería cristiana. Lo mejor de cada casa.

—Por la noche no molestan —me responde, restándole importancia—. Y tampoco es que sea fácil encontrar un sitio asequible

en el que vivir por aquí.

—Te entiendo. Yo no tuve ese problema porque la empresa me buscó el alojamiento y comparto casa con otras dos personas. Creo que me volvería loco si tuviera que mudarme.

Subimos por la escalera hasta el segundo piso y entramos en el acogedor apartamento de una habitación que comparte con una amiga, según me cuenta. Detalle que en nuestra primera noche juntos carecía de importancia. Porque uno no da esa clase de información irrelevante a desconocidos con los que solo quieres tener sexo, pero sí se los das a alguien con el que pretendes tener algún tipo de relación, no necesariamente romántica. A lo mejor anticipé demasiado y no debí haber huido tan rápido de aquí el otro día.

Avanzo hasta su habitación como si me moviera por mi casa, pero al llegar me siento en la silla del escritorio y no en la cama, para no dar a entender lo que no es. Observo el póster con los personajes de Marvel que me juzgaba el otro día y recorro el resto de las paredes de la habitación, que parece el expositor de una tienda de cómics. No solo hay superhéroes. Todo tipo de personajes de animación se distribuyen por las estanterías y repisas que relucen en su minucioso orden lógico. Marvel a un lado, DC a otro (no se vayan a pelear), resto de franquicias en el medio, asegurando la paz. Max era un fanático de Star Wars y no tardé demasiado en aprender que uno no debe mezclar nunca unos universos con otros. Es blasfemia.

—¿Y cómo termina un enfermero fan de los cómics en Los Ángeles? —le pregunto a Chris, cuando regresa a la habitación con un botiquín.

—Pues vine a estudiar, básicamente. —Chris comienza a curarme la herida. Para llevar en la ciudad un tiempo indeterminado que desconozco, pero suficiente para estudiar y ya estar trabajando, tiene las manos superpálidas. Lo curioso es que él no lo es tanto. Es como si saliera a la calle con guantes—. Terminé aquí la licenciatura de Enfermería. Después quise meterme en el mundo del cine, porque

todo el que vive en esta ciudad acaba cayendo en eso, como las abejas a la miel, pero después de unos años volví a centrarme en lo mío… y hasta ahora.

—Entonces eres un enfermero, casi cineasta, fan de los cómics.

—Se podría decir así. —Chris se levanta y se sacude las manos, aunque no hay nada que sacudir—. Esto ya está. No era para tanto. No sé por qué has sangrado tanto, porque la herida no es nada profunda. Habrá pillado algún vaso sanguíneo que ya se cerró.

No sé por qué, me da por pensar en lo del VIH y si la coagulación lenta podría o no ser un efecto del mismo.

Mira, Ryan. Un bucle. ¿Ves la puerta? No entres.

—Gracias —me limito a decirle.

Es extraño, en realidad, estar en un lugar en el que ya he estado antes, en una situación completamente diferente y que se siente y percibe de forma distinta. Somos las mismas personas y estamos en el mismo sitio. Sin embargo, todo transcurre como si fuéramos dos extraños que acaban de conocerse en un lugar en el que jamás han coincidido a la vez.

—¿Y tú que haces en La La Land? —me pregunta.

—¿En serio la gente usa ese nombre? —le pregunto de vuelta, sin responder—. Pensaba que era un invento de la película.

—Un poco de las dos cosas, creo. —Chris recoge el botiquín y lo deja encima de la cama—. El nombre ya existía, pero tampoco se usaba ya demasiado, ya sabes. Era algo más… antiguo. Y además creo que tenía connotaciones un poco negativas. Pero la película lo puso de moda otra vez.

—Curas mis heridas, impartes cultura en mí… ¿Qué he hecho yo para merecer este favoritismo?

—Y porque casi te abro la cabeza, sino… —se ríe Chris, pero evitando mirarme—. Habría sido salud, cultura y sexo.

Lo cierto es que no hubo sexo porque me arrepentí de ello antes de comenzar, no por haberme golpeado en la cabeza, pero opto por guardarme esa información. Es mejor que siga pensando que no tuvo nada que ver con él.

—Entonces… Ryan, ¿no?

—Sí. Y tú, Patrick. —Me mira ladeando la cabeza y le falta poco para poner los ojos en blanco—. Es broma. Aunque sigo manteniendo mi derecho a llamarte como me dé la gana.

—No nos acostamos —me recuerda él.

—Pero viste lo que había bajo mi camiseta —le respondo, ladeando una sonrisa. Él se encoge de hombros, como si mi cuerpo no fuese para tanto. No lo es.

—Llámame como quieras —me dice, aceptando su derrota—. Pero dime, ¿qué haces tú aquí?

—¿En tu habitación? —Finjo no enterarme. Chris menea la cabeza, incrédulo.

—Esto de hacerte el despistado, ¿suele funcionarte para ligar?

—A veces —le respondo. Enseguida me doy cuenta de que prácticamente le acabo de decir que estoy ligando con él, así que me apresuro a cambiar de tema. O, más bien, a reconducirlo—. Trabajo en Netflix. En el departamento creativo.

—¿Ah sí? —Sus ojos se iluminan—. Qué chulo, ¿no? Un amigo mío va a hacer una película con ellos. A lo mejor le haces tú el cartel y eso.

—A lo mejor —respondo vagamente—. Dependerá de si la campaña la hacen aquí o en Nueva York, supongo.

Suena mi teléfono. Un instrumental de *Notorious*, de The Saturdays. Es una canción que descubrí una noche de fiesta con Aadhya y recientemente ha sustituido a *We Found Love*, que me venía acompañando como tono de llamada desde hace siete años y varios teléfonos. Le hago un gesto a Chris para atender la llamada. Es Ellie. Al ponerme en pie, noto que la rodilla me duele más de lo que esperaba y espero que sea solo por la contusión. Lo último que necesito es tener que ir por este ajetreo de ciudad con muletas.

Ellie me dice que hoy ha tenido rodaje y, mientras hacía fotos de una escena, escuchó a varios jefes de sección hablar de una serie de recortes de personal en la sede de Sunset Boulevard (es decir, la nuestra). No llegó a oír detalles, pero lleva toda la mañana preocupada con el tema, porque perder su trabajo es algo que no se puede permitir, no ahora. Odiaría tener que regresar a Kentucky con su padre. Le digo que se tranquilice, que seguro que es algo puntual y de algún otro departamento. Respecto al mío, no tiene ningún sentido que hayan creado un nuevo estudio, del que he pasado a formar parte hace dos meses, para desmantelarlo tan rápido.

Cuando cuelgo el teléfono, le digo a Chris que tengo que irme, y él también tiene que almorzar y prepararse para irse a trabajar. Esta vez intercambiamos números de teléfono para estar en contacto. Le doy las gracias una vez más y, cuando estoy en la calle, vuelvo a estar en la misma situación que cuando nos conocimos. No sé cómo demonios volver a casa. En realidad no me apetece, pero soy consciente de que mi rodilla no está en condiciones para seguir andando por el centro de la ciudad como si no pasara nada. Mejor prevenir que curar. Aprovecho para tomarme otra pastilla para la garganta, que cada vez noto más seca.

No sé si es el remordimiento de conciencia o un impulso estúpido, pero cojo el metro en McArthur Park hasta la estación de Vermont y, desde allí, un bus que tarda cuarenta y cinco minutos en atravesar Santa Monica Boulevard casi de un extremo a otro. Llego al sur de Beverly Hills y sigo la marca que dejé en el mapa hace unas semanas sobre un residencial llamado The Flats. Tras cerca de tres minutos andando por Camden Dr, reconozco la casa de Tyrone. Desde que hablamos y descubrí lo de su enfermedad, no me ha vuelto a escribir. Y no es que necesite sus frenéticos mensajes a todas horas en medio de mi rutina, pero entiendo que, si ha pasado de un extremo a otro, es porque realmente le ofendió mi comportamiento. Paso bajo el arco de arbustos que cercan su jardín y llamo al timbre.

Al abrir la puerta, no puede esconder su expresión de sorpresa al verme allí. Sus brillantes ojos verdes relucen con la luz de la tarde y no puedo evitar desviar la vista hacia su brazo derecho, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Qué…? —Titubea—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído Agus, mi chófer —le respondo. Tyrone da señas de empezar a creerme—. Es broma. Los simples mortales cogemos el metro y el bus.

—Recuerdo que me dijiste dónde vives y no hay línea de metro desde Oakwood hasta aquí.

No sé si es una costumbre de Hollywood, pero esto de tener la conversación en la puerta, como si fuera un repartidor de Amazon, no es del todo hospitalario. Y me estoy asando bajo el sol.

—Estaba en McArthur Park, en cuidados intensivos.

Levanto la rodilla y le enseño la herida. Tyrone hace un gesto para acercar la mano y yo retiro la pierna instintivamente. Él encoge el brazo rápidamente y pone mala cara. Tardo un poco en darme cuenta de lo que ha parecido.

—No es por eso —le aclaro—. No me gusta que me toquen las heridas… y me sigue doliendo.

—Sí… Vale. En fin. —No me ha creído—. ¿Has venido para que te cure eso o a seguir echándome tonterías en cara?

—Un poco —bromeo. Él no se inmuta—. Vamos a ver, me he recorrido Los Ángeles durante una hora para venir a verte en lo que parece que es el día más caluroso del año y con una rodilla lisiada. ¿Realmente necesitas que te diga que es una broma y que estoy aquí para disculparme?

Tyrone inclina el cuerpo, dejando caer el hombro y la cabeza contra la mano que tiene apoyada en el marco de la puerta. Me mira de arriba abajo y después suspira ligeramente.

—Sí.

Hago un gesto de indignación y, antes de poder quejarme, él se aparta y deja el camino libre hacia el interior de su modesta casita de obrero de clase media. Sarcasmo.

—Vale, pasa.

La casa por dentro es más grande de lo que recordaba. De noche todo está más oscuro y los pasillos parecen más estrechos, los techos más bajos y las ventanas más discretas. Ahora, a plena luz del día, confirmo que Tyrone Cox ha ganado dinero, mucho dinero. Tanto que ni las adicciones ni todo el tiempo que permaneció sin trabajar lo han agotado. Otra opción es que se comprara la casa cuando nadaba en piscinas de dólares y a día de hoy le cueste sudor y lágrimas mantener todo esto. O que haya invertido en otro tipo de negocios y le salieran bien.

Me invita a tomar algo y sirve dos vasos de Coca-Cola. Nos sentamos en el mismo sofá en el que hace semanas se arriesgó a besarme y nos quedamos en silencio. Yo, perdido entre tantos lujos.

Él, supongo, esperando esa disculpa que le he dicho que venía a pedirle.

—¿Cómo mantienes todo esto? —le pregunto en su lugar.

—Ryan… —Él arquea una ceja y apoya el brazo en el respaldo del sofá, con el codo doblado hacia él. Es como si supiera que lo único que me atrae de él son sus brazos y los expusiera a propósito todo el tiempo.

—Vale, perdona. —Me hago pequeño por momentos. Llevo dos meses aquí y siento que me paso la mayor parte del tiempo disculpándome—. Es decir, perdona por haber intentado desviar el tema. Y, ahora sí, lo siento por lo que te dije el otro día.

—Muy bien —Extiende su brazo y llega a rozar mi hombro con la punta de sus dedos—. ¿Ya está?

Ignoro el gesto. Sé que no hace falta más, pero no he venido hasta aquí para decir un minúsculo *lo siento* que no signifique nada.

—No, no está —le respondo—. Me comporté como un gilipollas. Ya tengo una edad y debería haber estado más informado y, sobre todo, más acostumbrado a algo así. No ha sido justo para ti que reaccionara de esa forma tan exagerada.

—Vale, acepto tus disculpas —me responde él, acercándose un poco más a mí. Y yo empiezo a pensar que ha confundido mis disculpas con una puerta abierta para que surja algo entre nosotros.

—Pero sigo pensando que sí deberías habérmelo dicho —añado.

Tyrone vuelve a alejarse un poco, aunque sus dedos siguen tocando mi hombro.

—Una vez me dijeron que, cuando dices «pero», anulas todo que has dicho antes de eso —me comenta, tras lo que da un largo

trago al refresco y su mirada se pierde hacia el alto techo—. Pero creo que en eso tenemos razón ambos.

—Explícate —le pido. Le doy un sorbo a la Coca-Cola y el frío lo siento como puñales en la garganta.

—Pues a ver… —Se acomoda en el sofá, se sienta aún más cerca, apoyando su mano en mi rodilla izquierda. Debería echarme atrás y dejarle claro que esto no es lo que él cree que es. Sin embargo, intento disculparme y redimir mi actitud de niñato de la última vez. No quiero reaccionar de forma exagerada a una tontería—. Tienes razón en que tienes cierto derecho a conocer esa clase de detalles cuando vas a acostarte con alguien. No puedo negártelo, porque es normal que sientas que debes saber algo así. El VIH no es un juego. Pero el mismo derecho tengo yo a ser celoso de mi intimidad y no querer dar esa clase de información a la primera de cambio, ¿no crees? —Me encojo de hombros. Supongo que tiene razón, pero no puedo verlo desde su perspectiva. Yo no actuaría así. No obstante, mi punto de vista no es el único válido—. Nos conocimos en una fiesta, te viniste conmigo a casa y nos enrollamos. Bueno… Algo parecido. Podría incluso haber follado contigo a pelo sin contagiarte y, aún así, siempre uso protección. Diciéndotelo no consigo que la relación sea más sana, pero sí podría espantarte. De hecho lo he hecho. Y esto a lo mejor suena egoísta, pero he espantando a la suficiente gente en mi vida como para saber que no merece la pena.

Estoy de acuerdo con él. De verdad que lo estoy, pero no puedo evitar sentir que tengo derecho a saber algo así. Por muy indetectable que sea, nunca se sabe… Y un descuido de una noche podría cambiar mi vida entera, igual que un error seguramente cambió la suya. Entonces me doy cuenta de que no es una cuestión de ciencia, ni de salud, ni de derechos, sino de miedo.

—Creo que yo tengo derecho a sentir miedo a contagiarme sin que tú te lo tomes como algo personal —le digo, sin más.

Tyrone se queda en silencio, lleva su mano hasta mi cuello y lo

masajea, después la deja caer por el otro lado e introduce algunos dedos por el cuello de mi camiseta, a modo de caricia inofensiva. Ahora sí que está cruzando la línea que había trazado bien visible en el suelo.

—No puedo obligarte a que no tengas miedo —me dice finalmente—. Sé que no funciona así. Y sé que tu reacción del otro día fue por ese miedo, no por mí. Por eso te he dado espacio estos días y te he abierto la puerta antes.

—Es posible —me limito a decir.

—¿Puedo hacer algo para que dejes de tener miedo? —me pregunta él, cada vez más cerca. Y yo cada vez más incómodo. Tyrone será muy bueno leyendo guiones, pero es pésimo leyendo el lenguaje corporal.

Niego con la cabeza.

—Siempre lo he tenido y siempre lo tendré —le respondo, dejándome caer un poco hacia atrás para alejarme ligeramente de él —. No es por ti, ni por lo que me has contado, sino en general. Es mi estado natural. Pero bueno… A pesar de ello, sigo adelante; así que supongo que al menos soy lo suficientemente valiente como para no permitir que el miedo me controle.

Creo que no soy mala persona y que a veces me comporto como un gilipollas sin serlo. Llevo la última década intentando salir adelante en la vida sin fastidiar la de los demás. Como todo el mundo, cometo errores, pero nadie puede evitarlos, ¿no? El problema con este tema en particular es que soy demasiado aprensivo. Soy un paranoico que analizo y le doy demasiadas vueltas a las cosas. Intento cambiarlo y creo que incluso lo consigo de vez en cuando. Pero no siempre es así.

Le digo a Tyrone que no ha sido nada personal contra él, sino un acto reflejo de ese miedo que tengo a todo lo relacionado con las

enfermedades y la muerte. Matt me abrió los ojos, involuntariamente, y me hizo entender que la muerte existe, que las enfermedades existen, que nadie es inmune. Y desde entonces es como si no los pudiera volver a cerrar de nuevo. No puedo dejar de ver lo que ya he visto, y no puedo regresar a esa ignorancia tan inocente que me hacía ver el mundo y mi propia vida de una forma completamente superficial.

—En el fondo creo que eres buen chico —me dice, recorriendo el lateral de mi cuello con su mano—. Si pensara que eres un cerdo, te habría soltado a los perros.

—¿Tienes perros? —No los he oído ni una sola vez las dos veces que he estado aquí.

—Los habría comprado solo para soltártelos ahí fuera.

—¿Nadie te ha dicho nunca que los perros no se compran? —le pregunto, en un tono de broma, pero hablando en serio—. Se adoptan.

—Lo tendré en cuenta.

Tyrone me sujeta la barbilla con la mano izquierda y gira mi cara hacia la suya. Se inclina para besarme, pero yo giro la cabeza y sus labios caen en mi mejilla. Hablando de derechos, creo que yo tengo derecho a venir a disculparme por mi mala actitud sin que él se aproveche de ello.

—No he venido a esto —le digo, poniendo mis manos sobre su pecho para apartarlo suavemente de mí.

—¿Estás seguro? —me pregunta, evitando alejarse—. Yo puedo hacer que todos tus miedos se esfumen de un plumazo.

Si eso fuera cierto, me arrancaría la ropa y me entregaría fervientemente a Tyrone durante horas. Cualquier cosa con tal de no sentir miedo nunca más. Pero no es así, de modo que me escurro de entre sus brazos y me pongo en pie.

—No busco nada contigo, Tyrone —le repito—. Te juro que no es nada personal, ni es por este tema. Te lo dije desde la primera noche y todavía no lo sabía.

—¿No hay nada que pueda hacer para cambiar eso? —me pregunta, con más arrogancia que tristeza.

—No creo —le respondo.

¿No creo? Tendrías que haberle dicho que no de forma tajante y seca. Verás la ristra de mensajes a partir de mañana. ¡Verás!

—Ya veremos, entonces.

Te lo dije.

En vez de continuar con este sinsentido, le doy las gracias por el refresco que apenas he probado y le digo que tengo que irme porque tengo planes esta tarde. Cuando regreso al calor exterior, me pregunto si no habría sido más reconfortante haberme acostado con Tyrone, disfrutando del aire acondicionado, que haber vuelto al infierno del asfalto callejero.

6
MONOPATINES Y CONSTRUCCIONES SOCIALES

Chris tiene un Lexus del 2005 y automáticamente me resulta extraño verlo conducir, pese a ser la tercera vez que nos vemos. No me daba la impresión de que fuese un chico que conduce, simplemente. La noche que nos conocimos fuimos a su apartamento en taxi. La semana pasada, tras el accidente por fuera de la librería, lo hicimos en metro y él llevaba a cuestas su monopatín.

Ha sido una semana complicada en el trabajo. Proyectos que no salen adelante como deberían, una serie que la compañía ha decidido cancelar cuando ya estábamos preparando gráficas para la siguiente temporada, y algunas discusiones en el departamento. Para rematar la jugada, esta semana se cumplen dos meses desde que empecé a trabajar en Netflix y todavía siento que soy un bicho raro. Al contrario de lo que ocurrió en Londres, aquí no he creado ningún vínculo fuera de la oficina. La excepción es Ellie, pero no queda más remedio, viviendo juntos. Aún así, cualquiera diría que me mudé a su casa hace una semana. Supongo que cada persona es diferente y cada ciudad tiene su propio ritmo. No puedo esperar tener la misma suerte en todos los sitios nuevos a los que llego, ni mucho menos generar complicidad a base de desearlo o esperar que ocurra porque sí.

Es lo que realmente llevaba tiempo pidiendo. Un amigo. Si eso implica ir en coche a una velocidad ligeramente por encima de la legalidad, con destino a Santa Mónica y con un desconocido, pues que así sea. Chris avanza por la Interestatal 10, mientras suena *You Need To Calm Down* de Taylor Swift en la radio. Me fijo en un cartel

promocional de la película de Tyrone Cox que hay en una valla junto a la autopista. No he vuelto a verlo desde que estuve en su casa el fin de semana pasado. Tal y como predije, me ha escrito casi a diario. Unos mensajes los he ignorado y otros los he respondido de forma fría. No tengo tiempo ni paciencia para tonterías. Por un lado está el estrés del trabajo, por otro lado tenemos mi absoluta desgana y por otro más encontramos el hecho de no querer darle más alas de las que ya se ha crecido él solito en su espalda.

—¿Saldrías con alguien que tiene VIH? —le pregunto a Chris directamente, sin preámbulos, por hablar de algo. Quizás a mi subconsciente le parece buena idea saber su opinión como sanitario. Él baja un poco el volumen de la radio.

—¿Tienes VIH? —me pregunta de vuelta, también sin cortarse demasiado o tratar el tema con el cuidado que probablemente se merece.

—No —le respondo. *Espero que no*. Y enseguida me arrepiento de tener esa clase de pensamientos. No tengo motivos para pensar algo así—. Es por curiosidad, nada más.

—Hay dos cosas en la vida que no se hacen por curiosidad —me responde Chris, tocando el claxon a un coche que intenta adelantarnos haciendo una maniobra un tanto extraña—. Una es preguntarle a alguien «¿te vas a comer eso?» y la otra preguntarle por su vida sexual.

No sé de dónde saca este chico las teorías, pero es la primera vez en mi vida que escucho algo así. Anda que no hay cosas que nunca se preguntan solo por curiosidad…

—Estuve con alguien —me sincero—, hace semanas ya, antes de conocerte —dejo de sincerarme—. Y he descubierto recientemente que lo tiene.

—¿Te lo cepillaste? —me pregunta, con una sonrisa malvada

en la boca.

—No. Nada de eso. Dos besos tontos.

—¿Y qué tiene de relevante mi opinión? —me pregunta, encogiendo un hombro y haciendo un gesto con la mano sobre la palanca de cambios.

Chris se recoloca la gorra un par de veces hasta que parece hartarse de ella y la tira en el asiento de atrás. Su lacio pelo de Jack Dawson se alborota con el viento que entra por la ventanilla y le da un aire retro seductor que me llama mucho la atención, pero me obligo a decirme a mí mismo que necesito amigos, no ligues.

—No actué demasiado bien cuando me enteré —le reconozco —, y me gustaría saber tu opinión.

—¿Le dijiste que se lo merecía? —me pregunta. Pienso que es broma, pero no sonríe.

—Erm… no.

—¿Le dijste que ojalá se muera? —me pregunta de nuevo, subiendo varios peldaños de la escala de morbosidad.

—¡Claro que no!

¿Este tío de qué va?

—¿Le dijiste que a saber qué ha hecho por ahí para pillarlo? —continúa— ¿Que no pasa nada? ¿Que no se le nota? ¿Que seguro que tiene suerte y se muere de viejo?

—¡No, no y no! —exclamo—. Pero, ¿cómo voy a decir esas cosas?

—Entonces no creo que hayas actuando mal —me dice finalmente—. Mientras no le hayas hundido más en la mierda, creo

que eres libre de reaccionar como buenamente puedas cuando te digan algo así.

—Le dije que no tenía derecho a ocultármelo y que era un capullo o algo así.

Chris se queda en silencio, haciendo una mueca de incomodidad con la cara y balanceando su mano derecha sobre el volante. Está claro que ya ha dejado de creer en esa libertad que defendía.

—A ver, no has sido del todo desconsiderado —dice después de un rato—. Es un tema complicado, porque es posible que tú tengas derecho a saber algo así, pero él también lo tiene a no revelar detalles de su vida privada. A lo mejor deberías pedirle disculpas y ya está. Tampoco pierdes nada.

Le digo que, de hecho, ya lo hice. Chris se indigna en broma porque no entiende a cuenta de qué le he pedido mi opinión si el problema ya estaba resuelto. En realidad lo he hecho para saber qué habría hecho él, no para que me ayudara a tomar una decisión que ya estaba tomada y ejecutada con relativo éxito. Quizás una parte de mí sigue sintiendo que Tyrone debería habérmelo dicho y busco una confirmación por parte de otra persona que me haga sentir mejor. Sin embargo, que Chris me hubiera dado toda la absoluta razón bien podría haber significado que es igual de gilipollas que yo.

—¿Ahora te puedo hacer una pregunta yo a ti? —Chris me mira. Asiento y devuelve la vista a la carretera cuando ya estoy empezando a levantar el brazo para señalarla y pedirle que mire al frente. —¿Sueles hablar siempre de otros tíos con los que te has liado cuando tienes una cita con alguien?

Me echo a reír y subo el volumen de la música. Entonces Chris lo vuelve a bajar.

—No es broma —insiste.

—¿Esto es una cita? —le pregunto. Daba por hecho que solo éramos dos amigos que van a la playa un sábado de verano—. Es decir, pensabas…

—¿No lo es? —pregunta él, antes de dejarme terminar—. Entonces creo que me he puesto demasiado guapo para ti.

Lo miro de arriba abajo, aunque ya lo había visto bien cuando pasó a recogerme por casa.

—Llevas puesto un pantalón corto, una camiseta de tirantes y unas zapatillas raídas.

—Pero me he puesto mi gorra de la suerte —responde él, mordiéndose los labios y arqueando las cejas, con el brazo apoyado en la ventanilla.

—Y te la has quitado hace un rato —le recuerdo, rebujándole el pelo de la cabeza—, renunciando a toda tu suerte.

Entramos en un extraño pero divertido bucle acerca de la suerte, las supersticiones y que los objetos a los que otorgamos esa clase de poder no tienen energía eternamente y se agotan. En su caso, según él, la gorra solo pretendía darle suerte durante la primera impresión. Después se convirtió en un complemento molesto para llevar puesto dentro del coche. Yo creo en la suerte, pero mucho más en la consecuencia de tus propios actos. De nada te sirve tener toda la suerte y energía positiva del planeta si no mueves un dedo para conseguir lo que quieres.

—Entonces, oficialmente, ¿es o no es una cita? —insiste de nuevo Chris.

—¿Por qué dos chicos gays no pueden ser amigos sin más? —le devuelvo la pregunta.

—Habla por ti, guapito. —Chris levanta un dedo y me señala

—. Yo no soy gay.

—No parecía eso la otra noche cuando…

—¡Vale, vale! —me interrumpe—. No hace falta que calientes lo que no te vas a comer.

Se me va la vista hacia su entrepierna y después la aparto, de vuelta hacia el paisaje que tenemos delante. Si es que una autopista rodeada de muros y palmeras puede ser considerado como tal. He acordado conmigo mismo no ver a Chris como un elemento sexual, sino como un posible nuevo amigo. Levanto las dos manos en señal de rendición.

—¿Entonces eres otro *heteroflexible* de esos? —le pregunto, acordándome de Jake—. Joder, hoy es sábado.

Chris me mira extrañado y, ahora sí, le digo que deje de mirarme y atienda a la carretera.

—No sé qué es eso, pero yo soy bisexual —me responde, devolviendo la atención hacia donde debe—. ¿Y qué pasa los sábados?

—Nada, no me hagas caso. —Saco mi teléfono del bolsillo y busco a Jake entre los contactos del WhastApp—.Tuve un novio bisexual, así que acepto a los de tu calaña —añado, bromeando. A él no le hace mucha gracia. Supongo que está harto de que le digan que ser bisexual es una fase. No era mi intención—. El caso es que somos amigos, ¿no? Bueno, todavía no. Pero es lo que me gustaría.

—Me parece bien —me responde, sin más.

Le escribo un mensaje a Jake.

R: ¿A que no sabes qué día es hoy?

Guardo el teléfono y retomo la conversación con Chris.

—No quiero ser un cliché con piernas y demostrarle al mundo que dos chicos gays… ¡lo que sea! —me corrijo antes de que Chris se queje—, que no pueden ser amigos sin estar liados.

—Pero tú y yo ya nos hemos liado.

—No sé de qué me hablas —le digo entre risas—. Yo estaba muy borracho aquella noche.

—¡Pero si acabas de decirme que…!

Subo el volumen de la música y le pongo la otra mano en la boca ante de que termine la frase. El pasado, pasado está. Da igual cómo empezara mi amistad, relación, lo que sea con Chris. Lo importante es cómo continúe a partir de ahora. Quiero ser capaz de hacer nuevos amigos en Los Ángeles. Al contrario de lo que ocurrió en Londres, esta vez no he venido por un tiempo definido. No tengo ni idea de cuántos meses o años voy a vivir aquí, y no puedo ir desaprovechando cada oportunidad que tengo de hacer amigos con algo tan volátil y pasajero como una hora de sexo.

Además, la amistad es la base de todo. No es lo que busco, pero una relación no funciona sin amistad de por medio. Es como ese momento del libro de Mike, en el que narraba lo que más le había molestado a Malik tras ser engañado por Brian.

> *«Lo que más le dolía a Malik no era haber renunciado al amor de Brian, sino a la amistad que los había unido desde el principio. No solo había perdido abrazos, caricias, besos y la posibilidad de que algún día llegara el sexo; también se habían marchado la complicidad, las risas a pleno pulmón, las confidencias de sus secretos y el manto de confianza que solía cubrir todos sus miedos.*

Su devoción por las estrellas no había cesado. Pensaba que, sí había encontrado una, no debía de ser tan difícil conseguir otra. Después de todo, el universo estaba plagado de ellas. Cambiar una luz por otra que brillara igual. Tan solo necesitaba estar atento y no perderse ni un segundo del espectro estelar. En cualquier momento, otra estrella fugaz caería del firmamento y podría volver a sentir la libertad de amar y ser amado.

Así que, durante semanas, las buscó desesperadamente en otros cielos, en otros lugares, en otras caras y en otras pieles; mas no encontró nada que se le pareciera lo más mínimo. Malik comprendió que no servía de nada capturar toda la luz del universo en su caja de deseos, si al cerrar los ojos todo lo seguía bañando el resplandor de un único astro».

En realidad esos párrafos me crean un conflicto de emociones. Me gusta la parte de valorar la amistad por encima de todo, pero me duele pensar que lo que hay escrito pueda ser un reflejo de la realidad y Mike se dedicara a salir de fiesta por Norwalk y a liarse con otros chicos para olvidarse de mí, antes de que yo regresara para recuperarlo. No sé distinguir la realidad de la ficción en la mayoría de los capítulos y es probable que fuese eso lo que más me destrozaba al principio.

Llegamos a Venice Beach poco más de media hora después de haber salido de mi casa y aparcamos el trasto este que Chris llama coche. Al cerrar la puerta, la acaricio y le pido que no muera hoy, que

no me apetece tener que volver a casa en bus. Chris abre el maletero y, para mi sorpresa, saca dos monopatines. El que llevaba consigo el otro día y otro un poco más viejo.

Nunca en mi vida me he subido en uno de esos, pero Chris está dispuesto a enseñarme. En otro momento de mi vida me habría negado. Pero el nuevo Ryan no le dice que no a nada. O a casi nada. Hace un día estupendo y bastante calor, así que opto por quitarme la camiseta y le pido a Chris que me eche crema en la espalda.

—Vigila esas manos —bromeo.

Si hay algo que aprendí la primera semana en Los Ángeles es que la crema solar es algo a llevar siempre contigo, como el teléfono móvil o las llaves de casa. De hecho, es preferible olvidarte de las llaves que de la crema. Además, me niego a que el tono pálido de piel que me provoca el neopreno cuando vengo a hacer surf tenga una nueva marca a la altura del bíceps por culpa de la camiseta. Chris se fija en dichas marcas y, al preguntarme si vengo siempre a la playa con pantalón largo y sudadera, le cuento lo del surf. A él también le gusta, pero nunca hemos coincidido porque solemos ir a playas diferentes.

—Ya sabes —me guiña un ojo—, todo lo que sea hacer equilibrio sobre una tabla me fascina. El monopatín, el surf, el snowboard, el masaje chino con los pies… —Me echo a reír mientras dejo el bote de crema en el maletero del coche y lo cierro—. Venga, vamos. A ver si con un poco de suerte te dejamos la otra rodilla igual.

Mi rodilla. Ya ni me acordaba de ella. Me dejó de doler al día siguiente y de la herida ya solo queda una pequeña caspa. Entre lo de la espalda en Londres y ahora esto, empiezo a creer que haber sido atropellado me inmuniza ante el sufrimiento físico durante algunos años. Espero que siga así.

Chris echa los dos monopatines al suelo y ruedan solos hasta llegar al paseo. Después coge carrerilla y se monta en el suyo mientras

aprovecha el impulso para salir rodando. Yo le tengo bastante aprecio a mi dentadura, así que llego hasta el mío y me subo encima con cuidado. Los dos pies. Cuando Chris me ve, se lleva una mano a la frente y vuelve por el camino. Soy un desastre, lo sé, pero no todo se me puede dar bien. De hecho, ahora que lo pienso, casi todo se me da mal. Tiene mérito que haya sobrevivido más de veinticinco años en el mundo.

Avanzamos por el paseo. Chris con estilo. Yo a trompicones. Mis niveles de ridículo y vergüenza ascienden por momentos, porque me imagino a la gente preguntándose qué hace un adulto de casi metro ochenta aprendiendo a montar en monopatín, cuando debería estar, no sé, trabajando o estudiando una licenciatura, algo de provecho. La idea de que aquí no me conoce nadie me reconforta y hace que la vergüenza se desplace a otra parte de mi cabeza que consigo ignorar la mayor parte del tiempo.

—No pensé que fueras tan descoordinado, tío —me dice Chris después de haber avanzado unos cien metros en diez minutos—. ¿En serio practicas surf?

—O algo parecido —le respondo, echándome el pelo hacia atrás para que deje de molestarme delante de la cara. Maldito el día en el que me lo corté y ahora ya no me llega para hacerme una coleta —. Lo importante es participar, ¿no?

—Lo importante es no partirse un brazo en el intento.

—No tengo edad para esto —me quejo, más por inercia que por realmente estar molesto con la situación. Lo cierto es que me estoy divirtiendo y estoy descubriendo que tengo músculos en zonas del cuerpo donde pensaba que no había nada.

—La edad es una construcción social —me dice Chris, dando vueltas alrededor de mí—. Venga, quiero estar orgulloso de ti.

Pasamos por delante de un bajo local con las paredes verdes,

un supermercado. Dejo a Chris fuera, custodiando los monopatines, y compro un par de botellas de agua y una bolsa de chucherías. Una vez fuera, me bebo casi la mitad. Tengo la garganta seca y estoy más cansado de lo que debería estar en tan poco tiempo. Seré un desastre con el equilibrio sobre ruedas, pero debería tener energía y fuerza física para rato. El azúcar me ayudará.

—Explícame eso de la construcción social —le pido después de beber agua—. Lo de la edad.

—La edad es un número, tío —me responde él, después le da un trago a su botella—. El cuerpo no entiende de años, no tiene un reloj interno de trescientos sesenta y cinco días. Eso lo primero. Es decir, que biológicamente estamos siempre en constante envejecimiento, cada uno a su ritmo. Los cuarenta años de alguien no son iguales que los de otra persona. ¿Me sigues? —Asiento y me meto un par de golosinas en la boca—. Y luego está la edad social. Todo ese rollo de separarnos por números no tiene ningún sentido. Si una mujer quiere llevar una minifalda con sesenta años, que lo haga. Si un tío quiere empezar a estudiar con cuarenta, que lo haga. Y si un estirado de Nueva York quiere aprender a montar en monopatín con veinticinco años… —Chris me señala.

—Que lo haga —le respondo.

—Exacto.

—Espera —le pongo la mano sobre el brazo para evitar que pase de largo—, no soy un *snob*, y ¿cómo sabes lo de Nueva York?

—Lo dijiste cuando nos conocimos, fiera. —No recuerdo haber dicho nada de eso, pero tampoco andaban mis sentidos demasiado lúcidos aquella noche como para acordarme de todo lo que mi absurda mente borracha habrá querido decirle mientras estábamos de camino a su apartamento—. Y es posible que lo hayas mencionado en algún otro momento, porque yo tampoco es que tenga tan buena memoria para esa clase de detalles.

—Sí, es posible —me limito a responder—. En fin, ¿seguimos?

—¿Seguir? —Chris arquea las cejas y ladea una sonrisa—. Todavía no hemos empezado, amigo.

El resto de la mañana transcurre sin incidentes destacables, más allá de muchos tropezones, caídas absurdas y algún que otro arrollamiento peatonal involuntario. Descansamos en Windward Plaza y nos sentamos en las gradas a ver cómo algunos chicos juegan un partido de baloncesto. Chris aprovecha para ir al baño público que hay al lado y yo, sin pensármelo demasiado, me acerco a las duchas y meto la cabeza debajo del agua, procurando no mojarme el pantalón. Como he dicho, no lo he pensado demasiado. En cuanto el pelo comienza a chorrear espalda abajo, la cintura de los vaqueros termina empapada. Tengo un bañador en la mochila, pero la he dejado en el coche de Chris porque no pensé que fuéramos a alejarnos tanto de la zona donde aparcamos.

Al regresar a las gradas, me seco la cara con la camiseta, saco el teléfono móvil y veo que Jake me ha respondido al mensaje.

J: Es mi día favorito de la semana, junto al domingo de castañito. La pena es no poder pasarlo contigo.

No hay manera en el mundo en el que yo pueda estar malinterpretando sus mensajes. Está claro. Me emociono y me doy cuenta de que llevo un rato sonriendo, probablemente con una cara de tonto que no puedo con ella. Le quiero enviar una foto, para que así él me envíe una y poder verlo. Activo la cámara del teléfono. Intento hacerme un *selfie*, pero lo único que me hago es daño en la espalda al intentar alcanzar un postura absurda para que se vean los jardines y las palmeras que rodean la zona, mi cara, parte de mi torso y el tatuaje del brazo. Es una foto para Jake. No debería forzarlo tanto. Ya le gusto tal cual soy, ¿no?

—Hablando de construcciones sociales… —dice Chris al

regresar y pillarme en pleno apogeo del ridículo—. Trae, dame eso, que te hago yo la foto antes de que te rompas algo.

Poso sin posar. Es decir, sin que se note. Pero Chris no parece nada convencido.

—Tío, tienes una cara que no sé yo si hacerte fotos ahora es buena idea, ¿eh?

—Gracias —le respondo irónicamente, pensando que se está riendo de mí a conciencia.

—Lo digo en serio. ¿Te encuentras bien?

—A decir verdad, no mucho —le reconozco—. No ando muy allá desde que llegamos, pero intento no hacerme demasiado caso. A veces me da ansiedad —me sincero—, entonces me he acostumbrado desde hace tiempo a ignorar a mi cuerpo cuando me habla, porque normalmente solo lo hace para inventarse síntomas.

Chris se acerca, me toca la frente con la mano e instintivamente me echo hacia atrás.

—Estás caliente —me dice.

—Eso es por ti —bromeo, estirando el brazo y golpeándole la entrepierna con la camiseta.

—Lo digo en serio.

—Es verano y llevamos toda la mañana bajo el sol —le explico —. Lo raro sería que estuviera frío.

Chris se encoge de hombros y hace una mueca frunciendo los labios, como diciendo «tu sabrás, tío». Se sienta a mi lado y se echa hacia atrás para que el sol le dé en la cara. A decir verdad, sí que me encuentro regular. Tal vez sea hambre, porque esta mañana estaba medio revuelto y he desayunado poco, pero nunca me había sentido

así por no comer. Mi pensamientos revolotean entre las garras del miedo hasta dar con Tyrone Cox y mi pequeña lista de encuentros neoyorquinos.

No entres ahí. No es eso.

Ya es tarde. Ahora sí que identifico lo que siento y sé que la ansiedad está despertándose en mi cuerpo. Una descarga de adrenalina y un escalofrío por la espalda me confirman su llegada. Le doy la razón a Chris y le digo que será mejor que nos vayamos, por si me estoy poniendo malo. Todavía queda la vuelta a Oakwood. Por el camino, paramos en el McDonald's de Pico Boulevard para comprar comida para llevar y, mientras tanto, le echo un ojo a las fotos que me hizo Chris. Tiene razón y las borro todas, excepto una donde salgo medianamente decente. La comida durante el trayecto me ayuda a sentirme mejor, pero tampoco demasiado. En cuanto Chris me deja en casa, me tiro en la cama en calzoncillos, muerto de calor pero con unas extrañas ganas de hacerme un ovillo y taparme con la manta hasta las orejas (cosa que no hago).

Me acuerdo del mensaje de Jake y le respondo, enviándole la única foto que no he borrado.

R: Esa foto es del pasado. Ahora estoy tirado en la cama y creo que tengo fiebre. ¿Sigues queriendo pasar el día conmigo?

Tarda muy pocos segundos en responder.

J: Claro que sí. Podemos tumbarnos juntos en el sofá y ver programas de reformas de casas hasta que te encuentres mejor.

J: Sales muy guapo en la foto. Haces que me replantee algunas cosas.

Como esperaba, me envía una foto suya. Sale sin camiseta, echado en un sofá y con un cuenco con helado en la otra mano. Su cara finge sorpresa, como si le hubieran sacado la foto de forma

inesperada, abriendo mucho sus profundos ojos negros. No puedo evitarlo. Todo esto me parece demasiado bonito para ser cierto.

R: ¿Esto es real? Pensaba que lo tuyo con los chicos era algo físico y puntual.

Jake se pasa tres minutos escribiendo, pero su respuesta final me demuestra que ha estado un rato escribiendo y borrando su mensaje hasta finalmente enviarlo.

J: Y así es. Pero no sé qué me pasa contigo, Ry. ¿Qué me has hecho?

Me giro en la cama hasta quedar de lado. Cada vez estoy más incómodo e incluso algo mareado. Me levanto y abro la ventana. Vuelvo a tumbarme en la cama y le respondo.

R: Lo mismo que tú a mí. Si lo descubres, házmelo saber. ¿Y desde cuándo me llamas Ry?

Esta vez, su respuesta es más rápida.

J: Aadhya te llamaba así y me gusta. Está en un bonito punto intermedio entre Ryan, que suena muy serio, y un mote cariñoso único e intransferible, como castañito.

Me río con el teléfono entre las manos y no entiendo cómo puedo estar sintiéndome tan mal físicamente y, al mismo tiempo, querer saltar de alegría sobre la cama. Quiero escribirle mil cosas, pero al final me limito solo a una, con miedo a su respuesta.

R: Me apetece mucho volver a verte.

Jake no sabe qué le pasa conmigo y, definitivamente, yo tampoco comprendo qué me pasa con él. Es como aquello que decía del deseo que se acumula formando una presa. Nos hemos visto

contadas veces, pero ha sido en los silencios y en los puntos intermedios en los que se ha ido desarrollando algo. Ha crecido un sentimiento que yo pensaba que era una locura, pero que ahora descubro que podría ser bidireccional. Daba por hecho que Jake no sentía lo mismo, que para él solo había sido sexo. En cambio, ahora da la sensación de estar en otro modo diferente. A pesar de ello, no sé qué estoy haciendo. Él está en Norwalk y yo en Los Ángeles. Nuestra historia nunca podrá tener muchas más páginas de las que ya ha tenido. Y todas serían más o menos iguales. Me llega su respuesta.

J: Iremos directos al infierno por esto. Lo sabes, ¿no?

Pienso en su mensaje. Nos estamos metiendo en una locura. Estamos condenados a que alguien salga herido. Pero Jake me hace sentir tan bien y a salvo que no me importaría arriesgarme a pasarlo mal. Podría valer la pena. Y quiero pensar que Josh lo entendería. Tal vez no le haría gracia que nos hubiéramos acostado sin más, solo sexo. Sin embargo, creo que aceptaría que fuéramos algo más. Entonces me llega otro mensaje.

J: Yo también tengo ganas de verte.

Vale. Es suficiente por hoy. Paso a paso, para no espantarlo.

○ ○ ○

El domingo lo paso como buenamente puedo, entrando y saliendo de un extraño estado de incomodidad, ansiedad y dolores musculares. Ignorando los mensajes de Tyrone, respondiendo a los de Chris (que se ha preocupado bastante por mí) y fantaseando con recibir alguno nuevo de Jake. La noche la paso con insomnio e intercalando rachas de frío con otras de calor. El lunes por la mañana amanezco ardiendo en fiebre y con la garganta tan inflamada que hasta me duele al beber agua.

Mi parte racional piensa que he forzado la máquina y al final he caído en una considerable gripe. Mi parte ansiosa que sucumbe a mis miedos no deja de pensar que esto es el inicio de lo que tanto temía. No quiero dar rienda suelta a esos pensamientos, porque entraría en pánico. El Ryan atemorizado no es digno de ver. Es el peor Ryan de todos. Por más que lo intento, la idea, el concepto de haberme infectado de VIH pasa por mi cabeza más veces de las que me gustaría. No por Tyrone, sino en general. Como si hubiera tenido el virus dando vueltas por mi organismo durante meses o años y se hubiera manifestado ahora, solo porque me ha dado por despertarlo con mis paranoias.

No tiene ningún sentido lo que estás diciendo, gilipollas.

Lo sé. No puedo controlarlo. El sentido común ha abandonado mi cuerpo porque hacía demasiado calor ahí dentro.

A media mañana me despierto, sin haber sido del todo consciente de que me había dormido. Miro el teléfono y tengo tres llamadas perdidas del señor White, Alexander White, mi jefe directo. Mierda. Olvidé llamar esta mañana para decir que faltaría al trabajo y Ellie ya se había ido cuando desperté. Cualquier otro compañero de piso se habría extrañado al verme durmiendo cuando casi siempre vamos juntos al trabajo, pero no hace falta que repita que Ellie es rara, y que nuestra relación se basa en la cordialidad de la convivencia y los trayectos en coche.

A media tarde, estoy andando por una calle que no reconozco y escucho que alguien llama mi nombre a mi espalda, pero no consigo darme la vuelta. Mis piernas tienen vida propia y caminan hacia donde les da la gana. Mi nombre en la boca de otro cada vez se hace más intenso y, cuando consigo girarme, me doy de bruces contra algo sólido que no debería estar ahí, en medio del camino. Me echo hacia atrás y una puerta de color azul se extiende ante mí. Primero es de mi tamaño, pero de una manera físicamente imposible termina siendo del tamaño de una casa de dos plantas. Sujeto el pomo, lo giro para abrirla y un chorro de agua me empapa la ropa. Estoy en una ducha y

escucho el sonido de una pelota de baloncesto rebotando contra el suelo. Escucho otra voz que me llama de nuevo. Miro a mi alrededor y solo hay plantas y más plantas. Estoy en medio de una selva y la puerta ha desaparecido. Avanzo entre ramas de diferentes tamaños hasta que algo me coge del tobillo y tira de mi hacia abajo. Caigo en un agujero negro y por fuera distingo que es una campana. A mi lado hay una sombra sin rostro que se está riendo. Intento hablar, pero no puedo. Intento levantarme y tampoco lo consigo. Miro hacia las vigas de manera del techo de mi apartamento de Londres y por la ventana entra una fuerte corriente de aire que derrama un cóctel que hay en el suelo. La sombra se va, se aleja, se difumina. Recojo la bandeja de la comida y tiro los restos a la basura. Una voz conocida me dice «¿ya elegiste qué vas a hacer?». La sigo hacia la salida del restaurante, que es la misma puerta azul del principio. La voz desaparece al otro lado y, cuando voy a abrir la puerta, me ciega la luz del sol y caigo en caída libre, hasta que me golpeo contra el suelo. Despierto de golpe.

Abro los ojos y me inunda la oscuridad de mi habitación. En el techo, veo reflejado el vaivén del agua de la piscina que proyecta la luz del foco del jardín. Me incorporo y me duele la garganta incluso al abrir la boca. Bebo agua de una botella que tengo en la mesa de noche y me dejo caer de nuevo sobre la almohada.

Llaman a la puerta. Es Ellie. Le digo que pase.

—¿No has ido a trabajar? —me pregunta. Después ve mi estado y adivina la historia—. ¿Te encuentras bien? Deberías haber llamado esta mañana.

—Lo sé. —¡Joder, qué dolor! Agujas bajo las uñas serían una tortura más tolerable que esto. Carraspeo para poder hablar y es aún peor, así que pruebo a susurrar—. Vi las llamadas, ¿Alexander se molestó mucho?

—Príncipe, Alexander no sabía ni que habías faltado —me responde ella, acercándose y sentándose a los pies de mi cama. Cuando lo hace y la sigo con la mirada, soy consciente de mi propio

cuerpo, medio desnudo y todavía con los calzoncillos de ayer puestos. Entre eso, el calor, el sudor, la gripe y la puerta cerrada, esta habitación debe de estar apestando a jaula del zoo. Menos mal que al menos la ventana está abierta—. Te ha llamado por otro motivo, y al ver que no respondías ha bajado a nuestra planta.

—¿Y cuál es ese motivo? ¿Debería llamarlo? —sigo susurrando —. ¿Puedes decirle tú que estoy enfermo?

—Ryan, pisa el freno. —Ellie apoya una mano en mi muslo y enseguida la retira. Demasiadas confianzas para su corazón de hielo—. No creo que pueda esperar, pero al mismo tiempo… No sé, no creo que marque mucho la diferencia.

—No te sigo. Tengo la cabeza que me va a explotar. Háblame como si tuviera quince años, por favor. No me hagas pensar.

—Creo que van a despedirte. —La noticia me sienta como un tiro y de pronto me dan náuseas. Lo que me faltaba, vomitar—. Hoy les han pedido a Jessica y a Martha que recogieran sus cosas. Son de tu departamento, ¿no? —Asiento sin decir nada. Intento incorporarme, pero todo me da vueltas, así que abandono la idea—. Pues ya solo quedas tú. O van a explotarte a partir de ahora, o van a prescindir de tu departamento completo.

—Eso no puede ser…

—Otra opción es que vayan a reubicarte —añade, recolocándose el pañuelo de la cabeza. El de hoy es negro con muchas calaveras de colores. Como si lo hubiera hecho adrede para darme las malas noticias—. Pero Alexander parecía molesto cuando bajó y no conseguía dar contigo. No creo que alguien se enfade por no poder darle una buena noticia alguien. Creo que tenía cierta prisa por… tramitarlo.

Se escucha la puerta. Louis ha llegado. Sin decir nada más, como si se le hubiera vuelto a desconectar el cable de la sociabilidad,

Ellie se levanta de la cama y se va de la habitación. Les escucho hablar un rato y entonces Louis entra en la habitación.

—¡Ey, *compitrueno*! —Entonces echa la vista hacia atrás y hace un gesto, como intentando tapar algo delante de él—. ¡*Ups*! Demasiada información. ¿Puedes…? —Hace círculos con la otra mano, señalándome. Señalando mi entrepierna, mejor dicho.

—¿Nunca has visto unos calzoncillos, Louis? —le susurro. Provocando que la situación se torne involuntariamente sensual.

No puedo terminar la broma, porque me entra un ataque de tos. Aprovecho para echarme la sábana por encima y Louis baja la guardia. Me pregunta cómo estoy y se ofrece a acercarse a la farmacia a comprarme algo. Le estoy agradecido por el gesto y, con la misma, se va. La farmacia más cercana está a un par de calles, en Beverly Plaza, así que de verdad que estoy muy agradecido de que se haya ofrecido, porque no tengo fuerzas ni para ducharme. Aunque, definitivamente, es lo próximo que debería hacer en los siguientes minutos. Una hora como máximo. Mañana por la mañana a más tardar.

7
HAKUNA MATATA

Tras casi una semana enfermo, hoy por fin me he despertado con la fuerza suficiente como para volver al trabajo. Los síntomas de la gripe han abandonado mi cuerpo en su mayor parte y se podría decir incluso que parezco una persona normal. Dos cosas buenas de haber pasado cinco días tirado en la cama, mal-comiendo a deshoras y con la ansiedad por las nubes por culpa del malestar: he perdido algún kilo, por lo que ahora tengo el cuerpo más definido y estoy tan descansado que hoy me he levantado antes de las seis y he podido ver el amanecer por primera vez en Los Angeles. Quizás ya lo había vivido anteriormente, pero sin prestarle atención.

Lo malo de estar enfermo, aparte de la gripe en sí misma, es que mi cuerpo tiene tendencia a asumir que cualquier tipo de incomodidad es un peligro al que debo enfrentarme. De modo que también he estado cinco días con los nervios a flor de piel y sufriendo algún que otro ataque de ansiedad absurdo sin venir a cuento. Supongo que todo no puede ser perfecto. El universo quiso que yo siguiera vivo aquel verano en la playa, pero a cambio me ha otorgado la maravillosa (sarcasmo) penitencia de ir por la vida con unos niveles de ansiedad poco recomendables. Lo peor de tener ansiedad crónica es que, una vez la conoces, ya no desaparece de tu vida. A veces tiene más presencia y otras menos, pero nunca se marcha del todo.

Duchado, vestido, desayunado y arreglado, me subo en el coche de Ellie sin pedirle que me lleve al trabajo, como si se diera por hecho que ser mi chófer es su misión. Ella tampoco parece inmutarse demasiado. Se limita a montarse en el coche, poner una de sus canciones *folk* y conducir durante diez minutos hasta las oficinas de

Netflix en Sunset Boulevard. El trayecto es corto, aunque lo sería todavía más si Los Ángeles no tuviera el tráfico más congestionado del país. A pesar de eso, Ellie encuentra tiempo para soltarme una noticia que no veía venir.

—No sé si te has dado cuenta, pero Louis y yo estamos juntos.

Instintivamente, miro hacia los asientos traseros. Que Ellie y Louis estén liados es lo más improbable que se me ocurre en este momento, así que intento encontrar cierta lógica en sus palabras. Que Louis estuviera sentado en el asiento de atrás sería mucho más plausible. Pero no, el mundo real no funciona igual que mis deducciones. Están juntos, juntos. Pienso en las veces que Ellie ha estado encerrada en su habitación justo cuando Louis supuestamente no estaba en casa. O en esas otras en las que Louis ha aparecido de pronto cuando daba por hecho que estaba en la calle. Han estado liados delante de mis narices y he sido completamente ajeno a ello.

—No sabía nada —le reconozco, bajando la ventanilla y apoyando el brazo en la puerta del coche—. ¿Enhorabuena?

—Gracias —me responde, aunque mi felicitación pretendía ser sarcástica—. En realidad llevamos juntos desde que llegaste, pero ya nos habíamos ofrecido para el tema del alquiler y no nos pareció correcto echarnos atrás.

—Entiendo.

Al final va a resultar que son buena gente y todo, que tienen empatía. Lo cierto es que esta semana Louis se ha portado bastante bien conmigo. Ha estado atento a todo lo que he necesitado. Ellie, por su parte, ha estado haciendo comida para tres, en vez de para dos como hace normalmente. Sí, quizás ese era otro detalle que indicaba que tenían una relación y que no supe ver. Siempre hacen comida para ambos y me dejan al margen. Suponía que era una cuestión de afinidad y convivencia.

Espera, ¿a qué viene eso de que ya se habían ofrecido para alquilarme la habitación? ¿Qué relevancia tiene esa información?

—Bueno, no sé si entiendo —me corrijo sobre la marcha—. ¿Me estás diciendo que estáis juntos para que no me lleve una sorpresa si escucho o veo cosas raras? O más bien…

—Más bien —repite ella—. Sí, más bien lo otro.

—¿Quieres que me vaya de la casa?

Ellie activa el intermitente, gira hacia la izquierda para tomar la entrada a la autopista de Hollywood y murmura con los labios casi cerrados la canción que está sonando. No insisto porque sé que me ha oído. Ellie es así. Ellie siempre es un poco *hippie* y libre como el viento. Ellie a veces es un poco autómata. Ellie ahora mismo es un poco zorra.

—No quiero —responde cuando ya nos hemos incorporado al tráfico—. Queremos.

Vale, de acuerdo, un contratiempo. No pasa nada. Bueno sí, sí pasa. ¿Dónde demonios voy a vivir ahora? ¿Puede hacer esto? Es decir, yo no elegí vivir con ellos, sino que fue un arreglo de la propia compañía. No sé hasta qué punto Ellie y Louis pueden decidir echarme de su casa solo porque quieran follar a gusto sin que les oiga. *Ufff*. Empiezo a encenderme y aumenta mi ansiedad por culpa de la gripe. O lo que espero que sea una gripe, porque en vista de los acontecimientos ya no sé qué pensar. Parece como si la ciudad no quisiera que formara parte de ella y hubiera empezado a enviarme mierda para que deje de estorbarle. Los Ángeles quiere deshacerse de mí.

—En realidad no es que lo queramos —continúa Ellie después de un rato—. No queremos que te vayas, lo que queremos es vivir solos.

—Viene a ser lo mismo —le respondo vagamente—, aunque lo disfraces de «no eres tú, soy yo».

—No, no, no, no, no —repite ella muchas veces a toda velocidad—. En este caso eres tú, totalmente. Pero no es nada personal, es simplemente que no queremos vivir contigo. Es decir —le sale una risa nerviosa y es uno de los pocos atisbos de humanidad que le he visto en toda la conversación—, ni contigo ni con nadie. Por eso digo que no es lo mismo querer vivir solos a querer que te vayas. Si viviéramos con Ellen DeGeneres, también querríamos que se fuera. Pero tú eres un chico resolutivo y seguro que encuentras algo mejor que vivir con nosotros.

Empiezo a saturarme porque, de verdad, no necesito tantas explicaciones. Ya lo he pillado. Quieren vivir solos, como pareja, y tener a un desconocido deambulando por las estancias comunes no es cómodo. Es comprensible y entendible, si no fuera porque se supone que han firmado un contrato y se han responsabilizado del tema. No sé si pueden hacerlo y, de ser libres para ello, quizás haya alguna cláusula que indique que deben buscarme otro alojamiento similar con las mismas condiciones, o algo así. Debería haber leído con más detenimiento esa parte del contrato. Es lo primero que pienso comprobar en cuanto llegue a la oficina.

O no.

Cuando llego a la oficina, lo primero que hago es recibir una llamada de Alexander White. Ni siquiera había apoyado el culo en la silla cuando ha sonado el teléfono y he respondido a medio camino entre agacharme y hacer una sentadilla. Subo a su planta, me acerco hasta su despacho y me pide que cierre la puerta y me siente.

—Ryan, estamos muy contentos con tu trabajo de estos… ¿cuántos? ¿dos meses? —me dice mi jefe, reclinado en el respaldo de la silla y cruzando los brazos. A su espalda, el sol de primera hora de la mañana me come la vista lentamente y busco formas de evitarlo.

—Sí, un poco más —le respondo, regañando la vista—. Lo siento por faltar casi una semana nada más empezar.

—Eso ya no es relevante, no te preocupes.

«Ya». ¿Qué significa eso? ¿*Ya* da igual que haya faltado porque estoy de vuelta y el pasado, pasado está? *Hakuna matata* y todo eso. ¿*Ya* da igual porque me van a poner de patitas en la calle? ¿*Ya* da igual porque soy tan maravilloso en mi trabajo que van a darme libertad horaria? Entonces recuerdo lo que ocurrió la tarde en la que caí enfermo. Lo había olvidado. «Creo que van a despedirte», me dijo Ellie. Espero que esté equivocada, aunque eso explicaría su libertad para pedirme que me vaya de casa.

—Como te decía, estamos muy satisfechos de lo que has hecho en estas semanas —continúa Alexander—, pero hay elementos que se escapan de nuestro control.

Sí. Definitivamente, te van a despedir.

—Es como cuando producimos una serie bestial —continúa diciendo mi jefe—, pero después la audiencia no responde como debería y nos vemos obligados a cancelarla. El problema no es el producto, sino el contexto que lo rodea. Pues contigo y tus compañeras nos ha ocurrido algo similar.

Hakuna matata, pero en tu casa. Ah no, que también te han echado de ahí.

Alexander se pone en pie y baja el estor de la ventana. Se lo agradezco enormemente. Después rodea la mesa, se sienta en la silla que tengo al lado y apoya los brazos en sus muslos.

—No quiero andarme con rodeos, porque no es mi estilo y seguramente ya habrás oído cosas. Hemos desmantelado tu departamento por cuestiones logísticas que nada tienen que ver contigo, con Jessica o con Martha. Ni siquiera conmigo, que al final

habéis sido responsabilidad mía. Antes de verano teníamos unas directrices desde arriba y ahora han cambiado.

—Vale —le respondo, escuetamente.

No sé qué más decir. Después de haber pasado cinco días hecho una mierda, que ahora me despidan no parece tan grave en comparación. Al menos estoy vivo, yo qué sé. Quizás no he asimilado todo lo que significa, pero ahora mismo no puedo reaccionar de otra forma.

—Me encantaría poder ofrecerte otra cosa, Ryan —me dice finalmente—. Pero ahora mismo no tengo nada. Si decides quedarte en la ciudad, házmelo saber y serás el primero al que llame cuando las cosas cambien. Y, si regresas a Nueva York, comunícamelo también, para ver si puedo mover algunos hilos por allí. Lo menos que te debo es intentarlo. —Alexander se levanta, vuelve a rodear la mesa y se queda de pie, apoyado en el respaldo de su silla—. Después de todo, tengo entendido que dejaste una buena oferta en Londres para venirte con nosotros. Siento que estoy en deuda contigo.

Abandono el despacho poco después, con un montón de promesas pero las manos vacías. Recojo mis cosas de mi mesa y Ellie viene para confirmar que ha ocurrido lo que ya sospechaba. Sinceramente, siento ganas de decirle que se vaya a la mierda. Ella ya lo sabía y ha aprovechado la ocasión para deshacerse de mí. No podía esperar a que encontrase otro trabajo o supiera qué iba a hacer con mi vida.

—Oye, Ryan, sobre lo que hablamos… —me dice, mientras me ayuda a meter algunos carteles enrollados en una caja—. No tienes que darte prisa en irte. —Como si me leyera la mente, pero ¿de qué me sirve? No quiero esta falsa solidaridad a medias—. Puedes esperar a la semana que viene si quieres, cuando te hayas recuperado del todo.

—Qué amable —murmuro, sin intentar ocultar el sarcasmo. *No*

*hace falta que te des prisa, puedo esperar una semana. Oh, Ellie, qué gran persona eres, ofreciéndome una semana extra. Eres maravillos*a—. No, tranquila, ya me buscaré la vida, como siempre he hecho. Soy bastante resolutivo, ¿no?

No me molesto en despedirme de nadie, porque no hay nadie con quien haya creado ningún tipo de vínculo afectivo. Le digo a Ellie que nos veremos en casa, levanto la mano para despedirme de en general de todo el mundo, me pongo la caja debajo de un brazo y me voy.

En la calle, con el sol cada vez pegando más fuerte, y mezclándose el calor con mi malestar de la gripe, me siento en el muro del jardín de la entrada y dejo la caja a un lado. Observo a los adolescentes que juegan al fútbol en el campo que hay al otro lado de la calle y me dan ganas de volver a esos días en los que todo iba bien, en los que no tenía ni idea de lo que significaba ser adulto, en los que lo peor que podía pasarme era empezar a sentir atracción hacia otro chico y no saber si era algo normal. Intento no ser negativo, pero la gripe se ha llevado por delante todas mis energías. Hace falta mucha energía y fuerza de voluntad para ser positivo y no dejar de los inconvenientes te arrastren hacia la oscuridad.

Le envío un mensaje a Jake.

R: Acaban de despedirme. ¿Me das un abrazo?

Necesito liberarme de parte de la carga que arrastro estos días, así que se me ocurre aprovechar el seguro del trabajo antes de quedarme sin él. Esa es otra. A partir de mañana viviré en una ciudad todavía medio desconocida sin seguro médico. Con la suerte que tengo, es probable que sea mañana el día en el que vuelva a cruzar alguna calle por donde no debo. Si eso ocurre, espero que el coche me mate. No, en serio. No me puedo permitir pagar los gastos de hospital de algo así.

Abro la aplicación de Uber y pido un coche. A unas seis manzanas, hay un sitio donde puedo hacerme un test de enfermedades de transmisión sexual, pero son unos veinte minutos caminando. Hace demasiado sol, todavía estoy enfermo e ir cargando con una caja de mediano tamaño por la calle tampoco ayuda. El coche aparece en cinco minutos y después de otros cinco estoy en la puerta del centro médico en la avenida Western. Cuando entro, me entero de que el test es gratuito, sin necesidad de seguro, y me he dado prisa por nada. Luego pienso en que llevo desde que perdí la virginidad con Mike, aquel primer Fin de Año en Nueva York, manteniendo relaciones sexuales sin haberme hecho nunca el test y me doy cuenta de que haber tardado casi siete años no es, ni de lejos, darme prisa.

El centro está desierto, así que me atienden enseguida y, a cada persona que me cruzo le explico que me acaban de despedir, para que no piensen nada raro de la caja.

—Así que ahora vengo a ver si la mala suerte todavía puede darme alguna sorpresa más —le digo a la última persona que me atiende, una enfermera. Me coge de la mano y acerca un pequeño aparato a mi dedo índice. Suena un chasquido y, al retirarlo, la punta de mi dedo sangra. No he sentido nada. Ya está. Mi decadencia ha tocado fondo y ahora soy inmune al dolor.

—Puedes esperar fuera —me dice, después de darme un algodón con alcohol para la miniherida.

—¿Esperar? Pensaba que tardaban varios días.

—Hoy está tranquilo y solo has pedido la prueba del VIH, así que será rápido.

Acepto y me siento en el pasillo de fuera a esperar.

Intento evitarlo, pero mi cabeza empieza a dar vueltas sin parar. Pienso en Tyrone y en sus labios sobre los míos de forma fugaz. Sé que es estúpido, pero mi cabeza funciona así de bien. También

pienso en Chris, cuando no era Chris, sino *Patrick*, y me parece igual de estúpido, aunque con él los besos fueran más intensos. Después me acuerdo de Jake, de James, de Max… y de la corta pero temeraria lista que sigue hacia atrás hasta llegar a Mike. No puedo dejar de pensar en que lo de estos días no ha sido una simple gripe. Yo nunca me pongo malo de esta forma. Ha sido diferente. La ansiedad va en aumento y cada vez sujeto la caja con más fuerza. Me sudan las manos y aporreo la pata de la silla con el tobillo.

¿No hace demasiado calor aquí dentro?

No quiero estar enfermo. No de eso. No me lo merezco. Bueno, ¿y quién sí? Nadie se merece eso. Los nazis, tal vez. Pero nadie normal se merece pasar por eso y aun así ocurre. No soy especial ni vivo ajeno a todo eso. Vivo en medio de ese mundo y perfectamente podría haberme ocurrido a mí. Puedo haber pasado a formar parte de *ese* porcentaje de las estadísticas. Siempre he usado protección, pero sé que a veces no es suficiente. Sería irónico que hubiera reaccionado de aquella forma ante la noticia de Tyrone y resultara que ya estaba contagiado desde antes. Irónico y triste, porque demostraría lo gilipollas que puedo llegar a ser cuando las cosas no salen como espero.

Pensaba que Londres me había cambiado, que había conseguido dejar de ser un neurótico obsesionado con todo, pero veo que no. O igual sí. No sé. Cualquier persona se alteraría en esa situación, ¿no? No estoy en la cola del banco, esperando a ser atendido para solicitar una hipoteca. Estoy en un centro de salud, comprobando si mi vida va a cambiar para siempre a partir de hoy. Porque sí, hay muchos avances y ahora todo es mejor, y ya casi nadie muere de esto, pero será un cambio de todos modos. Me gustaría ser positivo y pensar que no pasa nada, que hoy en día es como ser diabético. Una pastilla cada día y a seguir viviendo. Me gustaría desestigmatizarlo y no pensar como un jodido egoísta, pero ahora mismo no puedo. Sé que, pase lo que pase, saldré adelante, pero no aquí, no así, no de esta manera. No quiero estar solo, pero lo estoy. Y

voy a estarlo cuando me den ese resultado. Soy un adulto y no debería necesitar apoyo moral en una situación así, pero ahora mismo siento como si el Ryan de dieciocho años estuviera sentado en esta silla, esperando para saber si ha cometido el peor error de su vida o solo ha montado un drama innecesariamente una vez más.

Me llega un mensaje al teléfono, es la respuesta de Jake.

J: Te doy un abrazo y dos también. Y tres. ¿Cómo estás, guapo?

No quería que supiera nada de esto, pero siento que es la única persona ahora mismo con la que quiero hablar de ello.

R: No dije la verdad el otro día. Estoy esperando a que me den el resultado de una prueba de VIH. Estoy temblando y me cuesta respirar. No me odies, por favor.

Siento que acabo de cometer otro error, que acabo de espantar a Jake. Pero bueno, supongo que es mejor así. Mejor que se marche con la verdad por delante a tenerlo a mi lado bajo el paraguas de una mentira. Suena mi teléfono, pero no es un mensaje, sino una llamada suya.

—Hola —me limito a contestar, con un hilo de voz.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta. Su tono de voz no es nada cómico, sino todo lo contrario—. ¿Estás bien?

—No lo sé —le respondo—. A ver, no he hecho nada. He venido a hacerme la prueba porque nunca me la he hecho.

—Ah, vale. Me habías asustado.

—¿No estás enfadado? —le pregunto, con unas ganas de echarme a llorar que reprimo en el fondo de la garganta.

—¿Por qué iba a estarlo, tonto? —me pregunta, recuperando el

humor—. Es bueno que te la hagas, así te quedas tranquilo.

—Jake… Después de lo que pasó en Londres…

—Usamos condón, Ry. —Se queda callado unos segundos—. Vale, eso de Ry sí que suena raro. A Aadhya le quedaba mejor.

—Jake —insisto.

—Vale. —Se ríe nerviosamente—. A ver, agonías… Hicimos lo que hicimos y no te habías hecho nunca la prueba, ¿y qué? Usamos protección y no pasa nada. Yo siempre la uso y supongo que tú también.

—Lo hago —le respondo, casi susurrando. Casi no tengo fuerza en la voz.

—Pues ya está —zanja él—. No le des más vueltas al tema. Ese resultado va a ser negativo.

—¿Y si sale positivo? —le pregunto, desconsolado, sintiendo de nuevo el miedo extenderse por mi cuerpo.

—No va a salir positivo —insiste Jake.

—¿Y si sí? —le insisto de vuelta.

—Pues ya veremos cómo lo gestionamos —responde, hablando en plural, integrándose en algo que no debería ser su problema—. Y, si hace falta, me planto en Los Ángeles y te hago compañía hasta que lo asimiles. —Me echo a reír y se me escapa una pequeña lágrima perdida, pensando en esa situación; la cual deseo con todas mis fuerzas que no ocurra. No así—. Pero no va a hacer falta, porque todo va a salir bien.

—Eso espero.

Jake me pregunta por lo del trabajo y, aunque también es otro

drama, es uno menos importante. De modo que me distraigo contándole eso, lo de Ellie y poniéndole al día sobre mi remitente gripe. Durante un par de minutos, me olvido de por qué estoy aquí y Jake consigue que la ansiedad se rebaje a niveles más soportables. Pero, en cuanto veo aparecer a la doctora por la puerta con un sobre en la mano, el corazón me da un vuelco y siento de nuevo la adrenalina corriendo por mi cuerpo.

—Jake, te tengo que dejar, luego te escribo —le digo rápidamente antes de colgar el teléfono, sin escuchar su respuesta.

La doctora que me hizo algunas preguntas antes de que me hiciera el test su compañera se acerca hasta mí. Respiro hondo y me pongo en pie. Me mareo y me sujeto al respaldo del asiento. La mujer llega hasta mí y me tiende el sobre.

—No te preocupes, todo está bien. —¿Todo está bien? ¿A qué se refiere? ¿He dado negativo o intenta darme ánimos? Intento hablar, pero no me salen las palabras. Siento que me falta el aire. La mujer parece darse cuenta y no espera a que abra el sobre—. Tranquilo, Ryan, es negativo.

Siento que me voy a desmayar, pero lo único que hago es sentarme y echarme a llorar desconsoladamente. La doctora se sienta a mi lado y me pone la mano en la espalda. Tensión fuera, preocupaciones fuera, todo fuera. Tengo ganas de gritar para expulsar la presión que siento en el pecho.

—Lo siento —le digo, entre sollozos.

—No pasa nada. No eres el primero ni el último —me consuela —. Pero vamos a usar esto como lección, ¿vale? No puede ser que no te hubieras hecho la prueba nunca. Tienes una responsabilidad.

—Lo sé. —Me incorporo y apoyo la espalda en el asiento, respirando una gran bocanada de aire—. Lo haré a partir de ahora.

—Comparado con otros chicos de tu edad, tu vida sexual no es nada activa —me comenta—, pero eso no significa que no puedas llevarte un susto. Así que vamos a ser responsables a partir de ahora, ¿de acuerdo?

Asiento con la mirada. La doctora me da una palmada en el hombro, se levanta y desaparece hacia el fondo del pasillo. Yo me levanto, recojo la caja del asiento de al lado y salgo del centro médico. Es como si me hubieran extirpado la ansiedad de golpe. Me siento más ligero, como si pudiera echar a volar y el peso de la caja fuese lo que me mantiene con los pies en el suelo. Le envío un mensaje a Jake,

R: Negativo. Gracias por la compañía y los ánimos.

Su respuesta llega enseguida.

J: ¿Y ahora qué hago yo con el billete de avión a Los Ángeles?

J: Es broma. Me alegro mucho del resultado. Ahora vuelve a casa, échate una siesta para relajarte y sueña conmigo.

Me echo a reír y le respondo.

R: Jake… Creo que tu flexibilidad está alcanzando nuevos e inexplorados límites.

Es lo que quería. Una oportunidad con él. Que para Jake lo nuestro fuese algo y no solamente una noche de sexo sin sentimientos. Pero, ahora que empieza a hacerse realidad, me asusta la idea de que pueda echarse atrás en cualquier momento y fingir que todo ha sido simple y llana amistad. Paro un taxi, me subo y me llega su respuesta.

J: Tú hoy has sido valiente y yo también debería empezar a serlo.

J: Así que allá va. Me gustas. Me gustas más de lo que he querido admitir. Y eso me asusta, porque no sé si eres una anomalía dentro de mi sexualidad o la puerta de entrada a un nuevo yo. No te vengas arriba, guaperas, pero tengo curiosidad por volver a verte y ver qué siento en persona.

J: Lo más irónico de todo es que ahora estás en Los Ángeles, ¿y adivina quién ha conseguido trabajo en una productora y se muda a Nueva York? Sí. El pequeño Jake.

No me lo puedo creer. Jake va a vivir en Nueva York. Y justamente yo acabo de quedarme sin trabajo; lo que significa que podría regresar a casa y, no sé, quizás, comenzar algo juntos. Es decir, como él ha dicho, ver hacia dónde lleva esto que ha surgido a través de la distancia y el tiempo. Tal como ocurrió hace meses, es como si el destino se hubiese puesto de acuerdo para volver a encajar. Las señales luminosas me llevaron hasta Londres y ellas me trajeron de vuelta hasta aquí. El error fue que el regreso debería haber sido a Nueva York, no a Los Ángeles. A lo mejor por eso llevo tanto tiempo sintiendo que no termino de encajar en este sitio, porque no estoy donde debería estar.

Sin embargo, esta vez no voy a permitir que las decisiones las tome mi subconsciente en base a una ilusión por Jake que podría ser efímera. No tengo prisa y quiero analizar bien mi situación antes de tomar ningún tipo de decisión. Esta vez, mi camino lo elijo yo, de forma consciente.

Más tarde, de vuelta en casa de Ellie y Louis (porque ya no puedo considerarla mía), estoy recogiendo mis cosas y hablando con Aadhya por videollamada. En Londres son las siete de la tarde y aquí las once de la mañana.

—Me alegro de que la prueba haya salido bien —me dice, mientras doblo una camiseta y la dejo sobre la cama—. Podrías haber

dicho algo, pero la verdad es que te agradezco que me ahorraras el sufrimiento de la espera.

—Supuse que con el mío era suficiente —bromeo.

—Ya lo sabes, pero no puedes permitirte algo así otra vez —me advierte—. Tú no. No con tus procesos mentales y tu forma de preocuparte en exceso por todo.

—¿Sussan? —le pregunto, bromeando—. ¿Qué haces en Londres y qué has hecho con Aadhya?

—Esa es la psicóloga, ¿no?

—Solo te he hablado de una amiga, ¿quién, si no? —Es curioso como Aadhya sabe casi todo sobre mis amigos de Norwalk y Nueva York, pero ellos apenas saben nada de ella. Algunos directamente no saben ni que existe.

—Ryan, querido, muchas de las historias de tus amigos son tan ambiguas que, literalmente, habría que hacer un cursillo para adivinar si son ellos o ellas.

—Literalmente —le respondo sonriendo, y apoyando la barbilla en mi pecho para doblar una sudadera.

—No empieces. —Reírme de su «literalmente» nada literal es uno de mis pasatiempos favoritos ahora que estamos a distancia y no puede vengarse haciendo uso de la violencia—. ¿Qué vas a hacer?

—De momento irme a vivir con Chris. —Hablé con él antes, en cuanto llegué a casa, y no ha dudado en acogerme bajo sus alas hasta que haya tomado una decisión con respecto a mi futuro, o los cielos se abran espontáneamente mostrándome el camino a seguir—. Después ya veré. Hoy no quiero pensar. Estoy agotado mentalmente. Solo quiero quitarme de encima esto de la mudanza y después encerrarme a llorar dentro de una bañera durante un mes.

—Uy, chico, a eso creo que me apunto. ¡Hazme hueco!

—¿Y eso? —me sorprende su respuesta porque no parece del todo en broma—. ¿Todo bien por allí?

Aadhya me pone al día de su vida de las últimas semanas. Su hermana ha elegido universidad y se irán a vivir juntas a otro lugar a partir de septiembre. No es que le haga mucha gracia dejar su actual apartamento, pero prefiere vivir con Kiara que con su actual compañera de piso. Me cuenta que hace unos días se encontró con James por fuera de un pub en Soho y se le acercó tímidamente, con los ojos caídos y la espalda encorvada, como si fuera un perro que sabe que acaba de hacer una trastada. Sin venir a cuento, le pidió perdón si en algún momento había dicho en su presencia algo que le hubiera ofendido. Aadhya no entendió nada y se limitó a seguirle el rollo y decirle que no pasaba nada, que solo se habían visto un par de veces y todo había ido genial. Evidentemente, yo sí sé de dónde viene ese remordimiento y me alegra que James, a su forma, haya aprendido a ser un poquito mejor persona. Pero no quiero provocar nuevos conflictos, así que me limito a hacerme el tonto y a decirle a mi amiga que no entiendo a qué venía eso.

—James decía muchas tonterías cuando bebía —le digo, aunque lo cierto es que la versión borracha de James era más bien callada. Todas las gilipolleces me las dijo estando perfectamente sobrio—. No le hagas caso.

—Nunca supe realmente por qué pasaste de él. Ya estaba fuera del mapa cuando decidiste marcharte.

—No encajábamos —le respondo, evitando de nuevo un conflicto innecesario a estas alturas—. Cuanto más lo conocía, menos cosas teníamos en común.

—Espero que no me pase lo mismo con William.

Dejo caer la prenda que estoy doblando y miro hacia la

pantalla del teléfono, apoyado sobre la pared del escritorio.

—¿Quién es William y por qué no lo conozco?

Aadhya se ríe tímidamente, se lleva las manos a la cara y sale fuera del encuadre de la cámara. De fondo veo las cristaleras de la cafetería del Tate Modern y, por algún motivo, pienso en que esto era lo mismo que vieron sus padres la tarde que se comportaron como unos impresentables.

—¿Sabes? En realidad creo que sí lo conoces —me dice ella, y yo no entiendo nada.

—No conozco ningún William. ¿Es alguien del gimnasio? —Aadhya niega con la cabeza.

—Es el chico del *Summer by The River*.

Me siento en el borde de la cama y sujeto el teléfono con la mano. Le pido que me lo cuente todo, pero tampoco hay demasiado que contar. Se conocieron aquella tarde. Después de que yo le gritara antes de colgar, el chico aprovechó la broma para entablar conversación con Aadhya. Acabaron vieron el espectáculo y pasaron toda la noche juntos. Desde entonces, se han estado viendo con regularidad y Aadhya está comenzando a pillarse bastante de él.

—¿Y William sabe…? —intento preguntar.

—Creo que sí —responde ella, aunque la alegría de su cara se rebaja ligeramente—. En la segunda cita hizo referencias a *nuestra* comunidad, así que he asumido que hablaba de mí, o quizás de ambos y es bisexual.

—De todos modos, tampoco es algo que tengas que ir anunciando en la primera cita.

—Te lo agradezco. —Ahora la alegría se ha esfumado por completo y vuelve a estar seria, neutral más bien—. Pero deberías

aplicarte el cuento y pensar lo mismo del actor ese, ¿no crees?

Me quedo en silencio. Me doy cuenta de que es hipócrita usar diferentes argumentos cuando se trata del bienestar de otros o del mío. Aadhya tiene razón. Si abogo por su libertad para no etiquetarse de cara a una nueva relación, debería pensar lo mismo de Tyrone. Pero supongo que todos pecamos de hipocresía en mayor o menor medida.

—No voy a darte la razón, Aadhya Varma.

Ella se echa a reír, se cruza de brazos mostrando su siempre impecable manicura (la de hoy es naranja) y apoya la espalda en el sofá de cuero negro.

—No hace falta —me responde, con actitud altiva—. Ya está en mi poder.

Entonces su vista se desvía ligeramente. Después mira el reloj de su muñeca y se levanta.

—Me encantaría quedarme a ver cómo terminas de empaquetar tus cosas. —El sarcasmo se huele desde aquí— Pero quiero ver una proyección de Allard van Hoorn y está a punto de comenzar el siguiente pase.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrado a ser el segundo en tu lista de prioridades.

La mando un beso volado y una sonrisa y ella me lo devuelve antes de cortar la conexión. Ya le contaré lo de Jake otro día.

El resto de la mañana lo paso metiendo mi ropa en la maleta, y lo que no es ropa en las cajas que le pedí a Oscar y a mi madre que me enviaran desde Nueva York y Norwalk, respectivamente, a primeros de julio. Iluso de mí, que esperaba que esta aventura californiana fuera a ser longeva. Es posible que no llegue ni a los tres meses.

En uno de los cajones del escritorio está el libro de Mike. Todavía no lo he terminado de leer, aunque me falta poco. No es largo, pero me cuesta hacerlo. Es un viaje emocional que no todos los días tengo la entereza mental para realizar, y mucho menos durante la última semana de gripe. Lo abro por donde dejé el marcador la semana pasada. Ya he llegado a la parte en la que los protagonistas han roto y Brian se da cuenta de que ha malgastado demasiado tiempo lamentándose por el amor perdido del pasado, descuidando el que tenía frente a sus narices en el presente. Me cuesta seguir adelante porque, a partir de ahora, creo que todo será desconocido para mí. Y no sé si lo que voy a leer será real o una licencia creativa para adornar la ficción que Mike ha creado con nuestra historia.

> *«El amor no debería estar basado en promesas, sino en deseos. El amor que se promete se convierte en obligación, mas el que se desea siempre tendrá la misma fuerza. Brian había estado alternando deseos y promesas durante demasiado tiempo, y lo único que deseaba en ese momento era sentirse libre para poder desear sin límites.*

> *Un día, Brian descubrió que todo aquello que había prometido en el pasado en realidad antes lo había deseado. Y se preguntaba, entonces, si todas su promesas siempre habían sido deseos o si, simplemente, había estado deseando con todas sus fuerzas la posibilidad de seguir cumpliéndolas. Y una promesa no debería cumplirse por obligación, sino por deseo y convicción».*

Aunque hable de Brian (es decir, de mí, y de mi experiencia traumática al no poder despegarme del recuerdo de Matt), creo que

también ha incluido algo de sí mismo. Si lo que ha escrito es real, está claro que Mike me quería por obligación, porque le había prometido a su madre en su lecho de muerte que siempre se entregaría al amor y no renunciaría a él fácilmente. Durante bastante tiempo, Mike estuvo confundiendo sus propios deseos con las promesas que había hecho. Pensaba que leer su libro me iba a destrozar por dentro, pero me está haciendo comprender cómo se sentía él durante el tiempo que estuvimos juntos. No ayuda a que el recuerdo sea menos doloroso, pero sí a que un futuro sin él comience a ser menos oscuro. Antes pensaba que no podría vivir sin él. Ahora sé que puedo hacerlo, aunque su recuerdo reaparezca de vez en cuando como la luz de aquel faro.

8
EL GIF DE STITCH

El problema de entrar en la vida de alguien como un elefante en una cacharrería es que, aunque no rompas nada, haces ruido y desordenas todo. En mi caso, el ruido ha sido entrometerme en la vida de Chris como si fuéramos amigos de siempre, cuando las veces que nos hemos visto se pueden contar con los dedos de una mano. Y el desorden ha sucedido en mi cabeza, cuando se ha desbordado todo el hilo de ideas en concreto que tenía sobre quién era él. Cuando le pedí ayuda y se ofreció a acogerme en su apartamento, lo último que esperaba era que su compañera de piso fuese algo más de lo que parecía.

—Hay algo que tienes que saber —me dijo después de meter la maleta y mis cajas en el asiento trasero de su anticuado pero apañado Lexus. Pensaba que iba a soltar alguna de sus recurrentes bromas sociales, así que me subí en el asiento del copiloto sin prestarle atención, hasta que escuché la palabra «novia» y le pedí que me repitiera lo que me había dicho—. Que mi compañera de piso en realidad es mi novia.

Y ahí estaba yo, de nuevo metido en un triángulo amoroso, como si ese fuera mi destino y nunca más pudiera volver a tener una relación ni una amistad basada en la normalidad. Me dieron ganas de bajarme del coche, pero quería desaparecer de allí antes de que Ellie regresara del trabajo. Y, entre un triángulo amoroso en el que era bienvenido y otro del que me habían echado a patadas, quedarme con Chris parecía la idea más sensata.

—Pero no le he puesto los cuernos —me aclaró poco después, bajando por la avenida Normandía en dirección al cruce de la calle 8

—. Tenemos… Tenemos acuerdos.

—Vale, tenéis una relación abierta —resumí yo—. Bienvenido al futuro. Lo acepto.

Mis respuesta fue algo más estúpida de lo que debería haber sido, pero no estaba de humor. No quería cambiar de casa. Me había acostumbrado a vivir en Oakwood, aunque Ellie y Louis no fueran unos huéspedes de película. Y ahora me encontraba con que el remedio a mi situación era volver a otra bastante parecida, cerca de McArthur Park. Lo raro habría sido que me hubiera hecho ilusión la historia.

—El problema es que Sandra no lo sabe.

—¿No sabe que tenéis una relación abierta? —le pregunté, adoptando una mueca de confusión—. Eres un caradura.

—No, no, a ver. —Chris se rio nerviosamente y me di cuenta de que no estaba pillando mi tono malhumorado. Llegué a cuestionarme si se me escucha del mismo modo cuando bromeo que cuando estoy enfadado. Eso habría explicado muchas cosas de mi pasado—. Claro que lo sabe. Me refiero a que no sabe lo nuestro.

—¿Que somos amigos? —Seguía sin entender nada.

—Lo *otro* nuestro.

—Ah —comprendí—. Bueno, a efectos prácticos tú y yo solo somos amigos.

—Ya, pero…

—Y yo con quién me lié fue con Patrick.

Chris aceptó mi jugada con una traviesa sonrisa y siguió conduciendo durante unos minutos más, hasta que aparcó en un parking ubicado en la trasera de su bloque, en un callejón lleno de

mierda, contenedores y, por el olor, juraría que también algún animal muerto. Era la primera vez que me topaba con algo así en todo el tiempo que llevaba en Los Angeles. No sabía que esa clase de contrastes se podían dar con tan solo una calle de diferencia.

—En realidad, lo único que hay que obviar es que nos besamos —me dijo, mientras andábamos por la acera, en dirección a su edificio. El parking no tenía conexión directa—. Lo demás lo sabe todo.

—Lo que no entiendo es por qué no se lo dijiste.

—Porque parte de nuestro acuerdo es no enrollarnos con otras personas cuando hemos bebido, para evitar sustos. Y ya sabes cómo me puse aquella noche.

La verdad es que no lo sé. Recuerdo cómo me puse yo, y fue lo suficientemente borracho como para no recordar el estado de Chris.

—¿Y como se supone que nos conocimos? —le pregunto—. No quiero meter la pata.

—En Tigerheat —me responde, como si fuera obvio—. Sandra sabe que salgo de fiesta y todo eso. Sabe que soy bisexual. Lo único…

—Sí, que no nos hemos rozado ni con un palo —le dije antes de que repitiera lo mismo, esta vez con más sentido del humor.

—Exacto.

Subimos a la segunda planta y, antes de que abriera la puerta, dije una estupidez más en voz baja.

—Acuérdate de que yo soy gay, a mí las chicas no…

—¿Y eso ahora a qué viene? —me preguntó Chris, susurrando con las llaves en la mano.

—Que no quiero ser vuestro… ya sabes. —Se me escapó una risa involuntaria, porque pensé en lo que iba a decir antes de decirlo y me di cuenta de que era una gilipollez, pero aun así la dije—. Juguetito sexual.

Chris rio tan fuerte que ya de nada servía hablar en voz baja, así que abrió la puerta y entramos al piso. Me presentó a Sandra, una chica alta, rubia y de ojos castaños que más que su novia podría haber podido pasar como su hermana. Últimamente me he fijado en que muchas parejas se parecen entre ellos, sobre todo entre los chicos gays. Algún día le tendré que pedir a Sussan que haga un estudio psicológico al respecto, porque creo que por ahí hay algún tipo de narcisismo no tratado. Dicho eso, tal vez debería callarme, porque Mike y yo no parecíamos hermanos, pero sí que éramos el mismo prototipo de chico. Era genial tener más o menos la misma complexión y llevar la misma talla. Saber que cualquier cosa que se comprara Mike también me iba a quedar bien a mí, y viceversa. No solo por la talla, sino por tener el mismo tono de piel, de pelo y casi de ojos.

No, Ryan, no entres ahí. Deberías quemar ese maldito libro.

Sandra tiene dos años más que nosotros y es doctora. Chris y ella se conocieron en el hospital. De pronto, pensé en la gripe y en mi tan esporádica como agresiva ansiedad y me reconfortó la idea de vivir dentro de mi propio centro médico. Congeniamos bastante rápido. Es una chica sociable, con ideas abstractas y tirando a la neutralidad sobre cualquier tema, por lo que llegar a sentirte intimidado u ofendido por sus opiniones es un poco imposible. Al menos de momento.

De eso ha pasado ya casi una semana. Mi gripe se ha esfumado por completo. Han vuelto la energía, las ganas de vivir y la capacidad de comportarme como una personal normal. También ha regresado el buen humor y se ha ido la ansiedad. Mi sistema nervioso, libre de virus, vuelve a estar controlado por mí. A ver cuánto dura.

Estos días he estado pensando y no sé qué hacer con mi vida. Acaba de empezar el mes de septiembre, llevo algo más de dos meses en Los Ángeles y lo cierto es que no tengo ni idea de cuál es el siguiente paso que debo dar. Lo triste es que no hago nada para remediarlo. Llevo desde el viernes en casa de dos personas que eran prácticamente desconocidos, ocupando parte de su espacio, invadiendo su sofá, interrumpiendo sus rutinas, y hoy, martes, parece que seguiré haciendo lo mismo. Tampoco es que sea un parásito. Les voy pagando cada día una parte del alquiler (pese a que Chris se negó en un principio), porque no sé cuántos días me quedaré, y también colaboro con la limpieza y la comida. Pero no dejo de ser un estorbo en su dinámica de pareja.

También he pensado en lo que me dijo Jake. Estos días me ha dado más información al respecto. Se mudará a Nueva York la semana que viene. Ha conseguido una habitación en un apartamento compartido en Brooklyn. Todavía no sé en qué zona exactamente. Me gusta pensar en regresar y sentir que es la opción correcta, pero tengo miedo a volverme a equivocar. No obstante, Jake está cada día más entregado ante la posibilidad de reunirnos de nuevo en Nueva York. Va a comenzar una nueva vida allí. Debería parecerle emocionante la idea de explorar la ciudad y descubrir un mundo nuevo, pero todas sus ilusiones parecen centrarse en nuestro posible reencuentro. Cada vez que hablo con él, estoy como en una nube. Nueva York comienza a ganar la batalla de las ciudades, pero todavía no he tomado una decisión final.

Hoy Sandra tiene guardia y Chris acaba de llegar de trabajar hace un rato. Está en la cocina hablando con un amigo suyo, preparando planes para ir a surfear este jueves. Automáticamente me siento incómodo porque, en realidad, Sandra es un encanto, pero apenas hemos hablado estos días porque siempre está trabajando, o durmiendo, o preparando asuntos en la habitación. Pensar en quedarme a solas con ella todo el día me incomoda. No por ella, sino por mí. Por el bulto inesperado en mitad de lo que debería ser su tranquilidad de un día libre.

Chris se acerca hasta mí con mi teléfono móvil en la mano y es cuando me doy cuenta de que está sonando *Notorious*. Es un iPhone viejo, muy viejo. Me lo regaló mi padre la Navidad antes de morir. Quizás por eso no quiero desprenderme de él. Pero los altavoces cada vez están peor y no me entero de las llamadas si no lo tengo cerca.

—Claro, tío, la de siempre —dice Chris, sacudiendo el teléfono en el aire para que lo coja. Se me habrá quedado en la cocina mientras almorzaba—. ¿Te recojo en el hotel y nos vamos directos?

Miro la pantalla del teléfono. Es Tyrone. Le escribí un mensaje hace unos días para decirle que me había hecho la prueba y que había salido negativa. Me respondió indignado, pensando que lo había hecho por él, así que intenté salir de ese barrizal como pude. Le dije que no, que lo hice porque me había dado cuenta de que no podía ir por ahí sin hacerme la prueba, que lo que había pasado con él solo me había servido a modo de recordatorio. Lo entendió, pero yo sabía que, una vez más, estaba usando la hipocresía que tan bien se me da. Porque sí, lo hice porque ya venía siendo hora, pero mentiría si no reconociera que había una absurda parte de mí que pensaba que podría haberme contagiado con un simple beso sin lengua. Cuando la paranoia se apodera de mí, no hay quién me controle. Respondo la llamada.

Saludos. Rutina. Todo bien. Gracias. El rodaje de la nueva serie fabuloso. Yo sigo buscando trabajo (mentira) pero contento (medio mentira). Tenemos que vernos. Claro que sí (*spoiler*: no). Y, cuando creo que la llamada ha terminado, Tyrone cambia de estrategia.

—¿Realmente quieres que nos veamos, Ryan? —me pregunta, con una ligera indignación en su tono.

—Como amigos, sí. —No miento, pero tampoco es algo que tenga superclaro. Me apetece volver a verlo, pero lo pesado que se pone con los mensajes y su insistencia en ser algo más me echan para atrás—. Es solo que últimamente estoy liado con otros asuntos.

—Y por «otros asuntos» entiendo que «otros chicos», ¿no? —No sé de dónde ha salido eso ahora. Lo niego, aunque no tendría por qué darle explicaciones a un chico al que he visto tres veces. Técnicamente, ninguna de ellas fue una cita—. Si quieres verte con otros, dímelo, pero no hagas como si fuera tonto o algo así.

—No sé de qué me estás hablando. —En serio, ¿verme con quién? La única persona con la que tengo algo parecido, de forma muy lejana, a una relación es Jake. Y más quisiera yo haberlo visto en persona últimamente—. No me estoy viendo con nadie.

—Mi intuición me dice que no es así —me responde, adoptando un tono infantil y armonioso, casi cantado, como si yo fuera un crío al que le intenta sacar la verdad a cucharadas.

—Pues arréglate esa intuición, Ty.

—No contraté el servicio técnico —intenta bromear en el peor momento.

A veces no entiendo el humor de este hombre. Insisto en decirle que no me veo con nadie, recalcándole que no tendría por qué darle explicaciones si así fuera; pero aun así se las estoy dando y le estoy diciendo la verdad. Él acepta mi palabra y parece creerme, pero retoma el tema del principio, preguntándome si sigo interesado en él.

—Estoy interesando en mí —le aclaro, y debería recalcar de nuevo que mi interés en él solo es como amigo, pero me aburre repetirle lo mismo cada dos frases—. Tengo asuntos que solucionar antes de poder pensar en nada más.

—O sea, que soy el segundo plato. —*¿En serio?*

—Pues si lo quieres pintar así, sí. —Me niego a seguir siendo diplomático—. Pero es que cualquiera sería el segundo plato, porque ahora mismo yo seré siempre el primero. De hecho, soy el menú completo.

—Ah, vale. —Parece entrar en razón—. Entonces soy como cualquiera para ti. Muy bien.

Me siento como ese *gif* de Stitch en el que se desespera tanto que se tira de los párpados hacia abajo con las garras. Esto de hablar por teléfono y no tener presente el lenguaje corporal es una mierda, porque creo que se están perdiendo muchos detalles en esta conversación. En persona, Tyrone nunca se había comportado así. Al final va a tener razón Ellie cuando decía que era un capullo, aunque se refiriera a su personaje de la película. Respiro hondo e intento no juzgar. Seguramente yo tampoco me estoy haciendo entender y estoy liando el tema. Le explico que no es *cualquiera*, pero que tampoco puedo considerarlo *alguien*, porque nos hemos visto pocas veces y, aunque me ha escrito con una frecuencia casi excesiva, no hemos creado esa clase de vínculo. Chris regresa al salón. Ya ha terminado su llamada.

—Oye, calamar, ¿te vienes el jueves a…?

Levanto la mano tan cerca de su cara que casi le abofeteo. Hago una mueca de disculpa y le cierro los labios con dos dedos.

—¿Quién es ese? —me pregunta Tyrone al otro lado de mi llamada—. ¿No decías que no estabas con nadie?

—Madre mía, ¿en serio? —Esto debería haberlo pensado, pero lo he verbalizado en voz alta—. Te he dicho que no me estoy viendo con ningún chico, joder. No que estuviera solo en este momento.

—Bueno, vale, tampoco es necesario que te pongas así —me responde, como si no llevara un buen rato poniéndome al límite. Pretendía darle el beneficio de la duda, pero me cuesta creer que yo sea el que está enviando las señales equivocadas—. Yo lo único que quiero saber es cuando podremos volver a quedar —continúa, en vista de mi silencio—. No sé tú, pero yo sí te considero alguien y no quiero perder la oportunidad de conocernos y ver…

—¿Y ver qué? —le interrumpo. No puede ser que…

—Y ver hasta dónde llega esto. Yo qué sé. Qué surge y eso.

A ver, Ryan. Analiza la situación. O este chico es imbécil, o tú te explicas como el culo.

—Sabes perfectamente que no me interesas en ese sentido.

—Pensaba que habías dejado atrás el tema del VIH —me echa en cara.

Juro que estoy a punto de tirar el teléfono por la ventana. No dejo de caminar de un lado a otro del salón y siento cómo la ansiedad ha vuelto de nuevo a mi cuerpo. Pero esta no la provoca el miedo, sino la tensión muscular y la frustración. Chris me mira extrañado y hace gestos, como diciendo «¿qué le pasa al tío ese?».

—No es por eso, Tyrone —insisto—. No podemos tener esta conversación cada dos semanas.

—Yo creo que sí es por eso —insiste—, pero te da miedo reconocerlo.

No, no es por eso. Sí, me daría miedo esa hipotética situación, pero no es por eso. Ya no sé qué más puedo decirle para hacerle entender que no es un problema suyo, sino mío. Y ni siquiera es un problema. No querer algo con alguien es una decisión basada en una emoción, o la falta de ella, no un problema.

—Vale, Tyrone. —Me rindo—. Es por eso, ¿vale? No puedo ignorarlo. Lo he intentado pero no puedo —le miento—. Sé que te dije que quería ser mejor persona y todo eso, pero no lo consigo. No puedo estar contigo porque tengo miedo.

Chris abre los ojos de par en par. Yo lo miro y niego con la cabeza. El pobre, cada vez está más perdido en esta conversación

porque solo tiene información unilateral.

—Ahora solo lo dices para que me calle —me responde Tyrone. Y yo estoy a dos frases más de colgarme por el cuello de la lámpara del techo. O de colgarlo a él.

—¡¿Se puede saber qué te pasa?! —le pregunto, levantando el tono de voz—. ¿De dónde sale todo esto, Tyrone? Joder, que te estoy diciendo que no quiero nada con nadie y ahora… Mira sí, ahora ya me has tocado las narices. No quiero nada contigo. Específicamente contigo. ¿Es eso lo que querías oír?

—No, no era eso lo que quería oír —se queja—, y lo sabes.

—¡Pues no hay devoluciones!

Cuelgo el teléfono, echo el brazo hacia atrás y, cuando soy consciente de que estoy a punto de lanzarlo contra alguna pared, lo aprieto con fuerza entre mis dedos y bajo la mano. Esto no me había pasado nunca. Yo no soy así. Yo no me comporto de esta forma. Yo no me altero.

Respiro hondo y me dejo caer en el sofá junto a Chris, que sigue en silencio, de brazos cruzados, como si esperara a que llegara el tren en la estación. Le explico toda la situación y él ata cabos, porque ya habíamos hablando del asunto del VIH. Me pregunta si en serio no quiero nada con él por eso, porque recuerda la pregunta que le hice el día que fuimos a Venice Beach. Le digo que no, que ya sabía que no me atraía lo suficiente desde la primera noche, antes de saber nada más sobre él. Chris me dice que no esperaba que el chico con el que me había besado fuese Tyrone Cox y yo le pido que no diga nada a nadie. Después recuerdo que el tema de su enfermedad salió en la prensa y pienso que mi petición no sirve de nada.

Me disculpo con Chris, porque es su casa y no debería haberme puesto así. No le importa lo más mínimo, y entiende que las emociones no siempre se pueden controlar.

—Es mejor soltarlas y dejar que cobren vida propia —me dice, en un tono formal, casi médico—. Que, si no, todo eso se acumula dentro y acabas explotando con quien no se lo merece. Pero sigo sin entender a ese tío, ¿eh? No puedo poner la mano en el fuego por ti, porque no nos conocemos tanto, pero sí que le has dicho repetidas veces que no quieres nada con él. Debería haberlo pillado la primera vez. La segunda, como mucho.

—No sé qué pensar, la verdad.

—Espera, espera —añade, riéndose de pronto—. Cuando me ha oído… ¿En serio se ha puesto en plan «¿quién es ese?» y todo eso? —Asiento en silencio. Todavía tengo el cuerpo alterado—. Vaya tío más posesivo. Haces bien en huir de algo tan tóxico, ¿eh?

—Es que nunca me había ocurrido algo así. Sentía… —Cojo aire y lo suelto despacio—. No sé. Me sentía frustrado. Intentaba explicarle las cosas y él entendía lo contrario.

—Vaya cosas te pasan, tío. —Chris me da una palmada en el muslo—. Espero no cruzarme nunca con uno así.

Chris tiene una relación aparentemente genial y debería darse cuenta, así que se lo recuerdo, por si se le ha olvidado. No debería desperdiciar una buena relación por un polvo de una noche, como casi le pasa conmigo. Y, si tiene determinados acuerdos con Sandra, debería cumplirlos. No merece la pena arriesgar algo bueno por un tío cualquiera, y menos por uno como yo. En la vida hay demasiados espejismos y tenemos que aprender a diferenciar aquello que es real de lo que no. Chris está de acuerdo, pero me deja claro que lo de aquella noche no es algo habitual. Tienen acuerdos pero son puntuales y esporádicos.

—Entonces —me dice finalmente—. ¿Te vienes a la playa el jueves?

—No me hables de olas ahora, por favor —le pido, levantándome para ir a buscar un vaso de agua—. Bastante agitado estoy ya.

—Piénsatelo.

Esa noche, al no poder dormir, leo algunas páginas más del libro de Mike. Subrayo un párrafo que resume el final de nuestra historia a la perfección. Unas palabras que incluso yo mismo he puesto en práctica conmigo mismo.

> *«Pensó que, a veces, el amor no era quedarse junto a la persona que amas, sino tener la fuerza suficiente para abandonarla en busca de una posibilidad de salvación».*

Requiere mucho más amor, coraje y fuerza tener la capacidad de dejar a alguien a quien amas porque sabes que no es lo correcto, o porque te hace daño, que continuar con algo que, tarde o temprano, terminará explotando por alguna parte. Malik abandona a Brian para intentar salvarlo, y está claro que Mike me abandonó a mí para salvarse a sí mismo. No digo que sea algo egoísta. De vez en cuando viene bien pensar en uno mismo y en el propio bienestar. Tal vez mi problema ha sido que siempre he antepuesto el de los demás, y cuando he priorizado el mío he metido la pata irremediablemente.

9
LA TABLA DE SURF AMARILLA

La opción más sensata es irme de Los Ángeles.

Siendo prácticos, solo vine a esta ciudad por error. Pensaba que estaba eligiendo un camino de vuelta a Nueva York, pero estaba confundido y terminé en el sitio equivocado. Creo que no habría elegido este destino si desde un principio hubiese sabido cuál era. Es probable que me hubiese quedado en Londres. Aunque también es cierto que nadie me obligó a subirme en el avión y dejar Inglaterra. Bien podría haber llamado a mi antiguo jefe, Victor Coleman, para decirle que me lo había pensando mejor. Supongo que mi profesionalidad y mi responsabilidad se dieron la mano y pudieron más que mis verdaderos deseos.

En realidad no recuerdo haber tenido esa opción. Sé que la tuve, pero no me acuerdo de la sensación que provoca el poder elegir. Fue como si no me quedara más remedio. Las señales luminosas apuntaban hacia este destino y yo las seguí, iluso de mí, creyendo que significaban algo. Me deje llevar y ellas arrasaron conmigo.

Estos días en los que he tenido tiempo para razonar y pensar (fuera de la vorágine de la rutina, el trabajo y los constantes trayectos de un lado para otro) he sido consciente de que mi vida, toda ella, está en Nueva York. Incluso mi madre, aunque viva en Norwalk; porque venía a visitarme al menos dos o tres veces al año. Y yo regresaba a Norwalk otras tantas. Todo funcionaba, todo era práctico. Sin embargo, quizás la vida no hay que vivirla de forma práctica, sino apasionada.

Londres me apasionaba, aunque no fuese la opción práctica y estuviese lejos de todas las personas que, en algún momento u otro, habían formado parte de mi vida. Tal vez ese fuese su secreto. Los Ángeles no me apasiona. No me asombra su arquitectura, no me enmudecen sus paisajes y no descubro rincones nuevos cada semana en los que dejo una parte de mi alma para siempre. No puedo decir que haya sido infeliz aquí, pero está claro que Nueva York y Londres le ganan la partida, por el motivo que sea. A veces las cosas simplemente se sienten, sin que haya una razón lógica para ello.

Esta ciudad no ha parado de enviarme indirectas desde que he llegado. No he hecho absolutamente ningún amigo en el trabajo. No he tenido ningún tipo de química con Ellie y Louis. Alguien ha robado mis fotos en Instagram y se ha hecho pasar por mí en Grindr. La única celebridad que he conocido en la meca del cine ha resultado ser un poquito posesivo. He discutido con Sussan y ya no recuerdo la última vez que hablé con Oscar. El estrés de esta ciudad me ha hecho perder el contacto con el resto de mis amigos de Nueva York, porque no tengo tiempo ni ganas de nada. Mi madre ha vendido la casa de la playa y me ha ocultado que tiene novio nuevo. Han cancelado la última serie para la que estuvimos haciendo gráficas en el trabajo. He caído enfermo como nunca en mi vida. Han vuelto las paranoias y los pensamientos obsesivos. Me han echado de la casa donde vivía. Y me han despedido. Me ha quedado claro que a Los Ángeles no le caigo en gracia y que lleva dos meses intentando echarme a patadas. Que no se preocupe, que he tardado un poco pero ya he pillado la indirecta.

Ahora, voy camino de Santa Mónica en un Uber. No me apetecía lo más mínimo estar más de una hora metido en un bus porque, además, Los Ángeles me está produciendo *busfobia*. Soy consciente de que por primera vez en las últimas semanas tengo una cosa clara: quiero irme. El problema es que, para irte de un lugar, necesitas saber hacia dónde te diriges. Y eso es lo que todavía no he decidido. No sé si volveré a Nueva York, a Norwalk o a Londres. Pero esta ciudad puede quedarse tranquila, que desapareceré pronto.

Le envío un mensaje a Chris para decirle que estoy de camino y cambio de aplicación. En la pantalla del teléfono, Aadhya me escucha atentamente y, de vez en cuando, arquea las cejas, como diciendo «claro, si es que te lo dije». No sé qué haré a partir de ahora, pero necesito tantear el terreno y tener opciones.

—Sabes que no está en mi mano —me dice—. Ojalá. Pero mañana hablo con Zoey, a ver si todavía sigue en pie la oferta. No han pasado ni tres meses, así que no debería de haber problema. Pero nunca se sabe.

—Creo que es lo mejor que podría pasarme ahora —le respondo, aunque en realidad volver a Nueva York y que mis sentimientos por Jake se vean correspondidos también sería fabuloso —. De todos modos, quiero hablar también con el que era mi jefe en Nueva York. No estoy seguro de lo que quiero exactamente.

—Mira, Ry, yo estaría encantada de que volvieras a Londres, que quieres que te diga. Pero te entiendo.

Aadhya mira hacia un lateral, le dice algo a alguien que no puedo escuchar y después devuelve su atención a la pantalla. Hace un inciso para decirme que está con William. Ya he visto desde hace un rato que Aadhya está en Coco di Mama, así que bromeo con ponerme celoso. Después, mi amiga retoma el tema:

—Ahora mismo tienes demasiadas piezas en tu cabeza y son para puzzles diferentes. Necesitas organizarlas y decidir qué dibujo quieres crear con ellas. Decidas lo que decidas, sabes que yo te voy a apoyar.

Sonrío sin decir nada, miro por la ventanilla y veo que ya estamos saliendo de la autopista, así que llegaré a mi destino en breve.

—Si no vuelves a Londres, no tardaré demasiado en ir a verte —añade finalmente—, así que me alegro de que, al menos, vayas a estar unas cuantas horas de avión más cerca.

—Iba a decirte que yo también espero ir a verte, pero nunca se sabe… Igual terminas teniéndome por ahí a tiempo completo.

Aadhya levanta la mano con los dedos cruzados y hace una pose, como si le estuviera haciendo una foto. Los dedos se me mueven casi automáticamente y hago una captura de pantalla. Después de despedirnos y terminar la llamada, le pongo esa imagen en su ficha de contacto para que sea la que me aparezca cada vez que me llame.

Atravesamos la avenida Ocean y, justo antes de girar para entrar en el muelle de Santa Mónica, veo una calle engalanada con un montón de bombillas que, por la noche, deberían iluminar ese tramo como si fueran un montón de estrellas. Hablando de las cuales, ayer terminé de leer el libro de Mike y el final fue justo lo que esperaba. Malik se cansa de las estrellas y de perder el tiempo con ellas. Lo que quiere es encontrar esa persona especial que siempre esté ahí, quedarse con la opción obvia y no con la que le prometía toda la luz del universo.

«Cuando cae la noche, nos atrae la idea de ver una estrella fugaz y le aportamos cualidades mágicas. Le pedimos un deseo, desaparece y esperamos que se cumpla. Nunca lo hace. Mientras tanto, durante el día, allí en lo alto encontramos siempre el sol. Siempre atento, siempre dispuesto, siempre presente. Una estrella, al fin y al cabo. La más cercana e imprescindible de todas.

Con el amor ocurre lo mismo. Nos perdemos en relaciones efímeras que cumplan nuestras

expectativas más superficiales y, mientras tanto, tendemos a ignorar a la persona indicada que siempre ha estado ahí, a nuestro lado, y que seguirá estando frente a la adversidad.

Después de tanto tiempo en penumbra, Malik ya se había cansado de buscar estrellas fugaces en el cielo de sus emociones. Ahora lo único que deseaba era ver salir el sol cada día».

Le pido al conductor que me deje aquí mismo, justo donde empieza el muelle. Chris no ha respondido a mi mensaje. Ni siquiera lo ha leído, lo que significa que todavía está dentro del agua. En vez de quitarme los auriculares que venía usando para hablar con Aadhya, reproduzco música y fluyo entre la gente. El modo aleatorio elige *The Sound* de The 1975. La canción habla de saber cuando la persona a la que amas anda cerca, porque escuchas el sonido de su corazón.

Es la primera vez en todo este tiempo que estoy en esta zona y me enamoro al instante, pese a que se contradiga con todo lo que le dije antes a Aadhya. El suelo de madera, los locales comerciales pintados de colores y decorados con elementos arquitectónicos más propios de un parque de atracciones, los rótulos de las tiendas… Es como estar en una versión playera de Disney World. Al fondo, sobre los tejados de los puestos, veo una noria. Enseguida mi cabeza vuela hasta St Dean y durante medio segundo es como estar en casa. Cruzo por delante del arcade y un caricaturista me pregunta por señas si quiero que me haga un dibujo. En otra ocasión.

Me detengo en una tienda de *souvenirs* y compro un par de postales. Una de ellas es una foto aérea del muelle y la otra el letrero de Hollywood en lo alto del Monte Lee. Ahora que sé que no voy a quedarme, siento que vuelvo a ser un turista. Esta vez solo voy a

enviárselas a Oscar y a Sussan, para decirles que a lo mejor vuelvo a casa. Algo me dice que la tercera que envié desde Londres no fue bien recibida. Llego hasta un área donde hay una terraza con mesas y bancos para sentarse. En un local llamado Scoops, hago una pequeña cola, me compro un helado doble de vainilla y sandía, y me adentro en la zona donde están las atracciones de feria. Junto a la noria, hay un fotomatón y siento la nostalgia de no poder disfrutar de algo así con alguien.

Este sitio llama al romanticismo, a pasear de la mano entre las luces de neón y las bombillas *vintage* cuando es de noche, a disparar patos o lanzar anillas para conseguir un cerdo volador de peluche, a subirse en la noria y observar las vistas, a comer perritos calientes y limpiarle el ketchup de la comisura de los labios a ese alguien especial, a fotos traviesas en el fotomatón y a observar el cielo como si esa noche fuera a ser la última.

Rodeo la zona de la feria y llego hasta el final del muelle. Desde aquí, observo la playa e intento distinguir a Chris entre las personas que hacen surf, pero están demasiado lejos. Entonces, como si él sí me estuviera viendo, me llega un mensaje suyo y otro con su ubicación.

C: ¿Ya estás aquí? Estoy en esta zona, junto a los baños, donde está el puesto de emergencias.

Echo un último vistazo al paisaje, pensando que quizás sea la última vez, y vuelvo por donde he venido hasta salir del muelle. No creo que vaya a echarlo de menos. Todo esto solo es un espejismo de última hora. Una treta de Los Ángeles para que vea todo lo que pudo haber sido pero no me permitió disfrutar. Tomo el paseo frontal de la playa y camino bajo el sol. Me remango las mangas de la camiseta para que no se me quede la marca y, casi diez minutos después, atisbo a ver la torreta azul del puesto de emergencias. Cuando llego, no hay ni rastro de Chris.

—¡Ey, despistado! —Es su voz. Me giro y lo veo en el parking que hay junto a la avenida. Sentado en el maletero abierto del Lexus. Cada vez que veo ese coche me sorprendo de que siga en pie. Me acerco—. ¿Sabes que lo normal es venir a la playa en bañador? Siempre traes esos vaqueros.

—Por lo menos no son largos. —Lo cierto es que no pensaba pasar un día de playa. De hecho, he venido más tarde a propósito, porque Chris y su amigo iban a estar surfeando toda la mañana—. Aunque estoy a medio grado más de quitarme la camiseta.

—Por mi no te cortes —me dice, mientras mete la tabla de surf en el coche, ocupando parte del asiento del copiloto—. A Patrick siempre le gusta verte sin camiseta.

—Cállate. —Me río vagamente y miro a mi alrededor—. ¿No estabas con un amigo?

—Se ha quedado un rato más, ahora viene. Estos críos de ciudad…

—Oye, que yo soy de ciudad —le reprocho en broma—. Un respeto.

Chris termina de secarse, se enrolla la toalla en la cintura y se cambia el bañador mojado por otro seco. Me doy la vuelta en mitad del proceso para que no resulte extraño o incómodo y él se echa a reír. Aunque ahora somos más o menos amigos, de vez en cuando me sigue tirando indirectas para que nos volvamos a liar. Unas veces en broma, otras no tanto. Miro hacia la orilla, pero no se ve nada. Está muy lejos y los baños públicos que hay en un apartado del paseo me tapan la vista. Me siento junto a Chris en la trasera del Lexus y le cuento la decisión que he tomado. Su reacción me pilla por sorpresa cuando me dice, tristemente, que no quiere que me vaya, porque estábamos haciendo buenas migas. Pese a sus bromas, le gusta esto de que solo seamos amigos, porque no es muy habitual en su vida. Supongo que no soy el único que ha tenido dificultades haciendo amistades de

verdad en Los Ángeles.

—Ahora yo pensando —dice él, levantándose de un salto y haciendo una seña vaga hacia la playa—. Este tío seguro que tiene contactos en Netflix. A lo mejor puede conseguir que te den otro trabajo aquí o en Nueva York. Está adaptándoles el guión de su película. Por intentarlo…

—No creo que un guionista tenga voz ni voto en esto —le respondo, resignado. Lo cierto es que, ahora que me he dado cuenta de la realidad, no quiero nuevas oportunidades en esta ciudad. Las quiero fuera.

—No pierdes nada por intentarlo —insiste—. Ahora cuando venga la preguntamos.

Ignoro sus intenciones porque no me interesa y le digo que siempre puede ir a visitarme, pese a que todavía no sepa dónde voy a terminar. Vuelva a Londres o me quede en Nueva York, siempre va a tener un sofá donde dormir. Es lo menos que puedo hacer después de haber sido acogido en su apartamento.

—Entonces tú también te codeas con la élite —le digo, guiñándole un ojo y señalando con la cabeza hacia la playa—. Un guionista, ¿eh? ¿Ha ganado premios y eso?

Chris vuelve a sentarse a mi lado, pero el calor que irradia el coche me está matando, y tenerlo a él al lado provoca que la sensación sea incluso peor. Me levanto y me pongo frente a él.

—Qué va, es el primero que escribe —me responde él, quitándole hierro al asunto— Y no pienses cosas raras. Es solo un amigo, como tú, pero no vive aquí. Parker viene todos los veranos desde hace unos años. Le he enseñado a surfear y ahora el pajarito ya vuela solo.

—A ver si el verano que viene me das clases a mí —le sugiero,

pese a que no tengo intención alguna de volver por aquí en mucho tiempo—. Seguro que, de aquí a un año, se me habrá olvidado todo lo que he aprendido.

Chris hace una mueca de negación y sonríe forzadamente, como si le deslumbrara una luz frente a su cara.

—Somos jóvenes y fuertes, tío. No se te olvidará tan rápido. —Me da una palmada en el antebrazo—. Y, escucha, en Nueva York también hay playas. Puedes seguir practicando. —Chris arquea las cejas en dirección a la playa—. Por ahí vuelve.

Me doy la vuelta y veo al amigo de Chris acercarse. O, más bien, su brazo sujetando una tabla de surf amarilla y dos piernas asomando por debajo. Me vuelvo a girar hacia Chris.

—Sí, claro. Pero no me pillan tan cerca —le respondo—. Y, si me voy a Londres, allí no… Oye, espera, ¿has dicho Parker?

—Sí, ¿por qué?

La sombra de la tabla de surf aparece junto a mí, en el suelo, y se extiende de forma irregular sobre el maletero del Lexus. Giro la cabeza y todo cobra sentido.

Tiene el pelo empapado, la tabla bajo un brazo y con el otro tira de la cremallera de la espalda del neopreno para bajarla. Justo a mi lado, y mostrando la sonrisa que tanto he intentado olvidar, está el verdadero culpable de que yo haya terminado viviendo en esta ciudad.

EL JUEGO SE TERMINA

10
LUCKY STRIKE

—Parker, este es mi amigo, Ryan.

No puedo moverme. Una nube de irrealidad me envuelve, como si esto no estuviera sucediendo de verdad y fuera a despertar de un momento a otro. Más de dos meses en Los Ángeles, la ciudad de las estrellas, y la única persona que me ha dejado sin aliento es él.

Me pasa de largo, apoya la tabla de surf en el Lexus de Chris y se retira el neopreno del hombro derecho, después del izquierdo. Libera sus brazos de la parte superior del traje y lo deja caer en torno a su cintura. Dibujando una sonrisa en su cara, se da la vuelta y extiende su mano para saludarme, hasta que se da cuenta de quién soy. Entonces también se convierte en una estatua de hielo, derritiéndonos ambos bajo el sol californiano sin poder reaccionar.

Siento ese hormigueo en el fondo de la nariz que surge antes de empezar a llorar.

Es él. Es él. ES ÉL.

Mike tiene el pelo un poco más largo que la última vez que nos vimos, aunque más corto que yo. Sus ojos castaños resplandecen como siempre y ahora lleva una barba de varios días que le hace parecer más adulto. Su cuerpo ha cambiado. Está bastante más delgado, pero solo se aprecia en el torso y la cara. Ahora que me fijo, es posible que haya crecido. Éramos de la misma altura y juraría que ahora es un poco más alto que yo. Pero qué más da, sigue siendo él.

—Ya… Ya… —titubea Mike—. Sí, ya nos… —Sonríe nerviosamente y yo me muero por dentro—. Ya nos conocemos.

Consigo enviar un impulso a mi brazo para levantarlo y estrechar su mano. No hace falta que lo haga, pero quiero tocarle. Sentir su tacto de nuevo es como recordar que estoy vivo. Sus manos, todavía mojadas y algo frías, contrastan con el calor que me recorre todo el cuerpo.

—Ryan… —continúa de forma lenta, como buscando las palabras adecuadas—. Es de Norwalk, como nosotros.

—¿Eres de Norwalk? —pregunto de golpe, mirando hacia Chris. Él hace un mueca con la cara.

—¡Claro! —me responde—. Pero si me dijiste que eres de Nueva York.

—Vivo en Nueva York —le respondo casi sin pensar, volviendo a dirigir mi vista hacia Mike—. Vivía. Viviré. No sé. —Esto último casi lo susurro.

Mike sigue sujetando mi mano y yo no pienso soltar la suya hasta que lo haga él. Meneo la cabeza casi imperceptiblemente. No puedo creer que esto esté pasando. En este lugar, en la otra punta del país. Justo el día en el que he decidido largarme de aquí. Justo al terminar de leer su libro. *Nuestro* libro.

—Espera, espera, espera… —dice Chris, con los ojos fijos en nuestras manos. Él también se ha dado cuenta de que ninguno parece querer soltarse—. Este es Ryan… ¿Tu Ryan? —Mike asiente. Yo encojo un hombro. Chris me mira y pone cara de circunstancia. Estoy seguro de que acaba de recordar que nos hemos liado—. Vale. Ahora entiendo muchas cosas.

Entonces la mano de Mike se desprende de la mía y apoya la espalda sobre la tabla de surf. El mundo se oscurece un poquito.

—Pues yo no entiendo nada —alcanzo a decir.

—Pero, ¿no me dijiste que tu exnovio es bisexual? —me pregunta Chris, luego se dirige a Mike—. ¿Desde cuándo eres bisexual, Parker?

Mike niega con la cabeza, mostrando una sonrisa incómoda y frunciendo el ceño.

—He tenido más exnovios —le digo a Chris—. Exnovio. Uno. Singular.

No sé muy bien por qué me he visto en la necesidad de clarar eso. Debería darme igual lo que piense Mike. Supongo que él también ha rehecho su vida y yo no debería esconderme de la mía.

—¿Soy el único que siente que esto es un poco raro? —pregunta Mike, mirándonos a ambos y arrugando la frente—. No me esperaba esto… —Puedo percibir su incomodidad y, poco a poco, se me desinfla el globo. A él no le ha hecho tanta ilusión como a mí este encuentro. Claro. Es normal. Él se redimió de sus remordimientos cuando se desahogó escribiendo el libro. Para él, yo ya solo represento los restos de un naufragio. Un barco que nunca más volverá a zarpar, hundido en el fondo del océano.

—Vamos a ver —dice Chris, frotándose las manos y sentándose en el hueco que queda en el maletero del coche, junto a la tabla en la que está apoyado Mike—. No exageremos. No es tan raro. Tú y yo nos conocimos en el último año de instituto, fui un poco cabroncete y después me vine a estudiar aquí con Becca. Y tú, pequeño polluelo, estuviste saliendo con aquí el Spiderman —Me he perdido. ¿Soy el polluelo o soy Spiderman? ¿De dónde salen esos motes?—, te fuiste a Nueva York, después a Londres y ahora estás aquí, ¿no? —Mientras Chris repasa la línea temporal de cada uno, Mike se incorpora, mete la tabla de surf en el Lexus, encima de la de Chris, se termina de quitar el neopreno y se queda medio desnudo, con tan solo un *speedo* azul tapando lo justo. Intento no mirar, pero me es imposible, así que, en

su lugar, procuro no desear. Giro la cara porque al final me resulta más fácil mover el cuello que ignorar mis deseos—. Y tú, Parker, más de lo mismo, pero te has quedado en Nueva York. Y ahora hemos coincidido todos aquí, porque así es la vida. ¿Dónde esta la rareza?

Mike aprieta los labios, arquea las cejas y me mira, buscando algo de apoyo moral. Sí, esta situación es rara. Pero no sé si del mismo tipo de rareza que siente él. Extraña, paranormal, variopinta, inesperada… Sí. Sin embargo, no creo que sea incómoda. O por lo menos no me gustaría que lo fuese. Sin embargo, a estas alturas no debería extrañarme. Mike lleva años queriéndome fuera de su vida y no debe de resultarle agradable estar viviendo este encuentro sin tener a dónde huir. Supongo que está deseando subirse en el coche y largarse de aquí lo antes posible. Y no lo culpo, yo también llevo años intentando deshacerme de él.

Mike abre su mochila y se pone un pantalón corto, una camiseta con las mangas recortadas y unas chanclas. Bien. Ahora la única tentación son sus brazos, pero eso me parece algo más llevadero.

—¿Sabéis qué? —nos pregunta Chris. Cierra el maletero del coche y pasa la llave—. Me apetece un helado y voy a buscar uno. ¿Alguien quiere un helado? —No da tiempo a responder—. ¿No? Vale, vuelvo en un rato, que tendréis cosas de las que hablar.

—No hace falta —le digo a Chris—. No creo que Mike quiera perder el tiempo conmigo. Mejor me voy yo.

Hago un gesto de desgana con el brazo y me dispongo a irme, pero Mike se aproxima, me sujeta por la muñeca y me giro hacia él.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho de perder el tiempo?

Miro hacia su mano aferrada a mi brazo y después lo miro a él. De pronto, es como si toda la tristeza del mundo se hubiera asentado en mi pecho. Chris no se ha detenido y nos ha dejado solos. Quiero

decirle tantas cosas que no digo ninguna. Quiero explotar y que vea todo lo que tengo dentro, que tanto me ha costado enterrar y que tan fácilmente está regresando a la superficie. Quiero darle un abrazo y quiero saber si sus labios han cambiado de tacto después de estos años. Pero sé que nada de eso es posible. Yo he vuelto a la casilla inicial del juego, con un tablero diferente pero las mismas piezas, y Mike hace tiempo que ha dejado de jugar.

—No pasa nada, Mike —le digo finalmente—. Sé que tú estás bien así. No es necesario que nuestras vidas vuelvan a cruzarse. No quiero hacerte sentir incómodo.

—Pero, ¿qué dices? —El sol le da de frente y se pone la mano sobre la cara para no encandilarse los ojos—. Nunca me he sentido incómodo contigo.

Pienso en muchas cosas, pero no quiero discutir. Con él no. Creía que su presencia aquí era algún tipo de señal, pero solo es la última jugada sucia de Los Ángeles antes de despedirme.

—Da igual —le digo vagamente—, no tiene importancia ya.

—No, explícame a qué viene esto —insiste—. ¿Por qué piensas eso de mí?

No quiero echar nada en cara, pero las palabras me surgen solas.

—Porque no quisiste verme en la fiesta de Sussan —le respondo en voz baja.

—Tú me habías bloqueado en todas partes.

—Porque tú me dejaste en la playa.

No, Ryan no. No vayas por ahí. No vuelvas a eso. No te dejó, tú le rompiste el corazón.

—Eso no fue así —me indica, haciendo una mueca de extrañeza y soltándome el brazo—. Te pedí tiempo y ser amigos.

—Sabes que no podía ser tu amigo.

—¿Y ahora tampoco? —me pregunta, con un tono de amargura en su voz—. Estoy cansado de fingir que no existes.

Y yo estoy cansado de fingir que ya no le quiero, pero así es como hemos sobrevivido estos cuatro años. Con mentiras y ficción.

—Yo también estoy harto de fingir —me limito a decirle. Y tengo que controlarme para no dejarme caer en sus brazos o echarme a llorar, que son las dos cosas que me pide el cuerpo ahora mismo.

—Mira, Ryan, yo tampoco sé si podemos ser amigos, pero no me gustaría quedarme con la duda.

Y de pronto me doy cuenta de que llevo cuatro años inventándome un Mike que no existe. Todo este tiempo, Mike no ha huido de mí, ni me ha evitado, ni me ha echado a patadas de su vida, ni ha querido borrar nuestra historia. Todo eso lo hice yo solito. Cuanto más me alejaba de todo lo que me recordaba a él, más me estaba acercando a este momento. Como si nuestros destinos recorrieran un sendero con forma de símbolo infinito y estuviéramos obligados a cruzarnos una y otra vez.

El sol cada vez pega más fuerte y, pasado el *shock* inicial, siento que necesito ponerme a cubierto o voy a terminar desmayándome.

—¿Quieres ir a comer? —le pregunto, casi sin pensar.

Mike se pone las gafas de sol que tenía colgadas del borde del pantalón y me pone una mano en la espalda para indicarme que empiece a caminar.

—Siempre.

Callejeamos por la zona hasta encontrar un sitio en la esquina de Main Street con Bay. Nada más entrar en Dogtown Coffee, pienso que no ha sido para nada aleatorio y casual. Las paredes están decoradas con imágenes de la playa, el surf y otros deportes acuáticos. Además, la estantería donde exponen el *merchandising* está formada por dos tablas de surf y hacia la derecha se extiende una pared decorada con monopatines antiguos. Pedimos una ensalada mediterránea y un *slider* de pavo para Mike, otro *slider* de esos para mí y dos batidos de coco. Nos sentamos junto a la barra que hay pegada a la cristalera y Mike apoya la espalda en el lateral de la nevera de los refrescos. Se queja del calor que hace y yo lo observo en silencio.

Los mismos ojos que una vez me resultaron tan conocidos y ahora incluso se han vuelto ligeramente extraños. El pelo, todavía húmedo, alborotado y echado hacia atrás. Su boca, esa boca, siempre con un intento de sonrisa permanente; como si su estado relajado y natural fuese así: feliz, sin preocupaciones. Ha dejado de morderse las uñas, pero sus manos siguen siendo tal y como las recordaba.

Me escucho y me doy cuenta de que no tiene sentido este repaso que estoy haciendo, porque solo han pasado cuatro años. Sin embargo, siento como si entre aquella noche en la playa de St Dean y este momento hubieran pasado tres o cuatro vidas diferentes. ¿Somos los mismos o hemos cambiado tanto que este se consideraría nuestro primer encuentro? Muchos dicen que la gente no cambia, pero todos lo hacemos. El paso del tiempo es inevitable. No solo por fuera, sino también por dentro. Aunque no nos demos cuenta, cambiamos. Aunque todo parezca permanecer inalterable, todo cambia. Aunque no seamos conscientes de las diferencias que hay entre un día y el siguiente, también han cambiado. Y ahora mismo, entre cambio y cambio, no sé qué hacer, porque esta situación es tan extraña que no tengo ni idea de cómo controlarla.

Tal vez mi problema sea ese, que sigo obsesionado con controlarlo todo, como si eso me fuera a suponer algún beneficio emocional.

—¿Qué? —me pregunta Mike, dándome un golpecito en la mano por encima de la barra.

No quiero sentir que muero en esa sonrisa, pero lo hago. Lentamente.

—Nada —le respondo con timidez. Me siento como si volviera a tener dieciocho años y estuviera sentado en el Aula Magna de la universidad el día que nos conocimos. Y no sé qué significa eso.

Mike se lleva la mano a la boca, más concretamente un dedo, y después hace un gesto rápido para alejar sus uñas de sus dientes. Después se inclina hacia mí, lleva esa misma mano hasta mi cabeza y me rebuja el lateral del pelo, rozando con sus dedos mi oreja. El gesto dura dos segundos, pero un escalofrío que siento desde la base de la espalda me recorre la columna hasta la zona de la cabeza que acaba de tocar.

—No sabía que llevabas el pelo así —me dice, apoyándose de nuevo en la nevera—. Yo lo tenía igual el verano antes de conocerte.

—Me acuerdo —le digo, porque en su momento me enseñó algunas fotos—. La verdad es que a ti te quedaba mejor.

Mike frunce el ceño, negando con la cabeza.

—A ti te quedaría bien cualquier cosa —me dice—, y lo sabes.

—A veces tengo la tentación de raparme la cabeza —me río, ligeramente avergonzado por lo tonta que es la conversación—, pero nunca llego a hacerlo.

—Estarías guapo de igual modo —me responde, ladeando la cabeza, como si intentara imaginarme con la cabeza pelada—. Pero así te queda bien, en serio. Es solo que no te imaginaba así.

—¿Así que me imaginabas? —Según sale la pregunta de mi

boca, me arrepiento. No es el momento ni tampoco el lugar. Tal vez nunca lo sea. Esa puerta está cerrada y yo no debería abusar de esta oportunidad que me ha ofrecido para volver a ser amigos, o al menos pasar un rato agradable sin pensar en todo lo que nos unió y cuánto nos separa ahora—. Bueno, ¿y qué te trae por Los Ángeles? —pregunto rápidamente, para cambiar de tema—. Chris me dijo no sé qué de un guión.

A nuestra espalda, nos llaman para que vayamos a recoger el pedido. Mike se levanta y regresa con nuestra comida. La verdad es que tengo el estómago cerrado por los nervios, pero el helado que me tomé en el muelle lo tengo que tener ya evaporado, entre el calor y la emoción. Mike, en cambio, no parece haber perdido su buena costumbre de comerse todo lo que le pongan por delante, igual que Jake.

Joder, Jake.

Mike revuelve la ensalada y, antes de probarla, le da un bocado al *slider* y bebe del batido.

—¿Está bueno? —le pregunto, señalando hacia el minisandwich con pan redondo. Mike se encoge de hombros.

—Ya sabes que cuando tengo hambre pierdo el sentido del gusto.

Lo observo darle otro bocado al sandwich y es la primera vez, desde que nos hemos reencontrado, que siento que lo reconozco por completo, que no estoy sentado con un extraño, sino con alguien con el que compartí mucha vida en el pasado.

—Sí, sí que lo sé —murmuro, y le doy un sorbo al batido. Está bueno, pero nada del otro mundo. El coco nunca me ha apasionado demasiado, la verdad. Excepto el Coco di Mama, que ni es coco ni es de mi madre.

Mike apoya su mano sobre la mía, reclamando mi atención. Cada vez que me toca me estremezco. A pesar del calor, sigue teniendo las manos frías. O tal vez soy yo que tengo la piel ardiendo. Me da por pensar si sus labios estarán igual de fríos.

—Lo del guión es porque publiqué un libro —me dice, y retira la mano para coger de nuevo el tenedor—. Y ahora lo estamos adaptando para una película.

—¿En serio? —Finjo estar sorprendido, porque a estas alturas lo sé todo acerca de su libro. Lo de la película sí es nuevo y vuelvo a sentir que todo esto no es real—. Para Netflix, me dijo Chris.

Mike asiente con la cabeza y continúa comiendo. Desde siempre, sus prioridades siempre han sido respirar, después la comida y después el resto del mundo. En ese sentido es muy como Jake.

Deja de comparar a Mike con Jake. Primer aviso.

—Yo estuve trabajando en Netflix hasta la semana pasada —le digo, y él arquea las cejas, sorprendido.

—¿Te fuiste o te echaron?

—Lo segundo—. Hago un gesto de resignación y pruebo el *slider* de pavo.

—Lo siento —me dice él, volviendo a poner su mano sobre la mía durante medio segundo. Tiempo suficiente para que yo sienta un chispazo helado.

—Si no me hubieran echado, ahora mismo estaría trabajando. —Dejo la frase en el aire, con todo lo que eso significa, esperando que Mike entienda a qué me refiero—. ¿Entonces, has escrito un libro?

—Eso dicen —responde con una de sus sonrisas, y vuelve a beber del batido—. Y ahora van a hacer una película con él. Es de locos, ¿no?

Sí que es de locos. Pero más de locos me parece que estemos aquí los dos, Mike y Ryan, después de tanto tiempo, compartiendo almuerzo en una cafetería perdida en mitad de Santa Mónica. A veces la vida es una locura tan grande que ni al mejor de los guionistas se le podría ocurrir. Mike me pregunta si ya sabía que había escrito un libro y le reconozco que sí, pero que solo de oídas, que no lo he leído ni nada de eso. Sé que no debería mentirle, pero no estoy preparado para tener la conversación que podría surgir si le dijera que lo he leído entero. No estoy listo para remover el pasado y, realmente, no estoy seguro de querer hacerlo. Me gustaría seguir pensando que Malik y Brian solo se han apropiado de nuestra historia con fines creativos.

Porque el libro es muy romántico e idílico, pero la historia no acaba bien. Realmente, no acaba. El libro se queda en suspense, tal y como se quedó la vida de Mike cuando yo tuve el accidente y terminé en coma. En ese sentido, ha sabido reflejar muy bien cómo se sintió, disfrazándolo de relato ficticio. En el libro, Malik intenta salvar a Brian, pero no se sabe si lo consigue o no. Y al final hay una reflexión acerca del amor que viene a decir, básicamente, que Malik está cansado de historias que no salen bien y lo único que desea es encontrar por fin al definitivo.

—Pues no sabía que estabas aquí —continúa diciendo Mike—. Pensaba que seguías en Londres.

Mi cabeza se pregunta cómo sabía Mike que yo vivía en Londres, pero rápidamente recuerdo la postal que le envié desde allí. Sin embargo, en ningún momento le decía nada de haberme mudado. Podría, simplemente, haber estado de viaje, así que es obvio que mis amigos sí que le hablaban a él de mí. Ahora la pregunta es si lo hacían porque les daba la gana o porque Mike les preguntaba.

No. Sal de ahí. Mike ha pasado página y ha cambiado de libro, de estantería, de sección e incluso de tienda.

—Vine a finales de junio —le digo, dejando el sandwich a

medias porque la comida se me está haciendo bola—. Me ofrecieron quedarme allí, pero a última hora acepté lo de Netflix.

—¿Y eso? —Mike se gira hacia mí, dando sorbos a la bebida por la pajita, y de pronto su mirada me intimida como nunca antes lo había hecho. Cuanto más lo miro, más me doy cuenta de que es real. Esto está pasando. No sé responderle a eso porque ni yo mismo lo sé. ¿Por qué acepté el trabajo nuevo si realmente lo que quería era quedarme en Londres? *Por ti*, pienso. Pero no puede ser cierto. ¿No? Encontré el libro de Mike en el escaparate de la tienda el mismo día que Victor Coleman me llamó para que le dijera mi decisión final. ¿He sido yo el que ha provocado todo esto? Es decir, ¿fui yo mismo el que eligió irse de Londres porque quería volver a Nueva York y recuperar a Mike? No es posible—. ¡Ey! ¿Sigues aquí?

—No lo sé —le respondo finalmente, saliendo del bucle mental —. Por… —De pronto, sin venir a cuento, tengo que ahogar las ganas de llorar que han surgido de ninguna parte. Suspiro, desvío la vista hacia el exterior e intento dejar la mente en blanco o, en su lugar, llenarla de mierda irrelevante que devuelva todo lo que siento por Mike al cajón del que nunca debió haber salido—. Porque me atraía lo de trabajar para un cliente tan importante, supongo. Lo gracioso del asunto fue que yo pensaba que volvía a Nueva York. No supe que el trabajo era aquí hasta el día antes de coger el vuelo.

A Mike se le escapa una pícara sonrisa. Si los recuerdos no le hacen tanto daño como a mí, se estará acordando de todas las veces que fui un despistado máximo con él.

—¿En serio, Ryan? —Mi nombre en su voz suena diferente. No me refiero a que suena distinto a cómo lo decía antes, sino a que, desde siempre, mi nombre siendo emitido por su voz tiene una sonoridad especial.

—¡Oh, sí! —exclamo, convencido de que nos hemos sincronizado y los dos estamos pensando en lo completamente despistado que puedo llegar a ser—. Estaba saliendo de un concierto

en Wembley la noche antes y me quedé blanco de la impresión. Mi amiga Aadhya no se lo podía creer y…

—¿Qué concierto? —me pregunta. Después me pone la mano encima del antebrazo, para disculparse por haberme interrumpido, pero me da igual. Si va a tocarme, puede interrumpirme después de cada frase, de cada palabra o incluso entre sílabas. Su vista se posa en mi otro brazo, el del tatuaje.

—Fui con mi amiga Aadhya a ver a las Spice Girls —le respondo.

—Pero, espera. —Se ríe. Mike levanta la mano de mi brazo, pero la vuelve a apoyar—. ¿Las de verdad, o era Kesha y estabas igual de borracho que yo?

Mike y sus tonterías del pasado me sacan una carcajada. No debería hacerme tanta gracia, pero supongo que necesitaba esto, con él. Hace muchos años, antes de saber que había un Mike Parker en el mundo y antes de que él supiera que existía un Ryan Pinkert, Mike fue a un concierto en un local de Norwalk. Llegó pensando que era el de una Spice Girl en solitario. Bebió, bebió y bebió, y le pidió a gritos que cantara *Wannabe*. Meses después, vio actuar al grupo por televisión en la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos de Londres, y se dio cuenta de que ninguna de esas cinco señoras era la que había visto en directo. Se había pasado medio concierto pidiéndole a Kesha que cantara una canción que no era suya. Porque yo seguramente sea el rey de los despistes, pero Mike siempre ha sido el príncipe.

Hablamos del concierto, después de Aadhya y termino generalizando, hablando de Londres y enseñándole algunas de las fotos que hice durante el viaje y que todavía tengo en el teléfono.

—Si no me hubieras bloqueado en Instagram, supongo que las podría haber visto yo mismo.

Aprieto los labios en una mueca de vergüenza y ligero

arrepentimiento. No sé si hice bien o hice mal, pero era lo que necesitaba hacer. A la vista está que no me ha servido de nada, porque aquí estamos otra vez. Da igual lo mucho que intentes huir de algo. Si te corresponde volver a encontrártelo en el camino, lo harás. Es una gilipollez que ahora mismo no tiene importancia, pero entro en Instagram, busco su perfil en la lista de bloqueados y lo devuelvo a la libertad digital. Guardo el teléfono antes de caer en la tentación de entrar a su perfil. No quiero saber qué hay en él. No quiero entrar a curiosear y descubrir que Mike lleva tres años felizmente enamorado de algún neoyorquino más alto, más guapo, más fiel y más equilibrado que yo.

Terminamos de comer, pero nos quedamos sentados. Mike me cuenta que, como dijo Chris, viene todos los veranos a Los Ángeles desde hace unos años, normalmente en julio o agosto. Este año, en cambio, ha esperado a septiembre porque sabía que tenía la reunión en Netflix para el tema de la película. El guión está terminado y tiene que reunirse con los productores para ultimar detalles y valorar propuestas para el casting de personajes. Se lo está tomando con bastante calma, porque sabe que, por mucho que tenga voz en ese asunto, apenas tendrá voto y será la productora quien elija a los actores que den vida a Malik, a Brian y al resto del corto reparto. Durante la explicación, Mike evita mencionar los nombres, lo que sirve como confirmación de que sus personajes sí somos nosotros y sabe que yo me daré cuenta. Lo cierto es que me gustaría cambiar de tema porque no quiero que crucemos la línea más allá de la ficción, pero tampoco se me ocurre de qué otra cosa hablar. No sé absolutamente nada de su vida de los últimos años y no quiero hablar de mí.

—¿Y tú, qué? —me pregunta, como si me hubiera leído cada pensamiento y hubiera decidido ir en contra de todos ellos—. ¿Te has acomodado en la ciudad o hasta cuándo tienes pensado quedarte?

Se me escapa un aireada y corta risa, con bastante ironía.

—En realidad estoy a punto de irme. —Apoyo un codo en la

barra y dejo caer sobre mi mano la barbilla—. Mi vida en Los Ángeles ha sido de todo menos idílica. En serio, la ciudad me odia. Me ha pasado todo lo malo que te puedas imaginar.

Mike ladea la cabeza y arquea ligeramente una ceja.

—¿Te han atropellado otra vez?

Cierro los ojos y agacho la cabeza. Reprimo una sonrisa y me escondo entre los brazos.

—Vale, casi todo lo malo que te puedas imaginar.

Giro la cara y observo a Mike desde esta perspectiva. Este chico es guapo desde todos los ángulos. Qué rabia, joder. Podría haberse convertido en alguien diferente, haberme puesto fácil odiarlo y sentir rechazo. Pero no, tiene que seguir siendo tan encantador como siempre.

—¿Me has escrito alguna vez? —le pregunto. Pese a que no quería sacar el tema del libro. Pese a que no es bueno para mi salud mental sacar ese tema. Pese a que estoy a punto de estropear un día perfecto. Porque soy así, no puedo dejar las cosas como están. Tengo que saciar la sed de esa parte de mí que sigue lamentándose de todo lo que dejó escapar por gilipollas.

—Alguna —dice él, poniéndose serio de pronto. Desvía la mirada hacia el exterior y después vuelve hasta mí, pero no me mira a los ojos. Vuelve a fijar la vista en mi tatuaje—. Pero nunca envié nada. Supongo que lo pasé por el filtro y lo convertí en otra cosa. —En *otra cosa*. Las librerías están llenas de *otras cosas*—. ¿Y tú?

No te escribí nunca, Mike, porque aprender a vivir sin ti es lo más difícil que he hecho en la vida. Así que no me permitía el lujo de pensar en escribirte, hablarte y recuperarte… o tener que volver a olvidarte. Te pensé cada día. Te soñé cada noche. Te imaginé, te desvirtué y te idolatré de nuevo. Hasta que encontré la forma de coger todos los pedazos que había

de ti repartidos por mi cuerpo y los escondí en alguna esquina, en algún recoveco al que me costaba más acceder. Pero es posible que, sin darme cuenta, mi cuerpo por dentro estuviera lleno de espejos y el reflejo de todos tus pedazos haya estado todo ese tiempo proyectándose en todas las direcciones.

—Solo la postal.

—¿Qué postal? —me pregunta de vuelta, acercándose tanto que sus dedos rozan los míos y su aliento al respirar me estremece el antebrazo.

—La que te escribí desde Londres.

Todavía estoy aprendiendo a vivir sin ti, pero mientras tanto me cuesta dejar de recordar. Te prometo que intentaré con todas mis fuerzas conseguirlo. Espero que seas todo lo feliz que tú me llegaste a hacer a mí.

La escribí una vez y no la volví a leer, pero todavía recuerdo las tres frases perfectamente. Mike me mira fijamente a los ojos.

—No he recibido ninguna postal.

Durante un segundo, su dedo índice se engancha al mío y tira de él. Después lo suelta, se pone en pie y lleva su bandeja hasta la basura que hay junto a la barra. La vacía y hace lo mismo con la mía, mientras yo intento entender si acaba de pasar algo o solo ha sido un gesto sin importancia. Salimos a la calle y Mike se fija en una venta que hay en la esquina de enfrente, la señala y dice que va a comprar.

—A ver si tienen *luckies* —me dice, mirando a ambos lados de la calle.

—¿Qué?

—Lucky Strike —me responde él, comenzando a cruzar la calle —. ¡Cigarros!

—¿Qué? —le grito, extrañado, sin moverme del sitio, sorprendido y, por qué no, asqueado—. ¿Desde cuándo fumas?

Mike se da la vuelta en medio de la calle, regresa hasta la acera y se ríe. Niega con la cabeza.

—Es broma —me da un ligero empujón chocando su hombro con el mío y empieza a caminar en el sentido opuesto a la tienda—. Vamos a ver si Chris todavía no se ha ido y nos ahorramos el Uber de vuelta.

11
TATUAJES Y CICATRICES

Regresar a casa después de un viaje que te cambia por dentro. Esa sensación de volver a tu rutina, comprobando que todo sigue en su sitio, que esa semana que pasaste fuera solo fue algo pasajero. Cuando la realidad de nuevo toma posesión de tus días y los recuerdos de lo vivido vagan por tu cabeza como una ligera brisa. El olor del café que te transporta a aquel lugar, el sonido de una ambulancia que se parece al de aquella ciudad, el color del cielo que te recuerda el atardecer del que te enamoraste. El viaje ahora solo existe en tu memoria. Si no fuera por las fotografías, incluso llegarías a pensar que lo has soñado. Melancolía, anhelo, esperanza… Regresar a casa después de un viaje que te cambia por dentro es agradable, pero la sensación de no saber si lo vivido fue real o un sueño te desconcierta.

Pues en esa nube llevo yo veinticuatro horas, desde que Chris dejó a Mike en su hotel y regresamos a casa. A su casa.

De todas las cosas que pensaba que podrían ocurrirme en Los Ángeles, encontrarme con Mike era la última. Ni si quiera estaba en mi lista de posibilidades. Ahora que ha ocurrido, no me imagino mi paso por esta ciudad sin esta agradable sorpresa. No espero nada, en serio, pero el deseo no va reñido con la esperanza. Puedo desear algo sabiendo que no lo voy a conseguir nunca. El premio de la lotería, buena estabilidad mental, un abrazo de mi padre… Sé que hago mal deseando, pero no lo puedo evitar, ni mucho menos controlar. Deseo a Mike y me gustaría que fuera recíproco, pero no lo es. O eso creo. No está en mi mano dar el paso. Sí, yo lo engañé y después lo expulsé de mi vida, pero la decisión la tomó él. Mike se merece poder confiar en alguien y dudo mucho que este reencuentro le haya hecho

replantearse su vida sentimental, sea cual sea actualmente.

Mi vida sentimental tampoco es un hueco vacío que deba llenar con algo. En Londres aprendí a no necesitar a alguien a mi lado para tener el corazón pleno. Es probable que haya estado toda mi vida creyendo que debía enamorarme para ser feliz. Ahora sé que hay mucha vida más allá de un novio. Pero, claro, en Londres también descubrí quién era Jake en realidad. Y no sé hacia dónde va lo nuestro (por llamarlo de alguna forma), ni qué futuro tiene. Jake es un soplo de aire fresco en una turbia mente como la mía. Nuestra dinámica juntos es fácil, ligera y simple. Me gusta. Y creo que yo empiezo a gustarle más de lo que el habría esperado. La reaparición de Mike no solo me hace desearle y pensar en un futuro donde volvamos a estar juntos, sino que también me ha lanzado directo en medio de una encrucijada en la que nada está claro. Lo más irónico de todo es que siento como si tuviera que elegir entre ambos, cuando la realidad puede ser tan simple como que a ninguno de ellos le interese una relación conmigo.

A pesar de todo eso, daba por hecho que lo de ayer había sido un golpe de suerte. Una anécdota de fin de experiencia. La última jugarreta de alguno de todos esos *ángeles* que gobiernan este lugar. Pero Mike acaba de llamar al porteo electrónico del apartamento de Chris y vuelvo a estar nervioso. Ayer me lo encontré por sorpresa y no pude anticipar nada. Hoy he tenido un minuto para pensar en el hecho de que voy a volverlo a ver. En un minuto da tiempo a pensar muchas cosas y a sentir otras tantas, no todas buenas. Cuando llama a la puerta, corro a abrir y durante un corto instante siento como si todavía viviéramos en Brooklyn y esta fuese una de tantas veces que Mike se dejó olvidadas las llaves. La única diferencia, aparte de que ahora somos más mayores, es que Mike me respondía al recibimiento con una sonrisa y un beso, mientras que ahora ha puesto cara de estar saliendo en algún programa de cámara oculta.

—Ahora estáis siempre juntos o… —dice, cuando me aparto para que entre. En vez de, simplemente, pasar, se detiene junto a mí y

me da un rápido y extraño abrazo, durante el que solo se toca su pecho con mi hombro.

—Vivo aquí —le digo casi susurrando. De pronto me siento pequeño—. Temporalmente.

Mike deja su mochila sobre la mesa y empieza a abrirse los botones de la camisa, que trae con las mangas subidas hasta los codos. Mi inercia me empuja a hacer algún chiste de índole sexual, pero lo reprimo porque ya no tenemos esa clase de confianza. Va vestido con un pantalón de vestir de verano, una camisa de botones y un calzado serio pero deportivo. Supongo que se ha vestido un poco más formal para alguna reunión de trabajo, por lo de la película. Sé que ayer lo vi en la playa, llevando tan solo un minúsculo bañador cuando se quitó el traje de neopreno, pero ahora siento como si su medio desnudez fuese más íntima y privada. Mis manos me piden acariciar su pecho y tengo que guardarlas en los bolsillos.

—Perdona, pero es que no aguanto más con esto puesto —me dice, como si, nuevamente, estuviera metido en mi cabeza—. Tuve una reunión en tu antigua oficina y después me han llevado a comer comida india.

—¿Desde cuándo te gusta la comida india? —le pregunto. Él saca una camiseta de su mochila y termina de quitarse la camisa. Mi vista vuela hacia su espalda, suave, marcada, moteada de lunares, y tengo que hacer un duro ejercicio de contención para no acercarme.

—Mmm… No sé, ¿desde que la probé? —Mike se ríe ante la obviedad de su respuesta y se pone la camiseta—. Hace unos años, poco después de… Bueno, de eso.

—¿*Eso*?

—Nosotros. —Se descalza.

—Ah. —*Ryan, cierra la boca, anda*—. A Aadhya le caerías bien,

entonces.

Mike se quita una pernera del pantalón y mira hacia mí, haciendo equilibrio.

—¿Quién?

—Aadhya. —Meneo la cabeza en señal de negación. No tiene por qué acordarse—. Mi amiga de…

—¡Ah, sí! —exclama él, antes de poder terminar de hablar—. Tu compañera de la agencia en Londres. Es verdad, la nombraste ayer.

Asiento y me quedo en silencio. Mike me da la espalda de nuevo y me fijo en una cicatriz rara que tiene en una pierna, en sus muslos, en su…

¡Ya! ¡Se acabó! Piensa en la canción, ¿cómo era? Baby shark doo doo doo doo doo doo…

Mike rebusca en la mochila y saca los mismos pantalones cortos que llevaba puestos ayer. Después se vuelve a poner las mismas deportivas que traía puestas. Nos quedamos en silencio y Chris aparece poco después. Entre los helados de ayer y esto ahora, me da la sensación de que lo está haciendo adrede. Sabía que Mike estaba subiendo porque él le abrió la puerta de la calle. Se ha quedado en la cocina a propósito. Estoy seguro de que ya había fregado los platos hace un rato.

—McFly, ¿cómo te las arreglas para terminar siempre viviendo con mis amigos? —le pregunta Mike a Chris. ¿McFly? Y, espera, ¿amigos? Así, sin más, me ha enviado directo a la *friendzone*, sin más trámites ni burocracia. Me siento en el sillón.

—Todos tus ositos quieren la miel de mi colmena —responde él —. ¿Qué quieres que le haga?

Mike saca una botella de agua de su mochila, que más bien

parece el bolso de Mary Poppins, y da un par de tragos. Después se sienta en el sofá que tengo enfrente.

—¿Y con Ryan también hiciste como con Becca? —le pregunta Mike. Yo sigo igual de perdido. Me doy cuenta de que estoy en medio de una conversación entre dos amigos que no han perdido el contacto en estos cuatro años y yo juego en desventaja—. Mira a ver…

—¡No, no! —exclama Chris, y me echa una mirada furtiva que no entiendo—. No hemos hecho nada. Nos conocimos…

Chris empieza a inventarse una historia. Supuestamente estaba con el monopatín por Venice Beach y yo le pedí que me hiciera una foto para colgarla en las redes. Vale, técnicamente no es mentira porque eso ocurrió, pero no en ese contexto ni de esa forma. Le está contando una verdad muy adulterada para ocultar otra verdad más importante, provocando que todo se convierta en una gran mentira. Y lo siento enormemente si esto produce más mal que bien pero…

—Eso no es verdad —digo directamente, interrumpiendo la historia de Chris—. Sí que nos hemos liado. Lo siento, Chris, pero no quiero empezar así otra vez con él. —Miro a Mike y él me devuelve la mirada, algo confuso, quizás incluso conteniendo una sonrisa, pero no sé si real o nerviosa—. Mira, no sé si vamos a ser amigos o si todo se va a ir a la mierda otra vez, pero no quiero que haya basura en el camino.

—Vale —dice Mike, aceptando mi explicación. Pero yo ya he cogido carrerilla, como me suele pasar, y sigo hablando.

—Nos conocimos de fiesta, borrachos, nos liamos y adiós. —Hago un gesto con la mano—. No nos acostamos porque tu amigo casi me abre la cabeza, pero coincidimos poco después en el centro. Me arrolló con su monopatín y terminamos siendo amigos, solo amigos. No ha vuelto a ocurrir nada.

—Juro que solo fue una vez. No sabía que era… él —añade

Chris, sentándose en el sofá, al lado de Mike. Después se le escapa una risa—. Y también juro que no intento matarlo.

Mike se queda en silencio, con la vista perdida hacia el suelo. Pensando, quizás. Analizando, tal vez. Ignorando lo que hemos dicho, porque le importa una mierda lo que hayamos hecho porque no siente nada por mí, más que probable. Después levanta la vista, me mira y se echa a reír a modo de burla.

—¡Entonces sí que te han vuelto a atropellar!

Chris se une a su risa, con más alivio que guasa, y yo al final caigo detrás de ellos, avergonzado. Parece que por una vez he hecho algo bien.

—En serio, Ryan. —Otra vez mi nombre en su boca. Otra vez tengo que reprimir mis impulsos—. No pasa nada. Eres libre de hacer lo que quieras con quien quieras. Además… —Mira a Chris de reojo, con cierta cara de travieso—. McFly y yo también tenemos nuestro pasado, así que mejor lo dejamos todo enterrado. Que en esta habitación nos hemos liado todos con todos.

Se hace el silencio y nos miramos. Sé que Mike perdió la virginidad conmigo y yo lo hice con él, así que cualquier cosa que hiciera en su día con Chris no puede haber sido demasiado relevante, igual que la noche de Tigerheat tampoco lo fue para nosotros.

Rompo la tensión reconduciendo el tema, preguntando a qué viene eso de McFly. Mike y su amiga, Becca, bautizaron a Chris como Marty McFly por el personaje de *Regreso al futuro*, porque en aquella época ya iba a todas partes con su monopatín. Como respuesta, Chris comenzó a llamar a Mike como otro personaje con el que comparte apellido: Peter Parker, el nombre real de Spiderman. Desde ahí han tenido esos motes recurrentes todos estos años. Chris a veces es Marty, otras McFly, otras Mister Monopatín… Mientras que Mike normalmente es Parker y otras veces Spiderman o Spidey. Lo de Peter se perdió por el camino. En el intercambio de motes, Mike ha salido

ganando, porque Parker de por sí ya es su apellido, aunque Chris lo use como si fuera el personaje del cómic.

—Yo lo estuve llamando Patrick un par de días —añado yo al final—. Hasta que me dijo cómo se llamaba.

—Que tengamos nombres es una construcción social —nos dice Chris.

—Ya empieza… —se queja Mike, poniendo los ojos en blanco —. Tú y tus construcciones sociales. Como lo de comerte el postre antes que la comida.

—¡Sí que hace eso! —exclamo, quizás con más efusividad de la esperada. Me gusta esto de unirme a Mike en contra de otro—. Y lo de la edad y el paso del tiempo.

—El cuerpo humano no entiende de ciclos de trescientos sesenta y cinco días… —dice Mike, imitando a Chris con una vocecilla aguda, como de dibujo animado.

Mike y yo nos echamos a reír y Chris permanece serio, observándonos a ambos.

—No me está gustando nada esta narrativa —nos dice—. Sois tal para cual…

Al escuchar esas palabras, se nos corta la risa a los dos gradualmente. No nos miramos, pero siento la tensión que se acaba de formar entre ambos. Y eso que estamos a un par de metros de distancia. Sí, Chris tiene razón y yo también lo pienso, pero no voy a decirlo en voz alta. Prefiero vivir en este limbo en el que no somos nada y lo somos todo al mismo tiempo.

Oímos las llaves en la puerta y Sandra entra al apartamento. Chris corre a saludarla al grito de «¡aliados!» y se la lleva a la cocina. Mike y yo nos quedamos solos. Él aprovecha para levantarse y coger el teléfono de su mochila. Yo me asomo a la ventana, como si ver los

puestos callejeros fuese más interesante que el chico que tengo delante. No nos da demasiado tiempo a pensar, porque Sandra y Chris regresan poco después, nos dicen que les ha surgido un asunto de última hora y se tienen que ir. En su mirada puedo leer que tanto a Mike como a mí nos resulta extraño, básicamente porque ella acaba de llegar y él se supone que había quedado con Mike para hacer planes juntos.

—¿He venido por nada? —le pregunta Mike a Chris, mientras Sandra sale por la puerta y él la sigue.

—Claro que no, Spidey —le responde desde fuera—. Te presento a Ryan. Es un chaval majete. Seguro que os lleváis bien.

Antes de que pueda dar mi opinión, la puerta se ha cerrado y nos quedamos oficialmente solos. Otra vez. Me siento en el sofá, donde estaba sentado Mike, y él deja el teléfono sobre la mesa y se acerca a la ventana. Como si quisiera comprobar qué cosa tan interesante había llamado mi atención ahí fuera. Después se da la vuelta, resopla de forma incómoda y se sienta en el sillón que antes ocupaba yo. Es raro, porque desde que me he sentado aquí he notado que el sofá huele a él, y ahora me pregunto si el sillón olerá a mí y si él se estará dando cuenta. Hace dos días estaba convencido de que debía marcharme de esta ciudad del demonio y ahora estoy sentado en el salón de un chico que conozco de poco y menos, cara a cara con la persona que más he querido en el mundo. No dejo de sorprenderme y todavía, a ratos, siento que todo esto es demasiado raro para ser real.

—¿Quieres ver una peli? —le pregunto, rompiendo el silencio.

—¿Quieres ir a la playa? —me pregunta él a la vez.

Ambos sonreímos tímidamente. Al menos no ha salido corriendo al ver que su plan con Chris quedaba cancelado. Es un paso. Mike propone un plan intermedio que consiste en ir a su hotel. Está medio vacío y tiene un piscina en la que estos días no parece haber

nadie.

Mike se está alojando en Farmer's Daughter, un pequeño pero distinguido hotel en Fairfax, al lado de los estudios de la CBS. Tal y como vaticinó Mike, la piscina, de pequeño tamaño, está vacía y somos los únicos que le damos uso. Es un escueto recoveco del interior del hotel, sin vistas y sin jardines, pero ahora mismo no necesito ostentaciones, ni mucho menos distracciones externas.

Nada más llegar, me quedo en calzoncillos, me enrollo la toalla a la cintura y me los cambio por un bañador. Pillo a Mike mirando de reojo y le digo que aquí dentro no hay nada que no haya visto antes. Él levanta las manos en señal de rendición y se quita la camiseta de espaldas. Hoy prescindo de la crema porque, pese a que hace calor, el sol ya está bajo y la mayor parte del área de piscina está en la sombra. Me siento en la tumbona y Mike se pasea en bañador por delante de mí, metiendo el pie en el agua de la piscina para probar la temperatura. Me dejo caer sobre el respaldo y cierro los ojos, disfrutando del silencio, de la paz, de saber que el movimiento que percibo viene de él y de nada más. Todo está en calma, incluso mi cabeza,

—Me has mentido —me dice de pronto. Me incorporo y le miro extrañado—. Has dicho que no hay nada que no haya visto antes, pero *todo eso* no estaba ahí antes.

Se refiere a mi cuerpo y me muero de la vergüenza al instante, como si fuera un adolescente. Creo que ya he dicho que no soy un modelo de Abercrombie & Fitch, pero el último año entrenando en el gimnasio ha dado algunos resultados que nunca había tenido antes. Estos tres meses en Los Ángeles he cambiado el gimnasio por el surf. Quiero devolverle el cumplido a Mike, pero a mí lo que me fascina de él, aparte de todo, es su personalidad. Ahora es un hombre, pero sigue siendo divertido y un poco payaso. Es todo lo que me enamoró de él

en su día, en un frasco un poco más esbelto y curtido. Lo he visto comer, así que sé que su delgadez actual es algo metabólico, o por los nervios del asunto de la película.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —me dice, sentándose en la tumbona de al lado.

—Siempre —le respondo, usando una palabra muy suya. Ojalá fuera nuestra.

—¿Qué significa *rursus*?

Extiendo el brazo hacia delante y bajo la vista hacia el tatuaje. Mike se toma mi movimiento como una invitación y me sujeta de la mano, atrayendo el antebrazo hacia él. Ahora el dorso de mi mano acaricia su muslo y él me sujeta el brazo con la suya. Si hay algo que demuestre que el cuerpo humano es un conductor de electricidad, es este momento.

—Algo así como levantarse y volver a empezar —le respondo —. Creo que, semánticamente, significa «otra vez».

Levanta la vista y me mira. Que me den todos los premios al mejor actor principal, porque el esfuerzo que tengo que hacer para no besarlo y fingir que no siento nada es digno de ser reconocido. Mike es insoportablemente guapo. Y no me refiero a su cara ni a su cuerpo.

—En realidad llevo desde ayer preguntándome que significaba —me aclara, sin soltarme el brazo—. Pero la ola del mar me confundió. Pensaba que era por…

—No, no es por él —le respondo, sabiendo que Matt es el nombre que termina esa frase—. Es por mí.

Le explico que elegí una ola porque representa a la perfección lo que pretendía llevar tatuado para siempre. Las olas del mar nacen lentamente, crecen, avanzan, se hacen grandes y después se deshacen, desaparecen, se acaban. Pero retroceden para coger impulso y vuelven

a empezar de nuevo, regenerándose una y otra vez, infinitas veces.

—Yo no tengo tatuajes —me dice él, soltándome el brazo. Se pone en pie y se da la vuelta—. Pero tengo esta cicatriz de por vida.

Mike me enseña la cicatriz que vi antes en casa de Chris. Tiene varias marcas que suben desde el tobillo, creando una línea curva hasta la parte alta del gemelo. Quiero acercarme y tocarla. Sentir su tacto, como ha hecho él con mi brazo, pero me contengo. Mike me explica que se la hizo hace un par de veranos, cuando aprendía a surfear con Chris. Se cayó de la tabla cerca de la orilla y la marea lo arrastró sobre una zona un poco rocosa. Una de las piedras era algo picuda y le rajó la pierna.

Me levanto de la tumbona y me acerco hasta su pierna. No la toco, simplemente observo. Cuento las pequeñas cicatrices que hay a cada lado de la línea principal, a lo largo de la herida. Le pusieron doce puntos de sutura.

—¿Se puede mojar? —le pregunto, inocentemente. Mike gira la cabeza hacia atrás y frunce el ceño.

—Sí, claro. No es un Gremlin.

—Ah, vale —le respondo vagamente, fingiendo desinterés

Entonces lo empujo y cae a la piscina, salpicando tanta agua que yo también termino medio mojado. Mike sale a la superficie, se echa el pelo hacia atrás y me mira con los ojos entornados.

—Esto no va a quedar así.

Me apunta con una mano y me hace una seña con el dedo para que entre en la piscina. Meneo la cabeza. *Nop*. Insiste. Repito mi negativa y me echo en la tumbona. Mike se cruza de brazos. La piscina no es profunda y el agua apenas le llega un poco más arriba del ombligo. Continúa observando. Serio. Impasible. Inmutable. Vuelve a señalarme y a indicarme que me una a él en el agua. Me lo tomo como

una señal de lo que demonios sea que está pasando en esta ciudad y entre nosotros. La última vez que viví algo así, me resistí a fluir y la cosa no terminó bien.

Me acerco al borde de la piscina y me siento, metiendo las piernas en el agua. No está fría del todo. Mike se acerca, se apoya en mis muslos y me mira fijamente. Me tenso enseguida. Es imposible que él no se dé cuenta. Trago saliva e incluso tiemblo. Nervios. Mike se impulsa sobre mis muslos, su cara se acerca a la mía, nos miramos frente a frente a escasos centímetros, gira hacia un lado, me pasa un brazo por detrás de la cabeza, la gravedad nos arrastra de vuelta hacia abajo y terminamos dentro del agua. Bajo la superficie, siento cómo los latidos del corazón bombean de forma apresurada y con fuerza. Por un momento he creído que iba a besarme.

Salgo a la superficie y ahora es Mike el que está sentado en el borde de la piscina, en el lado opuesto, sacudiéndose las manos, como si acabara de realizar un trabajo duro y sucio.

—Eres cruel —me limito a decir. No por lo que ha hecho, sino por cómo lo ha hecho.

Se echa hacia atrás y aprovecha el sol que cae en ese lado de la piscina. Yo lo observo desde aquí, sumergido hasta la barbilla, con las piernas medio cruzadas bajo el agua, dándome cuenta de que, en algún punto a lo largo de la tarde, he cruzado la línea que separa el deseo de la esperanza. Le salpico. Aunque no causa ningún efecto porque él ya está mojado, lo sigo haciendo hasta que abre los ojos y se tira sobre mí para hundirme. Sentir sus brazos rodeándome es como estar en el cielo. Yo hago lo mismo y rozo toda la piel que puedo, porque no sé cuándo podré volver a tener esta oportunidad. Fingiendo que juego, me aferro a sus manos, a su cintura, a sus brazos. Le hago la zancadilla bajo el agua, le acaricio el pelo y lo único en lo que puedo pensar es en que quiero que deje de jugar y me bese de una vez. Pero no ocurre. Porque en la historia de Mike yo ahora soy un nuevo amigo.

Cuando cae el sol, Mike me invita a cenar en TART, el restaurante que hay junto al hotel. Los rótulos de neón rojo de la fachada contrastan de forma maravillosa con el atardecer. Además, la pared parece ser un mural que han cubierto parcialmente con listones de madera y el resultado es tan fotográfico que no puedo evitar hacer algunas fotos. Le pido a Mike que me haga una junto al letrero y él sugiere que nos hagamos un *selfie*. Accedo, siendo la primera foto que nos hacemos juntos en más de cuatro años, porque aquel verano de la amnesia no quise inmortalizarlo. Me pide que se la envié por WhatsApp, pero no tengo su número nuevo, así que me lo dicta de nuevo mientras accedemos al restaurante y tomamos asiento.

El local está decorado como un *diner* antiguo y me resulta acogedor al instante. De fondo suena *Goodbyes* de Jorja Smith y esto no es una cita romántica, pero me gusta fingir que lo es. Dejo el teléfono sobre la mesa y me cruzo de brazos, observándole. Mike tiene la nariz y los mofletes colorados por el sol. Cuando sonríe, es como estar viendo agua en el desierto o una hoguera bajo la lluvia. Todavía me parece imposible. Nos sirven dos vasos de agua y nos toman el pedido. No tengo mucha hambre, así que dejo que Mike pida uno de sus platos múltiples y ya le robaré algo.

—¿Cómo es que has cambiado de número? —le pregunto.

—Daños colaterales de ser escritor —responde, poniendo cara de circunstancia—. Necesitaba un nuevo número para la prensa, los contactos y demás.

—Vale. —Arqueo una ceja, como disgustado, pero sin estarlo —. Me has dado el número del trabajo.

Mike chasquea la lengua.

—El otro número lo tienes bloqueado —me responde, poniendo cara de haber ganado el juego—. Y, créeme, te haré más caso en ese

número. Es el del teléfono que siempre llevo encima, por si acaso.

Acepto su respuesta y me conformo. Sé que no debo, pero ha salido el tema, más o menos, y estoy agotado de contenerme.

—Cuéntame, ¿de qué va esa película tuya? —Directo a la boca del lobo. Esto va a doler.

—La película no es mía —me responde, ladeando la cabeza y entornando los ojos, como siempre hace cuando algo no cuadra con su razonamiento—. Es de la productora.

Le hago un gesto con la mano, como diciendo que sí, que vale, que de acuerdo, que no se vaya por las ramas y me diga lo que quiero oír… aunque sé que me hará daño.

—Es bastante fiel al libro —responde finalmente—. Lo único es que tiene más diálogos. El libro tiene muchas narraciones y reflexiones personales de cada uno. La película… será más película, con más conversaciones y mostrando todos esos detalles con gestos y palabras.

—Suena bien, la verdad, pero eso no es lo que te he preguntado. —Extiendo la mano y le doy unos golpecitos en el codo, que tiene apoyado sobre la mesa—. Quiero saber de qué va.

Te gusta pasarlo mal, ¿eh? Eres de lo que no hay.

—Si quieres saber eso, ya sabes lo que tienes que hacer. —Mike le da un sorbo al vaso de agua.

—¿Acostarme con el guionista? —bromeo con una sonrisa. Juro que no va con segundas.

Mike se atraganta con el agua y la que hay en el vaso le salpica la cara. Le digo que es broma y él asiente con la cabeza, mientras se seca con la parte baja de su camiseta. Sé que he estado toda la tarde viéndolo en la piscina, pero ver su ombligo cuando se levanta la camiseta me produce una atracción inmediata. Lo sensual, y sexual,

que es la insinuación, por encima de cualquier obviedad.

—Me refería a que te leyeras el libro —me aclara Mike, carraspeando, aunque yo ya sabía que por ahí iban los tiros.

Me muerdo la lengua para no decirle que ya lo he leído. A estas alturas ya debería dar igual, pero no quiero abrir esa puerta todavía. No sé que hay detrás y en esta habitación todo parece perfecto. O, por lo menos, lo más cerca de la perfección que nuestra historia en común nos permite. Entonces suena mi teléfono y la perfección se deshace en mil pedazos. Es Tyrone Cox.

—¿No vas a cogerlo? —me pregunta Mike, mirando hacia la pantalla—. Espera, ese es… ¿Es el mismo Tyrone Cox? ¿El actor? —Asiento haciendo una mueca de insatisfacción—. Puedes responder, no pasa nada. A lo mejor es importante, algo de trabajo.

—No lo creo —le respondo. El teléfono deja de sonar—. A Tyrone no lo conozco por el trabajo. Bueno, técnicamente sí, porque lo conocí en un estreno, pero vamos… que no.

Mike arquea las cejas casi imperceptiblemente y su expresión se vuelve neutral. Incluso la leve sonrisa que nunca le abandona ha desaparecido. Mira hacia un lateral, observando el local, y yo me empiezo a sentir incómodo. Es posible que ya se haya fastidiado la velada, así que, puestos a joderla, al menos me quito esto de encima ya y no vuelve a aparecer en otro momento.

—Nos dimos dos besos tontos—me sincero—. Pero yo no quería nada con él y ahora se ha obsesionado un poco conmigo. Tendrías que haberlo oído. Me llamó el otro día creyéndose que teníamos algo, que estábamos medio juntos o algo así. Incluso me preguntó quién era Chris. —Mike frunce el ceño—. Muy celoso. Como si tuviera que darle explicaciones de con quién ando.

—No me extraña que su carrera se hundiera —me comenta Mike—. Si trata así a todo el mundo…

Le explico que en realidad se retiró por otros motivos personales, pero no le digo cuales. No lo defiendo, pero no creo que Tyrone sea así en su trabajo. Creo que su actitud conmigo es algo que se ha dado por las circunstancias. Sin embargo, lo cierto es que no lo conozco apenas. Cualquier teoría que se me ocurra para defender o justificar su actitud será completamente subjetiva.

Mike comprende mi situación cuando le digo que, incluso si mi intención fuese quedarme en Los Ángeles, tampoco querría nada con él. Ya hemos empezado con mal pie, y uno muy extraño e incómodo, además. El teléfono vuelve a sonar.

—Déjame. —Mike extiende la mano y coge mi teléfono antes de que yo pueda reaccionar—. ¿Seguro que no quieres nada con él? ¿No lo dices porque sea yo?

—Seguro.

Mike acepta la llamada de Tyrone. Le saluda. Le dice que estoy en el baño. Le pregunta si me puede dar algún mensaje de su parte. Espera. Asiente. Espera un poco más. Le dice que no es *ese* amigo de Ryan. Vuelve a esperar. Se ríe falsamente y añade que yo ya no estoy en Los Ángeles, sino en Nueva York. Asiente. Lo repite: Nueva York. Le dice que no es una broma, que si quiere le envía una foto. Me mira y niega con la cabeza, entrecerrando los ojos. Se queda en silencio un rato y me hace un gesto con la mano, indicando lo mucho que habla Tyrone. Asiento y pongo los ojos en blanco. Mike le insiste, diciéndole que tiene entendido que yo le había dejado las cosas claras antes de irme. Espera. Se ríe. Le dice que no cree que eso vaya a ser posible, porque él es mi novio y ya no tenemos una relación abierta. Ahora soy yo el que se atraganta, pero con mi propia saliva. Bebo agua. Mike me guiña un ojo. Le repite a Tyrone que es mi novio. Sé que es ficción, pero escucharle decir esas palabras de su propia boca me revuelve el estómago por los nervios. Quiero escucharle decir eso sin una llamada impertinente de por medio, de verdad. Mike entra en una falsa explicación acerca de cómo teníamos una relación abierta mientras yo

viviera fuera, pero, ahora que he vuelto a casa, hemos decidido cerrarla porque no nos aportaba nada positivo.

Después de varios minutos, la paciencia de Mike empieza a agotarse y lo percibo en su tono. No sé por qué está haciendo esto. No debería. No por mí; me encanta el detalle de que se esté deshaciendo de Tyrone por mí, en vista de que mis palabras no han servido. Pero la situación ha pasado de ser una broma pícara a estar resultándole molesta y se nota. Finalmente, le dice que no le gustaría tener que bloquearlo porque no cree en la censura (me lo tomo como una indirecta) ni en las dictaduras, y que está convencido de que es buena persona y permitirá que tengamos nuestra relación en paz, sin interrupciones incómodas. Asiente un par de veces más y se despide deseándole la mejor de las suertes.

—Ya está —dice finalmente, dejando el teléfono encima de la mesa—. ¿Algún otro ligue más que necesites que te quite de encima? ¿Alguno de Londres?

Niego con la cabeza, con timidez. No se me pasa el mal cuerpo.

—Creo que habría sido más eficaz ofrecerle una prueba de casting para tu película, a cambio de que me dejara en paz.

—¿Tú crees? —me pregunta, desconfiado—. Yo creo que era un asunto del corazón, no de su ambición.

—Últimamente he aprendido que todos somos capaces de renunciar a grandes cosas a cambio de lo que queremos por encima de todo —le digo, y espero que sepa leer entre líneas—. Y, créeme, lo de Tyrone no era un asunto del corazón.

Mike se encoge de hombros. Él y su fea costumbre de cerrar los disputas con ese gesto. Nunca me quedó claro si es su forma de rendirse y aceptar las cosas como son, o si es una manera de evitar tener una conversación para la que no tiene argumentos. Mike no es perfecto y hay cosas que no me gustan de él, pero eso es justo lo que

equilibraba mis sentimientos por él. De alguna forma, siento que el asunto de Tyrone ha congelado las cosas entre nosotros. Ha desaparecido la chispa. O se ha escondido. Es imposible que ese *algo* que nos une haya desaparecido en medio de una charla telefónica cuando no pudo romperse ni poniendo el Atlántico de por medio.

—Tyrone es parte de lo que te decía ayer —continúo, intentando que entienda que eso forma parte de la parte negativa de la ciudad y yo nunca sentí nada por él—. La ciudad me odia y me hace todo tipo de putadas.

—No creo que una ciudad tenga la capacidad de hacer eso —me dice él, recuperando un poco su humor previo a la llamada—. Solo es asfalto y ladrillos. Y palmeras, muchas palmeras.

—Son las culpables de todo —bromeo—. Estoy seguro.

—Pues en casa apenas hay. —Sonrío y Mike hace una mueca. Sí, en Nueva York no hay. El problema es que todavía no tengo claro si volveré a Nueva York o regresaré al último sitio donde recuerdo que fui feliz, Londres—. Hablando de Nueva York, ¿qué vas a hacer? Es decir… Acabo de decirle a este ejemplar que te has ido de la ciudad, pero no servirá de nada si continuas revoloteando por aquí y vuelves a cruzártelo.

Le cuento a Mike que todavía no sé qué voy a hacer. En Londres estuve muy a gusto y no terminé de exprimirla del todo. Obviamente, Nueva York es casi como mi casa. También está la opción de regresar a Norwalk, pero esa es la menos probable. Lo que sí tengo claro es que de Los Ángeles me voy, así que su plan me viene bien, porque no creo que tarde mucho más en dejar la ciudad. Una o dos semanas como mucho.

—El caso es que me siento perdido —le digo finalmente—, porque, desde que me fui a Londres, he sentido que la vida me iba guiando, ¿sabes? Y ahora, de pronto, es como si se hubieran apagado todas las luces que me mostraban el camino a seguir.

Mike me mira fijamente y se muerde el labio inferior por dentro. Se lleva un dedo a la boca y, de nuevo, repite el gesto rápido para alejarlo de su cara y no morderse la uña.

—¿Y no has pensando que, a lo mejor, es porque ya has llegado a tu destino?

Otra vez, la linea entre el deseo y la esperanza se convierte en un borrón.

Cuando llego a casa de Chris, me encierro en el baño para tener intimidad. No sé si estoy haciendo bien. Si por enviar este mensaje estoy boicoteándome cualquier oportunidad que pudiera tener. Pero algo en mi interior me dice que es lo correcto; que, ocurra lo que ocurra, debo ser transparente.

R: Jake, me he encontrado con Mike.

Sé que Josh le ha contado quién es Mike y él está al tanto de, al menos, parte de nuestra historia. Por lo menos, del principio y del final. Así que no creo que haga falta darle demasiadas explicaciones. En Norwalk ya es tarde, pero me responde con rapidez.

J: ¿Ya has vuelto a Nueva York? Bueno… Sabías que allí eso podría pasar, ¿no?

R: En Los Ángeles.

Jake sigue en línea y me escribe sobre la marcha.

J: Va a tener razón Yoshi cuando dice que atraes el drama como los caramelos a las hormigas.

J: ¿Y cómo estás?

Estoy pensando qué y cómo responderle. Es raro estar hablando de Mike con él. Antes de escribirle nada, él añade otro mensaje más.

J: Puedes hablarme de Mike, tonto. No me voy a poner celoso. Antes de… lo que sea que seamos… somos amigos. Y eso está por encima de todo.

R: Estoy… contrariado. He sentido muchas cosas al verlo. Unas buenas y otras malas.

La mayoría de las malas estaban causadas por la frustración de no poder dar rienda suelta a las cosas buenas, pero eso me lo guardo para mí. Una cosa es ser transparente y otra abrirle mi interior con todo lujo de detalles.

J: Creo que deberías descansar y dejar que todas eso repose. ¿Lo volverás a ver?

R: Hemos quedado mañana para ir de excursión con Chris (el chico del monopatín que te conté, resulta que es de Norwalk y amigo de Mike).

J: Tu vida es una película, Ry. ¿Ves? Escrito sí queda bien.

J: A lo mejor te viene bien recuperar la amistad de Mike para conseguir pasar página.

J: Si es que eso es lo que quieres.

R: No sé qué es lo que quiero.

Jake está un rato escribiendo sin enviar nada. O me está

recitando un verso de la Biblia, o está borrando y escribiendo una y otra vez.

J: Bienvenido al club.

12
A DOS UNIVERSOS DE DISTANCIA

El viento entra por las ventanillas del Lexus, que todavía sigue con vida. Los altavoces bombean música de hace casi veinte años, de cuando los tres éramos pequeños. Mike, Chris y yo aprovechamos el sábado para irnos de excursión, en busca del icono más preciado de Los Ángeles. Ascendemos por la avenida Fairfax con rumbo a Lake Hollywood Park. La intención es ver el letrero de Hollywood lo más próximo posible. No quiero irme de la ciudad sin haberlo tenido cerca y Mike tampoco lo ha hecho en estos últimos veranos.

Hemos recogido a Mike y ahora hablamos de los estudios de la CBS (que están al lado de su hotel) porque Mike el año pasado tuvo allí una entrevista por el éxito de *Buscando estrellas fugaces*. Todavía me cuesta asimilar que él no es solo *mi Mike*, sino también un autor publicado a las puertas de tener su obra plasmada en la gran pantalla. O en la pequeña, más bien. Ya que su película no será estrenada en cines. Hacemos una parada técnica en una estación de servicio para repostar y comprar algo de comer en la tienda. No solo de pan vive el hombre y no solo de un triste bocadillo para merendar vive Mike.

Chris se encarga de la gasolina mientras yo voy a por provisiones. Cuando he cogido algunas bolsas de Lay's (cómo echo de menos las Walkers), frutos secos, galletas y algunas Coca-Colas, recibo un mensaje de Mike por WhatsApp.

M: Para mi una Pepsi.

Cuando voy de camino hacia las neveras para hacer el cambio,

me llega otro.

M: Nunca imaginé que ese sería el primer mensaje que te enviaría después de 4 años.

Lo acompaña con un *emoji* de una cara sonriente del revés. Sí, yo tampoco pensé que algún día volvería a recibir algún mensaje de él, mucho menos uno reconociendo libremente su traición a la Coca-Cola. Pago, regreso al coche y me subo en el asiento trasero. Delante viajan los dos amigos más longevos por derecho.

—No me esperaba esto de ti —le digo a Mike, pasándole la fría lata de Pepsi por la nuca. Él se encoge de la impresión, pero enseguida se deja llevar por el frescor. Me ha salido mal la jugarreta—. Eres un traidor.

—Hay que probar de todo en la vida —dice él, girándose hacia mí—, y a veces descubres nuevos placeres.

Tengo que tener algún tipo de obsesión con este chico (¿alguien lo duda?), porque hasta eso que acaba de decir me ha sonado sexual, y solo está hablando de un refresco. Claro que un refresco es una bebida, y la bebida está solo a un paso de la comida, y la comida para Mike es tan placentera como para otros lo es el sexo. Así que tal vez mi asociación de ideas no ha ido tan mal encaminada.

No te justifiques. Estás como una moto desde lo de la piscina.

—Espero que no hayas renunciado también a los Skittles rojos —le digo, apoyando mi otra mano en su hombro. Chris se sube al coche.

—¡Eso nunca! —exclama Mike.

—¿Nunca el qué? —pregunta Chris—. ¿Ya estás rechazando al pobre chico, Parker?

Mike abre mucho los ojos y se pone rojo al instante, todavía con mis manos y la lata de Pepsi detrás de su cuello. Le da un golpe en el hombro a Chris y yo le doy otro, por solidarizarme, aunque por dentro estoy igual de cortado que Mike. Ni siquiera me devuelve la mirada. Me dejo caer en el respaldo del asiento y guardo la lata de refresco de vuelta en la bolsa. Me da por pensar en qué clase de conversaciones han tenido ellos dos para que Chris se permita el lujo de hacer esa clase de bromas. Si Mike no hubiera superado lo nuestro, no creo que su amigo le hubiera hecho un comentario así, sabiendo que podría tocarle la fibra sensible. Por otro lado, la broma podría ser una maniobra de despiste, precisamente para que yo piense que todo está tan en el pasado que se puede bromear inofensivamente respecto a ello. Lo único que sé a ciencia cierta es que el único que le está dando vueltas al comentario soy yo. Mike no entra en el bucle de pensamientos con tanta facilidad como yo y Chris es demasiado bohemio como para plantearse las consecuencias de sus chistes.

Veinte minutos, seis canciones *dosmileras*, tres barrios, trece curvas y un embalse después, llegamos a Lake Hollywood Park. Chris encuentra un hueco para aparcar en el arcén y salimos del coche. Curiosamente, la falta de aire acondicionado provocaba que hiciera más calor en el interior del Lexus que ahora en el exterior. Es probable que el calor sí que nos haya dado una tregua. También ayuda que el sol ya ha caído bastante.

El parque en realidad es algo así como un vasto terreno de césped, rodeado de árboles, colinas y la carretera por la que hemos llegado. Un poco más a lo lejos, en lo alto del Monte Lee, las icónicas letras de Hollywood presiden el lugar. Mike se acerca a mí, señala el letrero y después deja caer esa misma mano sobre mi hombro.

—¿Sabes que cuando lo instalaron ponía Hollywoodland? —Niego con la cabeza—. Era un anuncio publicitario de una urbanización.

—¿En serio? —le pregunto—. Pensaba que siempre había estado ahí por el distrito.

—Qué va… —Mike retira su mano del hombro y los tres seguimos caminando, adentrándonos en el parque—. Se volvió un icono, pero no siempre lo fue. Lo estuvieron reformando durante décadas. ¡Hasta tenía luces!

Chris se pone la mano en la frente, a modo de visera, y observa el letrero.

—*Eso*… son muchas luces —le dice a Mike.

—Por eso ya no tiene —añade él—. De hecho, ni siquiera son las mismas letras originales. Lo hicieron nuevo en los setenta.

Me descuelgo la Sony del hombro y busco un encuadre de las letras que me guste. El sol cae hacia nuestra izquierda y consigo un efecto interesante. Mike le pide las llaves del coche a Chris y nos dice que ahora vuelve. No hay demasiada gente, pero sí más de la que me gustaría (que es cero). Algunos juegan al rugby, otros al *frisbee*. Una buena parte está haciendo picnics en el césped. Hago algunas fotos más y después le pido a Chris que me haga una con el letrero a mi espalda. Mike regresa con la bolsa de los *snacks* colgada del hombro y comiéndose un puñado de Lay's.

Paseamos por la zona mientras Mike nos sigue contando anécdotas del letrero de Hollywood y del cine de aquella época. No tenía ni idea de que en cuatro años uno pudiera culturizarse tanto. Mike tenía pensado desarrollar un libro basado en el Hollywood de esa época. Una historia de amor prohibido entre castings y censura. Pero se ha enterado de que la propia Netflix está grabando una serie con exactamente esa temática. Ahora no sabe si cambiar de historia o esperar a que se estrene y ver si se parece o no a lo que él pretendía escribir. No es la misma situación, pero me recuerda a todas las veces que hacía alguna campaña gráfica en la agencia y, cuando estaba en marcha o, a veces, incluso terminada, descubría que el *slogan* ya se había usado recientemente en otra cosa, o visualmente se parecía demasiado a aquella otra. Desventajas de dedicarnos a la creatividad,

en diferentes variantes. Casi todo está inventado ya. Solo cambia la perspectiva.

Nos sentamos en un lateral del parque, bajo uno de los árboles. Mike reparte los refrescos y deja la bolsa en medio. Yo me limito a coger de las Lay's que tiene cerca. A ver si el destino quiere que se sincronicen nuestros movimientos y nuestras manos coinciden al mismo tiempo yendo hacia el interior de la bolsa. Definitivamente, estoy rozando el ridículo. He pasado de no querer saber absolutamente nada de él a mendigar los roces de su mano.

—¿Y cómo llevas la fama? —le pregunto a Mike, bromeando. Él me mira de reojo y sé que le ha costado no ponerlos en blanco.

—Muy mal, la verdad. —Mira a su alrededor—. ¿No ves toda esta gente? No puedo hacer vida normal sin que me acosen. —Chris se deja caer de espaldas y se queda tumbado, bajo la sombra del árbol—. Me duele la mano de firmar autógrafos y la boca de sonreír en fotos.

En el pasado, cuando el mundo no había dejado de girar entre nosotros, mi respuesta a algo así habría sido dejarme caer en su regazo y abrazarle, porque sé que Mike solo usa su humor y sus bromas tontas cuando está a gusto y tranquilo. Hoy, me limito a reírle la gracia y a decirle que toda esa gente no está aquí por él, sino por Chris, que se ha liado con media ciudad. Él suelta un bufido, pero sigue tumbado, con los ojos cerrados.

—En realidad es raro —continúa Mike—, porque mi vida ha cambiado, he vendido muchos libros, estamos preparando una película y ahora tengo algo más de dinero… pero no soy famoso. La gente no me reconoce en ninguna parte, salvo muy contadas excepciones. Es como tener lo mejor de los dos mundos.

—Una vida de éxito pero la tranquilidad del anonimato —le digo. Él me mira y asiente lentamente con la cabeza.

—Exacto. —Lleva su mirada hacia lo alto de la colina, hacia el

letrero—. Me apetece subir, ¿quién se apunta?

—¿Se puede? —pregunto. Daba por hecho que llegar hasta las letras de Hollywood es imposible. Es decir, que está prohibido.

—Hay un mirador por encima de las letras, donde está la central de comunicaciones —me informa Chris, sin moverse del sitio —. Yo paso. Ya subí hace unos años y no me apetece nada la caminata.

Lo cierto es que yo tampoco tengo ganas de ponerme a hacer senderismo ahora, pero, si Mike quiere subir, no voy a desaprovechar ese tiempo de más que podemos estar juntos. A Chris no le importa quedarse solo y quiere echarse una siesta, así que lo dejamos en la sombra con parte de las provisiones. Mike mete las demás en su mochila y yo compruebo que llevo agua en la mía.

Son alrededor de las seis de la tarde y, según Google Maps, la caminata es de una hora y poco, así que salimos del parque, lo rodeamos y nos encaminamos hacia arriba, recorriendo calles residenciales. Mike me pregunta si quiero escuchar música, así que compartimos sus auriculares. Continúa la misma lista de reproducción que veníamos escuchando en el Lexus. Después de varias canciones que no conozco, suena *Born To Try* de Delta Goodrem. Viajo directamente hasta algún verano en el que tendría ocho o nueve años, yendo en coche desde Norwalk hasta St Dean con mis padres. No había vuelto a escuchar esta canción desde aquel entonces. De hecho, no recordaba ni quién la cantaba, pero ha sido escuchar los primeros acordes y saber al instante qué canción es. Me acuerdo de él, de mi padre, y me pregunto si Mike sabe que murió hace tres años.

Espera, ¿que día es hoy?

Miro la pantalla de mi teléfono y siento como un crujido por dentro. Fue el jueves. No sé cómo he podido haberlo olvidado. Ni siquiera llamé a mi madre. Ese día estaba demasiado ocupado pensando en lo mucho que odiaba Los Ángeles y reencontrándome con

Mike en la playa.

—Me acabo de dar cuenta de que el jueves fue el aniversario de su muerte —le digo a Mike, deteniéndome en mitad del camino.

—¿Matt? —me pregunta él, con tranquilidad, sin rencor aparente.

—No, mi padre. —No debería haberlo negado, porque en realidad sí. Ambos murieron el 5 de septiembre, con cuatro años de diferencia—. En realidad, el de ambos.

Mike me mira, en silencio. Yo sigo quieto, alternando la vista entre su cara y mi teléfono. No sé si llamar a mi madre o normalizar que nuestras vidas siguen y no pasa nada si un año no me acuerdo de mi padre justo en *ese* día.

—Podemos volver, si quieres —sugiere Mike. Niego con la cabeza y sigo caminando—. Debería haberte llamado —continúa diciendo a mi espalda—. O haber ido a Norwalk.

Me detengo hasta que me alcanza y seguimos caminando codo con codo. Doy por hecho que se refiere a que se siente culpable por no haber hablado conmigo cuando murió mi padre. Mentiría si dijera que no esperé su llamada.

—No pasa nada —le disculpo—. Tampoco me habrías podido llamar porque tenía tu número restringido.

Mike se echa a reír durante un par de segundos. Después se muerde los labios por dentro. No se da cuenta de que da igual que estemos hablando del funeral de mi padre, verle sonreír nunca sobra.

—¿Sabes qué fue lo último que me dijo? —le pregunto después de un rato. Mike me mira, atento—. «Gasta todos tus esfuerzos y tu energía en hacer lo que el corazón te pida». Y sé que no debería decirte esto, pero lo decía por ti. —Mike se muerde el labio otra vez —. Por nosotros.

—Ryan, yo…

—Él te quería —le interrumpo, si es que iba a decir algo—. Solo quería que lo supieras.

Me adelanto de nuevo y Mike me alcanza después de un par de minutos. Seguimos calle arriba y llegamos hasta un recoveco donde el asfalto se termina y comienza la tierra. Desde aquí, se ve el letrero un poco más arriba en la colina. Es increíble lo cerca que está y las vueltas que hay que dar para llegar hasta allí, porque está prohibido ir a través de la montaña. Mike me pide que le haga una foto con el letrero detrás y eso hago. Primero con mi cámara de fotos, después con su teléfono. Pocos minutos después, llegamos a otro recoveco en el camino desde el que se empiezan a distinguir las vistas de la ciudad a nuestros pies. El color del cielo ha empezado a oscurecerse y temo no llegar a tiempo a la cima para ver la puesta de sol en todo su esplendor.

—Bueno, cuéntame —le pido, mientras continuamos la marcha —. ¿Qué más traiciones has cometido, aparte de lo de la Pepsi?

Mike se lo piensa un poco, como si tuviera que hacer inventario en su cabeza de las novedades que no conozco.

—Ahora intento ser vegano —me responde. Yo me echo a reír. Mike y el veganismo son polos opuestos. Como si Elsa quisiera ir de vacaciones a Mordor. Él se toma mi risa como una respuesta—. He dicho que lo intento.

—El otro día te comiste un sandwich de pavo —le recuerdo—. Y anoche en la cena comiste pollo.

—Voy por fases —me aclara él, aunque se ríe al decirlo—. Ya no como carne de vaca ni de cerdo. Lo siguiente será el pavo y por último el pollo.

—Me apuesto lo que quieras a que te comerás una

hamburguesa de ternera antes siquiera de haber renunciado al pavo.

Mike resopla con buen humor y me tiende su mano para aceptar la apuesta. Yo se la estrecho.

—¿Y qué nos jugamos? —me pregunta. No tengo que pensármelo demasiado.

—Si gano, te vienes a verme a Londres y te enseño la ciudad.

Me ha salido solo, como si diera por hecho que voy a regresar a Inglaterra y a dejar de nuevo todo esto atrás. Mike parece haberse dado cuenta, porque ha cambiado la expresión de su cara. Se ha sorprendido.

—Me parece justo —me responde, todavía estrechando mi mano—. Y si pierdes, será Nueva York en vez de Londres.

Asiento, nos apretamos las manos un poco más para cerrar el trato y seguimos caminando. Mike se suelta y retoma el camino, pero yo me quedo atrás. No me queda claro qué es lo que acabo de apostar. No sé a qué se refería exactamente.

—¡Ey! —le llamo, pero él no me hace caso—. ¡Espera! ¿Será Nueva York el qué? —le pregunto, y él acelera el paso—. ¿Te refieres a que tengo que ir a visitarte o a que tengo que elegir Nueva York en vez de Londres? —Me ignora por completo. Incluso se lleva las manos a los oídos—. ¡Mike!

Media hora, una botella de agua y unas veinte canciones después, llegamos al final del recorrido. A nuestra derecha, el sol acaba de ponerse más allá del horizonte. Las nubes rosas cubren el cielo y la línea anaranjada del horizonte se fusiona con la tierra, creando una marca difusa. Al frente, la inmensidad de Los Ángeles a nuestros pies y los colores del cielo más oscuros, mostrando algunas estrellas que empiezan a asomar su luz. Me vuelvo loco a sacar fotos mientras Mike inspecciona la zona. Hay bastante más gente de la que

parecía por el camino, teniendo en cuenta que no nos hemos cruzado con nadie bajando. A mis pies, la trasera de las letras de Hollywood. Más allá, el embalse, Hollywood, todos los demás distritos y los rascacielos del centro de la ciudad.

Recuerdo cuando solía pensar que los atardeceres junto al mar tenían propiedades curativas, casi mágicas. Tantos veranos que pasé sentado en las escaleras del porche de la casa de la playa, observando la puesta de sol y creyendo que se llevaba consigo todos mis problemas. Qué ingenuo era. Qué ignorante. Qué soñador. Ahora soy más realista. Me limito a admirar la belleza de la luz proyectada en el cielo, de esos colores, de las nubes que cambian de forma y tono según avanzan por el cielo, de las luces de la ciudad que comienzan a encenderse, y del tráfico que avanza por esa red cuadriculada de calles y edificios que da vértigo desde aquí arriba.

Me doy cuenta de que Mike me está mirando y me pregunto cuánto tiempo lleva observándome. Esa parte de mí que no solo desea, sino que espera, quiere pensar que ha sido durante un buen rato, porque está sintiendo cosas. Las viejas y otras nuevas. La parte de mí que intenta sobrevivir a estos días surrealistas, tiene claro que solo ha sido casualidad y le he devuelto la mirada en el segundo justo.

—Venga, una foto —me dice. Cojo la cámara y me alejo un poco, para buscar un encuadre en el que entre Mike, parte del letrero y la ciudad a lo lejos—. No, no. Los dos juntos.

Le pedimos a una chica que nos haga una foto y acepta amablemente. Me paso la mano por el pelo para intentar controlar el alboroto que tengo montado en torno a la frente y Mike me dice que estoy bien así. Nos colocamos donde nos indica. Él se junta más a mí y roza mi espalda con su mano. Cuando dejo de sentir el tacto, es porque la ha apoyado en mi cintura. Sonreímos y la chica nos hace algunas fotos. Después le pido que nos haga otra con mi teléfono y se repite la jugada.

—¿Esta no la cuelgas en Instagram? —me pregunta, cuando me

ve guardar el teléfono. Después me guiña un ojo.

—Creo que mucha gente se quedaría boquiabierta si colgara una foto contigo.

—Pues venga, envíalos de vuelta al pasado —me dice, arqueado las cejas y extendiendo el brazo, como si fuera Buzz Lightyear.

Abro la aplicación y preparo la publicación, sin filtros ni ediciones. Real. Tan real como lo que acaba de decir Mike y que me hunde un poco más por dentro. «De vuelta al pasado», porque para él eso es lo que somos. Mike y Ryan, juntos, pertenecen a otra vida. Cuelgo la foto y después grabo un vídeo que muestre ambos lados de la ciudad desde aquí arriba. *Hashtag: Buscando estrellas fugaces*. No, mierda, no puedo poner eso. Mike piensa que no he leído su libro y, sorprendentemente, no me ha mencionado el título. Y, aunque lo hubiera hecho, sería como gritarle al oído que lo echo de menos, que quiero que nuestra historia no sea pasado, sino presente y futuro. Borrar. *Hashtag: La ciudad de las estrellas*. Más sutil, pero igual de revelador… para el que sepa leer entre líneas.

Según se hace de noche, el paisaje cambia y se convierte en una llamarada de luces que se extiende hacia el horizonte de forma casi infinita. Es como si todo el planeta fuese una gran masa anaranjada que brilla en la oscuridad. Mike se acerca hasta mí, mientras hago nuevas fotos, y se apoya en mi hombro.

—Desde aquí es como si nada existiera —me dice cerca del oído—, y al mismo tiempo es como si todo cobrara sentido. Es increíble pensar que todas esas luces en realidad son personas, ¿verdad? Hay tanta gente que uno pensaría que encontrarse con alguien en concreto sería algo mágico, casi un milagro.

Después saca su teléfono y hace un par de fotos antes de alejarse hacia otra zona más abajo, desde la que puede ver las letras de Hollywood un poco más cerca.

Magia. Hacía tiempo que no sentía esa palabra. Dejé de creer en la magia cuando cayó aquella estrella fugaz en la playa y puso el punto y final a mi historia con Mike. Fue como si se nos hubiera gastado en aquel instante. Bajar una estrella del cielo es imposible, pero aquello fue lo más parecido que conseguí darle a Mike. Y, con ello, nuestras reservas de magia se agotaron. Ojalá me haya equivocado y la magia solo se haya transformado en otra cosa. Suena mi teléfono y pienso que es algún mensaje de alguien en Instagram, pero es uno de Jake.

J: Iba a preguntarte por tu excursión, pero acabo de ver la foto que has subido.

No sé que responderle. Mis dedos revolotean por encima de la pantalla sin rumbo fijo. Jake sigue rompiéndome los esquemas y me hace cuestionarme todo lo que siento y he sentido. Antes de poder responderle, veo que está escribiendo de nuevo y espero.

J: El atardecer fascinante. Tú tan guapete como siempre. Y Mike… En fin, para qué te voy a mentir. Me gusta hasta para mí. :D

El problema de lo que tengo con Jake es que no tengo ni idea de qué tengo con Jake. Y eso no ayuda. No sé si solo somos amigos, si somos algo más a la espera de volvernos a ver, si él siente algo por mí o solo es una atracción física más intensa de lo que él esperaba… El caso es que, sea lo que sea, me atrae la idea de explorar ese terreno desconocido. Tal vez mi subconsciente tiene razón y debería irme a Londres, así no tendría que debatirme entre volver a apostar por el que hasta ahora ha sido el amor de mi vida o dejarme llevar con el chico que podría demostrarme que estaba equivocado.

R: Sinceramente, no sé cómo responder a eso sin quedar mal, así que voy a ignorar tu último mensaje y decirte, simplemente, que eres una mala influencia. :P

Cuando es casi de noche, nos acordamos de Chris y

emprendemos el camino de vuelta. No tenemos que realizar todo el trayecto, porque nos encontramos el Lexus aparcado en el cruce donde comienza la carretera privada. Nos subimos en el coche y Chris nos cuenta que se despertó hace media hora y subió a buscarnos lo más cerca posible, porque se aburría y se había quedado sin batería en el teléfono. Se nos ocurre pasar por Gower Plaza para comprar algo de cenar en el Subway y seguir hacia el hotel de Mike. Sin embargo, al llegar de vuelta a Fairfax, Chris nos dice que en realidad está bastante cansado y quiere irse a casa. Ni siquiera me pregunta si me voy con él, sino que da por hecho que me voy a quedar un rato más. Nos deja en la puerta y se marcha antes siquiera de que podamos intentar convencerle para que se quede un rato. Me sabe mal, porque siento que le estoy robando tiempo a Chris para estar con su amigo.

Subimos a la habitación de Mike, que todavía no había visto, y me sorprende lo espaciosa que es. Tiene dos estancias conectadas. Una pequeña sala de estar, con un sofá, y la zona de la cama. Incluso tiene una pequeña cocina en la sala. La terraza da a la piscina, y encima de la mesa que hay junto a la entrada tiene algunos ejemplares de su libro; los cuales ignoro a propósito, como si no me hubiera dado cuenta de que están ahí.

Le pido que me preste algo de ropa, porque me doy asco y quiero darme una ducha. Entro en el baño con la camiseta y el bañador que me ha dejado y cierro la puerta. Me miro en el espejo y pienso en el día de hoy, y en el de ayer, y en el de antes de ayer. Me observo e intento adivinar si, en ojos de otra persona, me vería interesante o si sería un cualquiera más. Me gustaría saber si tengo las cualidades necesarias para que alguien quiera pasar su vida conmigo. Está claro que Max nunca se lo planteó. Matt era demasiado joven para pensar con lógica (igual que yo). Y, a fin de cuentas, esa historia con Mike de la que tanto hablo ocurrió cuando teníamos menos de veintiún años. No es que yo ahora sea un hombre y tenga las cosas superclaras, pero ya he vivido, experimentado, viajado… Tengo donde comparar para saber que lo que siento por Mike no es conformismo, por ser el único amor real y duradero que he tenido, sino algo real.

Algo real que solo tiene cabida en mi cabeza. Sin embargo, en estos tres días no le he visto ni un solo gesto de desprecio, aburrimiento o rechazo.

Debería ser capaz de hablar, de decirle lo que siento y pienso, de pedirle, no sé, otra oportunidad. Aunque realmente lo que quiero no es *otra* oportunidad, sino simplemente reescribir la historia y volver a empezar de nuevo. Sin pasado. Sin errores. O con los nuevos que estén por venir. Pero no se cómo me atrevo a plantearme algo así, cuando no he tenido valor ni para preguntarle si actualmente está saliendo con alguien. No tengo que olvidar que yo estoy en Los Ángeles por elección propia y estoy fluyendo sin rumbo. Mike tiene una agenda cerrada. Planes firmes. Se irá mañana por la tarde de vuelta a Nueva York. Y yo volveré a perderme. Es por eso que tampoco tengo claro si querría esa oportunidad. Pensaba que me había encontrado, pero vuelvo a estar tan perdido como al principio, navegando entre tres aguas completamente distintas.

Tras la ducha, Mike hace lo mismo y nos comemos los bocadillos fríos del Subway mientras vemos *House Hunters Renovation.* Es un programa de esos en los que una pareja tiene que elegir una casa con potencial para ser comprada y reformada. Un programa de los que se multiplican como polillas en el horario de noche. Un programa al que no le hacemos ni el más mínimo caso, y que solo sirve como excusa que justifique por qué estoy aquí y no me he ido ya de vuelta al apartamento con Chris.

Tiro el envoltorio del bocadillo en la papelera, le doy un sorbo a la botella de agua y me echo en la cama. Tengo las piernas muertas. Literalmente, como diría Aadhya. Mike sube el volumen de la televisión y me demuestra que estaba equivocado. Él sí le estaba haciendo caso.

—Mira, a ese le pasó lo mismo que a ti —me dice, señalando la televisión con el mando en la mano—. Escucha.

Pero no hay nada que escuchar porque cambian de tema, así

que Mike me cuenta que uno de los compradores tuvo un accidente de coche y perdió la memoria. Todavía no la ha recuperado y no recuerda nada de su vida anterior. Su actual pareja es la enfermera que le estuvo cuidando durante dos años hasta que despertó.

—Eso suena incluso más a película que lo mío —le digo a Mike —. Y mira que lo de mi oportuna amnesia ya rozaba lo surrealista.

—Sí, la verdad es que aquel año fue muy… extraño.

Mike se deja caer sobre la pila de almohadas y cojines de la cama y suelta el mando a un lado. Después, se pasa un brazo por detrás de la cabeza y se gira hacia mí.

—¿Te ha vuelto a pasar?

—Solo cuando Chris casi me destroza la rodilla —le digo, bromeando.

—No, no. —Mike se pone serio—. Lo de volver a olvidar cosas.

—Ah. La verdad es que no. Y mira que lo intenté.

Mike se gira hacia el lado opuesto y da un trago de la botella de agua que tiene en la mesilla de noche. Al regresar a la postura inicial, mi indirecta ya se ha evaporado entre los dos sin que se diera cuenta de ella.

—Entonces, ¿soy el único al que le hiciste eso de volver a aparecer por casa como si nada, a ver si colaba?

Me río inevitablemente. Solo él es capaz de darle la vuelta a cualquier situación dramática hasta convertirla en una parodia.

—Que yo sepa, sí. —Me ruedo hacia abajo hasta que mi cabeza llega a las almohadas y me giro hacia él. *Mike y yo teniendo una conversación en la misma cama. Quien quiera que esté escribiendo la historia de mi vida se está luciendo con este capítulo. ¿Ahora es cuando me*

besa? Venga, por favor. No te pido nada, ente invisible que controla todo. ¿No? Pues nada, seguiré hablando—. Salvo que se lo haya hecho a alguien y no me lo hayan dicho.

—Créeme, te lo dirían —me asegura Mike—. Se pasa demasiado mal como para fingir que no ha ocurrido.

—¿Lo pasaste mal? —Mike asiente lentamente con la cabeza, sin decir nada—. Lo siento.

—No fue culpa tuya. Y de todos modos tampoco fue para tanto. Lo pasé peor cuando tuviste el accidente.

—No puedo decir lo mismo —bromeo. Mike disimula una risa, coge una almohada y me golpea con ella dibujando una parábola con el brazo en el aire—. Cuando desperté, lo peor había pasado. Al menos, lo peor para ti, para mis padres…

—Ya… Supongo que para ti lo peor fue despertarte sabiendo que habían desaparecido tres años de tu vida. —Asiento en silencio, y ahueco la almohada sobre los cojines, aprovechando la maniobra para situarme un poco más cerca de Mike. Estábamos como a dos universos de distancia—. Pero sí, para nosotros lo peor fue antes. Al menos, cuando despertaste significaba que habías regresado. Pero aquella noche… ¡*Uf*!

Mike se gira, quedándose boca arriba y pierde su mirada en el techo. En realidad no tengo ni idea de qué vivió o sintió él. Cuando desperté, no hablamos del accidente. Solo de todo lo anterior, intentando conseguir que mi memoria regresara en algún momento. Evidentemente, ante una situación así, uno asume que tus seres queridos lo han pasado francamente mal, pero nunca lo llegaron a verbalizar con explicaciones específicas.

—Fue el peor momento de mi vida —continúa Mike—. Bueno, el segundo peor. —El primero fue cuando murió su madre un año antes de conocernos. Estoy seguro—. No sé cómo lo viviste tú, Ryan,

pero desde fuera fue horrible. —Mike sigue hablándome como si yo estuviera en el techo de la habitación—. Han pasado muchos años ya, pero todavía recuerdo exactamente lo que sentí cuando vi cómo el coche te golpeaba. —Sus ojos se empañan y una lágrima perdida cae por el lateral de su cara—. Te quedaste ahí tirado en medio del paso de peatones y había sangre por todas partes. —Se muerde ambos labios, reprimiendo algo—. Me quedé paralizado. No sé cuánto tardé en reaccionar y correr hacia donde estabas. Pensaba que habías muerto, que te había perdido para siempre. No quería tocarte pero tampoco separarme de ti. Entré en pánico.

—Normal —le digo—. Cualquiera se hubiera puesto nervioso.

Mike gira la cabeza hacia mí y más lágrimas encuentran vía libre para correr rostro abajo.

—No me puse nervioso. Me dio un ataque de pánico de verdad. Me puse a temblar, arrodillado a tu lado, llorando y sin saber qué hacer. Supongo que alguien había llamado ya a una ambulancia, porque yo desde luego no fui. No podía respirar y sentía que se me iba a parar el corazón. Tú no reaccionabas, el conductor del coche temblaba y gritaba, y cada vez había más gente alrededor. Y yo me odiaba a mí mismo por estar dándole importancia a lo que yo sentía, mientras tú estabas tirado en el asfalto, aparentemente muerto.

—No sabía nada de eso.

Normal, ¿cómo iba a saberlo? El momento de hablar de ello fue cuando recuperé la memoria y ni siquiera le di la oportunidad de tener esta conversación hace cuatro años, cuando él más la necesitaba. Después de pasarse cinco meses a mi lado en el hospital, y otros tres intentando que me acordara de quién era, mi respuesta a su decisión fue expulsarlo por completo de mi vida. Fui un auténtico gilipollas.

—Al día siguiente —continúa—, cuando supe que estabas vivo, no sé por qué, me acordé de Matt. —Mike vuelve a desviar la mirada hacia otro punto de la habitación—. Fue como si, de pronto, hubiera

descubierto de la peor manera lo que tú habías sentido cuando murió. Solo que yo tenía la suerte de que no te había perdido. Y, joder, no sabes cómo me alegre. Por ti, por mi, por los dos.

—Mike… —le digo, poniéndole la mano sobre su antebrazo—. No lo recuerdo. Mi último recuerdo de aquel momento son las luces del coche y el siguiente es despertar en el hospital. Pero, créeme, lo que tú viviste fue mucho peor a lo que viví yo. Te lo aseguro. Matt murió, pero el contexto en el que ocurrió todo fue menos…

—¿Sangriento? —sugiere él. No encontraba una palabra que lo definiera.

—Algo así —le respondo, y levanto la mano de su brazo—. Para mí fue una experiencia traumática porque siempre he sido un neurótico, pero tú eres mucho más fuerte y estable que yo.

—En realidad da igual. Cada uno lo vivió a su manera. Lo que sí te puedo decir es que te comprendí de la noche a la mañana. Y estuve cinco meses pensando que no merecía la pena seguir obsesionado por lo que me habías hecho—. Lo de acostarme con otro chico el día de mi cumpleaños, supongo—. Quise olvidarlo. Joder, habías estado a punto de morir. Lo de Leo había dejado de importar. De golpe, sin más. No existía ya.

No preguntes. No preguntes. No preguntes. No…

—Entonces, ¿qué pasó? —*Mierda*—. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Todo —responde él con más rapidez de la que me hubiera gustado—. Es decir… Cinco meses es mucho tiempo. Los sentimientos se asientan. La experiencia traumática pierde intensidad. Los recuerdos vuelven. Los míos, no los tuyos. —Vuelve a girar la cabeza y me mira—. Cuando despertaste, yo estaba dispuesto a volver a empezar, aunque ya no tuviese esa sensación de haber estado apunto de perderte por completo. Pero entonces…

—Volvió Matt —digo antes de que pueda terminar la frase.

Me desperté del coma con amnesia, creyendo que estaba tres años antes y que Matt y yo habíamos pasado la noche juntos en la playa. Tuve que revivir por segunda vez el golpe de saber que había muerto. Mike tuvo que escucharme hablar día y noche acerca de Matt, de lo enamorados que estábamos, de su pérdida, de lo surrealista que era todo. Durante tres meses, tuvo que soportar a su propio novio hablando de otro chico como si nada. Y yo no se lo puse nada fácil, hasta que recordé quién era él y supe trazar la línea entre un chico y el otro, antes de que mi memoria volviera por completo.

—Comprendí que no estabas listo para volver a tener una relación conmigo —dice finalmente—. Tal vez ese fue nuestro error de base, Ryan, que nunca llegaste a estar listo del todo. A lo mejor forzamos una relación que no estaba preparada para durar para siempre.

Llevo la mano hasta su cabeza y le acaricio el pelo. Él cierra los ojos, todavía humedecidos y respira lentamente. Lo observo y es como si viera a un Mike que no había conocido todavía. Uno más vulnerable, más frágil. Para mí, Mike siempre había sido el fuerte, el adulto, el maduro… Él llevaba las riendas de nuestra relación y yo me dejaba llevar, porque me sentía seguro a su lado. Ahora me doy cuenta de que también es capaz de romperse y perderse, que no somos tan diferentes en ese aspecto como pensaba. Si no había descubierto esto antes, quizás tiene razón cuando dice que nos embarcamos en una aventura cuando no era el momento. Creía saberlo todo sobre él y ahora me doy cuenta de que hay todo un mundo interno que desconocía. Sin embargo, no puedo imaginar una vida en Norwalk sin él. Mi vida sin Mike, sin el camino que recorrimos juntos, no habría sido la misma.

—Siento haberte metido en todo este lío —le digo en voz baja, pero no responde.

Su respiración es más lenta y acompasada, su mano yace abierta junto a la almohada y su boca está ligeramente abierta. Se ha quedado dormido. Cierro los ojos y me acerco un poco más a él. Somos dos extraños que se han reencontrado después de varios años y que fingen que el tiempo no ha pasado. Con los ojos cerrados y limitándome a sentir su presencia, percibir su olor y escuchar su respiración, es como si el tiempo no hubiera avanzado y todavía estuviéramos en nuestra cama de Brooklyn. ¿Qué es más real? ¿La esencia o lo palpable?

Mi cuerpo me pide besarlo, mi esencia me pide abrazarlo, el miedo me pide que huya de nuevo. Me acerco a Mike hasta quedar a pocos centímetros de su cara. Le paso la mano por el pelo una vez más y le doy un beso en la frente. Debería irme, así que solo me voy a quedar un ratito más. Ahora que ya no puedo tenerlo, me conformo con sentirlo.

13
DORY, STAR WARS Y EL CONCEPTO DE LIBERTAD

Esto no estaba dentro de mis planes.

Realmente, nada de lo que está ocurriendo este fin de semana estaba dentro de mis planes, pero *esto* menos. Acabo de despertarme en una habitación de Farmer's Daughter, el hotel de Mike. Eso de *solo me voy a quedar un ratito más* se ha convertido en *voy a pasar la noche con él porque me voy a quedar dormido a su lado sin darme cuenta*. Por el rabillo del ojo, veo que la televisión sigue encendida. Las luces también, aunque ya es de día. Estoy girado hacia afuera, Mike está a mi espalda y su brazo me rodea el torso. Me siento tan genial que es deprimente. Esto no es real. Es decir, no es algo voluntario. Nada me gustaría más que lo fuera, pero no es así y tengo que regresar a la Tierra.

Me escurro hacia el lateral de la cama y me levanto. Mike sigue dormido y su brazo se extiende sobre la mitad de la cama que ocupaba yo. Voy al baño, me desahogo, me lavo la cara y pienso en darme otra ducha, porque me siento pegajoso por culpa del calor. Pero no tengo más ropa y tampoco puedo arrasar con toda la maleta de viaje de Mike. Meto la cabeza debajo del grifo y me mojo el pelo para poder controlarlo y no ir por la vida como si hubiera dormido boca abajo, colgado de la barra del armario.

Salgo del baño y Mike está despierto, sentado en el borde opuesto de la cama, de espaldas a mí, mirando algo en su teléfono.

—Lo siento —le digo—. No pretendía quedarme.

Mike se gira hacia mí y me hace un gesto despreocupado con la mano, después regresa la atención a su teléfono. Recojo mi ropa de ayer de la esquina del suelo en la que la dejé tirada y la meto en la mochila. Busco mi botella de agua pero está vacía. Mike me silba, me doy la vuelta y me tira volando la suya, que atrapo al vuelo en una maniobra un tanto ridícula. Bebo agua, me calzo las zapatillas y me cuelgo la mochila al hombro.

—¿Ya te vas? —me pregunta. Arqueo una ceja y me encojo de hombros—. Tengo el día libre.

—Pensaba que… —*Pensaba que lo razonable sería que me fuera, porque no debería haber dormido aquí*—. ¿No vuelves hoy a Nueva York?

—El vuelo sale esta noche.

Mike levanta su teléfono en alto para que vea la pantalla, pero desde esta distancia solo veo un borrón azul. Ah, es el fondo del mar. Muchos peces. Vale.

—Quiero ir aquí —me dice, señalando el teléfono con la otra mano.

—¿Al fondo del mar? —Pienso en la conversación de anoche, en Matt, y me parece una broma demasiado macabra, incluso para él. Mike cierra los ojos y suspira.

—Definitivamente, hay cosas que el tiempo no cambia —me responde—. Es un acuario. Está en Long Beach.

—Ah, vale. Sí, eso tiene más sentido.

Mike me mira. Yo miro a Mike. Mike hace un gesto con la mano, como si esperara algo. Yo lo repito, pero con los hombros. Vuelve a resoplar.

—Que si quieres venir conmigo.

—Ah. ¡Ah! —Sí, es oficial. Me han vuelto a atropellar y estoy en coma otra vez. Cuatro días con Mike. ¡Cuatro! Esto no puede ser real—. Sí, claro. Pero es una tirada en metro.

—Seguro que McFly nos presta su chatarra con ruedas —asegura él, bajando de nuevo la vista a su teléfono—. Según el mapa, son cuarenta y cinco minutos por la ruta 110.

Y así es. Pasamos por el apartamento de Chris (es decir, por mi apartamento provisional) y lo pillamos preparándose para ir a trabajar. Accede a prestarnos el Lexus, a cambio de que lo llevemos al hospital y le volvamos a dejar el coche aparcado por fuera a la vuelta, antes de que termine su turno. Mike se duchó y se cambió en el hotel, así que se ofrece a llevar a Chris mientras yo hago lo propio en casa. Después me pasará a buscar. Cualquier mal sentimiento que pudiera tener ayer por estar robándole a Chris tiempo con su amigo se esfuma cuando, antes de irse, me pregunta en voz baja si ya Mike y yo nos hemos vuelto a liar. Creo que lleva todo el fin de semana desapareciendo adrede y no entiendo nada. Mike y yo no hemos tenido *esa* conversación, pero ha dejado caer varias veces que lo nuestro no se volverá a repetir. Incluso anoche dijo que, tal vez, no debería haber sucedido en primer lugar. Por mucho que me cueste asimilarlo, es posible que tenga razón. Si nunca hubiese conocido a Mike, me habría ahorrado mucho sufrimiento. El problema es que da igual el dolor. Ahora que lo conozco y sé que existe, no me imagino mi vida sin que él hubiese pasado por ella.

El trayecto hacia el sur de la ciudad es más bien silencioso. En vez de conectar el teléfono al equipo, escuchamos la música que la emisora de radio decide, hablamos de los paisajes que nos encontramos de camino y, básicamente, nos limitamos a existir. Llenando los minutos

de esos necesarios silencios que también forman parte de la vida. No mencionamos nada de lo de anoche, ni yo le cuento que me desperté con un abrazo involuntario suyo. A efectos prácticos, es como si no hubiéramos dormido juntos.

Llegamos a Long Beach en torno a las once de la mañana y aparcamos en un parking público entre Ocean Boulevard y Seaside Way. Antes de bajarme del coche, me echo protector solar y obligo a Mike a hacerlo también, porque dice que está nublado y no se va a quemar. El acuario está a cubierto, pero no pienso estar seis horas metido ahí dentro, por muy bonito que sea. Al final cede a mi petición. Paseamos por la avenida Pine, con una hilera de palmeras que se abren a nuestro paso, como en prácticamente todas las avenidas de esta ciudad. Rodeamos el centro comercial The Pike y, al cruzar la calle, descubrimos que hay otro parking más cerca. No es público, pero te convalidan el ticket al consumir y comprar en las tiendas del centro.

Esta zona de la ciudad tiene un aspecto más turístico. Me llama la atención un puente que cruza la calle, cuyos cables tienen forma de montaña rusa. De hecho, desde lejos lo veía detrás de la noria que hay en el exterior de The Pike y daba por hecho que era una atracción de feria. Recorremos todo el paseo y llegamos hasta el Acuario del Pacífico. Hacemos una pequeña cola y llegamos a la taquilla. Las entradas cuestan doce dólares por cabeza.

—Yo invito —me dice Mike a la hora de pagar.

—Entonces, la comida corre de mi cuenta —sugiero yo.

—Te vas a arrepentir de haber dicho eso.

Entramos en el acuario y una gran ballena colgada del techo nos recibe en el hall principal. Mike avanza ladeando la cabeza y mirando hacia arriba cada dos por tres, como si la estructura fuese a ceder en cualquier momento y caer sobre nosotros. Aprovecha para ir al baño antes de hacer la visita y yo me acerco a la cafetería para

comprar una botella de agua y algún *snack*. Mientras estoy esperando en la barra, suena mi teléfono y me llega un mensaje de Aadhya.

A: He hablado con Zoey y su oferta sigue en pie. ¡Puedes incorporarte en las próximas semanas! Me ha pedido que no te lo diga, pero no podía callarme. Te va a llamar mañana.

Así que Londres vuelve a reclamarme. Casi había olvidado que mi vida laboral ahora mismo está pendiendo de un hilo. Ni siquiera he llamado a Victor Coleman para saber si mi antiguo puesto sigue libre. Estos días vivo en un limbo fuera de la realidad. Esto no es mi vida. Son solo unas vacaciones sentimentales para observar el pasado y cómo pudo haber sido el futuro si yo hubiera tomado mejores decisiones. Esta tarde se romperá el hechizo, desaparecerá la magia de nuevo y volveré al mundo real. Entonces, y solo entonces, será cuando tome una decisión. De momento, quiero seguir jugando a este extraño juego.

R: Mañana te respondo a eso, cuando me baje de la nube. Estoy pasando el fin de semana con Mike, mi ex. Sé que nunca te he hablado de él, pero tenemos una conversación pendiente.

Le adjunto la foto que nos hicimos ayer junto al letrero de Hollywood y guardo el teléfono en el bolsillo. Compro el agua y la comida. Suena el teléfono de nuevo y lo compruebo.

A: Me gusta más Jake, pero a este tampoco lo echaría de mi cama.

A: Si no lo has nombrado nunca, puedo imaginar el porqué. Así que ten cuidado, no quiero que te hagas/hagan daño.

Le envío un *emoji* con un beso y guardo el teléfono en la mochila, en silencio. Mike regresa y subimos por unas escaleras que tenemos al lado, sin rumbo fijo. No me he molestado ni en mirar el mapa que nos entregaron al comprar las entradas. Se hace la

oscuridad y nos adentramos en una sala rodeada de cristales. Al otro lado, multitud de especies marinas tropicales nadan ajenas a que, más allá de estos muros, está el océano de verdad.

—En realidad, me da pena que estén aquí encerrados —me dice Mike, observando una familia de peces cirujano. Más conocidos en el mundo coloquial como «¡mira, es Dory!».

—Pues la idea de venir aquí fue tuya —le respondo en broma, levantando las manos en señal de inocencia—. De todos modos, estos peces seguramente han nacido aquí. No conocen otra cosa. —Mike se encoge de hombros, aceptando resignado mi respuesta de consolación —. Que sigue sin ser perfecto, pero el concepto de libertad supongo que va sujeto al contexto de lo que conoces, ¿no?

Mike aparta la mirada de los peces y la lleva hasta mí.

—Explícame eso —me pide—. La libertad es libertad, no está sujeta al cristal con el que se mire.

—Pues, a ver… Digamos que eres Dory y has nacido en un acuario.

—¿Vas a usar a Nemo y a Dory como referencia del concepto de libertad? —me pregunta Mike, reprimiendo una mueca de burla.

—Sí, y *Star Wars* también. Atento. —Me crujo los dedos de las manos y finjo prepararme para una ardua tarea física—. Dory nace en un acuario y, pérdidas de memoria aparte, es feliz. Pero entonces se pierde y descubre que hay todo un océano en el exterior. Esa es su libertad, ¿no? —Mike asiente—. Pero, antes de saber que existía el océano, su libertad no era el mundo exterior, sino esos otros acuarios en los que sabía que había otras especies, porque se comunicaba con su amiga… erm… no recuerdo el nombre, por las tuberías. Primero, su libertad estaba en los acuarios cercanos y después estuvo en el mar abierto.

—Me muero por saber qué pinta *Star Wars* en todo esto —comenta Mike, cruzándose de brazos y apoyándose en la barandilla que nos separa del cristal del acuario. Le hago un gesto para que tenga paciencia.

—Ahora olvida a Dory y piensa en ti mismo —continúo—. Si te encerraran en este acuario, te sentirías atrapado porque sabes que hay un mundo exterior. Tu libertad está fuera. En cambio, si estás fuera y… yo que sé, imagina que hay una pandemia mundial y cierran las fronteras del país, tu libertad se vería cortada porque no puedes salir de Estados Unidos.

—Nunca he salido del país y me he sentido libre todo el tiempo —me responde él, intentando fastidiarme la teoría.

Niego con la cabeza y le pongo una mano en el brazo para que espere. Está frío.

—Nadie te prohibe salir, por eso tu libertad sigue intacta. Pero bien, como te decía, está basada en tu propio contexto de lo que conoces. Ahora llega la parte que te gusta. —Me doy cuenta de que estoy acariciando su brazo ligeramente con la punta de mis dedos y retiro la mano—. En *Star Wars* la vida y la tecnología en el universo han avanzado tanto que conocen la existencia de otros planetas, especies, formas de vida… Y son libres para viajar por todo el universo conocido. Pero imagina un esclavo que no pueda salir al espacio exterior porque lleva algún dispositivo que se lo impide. No sería libre, a pesar de disponer de todo un planeta para moverse a su aire.

—Al conocer que hay todo un universo ahí fuera, su percepción de la libertad es mucho más amplia que la nuestra y se siente encerrado —añade Mike finalmente.

Le explico, entonces, que un pez que nace en un acuario como este no sabe que no es libre, ni siente que no es libre, aunque haya nacido para serlo. La libertad o falta de ella se la otorgamos nosotros

con nuestro conocimiento, pero el bicho en cuestión es ajeno a ella. Con esto no justifico los zoológicos, ni pretendo que esta situación deje de dar pena. Solo intento mostrarle a Mike otra perspectiva en la que los animales que han nacido en cautividad no son conscientes de cuál es su verdadera naturaleza y, por lo tanto, no sufren por carecer de una libertad que no saben que deberían poseer. Luego está la parte moral de si está bien o mal que los seres humanos hagamos algo así, pero no es el tema que pretendía abordar.

Es un poco como estar en una relación y pensar que no podrás vivir fuera de ella. Al no conocer todo lo que hay en el exterior, no nos damos cuenta de la libertad que poseemos; y creemos, falsamente, que solo junto a esa persona podremos sobrevivir. Yo, en los últimos meses, he descubierto ese inmenso mundo exterior y he comprobado que puedo ser feliz ahí fuera, en otros entornos y con otras personas. El problema es que no estoy seguro de querer ser libre lejos de aquí.

Seguimos caminando y, en la sección de las nutrias de mar, todo mi argumento anterior sobre los peces y su libertad se va a la mierda. Es imposible ver a estos animalitos tan adorables encerrados en cien metros cuadrados y no sentir pena por ellos, aunque no sean conscientes de su propio encierro. Desconozco si todas han nacido aquí, pero, si no, está claro que algunas sí tendrán cierta noción de una vida anterior en la que su entorno era mucho mayor y más emocionante que una piscina y un par de rocas artificiales. Pensando en eso, en las vidas anteriores, me pregunto qué fue de Mike. Ahora sé cómo se sintió aquel verano y por qué tomó las decisiones que creyó oportunas, pero no sé nada más.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Mike está semiagachado, haciéndole muecas cariñosas a una nutria que está pegada en el cristal, a un palmo de su cara. Se gira hacia mí y me hace un gesto afirmativo—. ¿Estás saliendo con alguien? Solo por curiosidad —añado, para que no piense más de la cuenta.

—Se podría decir que no —me responde. Y no sé si alegrarme a morirme.

—Se podría decir que no —repito sus palabras—, pero hay algo.

No pretendía sonar celoso y creo que no lo he conseguido. No son celos, es frustración. Mi libertad se rompe en pedazos precisamente al descubrir que soy completamente libre para salir de aquí.

—No, no hay *algo* —me aclara él, incorporándose y hablándome cara a cara, con expresión seria—. Había algo, hace meses, pero no creo que quede nada a estas alturas.

—No sé si decirte que lo siento o…

—No lo sientas —me interrumpe Mike—. No hay nada que sentir. Estoy bien. Ambos estamos bien. A veces las cosas no funcionan porque no tienen que funcionar, ¿no crees? —No sé si lo creo. Es decir, sí lo creo, pero no quiero creerlo si con eso también se refiere a nosotros dos—. Milo no era mal chico, pero, a pesar de tener diez años más que yo, no tenía las cosas muy claras. Y ni siquiera se daba cuenta.

Hago un rápido cálculo mental. Mike cumplió veinticinco años el 7 de julio y me está hablando de algo que ocurrió hace meses, supongo.

—¿Estuviste saliendo con uno de treinta y cuatro años?

—No *saliendo* saliendo, pero sí. —Mike se ruboriza un poco y vuelve a dirigir su atención a las nutrias—. Y al parecer yo era más maduro que él. Milo tenía mil cosas buenas, pero tenía la peor que podemos tener cuando empezamos a conocer a alguien. Seguía pillado de otro. Aunque tampoco es que pudiera quejarme de algo así.

—De su ex, supongo —intento adivinar.

—¿Sabes quién es Pablo Speer? —me pregunta, cambiando el

tono. Avanzamos a la siguiente sala del acuario y le respondo que sí. El escritor. Compré uno de sus libros el día que Chris me arrolló con su monopatín. Todavía no lo he leído—. Pues ese es su exnovio. Milo estuvo saliendo con él antes de conocernos, pero no es de él de quien seguía colgado, que habría sido un poco más normal, o al menos habitual, pero apenas lo mencionaba. —Mike me mira y después baja la cabeza haciendo una mueca—. Perdona, no sé qué hago contándote de la vida de otro.

—No pasa nada—le respondo, quitándole importancia al asunto. Realmente tengo curiosidad por conocer en qué clase de historias sentimentales se ha metido Mike durante este tiempo, aunque pueda llegar a fastidiarme. Me hace sentir que no soy el único que anda perdido.

Mike golpea suavemente el cristal de un gran acuario lleno de medusas y es como si pudiera ver su eléctrico reflejo en sus ojos. Me fijo en sus finos labios y tengo que controlar un nuevo impulso de dejarme caer sobre ellos y arriesgarme a ver qué sucede.

—Es que era incómodo —continúa él, de pronto—. porque, de vez en cuando, Milo hacía comentarios acerca de este otro chico, un tal Axel. Eran comentarios inofensivos, pero eran demasiado frecuentes. Vivía anclado en su pasado y llegó un punto en el que mis sentimientos por él se convirtieron en simple confusión. Y eso que yo tampoco es que fuese perfecto, pero hacía que sintiera dudas de lo nuestro y de mí mismo. —Por un momento fugaz pienso que *lo nuestro* se refiere a nosotros dos y pongo los ojos en blanco por lo imbécil que puedo llegar a ser—. Creo que nadie debería aventurarse a empezar una relación nueva si no ha superado la anterior. Eso de que un clavo saca a otro clavo es una temeridad.

—Ya, por eso yo no he querido tener nada serio con nadie —le respondo, apoyando su teoría.

—¿Cómo? —me pregunta, sujetándome el brazo por el codo—. ¿Qué has dicho?

Me doy cuenta de que acabo de confirmarle que yo no he superado a mi ex. *Mierda. Doble mierda.* No quiero decirle que no lo he superado a él, pero tampoco quiero que piense que no he superado a Max.

—Nada —me limito a responderle y cambio de tema—. Mira, por ahí es la exhibición de los leones marinos, aunque creo que ya ha empezado.

Avanzo sin mirar atrás. Cuando lo hago, Mike me va pisando los talones y va consultando el mapa del acuario con la cabeza baja. No parece tener intención de insistir en saber qué quería decir con mi comentario. Probablemente le he dado más importancia yo que él. Quizás no me entendió, sin más.

Como anticipaba, el espectáculo ya ha empezado, así que no nos detenemos, sino que lo vemos de pasada mientras recorremos la sección. Creo que con esto sí que no estoy cómodo. Una cosa es la percepción de la libertad y otra adiestrar animales a tu antojo para que tengan una vida que no les pertenece. Pero no quiero ponerme en plan moralista. Es decir, sé que no es tan fácil como cerrar estos lugares y dejarlos libres, porque la mayoría de todos estos animales no sobrevivirían en el mundo exterior más de un par de días. Sin embargo, supongo que en algún momento hay que romper la cadena. En el planeta hay cientos de especies en peligro de extinción que sí podrían ser criadas en cautiverio, en zoológicos y acuarios, precisamente para ayudarles a preservar su especie. Creo que no es necesario renunciar a todo esto para ser ecologista, sino darle un uso más inteligente.

Bajamos a la planta baja y nos acercamos hasta la Caverna Azul, una amplia y ancha pared de cristal con un acuario al otro lado. Lo cierto es que parecía más grande en la foto que me enseñó Mike esta mañana, pero la tenue luz que hay en el hall le aporta un aspecto apacible y misterioso. Me apoyo en el cristal y doy pequeños golpecitos con el dedo. En el otro lado, hay un pez plateado que

parece estar observándome. Oigo el sonido de una foto y, al darme la vuelta, veo a Mike enfocándome con su teléfono.

—Esta te va a gustar para tus fans —me dice. Supongo que habla de Instagram.

Me acerco hasta él y gira el teléfono hacia mí para ver la foto. Todo azul, lleno de peces y rocas. En medio mi silueta oscura con la mano apoyada en el cristal. Me encanta. Le pido que me la envíe y después le hago una a él, de aspecto similar.

—Los dos subiendo la misma foto —me dice, mientras cada uno prepara su publicación—. Los que nos sigan a ambos van a pensar cosas raras.

Sonrío, esperando que así sea. No sé, tal vez si todos nuestros amigos en común conspiran para que estemos juntos, al final ocurra. Lo cierto es que ayer, después de subir nuestra foto en Instagram, recibí algunos mensajes preguntándome qué hacíamos nosotros dos juntos en Los Ángeles. Otros preguntaban que si habíamos vuelto. Y otros, desconocidos, diciéndome que no sabían que tenía novio y que hacíamos buena pareja. Ojalá fuese cierto, pero me toca un poco la moral que dos chicos gays no puedan subir una foto juntos sin que haya gente que asuma que son pareja. Existe la amistad y este fin de semana, muy a mi pesar, está siendo muestra de ello.

Lo cierto es que debería hacerme ya a la idea de que estos días son solo la culminación de una historia inacabada. Quizás estábamos destinados a estar juntos, pero no como novios, sino como amigos. A partir de ahora, nuestra amistad podría provocar otras muchas otras cosas mejores para ambos. Lo que pasa es que yo estaba enamorado del Mike de veinte años, y sería el iluso más grande de la Tierra si me negara a mí mismo que también me he enamorado del de veinticinco. No obstante, no sé si todo forma parte de un espejismo de fin de semana que se diluirá con el tiempo, en cuanto todo esto termine, o realmente el hecho de que mi ansiedad haya desaparecido por completo desde que Mike apareció es una indicación de que esto es lo

que mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón quieren para mí. La encrucijada llega cuando pienso en que Jake también provocaba que mi ansiedad desapareciera. Son dos tipos de libertades diferentes.

Mike se frota la barriga y sé que eso significa que tiene hambre. Llevamos unas dos horas en el acuario, se nos han acabado las provisiones que compré al llegar y creo que ya hemos amortizado la entrada. Salimos al exterior y el calor es agobiante y húmedo en comparación. Las virtudes y defectos del aire acondicionado de interiores. El muelle de la marina tiene forma circular y paseamos a su alrededor bajo las nubes, que poco hacen para evitar que llegue el calor hasta aquí abajo. Parece como si las estaciones se hubieran rodado y el verano se negara a morir. Las palmeras que rodean el muelle son tan altas que su sombra apenas ayuda.

Entramos en Tokyo Wako, un restaurante japonés junto al arco de entrada al muelle, y arrasamos con el *buffet* de sushi. No he sido consciente del hambre que tenía hasta que he tenido los platos delante y los hemos devorado sin piedad. Entre pieza y pieza, me atrevo a preguntarle a Mike por su vida post-Ryan, aparte de lo de su no-relación con ese tal Milo.

Mike regresó a Nueva York y prefirió repetir el segundo curso en el Miami Ad School (una escuela de artes gráficas en la que nos habíamos matriculado dos años antes, al llegar a la ciudad. Nueva York, no Miami, que el nombre confunde). Entre lo de mi accidente y el mal año anterior que habíamos tenido por mi culpa, Mike sintió que no había retenido nada de lo poco que había aprendido. Yo, en cambio, me esforcé durante varios meses para terminar de sacarlo a tiempo en el plazo extra que me concedieron, justo antes de comenzar a trabajar en la agencia de publicidad. Ventajas de haber tenido un accidente y de recibir un trato especial, supongo. Cuando Mike terminó de estudiar, se dio cuenta de que la publicidad no terminaba de motivarle y fue cuando empezó a sentir la necesidad de escribir lo que sentía. Su libro nació como un desahogo de su vida personal, de todo lo que le atormentaba por dentro y no le dejaba dormir. Escribió

para expulsar todo lo que le hacía daño recordar, pensando que así le ayudaría a seguir con su vida y pasar página.

Está claro que lo consiguió, y tú no.

—Cuando lo terminé se lo enseñé a Sussan —me dice, rebañando los restos de salsa Teriyaki con la última pieza de sushi—. Y ella hizo el resto.

—¿Cómo? —le pregunto, sorprendido—. ¿A qué te refieres?

Mike me mira echando la cabeza hacia atrás, incrédulo.

—¿No lo sabías?

—No sé qué es lo que tengo o no tengo que saber —le informo —, ¿qué hizo Sussan?

Mike deja escapar una risa nerviosa, se limpia con la servilleta y apoya los brazos sobre la mesa.

—Le di el manuscrito a Sussan porque quería saber su opinión psicológica respecto a todo lo que había escrito. Si pensaba que detrás de todas esas palabras había algún tipo de sentimiento reprimido o algo que me pudiera afectar mentalmente a largo plazo. Y resulta que le gustó tanto que, sin decirme nada, se lo dio a Sarah, una amiga suya de Norwalk que ahora trabaja como editora en Chicago.

—Típico de Sussan —añado, sin intención de crítica—. Ir por ahí haciendo cosas sin permiso.

—A mí me solucionó la vida, o parte de ella. —Mike se encoge de hombros—. Todo eso que daba vueltas en mi cabeza lo convertí en una obra de ficción, así que tampoco me preocupaba que alguien más lo leyera.

Otra vez. *Ficción*. Crucé la línea entre el deseo y la esperanza, y ahora aquí, a este lado, todo se vuelve cada vez más oscuro y tengo

que regresar antes de que empiece a doler.

—Semanas después —continúa él—, Sarah me contactó directamente y me ofreció un contrato editorial. Corregimos algunas cosas, mejoramos otras y, en seis meses, el libro estaba en la calle. —Mike chasquea los dedos, como si todo hubiera ocurrido por arte de magia—. Eso fue hace dos veranos. Esa Navidad ya estaba en la lista de los más vendidos del New York Times. Y en febrero de este año apareció la oferta de la productora.

—Pensaba que la película era de Netflix.

—No —me aclara él—, realmente fue la productora la que se interesó en comprar los derechos, pero le vendieron el proyecto a Netflix bastante rápido. Como ahora están apostando más por películas LGTB…

Mike y yo. Yo y Mike. Sentados en un restaurante japonés al sur de Los Ángeles, con unas vistas espectaculares a un muelle lleno de yates y barcos de vela, hablando sobre sus proyectos cinematográficos. ¿En qué momento ha ocurrido todo esto? Si parece que fue ayer cuando me pasaba las horas echado en el sofá, disfrutando de las tardes de NPM (Netflix, Pizza y Mike).

Madre mía, el golpe me voy a llevar esta noche.

—Estoy muy orgulloso de ti, Mike —le digo, con toda sinceridad, más allá de lo que siento o no siento por él.

—Gracias. Yo también lo estoy de ti. —Su mano se desliza por la mesa y sujeta la mía. Después me ofrece una sonrisa, mordiéndose el labio inferior.

—Yo no he conseguido nada —le digo, con cierto pesimismo—. Pasan los años y sigo estando en el mismo punto. Me alejo de él pero soy como un péndulo, siempre regresando al punto de partida. Cuanto más rápido me alejo, más rápido vuelvo.

Mike menea la cabeza en señal de negación y entrelaza sus manos, apoyando los codos en la mesa. Me mira por encima de ellas.

—Si no hubieras conseguido nada, no habrías estado ¿cuánto? ¿tres años? trabajando en una de las mejores agencia de Nueva York, después seis meses en Londres y ahora en Netflix en Los Ángeles. —Para habernos reencontrado hace cuatro días, Mike parece haberse aprendido de memoria mi itinerario—. Creo que has conseguido mucho más de lo que piensas, pero siempre has tenido la fea costumbre de fijarte en lo que te falta, en vez de valorar lo que tienes.

No puedo evitar sentir que eso es una indirecta y tiene toda la razón. Mike es la persona que mejor me conoce del mundo. Aunque no sepa todo acerca de mis actividades diarias específicas, sigue siendo quién más información tiene sobre mi personalidad y mi forma de ser en general. Si su definición de quién soy sigue siendo acertada cuatro años después, significa que no he cambiado tanto como pensaba. O quizás lo hice pero el péndulo que controla mi personalidad ha regresado de nuevo al punto en el que estaba cuando vivíamos juntos.

—Pero no todo es el trabajo, Mike —le digo finalmente—. Una buena campaña de publicidad no te abraza por la noche, ni te consuela cuando todo parece hundirse. El éxito no se acurruca a tu lado a ver programas estúpidos en televisión, ni te acaricia el pelo cuando te estás quedando dormido. Y el dinero, definitivamente, no te hace sentir único y especial.

Mike se queda en silencio y baja la mirada. Su sonrisa ha desaparecido. Cuando pasa un camarero, le pide la cuenta e intenta pagar, pero le recuerdo lo que hemos acordado y cede a mi petición. Al salir del restaurante, son cerca de las cuatro de la tarde y nos queda una hora antes de tener que volver al centro. También nos queda por delante la hora de trayecto para poder devolverle el coche a Chris a las seis.

Compramos un par de helados y paseamos por la zona. En el

muelle, hay un trozo de cubierta que se extiende hacia el interior del mar, así que lo seguimos. Al final, una serie de bancos rodean el contorno de la cubierta y nos sentamos. Frente a nosotros, al otro lado del muelle, una isleta de césped, flores, palmeras y un pequeño faro blanco decoran las vistas. *El faro de Brian.* Más a lo lejos, el lado industrial y feo del puerto. Lanchas y pequeños barcos cruzan el agua y corre una ligera brisa que consigue aliviar el calor. O quizás sea el helado.

Me siento un poco más cerca de Mike y sacó el teléfono.

—Ven, que acabo de acordarme de que la pelirroja no tiene Instagram.

—¡Es verdad! —exclama él, motivado con mi idea—. Se va a morir cuando nos vea.

Extiendo el brazo y nos hacemos una foto con el paisaje que acabo de describir al fondo. Mike hace una mueca dándole un lametón al helado. Lo miro y tengo que reprimir las ganas de besarlo, de abrazarlo, de tirarlo al agua y decirle que espabile y se dé cuenta de que lo quiero.

Joder. Lo quiero. Esto es una mierda.

Le envío la foto a Sussan por WhatsApp y le escribo un mensaje.

R: ¿Quieres un helado?

Dejo el teléfono a un lado, en el banco, y Mike me pregunta por ella. Sé que no se refiere a qué es de su vida, porque siguen estando en contacto, sino a mi relación con ella. No sé muy bien cómo explicarlo. Creo que la mejor definición de mi relación con Sussan es cuando das algo por hecho, porque siempre ha estado ahí y estás seguro de que no va a desaparecer. Pero lo cierto es que no estoy tan seguro de eso ya. Cuando volví de Londres, le prometí que íbamos a

estar más en contacto, que no iba a desaparecer de nuevo, pero no lo he cumplido. No recuerdo cuándo fue la última vez que hablé con ella, pero sé que hace ya bastante. Supongo que me he acostumbrado tanto a las redes sociales, Instagram en particular, que me olvido de que hay vida más allá. Me centro en lo que veo a diario, comento historias y publicaciones, escribo mensajes espontáneos, etcétera, y relego a un segundo plano a quién no veo con esa frecuencia, aunque sean los que al final siempre van a estar ahí. Sé que no es excusa, o tal vez sí lo sea. Irónicamente, mi amiga psicóloga es la que mejor podría disipar esa duda y explicarme por qué actúo de esta forma.

Mike se termina su helado, tira la servilleta en una papelera cerca y regresa al banco. Me doy la vuelta sobre mí mismo para sentarme de cara al mar. Entonces él se sienta a mi lado, pero un poco más lejos, se inclina hacia mí y termina apoyando la espalda en el banco y su cabeza en mi regazo.

Esto es nuevo.

Mis impulsos me incitan a acariciarle el pelo, agacharme hacia él y darle un beso, pero los encierro en un acuario de cristal al fondo de mi corazón, privándoles de toda libertad. En su lugar, extiendo una mano hacia atrás e inclino la cabeza levantando la cara hacia el cielo. Suena mi teléfono. Sussan ha respondido.

S: ¿Qué clase de brujería es esta? Dime que es un montaje.

Lo leo en voz alta y Mike se echa a reír.

—¡Qué loca está! —exclama él, y se escapan todos mis instintos de sus jaulas. La imaginaria luz del faro me ilumina y decido arriesgarme. Me inclino para besarlo. Él abre los ojos y la luz desaparece. Me bloqueo, asustado.

—Tienes una pestaña aquí —miento. Finjo quitarle algo de la cara y vuelvo a echarme hacia atrás, respirando hondo e intentando

controlar mi ritmo cardíaco.

—*Mmm*, me quedaría aquí para siempre, bajo el sol —dice Mike, volviendo a cerrar los ojos.

—No hace sol —le digo—. Estás igual de loco que Sussan.

—*Shhh*. —Intenta callarme poniéndome una mano en la boca, pero calcula mal la distancia y solo me roza la barbilla—. Tenías razón con lo de la crema. Sí que hace sol.

Lo doy por perdido y me limito a disfrutar de los últimos minutos de estas vacaciones en Mikelandia. A partir de mañana (no, de esta noche) se cierra el parque y se acabó la fantasía.

Una hora después, detengo el coche frente al hotel de Mike y llega la hora de la despedida. Nos quedamos un rato en silencio, sin saber qué decir. Está claro que no vamos a volver a desaparecer del mapa el uno para el otro. Ahora podemos ser amigos, aunque vaya a costarme sangre y sudor acostumbrarme. Pero no sé todavía dónde voy a vivir próximamente, así que es posible que esta extraña amistad que hemos creado durante este fin de semana haya nacido para morir en esta misma ciudad.

Por primera vez en estos días, Mike me da un abrazo y respiro su cuerpo, oliendo su pelo y controlando todos mis impulsos una vez más. En el fondo de la garganta se me acumulan la tensión y las ganas de llorar. Las reprimo como malamente puedo.

—Lo he pasado muy bien estos días —me dice cuando nos separamos—. No esperaba que ocurriera todo esto, pero ha sido genial, de verdad.

—Sí —le digo con mucho esfuerzo, como si cada palabra liberara una a una las cuerdas con las que retengo el dique de mi

llanto—. Para mí también ha sido genial.

—Me alegro de que nos hayamos reencontrado.

Mike coge su mochila, abre la puerta del coche y sale, cerrándola de nuevo tras él. Pasa por delante y se acerca hasta mi ventanilla. Introduce la mano en el interior y me rebuja el pelo.

—Y no te lo cortes, que te queda muy bien así.

Me echo a reír, aunque en realidad lo que quiero es abrir la puerta del coche, abrazarlo y decirle que, por favor, no se vuelva a ir de mi vida, porque no me gusta sentirme libre si no es con él. Mientras imagino esa escena, lo veo alejarse del coche y cruzar la calle. Cuando llega hasta el otro lado, se da la vuelta y levanta la mano para despedirse. Arranco el Lexus y Mike hace otro gesto que no entiendo, cruza la calle y vuelve hasta mí.

—Espera, espera —me pide—. No te vayas, ahora bajo.

Mike se va, desaparece en el interior del hotel y no entiendo nada. Tarda solo dos o tres minutos en volver a salir, pero se me hacen eternos. En la radio del coche, ni siquiera da tiempo a que Miley Cyrus termine de cantar su nuevo single, *Slide Away*. En mi cabeza, ha dado tiempo a reponer todas las temporadas de *Las Aventuras de Mike y Ryan*. Aparece de nuevo por la puerta del hotel, sin la mochila y con algo en la mano. Algo que, desde aquí, ya reconozco. *Buscando estrellas fugaces*.

—Esto es para ti —me dice, colando el libro por la ventanilla del coche—. Espero que lo leas y me des tu opinión algún día.

Lo cojo entre mis manos. Ya lo había visto. Tengo mi copia en el fondo de la maleta, en casa de Chris. Sin embargo, es como si fuera la primera vez en mi vida que sujeto su libro. Esta vez es suyo, en todas las formas en las que un libro puede pertenecer a alguien.

—Lo intentaré —se me escapa, dando a entender que sé de qué

va, de quién.

Sin esperarlo, Mike asoma su cabeza por la ventanilla y me da un beso en la mejilla. Empiezo a llorar, pero no se da cuenta. Después, me aprieta el hombro con la mano y se va. Cruza la calle, desaparece hacia el interior del hotel y esta vez no vuelve a salir más.

Arranco el Lexus y abandono la calle. Debería devolverle su coche a Chris, pedir un Uber y regresar a este mismo lugar. Debería subir a esa habitación, ayudarle a preparar sus cosas y acompañarlo al aeropuerto. Debería despedirme de él antes de cruzar la línea de seguridad, decirle todo lo que siento, prometerle que ahora sí soy digno de que me quiera. Debería dejar de tener miedo y tirarme de cabeza en esa piscina. Y, si está vacía y me estampo contra el fondo, afrontar las consecuencias y no vivir con la duda.

Pero estoy agotado de pasarlo mal y recibir golpes. No me quedan fuerzas para seguir recomponiendo las piezas de mi corazón cada vez que se me rompe. No me atrevo a ser valiente porque no sé si esta vez podría sobrevivir al dolor. Así que no hago nada de eso y me limito a conducir hasta que las lágrimas me nublan tanto la vista que tengo que parar hasta que me seco por dentro.

Ya está. Se acabó el sueño. Despierta, Ryan. Regresa al mundo real.

14
LOS ÁNGELES

He estado viendo cómo me precipitaba a toda velocidad de nuevo hacia el fondo del agujero y no he hecho nada por evitarlo. Todavía no he llegado, pero siento que voy en caída libre. Mike ha regresado a su vida en Nueva York y yo, de momento, me sigo conformando con la mía en Los Ángeles. Zoey, mi exjefa de Londres, me llamó el lunes, tal y como Aadhya había anticipado. Evidentemente, me ilusioné muchísimo con su oferta y le dije que necesitaba unos días para tomar una decisión, porque no quería jugar con su tiempo. El miércoles hablé con Victor Coleman, de Nueva York. Mi puesto en la agencia ya está ocupado y no espera que la situación vaya a cambiar a corto plazo. Me prometió mover algunos hilos, si realmente lo necesito. Le dije lo mismo que a Zoey. Necesito pensar, pero no lo he hecho todavía. Al menos no como debería.

También he querido ser honesto conmigo mismo y con Jake. Hace unos días lo llamé por teléfono para contarle cual era mi situación. Resultó ser una conversación un tanto extraña. Por un lado, allí estaba yo, asumiendo que habíamos comenzado algo que no se había podido desarrollar por la distancia. Por otro lado, Jake pisaba el freno de mis intenciones.

—Ryan, ya sabes que me gustas —me dijo en un punto de la conversación—, pero nunca te he prometido nada y tú a mí tampoco. No nos debemos nada.

—Da igual —le respondí, agotado mental y sentimentalmente —, siento que estoy jugando contigo.

—Nadie juega con nadie, tío. Igual que yo no he podido evitar desarrollar cierto… interés en ti, no puedo esperar que tú controles lo que sientes por Mike. Como dice mi amiga Selena Gomez, el corazón quiere lo que quiere.

—Jake… —le dije, entre amargas risas—. Con tus gustos musicales, me sorprende que no vivas en un sábado perpetuo en la tierra del arcoíris.

Él se echó a reír. No era por meter a todos los chicos gays en una cajita con sus correspondientes características, pero es que Jake encajaba perfectamente en el prototipo de chico gay, aunque no lo fuese.

—Tampoco había que ser muy espabilado para darse cuenta de que seguías colgado por Mike —continuó—. Entre lo que me ha contado Josh estos días y lo que he comprobado yo… Créeme, castañito. No me ha pillado por sorpresa esta reacción. Lo que no quiero es que lo pases mal. ¿Es recíproco?

Tragué saliva y me dolió tener que reconocerlo.

—Creo que no… —Lo pensé mejor. Recordé todo lo que Mike había dicho. Él y yo éramos pasado. No estábamos preparados para una relación. Lo nuestro no debió haber ocurrido. Más o menos eso—. No, no lo es.

—Pues entonces…

—Pero no quería hacerte daño —le interrumpí—. Por eso necesitaba hablar de esto contigo, para que supieras que ahora mismo es como si volviera a tener el corazón roto. Y deberías saber dónde te metes si todavía te intereso.

—Ryan, somos amigos —sentenció él, como si esa fuera su última palabra—. Sé que volverás a recuperarte y volverás a ser el de antes, o alguien nuevo e incluso mejorado. Pero, respecto a lo nuestro,

yo solo puedo ofrecerte mi amistad, vernos aquí en Nueva York si decides regresar y ya veremos qué ocurre. Si, mientras tanto, hace falta darte un poco de sexo para que te sientas mejor, podré hacer el esfuerzo.

Me reí y después me quedé en silencio, pensando. Volver a Nueva York significaba regresar a casa, pero también abrir la puerta a la posibilidad de seguir cruzándome con Mike inesperadamente, sobre todo ahora que volvíamos a ser amigos y no tenía sentido borrarlo de mi vida otra vez. Jake llevaba solo un par de días en la ciudad y comenzaba a habituarse. La idea de regresar a Nueva York y compartir con él esa nueva etapa de su vida también me atraía, aunque solo fuese como amigos. Amigos especiales.

Pero ahora todo sigue siendo un caos. A todas las posibilidades que tengo les encuentro un lado malo y dramático. La única opción realmente viable para dejar de sufrir es irme a Londres. Allí no hay nada ni nadie que pueda hacerme daño. Tal vez debería volver a hacer caso a esas señales que me marcaban el camino sin darme cuenta. Si se dignaran a aparecer de nuevo. Desde que Mike se fue de vuelta a Nueva York he vivido completamente a oscuras.

Chris daba por hecho que el fin de semana con Mike iba a servir para que redescubriéramos nuestro amor. No quise decirle que eso fue justamente lo que yo sentí. Es amigo de Mike, no mío. Cualquier cosa que le diga se la va a contar, y no quiero que se arruine mi nueva amistad con Mike por culpa de no haber aprendido a pasar página y controlar mis sentimientos. Aunque, siendo honesto, los he controlado bastante bien si no terminé haciendo una tontería como besar a Mike o pedirle que intente quererme de nuevo como antes.

Por eso hoy, sábado, hemos acabado aquí, en Precinct, una discoteca gay ubicada una calle por detrás de la librería en la que Chris y yo nos encontramos. Mi amigo ha pensando que me vendría bien salir y distraerme, comprobar que Los Ángeles tiene mucho más que ofrecerme y no solo todos los fracasos que me he ido encontrando, uno tras otro. Sobra decir que no he dado con ninguna de esas

maravillas que me había prometido. Lo único que he hecho ha sido beber, beber, mear y beber. Entre medias, Chris me ha dado media pastilla de no sé qué. Nunca, jamás en mi vida había probado las drogas, pero esta noche todo me da bastante igual. Estoy cansado de hacer las cosas bien y que no sirva de nada. Cuanto más bebo, más me acuerdo de Mike, cuando lo normal sería lo contrario. Sin embargo, he logrado morderme la lengua y no hablar de él.

Mike es la mejor persona del mundo y se merece alguien mejor que yo. No hablo de lo que pasó hace milenios, sino en general. Soy un iluso por creer que alguien como Mike iba a querer volver con alguien como yo. Él ahora juega en otra liga. Siempre lo ha hecho y yo fui un intruso.

A media noche, Chris quiere irse a casa, pero yo decido quedarme. Insiste en no dejarme así, en mi estado y solo. Le respondo de malas maneras y al final se marcha enfadado. Normal. Ni yo me aguanto a mí mismo esta noche. Ojalá también pudiera largarme y dejarme aquí solo. Bailo, bebo un poco más al ritmo de canciones que no conozco, me dejo observar y finjo que sus miradas me suben el ego. En realidad solo me recuerdan que esta no es la vida que quiero, por mucho que a Chris le encante porque le sirve como simulación de su propia libertad. O quizás sí es su libertad real y por eso la disfruta tanto, porque sabe que, cuando se cansa de esto, alguien le espera en casa con los brazos abiertos. Odio a Chris y su relación perfecta. Y lo odio porque, si no lo hubiera conocido, no habría visto a Mike y ahora no estaría así, roto de nuevo.

De pronto siento que me falta el aire. Se supone que el alcohol debería relajarme el sistema nervioso, así que no creo que sea ansiedad. ¿O sí? No sé. Quizás es el efecto de la pastilla. La duda es suficiente como para que quiera abandonar este sitio. Me dirijo a la salida y, por el camino, tropiezo con tres o cuatro chicos e incluso llamo imbécil a uno; pero no me oye, así que lo grito más alto, hacia la nada. Bajo la escalera del local hasta la planta baja y salgo a la calle. En la puerta, dos chicos me miran de arriba abajo y les grito que

ellos también son imbéciles. Soy tan patético que ni me hacen caso. Me paso la mano por el pelo y estoy empapado en sudor. Ahora que estoy en la calle, soy consciente del mareo que traigo encima.

No sé hacia dónde ir, así que avanzo por la acera hacia mi izquierda. No, por aquí no. Me doy la vuelta para cambiar de dirección y otro chico aparece frente a mí. Es un poco más bajo que yo.

—Déjame pasar, imbécil —le digo.

—Estás borracho —me responde.

—Gilipollas —le digo de vuelta.

El chico se lleva la mano a la frente y resopla. Siento como si necesitara un golpe de realidad. Uno literal. Algo real que me devuelva al suelo que piso, a esta ciudad, a mi vida; que me expulse de la fantasía en la que he estado viviendo los últimos días. Mike no es real. No existe, no como yo quiero que lo haga.

—Aparta, maricón —vuelvo a provocarle.

—¿Y tú me lo dices? —me pregunta él, con tono irónico.

Nos miramos sin apartar la vista hasta que lo hago yo. Me fijo en su camiseta, blanca, con «Los Ángeles» escrito de lado a lado en color negro.

—¿Qué haces ahí parado? —le pregunto—. ¿Te gusto? ¿Eh? ¿Te gusta la mierda que ves?

—Estás haciendo el ridículo —me responde, arqueando una ceja—. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué quieres, pelea? —le pregunto, mordiéndome el labio inferior y adquiriendo una actitud un poco más agresiva—. Venga, inténtalo. Pégame aquí. —Me señalo la boca.

—No quiero pegarte, no he venido a eso.

—Cobarde —le digo, casi sin pensar. De hecho, dejé de pensar antes de hablar hace ya varias horas—. ¿Tienes miedo de que te rompa esos ojitos azules? Gilipollas.

—¿A qué viene esto? —me pregunta—. ¿Puedes dejar de hacer el tonto?

—Hace falta un tonto para reconocer a otro. —Le doy un ligero empujón.

Una pareja que camina por la acera nos rodea y me mira como si estuviera observando a un mono en el zoo. Después siguen de largo.

—Deberías tomarte un café —me sugiere el tío este.

—¡Y tú deberías morirte! —le respondo.

Parpadeo y caigo al suelo de espaldas. Me ha pegado. Ni siquiera lo he visto venir, pero lo ha hecho. El chico se sacude la mano y yo me palpo el labio. Tengo sangre en el dedo. Lo peor no es el golpe, sino que no he sentido nada. Estoy tan perdido en mí mismo que ya ni el dolor físico me hace efecto. El chico tiende la mano con la que me ha atizado y me ayuda a levantarme. Cojo su mano, me apoyo en un coche con la otra y me pongo en pie.

—¿Ahora qué? —me pregunta—. ¿Vas a dejar de hacer el tonto ya?

Me palpo de nuevo la herida y asiento en silencio. De nada sirve seguir provocándole si soy incapaz de sentir nada. No hay nada que pueda devolverme al mundo real porque ya estoy en él. Mike existe, el fin de semana que pasamos juntos fue real, y mi frustración e impotencia por no haber podido recuperarlo también son de verdad.

—¿Estás bien? —me pregunta—. No pretendía hacerte sangrar.

Me llevo los dedos a la boca una vez más y la sangre ya casi ha desaparecido.

—No es nada —le digo—. Ya ha parado.

—Mantengo la idea de que deberías tomarte un café. O dos —me sugiere de nuevo—. Conozco un sitio aquí al lado, ¿vienes?

No sé muy bien de dónde ha salido, ni por qué es amable conmigo (puñetazo aparte), pero acepto su oferta. Me fijo en que lleva en la mano una chaqueta azul eléctrico con flores tropicales estampadas y hace que me dé calor solo de verla, aunque no la lleve puesta. Y eso que de noche la temperatura ya no es tan alta, pero en esta ciudad vivo en una ola de calor constante.

Entramos en la cafetería y le pido al camarero de la barra un café solo y un vaso con hielo. Mi nuevo amigo no quiere tomar nada. Me sirven, pago y nos sentamos a la mesa, junto a una cristalera que da a la calle. Meto uno de los hielos en una servilleta de papel y me lo llevo al labio. Me molesta más el frío sobre mi piel que la herida en sí misma.

—A ver, cuéntame —me dice—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así?

No sé qué clase de confianzas son estas, como si nos conociéramos de algo, pero lo cierto es que estoy cansado de pensar, de analizar, de juzgar y de controlar todo lo que me pasa.

—Porque soy gilipollas —le reconozco, dándole un sorbo al café ardiendo, que me provoca escozor en el labio.

—Pensaba que el gilipollas era yo —bromea él de vuelta—. Pero sí, creo que un poco estúpido sí que has sido.

—Es que no sé qué hacer. —Siento que estoy a punto de llorar otra vez, como si lo de toda esta semana no hubiese sido suficiente.

Así que bebo más café, para intentar sustituir esa emoción con la que me produce el líquido ardiendo bajando por la garganta.

—¿Con respecto a qué? —me pregunta, apoyándose sobre la mesa e inclinándose un poco hacia mí.

—Un chico —le respondo, impasible—. Mike.

—Podrías empezar por ser sincero contigo mismo.

No entiendo esas palabras. Ya lo soy. Lo he sido. Tal vez me he estado negando la realidad durante meses o años, pero he sido completamente honesto con mis sentimientos desde el momento en el que Mike apareció de nuevo a mi lado en aquel aparcamiento de Venice Beach. No me he olvidado de él, todavía lo quiero y sigo enamorado de cada uno de sus huesos. Ahora sé que todas las decisiones que me trajeron a esta ciudad de mierda fueron por él, porque pensaba que me llevaban de vuelta a Nueva York. Sé a ciencia cierta que podría llegar a enamorarme de otros (Jake es prueba de ello), pero quiero estar enamorado de él y que Mike lo esté de mí. No quiero empezar un nuevo capítulo con otro, aunque pueda. Me hace daño, pero lo elijo a él, y siempre lo elegiré por encima de cualquiera.

—Lo soy —le respondo, tajantemente—. Sé que estoy enamorado y que no lo puedo evitar. Puedo dejarme crecer el pelo y puedo decidir hacerme un tatuaje, pero no puedo elegir lo que siento por Mike.

El chico me coge del brazo y lo gira para ver el tatuaje en el antebrazo. Lo observa, lo lee en voz baja y juraría que sus ojos siguen la forma de la línea del dibujo de la ola, muy sutilmente.

—No estás siendo sincero contigo mismo cuando llevas esto en el brazo y no le haces caso.

—No me conoces como para saber algo así —le recrimino. Todavía no entiendo muy bien qué demonios hago hablando de mi

vida personal con un desconocido.

—Conozco lo suficiente como para saber que te ha parecido buena idea venir aquí esta noche, emborracharte, meterte con la gente y esperar a que alguien te partiera la cara, para así poder sentir otra cosa que no fuese ese dolor en mitad del pecho.

Trago saliva y me quedo mudo. Sí, es justamente eso. Ese es el motivo por el que quería que me pegara. No quería volver a la realidad, quería dejar de sentir que el pecho va a explotarme en cualquier momento.

—Es la única opción que me queda —me limito a decirle.

—Vas a tener opciones infinitas hasta el día en el que te mueras, créeme. —Vuelve a cogerme el brazo y señala el tatuaje—. *Otra vez*. Lo llevas escrito en la piel porque crees en ello, ¿no?

—Supongo. —Me encojo de hombros y le doy otro sobro al café.

—Pues entonces sé sincero contigo mismo y vuelve a empezar otra vez.

—Ya lo he intentado y no funcionó —le reconozco, derrumbándome en el asiento—. Incluso me fui lejos, a Londres, y lo único que conseguí fue acelerar la cadena de acontecimientos que me devolvieron hasta él.

—No me refiero a buscar una nueva vida otra vez —me aclara, mirándome fijamente a los ojos, de forma autoritaria—. Hablo de Mike.

—Mike no quiere lo mismo que yo —le digo con desconsuelo.

—¿Qué coño sabes tú lo que quiere Mike, imbécil? —me pregunta el chico, levantando la voz. Yo miro alrededor, pero el local está vacío y el camarero no se ha molestado ni en levantar la vista.

—¡Lo sé! —le grito de vuelta. Ahora el camarero sí nos hace caso, pero vuelve a ignorarnos—. Dijo cosas… Hizo cosas… Él ha pasado página completamente.

—Mira, Ryan, no dices más que tonterías —me responde el chico, llevándose las dos manos a la frente y apoyando los codos en la mesa—. Solo sabes lo que crees saber, lo que está en tu cabeza. No tienes ni idea de lo que piensa él, ni de lo que siente o deja de sentir. Eso solo lo sabe él. Aquí y ahora, con la información que tienes, no puedes afirmar nada.

—Lo conozco y sé leer entre líneas. —No lo digo como excusa, sino porque es verdad.

—¿En serio? —me dice con ironía, con un tono de voz más agudo—. ¿Nunca has leído mal entre las líneas de Mike?

O tal vez no es verdad. Sí que he leído mal entre sus líneas en el pasado. De hecho, si no hubiese malinterpretado el punto en el que estaba nuestra relación, yo no me habría liado con otro. No me acosté con Leo porque hubiera dejado de querer a Mike, sino porque me había convencido erróneamente de que él había dejado de quererme.

—Es posible —le digo en voz baja, acobardado por mi propia conclusión.

—¿Y no crees que ya es hora de dejar de asumir ciertas cosas? —me pregunta—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que tus conclusiones solo se basan en tu información parcial de cómo son las cosas en realidad? Igual que Mike a lo mejor ha estado sacando la suyas propias, igual de equivocadas porque tú no le has mostrado lo que sientes de verdad.

Sí, definitivamente no soy quién para afirmar nada en boca de Mike, porque no soy él. Pero tengo miedo a estropear lo poco que hayamos podido construir de nuevo en estos días juntos. Miro hacia el

otro lado del cristal y me pierdo entre el tráfico. Junto a los maceteros que hay en la calle, un perro duerme acurrucado entre unos trozos de cartón.

—En fin, ¿qué quieres que te diga? —continúa, y vuelvo a prestarle atención. Los halógenos de la tienda parpadean unos segundos y el pelo rubio del chico se aclara y oscurece por momentos —. La gente dice que las oportunidades hay que aprovecharlas ahora o nunca, que el tren solo pasa una vez y todas esas cosas sin sentido, pero nunca he estado de acuerdo.

—Yo soy uno de esos que ha dicho esas tonterías —le reconozco. Bebo más café, ahora que se ha enfriado un poco—. Pero ya no sé en qué creer.

—¿Te puedo ser sincero? —me pregunta, poniendo sus pálidas manos sobre la mesa y mostrándome una sonrisa que me resulta familiar. Asiento con la cabeza—. Creo que deberías luchar por Mike, si es lo que te pide el corazón, por mucho que tu cabeza intente provocar que huyas en la dirección opuesta. Nunca es tarde para arriesgarse. Puedes seguir esperando a ver qué ocurre, pero es que la vida se acaba cuando menos te lo esperas y se acabaron para siempre tus oportunidades.

—No es tan fácil —le insisto, porque realmente solo es un desconocido que no tiene ni idea de nada de lo que estamos hablando.

El chico me pone la mano en la barbilla y me levanta la cara, para que lo mire a los ojos. Siento algo extraño.

—Es tan fácil como volar a Nueva York y llamar a esa puerta azul con la que tanto tiempo llevas soñando.

—Espera —le pongo la mano en el brazo—, ¿cómo sabes…?

—¡Deja de poner excusas! —me interrumpe, levantando de nuevo la voz—. ¡Espabila, joder! Huiste lejos para evitar enfrentarte a

tus sentimientos y ahora has descubierto que la respuesta a todos tus deseos está cerca. ¡No pierdas más el tiempo!

—A ver, no puedo hacer eso como si tal cosa. —Esto no tiene ningún sentido—. No puedo gastarme un dineral en un vuelo de última hora y plantarme mañana en su casa.

—¿Es eso lo que te importa? —me pregunta, algo indignado—. ¿El dinero?

—No, claro que no. Pero…

—¡Entonces hazlo! —exclama mientras se levanta del asiento —. O haz lo que te dé la gana, tampoco podría obligarte a nada aunque quisiera. Pero creo que mi opinión debería contar. —Menea la cabeza, negando indignado y suspira—. Vámonos, anda. Necesitamos encontrar un taxi que te lleve a casa.

No sé quién se ha creído que es para afirmar que su opinión es importante. Sigo al chico hasta el exterior y de pronto sí que siento algo de fresco, pero no tengo nada que ponerme encima. Él se pone la chaqueta y levanta el brazo para para un taxi, pero el conductor lo ignora o tal vez estaba ocupado. Me fijo en su chaqueta por detrás. El estampado de flores no ocupa toda la trasera, sino que deja espacio para un dibujo de un sol ardiente, que se refleja en unas ondas de mar de colores. Un amanecer, o un atardecer. A lo lejos veo venir un taxi, me acerco a la calzada y levanto el brazo. El coche se detiene a mi lado y abro la puerta.

—¿Me vas a hacer caso? —me pregunta.

—No lo sé —le respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Tú vienes?

—No —me responde, con una sonrisa—, yo seguiré por aquí.

Me subo en el taxi, cierro la puerta y bajo la ventanilla. Creo que debería hacerle caso a este chico, cualquiera que sea su motivo

para perder el tiempo con un desconocido borracho en una calle cualquiera del centro de Los Ángeles.

—Gracias… Erm… —No me ha dicho cómo se llama en todo este tiempo—. Oye, no sé tu nombre.

—Sí que lo sabes, pequeño.

Se da la vuelta y camina calle abajo hasta desaparecer en la primera esquina. Me doy cuenta de que él sí sabe mi nombre y no recuerdo habérselo dicho. Seguro que también ha hablado con el Ryan falso de Grindr. Sin embargo, sabía que Mike está en Nueva York y que he estado soñando con la puerta del que era nuestro apartamento en Brooklyn.

—Oye, campeón —escucho al taxista—, o me das una dirección o te bajas, pero no me hagas perder el tiempo.

Me despierto en el sofá de Chris con la ropa de anoche puesta y un dolor de cabeza considerable. Parece que tanto él como Sandra se han ido a trabajar y estoy solo. Camino tambaleándome hasta el baño y me miro en el espejo. Madre mía. El espectáculo es dantesco. La cara no puedo arreglármela, pero siento el impulso de coger la maquina de rapar y acabar con esta maraña de pelos que tengo en la cabeza. Recuerdo que Mike me dijo que no lo hiciera y descarto esa opción. Me miro un poco más de cerca la herida del labio y es insignificante. Una simple línea blanquecina que se parece más a una mordida que a un golpe. La zona no está amoratada ni siento dolor al tacto. Me doy una larga ducha para despejarme, me seco y salgo del baño con la toalla en la mano.

—¡Pero tápate, por Dios!

Chris me pega un susto de muerte a mi espalda. De forma

torpe, me tapo lo justo con la toalla.

—¡Pensaba que estaba solo! —exclamo.

—He bajado a comprar agua —me responde él—. Pero mira, me gusta verte así.

—Así, ¿cómo? —le pregunto, extrañado— ¿En pelotas? Pervertido.

—¡No! —se ríe—. Enamorado.

Vuelvo al salón, rebusco en mi maleta y cojo algo de ropa. Regreso al baño, me cambio, e intento peinarme decentemente. Al salir, Chris está en el salón y le pregunto a qué viene eso de «enamorado».

—De Mike, obvio —me responde.

Me quedo callado. No puedo negar lo evidente, aunque no pensé que también se percibiera desde fuera.

—Para lo que me sirve, bien me valdría arrancarme el corazón y no sentir nada nunca más.

—Espera, entonces, ¿es cierto? —me pregunta, confundido—. ¿Sigues enamorado?

Me dejo caer en el sofá, a su lado, y pongo cara de circunstancia.

—Pensaba que me lo habías notado.

—Lo he dicho en broma, por picarte —me reconoce—. ¿Pero qué haces aquí, entonces? Es decir, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no habéis vuelto juntos? ¿Dónde está la carrera hasta el aeropuerto, lo del *filange* izquierdo del avión, el mensaje en el contestador…? —Me río de su referencia a *Friends* sin poder evitarlo, aunque por dentro

estoy muerto—. ¿Estás esperando a que Mike aparezca por esa puerta y te diga que se ha bajado del avión?

—Estoy completamente seguro de que Mike ha tomado el vuelo, ha aterrizado en Nueva York y lleva una semana de vuelta en su vida normal —le respondo—. Para que dos personas estén juntas, ambas tienen que desearlo. Si no, se llama secuestro y es un poquito ilegal.

Chris se ríe y se lleva la mano a la frente.

—¿Y Spidey no lo está? —Me encojo de hombros—. Pensaba que iba a ser *el reencuentro*, con mayúsculas.

—Y lo ha sido —le confirmo, al menos para mí—, pero no ha terminado como me habría gustado y ahora me toca fastidiarme. Aunque no sé… Anoche por fuera de Precinct conocí a un chico que me dijo cosas que… No sé. Fue todo muy extraño.

—¿Que te dijo? —me pregunta Chris, girándose hacia mí, con curiosidad.

—Que aprovechara la vida y *bla bla bla*. —Hago el gesto con las manos—. Que luchara por Mike y me arriesgara a pasarlo mal si no funciona. Es que… No sé, Chris, fue tan raro. Ese chico sabía cosas. Hasta me llamó por mi nombre y no recuerdo habérselo dicho.

—Tal y como te dejé anoche, y con lo que te empeñaste en tomarte, lo raro sería que te acordaras de algo. Pero estoy de acuerdo con ese extraño misterioso. Deberías ir a por él. O sea, a por Mike.

—No me empeñé en nada —le aclaro—. Tú me diste la pastilla.

—Ryan, sabes que todo lo mío es tuyo. —Chris señala con un brazo al rededor, poniendo como ejemplo que vivo en su apartamento —. Pero esa ricura era para mí solito. Tú insististe en que te diera la mitad, a pesar de que te dije que era mala idea.

Niego con la cabeza y lo miro con la vista entornada. Yo no lo recuerdo así, pero tampoco puedo llevarle la contraria.

—Da igual —reconduzco el tema—. Tú conoces a Mike tanto como yo y sabes que él ha pasado página.

—¿Qué te hace pensar eso? —Chris me mira extrañado, confuso—. ¿Has leído el libro, ¿no?

—Sí, claro. Pero es todo ficción. Él mismo me lo dijo. Y, si no lo es, tampoco me deja muy bien que digamos. Lo dejé sumido en la oscuridad. Brian dejó a Malik hundido y a oscuras, deseando encontrar al definitivo.

—Me parece que no hemos leído el mismo libro, ¿eh? Yo de ti le daría otro repaso, sobre todo al final. —Chris se levanta del sofá y coge sus cosas—. Y ahora sí que me voy a trabajar. Sé bueno, gatito.

Chris se va y yo voy hacia mi maleta, en busca del libro de Mike, pero recuerdo que guardé el ejemplar que me dio él en la mochila, así que ese es el que busco. Lo abro por el final y releo la última parte de la historia.

> *«Después de tanto tiempo en penumbra, Malik ya se había cansado de buscar estrellas fugaces en el cielo de sus emociones. Ahora lo único que deseaba era ver salir el sol cada día».*

Chris es el que no lo ha entendido. Malik se ha cansado de las relaciones efímeras (las estrellas fugaces) y desea encontrar una estable y sin dramas (el sol). Brian es una estrella fugaz. Yo soy una estrella fugaz. Yo *le bajé* una del cielo la noche que rompimos. Está claro.

Cierro el libro y algo raro capta mi atención. En las primeras

páginas he visto algo. Lo vuelvo a abrir y descubro que me ha escrito una dedicatoria al inicio.

Gracias por estos días. Los necesitaba. Ojalá pudiera traerme el sol de Los Ángeles de vuelta a Nueva York. ¿Crees que algo así es posible?

Mike, xxx

No, Mike. No es posible. O sí, es posible, porque es el mismo sol el que brilla aquí y allí, solo que por aquí hace mejor clima todo el año y eso sí que no te lo puedes llevar. Pero gracias a ti, Mike, por una dedicatoria tan personal, tan detallada, tan…

Espera. No puede ser que…

Malik se ha cansado de buscar estrellas fugaces y ahora solo desea ver salir el sol cada día.

Mike quiere llevarse el sol de Los Ángeles de vuelta a Nueva York.

«¿En serio nunca has leído mal entre las líneas de Mike?».

He leído mal todas sus líneas, literal y figuradamente. Y entonces, como una secuencia de diapositivas, empiezan a pasar por mi cabeza otras cosas que Mike me dijo durante los días que pasamos juntos.

«Hay tanta gente que uno pensaría que encontrarse con alguien en concreto sería algo mágico».

Nosotros dos, entre toda esa inmensidad de personas, nos encontramos en la playa.

«Siempre has tenido la fea costumbre de fijarte en lo que te falta, en vez de valorar lo que tienes».

Valorar lo que tengo. En presente. Creo que se refería a sí mismo.

«Me quedaría aquí para siempre, bajo el sol».

Pero estaba nublado. El sol era yo.

Yo soy el sol de Los Ángeles y Mike quiere que vuelva a Nueva York.

¿Mike todavía me quiere?

15
NUEVA YORK

Es curioso. He vivido en esta ciudad durante cinco años. He recorrido sus calles, aunque no todas. He respirado su aire. He contemplado sus rascacielos, he sufrido sus inclemencias del tiempo y he soportado su costumbre de no querer dormir nunca. He reído, he llorado, he crecido y he sufrido. Y, sin embargo, ahora que he regresado después de casi nueve meses, es como si fuera la primera vez que piso este suelo.

Nueva York sigue siendo la misma pero yo he cambiado.

Aquí estoy, en el cruce de Christopher Street con la 7ª Avenida, dando vueltas sobre mí mismo, maleta en mano, intentando ubicarme. Hay tan poco tráfico que siento como si hubieran declarado Nueva York zona nuclear y yo hubiera sido el último en enterarme. Esta zona en concreto no es muy diferente a Londres. Si no fuera por Village Cigars, no podría asegurar que realmente he salido de una estación de metro en la gran manzana. Bueno, eso y que los coches circulan por el lado correcto de la calle.

Entonces lo diviso a lo lejos: el One World Trade Center. Entre nubes y edificios que cortan el horizonte. Camino hacia él. Cruzo la calle, avanzo avenida abajo y paso por delante del Jekyll and Hyde. Cuando llego a la esquina de Barrow Street, cambio de dirección y enseguida estoy delante de la puerta de alguien que he abandonado casi por completo y que entendería que no quisiera saber nada de mí a estas alturas.

Durante los cinco años que viví en Nueva York, vine a este

mismo lugar prácticamente todas las semanas, o por lo menos varias veces cada mes. Sin embargo, los caprichos de la memoria han hecho que el recuerdo que me venga a la mente sea el de Sussan asomada a la ventana, en sujetador, y Mike gritándole obscenidades desde aquí abajo. Éramos tan jóvenes que a veces me da vértigo pensar que, en algún momento, fuimos tres niñatos de diecinueve años arreglándoselas solos en la gran ciudad. Un vecino sale del edificio y yo aprovecho para entrar. Subo las escaleras, cargando con mi maleta, la mochila y la funda del ordenador portátil colgando de un hombro; haciendo malabares para que ninguna de las tres cosas termine rodando escalera abajo de vuelta a la calle.

Llamo a la puerta y de pronto me siento incómodo. Como si estuviera a punto de encontrarme con un desconocido y no con mi mejor amiga. Ojalá yo siga siendo el suyo. Un enano rubio de casi un metro de altura abre la puerta y me mira con los ojos entornados. Yo le devuelvo la misteriosa mirada. Él frunce el ceño y mira hacia mi maleta, después regresa a mi cara.

—*Maaaaaaaa* —grita el niño, sin apartar sus ojos de mí, pero ladeando ligeramente la cabeza hacia atrás.

Otro niño, aún más enano y pelirrojo, llega corriendo y se detiene en mitad del salón. Me mira de la misma forma que su hermano. Yo sigo de pie bajo el umbral de la puerta, con la mochila escurriéndose por mi hombro y haciendo gestos con el brazo para evitarlo. Entonces llega ella, secándose las manos con un paño de cocina.

—¡David! ¿Qué te he dicho de la puer…? —Me mira. La miro. Suspira. Pongo cara de circunstancia.

—¿Sorpresa? —alcanzo a decir, sin más. Ahora que estoy aquí pienso que volver a Nueva York y plantarme en casa de Sussan sin avisar no ha sido buena idea.

Sussan se acerca, casi con urgencia, como si tuviera prisa, y tira

al suelo el paño. Me abraza. Se separa, me da una merecida bofetada y vuelve a abrazarme.

El asa de mi mochila termina de ceder y se me cae al suelo. El ordenador portátil no tarda en seguir el mismo camino. Entonces los dos miniprotectores de las tierras Donovan-Kinsey gritan mi nombre al unísono y se unen al abrazo, aunque se aferran más a las piernas de su madre que a las mías. Después de tanto tiempo sin verlos, tampoco puedo pedir que tengan demasiada confianza conmigo. Sobre todo Eliah, que todavía no ha cumplido cuatro años y la última vez que me vio acababa de cumplir tres. David tiene seis. Con el pelo rubio y los ojos verdes es evidente que ha salido a su padre, Alex. Es posible que incluso sea algo más alto de lo habitual para su edad. Eliah, en cambio, no puede negar que es hijo de Sussan. Tiene su mismo color de pelo, las mismas pecas en la nariz y la misma cara de travieso que ella.

—Entiendo, entonces, que me puedo quedar aquí —afirmo, aunque es casi como si lo preguntara, para darle opción a Sussan a negarse. Lo entendería—. Oscar no puede acogerme ahora mismo.

—Si pretendes quedarte conmigo, será mejor que dejes de hablar —me advierte ella—. Bastante tenemos ya como para que llegues anunciando que soy tu segunda opción.

Recojo mis cosas del suelo y tiro de la maleta hacia el interior. David cierra la puerta a mi espalda y corre hacia el sofá del salón. Se tira en él de un salto y dirige su atención hacia la pantalla de televisión, donde está viendo un capítulo de *The Boss Baby*. Eliah, en cambio, nos persigue a su madre y a mí mientras avanzamos por la estancia hacia el interior del apartamento.

—No eres mi segunda opción —le aclaro—. Mi casa era la primera, pero Oscar alquiló la otra habitación de su apartamento en Chelsea.

Me siento raro. Siempre había pensando que mi amistad con

Sussan era lo suficientemente fuerte como para resistir el tiempo y la distancia, pero ahora no estoy tan seguro. Sigue habiendo amor, por supuesto. No me siento como si fuéramos desconocidos. Pero hay algo entre nosotros que no termina de encajar. No sé si es la falta de costumbre, que debería disiparse en unas horas o días. O si es otra cosa.

Sé que el tiempo juega sus cartas de forma aleatoria con nosotros. Eso lo he aprendido a la fuerza en determinadas circunstancias de mi vida. Que el tiempo no espera por ti, que no se adapta a tus planes ni expectativas, que no gira en torno a tus deseos. Pero una parte de mí esperaba que un tiempo separados no fuera a notarse tanto. Es como si siempre hubiéramos formado parte del mismo árbol y durante estos meses hubiéramos crecido hacia ramas separadas, cada vez más distantes, que se ven desde la distancia pero cada vez les separa más aire.

—¿Y Alex? —le pregunto.

—Creo que viene luego —me responde vagamente.

Cuando llegamos ante la bifurcación en la que el pasillo del apartamento muestra como opciones la habitación de Sussan y Alex, la de los niños y el baño, soy consciente de que no tengo donde caerme muerto. En el aire que nos separa no hay sitio para mí y debería haberlo previsto. Al menos, en Chelsea podría haber dormido en el sofá, no en medio de una rutina familiar.

—Creo que esto no ha sido buena idea —me arriesgo a decir—. No puedo colonizar tu sofá como si nada. —Sussan permanece en silencio, observando extrañamente la cama de su habitación desde el umbral de la puerta, empujando mi maleta con los pies—. No tengo ni idea de cuánto tiempo voy a estar en Nueva York, ni si las cosas saldrán como espero. Lo mejor es que no me instale. Buscaré vuelos o tren o algo. Si mi plan fracasa, mañana o pasado regreso a Norwalk y listo.

—Tú y tus planes… ¿Tiene algo que ver con la foto que me enviaste el otro día?

—O puedo buscar algún alquiler en Queens —continúo, ignorando sus palabras—. Seguro que encuentro algo que me pueda permitir pagar yo solo, aunque ahora no tengo trabajo.

—Ryan… Da igual —me dice Sussan, casi susurrando.

—No da igual —insisto—. Ya sois cuatro aquí en un apartamento de setenta metros cuadrados. Y yo llego con toda mi cara dura y me planto en la puerta de tu casa, dando por hecho que hay espacio para mí. Ha sido una mala idea.

—Ryan…

—No, no. Está decidido. Si he malinterpretado todas las señales de Mike, mañana mismo vuelvo a Norwalk hasta que sepa qué voy a hacer con mi vida.

De pronto, Sussan se vuelve hacia mí y me doy cuenta de que ha tenido todo el tiempo los ojos vidriosos. Por algún motivo no le he prestado atención, pero sí, era eso. Eso era lo que estaba percibiendo desde el principio. La tensión que sentía entre los dos en realidad era algo así como una especie de energía negativa, de algo atascado que no terminaba de fluir. Y entonces ella abre la boca para hablar, de forma precipitada y casi sin aire:

—Alex y yo nos hemos separado.

Eso no tiene ningún sentido.

—¿Cómo? —No sé si he escuchado bien.

—Así que no te preocupes, que podrás dormir conmigo el tiempo que quieras. Pero nada de meterme mano, ¿eh? Al menos, no hasta que se hayan dormido los niños. —Sussan deja caer mi maleta en el suelo y comienza a abrir la cremallera. No sé qué pretende.

Hasta que hable con Mike, no sé si necesito quedarme o no. No he terminado de reaccionar—. ¡Que no! ¿Te imaginas? Tú y yo… ¡*Agh*! No. Es que son unos cuantos meses ya sin… Ya sabes. Por favor, Ryan, ¿qué clase de maleta es esta? ¿Es que no te he enseñado nada? Tienes la ropa más arrugada que las manos de Cher. Y ahora mismo las camisetas sin planchar no son tendencia.

—Sussan.

Me mira. Y por primera vez desde que se ha abierto la puerta siento que volvemos a estar en sintonía, porque puedo decirle todo, y al mismo tiempo no abrir la boca lo más mínimo. Seguramente ella se ve reflejada en mi expresión, porque enseguida la suya cambia. Es como si reaccionara y se diera cuenta de que lo que acaba de decirme no es una tontería sin más, aunque hayan pasado meses y a ella le haya gustado creer que yo no necesitaba saberlo. Sussan se pone en pie, se sienta en la cama y se deja caer hacia atrás, mirando al techo.

—Perdona por no habértelo dicho —me dice, con tono cansado.

—No, perdóname tú a mí por no haberme dado cuenta.

Sussan se incorpora, se atusa la melena, se la recoge con las manos y la vuelve a dejar suelta de nuevo.

—¿Cómo ibas a darte cuenta? Hemos hablado tres o cuatro veces desde Navidad.

—Pero Alex nunca estaba. O quizás alguna, de pasada —recuerdo, en voz alta.

—Viene para ver a los niños, pero nuestras conversaciones son muy escasas.

Es raro. Muy raro. Porque ya no tenemos dieciocho años y no estamos hablando de que una alumna se ha liado con su profesor. Tenemos veinticinco y no me parece natural estar hablando de algo

como un divorcio, no a esta edad. Lo último que esperaba que ocurriera durante mi ausencia era que a Sussan y a Alex se les rompiera el amor.

—¿Qué paso? —le pregunto, sentándome a su lado. El sol de la media mañana entra por la ventana con más fuerza de la que esperaba y me ciega, pero no puedo quitarle la vista de encima a mi amiga—. Y no me digas que se acostó con otra porque voy a donde quiera que esté y lo reviento.

Sussan se echa a reír, secándose las lágrimas que nunca llegaron a caer de los ojos.

—Pisa el freno, Superman —me aprieta el bíceps con la mano —. Aunque ahora tengas músculos en los brazos, Alex sigue siendo más alto y más fuerte que tú.

Me ruborizo porque sé que ambas cosas son ciertas. Sin embargo, esto no es lo que importa ahora y no quiero que Sussan siga esquivando el tema.

—Cuéntame, venga —le insisto—. Soy yo, me puedes contar lo que sea. Lo engañaste tú, ¿verdad, putón?

Sussan se vuelve a reír y esta vez yo hago lo mismo. Apoya la cabeza en mi hombro durante un par de segundos que resultan tan extraños como reminiscentes de otro tiempo pasado, que no es tan lejano como en realidad lo siento.

—No hay mucho que contar, la verdad —se sincera ella—. Tampoco es un drama. No ha habido cuernos, ni engaños, ni maltrato, ni nada de eso. No sé… Nos dejamos de querer, supongo. No, nos dejamos de amar, más bien. Porque querer supongo que me sigue queriendo, igual que yo lo quiero a él. Pero no como al principio.

—A lo mejor estáis a tiempo de arreglarlo.

—Es que no hay nada que arreglar. —Sussan se baja de la cama

y empieza a sacar ropa de mi maleta, casi de forma automática, como si necesitara estar en movimiento. No le digo que pare porque, a fin de cuentas, la maleta sí que es un desastre, así que tampoco me viene mal reorganizarla—. Creo que, al final, el amor es como todo. ¿Cuántas cosas conoces que hayan seguido funcionando para siempre después de arreglarlas?

Me encojo de hombros, pero en realidad estoy pensando en alguna opción con la que llevarle la contraria. He venido a Nueva York con un propósito y pensar en que las cosas no se pueden arreglar para siempre me hunde un poco la moral.

—No sé, Ryan. Me he vuelto práctica con el tiempo, o quizás tengo otras prioridades en las que gastar mi energía, pero no creo que fuéramos a conseguir nada arreglándolo. —Sussan sigue sacando ropa y da con la camiseta que me regaló—. Te dije que te deshicieras de esto. Me lo quedo, para trapos. —Hago una mueca con la cara para que no desvíe el tema—. Sí, tal vez podríamos ponerle un parche y aguantar otro año más, pero, ¿de qué serviría? Sea como sea, no estamos destinados a envejecer juntos. Como tal vez no lo estabais ni tú ni…

—Mike —le digo, completando su frase—. Pero no es lo mismo.

Sussan deja caer unos vaqueros sobre la cama y levanta la mirada hacia mí.

—Iba a decir Max. —Nos quedamos en silencio. No sé muy bien qué acaba de pasar. Es como si hubiera borrado a Max de mi memoria—. Yo siempre he sido fiel defensora de lo tuyo con Mike, aunque no te lo dijera para no meter el dedo en la herida —me dice finalmente—, y no creo que sea la única.

No, desde luego que la única no es. Nuestros amigos en común solían recordarme constantemente lo buena pareja que hacíamos. Josh lo menciona de vez en cuando, y eso que él también tuvo su historia con él. Incluso mi madre sigue preguntándome a veces por él, a pesar

de que hayan pasado cuatro años desde que lo dejamos. Pero nadie sabe lo intenso que ha sido para mí nuestro reencuentro en Los Ángeles. Y ninguno de mis amigos en Nueva York sabe que he leído el libro de Mike. Ese que todo el mundo insistía tanto en que descubriera. Por eso estoy aquí. Podría decirle a Sussan que lo he leído, que sé qué papel jugó en su publicación y que Mike le debe prácticamente todo. Sin embargo, me lo guardo para otro momento.

Sussan chasquea los dedos delante de mi cara y reacciono.

—¿Te has perdido en tus mundos de color y fantasía? Vuelve a la Tierra.

Sacudo la cabeza, me levanto de la cama y la ayudo a deshacer la maleta.

—En fin, que no estamos hablando de mí, ni de Mike, ni de Max, sino de ti.

Terminamos de sacar la ropa de la maleta y es cuando me doy cuenta de que la puerta corredera del armario de Sussan está abierta y, en su interior, solo hay baldas vacías. Ella parece haber seguido mi mirada, porque enseguida me indica que ese es el lado del armario de Alex, y me lo ofrece para guardar mi ropa; oferta que, por el momento, prefiero declinar.

La situación ha pasado de ser incómoda a simplemente extraña. Una parte de mis cosas sigue en Los Ángeles, a la espera de tener una dirección definitiva que darle a Chris. Otra parte está en el apartamento de Oscar, metida en cajas y esperando una resolución similar. Otra parte está en Norwalk, y es probablemente la que más olvidada tengo y nunca me moleste en recuperar. Y la otra parte, la realmente esencial, está aquí, en esta habitación. Personas incluidas.

Cuando terminamos de recoger la cocina después de comer, Sussan y yo nos sentamos en el sofá a ver la televisión. O, realmente, a sentir su presencia, porque no le hacemos demasiado caso. Los niños duermen la siesta desde hace un rato y yo no dejo de pensar en qué es lo que voy a decirle a Mike. He pasado todo un fin de semana con él y ahora es como si hubiera vuelto a la casilla de salida, porque esta vez hay mucho en juego. Todo. Conozco el tablero, reconozco las fichas, pero no tengo ni idea de qué estrategia seguir para ganar.

—¿En qué piensas? —me pregunta Sussan, mientras sopla el agua caliente de su taza de té—. Estás como… ausente.

—En él.

Sussan deja la taza encima de la mesa, claramente todavía demasiado caliente para probarla, y me hace una mueca de incredulidad.

—Hay demasiados *él* en tu vida como para que esa respuesta sea obvia. —Me río, un poco forzadamente—. Si por *él* te refieres a Alex, no te preocupes, que está perfectamente. Lo ha acogido un compañero de trabajo y ahora está viviendo una segunda juventud universitaria.

—Me refería a Mike.

Sussan arquea las cejas y vuelve a coger la taza, aunque es científicamente imposible que el contenido se haya enfriado lo suficiente en estos treinta segundos.

—¿No te cansas de arrastrar el pasado siempre contigo? —Le da un sorbo al té y hace un gesto de incomodidad con la boca. Si ya lo decía yo—. Y no me digas que por eso me has dejado tirada, porque sería una jugarreta bastante fea chantajearme con mi propio argumento.

No tengo la culpa de que mi inoportuna amiga haya

preguntado en qué pienso justo cuando lo tenía entre recuerdos reales y escenas de un futuro imaginario, y yo he decidido ser sincero en vez de responder un mucho más práctico *en nada*.

—Creo que lo único que han cambiado Londres y Los Ángeles de mí es que ahora estoy un poco más en forma —le respondo—. Pero siento que sigo siendo el mismo neurótico obsesivo de siempre.

—Y yo te seguiré queriendo igual —me dice, apoyando su cabeza en mi hombro—. De momento.

Le cuento todo lo que ha pasado con Mike. Lo del libro, nuestro fin de semana en Los Ángeles, las estrellas fugaces y el sol, su dedicatoria… Y me vuelve a repetir que ella sigue apostando por nosotros. Intenta arreglar su desaguisado anterior añadiendo que entre Mike y yo no hay nada que arreglar porque nunca nos hemos estropeado, solo nos perdimos por el camino y nunca se nos ha agotado el amor. No sé muy bien qué pensar de eso. Todavía no estoy seguro de que todo esto sea real. Lo más probable es que Los Ángeles haya usado su influencia negativa para crear una historia que solo funciona en mi cabeza. Tengo miedo de volver a abrirme, de dejarme llevar, de volver a sentir y que solo sirva para reabrir la misma herida que tanto me costó cerrar; si es que llegué a hacerlo del todo en algún momento.

—Como me dijo una sabia pelirroja hace algunos años, no puedo ir por ahí con miedo, porque no combina con nada de lo que llevo puesto.

Sussan se echa a reír y juraría que incluso se ha puesto colorada.

—¡Yo jamás he dicho eso!

Asiento con la cabeza y levanto las manos en señal de rendición, porque soy inocente y no me estoy inventando nada.

—No es mi culpa que fueras tan hortera.

—Ay, Dios mío —me dice ella—. Éramos muy ridículos.

—Habla por ti, preciosa. Yo me limitaba a llorar por los rincones. Las citas místicas son todas tuyas.

Sussan da algunos sorbos más al té y su cara recupera su color pálido habitual. No pretendía ejercer de payaso esta noche, pero al menos ha servido para que durante medio segundo no piense en su drama personal.

—Necesitaba esto —dice, con una ligera sonrisa en la cara—. Nos necesitaba.

Yo quiero decirle que también, que la he echado de menos como nunca, pero estaría mintiendo. Lo cierto es que me alejé tanto de todo lo que formaba parte de mi vida que arrastré a Sussan con todo lo demás. A lo mejor es por haber conocido a Aadhya, pero en realidad no he echado de menos a Sussan. Quizás también fue porque, para echar de menos, tienes que pensar en esa persona, y yo me prohibí pensar en nada ni nadie que perteneciera a este lado de mi vida. A veces incluso creo que ni siquiera me echaba de menos a mí mismo porque me convertí en una persona diferente. Una persona que es posible que dejara sentada en la puerta de embarque de Heathrow, aunque mi intención original fuese llevarla siempre conmigo.

Ahora mismo, mis miedos reales son por el hecho de que he vuelto a casa y siento como si estuviera retomando mi vida justo donde la dejé, con todas las sensaciones y emociones que dejé aparcadas en su momento. Y no sé si quiero volver a ser ese Ryan. Quiero ser Ryan, *el americano*, el de Londres, el que olvida sus dramas después de una siesta y solo piensa en el bienestar de sus amigos. Mike quería traerse el sol de Los Ángeles a Nueva York y yo quiero traerme a ese Ryan hasta aquí.

—Creo que va siendo hora de que pongas en marcha tu plan —

me sugiere Sussan—. Sé que tienes miedo, pero no vas a conseguir nada quedándote sentado aquí conmigo.

Siento como si no pudiera moverme, pero me obligo a hacerlo. Le doy un beso en la mejilla a Sussan, me pongo en pie y compruebo que llevo el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Deséame suerte.

—La suerte no pinta nada aquí —me responde ella—. Te deseo amor.

○ ○ ○

Sentado en las escaleras de Union Square, espero a que aparezca en algún momento. Conociéndolo, me lo imagino tomando el metro en el sentido equivocado y terminando en la otra punta de Nueva York. Puedo verlo con detalle en mi cabeza, bajándose del tren y saliendo de la estación en algún barrio del Bronx o incluso más lejos, preguntándose cómo es posible que Manhattan haya cambiado tanto en un par de días. Me alegro de estar equivocado y verlo acercarse, llevando la misma inconfundible chaqueta amarilla que tenía puesta cuando nos encontramos en la estación de Victoria, en Londres.

—¡Castañito! —me dice al llegar hasta mí. Sorprendentemente, me saluda con un beso en la mejilla.

—Una semana en Nueva York y ya has terminado de cruzar al lado oscuro —bromeo.

Jake sonríe y frunce el ceño, como si le hiciera gracia mi comentario pero no lo entendiera del todo.

—Soy un chico adaptado a los nuevos tiempos, pero sigo siendo solo flexible —me dice, guiñándome un ojo—. Y hoy es lunes, así que no te emociones.

Me río y meneo la cabeza. A este chico no hay quien lo reconduzca por el buen camino. Yo no debería estar aquí, sino camino de otro sitio, hacia otra persona. Pero no podía mentirle ni inventarme una excusa cuando me envió un mensaje al salir del apartamento de Sussan, porque Jake y yo siempre hemos sido transparentes el uno con el otro. Le dije que estoy de vuelta en la ciudad e insistió en vernos ahora mismo.

—¿Y esta prisa por vernos? —le pregunto—. ¿Te has pensado mejor las cosas?

Jake entorna los ojos y me mira con guasa, levantando la barbilla.

—Algo así. —Mi cara seguramente muestra mi impresión—. Pero no lo que te piensas. Respira.

No sé cómo puede conocerme tan bien en tan poco tiempo. Es como si siempre andase un paso por delante de mí. Le pido que me ilustre en sus novedades. Jake lleva menos de una semana en la ciudad y ya se ha dado cuenta de la cantidad de experiencias que tiene por vivir en este lugar. No solo a nivel sentimental o sexual, sino en general. Nueva York le inspira libertad y hacer locuras, experimentar, comprobar sus límites, volar… Lo entiendo perfectamente porque es lo mismo que sentí yo cuando llegué aquí hace ya seis años. Pese a que yo no necesitaba ningún tipo de libertad sentimental porque me mudé con el amor de mi vida. De hecho, con Mike siempre me he sentí libre, con todo un universo por el que viajar.

—Por primera vez en mi vida, no sé qué va a ser de mí —me reconoce—. Y eso me encanta. Pensaba que me iba a producir ansiedad, pero es todo lo contrario.

—Es que tú estás hecho para esto, Jake, no para quedarte encerrado en Norwalk.

Jake me pasa el brazo por encima del hombro y es como si

ahora, después de tanto tiempo, me hubiera dado cuenta de que la mayoría de sus gestos hacia mí no han sido de carácter sentimental, porque le guste, sino porque él es así. Es la clase de chico a la que le gusta demostrar afecto, en todas sus variantes. Ya sea con un abrazo, con un beso en la mejilla o con un apodo absurdo pero adorable como «castañito».

—Ya… De eso me di cuenta después de mi viaje —me responde —. Desde que volví a Norwalk, sentía que me asfixiaba. Necesitaba más. Lo gracioso es que al principio pensé que era por ti, porque te echaba de menos.

—¿Gracias? —le digo, irónicamente. Prácticamente me está diciendo que no siente nada por mí, sino que confundió la ansiedad de volver a una ciudad relativamente pequeña con sentimientos amorosos hacia mí.

—No, tonto —se ríe nerviosamente—. Bueno, un poco sí. Confundí cosas, pero ahora lo tengo todo claro.

—¿Y a qué conclusiones has llegado? —le pregunto, sin miedo a su respuesta porque, sea cual sea, yo ahora ya tengo claro qué quiero hacer.

Jake retira el brazo de mis hombros y apoya la mano en mi antebrazo. Me mira fijamente en silencio hasta que arquea las cejas y me sonríe para romper el instante. Después se encoge de hombros.

—He llegado a la conclusión de que Nueva York es increíble y no voy a cerrarme a nada de lo que me ofrezca —me responde finalmente—. Y mantengo lo que te dije. Quiero que seamos amigos y ver hacia dónde nos lleva eso, sin promesas, ni expectativas y, sobre todo, sin presiones.

—Jake…

—No sé qué pasa, pero haces que quiera mudarme a la tierra

del arcoíris.

—Jake… —insisto.

—Pero —me interrumpe—, algo me dice que tú has tomado una decisión diferente. Y lo respeto, porque eres un tío genial, Ryan. Y si quieres estar con ese tal Mike, estoy seguro de que es igual de genial que tú, o incluso más.

—Mucho más —le reconozco—. Pero tú también eres increíble, Jake. Me sigues gustando demasiado y lo sabes.

Jake se pone en pie, extiende los brazos y da vueltas, como si fuera un gladiador en mitad de la arena, tras arrasar con toda la competencia. Después me tiende la mano para ayudarme a levantarme y me da un abrazo. Entre sus brazos, siento que estoy seguro, que puedo ser feliz, que todo va a estar bien. Pero no son los brazos entre los que quiero sentir todo eso a día de hoy.

—Solo quiero que sepas que no soy rencoroso —me dice al separarnos. Yo lo miro confuso—. Si las cosas con Mike no salen como esperas, mi oferta va a seguir en pie. Yo no creo en esas mierdas del segundo plato. Aunque tampoco me vengas llorando. —Se vuelve a reír—. Supéralo primero y todo eso.

—Vale —le digo—. Lo tendré en cuenta.

—Bueno, no, olvida eso. Si Mike es tan idiota de darte calabazas, puedes venir a llorar. —Me vuelve a dar otro abrazo y me río en su hombro con los ojos vidriosos—. Pero entonces solo a llorar, ¿eh?

Es bueno saber que, pase lo que pase, Jake y yo seguiremos siendo amigos. Que nuestra historia se ha quedado en el punto exacto en el que ninguno sufrirá con la idea de ser solo amigos y nada más, aunque él me haya dejado la puerta abierta a ver qué pasa con su flexibilidad, los sábados y todo eso. Vagué por Los Ángeles buscando

amigos desesperadamente sin darme cuenta de que ya tenía, posiblemente, al mejor de todos (género masculino).

Ahora que he permitido que mis sentimientos vaguen libremente por mi cuerpo, sé a ciencia cierta que seguiría a Mike hasta el fin del mundo si él me lo pidiera; ya sea en Nueva York, en Londres, en Los Ángeles o incluso de vuelta en Norwalk. Después de todo, no sería la primera vez que lo hago. Cuando nos mudamos a Nueva York fue gracias a él, cuando regresé a Norwalk fue para buscarlo, cuando me fui a Londres huía de él y hasta Los Ángeles llegué para reencontrarme con él. Dice el dicho que todos los caminos conducen a Roma, pero todos los míos llevan hacia Mike.

16
LA PUERTA AZUL

Camino por Warren Street, en Brooklyn. Durante casi dos años, este fue mi barrio, mi hogar. No fue mucho tiempo, pero en mi subconsciente todavía lo siento como tal. Donde estaba la cancha de baloncesto ahora han puesto un parque infantil y los árboles están más altos y frondosos. Aparte de eso, todo sigue igual. Sigo escuchando los mismos sonidos, de críos jugando y coches circulando. El mismo trinar de los pájaros. La misma brisa y el mismo olor al curry de los vecinos.

Miro hacia la ventana desde la que Mike me observaba aquella tarde en la que no me atreví a despedirme de él. La misma ventana desde la que yo contemplaba el amanecer en verano y la nieve caer en invierno. La misma ventana tras la que nos dimos tantos besos y abrazos. Cruzo la calle y me detengo frente a la puerta azul, pero esta vez lo hago con mi memoria intacta y sin miedo. Llamo al portero electrónico y una mujer responde al otro lado. Me parece que podría ser Laura, la chica con la que compartíamos piso antes del accidente. Le digo quién soy y abre. Subo, nervioso, y llamo a la puerta.

Me recibe una mujer que nada tiene que ver con Laura. Probablemente le doble la edad, es rubia y, sobre todo, no es colombiana. Así que descarto también que sea su madre de visita.

—¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta—. Perdona si dijiste algo abajo, pero el micrófono del portero lleva meses estropeado y no se oye nada desde aquí arriba.

—¿Vive usted aquí? —le pregunto a la mujer. No es que sea muy mayor, pero sí lo suficiente como para saber que no comparte

piso con Mike. Ella mira a su alrededor, con cara de guasa.

—Eso parece, ¿no?

Me río tontamente.

—Lo siento —le digo—. Estaba buscando a un amigo que antes vivía aquí. Mike Parker. ¿No sabrá por casualidad dónde vive ahora?

La mujer hace una mueca de desconcierto y niega con la cabeza.

—La verdad es que no —me responde, con cara de sentirlo de verdad. Una buena mujer—. Cuánto lo siento. Pero espera un segundo.

Cierra la puerta y me quedo solo en el rellano. Podría enviarle un mensaje a Mike para preguntarle dónde vive ahora, pero eso mataría un poco la sorpresa. Le escribo uno a Sussan para decirle que Mike ya no vive donde la puerta azul y me guardo el teléfono en el bolsillo. No puedo evitar fijarme en la ironía de llevar meses soñando con algo que ya no pertenece a ninguna de nuestras vidas. Me hace pensar en la cantidad de cosas por las que nos preocupamos y que nunca llegan a suceder, o cuya solución no está en nuestra mano. La puerta se vuelve a abrir y aparece la mujer con un fajo de cartas.

—Tengo todo este correo a nombre de Michael David Parker, supongo que será tu amigo. —Asiento con una leve sonrisa—. ¿Te importaría dársela? No sé si hay algo importante… Por si acaso.

—Sí, claro. —Me entrega el fajo de cartas—. Es usted muy amable.

—Es lo menos que puedo hacer. Es lo que me gustaría que alguien hiciera por mí.

Nos despedimos y bajo la escalera decepcionado. Vale, es solo un paso que he dado mal. No es una señal del destino diciéndome que este final feliz no es para mí. Solo ha sido un error por mi parte, por

no haber previsto que ahora Mike vive en otro lugar de la ciudad. Le echo un vistazo a las cartas. Facturas, editoriales, publicidad personalizada, más facturas y algo que ya no esperaba volver a ver: la postal que le envié desde Londres. El fondo azul pálido, las letras rojas con el nombre de la ciudad, el icono del metro en blanco de fondo, mi mensaje.

Me río de mí mismo. Qué estúpido era, pensando que iba a ser capaz de olvidarme de él. Da igual cuál sea su respuesta hoy y las vueltas que dé la vida, nunca voy a olvidar a Mike, porque eso sería como olvidar una parte de mí. Ya pasé por eso una vez y no pienso volver a repetirlo. Meto todo en la mochila y salgo a la calle. Sussan me responde al mensaje.

S: Pensaba que Mike te habría dicho que se ha mudado, por eso no te dije nada.

S: 44-73 de la calle 21, esquina con la avenida 45. Long Island City.

S: Te enviaría la ubicación directamente, pero no tengo ni idea de cómo se hace.

Mike ahora vive en Queens. Busco la ruta en Google Maps y avanzo, casi corriendo, hasta la estación de Bergen Street. Allí cojo el metro y, trece paradas después, llego a la estación de Court Square.

Bajo el ritmo cuando voy por la avenida 45, porque no quiero llegar sudando y sin aliento. Me he puesto muy nervioso esperando sentado media hora en el tren sin poder hacer nada. Hace buen día y la temperatura es mucho más agradable que en Los Ángeles. La zona tiene su encanto. Es mucho más cosmopolita que el barrio donde vivíamos en Brooklyn y, cuando llego a la esquina con la calle 21 y veo el Dukin' enfrente, me acuerdo de nuestros viejos tiempos. No es como el Starbucks, que hay uno en cada esquina. De estos no hay tantos, y que haya uno aquí cerca, como también ocurría en Brooklyn,

me da esperanzas.

Equivocarme de puerta me había hecho creer que estaba cometiendo un error, aunque me haya empeñado en decir que no pasaba nada. Sin embargo, durante el trayecto en tren me he dado cuenta de que no me he equivocado. Tenía que ir hasta allí y tocar en la puerta errónea para recuperar la postal. Ahora, al ver el Dunkin' en la esquina, vuelvo a creer en que las señales siguen indicándome el camino. Voy comprobando los números de los portales y llego al de Mike. La puerta está abierta porque están realizando una mudanza, así que entro sin llamar. Espero que Sussan no se haya equivocado y vaya a abrirme la puerta otra señora de mediana edad.

Me subo en el ascensor y empiezo a temblar. El corazón me late desbocado y la boca del estómago me arde por culpa de la adrenalina. Esto no me pasó en Brooklyn. Es como si una parte de mí hubiera sabido de antemano que allí no iba a encontrar a Mike y no hubiera reaccionado ante el encuentro que, en realidad, no iba a tener lugar. Pero ahora mi cuerpo sabe que sí, que voy a verlo. No, no es solo eso. Sabe que voy a decirle todo lo que he estado callándome estos días.

¿Qué vas a decirle, Ryan? ¿Que sigues enamorado de él? ¿Que has entendido unas indirectas que realmente no sabes si lo son? ¿Y si estás equivocado? ¿Y si no había líneas entre las que leer? Esto solo es otra de tus películas. El libro es ficción. No eres el sol. Fue una casualidad. A Mike siempre le gustó más el verano que el invierno. ¿Recuerdas cómo se ponía con el frío? Solo quiere que en Nueva York haga el mismo clima que en Los Ángeles. ¿Qué estás haciendo exactamente? Mike siempre ha sido directo con sus sentimientos. Te dijo todo lo que sentía nada más conocerte, ¿te acuerdas? Si quisiera volver contigo, te lo habría dicho. Tuvo muchas oportunidades. En la piscina, durante la caminata, viendo el atardecer en lo alto de Hollywood, en la cama de su hotel, en el acuario, en el muelle de Long Beach… Mike ya no siente lo mismo por ti. Asúmelo. Coge tu maleta y vuelve a Londres.

Doy media vuelta y me subo de nuevo en el ascensor. Esto no

tiene ningún sentido. Se supone que iba a aprender a controlar mis malas decisiones y aquí estoy, a las puertas de cometer otra de ellas, completamente cegado por el resplandor de un pasado que ya solo existe en mi cabeza. Aprieto el botón para bajar a la planta baja y, justo cuando las puertas están a punto de cerrarse, introduzco un pie entre ellas y vuelven a abrirse.

Cállate de una maldita vez.

Salgo del ascensor, llego hasta su puerta, inspiro profundamente, me armo de valor y doy un par de golpes con los nudillos de la mano. Creo que voy a desmayarme de los nervios. Mike abre enseguida y su cara pasa de su expresión neutral al asombro. En la mano tiene una hamburguesa a medio comer que todavía está masticando.

—He bajado del avión.

Mike hace un esfuerzo por tragar.

—¿Cómo? —me pregunta, confuso.

Justo cuando se le empieza a dibujar su característica medio sonrisa en la cara, levanto a mano y le enseño la postal.

—Creo que esto es tuyo.

—Has venido —murmura.

Mike sonríe del todo. Me coge por la muñeca de la mano que tengo en alto y tira de mí hacia el interior. Cierra la puerta y nos quedamos quietos, mirándonos, sin decir nada. Suelta la media hamburguesa encima de una mesa cercana y yo le tiendo la mano para entregarle la postal.

Me doy la vuelta y miro a mi alrededor. Mike ahora vive en un tercero con vistas al Dunkin' y al Parque Murray. El apartamento está reformado y tiene la cocina y el salón en la misma estancia. Entra

tanta luz por la ventana que todo está bañado por la claridad. En la pantalla de la televisión hay un capítulo de *Dark* pausado. Supongo que hoy no somos los únicos que estamos viajando en el tiempo. Por el número de puertas que veo, el apartamento tiene dos habitaciones y un baño. Lo conozco lo suficiente como para saber que estos muebles los ha comprado él a su gusto. Todo de Ikea. Barato, pero funcional. Mike siempre se aburre rápido de las modas y de su ropa, así que es coherente que haya preferido comprar muebles baratos que pueda cambiar fácilmente cada ciertos años, cuando estén amortizados. Y aquí yo, analizando su nueva vida en vez de hacerle caso a él. Me giro hacia Mike.

Su cara ha cambiado. Le ha dado tiempo a leer la postal varias veces, pero sigue sin levantar la vista del cartón. Ya no sonríe.

Todavía estoy aprendiendo a vivir sin ti, pero mientras tanto me cuesta dejar de recordar. Te prometo que intentaré con todas mis fuerzas conseguirlo. Espero que seas todo lo feliz que tú me llegaste a hacer a mí. Desde Londres, Ryan.

Me acerco hasta él, pongo la mano sobre el texto que yo mismo escribí en enero y le levanto la cara por la barbilla con la otra mano.

—No he podido hacerlo —le digo, con un hilo de voz. De pronto, incluso me tiemblan las piernas—. En realidad no he querido.

Los ojos de Mike se humedecen, se muerde el labio por dentro y niega con la cabeza.

—Yo tampoco.

Mike suelta la postal, que vuela entre ambos hasta llegar al suelo y me quedo sujetándole la mano. Hemos pasado cuatro días tocándonos y compartiendo multitud de cosas diferentes, pero ahora

es como si realmente lo estuviera sintiendo por primera vez. Todas las demás veces éramos dos amigos que se tocaban por inercia, por frustración, con miedo. Ahora somos dos almas que se han reencontrado y se perciben más allá de la piel. Me acerco aún más a su cara y le susurro:

—Me muero por besarte desde que te vi en la playa.

Mike sonríe y vuelve a morderse el labio. Sus ojos me miran brillantes.

—Bromeé con lo de comprar cigarros porque sé cuanto lo odias, y quería saber si tenías intención de besarme en algún momento.

Cierro los ojos y sonrío, acariciando la piel de sus mejillas con el dorso de mis dedos.

—Estuve apunto de besarte en la piscina, cuando te apoyaste sobre mí antes de tirarme al agua.

—Yo estuve a punto de hacerlo cuando me dijiste que tu padre me quería.

Nos reímos los dos a la vez y no sé cómo he podido vivir cuatro años sin oír su risa cada día. Siento ganas de llorar y, por primera vez en mucho tiempo, no hago nada por evitarlo, no lo contengo, no me impido ser quien soy.

—Casi te beso cuando te quedaste dormido en el hotel.

—Ryan, por favor, estaba despierto y deseando que lo hicieras de una vez.

—Tuve que contenerme muchísimo para no cogerte la mano cuando paseamos por el acuario.

—En el muelle me tumbé sobre ti esperando que me besaras —

me susurra él, a un centímetro de mi boca—, pero pensé que no habías superado a tu ex.

—Estaba hablando de ti, mi amor —le digo, rozando su labio con el mío y volviendo a separarme medio centímetro de él—. Y sí que estuve a punto de besarte en el muelle, pero abriste los ojos y me inventé…

—Vale, tú ganas, cállate ya.

Mike se impulsa sobre mí y nuestros labios por fin se juntan, regresando al estado natural del que nunca debieron haber salido. Un escalofrío me recorre la espalda, seguido de sus manos que recorren mi piel por debajo de la camiseta y me hacen sentir que el frío y el calor son la misma cosa. Lo abrazo contra mi pecho, empujando su cara contra la mía con ansia y desesperación, con necesidad de ir más allá de lo que el cuerpo permite. Agua en el desierto, fuego en la nieve, aire en las profundidades… Lo deseo, lo quiero y lo amo sin control. Yo soy suyo y él es mío porque ambos somos lo mismo. Siento ganas de reír y de llorar. De hecho, estoy haciendo ambas cosas. Besos con sabor a lágrimas, a hamburguesa, a tiempo perdido y a toda una vida recuperada. Fuegos artificiales reventando estrepitosamente a nuestro alrededor en el completo silencio del apartamento. Mi vida vuelve a estar completa y comprendo ahora que todo tenía sentido. Todo lo vivido, todos los pasos en falso, todas las oportunidades y todo el sufrimiento tuvieron que existir para poder llegar hasta este mismo instante en el que todo ha valido la pena porque volvemos a ser él y yo.

—Entendiste la dedicatoria —afirma Mike cuando nos separamos.

—Quiero ser el sol y que tú seas la luna, Mike.

Entonces se separa un poco más y me mira extrañado.

—Ryan, el sol y la luna casi nunca se encuentran.

Me río y me encojo de hombros.

—Las metáforas no son lo mío.

Vuelvo a besarlo y Mike me empuja por el apartamento hasta cruzar una de las puertas. Caigo de espaldas sobre su cama. Él cae sobre mí y me quita la camiseta. Yo hago lo mismo con la suya y repaso con mis dedos su cuerpo, ahora flacucho pero increíble. Él se apoya en mi pecho.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto. —Se ríe, mientras repasa con sus manos mi torso.

Me incorporo hasta quedar sentado y vuelvo a besarlo. Acaricio con mis manos la suavidad de su espalda que tanto añoraba. Él me pasa la mano por el pelo e incluso me da algún tirón para alejarme de su cara y después volver a besarme. Quiero romperme en mil pedazos y volverme a recomponer. Si Mike está a mi lado, sé que cualquier cosa es posible y no podré sufrir. Me da un empujón y quedo tumbado, tira de mis pantalones mientas yo me descalzo. Él también se queda en calzoncillos y no puedo evitar bajar la mano y buscar lo que hace tantos años no encontraba. Mike se ríe.

—¿Ahora te entra la vergüenza? —le pregunto—. Ni que fuera la primera vez.

—¿Y no lo es?

Nos miramos en silencio durante un par de segundos y volvemos al desenfreno, la locura, el éxtasis y el descontrol. Es cuanto había deseado y esperado y todavía más. Crucé la línea hacia la esperanza y estoy siendo recompensando. Mike me besa el cuello y siento escalofríos. Baja hacia el pecho, las costillas, el ombligo y la cintura. Me da una mordida y siento que él estaba igual de desesperado que yo. Me juro no volver a dar nada por sentado, ni para bien ni para mal. A partir de ahora, pienso asumir que siempre estoy

equivocado y no me callaré nada, porque casi dejo escapar al amor de mi vida por imbécil.

Mike me quita los calzoncillos y siento que tiene razón. Todo es tan común, pero al mismo tiempo tan nuevo, que parece como si fuera la primera vez entre dos personas que se han conocido en todas sus anteriores vidas. Me deshago de su ropa interior y le abrazo como si quisiera atravesarlo con mis brazos. Le doy la vuelta y lo tumbo boca arriba. Lo miro a los ojos mientras le acaricio el pelo.

—Te quiero —Cierro los ojos esperando no despertarme de algún sueño. Los abro de nuevo y Mike sigue ahí—. Siempre te he querido y siempre lo voy a hacer.

—¿Siempre? —me pregunta él.

—Para siempre —le respondo.

Mike se incorpora, me agarra del cuello y me besa con fuerza.

—Yo también te querré siempre —me dice entre jadeos—. Para siempre.

Es como si su lengua intentara abarcar por completo la cavidad de mi boca y nunca tuviera suficiente. Dos cuerpos sin ropa, dos almas todavía más desnudas, dos caminos destinados a cruzarse una y otra vez, dos vidas y un mismo corazón. Mike y yo hacemos el amor como nunca, con una confianza que no había vivido antes con nadie (ni siquiera con él) y, por primera vez en mi vida, siento que realmente soy libre para amar y ser amado. Sin excusas, sin pasado, sin traumas, sin temores, sin rencores.

No sé cuánto tiempo después, seguimos en su cama a medio vestir. Yo sigo intentando convencerme de que esto que está sucediendo es real, que volvemos a estar juntos. Me tumbo junto a él y

me acurruco a su lado, metiendo mi cabeza en el hueco entre su pecho y su barbilla.

—Se acabaron los juegos —le digo—, las tonterías, las mentiras y el fingir que no queremos estar juntos. Se acabó todo lo que no seamos tú y yo.

Miro hacia arriba y nuestras miradas se cruzan.

—Solo tú y yo —repite.

Me abraza con fuerza y me dice que no tiene suficiente, que es como si nunca pudiera abrazarme con la intensidad suficiente para quedarse a gusto. Yo siento lo mismo, pero tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo. No, mentira. No voy a volver a dar nada por sentado, así que vuelvo a abrazarlo ahora, por si acaso.

—Es curioso aquello que me dijiste —continúa—. Lo de las señales que apuntaban hacia Los Ángeles. ¿Te acuerdas? —Asiento. Claro que me acuerdo, todo apuntaba hacia él. Ahora lo sé—. Porque yo también he seguido las mías sin darme cuenta.

—¿A qué te refieres? —Me separo de él y apoyo la cabeza en la almohada, junto a la suya, ambos mirando hacia el techo.

—Yo escribí el libro para sacar fuera todo lo que tenía dentro, para olvidarte —se sincera—. Se lo enseñé a Sussan solo por egoísmo, para saber si mi cabeza estaba en un buen sitio, pero ella se lo envió a Sarah. De ahí surgió el éxito y del éxito la venta de los derechos. La productora quiso venderle el proyecto a Netflix. De todas las posibilidades que existían, justo a la compañía que me iba a llevar a Los Ángeles exactamente la misma semana en la que tú andabas por allí, a tiempo para reencontrarnos.

Pienso en la situación y es de locos. Si yo no hubiera estado en The Last Bookstore aquella mañana, no me habría tropezado con Chris, no nos habríamos hecho amigos, no habría quedado con él

aquel día en la playa y no me habría reencontrado con Mike. Llevo toda la vida creyendo que controlamos nuestra vida, pero ya no lo tengo tan claro. Quizás el destino sí que existe y no se puede huir de él.

—¿Te has dado cuenta de que, si no existiera Sussan, tú y yo no estaríamos juntos? —le pregunto—. Ni siquiera nos conoceríamos.

—¿Cómo es eso? —me pregunta él, incorporándose, apoyándose sobre un codo y observándome.

—Si Sussan no hubiera movido sus hilos, no habrían publicado tu libro. O a lo mejor sí, pero en otro momento, de otra forma. Todo habría sido diferente.

—Claro.

—Pero es que fue Sussan la que me convenció para que estudiara en Eastmond —le digo, y Mike abre la boca, sorprendido. Es algo que él no sabía—. Yo no sabía qué hacer porque no me convencía lo de estudiar Derecho. Además, no podía irme a vivir solo fuera de Norwalk después de aquel verano. Pensé en lo de Publicidad, pero no era mi única opción. Y Sussan me convenció para estudiar en su universidad, porque así estaríamos juntos y sería todo más fácil para mí.

Mike se deja caer de nuevo sobre la almohada y dirige la vista hacia arriba.

—¿Entonces Sussan es el pegamento que une esta relación? —pregunta.

—¿Tenemos una relación? —le pregunto, refiriéndome al presente.

Mike gira su cara hacia mí y arquea una ceja.

—Si no la hemos tenido desde que has entrado por esa puerta,

sería buena idea empezar una ahora mismo.

Me río y acepto su propuesta con un beso.

Han pasado los años. La vida ha cambiado. El mundo ha cambiado. Todo ahí fuera es diferente. Tal vez siempre fue así pero no lo percibíamos por ser más jóvenes o inocentes, pero de cualquier manera es cierto que mi percepción de la realidad actual es distinta. Estamos viviendo incendios, desastres naturales, ataques terroristas, tiroteos… La gente cada día parece estar menos cuerda y los más locos son los que lo controlan todo. Ya nadie disimula. La maldad y el odio corren a sus anchas por las calles. Todo es un desastre. Pero ahora mismo, en esta cama, hemos creado nuestra pequeña burbuja de protección y felicidad en la que estamos a salvo de todo, aunque solo sea durante un instante robado al tiempo.

Por delante nos espera un futuro incierto en el que no sabemos nada de lo que va a ocurrir. Estamos juntos y queremos estarlo siempre. Yo me esforzaré para que eso sea así, porque ahora he comprendido que tener pareja no es tan fácil como regar una planta y verla crecer. Hay que trabajar duro para disfrutar de las cosas buenas, afrontando los días en los que todo se oscurece un poco, con el deseo y la esperanza de que la luz vuelva a brillar pronto. Y a lo mejor lo bonito de una vida en pareja es eso mismo: la incertidumbre de no saber qué depara el futuro. Por primera vez, andar a ciegas en la penumbra no me da miedo, porque sé que Mike avanza delante, alumbrando el camino, o detrás, protegiéndome la espalda.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. ¿Qué hago yo con mi vida?

Mike se gira hacia mí con todo su cuerpo.

—Como me digas que regresas a Londres, te tiro por esa ventana —responde Mike, señalando hacia su espalda.

—En el orden de prioridades, Londres ha pasado a un bonito segundo plano.

Mike me da un beso y me dice que está bromeando. Se incorpora hasta quedarse sentado con las piernas cruzadas. Yo me muevo un poco y apoyo la cabeza en su muslo.

—Lo ideal es que yo viva aquí —añade—, sobre todo si en algún momento pienso publicar un nuevo libro y promocionarlo.

—Tiene sentido —le digo. A estas alturas me da igual todo. Mi hogar está donde esté él, en la ciudad o el país que sea.

—Pero le he cogido el gusto a los aviones, así que no me importaría vivir fuera. —Miro hacia arriba con rapidez. No esperaba que Mike estuviese dispuesto a venirse a Londres conmigo—. El problema es que yo no tengo contrato de trabajo —continúa—. No me darían un visado con facilidad. —Me incorporo hasta quedarme de rodillas frente a él y lo callo con un beso, porque realmente da igual Londres, pero él sigue hablando—. No quiero fardar, pero gracias al libro y a los derechos puedo permitirme una vida más cómoda. No estoy forrado, ya verás la cuenta del banco. —Se ríe—. Solo digo que no tengas prisa. Por una vez en tu vida, deja de pensar y relájate durante una temporada. Que tus elecciones sean voluntarias, no obligadas.

—Ahora que tengo un *sugar daddy* puedo cumplir todos mis sueños sin tener que trabajar —bromeo. Mike pone los ojos en blanco, me tapa la boca con la mano y se abalanza sobre mí. Me libro de su mano—. ¿Significa eso que me estás pidiendo que viva contigo?

—No creo que la convivencia haya sido nunca un problema entre nosotros —me responde, a pocos centímetros de mi cara—. Creo que nuestro único problema fue que tú no estabas listo para enamorarte y yo tomaba decisiones en base a lo que le había prometido a mi madre.

Lo observo y la situación me resulta extraña. Es él. Es Mike. Y, al mismo tiempo, es una persona nueva con una forma de hablar y

expresarse diferente, más centrada. Es una versión mejorada del chico que ya conocía. Y, si en su momento me volví loco por él, tengo miedo (del bueno) de lo mucho que puedo llegar a querer a este nuevo Mike.

—¿Y ahora? —le pregunto—. ¿En qué te basas para estar aquí, en esta cama, conmigo?

Mike cierra los ojos, se deja caer sobre mi pecho y me acaricia el hombro con la yema de los dedos. Respira profundamente, después suelta todo el aire y responde:

—En esto.

Me abraza y el mundo exterior ha vuelto a dejar de existir. Baja su mano otra vez hasta mis calzoncillos y yo me pregunto de dónde ha salido toda esta energía acumulada. Mike nunca ha sido de repetir.

—Oye, espera —le digo. Mike se detiene en seco y se aparta de mí para mirarme a la cara—. Te estabas comiendo una hamburguesa. —Él asiente, apretando los labios—. ¿De ternera? —Arquea una ceja y se encoge de hombros—. Me debes un viaje a Londres.

○ ○ ○

Mike me presta algo de ropa y, después de cenar, salimos a tomar algo en Refinery Rooftop con Sussan y Oscar. El local es una especie de taberna moderna ubicada en la calle 38, decorada con acabados en madera, luces colgantes y plantas, con ventanales en los techos y una amplia terraza con vistas al Empire State. No es nada barato, pero Oscar lo ha elegido, lo que significa que la cuenta corre de su parte.

Pese a ser una celebración por nuestro gran reencuentro, me paso toda la noche haciéndole más caso a Sussan y a Oscar, para empezar a compensar mi ausencia durante estos meses. A ella la noto bastante animada, mucho más que esta mañana. Alex pasó a recoger a los niños poco después de irme yo y me dio pena no haberlo podido saludar, pero lo cierto es que nuestra relación siempre fue más bien

escasa. Creo que el único momento que realmente tuvimos a solas fue cuando le compró el anillo de compromiso a Sussan y, bueno, ese detalle ahora es como si no hubiera existido. O lo será cuando firmen el divorcio. Oscar, en cambio, es un animal social y el alma de cualquier fiesta, así que ha notado menos mi ausencia este tiempo. Me ha echado de menos, pero no se ha sentido desplazado e ignorado como Sussan. Quizás porque a él no lo ninguneé de la misma manera, al menos durante los meses que estuve en Londres. El chico al que supuestamente le había alquilado la habitación ha resultado ser un nuevo proyecto de novio, no un inquilino cualquiera.

—Está claro que no soy el único que ha estado escondiendo cosas todo este tiempo —les digo. Los tres agachan la cabeza, casi como si lo hubieran planeado.

—Pero tu secreto ha resultado ser el mejor de todos —dice Oscar, levantando la copa en el aire para brindar.

—¡Nuestro secreto! —exclama Mike, levantando la suya.

—Corazón, que tu seguías colado por Ryan lo sabíamos todos los que *sí* habíamos leído tu libro —añade Sussan, repitiendo el gesto con su copa, en una clara indirecta hacia mí.

Los miro, con sus copas levantadas y esperando por mí. Siento que, si voy a empezar esta nueva historia, tengo que hacerlo siendo honesto siempre. Así que carraspeo y levanto la copa.

—En realidad yo ya lo he leído. —Choco mi copa con la de cada uno de ellos por separado y le doy un sorbo al vino—. ¡Por el amor!

Oscar y Sussan beben de sus copas, pero Mike se queda mirándome dese su lado de la mesa, ladeando un poco la cabeza y entornando los ojos.

—Agradezco tu sinceridad —dice finalmente—, pero vas a

tener que explicarme eso. A poder ser ahora.

—Lo compré en Londres —le digo, mientras Sussan y Oscar hablan entre ellos—. Y lo estuve leyendo en la media de lo posible, porque me hacía daño. Lo terminé de leer el día antes de encontrarnos en la playa. Y lo entendí tooodo mal.

Mike sonríe, menea la cabeza y le da otro sorbo al vino.

—Normal que pensaras que no quería saber nada de ti —dice finalmente.

Me encojo de hombros y levanto mi copa hacia él

—Por ti.

Mike choca su copa contra la mía y bebemos.

Sussan y Oscar se han ido de vuelta a casa. Mike y yo paseamos por Bryant Park y nos sentamos en el borde de la fuente. El silencio solo es interrumpido por el murmullo ligero del tráfico nocturno. Hablamos de cómo nos conocimos, de todo lo que vivimos y lo lejos que parece quedar todo. Coincidimos en que son como recuerdos de otra vida, pero aun así los llevamos dentro porque lo que sentimos está basado en todo eso. Sin embargo, está claro que ahora somos personas algo diferentes y que, si nuestro reencuentro ha sido así de alucinante, ha sido porque ambos nos hemos reenamorado de quienes somos actualmente. Y eso da esperanzas a que sigamos haciéndolo en el futuro, con cada año que pasemos juntos.

Quiero pasar mi vida con él y reenamorarme de todos los Mike que vengan en el futuro.

—¿Volverías de nuevo a Norwalk? —me pregunta Mike, sujetando mi mano y colocando ambas sobre su muslo. Esta noche

está especialmente guapo. No sé si es él, el amor, el sexo o esta ciudad.

—¿Te refieres a si volvería a vivir allí o a si me gustaría volver al pasado?

—Ambas, supongo. —Me aprieta la mano.

—Volvería a Norwalk una y mil veces, porque allí fue donde te conocí.

Mike suelta mi mano, se apoya en mi hombro y me rodea la cintura con el brazo.

—Yo a veces pienso en volver para quedarme —se sincera—. Ya sé que ahora tengo un apartamento para mí solo y todo eso, pero de vez en cuando he tenido la sensación de que allí sería más feliz.

—Te entiendo —me limito a decirle, aunque para mí volver a Norwalk no ha sido una de las principales opciones.

—Lo que pasa es que ahora tú estás aquí y esa sensación se ha ido. Entonces, me pregunto si realmente lo que añoraba era mi vida en Norwalk o solo era el reflejo de lo que tú significas para mí.

Mike y su habilidad para leerme la mente. Es justamente lo mismo que siento yo. Obviando a mi madre, lo que echaba de menos de Norwalk era que allí fue donde Mike y yo fuimos más felices, aunque fuese menos de un año. Nuestra vida juntos empezó a desmoronarse cuando nos mudamos a Nueva York. No culpo a la ciudad, porque ya he aprendido que las construcciones no tienen vida propia ni la capacidad de hundir o levantar tu vida; pero aquellos meses en casa, en el sitio donde nos conocimos y surgió nuestro amor, son los más felices que recuerdo y los que me han hecho regresar a él una y otra vez todos estos años posteriores.

—No sé si existe eso de las almas gemelas —le digo—, pero creo que nuestros átomos, nuestra energía, o lo que sea que forma

nuestros cuerpos y nuestros pensamientos formaba parte de la misma materia hace millones de años. Es la única explicación que le veo a esta gravedad que nos atrae constantemente.

—Quien dice gravedad, dice magia, ¿no? —añade él. Al final no la habíamos agotado del todo.

—Creo de verdad que, si la vida no hubiera querido que ambos naciéramos y creciéramos en Norwalk, nos habríamos encontrado de igual forma. Allí, aquí o en Australia. Porque llevamos cuatro años separados y, en todo este tiempo, nunca he dejado de sentir que tú estabas en alguna parte.

Mike se incorpora, me da un beso en la mejilla y me estremezco.

—Que no se te suba a la cabeza —me dice—, pero yo siento lo mismo. Incluso cuando te fuiste a Londres e intenté con todas mis fuerzas ignorar que estabas tan lejos y se me escapaban las oportunidades, siempre te sentí cerca.

Me da un beso en los labios y me acaricia la cara. Me apoyo en su hombro, sintiendo su calor y percibiendo el olor de las páginas de un libro antiguo que vuelves a leer después de mucho tiempo; recordando que no importa cómo de grandes sean las demás historias, estas han sido, son y serán siempre tus favoritas. Levanto la vista, él baja la suya, se cruzan nuestras miradas.

—Porque siempre estuvimos cerca, Mike. —Le pongo la mano en el corazón—. Justo aquí.

Mike vuelve a besarme y entonces se pone en pie frente a mí. Apoya sus manos en mis hombros y me mira desde arriba. Es tan guapo que duele. Y lo quiero tanto que asusta.

—Entonces has leído el libro, ¿eh? —me dice con una sonrisa traviesa.

Le explico que me lo había tomado como una declaración de intenciones; que pensaba que yo era una estrella fugaz sin más y que él se había cansado de los chicos como yo, que solo le aportaban dolor; que deseaba encontrar al definitivo, uno que por fin le diera todo lo que se merece y lo valorara por completo. Mike se ríe a ratos, y otra veces me mira extrañado. No comprende cómo pude malinterpretar tanto ese final tan evidente en el que Malik deja claro que quiere estar con Brian. Es decir, que Mike me había elegido mucho antes de Los Ángeles e incluso de Londres.

—Tengo que preguntarte algo, Mike.

Me observa con detenimiento, casi serio. Yo sigo sentado, al borde de la fuente.

—Lo que quieras —me responde.

—Al final del libro, ¿qué hace Brian? —La novela tiene un final abierto en el que, realmente, no se sabe qué ocurre entre ellos dos—. ¿Se va con Gael o se queda con Malik?

Mike cierra los ojos, con sus manos todavía apoyadas en mis hombros, y se mece de un lado a otro, balanceando el cuerpo y echando la cabeza hacia atrás.

—No lo sé —me responde finalmente—. ¿Tú que elegirías?

Me pongo en pie, me agarro a su cintura y tiro de él hacia mí, hasta que nuestros labios se juntan y nos fundimos en un beso.

—Te elegiría en todas las historias del universo.

17
VIVA LA VIDA

Han pasado cuatro meses desde que volví a Nueva York y, más importante, volví a formar parte de la vida de Mike. Parece poco, pero el tiempo es relativo. En un fin de semana en Los Ángeles vivimos cosas que no habíamos experimentado durante muchos años, así que la perspectiva de estos meses ha sido como revivir esos cuatro días unas treinta veces más. Vez arriba, vez abajo. A efectos prácticos, el pasado es como si no existiera y no lo mencionamos. A efectos emocionales, es como si lleváramos ocho años juntos. Ahora ya no hay secretos entre nosotros, ni mentiras piadosas, ni misterios. Nos lo contamos todo, lo hablamos todo, lo compartimos todo y, juntos, lo somos todo. Hemos tenido días maravillosos y días no tan geniales, pero no pretendo que todo sea perfecto. Sigo pensando que la base de una relación sana no es la perfección, sino enamorarse de la imperfección, saber apreciar los grandes momentos y lidiar con entereza los menos agradables. Honestidad, lealtad, transparencia y, sobre todo, confianza. Tanto entre nosotros, como ante la vida.

Hoy, 16 de enero de 2020, es mi cumpleaños y llevo preparándolo prácticamente desde que decidí aparcar los planes londinenses y quedarme en Nueva York. Mi intención era juntar a todos mis seres queridos en el mismo sitio para celebrar la vida y el amor. En un mundo lleno de basura, desastres y odio, quería tener la oportunidad de celebrar mis veintiséis años (que, sumados, dan 8, mi número favorito porque simboliza el infinito) con todos ellos, en mi pequeña burbuja alejada de todos los males de la humanidad. Hemos alquilado una sala de eventos en la 8ª Avenida, con la calle 37. El lugar es una especie de enorme *loft* con suelos de brillante madera y

paredes blancas. El mobiliario y los sofás también son de color blanco. Y los ventanales tienen vistas a los rascacielos iluminados de la ciudad. El sol hace rato que ha empezado a ponerse y la sala se encuentra iluminada por una tenue luz que se fusiona con la del atardecer. Todo es tan acogedor que me quedaría a vivir aquí toda la vida.

Aadhya y Mike han hecho muy buenas migas. No es que se hayan vuelto digitalmente inseparables, pero me conformo con que mi amiga ya ha cambiado de equipo y ahora prefiera a Mike antes que a Jake.

—Chico, menudos lujos os pegáis en estas tierras —me dice cuando me cruzo con ella, con una copa de champagne en la mano y observando cada detalle de la sala—. Ahora entiendo que no vuelvas a Londres.

—No es tan caro —le aclaro—. O eso me ha dicho Mike. No me ha dejado ver la factura.

Aadhya era la única invitada que no tenía claro que pudiera asistir, por el asunto de la distancia, pero finalmente lo ha conseguido. Ha aprovechado la ocasión y mi larga anticipación para venir de vacaciones con William y conocer Nueva York.

—No sé yo… —continúa—. Estoy por llamar a Zoey y preguntarle si no hay un intercambio de esos para mí.

—Tú no te mueves de Londres —le dice William, abrazándola por detrás—. Si quieres, yo te enseño el mundo, pero de mí no te escapas, preciosa.

Aadhya me mira sorprendida, abriendo mucho los ojos y reprimiendo una sonrisa. Se siente completamente agasajada. William lleva meses tratándola como la reina que se merece ser y ella le está devolviendo todo el amor que tanto tiempo llevaba guardándose para sí misma. Hoy está espectacular con su vestido blanco ceñido, unos

interminables zapatos de tacón rojos y, por supuesto, su perfecta manicura blanca con pequeños diamantes, que es la envidia de Sussan.

Mi mejor amiga, mi de nuevo inseparable pelirroja, ha recuperado la sonrisa del todo.

—¿A qué hora viene Mike? —me pregunta—. No se le ocurrirá perderse tu fiesta, ¿no?

—Está en el New York Times, que tenía una entrevista que no pudo aplazar —le respondo—. Y mejor que no lo haya hecho. No puede permitirse perder esa plataforma de promoción del nuevo libro.

—¿Y Kate? —me pregunta por mi madre—. ¿Al final viene mamá?

—No —le respondo con tristeza—. No les ha cuadrado bien y no podían cerrar la tienda tantos días.

—Ya podría haber venido solo ella —me comenta Sussan—. ¿Para qué quiere un novio si no es para dejarlo a cargo de la tienda?

—Exacto —me río—. Pero bueno, les he prometido que más tarde les hacíamos una videollamada.

Mi relación con Sussan vuelve a ser la de antes. Todo lo ocurrido el año pasado ha quedado en el olvido. Ha entendido y aceptado que mi desaparición no fue algo personal, sino circunstancial. Me he encargado de ganarme el perdón haciendo de niñero incontables veces de David y Eliah, que hoy también han venido con su madre a la fiesta. Gracias a mi disponibilidad, Sussan ha podido salir más, sobre todo por la noche, que lo echaba muchísimo de menos, y está viviendo ahora todo lo que se perdió por haber sido madre tan joven. Sobra decir que, de momento, no quiere saber absolutamente nada de los hombres.

Oscar ha venido con Andrew, Justin, el otro Ryan y el resto de la cuadrilla. Mentiría si dijera que son los que más me han echado de

menos, pero desde que he vuelto hemos retomado nuestra amistad como si no hubiera pasado nada. Supongo que, a fin de cuentas, eso es lo que significa la verdadera amistad, ¿no? Que el tiempo pase sin que pueda resentir los hilos que nos conectan de forma invisible. La invitación que les envié no decía nada de etiqueta, pero todos se han vestido bastante elegantes. Oscar no pierde oportunidad para encargarse de los estilismos. Para él, cada evento es una pasarela de moda y aprovecha para lucir su talento. Incluso me ha obligado a vestirme decentemente, con camisa de botones y todo, por ser el anfitrión. Pienso en cómo salió vestido Mike esta tarde de casa y va a desentonar entre tanta elegancia.

—Por favor, dile a Jake que deje de arrasar con la comida —me dice Josh—. Cuando llegue Mike y vea que no queda nada, se va a armar una buena.

Miro a mi alrededor hasta que encuentro a Jake sentado en uno de los sofás, con un plato hasta arriba de canapés y *snacks*. Hace meses, cuando lo invité a la fiesta al saber que Josh vendría a Nueva York por primera vez, pensaba que iba ser raro que estuviera aquí, pero nada más lejos de la realidad. En este tiempo, nuestra amistad se ha afianzado mucho más e incluso tuve la suficiente transparencia con Mike como para contarle lo que había pasado entre nosotros. No le dio importancia alguna. Jake, por su parte, sigue en el mismo punto de *heteroflexibilidad*, aunque ahora la ha ampliado también a los viernes y domingos. Me sigue gustando, porque estar enamorado de Mike no me convierte en un robot unidireccional, pero lo veo con otros ojos. Si con Mike crucé la línea del deseo hasta llegar a la esperanza, con Jake siempre sé detenerme antes de llegar al deseo, y simplemente deambulo inocentemente por la línea de la contemplación. Tal vez uno de nuestros errores del pasado fue pretender que dejáramos de ser humanos, que dejaran de atraernos otras personas, que contuviéramos sentimientos y emociones que son completamente naturales. Lo importante para una buena relación es la confianza, sin convertirla en una cárcel emocional. No sería realista fingir que Jake no me produce ningún tipo de emoción. Creo que es mucho más sano identificarlas,

aceptarlas y aprender a navegar sin miedo por ese arrollo de sentimientos, avanzando a toda vela de vuelta al océano que contiene todo lo que siento por Mike.

—Déjalo —le respondo a Josh—. Mientras esté comiendo, es inofensivo.

Fiel a mi nuevo propósito de ser sincero con las personas a las que quiero, decidí contarle a Josh lo de mi aventura con Jake en Londres. Realmente se lo contamos los dos juntos hace varios meses, a través de una videollamada mediante la cual no pudiera matarnos a ambos. Josh ni se inmutó y nos dijo que ya lo sabía, porque era imposible que, de buenas a primeras, ambos hubiéramos desarrollado esa complicidad si no había sido mediante el sexo o algo similar. Josh aprovechó la ocasión para preguntarle a Jake si no era ya hora de que dejara a un lado lo de la *heteroflexibilidad* y se declarara oficialmente bisexual. Jake hizo un chiste de los suyos y se negó a etiquetar su sexualidad, porque estábamos en 2019 y eso era muy del 2015. Que no usara su argumento de que los chicos no le atraían sentimentalmente, sino solo sexualmente, fue un claro indicador de que se ha replanteado bastante sus ideas en general, y no solo por mí en particular; pero no seré yo el que insista y le obligue a convertirse en uno de esos tarros de especias etiquetados en la repisa de la cocina. Yo quiero que Jake sea feliz y punto. Lo demás, como diría Chris, es una construcción social.

—Castañito —me sorprende Jake por detrás. No me he dado cuenta de que se ha levantado—. ¿La rubia aquella quién es? ¿Está disponible?

Miro hacia el otro lado de la sala y veo a Sandra, bastante integrada, hablando con Sussan y Chris.

—Me temo que no es tu día de suerte —le digo—. Es la novia de Chris.

—¿Y quién es ese Chris? —me pregunta, dándole un bocado a

un pedazo de sushi. Entonces recuerdo las reglas de pareja de ambos y me lo pienso mejor.

—¿Sabes qué? Puedes intentarlo, pero no seas golfo.

Jake abre la boca y me mira sorprendido, medio indignado.

—¡¿Yo?! Si soy un amor…

Chris ha dejado su monopatín en Los Ángeles y ha venido a Nueva York también por primera vez. Se ha estado quedando con Mike y conmigo en Queens y lo hemos llevado a clubs neoyorquinos alguna noche, para que compruebe lo que es una noche de fiesta de verdad; hasta que Sandra ha llegado a la ciudad (porque no le cuadraban los turnos para venir antes) y McFly, como lo llama Mike, ha tenido que rebajar su entusiasmo. Una cosa es tener una relación abierta y otra ponerse a ligar con otros y otras en los pocos días que su novia pasa en la ciudad. He de decir que me resulta completamente incoherente ver a Chris vestido con pantalón largo y manga baja. Pese al frío de Nueva York, me lo imaginaba en bañador y chanclas recorriendo las calles heladas como si tal cosa.

Como también es una fiesta para celebrar la vida (y no solo mi cumpleaños), me pareció genial que Mike quisiera invitar a su padre, Jerome, y a su nueva esposa. No pensé que fueran a aceptar esto de unirse a una absurda fiesta sentimental, pero aquí están. Ellos también se han puesto de acuerdo para arreglarse un poquito más de la cuenta. Mike también ha invitado a Sarah, su editora y amiga de Sussan, y a Lucas, un chico con el que estuvo viviendo en Brooklyn durante varios años cuando Laura se mudó a Nueva Jersey con su novia. Han mantenido la amistad a lo largo de estos años y lo he conocido durante estos cuatro meses. Un chico peculiar, con buen sentido del humor y fiel devoción por el género femenino.

Miro el teléfono para comprobar si Mike me ha escrito algo. Le pedí que me avisara cuando saliera de la reunión, pero todavía no parece haber terminado. Aadhya se acerca hasta mí, con cara de

circunstancia, y me arrastra hasta el fondo del local.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Todo bien?

—Sí, Ry. Eso creo —me responde, pero no terminan de cuadrarme sus palabras con su actitud—. Es solo que necesito que me aconsejes respecto a algo que…

De pronto, todas las luces se apagan y nos quedamos medio a oscuras. La única luz que entra proviene de la calle, de forma muy sutil. Aadhya mira hacia atrás y después vuelve la vista de nuevo hacia mí. O, más bien, hacia mi espalda. En la pared blanca que tengo detrás, un proyector refleja una imagen en blanco con una cuenta atrás. Nos giramos hacia ella, los invitados se arremolinan detrás de mí, en torno a la proyección y, al llegar al cero, en la pared se proyectan imágenes mías y de Mike. Fotos intercaladas con vídeos. Instantes de toda nuestra vida juntos, no solo de estos últimos meses, sino desde el principio. Uno tras otro, se reproducen todos los recuerdos de todo lo bueno que hemos vivido juntos y me siento lleno por dentro al saber que estoy presenciando parte de nuestra Historia, con mayúscula, y que es solo una pequeña parte, comparada con la que nos queda por delante.

No sé quién ha preparado esta sorpresa de cumpleaños, pero se ha adelantado un poco. No quiero interrumpirlo, pero Mike debería estar aquí.

La velocidad a la que transcurren las imágenes cada vez es mayor, y les acompaña una música épica, como de banda sonora de película, que retumba en todas las paredes de la sala y me hace sentir escalofríos en los brazos. El ritmo avanza frenéticamente, mostrando prácticamente una imagen nuestra por cada golpe de la percusión, hasta que la música se detiene con el sonido grave de un tambor. La proyección muestra la foto que nos hicimos junto a las letras de Hollywood y es como si pudiera sentir la mano de Mike todavía en mi cintura. Seguidamente, la imagen desaparece y, sobre el fondo blanco, se proyecta una sola pregunta:

«¿Para siempre?».

Lo que pensaba que era una sensación refleja en mi cintura cobra vida y me aprieta ligeramente. Me giro hacia la derecha y veo a Mike a mi lado, vestido muy elegante con una camisa oscura y un traje azul marino con las solapas negras. A su lado, colgada de su brazo, está mi madre. Al final ha conseguido darme la sorpresa que no pudo hace tantos años. Ella me mira emocionada, casi llorando, y no entiendo por qué.

Entonces, Mike mueve la mano de su cintura, la pone entre ambos y, con un ligero temblor, abre los dedos. En la palma de su mano tiene dos anillos plateados con una línea azul muy fina siguiendo toda la circunferencia.

—¿Para siempre? —me pregunta, repitiendo lo que todavía se proyecta en la pared.

Yo frunzo el ceño, me muerdo los labios por dentro como hace él e intento contener lo imposible. Asiento con la cabeza antes de echarme a llorar y abrazarme a él con fuerza. Lloro desconsoladamente en su hombro. Todos nuestros amigos y familiares empiezan a aplaudir. Las luces cobran algo más de vida hasta retomar la intensidad tenue que tenían antes del vídeo. Jake se coloca frente a la pared donde se proyectaban las imágenes y en la que se sigue distinguiendo ligeramente la pregunta.

—Es la primera vez que hago esto —nos dice—, y el título que me saqué por internet no traía libro de instrucciones, así que… Queridos hermanos y hermanas…

—¡Espera! —exclamo para que se detenga. Miro a Mike, completamente en estado de *shock*—. ¿Ahora? ¿Ya?

Mike me mira sin decir nada. Después echa un vistazo a su alrededor y se encoge de hombros.

—Hay que vivir aquí y ahora, ¿no?

Sonrío y asiento con la cabeza, sin decir nada más. Vale. De acuerdo. Tiene razón. ¿Por qué esperar? Y cuando soy consciente de que me la han jugado completamente y toda esta gente, vestida de forma tan elegante, no está aquí para celebrar mi cumpleaños, sino nuestra boda, vuelvo a llorar.

—¿Puedo seguir? —nos pregunta Jake. Yo me río entre lágrimas y Mike le hace una seña para que continúe—. Hermanos… Hermanas… Personas que no se identifican con ninguna de las anteriores opciones. Estamos aquí reunidos para engañar a este pobre hombre el día de su cumpleaños y conseguir que se case con este otro sinvergüenza. —Mike se ríe y yo me aferro a su cintura, apoyando mi cabeza contra la suya—. No os puedo contar nada que no sepáis de esta pareja… Bueno, sí, algo sí. —Jake mira de reojo a Josh y me muero por dentro—. Pero los amigos valemos más por lo que callamos que por lo que decimos. Además, si empezamos a airear secretos, el señor Parker es el que puede salir peor parado. —Todos se ríen, Mike y yo miramos a su padre, que nos devuelve una cara confusa, como si no entendiera qué está pasando. Pobre Jerome, con lo bueno que es. Jake es un personaje. Ni siquiera conocía a Jerome antes de esta tarde —. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Mike y Ryan. Ryan y Mike. Podría decir mil cosas, como hacen en las películas, pero lo cierto es que aquí todos conocemos vuestra historia. —Jake desvía la vista hacia los invitados—. Y para el que se la haya perdido, Mike ha publicado un libro que se le parece bastante. O que haga como yo y espere a que salga la película. —Todos se vuelven a reír y, a este ritmo, tengo la sensación de que vamos a estar aquí hasta el amanecer, pero me parecería simplemente maravilloso. No tengo ninguna prisa y podría estar aquí media vida; a pesar de que es extremadamente surrealista que sea Jake el que nos esté casando—. De modo que, queridos amigos, con todo el amor que nuestra corta, pero intensa, amistad me produce, yo os declaro…

—¡Todavía no! —le grita Aadhya desde un lateral—. ¡Los

votos!

—¡Ah, claro! —exclama Jake—. Tendría que habérmelo escrito en un brazo. —Vuelve a dirigirse hacia nosotros y entonces se pone serio—. Ryan, tú primero, puedes recitar los votos que tan relajadamente habrás preparado en estos tres minutos.

Estoy temblando. Miro a Mike y no me creo que esté aquí, haciendo esto. Es el engaño más increíble de mi vida y, si todos van a ser así, quiero vivir eternamente engañado en este sueño. No sé qué decir, pero ahora no es el momento de pensar, solo de hablar y demostrar.

—Mike, durante muchos años he respirado sin ti, he caminado sin ti, he dormido sin ti, he comido sin ti… —Jake bromea haciendo una mueca de dolor, por lo de la comida, como si fuese la peor ofensa de todas—. Cualquiera diría que eso es vivir y que, en teoría, puedo hacerlo sin ti. Pero vivir no es respirar, ni caminar, ni dormir, ni comer… Vivir es lo que siento cuando cojo tus manos y acaricio tu pelo, lo que siento cuando te quedas dormido en mi regazo y escucho tu respiración, lo que siento cuando escucho tu voz pronunciar mi nombre, lo que siento cuando tienes éxito y cuando te sientes triste, lo que siento al mirarte y descubrir que formas parte de mí. Y todo eso mucho me temo que nunca podré hacerlo sin ti. Así que no, que se retiren todos los psicólogos y se callen todos los motivadores personales del mundo, porque no puedo vivir sin ti y voy a quererte para siempre.

Mi madre no ha parado de llorar y ahora también lo hacen Sussan y Aadhya, que están enganchadas del brazo en un lateral. Ver a mis dos mejores amigas, el pasado y el presente, unidas me hace sentir algo especial por dentro. Mike va a empezar a hablar, pero no le salen las palabras. Sonríe nervioso, traga saliva y respira despacio, mirando hacia lo alto para controlar sus ojos llorosos.

—Ryan, el mundo podría acabarse mañana y yo seguiría sonriendo —lo hace, entre lágrimas, y cada vez me enamora más—,

porque sé que lo único que necesito para ser feliz es que sigas iluminándome. No te apagues nunca.

Mike se acerca y me besa. Lo abrazo con fuerza. Todo el mundo aplaude, menos Jake, que está pidiendo que nos detengamos, que todavía no es el momento del beso. Nadie le hace caso. Al final nos separamos y Jake continúa oficiando la boda.

—Ryan P… No tienes segundo nombre, ¿no? —Miro a mi madre, confirmando algo que he sabido toda mi vida, como si en otro inesperado giro de los acontecimientos, resultara que sí tengo otro nombre. Ella niega con la cabeza—. Vale, voy a usar la versión corta porque no me aprendí todo eso de la salud, la enfermedad y el Apocalipsis. Ryan Pinkert, ¿aceptas a Mike como tu legítimo esposo?

Aprieto con fuerza la mano de Mike, comprobando que esto está ocurriendo en serio, que estoy a dos palabras mías y dos suyas de hacer oficial toda esta locura.

—Sí, quiero.

Jake ahora se dirige a Mike.

—Michael David Parker, autor superventas de *Buscando estrellas fugaces*, —Jake levanta la vista hacia los invitados—, disponible en vuestras librerías de confianza y grandes superficies, ¿aceptas a Ryan como tu legítimo esposo?

—Sí, quiero —responde Mike con una gran sonrisa en la boca — Por supuesto que quiero.

Mike me pone su anillo y yo le pongo el mío. Nos juramos amor, fidelidad y confianza. Jake nos declara unidos en matrimonio y sigo teniendo la sensación de que esto no está ocurriendo, que solo es un juego. Nos besamos y todo el desorden del mundo cobra sentido. En cualquier otra realidad en la que el universo es diferente, Mike y yo no estamos viviendo este instante juntos, así que este es el mundo

en el que quiero vivir, aunque todo lo que hay fuera de esta sala parezca ser un desastre.

Siento que muero por dentro y vuelvo a nacer un millón de veces. Si alguien me hubiese dicho hace un año, cuando celebraba mi cumpleaños completamente solo en Londres, soplando una vela en un *brownie* de Coco di Mama que me había llevado a casa, que esta sería ahora mi vida, no me lo habría creído. O, por el contrario, lo habría deseado con tantas fuerzas que me habría roto por dentro y lo habría estropeado todo forzando una situación que debía surgir por sí sola.

Decía mi padre que buscar la felicidad es absurdo porque es una emoción que se reconoce a tiempo pasado. Uno mira hacia atrás y es cuando se da cuenta si en cada recuerdo individual hay felicidad o no. Es un sentimiento que se disfruta en el momento sin ser del todo consciente de su presencia. Nadie interrumpe un beso para preguntarse si está siendo feliz, ni deja de bailar en un concierto para comprobar si está siendo feliz, ni deja de reír durante un instante en una reunión de amigos para analizar si su risa es motivo de felicidad. Simplemente se vive. Es a posteriori cuando uno puede echar la vista atrás y comprobar cuánta felicidad ha sentido y en qué momentos.

He pasado muchos años buscándola como un tonto, mientras ella me perseguía a todas partes. No la encontraba porque nunca era capaz de pillarla de frente. Porque ser feliz no es como la tristeza. No puedes enfrentarte cara a cara con ella y preguntarle qué quiere, qué hace aquí o cuál es su misión. Ahora ya sé que para alcanzarla solo tengo que vivir y olvidarme de buscarla, permitir que sea ella la que elija cuándo y a dónde me acompaña. En ese sentido, es como el amor. Cuando menos lo esperes, aparecerá. O tal vez no, pero buscándolo y deseándolo desesperadamente no vas a conseguir que llegue con más rapidez. De modo que, ¿para qué molestarse? Eso solo trae consigo frustración y justamente lo contrario de lo que se pretende: infelicidad.

Mike me dijo una vez que, a veces, el vaso no está medio lleno ni medio vacío, sino que, simplemente, no hay vaso. Es cierto. De vez

en cuando, la vida no es cuestión de optimismo y pesimismo, sino de aceptación. Tal vez la felicidad está ahí, en aceptar las cosas tal y como son. Si son buenas, se disfrutan. Si son malas, se combaten. No sé cuál es el secreto de la felicidad, pero el de la infelicidad es ir siempre a contracorriente de cómo suceden las cosas.

Diría que ya he aprendido la lección, pero me conozco. Si el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, el Ryan lo hace unas cuarenta, hasta que ya no le quedan piedras con las que tropezar y se arrastra intentando ponerse en pie. En eso consiste, ¿no? Ya lo dice la tinta de mi brazo: *rursus*. Levantarse y volver a empezar. Siempre, en un bucle infinito hasta que tu corazón sin vida te impida intentarlo una vez más.

Ahora estoy aquí, rodeado por todos mis seres queridos, junto al amor de mi vida, mi mejor amigo, mi alma gemela, bailando abrazado a él mientras suena *Love Me Anyway* de P!nk por toda la sala. Nuestro primer baile de recién casados. Es algo que nunca pensé que me haría ilusión, porque nunca había pensado detenidamente en esto del matrimonio. Pero ahora, de todos los Ryan que puedo ser, definitivamente *el marido de Mike* es mi nuevo favorito. A pesar de todo lo malo que pueda ocurrir, aunque el mundo dé un giro inesperado y todo cambie sin remedio, hoy la vida me parece increíble y me siento fuerte para afrontar cualquier cosa que esté por llegar. Siempre que él esté a mi lado. Siempre que Mike esté cerca de aquí.OBJ

BUSCANDO ESTRELLAS FUGACES

Disponible de forma gratuita en plataformas digitales

AGRADECIMIENTOS

Mario Gil, en serio, te voy a poner en nómina. Mil gracias por todo lo que haces.

David Viteri, por ayudarme a encontrar los errores que se me quedan por el camino.

A los que confían en mí y creen en mi talento y mi potencial para seguir creciendo y creando. Gracias por motivarme a seguir adelante cuando dejo de creer en mi capacidad para hacer esto.

A todos los lectores y lectoras que me han acompañado durante esta aventura. Una saga que nació como un libro individual para expulsar algunos demonios fuera y que ha terminado contando la historia de Ryan (y la de otros personajes en los *spin-offs*) durante ocho años. Creo que ahora sí hemos llegado al final, al menos en lo que respecta a Ryan. Sobre los demás… El tiempo dirá.

Hola, soy un autor que autopublica todas sus novelas, y llegar al público es muy complicado, al no tener un presupuesto elevado para promocionar mis obras.

Si te ha gustado este libro o alguno de mi colección, me harías un gran favor si lo compartieras y recomendaras en tus redes sociales para ayudarme a ganar visibilidad y lectores. Cuantos más seamos, más sentido tendrá lo que hago y más y mejores historias podré publicar.

Por supuesto, también me interesa conocer tu opinión para seguir mejorando. No dudes en enviarme algún mensaje o dejar una valoración o reseña en la plataforma donde descargaste/compraste este ejemplar o en GoodReads.

¡Muchas gracias!

DESCUBRE OTRAS DE MIS PUBLICACIONES

SAGA ‘AQUÍ Y AHORA’

AQUÍ Y AHORA

AHORA O NUNCA

NUNCA ES TARDE

LEJOS DE AQUÍ

CERCA DE AQUÍ

Spin-off 1

EL CAMPAMENTO

Spin-off 2

YO SOY MIKE

Spin-off 3

FUERA DE JUEGO

Historias de Norwalk (relatos cortos) FIN DE AÑO EN NUEVA YORK

EL AMARGO FINAL DEL VERANO

EL JUEGO DE LAS APUESTAS

TRUCO O TRATO

El libro de Mike (relato corto)

BUSCANDO ESTRELLAS FUGACES

SERIE ‘SELENOFILIA’

LA CIUDAD DEL INVIERNO SIN FINAL

LA CIUDAD DE LOS CORAZONES ROTOS

HASTA QUE DEJE DE LLOVER

ANIMALES DISECADOS

DESDE EL OTRO LADO

Relato corto

ESTOY DE TU PARTE

Más información en **libros.javiermartinez.me**